DOMINIQUE
LAPIERRE

LARRY
COLLINS

Oh, Jerusalén

UN LIBRO ESENCIAL PARA ENTENDER
LAS RAÍCES DEL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ



Lectulandia

Oh, Jerusalén narra el nacimiento del Estado de Israel en 1948, tras la cruenta lucha entre árabes y judíos. A lo largo de sus páginas, el lector vive los acontecimientos codo a codo con sus protagonistas, y descubre, entre otras cosas que, antes de que estallara el conflicto, ambos pueblos vivían en armonía e incluso compartían los mismos barrios.

Oh, Jerusalén se ha convertido en una obra clásica y en un texto clave para entender por qué Israel sigue siendo, medio siglo después de su fundación, una de las zonas más conflictivas del planeta. Nadie como Dominique Lapierre y Larry Collins para ayudarnos a esclarecer esta complicada realidad.

Lectulandia

Dominique Lapierre & Larry Collins

Oh, Jerusalén

ePUB r1.0
JeSsE 06.06.13

Título original: *Oh, Jerusalem*
Dominique Lapierre & Larry Collins, 1972
Traducción: Juan Moreno
Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sí alguna vez te olvidase, Jerusalén,
que me falle la diestra;
se me pegue la lengua al paladar
si no te recuerdo,
por encima de mi alegre canción.

CANTO DE LOS HIJOS EXILIADOS DE ISRAEL

SALMO 137

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas
y apedreas a los que te son enviados!
¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos
como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas…!

JESÚS CONTEMPLANDO EL MONTE DE LOS OLIVOS

SAN MATEO, 23-37

¡Oh, Jerusalén, tierra elegida de Alá y patria
de Sus servidores! ¡A partir de tus murallas, el mundo
se ha convertido en mundo!
¡Oh, Jerusalén, el rocío que cae sobre ti
cura todos los males, porque procede
de los jardines del Paraíso!

EL «HADITH», PALABRAS DEL PROFETA MAHOMA

PRÓLOGO

Aquella tarde de mayo de 1948, el lamento de las gaitas se extendió por última vez en el laberinto de viejas callejuelas. Anunciaba la salida de los soldados británicos que habían ocupado la vieja ciudad de Jerusalén. Impasibles, marchaban silenciosos en grupos de ocho o diez, y el martilleo de sus borceguíes punteaba la melodía. Encuadrando a cada grupo, dos hombres, metralleta en mano, vigilaban atentamente las fachadas y terrazas del universo hostil que atravesaban.

En las ventanas o en los umbrales de las sinagogas y escuelas religiosas de la calle de los Judíos, los viejos de luengas barbas contemplaban el desfile. Durante tres mil años, sus antepasados habían visto partir a muchos otros ocupantes: asirios, babilonios, persas, romanos, cruzados, árabes y turcos. Hoy les tocaba el turno, a los militares británicos, de abandonar aquellas murallas tras un triste reinado de treinta años. Pálidos y encorvados por una existencia dedicada por completo al estudio, aquellos ancianos encarnaban la perennidad de la presencia judía en Jerusalén. Rabinos, talmudistas o doctores de la ley, parcela casi olvidada de la comunidad dispersa, habían sobrevivido de siglo en siglo. Habían santificado el día del sábado y regulado cada acto de sus pobres vidas según los preceptos sagrados. Se habían aprendido de memoria los versículos de la Torá y copiado de nuevo cuidadosamente los textos del Talmud, que se transmitían de generación en generación. Cada día acudían a postrarse ante el Muro de las Lamentaciones, implorando al Dios de Abraham que hiciera regresar a su pueblo a esta tierra de la que había sido expulsado. Nunca este día pareció más próximo.

De hecho, otras miradas espiaban la columna de soldados extranjeros. Emboscados al abrigo de sacos terreros que obstruían determinadas ventanas o tras invisibles aspilleras dispuestas en las venerables fachadas, los vigías judíos esperaban, armados con metralletas y granadas rudimentarias. Dentro de poco, cuando desapareciese el último soldado, se lanzarían hacia las posiciones británicas abandonadas, una media docena de casas fortificadas que defendían el barrio judío de los ataques procedentes de los barrios árabes que lo rodeaban.

Cuando el último destacamento británico llegó al final de la calle, torció hacia la izquierda, para subir por una callejuela que conducía al imponente cercado del patriarcado armenio. Se detuvo cuando llegaron ante el arcén de piedra que coronaba la entrada del número 3 de la calle Or Chayim.

En su despacho, con las paredes repletas de libros viejos y objetos religiosos, el rabino Mordechai Weingarten, la más alta autoridad del barrio, había pasado la tarde

en compañía de sus textos sagrados. Absorto en su meditación, tardó un momento antes de responder al golpe dado en la puerta. Se levantó al fin y, tras ponerse el chaleco y la levita negros, se ajustó sus gafas con montura de oro, cogió su sombrero y salió. En el patio, un oficial, con las insignias amarillas y rojas del «Suffolk Regiment», le esperaba para entregarle una gran llave. Era la llave de la puerta de Sión, una de las siete puertas de Jerusalén.

—Desde el año setenta hasta hoy —declaró el oficial—, ninguna llave de Jerusalén ha estado en manos judías. Es, pues, la primera vez en diecinueve siglos que su pueblo obtiene este privilegio.

Weingarten alargó una mano trémula. La leyenda quiso que la noche en que el emperador romano Tito destruyera el templo de los judíos, sus sacerdotes lanzaran las llaves de Jerusalén hacia el cielo gritando: «¡Qué Dios sea en adelante el guardián de estas llaves!».

El oficial británico se cuadró y saludó.

—Nuestras relaciones no han sido siempre fáciles, pero separémonos como buenos amigos —añadió—. Buena suerte y adiós.

—¡Bendito seas —murmuró Weingarten—, oh, Dios, que nos concedes la vida y el pan y nos has permitido ver este día!

Después, dirigiéndose al inglés, añadió:

—En nombre de mi pueblo, acepto esta llave. El oficial dio media vuelta y ordenó retirarse a sus hombres. El crepúsculo cubría ya de sombras la ciudad. Pronto, un nuevo ruido sucedió al lamento de las gaitas. Se desvanecía la alegría del rabino que apretaba entre sus dedos la llave de la puerta de Sión. Este ruido venía a recordarle cuan frágil era el derecho del pueblo judío a vivir en aquella ciudad, y cuan ilusoria podía revelarse la posesión. Una vez más, Jerusalén se iba a convertir en campo de batalla. Sus muros sólo pertenecerían a aquellos que supieran conquistarlos y guardarlos. En la creciente oscuridad, el ruido se multiplicaba. Desgarrador y siniestro, pronto pareció venir de todos los rincones de la ciudad. Era el crepitar de las balas.

A cada silbido, la joven árabe bajaba la cabeza y apresuraba el paso. A su izquierda, Assiya Halaby distinguía las murallas de la ciudad vieja bañada por el sol de Levante. Ante ella, en lo alto de la desierta avenida, se elevaba el edificio de cinco pisos donde había pasado gran parte de su existencia. Aquella gran mole de piedra dominaba el cielo de Jerusalén, tal como sus ocupantes habían dominado la vida de la ciudad. Llevaba el nombre del rey judío que había escogido, para construir su capital, estas colinas de Judea y que, aún ayer, albergaba la sede de la autoridad británica en Palestina.

Aquella mañana, el vestíbulo del «Hotel Rey David» estaba casi vacío. Una capa de polvo amarillo cubría las butacas y canapés, y los papeles ensuciaban los

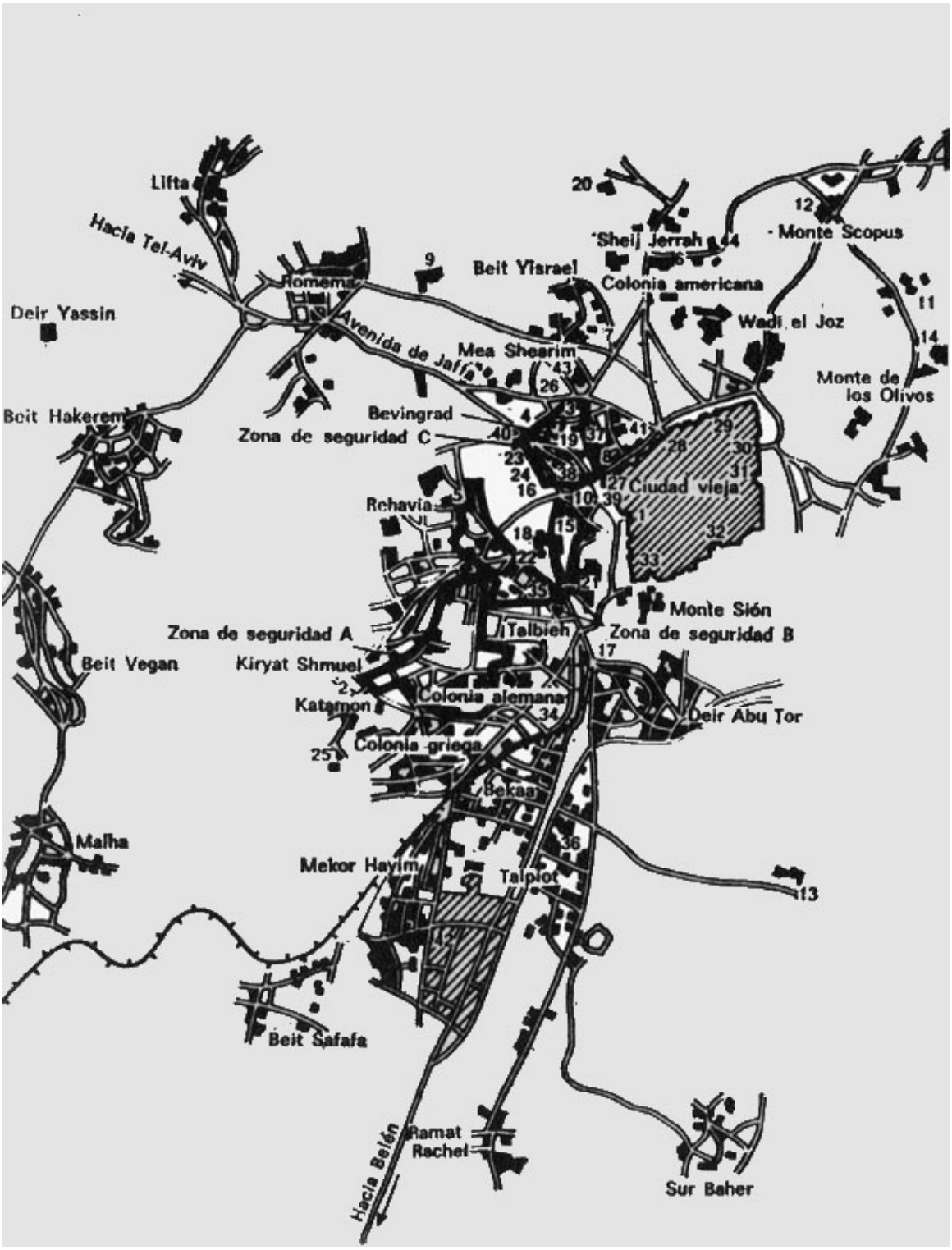
corredores. Sobre la escalinata, varios armarios repletos de archivos precintados con un sello de lacre rojo esperaban ser cargados en un camión. Fuera, en la terraza, otros documentos acababan de ser quemados en cajas metálicas: viejos decretos o reglamentos cuya publicación había suscitado, poco antes, tantas esperanzas, y cuyas cenizas se dispersaban en las corrientes de aire. En un rincón del vestíbulo, algunos oficiales británicos hablaban en voz baja, con ese tono propio de los últimos invitados a una recepción, cuando, descubren que ya se han ido los demás convidados.

Assiya Halaby comprendió que de todos los empleados, árabes o judíos, ella era la única que había ido, con peligro de su vida, a despedirse de aquellos hombres. Habían gobernado su tierra natal durante casi un tercio de siglo. La vigilia, en su despacho del tercer piso, había prestado sus servicios en un último acto oficial para el Gobierno de Su Majestad. Había firmado el documento solicitando al Departamento de Agricultura un crédito suplementario excepcional de seiscientas cincuenta libras palestinas para la contratación de dos nuevos guardas con destino al bosque de Jenin. La seguridad de que ningún árbol de aquel bosque conocería jamás su protección, no había impedido el meticuloso deslizamiento de su pluma de funcionaria. Assiya Halaby era un genuino producto de aquella administración cuyas cajas de archivo llevaban ahora el trabajo ordenado.

JERUSALÉN Y SUS ALREDEDORES

1. La puerta de Jafa, donde murió la señora Majaj.
2. «Hotel Semíramis», donde desapareció la familia Abussuan.
3. El «Palestina Post», que no se publicaría más.
4. Matanza en la calle Ben Yehudá.
5. «Agencia Judía», donde anunció Ben Gurion: «Al fin, somos un pueblo libre».
6. La trágica emboscada al convoy del hospital de la Hadassah.
7. Aquí detuvo Josef Nevo a los autocañones de la Legión Árabe.
8. «Notre-Dame de France», la fortaleza que cambió diez veces de manos.
9. «Orfelinato Schneller», primera base de la «Haganah» en Jerusalén.
10. Centro Comercial, escenario de la primera escaramuza.
11. Universidad hebrea.
12. Hospital de la Hadassah.
13. Residencia del Alto Comisario británico.
14. «Instituto Augusta Victoria».
15. «Hotel Rey David».
16. Calle Mamillah.
17. Estación.
18. Y.M.C.A.
19. Recinto ruso.

20. Escuela de Policía.
21. Consulado de Francia.
22. Avenida del Rey Jorge V.
23. Avenida de la Princesa Mary.
24. Central de Correos.
25. Monasterio de San Simeón.
26. Calle de los Profetas.
27. Puerta Nueva.
28. Puerta de Damasco.
29. Puerta de Herodes.
30. Puerta de San Esteban.
31. Puerta Dorada.
32. Puerta de Dung.
33. Puerta de Sión.
34. Central eléctrica.
35. Edificio David.
36. Cuarteles Allenby.
37. Musrara.
38. «Banco Barclay's».
39. Convento de las Hermanas Reparadoras.
40. Plaza de Sión.
41. Avenida de Solimán.
42. Cuartel El-Alamein.
43. Hospital italiano.
44. Casa de Katy Antonious.



Procedente de una familia árabe cristiana de la burguesía media, debía mucho a aquella administración. En primer lugar, su emancipación, simbolizada en un breve formalismo en la oficina de matriculación de vehículos de Jerusalén, una mañana de 1939. Aquel día, Assiya Halaby se convirtió en la primera mujer árabe dueña y conductora de un automóvil. Como la mayoría de los árabes de Palestina, Assiya no había creído ciertamente en la marcha de los ingleses. Sobre todo, le parecía imposible que aquellos hombres, que le habían inculcado su satisfacción por las cosas bien hechas, pudieran irse «dejando semejante vacío tras ellos». Y, sin embargo, tras

un rápido apretón de manos, subían uno tras otro al autocar. Impacientes ya por abandonar aquellos lugares, ninguno de ellos se preocupó de desearle un feliz regreso a casa. El convoy se dirigió a la puerta de Damasco, para enfilar la carretera del puerto de Haifa, punto de partida de los viajeros para regresar a su país. Sola en la acera, Assiya agitaba el brazo en un último adiós. Ahora, el «Hotel Rey David» permanecería desierto. En aquel edificio que había sido la ciudadela de su poder civil en Palestina, sólo quedaban de la Gran Bretaña algunos pedazos de papel arremolinados en el vestíbulo abandonado.

A su regreso, Assiya encontró un mensaje de su hermano presionándole a regresar al barrio árabe, tras las fortificaciones protectoras de la ciudad vieja. Reunió algunas cosas, su máquina de escribir, su almohada de niña y su oso de peluche. Después eligió un libro de la estantería de su biblioteca.

Tanto para Assiya Halaby como para innunerables habitantes de Jerusalén comenzaba una nueva existencia. Al recorrer la corta distancia que separaba su casa natal de las murallas de la ciudad vieja, tomaba en realidad el camino del exilio. Pronto, su ciudad seria dividida en dos. Y durante los diecinueve años que iba a durar esta separación, la joven tendría tiempo de meditar sobre el mensaje del libro que había cogido. Se titulaba *El despertar árabe*.

Rígido y solemne en su uniforme, recién planchado, de general de la Artillería Real, el escocés de blanco bigote apareció en el balcón de honor de su residencia y contempló el panorama que se extendía bajo sus pies. Sensible a la belleza del lugar, pero ignorante de la Biblia, un oscuro funcionario había edificado la residencia oficial del Alto Comisario británico en aquella colina, llamada del Mal Consejo. Sir Alan Gordon Cunningham dejó vagar la vista por última vez sobre el espectáculo de la ciudad vieja con su corona de fortificaciones, y después descendió para presidir una breve ceremonia. Porque hasta para un militar, los acontecimientos más dolorosos tenían derecho a la sanción de una rigurosa liturgia. Aquella mañana, Sir Alan enterró en Palestina el reino de Gran Bretaña. Sin embargo, pocas responsabilidades habían sido más codiciadas por su país como el mandato que había recibido de la Sociedad de Naciones en 1922, mediante el cual su autoridad remplazaba, en Palestina, a la de la Turquía vencida por los cañones aliados de la Gran Guerra. Palestina era necesaria a Inglaterra para desarrollar su política en Oriente Medio tras el primer conflicto mundial. Debía servirle de puente de unión entre las fabulosas reservas de petróleo del Irak y el Canal de Suez, arteria vital que había llegado a ser tan británica como el Támesis.

Para realizar esta ambición, Gran Bretaña se empeñó solemnemente en borrar cinco siglos de oscurantismo turco con un modelo de dominación cristiana ilustrada y en abrir las puertas de su vieja patria a los judíos dispersos. Había enviado a Jerusalén a la élite de su administración colonial. Pero como los problemas se revelaron

totalmente insuperables, Gran Bretaña, consciente de su fracaso, acabó por renunciar a su mandato. Sir Alan Cunningham, último representante de una lista de grandes comisarios animados por las más elevadas intenciones, sabía mejor que nadie que su país dejaba tras él el caos y la perspectiva de una guerra. Mientras contemplaba la ciudad extendida a sus pies, le turbó un pensamiento inquietante: allá, bajo su terraza, ciento sesenta mil habitantes esperaban su marcha para matarse entre sí.

Algunos oficiales, funcionarios y periodistas —una veintena de personas en total — se habían reunido en la explanada. Cunningham comprobó con tristeza que ningún representante de las comunidades árabe y judía había venido a despedirle. Tras haber estrechado varias manos, se situó ante la fachada de la residencia. Cinco soldados de faldones escoceses verdes, con galones amarillos, del regimiento «Highland Light Infantry», se mantenían firmes en el balcón. Eran las siete de la mañana. Sonó un clarín, y sus notas flotaron un momento en el aire transparente. Después, lenta y majestuosamente, las gaitas acompañaron con su lamento la arriada de la Union Jack en el cielo azul. Sir Alan se sintió lleno de desaliento. «¡Tantos esfuerzos —pensaba —, tantas vidas, para un resultado tan irrisorio! ¿Qué queda de estos treinta años?».

La limusina negra que le conduciría al aeropuerto se detuvo ante él. La aparición del vehículo le contrarió. Era un «Daimler» blindado de cuatro toneladas, especialmente diseñado para los desplazamientos del rey Jorge VI durante los bombardeos de Londres. El escocés siempre se había negado a utilizarlo. Pero aquella mañana efectuaría en él su último viaje a través de Jerusalén.

Antes de acomodarse, quiso ver de nuevo un paraje que le era querido. Le había gustado ir a meditar en las alamedas de aquel jardín. Allí, a menudo, había decidido, a solas con la conciencia, sobre la vida o la muerte de un judío condenado, o procurado el olvido de la atroz visión de sus soldados destrozados por las bombas terroristas. Conocía cada rosal, cada ramo de espliego, cada pino de Alepo, cuidadosamente podado. «Y ahora —pensó—, ¿quién se ocupará de ellos?». Era el 14 de mayo de 1948. Aquel día vio a los ingleses abandonar Palestina, a los judíos proclamar el Estado de Israel y a los árabes en pie de guerra.

Un conflicto iba a abrasar la Tierra Santa para no apagarse ya. Este libro relata su génesis.

PRIMERA PARTE

UN REPARTO EN TIERRA SANTA

29 de noviembre de 1947

1

EL PATINADERO DE NUEVA YORK

Un voto del parlamento de los hombres fue lo que hizo inevitable el conflicto. El 29 de noviembre de 1947, un frío sábado, seis meses antes de que cayeran los primeros obuses de la guerra sobre los tejados de Jerusalén, los representantes de cincuenta y seis países miembros de la nueva Organización de las Naciones Unidas estaban reunidos en Flushing Meadows, en las afueras de Nueva York. Allá, bajo la cúpula de un antiguo patinadero, debían fijar la suerte de una faja de tierra situada en la margen oriental del Mediterráneo, dos veces menos extensa que Dinamarca y cinco veces menos poblada que Bélgica, centro del universo para los cartógrafos de la Antigüedad y destino, en el alba del mundo, de todos los caminos del hombre: Palestina.

En la breve historia de las Naciones Unidas, raramente un debate había desencadenado tantas pasiones. Cada uno de los países representados debía a aquel territorio, de alguna manera, una parte de su herencia espiritual. Se propuso a la Asamblea internacional dividir Palestina en dos Estados distintos: árabe y judío. De esta forma, la sabiduría colectiva debería poner fin a treinta años de guerra civil. Pero, trazado con el lápiz de la desesperación, el mapa de aquella repartición era una mezcla de compromisos soportables y de monstruosidades inaceptables: el cincuenta y siete por ciento de Palestina era atribuido a los judíos, mientras que la mayor parte del territorio del futuro Estado judío y casi la mitad de su población eran árabes. En cuanto a las fronteras de aquel territorio judío, sinuosas y torturadas, eran verdaderos desafíos tanto al buen sentido como a las necesidades de su defensa: más de novecientos cincuenta kilómetros para un país que, de Norte a Sur, solamente tenía cuatrocientos treinta. Por otra parte, el Plan retiraba a los judíos y a los árabes el control de Jerusalén, alta cima alrededor de la cual gravitaba desde la Antigüedad toda la vida política, económica y religiosa de Palestina. Situada bajo la tutela de la ONU en virtud de su vocación de Lugar Santo y de los intereses materiales que innumerables naciones poseían en ella, Jerusalén se convertiría en territorio internacional, donde no tenían derecho a instalar su capital ni árabes ni judíos.

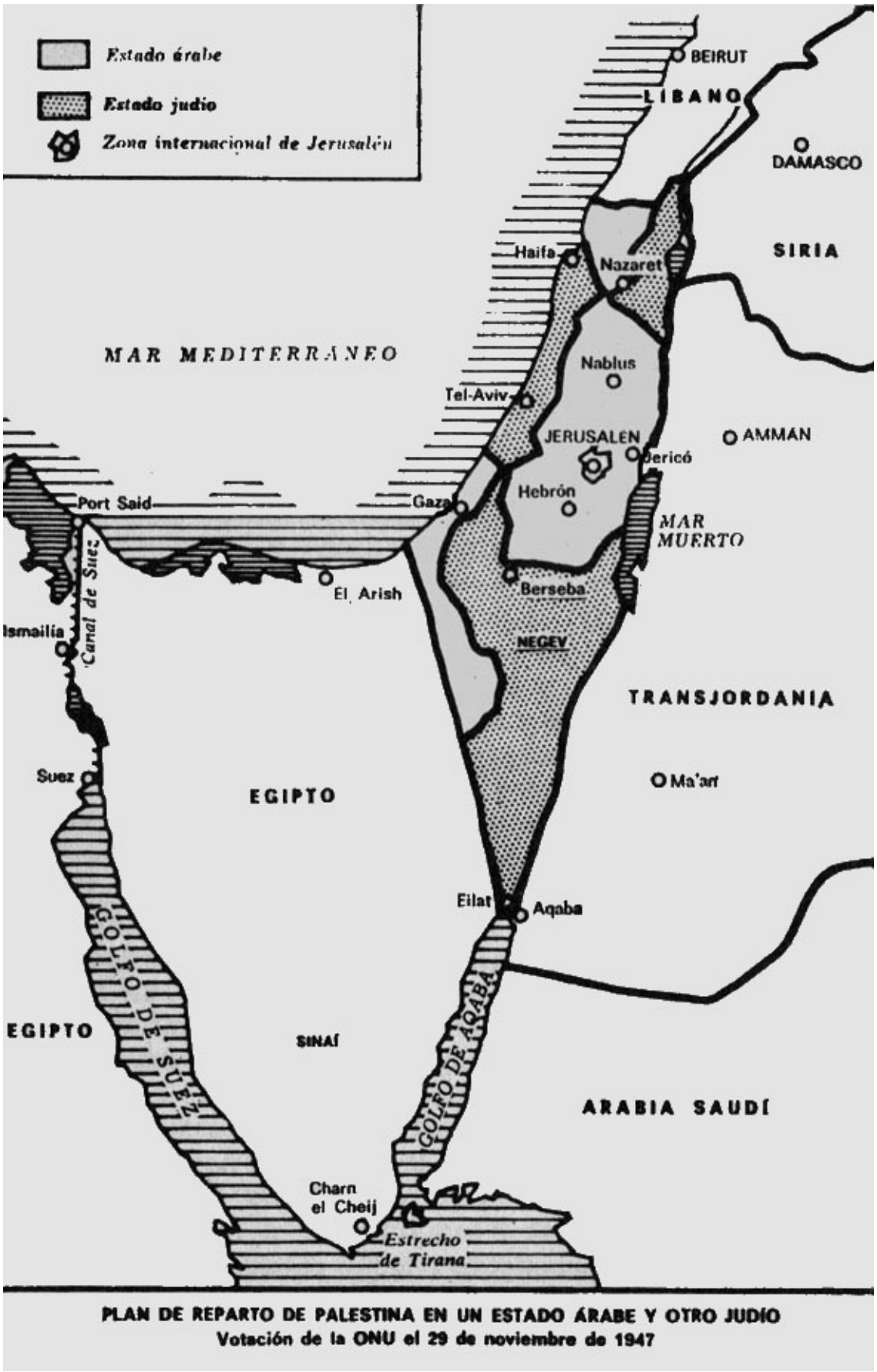
Para el pueblo judío, la perspectiva de recobrar un Estado sin poderle dar por metrópoli la ciudad de David, equivalía a una resurrección «de su carne, pero no de su alma». Durante dos mil años, la oración «Si alguna vez te olvidase, Jerusalén, que me falle la diestra», se había convertido en el eco de la fidelidad en la dispersión.

Hombres que no tenían la menor posibilidad, y ni siquiera la intención, de contemplar un día con sus ojos las colinas de Judea, por lo menos habían hecho solemnemente el voto, cada año, al celebrar la Pascua, de reunirse «el año que viene en Jerusalén». Y de igual forma que los minaretes de las mezquitas miran hacia La Meca, la fachada noble de las sinagogas del mundo entero mira siempre en su dirección. En todos los hogares religiosos se dejaba siempre una piedra sin pintar, en recuerdo de la Ciudad Santa. Al término de cada matrimonio judío, el esposo aplastaba un vaso con el pie derecho, en señal de dolor por la destrucción del Templo, y se recitaba una plegaria para que su unión inunde de alegría y danzas las calles de Jerusalén. También evocaba a la ciudad la expresión ritual de consuelo: «Que el Todopoderoso os reconforte como a los entristecidos de Sión y Jerusalén». La misma palabra sionismo, que traducía en todas las lenguas la voluntad de reunir a los judíos en su vieja patria, viene del nombre de esta colina de Sión que se elevaba en el corazón de Jerusalén. En hebreo, Sión significa el Elegido y, tras veinticinco siglos, designa a Jerusalén, esperanza del pueblo israelita.

Su religión y su historia se confunden con esta tierra prometida al pueblo elegido para esperar en ella la llegada del Mesías. A estos lazos espirituales se añadían importantes intereses políticos y estratégicos. Dos de cada tres habitantes de Jerusalén eran judíos, y su número representaba casi un sexto de la población judía de toda Palestina. Por su situación geográfica, la ciudad constituía, además, un admirable bastión en el centro del país, sin el cual el futuro Estado judío sólo sería una faja de tierra empujada hacia el mar.

Pero numerosos países cristianos de América del Sur, al anunciar que la internacionalización de la Ciudad Santa era el precio de su apoyo a la repartición, obligaron, finalmente, a los judíos a aceptar esta mutilación. Renunciar a Jerusalén suponía un doloroso sacrificio para ellos, pero al menos les permitía realizar un sueño dos veces milenario y resolver de inmediato los problemas más urgentes. Los judíos, sobre todo los de las comunidades religiosas, que formaban una masa compacta y que habían mantenido sus tradiciones, habían mostrado una constancia y un tesón únicos en los anales de la Humanidad. Mientras que la Historia parecía confirmar la eternidad de su exilio, habían perpetuado el recuerdo y el culto del reino bíblico del que sus padres habían sido expulsados en el año 70. En sus oraciones y en sus oficios, en cada momento notable de su vida, se acordaban de sus vínculos con la Tierra Prometida, *Eretz Israel*, y del carácter pasajero de su alejamiento. En las ciudades fortificadas de la Europa medieval; en los fríos ghettos de Polonia y Rusia; en los tugurios nacidos de la revolución industrial, las comunidades habían celebrado, en los días festivos, durante el transcurso de los siglos, las cosechas de trigo y cebada de la tierra que antaño había sido suya. Banqueros, funcionarios, comerciantes, artesanos, abogados, estudiantes y economistas, todo un pueblo había rezado así fielmente, cada

año, para que el sol y la lluvia fructificasen las cosechas de un país que sólo existía en su imaginación.



PLAN DE REPARTO DE PALESTINA EN UN ESTADO ÁRABE Y OTRO JUDÍO
Votación de la ONU el 29 de noviembre de 1947

Durante treinta años, casi día a día, antes de la histórica reunión de las Naciones Unidas, Gran Bretaña había ofrecido a los judíos la primera ocasión verdadera de realizar el sueño de tan gran número de ellos: un hogar en Palestina. Y todo por una simple carta, de ciento diecisiete palabras, que Lord Arthur James Balfour, ministro de Asuntos Exteriores, dirigió, el 2 de noviembre de 1917, a Lord Walter Rothschild, jefe de la rama inglesa de la gran familia de banqueros: «El Gobierno de Su Majestad —decía— ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío… quedando claramente entendido que no se hará nada que atente contra los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías que existen en Palestina…». Oficialmente confirmada en la Carta del Mandato confiada cinco años más tarde a Inglaterra por la Sociedad de Naciones, esta declaración había provocado ya *in situ* una inmediata degradación de las relaciones entre judíos y árabes.

En aquel otoño de 1947, los derechos históricos invocados y la promesa de Lord Balfour tenían, en realidad, menos peso que las necesidades del momento. El mundo acababa de descubrir, con horror, que seis millones de judíos habían sido exterminados en las cámaras de gas de la Alemania nazi.

Millares de niños que ningún país quería, erraban por los caminos. El drama del *Exodus*, el barco en el que cuatro mil quinientos cincuenta y cuatro supervivientes de los campos nazis habían encontrado nuevos carceleros, acababa de subrayar hasta qué punto era urgente asegurar un abrigo a los parias de toda Europa.

Concediéndoles algunos millares de kilómetros cuadrados de tierra prácticamente estéril, un mundo no muy sobrado de caridad se sacudió la carga. Pero los rescatados del holocausto sabían que, para evitar el retorno a la trágica realidad, la única garantía era la fundación de un Estado de potentes estructuras. Los judíos debían instalarse en una tierra donde no fueran minoría y donde pudieran convertirse en ciudadanos como los demás hombres. Y convertirse en hombres como los demás era tener un Estado como los demás. Derechos históricos, derechos espirituales y derechos humanos se confundían a sus ojos para hacer de este reconocimiento la legítima compensación a las injusticias de la Historia.

Pequeños y grandes Estados, Este y Oeste, judíos y antisemitas podían suscribir de buen grado esta compensación. Pero muchos Estados, nuevos en la comunidad internacional, tenían buenas razones para mostrarse insensibles a las injusticias que la motivaban. En primer lugar, los países árabes, y, en particular, los de Palestina.

Eran un millón doscientos mil los que consideraban que una partición de aquel territorio en el que eran mayoría desde hacía siete siglos, representaría un monstruoso acto de iniquidad, perpetrado por el imperialismo occidental, para reparar un crimen que ellos, los árabes, no habían cometido. Hasta entonces, los judíos habían vivido en paz al lado de los árabes. Incluso su exilio había conocido su única Edad de Oro en la España de los Califas. Desde siempre, el Imperio otomano les había abierto sus

puertas, mientras que la mayoría de los países de Europa les cerraba las suyas. Y la larga sucesión de las persecuciones antisemitas, que encontraría su atroz apogeo en los hornos crematorios hitlerianos, había sido llevada a cabo por las naciones cristianas de Europa, y no por el Islam. Sobre aquellas naciones, pues —protestaban los árabes—, debía recaer el peso de sus crímenes, y no sobre ellos. Por otra parte, setecientos años de ininterrumpida ocupación les parecían un derecho infinitamente más justificado para reivindicar su tierra, que los lejanos lazos históricos de los judíos.

La promesa del ministro Balfour no era, pues, a sus ojos, más que un puro acto de imperialismo. Gran Bretaña tomaba una hipoteca sobre el futuro del territorio, sin poseer ningún título; una decisión arbitraria fue impuesta a los árabes, que representaban entonces el noventa y dos por ciento de la población local. De esta forma, el conflicto palestino les pareció como una prolongación de la época que permitió a las potencias coloniales europeas disponer a su antojo del destino de los pueblos afroasiáticos. Ferozmente hostiles a cualquier repartición, proponían una solución inaceptable, esta vez, por los judíos: la creación de un solo Estado, árabe, donde los judíos gozarían de los mismos derechos que los árabes, pero serían minoría.

Para Gran Bretaña, el debate de Flushing Meadows puso un final sin gloria a una situación que se convertía en pesadilla. Dos años después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, Palestina era el único lugar donde los soldados británicos morían aún al servicio de su rey. Arrastrada a la aventura palestina sólo por sus ambiciones políticas y económicas, Inglaterra había caído en la trampa de sus empeños contradictorios. Para salvaguardar sus lazos de amistad con los árabes, persistió en prohibir a los rescatados del genocidio hitleriano la entrada en el hogar nacional que les había prometido en 1917, provocando así un grave conflicto con la comunidad judía palestina. Para asegurar algo parecido a un orden público en Palestina necesitó por lo menos, cien mil soldados, o sea, uno por cada seis judíos. Al no poder establecer por sí misma las condiciones de una paz justa y duradera, Inglaterra se descargó, finalmente, de sus responsabilidades a costa de la Organización de las Naciones Unidas.

Las reacciones de esta nueva Asamblea eran aún imprevisibles. Recién llegados a la diplomacia mundial, numerosos Estados que no tenían relación ni interés alguno con el conflicto, tenían voz y voto, igual que las naciones implicadas. En este principio de guerra fría, cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban de acuerdo por última vez, ¿cuál sería el voto de la India y del Pakistán, que acabarían, algunos meses después, por sellar su repartición con un baño de sangre? También se hallaba todo indeciso en los países de América Latina y de Extremo Oriente, que buscaban la ocasión de afirmar su independencia contra la hegemonía de los Estados

Unidos; lo mismo ocurría incluso en Francia, cuyas tradiciones oscilaban entre sus intereses árabes y su amistad con los judíos.

Los Estados Unidos se mostraban los más activos en promover la repartición. Sensibles a las presiones electorales de la comunidad judía más importante e influyente del mundo, numerosos políticos americanos desarrollaban una ferviente campaña en pro de una emigración sin restricción a Palestina y la creación de un Estado judío. Sin embargo, estos nobles esfuerzos apenas escondían la hipócrita actitud americana. A la misma hora en que era públicamente estigmatizada la lastimosa condición de centenares de millares de personas «desplazadas», el Congreso americano rechazaba discutir el aumento de las cuotas de inmigración para los refugiados de Europa. Aun proclamando la urgencia de admitir en Palestina a doscientos cincuenta mil inmigrantes judíos para una población de un millón doscientos mil árabes, aquellos legisladores no habían dejado que cuatro mil setecientos sesenta y siete supervivientes de las cámaras de gas franquearan las puertas de la tierra prometida americana durante los ocho primeros meses de 1946, o sea, apenas algo más de lo que contaba el cargamento clandestino del *Exodus*.

Sin embargo, la Casa Blanca había ejercido todas las formas de presión posibles sobre los países opuestos a la repartición o, simplemente, indecisos. El presidente Truman había advertido a su representante en las Naciones Unidas, el embajador Hershel Johnson, que pusiera «gran interés en conseguir que la repartición fuese votada, si no quería soportar personalmente las consecuencias de un fracaso». De igual forma, el financiero Bernard Baruch, consejero del Presidente, se había visto obligado a amenazar a Alexandre Parodi, delegado de Francia en la ONU, con una posible interrupción de la ayuda americana en caso de oposición de su país.

A despecho de todos estos esfuerzos y de la ofensiva mundial que habían desarrollado por su parte, los responsables judíos se encontraron enfrentados a una sombría realidad el miércoles 26 de noviembre, a menos de seis horas del escrutinio. Como cada mañana, los jefes de la «Agencia Judía», el Gobierno oficioso de la comunidad judía de Palestina, se reunieron en el número 16 de la East 66th Street, su cuartel general neoyorquino, junto al célebre *night-club* «Copacabana». Cumpliendo un rito cotidiano, procedieron a hacer un nuevo llamamiento a las naciones representadas y calcularon su probable elección de acuerdo con las últimas informaciones. Cada vez resultaba la misma puntuación angustiosa. Al requerirse una mayoría de dos tercios, era tal el número de partidarios necesarios, que cada voto se convertía en una puesta capital. Hacían falta ya veintidós votos para superar el obstáculo de sólo las naciones musulmanas, y por cada otro voto hostil debían ser obtenidos dos nuevos «sí». Esta última puntuación hizo aparecer una evidencia trágica: si el escrutinio se efectuaba, como estaba previsto, por la tarde, quedaría definitivamente comprometida la creación de un Estado judío.

Ante este peligro, Moshe Sharett, ministro de Asuntos Exteriores de la «Agencia Judía» y sus compañeros, decidieron intentar una maniobra de última hora. Después de dos mil años de espera, la realización del sueño del pueblo judío dependía, posiblemente, de un aplazamiento de varias horas. Para arrancar los últimos votos indispensables era preciso retrasar el escrutinio a cualquier precio. Una vieja táctica parlamentaria les permitiría conseguirlo. Los estrategas judíos corrieron a Flushing Meadows, reunieron a todos los delegados favorables a su causa y les rogaron que ocuparan la tribuna de oradores hasta la noche. Cuando los representantes árabes se dieron cuenta de la maniobra de obstrucción, era demasiado tarde. Sus vehementes protestas quedaron sin efecto. Ante aquel súbito maratón oratorio, el presidente de la Asamblea, el brasileño Oswaldo Aranha, sincero partidario del reparto, tuvo que proclamar el aplazamiento del escrutinio para la próxima sesión. Más, por un providencial concurso del calendario, los sionistas ganaron, de hecho, más de cuarenta y ocho horas, ya que el próximo día era de descanso, pues se trataba del *Thanksgiving Day*, la gran fiesta de acción de gracias norteamericana.

Durante este descanso vital, cuatro naciones opuestas al reparto —Grecia, Haití, Liberia y Filipinas— iban a ser sometidas a un increíble aluvión de presiones y aun de amenazas.

Estados Unidos, considerando que debía ser modificada la posición a menos de dos de estos países, aportó a los sionistas todo el concurso de su poder. El parlamentario neoyorquino Emmanuel Cellar reclamó, en un telegrama abierto al presidente de los Estados Unidos, que «países recalcitrantes como Grecia fuesen llevados a la razón». Por su parte, los jueces del Tribunal Supremo cablegrafiaron al presidente de Filipinas que su país «corría el riesgo de perder millones de amigos y partidarios americanos si mantenían su decisión de votar contra el reparto». La intervención colectiva de veintiséis miembros del Congreso; el SOS telefónico de una muy alta personalidad americana con la que la «Agencia Judía» había establecido contacto, en plena noche, en Londres, así como las súplicas de su embajador en Washington convencerían, al final, al presidente de Filipinas, para que ordenara a su delegación en las Naciones Unidas que cambiase su voto, en consideración «al más alto interés nacional». Mientras que agentes sionistas acorralaban en Harlem al representante de Haití, uno de los más grandes industriales americanos, el fabricante de neumáticos Harvey Firestone, era amenazado, por su parte, con el boicot de sus producciones si no lograba convencer al presidente de la República africana de Liberia para que reconsiderase su actitud y votara por el reparto. Liberia era un poco propiedad de Firestone. Poseía cuatrocientas mil hectáreas de plantaciones de *Hevea* y se aprestaba a realizar nuevas y considerables inversiones.

El resultado del escrutinio permanecía, pues, incierto aquel sábado, 29 de noviembre de 1947, cuando los delegados comenzaron a subir por las escaleras del

antiguo patinadero. Mucho tiempo antes de la llegada de la primera limusina, una multitud de simpatizantes sionistas, enarbolando pancartas, estaba reunida en las cercanías del edificio, y los policías municipales neoyorquinos hubieron de tomar posiciones en el enclave internacional para ayudar al servicio del orden interior. Bajo el aluvión de llamadas, saltaron los fusibles de la centralita telefónica, aislando durante treinta y cinco minutos el cuartel general de las Naciones Unidas del resto del mundo. Siniestros rumores circulaban por los pasillos. Uno de ellos afirmaba que el delegado de Tailandia acababa de ser asesinado.

En medio de aquella multitud, los delegados y observadores acabaron de situarse en sus lugares. Solemne y majestuoso en su túnica negra y dorada, Faisal Ibn'Abd Al-Aziz, emir de la Arabia Saudí, entró encabezando el cortejo de las delegaciones árabes. El antiguo patinadero se llenó rápidamente, y varios miembros de la «Agencia Judía» hubieron de buscar refugio en una tribuna reservada a la Prensa.

La voz del presidente Aranha se dejó oír para abrir la sesión, y se calló el murmullo. Desde lo alto de la galería, Moshe Sharett, el judío responsable del aplazamiento del escrutinio, observó con inquietud a aquella asamblea silenciosa. Para no imaginar las consecuencias de una derrota, ocupó su mente en un último cálculo. Un insoportable *suspense* continuaba cerniéndose, cuando faltaban sólo algunos minutos para el veredicto, sobre la creación de un Estado judío.

No lejos del jefe sionista, el representante de los árabes de Palestina, Yamal Husseini, primo del Gran Mufti de Jerusalén, aguardaba con serenidad. Hacía poco, en los pasillos, había repetido la amenaza que había proferido incansablemente las últimas semanas: si la ONU votaba el reparto, los árabes de Palestina, apoyados por todos los Estados árabes, harían la guerra a los judíos tan pronto como se marcharan los ingleses.

Llegó el instante crucial. Invitados a pronunciarse públicamente desde su asiento, los delegados esperaron en silencio que el Presidente sacara, por sorteo, el país que sería llamado a votar el primero. Cuando fue anunciado el nombre de Guatemala, hubo un instante de agitación. Luego, de nuevo, el silencio. Delegados, espectadores y periodistas, todos parecían conceder a aquel voto la misma consideración. El representante de Guatemala se levantó. Antes de que tomara la palabra, una voz penetrante partió de la galería del público, lanzando en hebreo un grito casi tan viejo como el tiempo y el sufrimiento de los hombres:

—¡*Anna Hashem Hoshia-na*! (¡Oh, Dios, sálvanos!).

2

«¡AL FIN SOMOS UN PUEBLO LIBRE!»

Suspendido en el cielo de otoño, el gigantesco disco lunar iluminaba la maraña de cúpulas, minaretes, campanarios, bóvedas y viejas murallas almenadas. A nueve mil kilómetros del patinadero donde algunos diplomáticos iban a determinar el futuro de una tierra cuyo corazón era, la ciudad sagrada de Jerusalén esperaba conocer la nueva orientación de su destino.

Fuese por el sacrificio de los animales sobre el altar de su viejo templo judío; por el sacrificio de Cristo en la cruz o por el que los hombres renovaban sin cesar, sobre sus muros. Jerusalén había vivido, como ninguna otra ciudad del mundo, en la maldición de la sangre derramada. *Yerushalayim,* en hebreo antiguo, significa «la ciudad de la Paz»; y sus primeros habitantes se instalaron en la ladera del monte de los Olivos, esos árboles cuyas ramas se convirtieron en el símbolo universal de la concordia. Una interminable sucesión de profetas habían proclamado aquí la paz de Dios para los hombres, y David, el rey judío que la había hecho su capital, la había honrado con esta invocación: «Rogad por la paz de Jerusalén».

Sagradas para las tres grandes religiones monoteístas —el cristianismo, el Islam y el judaísmo—, las piedras de Jerusalén llevaban las huellas de su santidad y el recuerdo de los crímenes que habían sido cometidos en nombre de la religión. David y Faraón, Senaquerib y Nabucodonosor, Herodes y Tolomeo, Tito y los cruzados de Godofredo de Bouillon, Tamerlán y los sarracenos de Saladino, turcos y soldados británicos de Allenby, todos habían combatido aquí, pillado, incendiado y matado. Todos habían muerto por Jerusalén.

En la azulada oscuridad de aquella noche de noviembre, enclavado en el centro de las altas colinas de Judea, la ciudad ofrecía la apariencia de la paz. La rodeaban luces lejanas, como satélites alrededor de su planeta. Al Norte, las de Ramallah; a lo lejos, hacia el Este, cerca de la orilla del mar Muerto, las de Jericó; y hacia el Sur, las de Belén. Más cerca brillaban, de colina en colina, los fuegos de los pueblos que parecían, como faros, guardar las entradas de la ciudad. Al Oeste, el de Castel, coronado por las ruinas de su castillo de cruzados, dominaba la única vía procedente de la costa, la estrecha carretera por la que llegaban cada día casi todos los aprovisionamientos destinados a los cien mil judíos de la ciudad. Sus pocos kilómetros determinaban la existencia de Jerusalén. Casi todas aquel1as luces eran las de los pueblos árabes.

La ciudad empieza cuando esta carretera se convierte en una avenida. Antes de acabar, al pie de las murallas de la ciudad vieja, la avenida de Jafa atraviesa los barrios judíos de la nueva Jerusalén, de la que es gran arteria comercial. Almacenes, Bancos, cafés, cinematógrafos se suceden en una mezcolanza de vitrinas y escaparates donde se unen, en insólitas nupcias, Europa Central y Oriente. Al norte de la avenida, en el barrio de Mea Shearim, agrupados en torno a las cúpulas de sus numerosas sinagogas, viven los guardianes más fanáticos de la ortodoxia religiosa: los judíos de las sectas hassidim. Al Sur se extienden los barrios judíos modernos de Ohel Moshe, Rehavia, Kiryat Shmuel y, más allá, los barrios, también modernos, pero ocupados principalmente por árabes, de Katamon y Bekaa, así como las colonias griega y alemana.

Al final de la avenida, altivas y majestuosas, se yerguen las murallas que encierran la ciudad vieja en un soberbio cinturón de piedra. En el interior —en la confusión de las construcciones y el laberinto de callejuelas cubiertas y pasadizos secretos— viven cincuenta mil habitantes que los ritos o las religiones encierran en diversos ghettos. La ciudad vieja se compone de los barrios armenio, cristiano, judío y musulmán. Pero, sobre todo, acoge en su seno los tres altos lugares sagrados que constituyen la gloria y la desgracia de Jerusalén.

Casi en su centro, dos cúpulas de piedra y un campanario romano cubren las profundidades oscuras y perfumadas de un lugar por cuya posesión multitudes de la Edad Media se lanzaron por los caminos de las Cruzadas. El punto más sagrado de la cristiandad, la iglesia del Santo Sepulcro, se levanta en el presunto lugar de la agonía y muerte de Cristo. Allá, en un polvoriento desorden de pilares, de escaleras y de bóvedas, los sacerdotes de todos los ritos del cristianismo (griegos, rusos, coptos, latinos, armenios, caldeos y sirios) montan una desconfiada guardia ante sus altares y reliquias, salmodiando letanías a la gloria del Señor resucitado y cuya propiedad reivindican todas las confesiones.

En el otro extremo de la ciudad vieja, en el centro de una vasta explanada, se alza el testimonio de la importancia de Jerusalén para otra fe: el Qubbet es Sajra (la cúpula de la Roca). Engastada bajo los mosaicos de su cúpula, donde el oro y el verde se funden para honrar las graciosas inscripciones que celebran a Alá el Único y el Misericordioso, aparece una sombría masa rocosa. Alto lugar de la Antigüedad, es la cima del monte Moria. Según la tradición islámica, una ligera huella en su pared sería la de la mano del ángel Gabriel que bajó a la tierra la noche en que Mahoma partió sobre su yegua blanca para su ascensión celestial.

Enclavada en un estrecho corredor al pie de esta explanada se eleva una larga fachada, hecha de enormes bloques de piedra desunidos. Vestigio de los cimientos del templo construido por Salomón, el Muro de las Lamentaciones es el lugar más sagrado del judaísmo; hacia él se vuelve, desde hace veinte siglos, el pueblo judío,

llorando su dispersión. Luciente, dorada, satinada, desgastada en su base por el roce secular de frentes, labios y manos, esta masa inflexible ha resistido a todas las calamidades que, desde la noche de los tiempos, han atormentado a Jerusalén. Acompañando con un balanceo del busto el murmullo de sus oraciones, un puñado de judíos ortodoxos, vestidos de negro, han montado ante él una guardia perpetua. Deslizados en las hendiduras y grietas de los grandes bloques de piedra se encuentran docenas de pedazos de papel, mensajes de fidelidad al Dios todopoderoso, oraciones implorando su bendición para un hijo recién nacido, una esposa enferma, un comercio en dificultad o la liberación del pueblo de Israel.

Resonando con el mismo fervor por encima de sus tejados, los carillones de las iglesias, las penetrantes llamadas de los almuédanos desde lo alto de sus minaretes, y los solemnes lamentos de los *shofars* de las sinagogas ritman la vida de la vieja Jerusalén y la invitan a una oración perpetua. Recuerdan también a sus miles de habitantes que Jerusalén no es más que una etapa de un viaje místico cuyo destino final es un profundo barranco, al pie de la ciudad. Allá, entre las murallas y el monte de los Olivos, se encuentra el bíblico valle de Josafat, donde las trompetas del Juicio llamarán, al fin del mundo, a todas las almas de la Humanidad. Esta perspectiva hace de Jerusalén una ciudad a la que se viene tanto para morir como para vivir. Generaciones de cristianos, judíos y musulmanes duermen así, mezclados bajo las piedras blancas de este valle, encontrando en la muerte la reconciliación que no pudieron obtener en vida.

A su fraccionamiento étnico e histórico en una multitud de islotes hostiles, los ocupantes británicos acababan de añadir tres nuevos enclaves. Circuidas de alambradas de espinos cubiertas de ametralladoras, estas zonas, llamadas de seguridad, encerraban las instalaciones militares y los edificios públicos. Una de ellas, situada en pleno centro de la ciudad moderna, englobaba la Jefatura de Policía, el Ayuntamiento, el hospital gubernamental y el edificio de «Radio Palestina». Ninguna persona podía entrar en esta área restringida sin autorización. Oficialmente denominada «Zona C», debía su sobrenombre de «Bevingrad» a la ironía de los judíos de Jerusalén, cruelmente decepcionados por la actitud del ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Ernest Bevin.

Por su geografía y su interés estratégico y, principalmente, en razón de las pasiones que su nombre levantaba, Jerusalén parecía condenada a una maldición permanente. Si la decisión de aquella noche debía engendrar un nuevo conflicto, ella sería su corazón y su puesta o envite.

Y, sin embargo, cuando el crepúsculo se deslizaba hacia la noche, la ciudad parecía haber encontrado de nuevo la unidad, que raras veces había aprovechado durante los treinta años que acababan de transcurrir. En las casas, en los cafés, en los tenduchos, todo el pueblo de Jerusalén, árabe y judío, estaba congregado alrededor de

los aparatos de radio para seguir en una misma inquietud cada palabra del lejano debate del que dependía el destino de la ciudad.

Aquella noche, como casi cada día después de su boda, los árabes Ambara y Sami Jalidy estaban instalados ante la chimenea de su pequeña biblioteca: Ambara, tras el pequeño escritorio sobre el que había hecho la primera traducción de *La Ilíada* y *La Odisea* del griego antiguo al árabe; Sami, en la mecedora, junto al fuego. Alrededor, con sus relieves de cuero patinados por el tiempo, se alineaban los textos de la más antigua biblioteca islámica del mundo. Desde el día del año 638 en que Whalid Ibn Whalid entró en la Ciudad Santa a la cabeza de una columna de los guerreros conquistadores del califa Omar, siempre había habido Jalidy en Jerusalén. Ultimo representante de un largo linaje de eruditos, profesores y jeques que habían sido la levadura intelectual de la comunidad musulmana de Jerusalén, Sami Jalidy dirigía el Colegio Árabe, cuyos edificios se extendían más allá de la ventana de su biblioteca. Hijos notables, mercaderes y cheijs beduinos se habían reunido en su escuela, comunidad rica en promesas de la que Sami Jalidy esperaba lograr una élite capaz de dirigir Palestina. Aquella noche, con su frente arrugada por la inquietud, escuchaba cada palabra que difundía la emisora de radio y se preguntaba si el destino no estaría a punto de privar a sus jóvenes alumnos de la patria para cuyo gobierno los había preparado él.

En su alojamiento, cerca de la puerta de Herodes otra pareja árabe, el empleado de Correos Hameh Majaj y su joven esposa alternaban la escucha de la radio con una ocupación más tranquilizadora. Una vez más, estudiaban el plano de la pequeña casita que se querían hacer construir en la entrada de Jerusalén. Durante todo el otoño habían soñado con aquel hogar que debía coronar su felicidad. Se habían encontrado dos años antes en el mostrador de la Central de Correos. A la joven que se le había acercado en demanda de empleo, Majaj le había propuesto entonces, simplemente, que se casara con él. Los habían unido dos hijos, y luego compraron una parcela de terreno. Estaban convencidos de que su número catastral les traería suerte. Sin embargo, aquella ve el número trece se mostraría ineficaz. El voto de aquella noche iba a destruir la felicidad de los Majaj.

Para acallar la inquieta espera de noticias, una mujer había preferido refugiarse en las murallas de su ciudad. Viuda del historiador árabe más eminente de su generación, Katy Antonious era la primera anfitriona de Jerusalén. Eran raros los visitantes de rango en la ciudad, obispos o príncipes, sabios o generales, poetas o políticos que no hubieran pasado bajo la inscripción «Entrad y sed bienvenidos», grabada en árabe en el arco de piedra que coronaba la puerta de su casa.

Aquella noche, queriendo desafiar las amenazas que pesaban sobre el destino de

sus compatriotas, había abandonado sus salones por la terraza almenada de la antigua Torre de las Cigüeñas. Así, sobre las mismas piedras, había hecho disponer para sus invitados los mil pequeños platos de un *mezé*. La elección de aquel lugar era simbólico. Ocho siglos y medio antes, otra generación de árabes había salvado allí el honor de Jerusalén oponiendo una heroica resistencia a los asaltantes del conquistador cristiano Godofredo de Bouillon y de sus soldados cruzados.

En el otro extremo de la ciudad, en su modesta casa de uno de los nuevos barrios judíos, una mujer de cuarenta y nueve años fumaba nerviosamente un cigarrillo, cubriendo de inscripciones la hoja de papel que tenía ante ella. También era una anfitriona célebre de Jerusalén, aunque de un género totalmente distinto. Su cocina servía de salón, y su hospitalidad se manifestaba en el inagotable café que servía a sus huéspedes, de una gran cafetera que se hallaba permanentemente sobre el fuego. Fumando cigarrillo tras cigarrillo, distribuyendo a sus amigos tazas de café y pastas secas con tanta insistencia que no tenían más remedio que aceptar, había sido, para los adolescentes de aquella nueva raza de judíos, la madre eterna de la Biblia.

En cierto sentido, había nacido para vivir aquella noche. Su padre era un artesano ebanista cuya habilidad le había valido a su familia el vivir en Kiev fuera del ghetto, pequeño privilegio que sólo permitía morir de hambre un poco más despacio. Cinco de los seis hijos nacidos antes que ella habían muerto a temprana edad. Su padre, más adelante, la llevó a América, tierra prometida de los emigrantes de la época. Y fue allí donde, recolectando fondos para las víctimas de los pogroms de la Primera Guerra Mundial en las calles de la ciudad de Denver, encontró, a los diecisiete años, la fe sionista. Desde entonces se dedicó totalmente a ella. Aquella noche representaba para ella la consagración del combate de su vida, una forma de justificación de su propia existencia. De ordinario era la más sociable de las mujeres; pero la emoción de aquella hora era tan preciosa, que Golda Meir había preferido vivirla sola, con su taza de café, su inseparable cigarrillo y el cuadernito sobre el que se disponía a escribir el resultado de la votación que la aproximaría al sueño de toda su vida.

Treinta de los judíos más buscados de Palestina escuchaban las noticias alrededor del viejo aparato de radio instalado sobre una mesa rodeada de sillas, llena de tazas y una docena de botellas de vodka. A menos de doscientos metros, en su cercado de alambradas, se encontraba el cuartel general de la Seguridad británica, cuyos oficiales los habían perseguido durante dos años a través de todo el país. Imponente, con la calva cabeza atravesada por un solo mechón de pelo, el que los había reunido estaba sentado al final de la mesa. Oficial del Ejército del Zar, luchador de circo, cantero, vendedor de mesas, periodista y doctor en Filosofía, Isaac Sadeh era ya un personaje legendario. Sin embargo, no era el talento que había mostrado en tan diversas profesiones lo que le había valido la viva admiración de sus compañeros y el odio

encarnizado de los policías ingleses. Era el padre espiritual de la «Haganah», el ejército secreto de la comunidad judía de Palestina, y el fundador de su punta de lanza, el cuerpo escogido del «Palmach», la «fuerza de choque».

Inspirado en los principios marxistaleninistas, el «Palmach» era un ejército sin insignias, sin verdadero uniforme, sin desfiles, sin disciplina estricta, un ejército donde el grado sólo daba derecho al privilegio de morir el primero.

Hacía cuarenta y ocho horas que Isaac Sadeh conferenciaba, en aquella habitación superpoblada, con los jóvenes jefes del «Palmach», hombres de los que oiría hablar el mundo entero veinte años más tarde, hombres como Yigal Alon e Isaac Rabin.

—Si la votación es positiva —declaró con gravedad—, los árabes nos harán la guerra. Y su guerra nos costará cinco mil vidas humanas.

Tras un silencio, añadió:

—Y si es negativa, nosotros seremos los que haremos la guerra a los árabes.

Esta perspectiva pareció petrificar a la asistencia. Después, la radio comenzó a desgranar cada resultado. Isaac Sadeh alargó el brazo, tomó una botella de vodka y se sirvió un vaso lleno. Levantando a continuación su vaso a la salud de los jóvenes oficiales, dijo con una triste sonrisa:

—Amigos míos, el momento es tan grave, que creo deberíamos dedicar un brindis a cada uno de los votos.

En la sala de teletipos de «Radio Palestina», los despachos eran arrancados apenas recibidos. El original era transmitido al servicio inglés, una copia al servicio hebreo y otra al servicio árabe. Aquí, el joven redactor Hazem Nusseibi garrapateaba una rápida traducción para el locutor. Mientras se sucedían los resultados de la votación, tenía el presentimiento de que el resultado del escrutinio permanecería incierto. Pero pronto cayó sobre su mesa un último despacho. El árabe lo tradujo a toda prisa. Sólo escuchar la voz del locutor, el joven redactor comprendió lo que él mismo acababa de escribir: «Por treinta y tres votos contra trece y diez abstenciones, la Asamblea General de las Naciones Unidas ha votado la partición de Palestina».

Entonces, procedente del otro lado de la pequeña estancia, oyó los clamores de alegría de sus colegas judíos.

La luna llena flotaba sobre la ciudad. Desde su balcón, el dentista Israel Rosenblatt contemplaba con atención casi mística el panorama que se extendía ante él: la avenida de Jafa atravesando el corazón de la ciudad nueva, la ciudadela de Solimán, la torre de David, las murallas de la vieja Jerusalén, las cúpulas de sus iglesias y sinagogas, sus minaretes reverberando como alabastro.

Procedente de algún patio escondido tras las murallas, un ruido extraño recorría las silenciosas tinieblas. Era el lamento de un shofar, aquel cuerno de morueco al son del cual Josué hiciera caer las murallas de Jericó. Rosenblatt se acordó de pronto de

las palabras de una oración de Yom Kippur, la gran fiesta del Perdón. «Dios mío —murmuró con respeto—, el shofar anuncia al fin nuestra libertad». De los patios de las casas y de las sinagogas, otros shofars respondieron a la llamada, hasta que su ronco y primitivo ruido pareció desgarrar la noche por todas partes. Como otros muchos habitantes de Jerusalén, Israel Rosenblatt volvió su cara hacia el Este, hacia aquel muro de piedras depositario de tantos recuerdos sagrados del judaísmo. Suavemente, casi imperceptiblemente, se puso a recitar una plegaria de acción de gracias.

Transcritos con cuidado a medida que los anunciaba la radio, los resultados del escrutinio cubrían varias páginas de la libreta de Golda Meir. Pero ella, que había luchado toda su vida por aquel instante, no podía descifrar lo que había escrito. Cuando el resultado definitivo hubo sido proclamado, sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas.

En cuanto al árabe Sami Jalidy, se levantó de su mecedora y atravesó la biblioteca para desconectar el aparato.

—Ahora va a comenzar una tragedia —dijo a su esposa.

Al otro lado de la ciudad, en una casa del barrio árabe que llevaba el nombre de su familia, el joven Nassereddin Nashashibi oyó a su padre declarar que aquella votación significaba la guerra. No debía olvidar la profecía que hizo aquella misma noche, por radio, el delegado sirio en las Naciones Unidas: «Los Santos Lugares —declaró Fares El-Jury— van a sufrir largos años de guerra, y la paz no reinará antes de muchas generaciones».

Como París había vivido el día de su liberación, como Londres y Nueva York habían festejado el día de la victoria, la Jerusalén judía iba a estallar en un desbordamiento de alegría, una alegre locura que saludaba el fin de dos mil años de espera.

En el bar «Fink's», cuyo dueño era Dave Rothschild había escuchado las noticias en compañía de dos lindas muchachas. Cuando fue proclamado el resultado, se precipitaron los tres a la calle, aún tranquila. Riendo como niños, se dirigieron hacia la avenida del Rey Jorge V, una de las principales arterias de la ciudad. Llamaban a todas las puertas y gritaban hasta perder el aliento:

—¡Tenemos un Estado, tenemos un Estado!

Dos jóvenes oficiales de la «Haganah», Motke Gazit y Zelman Mart, saltaron a un viejo «Chevrolet». Dando alaridos de alegría, recorrieron las calles con gran estrépito, hasta que Gazit tuvo la certeza de haber despertado a toda la ciudad con su claxon.

Por doquier, mientras corría la noticia, se encendían lámparas, se abrían las ventanas, los vecinos se interpelaban. En pijama y pantuflas, un peinador o un gabán sobre los hombros, los judíos de Jerusalén comenzaron a invadir las calles.

Desembocando en la calle Ben Yehudá, el periodista Uri Avner chocó con un grupo de estudiantes que la bajaban corriendo. De cada puerta salía la gente para unirse a ellos, incrementando su número de casa en casa. En la esquina de la avenida de Jafa, un coche de la Policía británica los detuvo.

—¿Saben ustedes que es más de medianoche? —preguntó un oficial inglés.

—¿Saben ustedes que tenemos un Estado? —les gritaron.

En la confluencia de la avenida del Rey Jorge V con la de Jafa, una de las encrucijadas más animadas de Jerusalén, un estudiante arrastró a sus camaradas por la mano y se puso en cabeza de una farándula que hizo girar en mitad de la calzada. Prisionero en el círculo, Uri Avner se dio cuenta que bailaba una *hora* por primera vez en su vida.

Otros jóvenes, subidos en un camión provisto de un altavoz, recorrían las calles para invitar a la población a manifestar su alegría. Les interceptó el paso un vehículo blindado británico. Pero pronto dio media vuelta para seguirlos y aportar el concurso de su altavoz al del camión judío. Miembro de la milicia judía, Reuven Tamir corrió a reunirse con la multitud. En la calle Ben Yehudá encontró a unos amigos. En su euforia, forzaron la puerta de un quiosco de bebidas refrescantes y golosinas. Lo estaban desvalijando cuando el propietario llegó vociferando. Pero al darse cuenta, súbitamente, de que aquel día todo pertenecía a todo el mundo, el comerciante continuó por sí mismo la distribución. Un grupo pasó ante el quiosco. Unos jóvenes llevaban en triunfo a un policía judío de la fuerza pública británica, gritando:

—¡Será nuestro primer ministro del Interior! Tamir aplaudió con fuerza y corrió a mezclarse en el grupo. Era a su padre al que aclamaban.

En el centro de la ciudad, todos los cafés y restaurantes estaban atestados. Los dueños ofrecían una ronda general. El depositario de los vinos «Carmel Mizrahi» hizo rodar por medio de la calzada un enorme barril de vino tinto, entre la alegría de la multitud. En el barrio ultrarreligioso de Mea Shearim, los alumnos de las escuelas talmudistas ayudaban a su rabino a repartir tragos de coñac a todos los que pasaban.

—¡*Le Chayim*! (¡Por la vida!) —exclamaban levantando sus vasos.

Los conductores de autobús corrieron a buscar sus vehículos para transportar gratuitamente hacia el centro a sus conciudadanos de los barrios periféricos. A las dos de la madrugada, millares de judíos, desbordantes de alegría, habían invadido el corazón de Jerusalén. En cada confluencia, jóvenes exultantes de alegría bailaban *horas* desenfrenadas. Enlazados en interminables cadenas, otros desfilaban por las calles cantando la *Hatikvah*, el himno sionista. En ruso, checo, alemán, húngaro, yiddish, hebreo, en casi todas las lenguas, los viejos cantos de los pioneros del sionismo ascendían en la noche. Desconocidos se estrechaban y abrazaban.

Hasta los ingleses se unieron a la fiesta. En su carrera, Jacob Salamon, oficial de la «Haganah», cayó sobre un vehículo blindado británico. Palideció de terror. La

cantimplora trucada que pendía de su cintura contenía dos granadas y una pistola, lo cual podría haberlo llevado a prisión para siempre. Vio entonces a un grupo de jóvenes detener el vehículo y trepar a él para abrazar a los policías, entre grandes risas. Estupefactos al principio, los ingleses se pusieron a reír a su vez y a abrazar a los judíos. Vuelto en sí de su espanto, Salamon comprobó que era la primera vez que los ingleses compartían la felicidad de los judíos.

En otra parte, otro vehículo blindado maniobró ante los edificios de la «Agencia Judía», con su torreta cubierta por un grupo humano que cantaba la *Hatikvah*, y su cañón, adornado con una gran bandera judía. La alegría era tan contagiosa, que varios soldados ingleses hurgaron en sus bolsillos para arrojar algunos chelines en los cepillos de los recolectores del Fondo nacional judío, que mostraban en seguida el emblema azul pálido en el dorso de su uniforme. Antes de beberse el tercio de la botella de coñac que le ofrecía el rabino Spicehandler, un soldado gritó alegremente:

—¡Vivan los judíos!

Mucho antes del alba, toda la Jerusalén judía estaba despierta y manifestaba su alegría. Las sinagogas abrieron sus puertas a las tres de la madrugada y fueron inmediatamente invadidas por multitudes agradecidas. Hasta los judíos más agnósticos tenían aquella noche la impresión de sentir sobre ellos la mano de Dios.

Cuando las primeras luces del día enrojecieron el cielo, el comerciante Zev Benjamín evocó la creación del mundo tal como lo cuenta la Biblia: «Y hubo una tarde, y hubo una mañana: fue el primer día». Otros pensaron en la imagen de la creación que da el Libro de Job: «Cuando las estrellas de la mañana cantaban reunidas y todos los hijos de Dios estallaban de alegría». Viendo a los jóvenes bailar, el contramaestre Reuven Ben Yehoshua, de origen ruso, se acordó, con gratitud, de los «primeros pioneros que no habían jamás imaginado aquella noche y sin los cuales, lógicamente, aquella noche no habría podido existir jamás».

Sin embargo, algunos habitantes se negaron a participar en el júbilo general. Prosternados en la penumbra de sus sinagogas, los jefes de la secta ultrarreligiosa y conservadora de los Netoré Karta —los Guardianes de la Ciudad— estaban virtualmente de luto. Para aquellos ortodoxos fanáticos, la creación del Estado que festejaban sus compatriotas era un sacrilegio, un milagro forjado por las manos de los hombres, mientras que sólo Dios tenía el derecho de realizarlo.

Inquieto y solitario, un distinguido personaje subía lentamente por la calle Ben Yehudá. Mientras que a su alrededor se celebraba la promesa del nuevo Estado Judío, Eleazar Sukenik soñaba con aquel otro Estado que había desaparecido casi dos milenios antes sobre los espolones rocosos de la Masada. Aquella misma noche, en la tienda de un comerciante de *souvenirs* árabe, cerca de la iglesia de la Natividad, en Belén, sus dedos habían acariciado piadosamente algunos fragmentos de pergamino petrificado cubiertos de inscripciones. Temblando de emoción, comprendió que tenía

entre las manos los testimonios más preciosos jamás encontrados sobre aquella civilización desaparecida. Al día siguiente debía visitar al comerciante para negociar su compra. Se preguntaba con inquietud si los acontecimientos de la noche no iban a romper sus relaciones con el árabe, ya que tenía la intención de conseguir aquellos rollos inestimables: aquellos lazos de tradición que iban a unir al Estado nuevo con la antigua nación judía. Era el descubrimiento arqueológico más importante del siglo XX: los *Manuscritos del mar Muerto*.

Sin embargo, a través de toda Palestina, los judíos compartían la misma alegría. Tel-Aviv, la primera ciudad judía del mundo, parecía una capital latina en una noche de carnaval. En cada kibbutz, la comunidad entera bailaba y rezaba. En las colonias del Negev y en la frontera siria del Norte, los jóvenes pioneros, de guardia en sus puestos aislados, bendecían la noche que los envolvía.

En Jerusalén, la alegría popular se manifestaba ahora alrededor de una fortaleza cuyos muros de hormigón habían albergado durante años las esperanzas de los judíos. Iluminados por los haces de los reflectores, el edificio de la «Agencia Judía» y su patio eran escenario de una manifestación delirante.

Cuando la estrella de David de la bandera sionista, azul pálido sobre fondo blanco, se elevó en el mástil del edificio, partió de la multitud un estallido de aplausos. Atrapado en los torbellinos humanos, el periodista Isaac Giviton quedó impresionado por una imagen inédita, que debía simbolizar para él la felicidad de los judíos de Jerusalén aquella noche. Por primera vez vio a la gente pisotear alegremente los macizos de flores, por lo general tan respetados. «Estas gentes no serán ya, en lo sucesivo, sólo una multitud. Se han convertido en una Nación», pensó el sindicalista Reuven Shari, ante la delirante alegría de aquel gentío.

Bruscamente se acalló el tumulto, y se hizo un extraño silencio alrededor del edificio. Una sólida silueta femenina acababa de aparecer en el balcón.

—¡Durante dos mil años —gritó Golda Meir— hemos esperado nuestra libertad! Y ahora que está aquí parece tan grande, tan maravillosa, que faltan palabras para expresar nuestros sentimientos.

Después, con la voz ahogada por la emoción y el corazón henchido de ternura, la hija del ebanista de Kiev formuló el deseo que había acompañado a su pueblo, durante generaciones, en los momentos alegres y solemnes de la existencia.

—¡Judíos —gritó—. *Mazel tov*! (¡Buena suerte!).

En las desiertas calles de los barrios árabes, los ecos de aquellos clamores triunfales resonaron como un toque de difuntos. Desde las villas, envueltas en enredaderas, de Katamon, hasta los inmuebles de piedra rosa de Sheij Jerrah, numerosos árabes espiaban la noche. Al oír los ruidos que llegaban de los barrios judíos, se preguntaban qué cambios iban a sufrir sus destinos.

—Todo está perdido. La sangre va a correr por las calles de Jerusalén —anunció,

a su esposa, Gibrail Katul, funcionario de Instrucción Pública, lleno de melancolía y amargura.

Después, un fatalismo ancestral le hizo buscar la causa:

—¡Es culpa de los ingleses! —añadió—. Nos han dejado caer. El mundo entero ha conspirado para abatirnos.

Pero la mayoría de los árabes se negaban a creer que los ingleses pudieran abandonar un país que habían administrado durante treinta años. La reacción de Sami Hadawi, otro funcionario del Mandato, era significativa. Tenía la profunda convicción de que la decisión de aquella noche no era más que un espejismo, y que no sería aplicada jamás.

—Esto es cierto —se repitió confiado—; los ingleses no abandonarán jamás Palestina.

Desde su ventana, Zihad Jatib, un contable de veintiún años, miraba las luces anaranjadas de las antorchas que danzaban sobre los muros del barrio vecino de Mea Shearim, de donde procedía el ruido de los festejos. «Es como el Día de la Victoria», se dijo. Después, amargamente, pensó: «Pero los victoriosos son ellos, no nosotros».

Al abandonar su estudio de «Radio Palestina», Hazem Nusseibi oyó una voz murmurar tras él, en la oscuridad:

—Cuando llegue el día, habrá árabes dispuestos a cumplir con su deber.

Se volvió para ver quién había hablado. Era un oficial beduino de la unidad que guardaba la emisora de radio. Pertenecía a la ramosa Legión Árabe, aquel cuerpo escogido cuyas ametralladoras y cañones iban a hacer pagar bien pronto a los judíos el precio del Estado que festejaban aquella noche.

Entre los árabes que fueron testigos de las celebraciones judías, ninguno había sentido la extrañeza de la situación con más agudeza que un joven oficial del Ejército sirio que, vestido de paisano, se paseaba por medio de la población de la primera ciudad judía del mundo. Mientras se levantaba el día sobre Tel-Aviv, el capitán Abdul Aziz Kerine contempló desde la ventana de su hotel las alegres muchedumbres que seguían danzando en la calle. El joven sirio tenía sus buenas razones para estar impresionado, ya que era una misión muy especial la que lo había conducido allí. Dentro de algunas horas, saldría del aeropuerto de Lydda con destino a Praga. En la capital checoslovaca debía comprar diez mil fusiles automáticos, mil metralletas y doscientas ametralladoras, primeras armas con las que los árabes esperaban borrar las esperanzas suscitadas por aquella histórica noche.

—¡Qué importa que hayamos ganado! —cuchicheó la mujer, en salto de cama—. Déjele dormir.

Sin embargo, para despertar a aquel viejo, el joven funcionario de la «Agencia Judía», Gershon Avner, hijo de un fabricante de corbatas berlinés, acababa de recorrer cuarenta kilómetros desde Jerusalén hasta el kibbutz de Kalya, a orillas del mar

Muerto. Le llevaba al personaje dormido el borrador de una declaración, primer reconocimiento oficial por la «Agencia Judía» del voto de las Naciones Unidas. El hombre que dormía ante Avner era, más que nadie, responsable de aquel triunfo. Con la paciencia implacable del cazador que acecha a su presa, estaba ligado a la creación de un Estado judío en Palestina. A la vez flexible y firme, conciliador e intratable, había conducido a su pueblo con el ardor mesiánico de un profeta y el hábil realismo de un guerrero bíblico.

Avner contempló con ternura y respeto el perfil redondeado y los mechones hirsutos de cabellos blancos. Con suavidad tocó la espalda del durmiente.

—*Mazel tov* —murmuró a David Ben Gurion—, hemos ganado.

Ben Gurion se levantó, se puso un batín y, con paso lento, fue a sentarse a su mesa. Tras ajustarse las gafas, estudió el proyecto de declaración. Las ciento cincuenta palabras de aquel texto, redactado en inglés, fueron pronto tachadas por garrapateos que redujeron la emoción en provecho de un tono más sobrio.

—¡Papel! —exclamó Ben Gurion.

Eran las primeras palabras que dirigía al joven. Avner y Paula, la esposa de Ben Gurion, se pusieron a buscar frenéticamente, mientras aumentaba la impaciencia del viejo. Con desespero, Avner acabó por alargarle todo lo que había podido encontrar: una hoja de papel higiénico que había arrancado del rollo del retrete. Ben Gurion comenzó a escribir el texto de su declaración. Casi había acabado cuando irrumpieron en la estancia los jóvenes trabajadores de la vecina fábrica de potasa. Aclamando a su líder, bailaron a su alrededor una *hora* endiablada. Con las manos en los bolsillos de su viejo batín, Ben Gurion los miraba con aire preocupado. Realista, sabía ya el precio que tendría que pagar el pueblo judío por el Estado que las Naciones Unidas le habían prometido aquella noche. Los jóvenes quisieron que participara en su danza. Sonriendo tristemente, denegó con la cabeza.

«No podía bailar con ellos —declaró más tarde—. No podía cantar aquella noche. Viéndolos a todos tan alegres, no podía pensar más que una cosa: iban a partir para la guerra».

En Jerusalén habían comenzado ya los primeros preparativos de aquella guerra. Mientras que el «Austin» del enviado de la «Agencia Judía» se dirigía al kibbutz de Kalya, otro vehículo se deslizaba por las oscuras calles de un arrabal judío de Jerusalén. Se detuvo ante el dispensario de la «Histadruth», la Confederación General de Trabajadores Judíos de Palestina. Un hombre rechoncho, de crespos cabellos grises, se apeó del coche, se deslizó hasta la puerta y llamó suavemente. Surgiendo de la sombra, la blanca silueta de un enfermero acudió a abrirle. Los dos hombres atravesaron los desiertos corredores, y el visitante se puso luego a trabajar en un pequeño despacho al fondo del edificio.

Israel Amir mandaba la «Haganah» de Jerusalén, y el enfermero era uno de sus

soldados. Desde hacía un año, aquel dispensario había servido de tapadera a su puesto de mando. Amir estudió los mensajes telefónicos recibidos durante la tarde y la noche. No indicaban ninguna actividad sospechosa ni ningún tropiezo en los barrios árabes; pero Amir no estaba tranquilo. Sabía que los árabes no podían aceptar el voto sobre el reparto sin reaccionar. Como la mayoría de los puestos de mando de la «Haganah», el de Jerusalén disponía de un sistema de alerta que permitía una movilización de sus fuerzas. Amir descolgó el teléfono, dando golpes aparentemente anodinos. Luego tomó una segunda decisión. Ordenó a su servicio de información, compuesto de indicadores árabes y judíos originarios de los países orientales, patrullar sin interrupción por los *suks* de la ciudad vieja. Si debían producirse incidentes, Amir sabía que procederían, ante todo, de la superpoblada maraña de los *suks* y de las callejuelas del barrio árabe.

El jefe de la «Haganah» tenía razón. Los árabes se mostraban activos en la ciudad vieja. Cada uno era portador de un papel con una media luna y una cruz superpuestas y con las iniciales, en árabe, «E. G.». Estas letras eran las iniciales de Emile Ghory, un árabe cristiano graduado en la Universidad americana de Cincinnati y miembro del Alto Comité Árabe.[1]

Las puertas que debían abrir estos enigmáticos pases estaban dispersas por toda la ciudad vieja, al lado del Muro de las Lamentaciones, cerca de una mezquita de la puerta de San Esteban o detrás del Santo Sepulcro. Los enviados de Emile Ghory sacaron pronto de sus camas tanto a los cheijs como a los simples mercaderes ambulantes o viudas de pequeños burgueses conservadores cuya piedad las colocaba por encima de toda sospecha. A la presentación del mensaje de Ghory, fueron conducidos hacia los escondrijos, suponiendo lo que habían ido a buscar. Abrieron falsos paneles, levantaron tablas del parquet, cavaron agujeros, rompieron tabiques, vaciaron cajas llenas de chucherías, desmontaron los hornos de pan, desplazaron los muebles; al amanecer habían recogido su cosecha. Mientras los judíos del otro lado de las murallas habían pasado la noche bailando, todo el arsenal secreto del Alto Comité Árabe de Jerusalén había sido exhumado. En total, ochocientos fusiles escondidos durante casi diez años, tan pronto como acabara la larga y sangrienta revuelta de los árabes de Palestina contra los ingleses.

Para los judíos de Jerusalén, la tempestad que dejaban presagiar las órdenes de Emile Ghory no era más que una lejana preocupación. Aquel día radiante de noviembre había sido hecho para la alegría era, como había proclamado el Gran Rabino ante las piedras del Muro de las Lamentaciones, «el día que Dios había hecho para que nos regocijemos en Él».

Y Jerusalén se regocijaba de verdad. Bien temprano, cada farola de la ciudad judía estaba adornada con un ramillete de banderolas azul y blanco, que flotaban en la

brisa. Las paredes estaban ya cubiertas con las proclamas, rápidamente impresas por los numerosos partidos políticos de la comunidad judía. De las colonias circundantes de la ciudad llegaban convoyes de tractores adornados con banderas y los remolques llenos de niños que cantaban. Mientras desfilaban lentamente por las calles, sus pasajeros agitaban ramas de pino de Alepo o de olivo hacia la multitud que llenaba las aceras. Un viejo que descendía por la calle Ben Yehudá a lomos de una mula y blandiendo una pequeña bandera sionista, se le antojó a la multitud como la encarnación de la profecía de Zacarías: «Alégrate sobremanera, hija de Sión. He aquí que viene tu rey… montado en un asno».

Otra visión sorprendió a Chava Eldar, camarera del café «Atara». Nunca había visto nada semejante en aquella Jerusalén, de ordinario tan austera. El establecimiento estaba ya abarrotado a las siete de la mañana, y la mayoría de los clientes, que para dar gracias a Yavé habían decidido honrar a Baco, estaban ebrios.

Los desenfrenos de aquella larga noche habían complicado seriamente el plan de movilización de la «Haganah». Todas las eventualidades parecían haber sido previstas, salvo la que se presentaba aquella mañana. En toda Jerusalén, ni un solo judío varón se encontraba en su cama. Para reunir a los setenta hombres de su compañía, compuesta en gran parte por estudiantes de la Universidad hebrea, Zvi Sinaí hubo de coger el ciclomotor de su prometida y recorrer lentamente las calles atestadas de gente. Cuando veía a uno de sus hombres, se colocaba tras él y, con una palmada en el hombro, le anunciaba que la fiesta había terminado.

Aquella mañana fue, para algunos árabes y judíos, la hora de una tímida tentativa de reunirse, en la esperanza de evitar el conflicto al que parecían condenados. Realizando juntos su visita al hospital gubernamental, dos viejos amigos, los doctores Rajhib Jalidy y Cooke, observaban las hileras de camas que su guerra fratricida iba bien pronto a llenar de victimas.

—¿Nos es absolutamente preciso batirnos? —suspiró Cooke—. ¡Verdaderamente sería demasiado horrible!

En la avenida del Rey Jorge V, el dentista Samy Abussuan recibió una brutal respuesta a esta pregunta. Hombre fino y cultivado, excelente violinista, formaba parte de aquellos árabes que habían vivido siempre en armonía con la comunidad judía. A despecho de las crisis de los últimos años, seguía creyendo en la reconciliación final de los dos pueblos. Quedó, pues, sorprendido al reconocer entre los bailarines a su viejo amigo, el profesor de violín Isaac Rottenberg, un hombre en el que siempre había apreciado su serenidad y pacifismo. Y, con estupor, distinguió en su manga el emblema de la milicia judía.

Zihad Jatib, el joven contable árabe, sufrió una decepción de otra índole. Cuando llegó a su despacho, sus colegas judíos se hallaban en plena algazara. Entre ellos estaba la encantadora Elisa, una joven rumana rubia, de la que estaba secretamente

enamorado. Se saludaron. Elisa le trajo luego un pedazo de pastel, lo tomó por la mano y lo condujo hacia el alegre grupo. Jatib intentó estar de acuerdo con las circunstancias, pero en su corazón se negaba a hacerlo. Minutos más tarde, tristemente consciente de que los acontecimientos de aquella noche habían abierto entre ellos un abismo que no podría colmar, abandonó el despacho. El joven árabe no volvería a ver más que una sola vez a la muchacha que amaba. En el mes de abril siguiente, la vio empuñando un fusil en el fortín de la «Haganah» del barrio de Montefiore.

El judío Shalom Turgeman midió también el abismo que separaría en adelante a las dos comunidades cuando franqueó la puerta de Jafa para acompañar a una amiga hasta el comisariado de Policía británica, donde trabajaba. En los ojos de los árabes con que se cruzaba leyó un brillo hostil. Entonces tuvo la certeza de que iba a producirse una explosión de odio, ya que conocía bien aquellas miradas. Diecisiete años antes, siendo aún niño, había vivido la matanza de Hebrón.

La tormenta que Shalom Turgeman presentía como inminente había estallado ya en varias capitales del mundo árabe. Considerando que la decisión de las Naciones Unidas los despojaba injustamente de una parte de su patrimonio, los estudiantes de Damasco se manifestaron ya al rayar el alba. A los gritos de «¡queremos armas!», se dirigieron al Serrallo, sede del Gobierno. El Primer Ministro, Jamil Mardan, les ofreció expresar su patriotismo con actos y no con palabras. Anunció que al día siguiente se abriría un centro de reclutamiento para enrolar a los voluntarios deseosos de combatir en Palestina. Pero a mediodía habían ya saqueado las Embajadas de Francia y Estados Unidos e incendiado la sede del partido comunista sirio, haciendo perecer a cuatro de sus miembros entre las llamas. En Beirut, capital del Líbano, otros grupos devastaron las oficinas de la «Aramco», la compañía petrolera árabe-americana. En Ammán, capital del emirato de Transjordania, sólo una providencial casualidad arrancó a dos profesores americanos de las manos de los que se aprestaban a lincharlos. Desde su palacio de Ryad, en el desierto, el rey Ibn Saud de Arabia proclamó que su último deseo era el de morir en Palestina al mando de sus tropas.

Extrañamente, la capital del país más importante del mundo árabe, Egipto, fue la que acogió la noticia con más serenidad. El mensajero del Primer Ministro que había entregado al chambelán del rey Faruk los despachos de la noche, no había dejado de percibir la gratificación de costumbre. Era la garantía de que los documentos importantes serían bien transmitidos a Su Majestad en el único momento favorable, hacia mediodía, cuando Faruk emergía de sus noches de placer.

En su despacho de El Cairo, el Primer Ministro, Mahmud Nukrachy Pachá, examinaba las noticias con inquietud. Ex profesor de Historia, de una reserva tal que su soberano consideraba excesiva, Nukrachy constituía una excepción entre los políticos egipcios. Era honrado. Adversario feroz de los ingleses, consideraba que la

única ambición de su país debía ser la de obtener la evacuación del canal de Suez y la unión de Sudán a la corona egipcia. Nukrachy no quería, bajo ningún pretexto, que el Ejército egipcio se empeñara en una guerra en Palestina.

Las circunstancias iban a modificar las loables intenciones del Primer Ministro. Excitados por una emoción real, y dirigidos por hombres que vivían en la perpetua quimera de sus propias ilusiones, los árabes sentíanse impulsados por la peligrosa retórica de políticos a menudo sin escrúpulos e impotentes para contener las pasiones que habían desencadenado. Pronto iban a lanzarse por el camino del desastre.

Dos fuerzas se preparaban ya a conducir a Egipto a la revolución nasseriana, y a Mahmud Nukrachy Pachá, a la cita con un asesino. En los tenduchos del antiguo bazar de El Cairo —el Jan El Jalil—, los rectores de Al Azhar, la más antigua universidad islámica del mundo, elaboraban decretos: iban a sancionar la misma llamada que había conducido a los conquistadores de los califas de Bagdad hasta Poitiers, y a los jinetes de Saladino, hasta el Cuerno de Hattin. Aunque su utilización abusiva le había privado recientemente de una parte de su contenido espiritual, ninguna exhortación podía elevar la emoción árabe mejor que la vieja llamada a la *djihad*, la guerra santa.

David Ben Gurion decidió regresar urgentemente a Jerusalén. «¡Qué inconscientes son! —pensó al descubrir a toda la ciudad bailando—. ¡Si supieran que una guerra puede empezar con estas cosas!». Se fue directamente a su despacho de la «Agencia Judía». Nuevamente reunida en torno al edificio, la multitud reclamaba con insistencia la aparición de sus dirigentes.

Firmemente resuelto a hacer partícipe a sus compatriotas de los sentimientos de angustia que lo embargaban, Ben Gurion acabó por salir al balcón, rodeado por sus principales colaboradores. Mientras hablaba, alguien susurró a Golda Meir una información que justificaba singularmente la advertencia que se aprestaba a lanzar. Tres judíos acababan de ser asesinados en una emboscada, en las afueras de Tel-Aviv.

—La decisión de las Naciones Unidas —declaró Ben Gurion a la multitud— no constituye, en sí, un escudo contra los peligros que nos amenazan aún. Si la era de los milagros no ha terminado, tampoco ha concluido la de las agresiones. No nos engañemos creyendo que todas nuestras dificultades han desaparecido y que la vida estará hecha desde ahora sólo de alegrías y festividades.

Cuando terminó, subió de la multitud una estruendosa ovación, que conmovió al viejo líder. Al fin, también él se abandonó a la emoción de aquella hora y sintió la grandeza de aquella cita del pueblo hebreo con su juramento, dos veces milenario, sobre aquellas colinas de Judea.

Dejándose aclamar sonriente, acarició con respeto, suavemente, los pliegues de una inmensa bandera azul y blanca que pendía a su lado.

—¡Al fin —murmuró—, al fin somos un pueblo libre!

3

UN CAMINO LARGO Y DOLOROSO

Largo y doloroso había sido para el pueblo de Ben Gurion el camino hacia aquella libertad. Desde la primera aparición de sus antepasados, los hebreos, sobre la tierra prometida por Dios a su jefe Abraham, hasta la votación de aquella noche, habían transcurrido cuatro milenios de sufrimientos y de luchas.

Recién llegados de su Mesopotamia natal, los hebreos habían sido expulsados y condenados a mil años de emigraciones, de esclavitud y luchas, antes de volver de nuevo, conducidos por Moisés, y fundar al fin, en las colinas de Judea, su primer Estado soberano. Pero su apogeo, bajo el gobierno de los reyes David y Salomón, apenas duró un siglo. Establecidos en la confluencia de las grandes rutas de África, Asia y Europa; instalados sobre una tierra convertida en una perpetua tentación, hubieron de sufrir, durante otro milenio, los asaltos de los imperios vecinos. Asiría, Babilonia, Egipto, Grecia y Roma se sucedieron uno a otro para destruirlos, infligiéndoles dos veces el castigo supremo del exilio y de la destrucción del templo erigido sobre el monte Moria a la gloria de Yavé, primer Dios único y universal. Pero de esta doble dispersión y del cortejo de calamidades que los acompañaron iba precisamente a nacer y perpetuarse en ellos el vínculo carnal y místico a la tierra ancestral. Las naciones del mundo acababan de admitir aquella noche la razón que los asistía.

Las vicisitudes del pueblo judío empezaron con el desarrollo de una religión que predicaba, sin embargo, el amor. En su ardor por convertir a las masas paganas, los primeros Padres de la Iglesia cristiana se esforzaron en poner de relieve la fosa que separaba el judaísmo de la nueva fe que ellos difundían. Codificando esta voluntad mediante textos jurídicos, el emperador bizantino Teodosio II condenó al judaísmo a la segregación e hizo de los judíos un pueblo aparte, según la ley. A continuación, Dagoberto, rey de los francos, los expulsó de las Galias, y los visigodos de España se apoderaron de sus hijos para convertirlos al cristianismo. En el siglo VI, otro emperador bizantino, Heraclio, puso fuera de la ley el ejercicio del culto hebreo. Con las Cruzadas llegó una persecución sistemática. Los sarracenos vivían lejos y eran peligrosos; los judíos vivían en cada país de Europa al alcance de su mano, y los combatientes de la fe cristiana podían saciar más pronto y fácilmente sobre ellos sus pasiones religiosas. Para justificar sus acciones, al grito de ¡*Deus vult*! —¡Dios lo quiere!— arrasaban todas las comunidades judías que encontraban en su camino

hacia Jerusalén.

La mayor parte de los Estados negaban a los judíos el derecho a la propiedad de la tierra. Les estaba igualmente vedado el acceso a los gremios artesanos y mercantiles de la Edad Media. Un edicto del Papa prohibiendo a los cristianos el comercio de la plata, hizo que los judíos fueran relegados al infame oficio de usureros. La Iglesia prohibía a los cristianos, además, trabajar para los judíos e incluso vivir entre ellos. Esta discriminación alcanzó su punto culminante en 1215, cuando el cuarto Concilio de Letrán decidió hacer de los judíos una verdadera especie aparte, obligándolos a llevar una señal distintiva. En Inglaterra era una insignia que representaba las Tablas de la Ley sobre las que Moisés había recibido los diez mandamientos. En Francia y Alemania era una «O» de color amarillo, precursora de la estrella amarilla que eligiera el Tercer Reich para designar a las víctimas de sus cámaras de gas.

Eduardo I de Inglaterra y Felipe *el Hermoso* en Francia, expulsaron de la noche a la mañana a los judíos instalados en sus reinos, lo cual les permitió apropiarse de la mayor parte de sus bienes. Se acusó a los judíos de cometer muertes rituales de niños y de extender la terrible peste negra emponzoñando los pozos con un polvo hecho de arañas machacadas, ancas de rana, lagartos, intestinos de cristianos y hostias consagradas. Después de esta acusación, más de doscientas comunidades judías fueron totalmente exterminadas.

Durante estos siglos de crueldad, el único país donde los judíos pudieron llevar una existencia casi normal fue la España de los califas. Allá, bajo la radiante dominación de los árabes, el pueblo judío prosperó como nunca jamás durante todo el tiempo de su dispersión. Pero la Reconquista cristiana puso fin a esta excepción. En 1492, el mismo año en que Fernando e Isabel enviaron a Cristóbal Colón al descubrimiento de nuevos continentes, los monarcas desterraron, a su vez, a los judíos de España.

En Prusia, los judíos no tenían derecho a circular en vehículos ni utilizar los servicios de cristianos para encender sus fuegos del sábado. Como la del ganado, su entrada en una ciudad era concedida por un fielato. En la península italiana, la forma de tratar a los judíos no era menos inhumana. La posesión del Talmud constituía un crimen. Cada año, Roma, para divertirse, renovaba la antigua crueldad de los juegos del circo obligando a los judíos, que habían sido engordados como gansos, a correr medio desnudos, en el Corso. Venecia enriqueció el vocabulario universal bautizando con el nombre de *ghetto nuovo* —la nueva fundición— el barrio de residencia obligada para los judíos. En los ghettos de la mayor parte de las ciudades, el número de habitantes estaba fijado por la ley, y los jóvenes debían esperar, para casarse, a que un fallecimiento dejara una plaza vacante.

En Polonia, los judíos gozaron, durante cierto tiempo, de una libertad y

prosperidad casi comparables a las que en otro tiempo habían gozado en España. Incluso eran admitidos a ocupar importantes cargos en la Administración. Cuando los cosacos se rebelaron contra los polacos, los judíos fueron sus principales víctimas. Con una ferocidad y un refinamiento hasta entonces sin parangón en la historia de las persecuciones antisemitas, los rusos hicieron desaparecer más de cien mil judíos en menos de diez años.

Cuando los zares extendían las fronteras de su imperio hacia el Oeste a través de Polonia, una nueva era de crueldades, parecida a la de la Edad Media, se abatió sobre casi la mitad de la población judía del mundo. Los zares depositaron y encerraron a los judíos en el mayor ghetto de la Historia, la *Zona de población,* situada en la frontera occidental. Los jóvenes estaban obligados a la conscripción desde la edad de doce años y por un período de veinticinco años. Impuestos especiales eran percibidos sobre la carne, kacher y las velas del sábado. Las mujeres judías no tenían derecho a vivir en las grandes ciudades universitarias si no llevaban la insignia amarilla de las prostituidas. Y después del asesinato de Alejandro II, en 1881, las multitudes fueron oficialmente estimuladas para asesinar a los judíos. Una nueva palabra iba a nacer: la de *pogrom,* sinónimo de terror y muerte, que sonaría bien pronto de ciudad en ciudad a través de la inmensidad rusa. En lo sucesivo, esta población maldita de los países del Este sólo escaparía al exterminio replegándose sobre sí misma en un apego fanático a su religión y a la observancia apasionada de sus tradiciones.

Desde la Revolución Francesa, los judíos de los países occidentales gozaron de una suerte más envidiable. En Francia, Alemania e Inglaterra, el siglo XIX los había liberado de las tutelas y habían favorecido su emancipación. Sin embargo, fue en la capital de los Derechos del hombre donde una mañana de enero de 1895, el destino de los judíos iba a tomar un giro decisivo.

Entre la multitud congregada aquel día en el gran patio de la Escuela Militar de París, un hombre de rostro ornado con una espléndida barba negra daba patadas en el suelo. Era un periodista austriaco, corresponsal, en París, del diario más importante de Viena. Ante él se alzaba, frente a cuatro mil soldados en posición de firmes, la silueta frágil y solitaria de un capitán de artillería. Estremecida por un patriotismo delirante, la multitud se parecía al populacho medieval llegado para asistir a la ejecución pública de un condenado. Y, en cierta manera, el espectáculo de aquella mañana era casi una condena a muerte. Era la degradación pública de un oficial del Ejército francés.

El ayudante Bouxin, que actuaba como verdugo, se adelantó. Con un ademán seco, tomó el sable del capitán y, como una cuerda rompe el cuello de un ahorcado, quebró la hoja sobre su rodilla. A continuación arrancó los galones del oficial.

—Alfred Dreyfus —declaró—, es usted indigno de llevar armas en nombre de Francia.

Una corriente sacudió a la asistencia, que no tardó en prorrumpir en siniestros gritos de venganza.

—¡Muerte al traidor! ¡Muerte a los judíos!

Esta escena debía metamorfosear al periodista en profeta. Como Alfred Dreyfus, Theodor Herzl era judío. Y como Dreyfus, un judío asimilado, perfectamente integrado en la sociedad de su país, indiferente a las cuestiones de raza y religión. Sin embargo, en Viena, donde había pasado su juventud, había oído hablar del destino de aquellas masas del Este, de las que no formaba parte, y he aquí que, de repente, en aquella explanada barrida por el viento glacial del invierno parisiense, los clamores del pueblo más civilizado del mundo le recordaban los aullidos salvajes de los cosacos. Súbitamente, Theodor Herzl acababa de tener la revelación de que el volcán del antisemitismo no se extinguiría jamás y que, en el siglo de los Estados-naciones, los judíos, víctimas del desarrollo del nacionalismo, sólo sobrevivirían convirtiéndose, a su vez, en nación.

Deshecho, Theodor Herzl abandonó los lugares del suplicio. Pero la brutal revuelta sembrada aquella mañana en el fondo de su corazón, iba a cristalizar en una visión que modificaría el destino del pueblo judío y la historia del siglo XX.

El sionismo religioso se convertiría en sionismo político. En dos meses, Herzl iba a trasponer esta visión a la realidad al redactar un manifiesto de un centenar de páginas. Este librito se convertiría en el evangelio que iba a conducir al pueblo judío a su liberación. Herzl lo tituló de la manera más simple. Lo llamó *Die Judenstaat* (El Estado judío).

«*Los judíos que lo deseen poseerán su Estado*. Mientras escribía estas palabras —apuntó en su Diario— me parecía oír un ruido extraño, como si un grupo de águilas pasara por encima de mi cabeza batiendo las alas».

Dos años más tarde, Herzl fundó oficialmente el movimiento sionista, en el curso del primer Congreso sionista mundial reunido en el «Casino» de Basilea, en Suiza. Extraño congreso, que mezcló la utopía y el realismo y decidió la creación de un Estado, sin saber dónde ni cómo, ya que el Imperio turco rehusaba toda apertura en Palestina. Sin embargo, los delegados crearon una oficina ejecutiva internacional y un Fondo nacional, así como una banca para la compra de tierras en Palestina. Eligieron incluso los dos emblemas de un Estado que, de momento, sólo existía en el fervor de su imaginación: una bandera y un himno nacional. «En Basilea —concluyó Herzl la misma noche en su Diario íntimo— he fundado el Estado judío. Si dijera esto en voz alta hoy, provocaría un estallido de risa universal. Es posible en cinco años, pero en cincuenta será, con certeza, una evidencia para todos».

Los colores escogidos para la bandera eran el azul y el blanco, los colores del taled, la ritual capa de seda con que los judíos se cubren los hombros durante la oración. En cuanto al canto hebreo escogido por himno, aún era más simbólico.

Recordaba, la única riqueza que Herzl y sus partidarios disponían en abundancia: la *Hatikvah* (la Esperanza).

No obstante, los judíos no habían desaparecido nunca de esta tierra de Sión a la que Theodor Herzl y sus discípulos se proponían hacerles regresar. Incluso en las horas más negras, pequeñas colonias israelíes habían sobrevivido en Safed, en Tiberíades y en Galilea. Como en Europa, los más crueles sufrimientos procedían de la dominación cristiana. En efecto, los primeros cristianos habían obtenido su destierro de Jerusalén, y los cruzados habían quemado vivos a los judíos en sus sinagogas de la Ciudad Santa.

Los conquistadores musulmanes de Palestina habían mostrado más clemencia. El califa Omar les había dejado una paz relativa, mientras que Saladino los había conducido de nuevo a Jerusalén. Los turcos habían hasta tolerado los primeros regresos de judíos a la Tierra prometida. Incluso habían autorizado en 1860, al filántropo inglés Moses Montefiore, a estimular su instalación en el exterior de las murallas de la ciudad vieja, mediante la construcción de un nuevo barrio. Esta iniciativa era tan osada para la época, que Montefiore debió prometer una libra esterlina a todo judío que consintiera en pasar una noche tras los muros.

Después de los pogroms de Rusia en 1881 y 1882, Palestina vio llegar su primer contingente importante de inmigrantes. En la época en que el futuro autor de *El Estado judío* asistía a la degradación de Dreyfus, treinta mil habitantes de Jerusalén, de un total de cuarenta mil, eran judíos. Las matanzas de principio de siglo hicieron afluir nuevos inmigrantes. Eran los hijos del movimiento lanzado por Theodor Herzl. Idealistas de espíritu práctico, constituían la primera generación de pioneros de Palestina entre los que el sionismo iba a extraer sus jefes durante medio siglo. Había entre ellos intelectuales, como Reuven Shari. Era abogado en Crimea, y su mujer, concertista de piano. «Me he traído mis pergaminos y me he dedicado a cavar zanjas —diría más tarde—, y mi mujer se sirve de los dedos que interpretaron los conciertos de Mozart y de Brahms para ordeñar las vacas, porque sólo así era como podíamos hacer prosperar esta tierra».

También estaba David Gryn, un muchacho de diecinueve años, hijo de un abogado de la pequeña ciudad industrial polaca de Plonsk, a sesenta kilómetros de Varsovia. David Gryn había descubierto el sionismo espiando tras la puerta del despacho de su padre las conversaciones de los adoradores de la tierra de Sión. Pero, contrariamente a aquellos que habían hecho de esta habitación su lugar de reunión favorito, él no tenía ninguna intención de discutir sobre el sionismo. Quería vivirlo.

Y lo vivió duramente. Conoció el hambre, la malaria y el agotamiento físico de la lucha por desbrozar un suelo hostil que se había jurado hacer fructificar.

Un año después de su llegada emprendió, a pie, una caminata de dos días para ir a descubrir la ciudad que simbolizaba la causa a la que había consagrado su vida:

Jerusalén. Fue una torre de Babel lo que descubrió. Hirieron sus oídos tantos idiomas y dialectos, que se le impuso una certeza: sin una lengua común, jamás las comunidades judías de Palestina podrían fundirse en un verdadero.

Algún tiempo después volvió a Jerusalén en calidad de redactor de un periódico sindical sionista, para poder servir a la vez la causa del trabajo manual judío y la del hebreo obligatorio como lengua nacional. Cuando hubo terminado su primer artículo, consideró su nombre al pie de la página. No había nada de hebreo en el nombre de Gryn. Reflexionó un momento, lo borró y colocó otro en su lugar, que rendía homenaje a un héroe del sitio de Jerusalén por los romanos. En hebreo, *hijo del león* se escribe Ben Gurion.

Menos de un mes después de la aparición del primer editorial firmado por David Ben Gurion, siete jóvenes árabes, de los cuales dos eran palestinos, fundaron en Damasco una sociedad secreta a la que pusieron el nombre de *Al Fatah* (La Victoria). Su objetivo era la liberación de los árabes de la tutela turca. Pero, sobre todo, en el tiempo en que el nacionalismo judío de Theodor Herzl arrancaba sus primeras conquistas, la fundación de «Al Fatah» era el signo premonitorio de un renacimiento del nacionalismo árabe que, durante medio siglo, iba a oponerse a las pretensiones de los judíos en Palestina.

Pronto, los árabes recibieron también una promesa análoga a la que hiciera Lord Balfour a los judíos. En un intercambio de ocho cartas entre su representante en Egipto, Sir Henry McMahon, y la más alta autoridad religiosa musulmana, el jerife de La Meca, Gran Bretaña prometió a los árabes —en contrapartida de la revuelta de los árabes contra los turcos aliados de Alemania— atribuirles un vasto reino independiente cuando acabara la Primera Guerra Mundial. Notables por su imprecisión diplomática, las cartas de McMahon se abstenían de mencionar Palestina, pero su tono podía dejar creer a los árabes que estaba comprendida en la zona geográfica que les sería devuelta. Esperanzados por esta promesa y por la elocuencia del coronel Thomas Edward Lawrence, los árabes cumplieron su palabra y se sublevaron contra los turcos. Pero mientras su revuelta se extendía por el Oriente árabe, Gran Bretaña cedía a Francia una enorme parte de la zona ya prometida a los árabes para establecer en ella su reino independiente. Negociado por Sir Mark Sykes y Charles-Georges Picot, el acuerdo fue firmado en Moscú en 1917. Debería permanecer secreto, pero a su llegada al poder, los bolcheviques lo revelaron, provocando así la indignación de los árabes. Traicionados por Inglaterra, desposeídos de Damasco y Siria por Francia, sus reivindicaciones en Palestina, contrariadas por los efectos de la promesa de Balfour a los judíos y por la tutela del mandato británico, los árabes asistían al derrumbamiento de sus sueños. Por consiguiente, era inevitable que su cólera apuntara, como primer blanco, a la instalación de los sionistas en una tierra que sólo consideraban prometida a ellos.

Por su parte, los judíos dispersados imaginaban casi siempre a Palestina en una visión bíblica. Que esta tierra pudiera estar habitada por otro pueblo dispuesto a defender sus derechos era para ellos un peregrino descubrimiento. Durante años, los líderes sionistas se negaron a reconocer oficialmente la presencia árabe y sus derechos. Herzl no mencionó a los árabes en ninguno de sus discursos en los congresos sionistas mundiales, y en sus escritos relega el problema árabe a segundo término.

Sólo en 1925, ocho años después de la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina, el dirigente sionista Chaim Weizmann subrayó la importancia del problema árabe. «¡Seiscientos mil árabes viven en Palestina! —exclamó ante el XIV congreso mundial—. Cada uno de ellos tiene el mismo derecho a su hogar que nosotros a nuestro hogar nacional».

Los primeros sionistas estaban sensiblemente impregnados de la filosofía social que había nutrido los ideales de Herzl. Influidos por los teóricos del marxismo, que, como ellos, habían condenado las persecuciones zaristas, soñaban con construir un Estado donde la tradición judía se conjugara con la institución de una verdadera democracia social. La persecución de este ideal había hecho del sionismo una doctrina infinitamente más rica que un simple movimiento religioso, e impregnado a sus adeptos de un sentido de la disciplina social y de la responsabilidad colectiva, que desempeñaría un papel vital en sus éxitos ulteriores.

Uno de los conceptos fundamentales que había aportado al sionismo era el de una especie de redención de la raza judía mediante un retorno al trabajo manual, una purificación de la mentalidad de los ghettos por la búsqueda de las ocupaciones que los judíos no realizaban desde hacía mucho tiempo. En el Estado judío, tal como ellos lo concebían, los jornaleros tenían tanta importancia como los filósofos. Con su pico y su fusil, los pioneros de los kibbutz ponían en práctica la utopía que habían soñado todos los socialistas del siglo XIX y rechazaban entre los viejos oropeles, el mito del judío errante, perezoso y venal. Falansterio y monasterio a la vez, el kibbutz iba a responder tanto a las exigencias de la seguridad como a las aspiraciones del ideal y a cultivar, desinteresadamente, el trabajo y la virtud.

Decididos a formar una verdadera clase obrera, los pioneros se esforzaron por promover una mano de obra judía al servicio de empresas judías. Así la «Histadruth», la Confederación General de los Trabajadores Judíos en Palestina, obligaba a las empresas judías a emplear sólo obreros judíos. A medida que compraban las tierras, casi siempre a grandes terratenientes árabes residentes en Beirut, los sionistas expulsaban a los granjeros árabes para instalar en su lugar a colonos judíos.

Ansiosos de extender el hebreo, preocupados por la renovación cultural, los judíos desarrollaron también su incomparable sistema de instrucción pública. A través de las estructuras de la «Agencia Judía», pudieron también llevar a su talante sus

propios asuntos políticos. En la persecución de sus objetivos, la comunidad judía obraba como si ocupara ella sola Palestina, mientras que su nivel de vida y educación la incitaba a considerar como inferior a la comunidad árabe.

Para los árabes, estas instituciones de las que estaban tan orgullosos los judíos, constituían una intolerable intromisión extranjera. La política de mano de obra judía y el desarraigo del campesinado árabe condujeron a la creación de un proletariado urbano árabe sin defensa ni recursos. Hundidos o rechazados por el sentido de la organización y el dinamismo de sus adversarios, los árabes de Palestina no tardarían en dejarse ganar por la amargura, el temor y, finalmente, el odio. Cada día se ensanchaba más el abismo abierto entre las dos comunidades.

Al principio, los árabes se dedicaron a reacciones a la vez primitivas y viscerales. Sumergidos en un mundo que aún no había entrado en la era industrial, habituados a la irresponsabilidad de los pueblos colonizados; reforzados en su actitud por un fatalismo tradicional; poco movilizados aún por reivindicaciones nacionales, eligieron por instinto el comportamiento que creían más adecuado: la negativa. La dinámica árabe llevaba un retraso de medio siglo con relación a la del sionismo.

Condenados a la búsqueda de soluciones extremas, los árabes rehusaron categóricamente todo compromiso. En lo tocante a las reivindicaciones de los judíos, al no tener fundamento alguno a sus ojos, el solo hecho de discutirlas les habría dado un inicio de validez. Repetidas veces, su actitud, reforzada por el fanatismo de sus jefes, les hizo perder ocasiones de poner freno al impulso judío en Palestina y de definir sus propios derechos con precisión. Por tanto, el resentimiento árabe dio prácticamente lugar a explosiones de violencia en 1920, 1929 y 1935-1936, en una revuelta abierta contra la tutela británica.

El Hogar Nacional Judío sobrevivió siempre a estas tempestades y a su peor enemigo: la escasez de nuevos inmigrantes. La llegada de Hitler al poder arrojó sobre las riberas de Palestina a más de sesenta mil personas en cuatro años. Las inversiones judías se acrecentaron en las mismas proporciones. En los primeros quince años del mandato británico, totalizaron ochenta millones de libras esterlinas, o sea, el doble del presupuesto británico para Palestina, durante este mismo período. Una de las consecuencias de la violencia árabe fue la de convencer a los judíos de que sólo podían contar con ellos para asegurar su protección, y no con la Policía y el Ejército británicos, a menudo demasiado indiferentes. De este descubrimiento debía nacer una milicia de vigilantes, luego una organización de guardias muy compleja y, finalmente, el ejército clandestino de la «Haganah», y su cuerpo de élite, el «Palmach».

La Segunda Guerra Mundial aportó una corta tregua al conflicto judeo-árabe. Pero de las cámaras de gas y de los hornos crematorios de la Alemania nazi iban a surgir los motivos de un nuevo enfrentamiento. Mientras el conflicto mundial tocaba a su fin, los dos jefes de las comunidades antagonistas comenzaron a prepararse para

los acontecimientos decisivos que el fin de las hostilidades desencadenaría inevitablemente en Palestina.

En los inicios de la primavera de 1945, nada distinguía, en Tel-Aviv, el número 15 de la calle Keren Kayemet, de los demás inmuebles de hormigón rojizo. Por doquier, los mismos parapetos de ladrillo obstruían las ventanas de la planta baja, recuerdos del tiempo reciente en que la ciudad era blanco de los bombarderos de la Luftwaffe. Detrás de un tragaluz, una mujer de baja estatura, con una pañoleta de campesina rusa alrededor de la cabeza, limpiaba la mesa de su cocina, donde había acabado de comer con su marido algunos trozos de tomate y pepino, con leche cuajada y pan negro.

Justamente encima, en su desordenado despacho donde se amontonaban centenares de obras de Filosofía e Historia, David Ben Gurion recibía una visita. Por la ventana abierta llegaba el ruido del mar. Aquella habitación repleta de libros era la torre de marfil de Ben Gurion, el santuario al que se retiraba cada noche para leer y trabajar. Raros eran los acontecimientos o los hombres que podían apartar al líder judío de aquel rito nocturno. No obstante, aquella noche a David Ben Gurion le habría gustado conversar toda la noche con el personaje que estaba sentado frente a él.

Miembro importante del Gobierno de los Estados Unidos, había acudido, hacía algunas semanas, a una cita excepcional. En la pequeña ciudad de Yalta, en Crimea, los tres grandes habían dibujado, bajo sus ojos, el mapa del mundo de la posguerra. Ahora relataba a su cautivado anfitrión los detalles de una conversación privada entre Franklin Roosevelt, Winston Churchill y José Stalin, a la que había asistido y cuyo tema no había sido otro sino el de Palestina. En el curso de la entrevista, Stalin, muy irritado, se volvió hacia Churchill. Sólo había una solución al problema de los judíos y árabes en Palestina, dijo a los ingleses, y él defendería su causa. Era la de un Estado judío.

Esta revelación pareció trastornar a Ben Gurion. Nadie mejor que él podía saber su enorme importancia. Años más tarde, recordaba que aquél fue el momento preciso en que tuvo la certeza absoluta de que un día nacería un Estado judío en Palestina. Esto podría producirse en uno, dos o tres años; pero bajo la presión combinada de la Unión Soviética —cuyas intenciones le acababan de ser desveladas— y de los Estados Unidos —tan sensibles a la potencia de su comunidad judía—, estaba convencido de que Gran Bretaña sería, finalmente, obligada a aceptar las reivindicaciones de los judíos.

Ben Gurion se arrellanó en su butaca y se puso a reflexionar sobre las consecuencias de la noticia que acababa de recibir. Durante años, el esfuerzo esencial de los sionistas estuvo centrado en el reconocimiento, por el resto del mundo, de los derechos del pueblo judío a poseer un Estado. A partir de aquel día debía concederse a la defensa de aquel Estado la prioridad total. Ben Gurion sabía que si las grandes

potencias tenían el poder de dar a su pueblo una identidad política, no impedirían el enfrentamiento militar con los Estados árabes coaligados. Y este conflicto no opondría ya más, como en 1936, a las tropas clandestinas de la «Haganah» con algunas bandas de guerrilleros, sino con ejércitos árabes regulares, que poseían aviación y unidades blindadas. Cuando llegara este enfrentamiento, la supervivencia de los judíos dependería únicamente de su grado de preparación.

David Ben Gurion agradeció cálidamente a su visitante la extraordinaria información que acababa de entregarle. En adelante, toda su energía estaría consagrada a preparar a los judíos de Palestina para la guerra. Velaría personalmente porque estuvieran preparados para la hora del choque.

4

«PAPÁ HA VUELTO»

En la primavera de 1945, el zumbido de los bombarderos sobre Berlín significaba, para un árabe de Palestina con perilla rojiza, el derrumbamiento de sus esperanzas y la derrota del país cuya causa había abrazado. Mohamed Said Hadj Amin el Husseini, Gran Mufti de Jerusalén, había perdido su apuesta.

Durante cuatro años, en la confortable villa berlinesa de la calle Goethe, de la que se preparaba a huir aquel 6 de abril de 1945, había tenido el privilegio de recibir a los más altos dignatarios del Tercer Reich. De toda Europa y Oriente se había hecho enviar las especialidades que habían convertido en famosa su mesa en la capital nazi: *foie-gras* del Périgord y Estrasburgo; caviar y esturiones del Caspio; granadas, mangos y golosinas orientales. Himmler, Goebbels y Ribbentrop, iban a gozar de la refinada hospitalidad de aquel árabe vestido de blanco, de voz suave y frágil y ademanes de una exquisita cortesía. Algunos días después de la entrevista de Ben Gurion con su interlocutor americano, el único gran representante del Tercer Reich presente en la mesa del Gran Muflí de Jerusalén era el chófer SS de su «Mercedes» con gasógeno. Y en su mesa sólo se encontraba ya el humilde plato de los fellahs egipcios, un puré de pequeñas habas condimentadas con vinagre: el *ful*, que sus amigos germánicos consideraban poco digno de ser echado al ganado. Alrededor de la mesa, como las plañideras antiguas en los banquetes funerarios, estaban sentados una docena de árabes que habían seguido a Hadj Amin cuando, en octubre de 1941, disfrazado de criado de un diplomático italiano, había escapado de la trampa tendida por los ingleses y marchado de Teherán hasta la frontera turca, desde donde había alcanzado la capital del Tercer Reich.

Desde 1929 había sido el líder de los árabes de Palestina. Cruel, hábil, vanidoso, dotado de un sorprendente talento para las intrigas políticas, era, para lo mejor y para lo peor, el hombre que los palestinos habían designado para ser su David Ben Gurion.

Persuadido de que una victoria alemana le permitiría alcanzar sus objetivos, es decir, imponer su dominio a sus compatriotas para expulsar a los judíos de Palestina y a los británicos del Oriente Medio, Hadj Amin había ligado su suerte a la de los nazis. Había puesto a su servicio su prestigio personal y el de sus funciones como jefe religioso de la comunidad musulmana de Jerusalén. Había hecho todo lo que estuvo en su mano para contribuir a la victoria de Alemania: había enviado saboteadores árabes tras las líneas británicas; estimulado el reclutamiento, por las SS, de dos

divisiones de musulmanes yugoslavos; facilitado la invasión alemana de Túnez y Libia, e incluso había anunciado a la Wehrmacht —la cual se negó a creer en ello—, con cuarenta y ocho horas de adelanto, la fecha del desembarco aliado en África del Norte. Totalmente al corriente de la famosa «solución final», había hecho lo posible porque ninguna de las víctimas destinadas a las cámaras de gas de Himmler pudiera escapar a su suerte y ganar Palestina. En 1943 había intervenido personalmente cerca de Ribbentrop para impedir la emigración a Palestina de cuatro mil niños judíos de Bulgaria. Como Ben Gurion, ahora debía preparar la próxima etapa del combate.

Hadj Amin envió a su guardia de corps SS a buscar en su automóvil un saco lleno de paquetes de la Cruz Roja destinados a los prisioneros de guerra. Los distribuyó en silencio entre los hombres sentados a su mesa. Luego deslizó la mano entre los pliegues de su abbayah negro y extrajo una bolsa de cuero, de la que sacó un grueso fajo de francos suizos, dólares y certificados de oro británicos. Los contó y los repartió cuidadosamente en doce partes, que colocó ante cada uno de sus compañeros.

Con su viva mirada azul, tan impenetrable como cuando, tres años antes, los ejércitos alemanes parecían tener la victoria en la boca de sus cañones, Hadj Amin declaró a sus partidarios:

—Esto ha acabado aquí para nosotros. Cada uno debe encontrar el mejor medio para regresar a Palestina. Allá, nuestro combate deberá proseguir sobre otras bases.

Después se levantó y abandonó la habitación con pasos cortos y precisos.

La carrera de este enigmático personaje había empezado sobre los bancos de la venerable Universidad Al Azhar, de El Cairo, templo del saber islámico. Pero, desprovisto de toda vocación teológica, asqueado de las cosas de la religión, había respondido a otra llamada más de acuerdo con su naturaleza, enrolándose como joven oficial en el Ejército turco. Con sus cabellos de un rojo luminoso, el azul vivo de sus ojos y un sable centelleante, tenía un porte tan fiero que bien pronto llamó la atención de los nacionalistas árabes de Jerusalén, y luego de los ingleses, a cuyo servicio entró como agente secreto. Informado de sus promesas a los árabes y convencido de que Gran Bretaña liberaría a su pueblo, se convirtió en un anglófilo apasionado.

Más tarde, la declaración de Lord Balfour y los acuerdos Sykes-Georges-Picot, le revelarían brutalmente la perfidia británica. Hadj Amin iba a convertirse en el enemigo más implacable de Inglaterra. En la jerarquía de sus odios, los ingleses pasarían delante de los judíos. Abandonó su empleo de consejero de la administración británica en Sudán y regresó a Jerusalén. Allá, en las calles y *suks* de su ciudad natal, que recorrían los primeros rencores despertados por la inmigración judía, Hadj Amin encontró, al fin, su verdadera vocación.

Canalizando con habilidad maquiavélica emociones aún vagas y difusas, emprendió la tarea de transformar el descontento de los cafés en terribles explosiones

de multitudes. El domingo de Pascua de 1920, su paciente cultivo de la cólera popular condujo a un sangriento motín, en pleno corazón de Jerusalén, en el que perecerían doce personas, seis judíos y seis árabes. Con aquella primera sangre derramada comenzaría, aquel domingo de Resurrección, un nuevo combate por la posesión de Jerusalén. En adelante, si las ciudadelas y llanuras de la Palestina árabe pertenecían a los ingleses, los *suks* y los pueblos serían el feudo de Hadj Amin Husseini.

Su papel en el estallido de este motín le valió una condena, en rebeldía, de diez años de prisión. Pero con una astucia que iba a convertirse en la característica de su genio, logró escapar a la justicia y ganar Transjordania. Su exilio fue breve. Pronto, el cargo religioso más importante de la Palestina musulmana quedó vacante. Incumbía a Gran Bretaña la responsabilidad de proveer el puesto eligiendo un candidato de una lista de tres nombres propuestos por un colegio de notables musulmanes. Aunque el nombre de Hadj Amin no figuraba en esta relación, fue, finalmente, designado. En marzo de 1922 recibió de las manos judías del primer Alto Comisario británico en Palestina, Sir Herbert Samuel, el cargo de Gran Mufti de Jerusalén, tercera ciudad santa del Islam. Mediante esta audaz política, Gran Bretaña esperaba ganar a su enemigo más encarnizado.

Durante algún tiempo, esta decisión pareció una maniobra particularmente hábil. Hadj Amin permanecía silencioso. En realidad, tenía algo mejor que hacer que acosar a sus enemigos. Con una paciencia sumamente oriental, se dedicó a edificar las bases de su poder. Aseguró, ante todo, su elección a la presidencia del Consejo Supremo Musulmán, obteniendo así la disposición absoluta de todos los fondos religiosos de Palestina. A continuación sometió a su autoridad los tribunales, mezquitas, escuelas y cementerios, de modo que ningún musulmán de Palestina podía nacer o morir sin tener relación con él. Ningún jeque, ningún profesor, ningún funcionario, por bajo que estuviera en la jerarquía, podía recibir salario alguno sin haber probado, antes, su total lealtad al Gran Mufti. Éste sólo mostraba desprecio y sospecha respecto a las clases educadas de su país, y prefería reclutar a sus partidarios en los bastiones de la ignorancia: los *suks* y los pueblos. Sabía que allí el dinero y las armas podían cimentar todas las lealtades.

El 24 de septiembre de 1928, día de la fiesta judía de Yom Kippur, Hadj Amin decidió romper la tregua que observaba desde hacía seis años. Ningún pretexto podía serle más fútil que el que invocó para excitar el fanatismo religioso de las multitudes. Aquel día, los judíos habían colocado en el centro del Muro de las Lamentaciones un biombo destinado a separar a los hombres de las mujeres en sus oraciones. Iniciativa sin relieve, salvo para Hadj Amin, que sabía la importancia que se daba en Jerusalén al menor gesto que modificara el equilibrio religioso. Acusando a los judíos de profanar una propiedad árabe, insinuando que su objetivo era, en realidad, el de

apoderarse de la roca desde la que Mahoma subió al Cielo, el Mufti orquestó el fanatismo religioso de sus tropas lanzando un aluvión de protestas.

La verdadera prueba de fuerza no comenzó hasta un año más tarde, en el mes de agosto de 1929. Esta vez, el fuego se extendió a todo el país. Cuando se extinguió, más de cien judíos habían muerto, y Hadj Amin se había convertido en el jefe indiscutible de los árabes de Palestina. Seis años más tarde, sus partidarios organizaron con éxito algunas acciones de guerrilla. Hadj Amin estimó que el pueblo estaba listo para morir y resolvió lanzarlo a una *djihad*, una guerra santa. Esperaba expulsar a los ingleses de Palestina y dictar sus condiciones en la regulación del problema judío.

La empresa comenzó con una huelga general de seis meses. Luego, como los ingleses no cedieran, la huelga se convirtió en sublevación armada. Dirigida al principio contra Inglaterra y los judíos, la rebelión se apartó pronto de estos dos objetivos para convertirse en una especie de guerra civil entre árabes. Al amparo de esta revuelta, Hadj Amin se dedicó a hacer desaparecer a todos aquellos que pudieran poner en peligro un día su autoridad, en especial, los miembros más influyentes de las grandes familias rivales de la suya: los Nashashibi, Jalidy y Dajani. Terratenientes, comerciantes, profesores, funcionarios del Gobierno y empleados cayeron así bajo las balas de sus asesinos, con el pretexto de que hablaban y leían demasiado bien el inglés. En los pueblos, los asesinatos eran habitualmente cometidos en la plaza del mercado, a primera hora de la mañana, cuando los hombres, siguiendo la costumbre árabe, hacían sus compras. Una sombra se deslizaba tras la víctima, sacaba una pistola de los pliegues de su túnica, disparaba y desaparecía. En los campos se mataba por la noche: un comando irrumpía en la habitación de la víctima y la ejecutaba en su cama. Más de dos mil árabes cayeron así bajo las balas fratricidas de los asesinos del Mufti.

Mientras que entre los judíos se multiplicaba el número de jefes jóvenes y las instituciones sociales que un día serían su mayor fuerza en Palestina, Hadj Amin privó a los árabes de estos mismos recursos. Ahogando el progreso y la razón con los desenfrenos de su fanatismo religioso, aterrorizando a las élites con los fusiles de sus campesinos analfabetos, redujo al miedo y al silencio a toda una generación de jefes árabes.

En contrapartida, se rodeaba de grandes precauciones. Jamás este hombre, de aspecto frágil y arregladas uñas, salía sin su chaleco blindado, a prueba de balas, y sus seis guardaespaldas.

Sólo se desplazaba en un «Mercedes» blindado y llegaba siempre antes o después a las citas, pero nunca a la hora.

Cuando los ingleses se decidieron, finalmente, a detenerlo, el Mufti se les adelantó huyendo. Disfrazado de mendigo, salvó las murallas de la ciudad vieja. Al

otro lado le esperaba un asno para conducirlo a Getsemaní, desde donde, en automóvil, se dirigió a Jafa. Entró clandestinamente en el Líbano a bordo de un pesquero. Desde Beirut continuó —con la vista gorda de las autoridades francesas— sembrando la semilla de la rebelión en Palestina.

Cuando, una noche de septiembre de 1939, le preguntó a un amigo: «¿Cree usted que los alemanes son mejores que los ingleses?», ya el Mufti se había respondido a esta pregunta. Estaba en contacto con los nazis desde 1936. Cortésmente invitado por la Policía francesa a abandonar el Líbano, se refugió en Bagdad, donde participó en un nuevo complot, destinado, esta vez, con ayuda de Alemania, a derrocar el régimen iraquí probritánico. Fue una cita con Adolf Hitler lo que, finalmente, conduciría al Mufti al exilio. Y desde Berlín —donde había llegado en septiembre de 1941—, en la primavera de 1945, y en medio del caos del derrumbamiento nazi, emprendió el camino del retorno.

Seis semanas después de su última comida en Berlín, Hadj Amin Husseini era el huésped de la prisión parisiense de Cherche-Midi. Tras haber alcanzado Austria, intentó refugiarse en Suiza a bordo de un avión de entrenamiento de la Luftwaffe. Rechazado, decidió entonces rendirse a las autoridades francesas. De París, parecía que su camino sólo podría conducirlo a Nuremberg, donde tendría, sin duda, reservado un lugar de honor entre los criminales de guerra. Su *dossier* era agobiante. La mayoría de los testimonios que lo acusaban habían sido pacientemente acumulados en la misma Alemania por su camarera preferida, una israelita puesta a su servicio por la «Agencia Judía» para espiar sus actividades. Había sido tan fiel y discreta en el cumplimiento de su tarea de sirvienta, que el Muflí la había recompensado, a su marcha, con una sustancial gratificación, en prueba de su afectuoso reconocimiento.

Sin embargo, Nuremberg no sería la próxima etapa de Hadj Amin. Francia, algo resentida con Inglaterra —a la que consideraba responsable de su evicción de Siria y del Líbano—, no estaba descontenta con tener un personaje tan embarazoso y peligroso para su aliado. El Mufti fue advertido de que el general De Gaulle se interesaba personalmente por su caso. Se le autorizó a instalarse, con algunos fieles que le habían acompañado, en una villa de las afueras de París, donde fue objeto de una discreta vigilancia policíaca.

Para no correr el riesgo de provocar la cólera de los musulmanes en sus otras colonias, los ingleses renunciaron, finalmente, a exigir su comparecencia ante el tribunal de Nuremberg. En la primavera de 1946, varios jefes sionistas americanos se entrevistaron con León Blum, entonces de visita en los Estados Unidos, y le prometieron que, a cambio de la persona del Mufti, Francia se aseguraría la ayuda económica de América. Simpatizante de la causa sionista, Blum aceptó. Pero su ministro de Asuntos Exteriores, George Bidault, hizo fracasar el trato. Hadj Amin fue

entonces informado de que se deseaba su salida de territorio francés. El 29 de mayo de 1946, tras haberse afeitado la barba, provisto de un falso pasaporte sirio y de una requisición militar americana, tomó un avión de la TWA para El Cairo.[2]

Cuatro días más tarde, un telegrama de tres palabras llegó a su Cuartel General de Jerusalén. «Papá ha vuelto», decía. Desde entonces, el mando de los árabes de Palestina recaía nueva e ineluctablemente sobre este personaje fanático e intratable.

Durante los dieciocho meses que siguieron, Hadj Amin Husseini se consagró, como David Ben Gurion, a preparar a su pueblo para el conflicto que, tanto uno como el otro, sabían inevitable. Desde la habitación de un hotel de la estación estival libanesa de Aley había seguido palabra por palabra las últimas fases del debate de las Naciones Unidas sobre Palestina. Durante los seis meses que iban a transcurrir entre la votación que decidió el reparto de Palestina y el nacimiento oficial del Estado de Israel a la marcha de los ingleses, el 15 de mayo de 1948, no permanecería inactivo. Ya a la madrugada siguiente, llamó a Jerusalén por teléfono y dio sus consignas para la primera acción del combate que había jurado reanudar. Y, como al principio de su carrera, veintisiete años antes, escogió para desencadenar las hostilidades, el bastión que mejor conocía: los *suks* de Jerusalén.

5

NADA DE DOS EN PRAGA

Con sus relucientes cabellos, su piel curtida y su mirada sombría, tenía más aspecto de árabe que un árabe. Y, sin embargo, Abraham Gil era judío. Era precisamente esa similitud lo que explicaba su presencia aquel día en los *suks* de la ciudad vieja. Formaba parte de la «sección árabe», compuesta por judíos arabizantes, creada por la «Haganah» de Jerusalén para espiar al adversario. Gil había deambulado todo el día por las callejuelas ensombrecidas, al acecho de informes. A menudo se detenía. Comerciantes árabes pintaban sobre las puertas de hierro de sus tiendas una cruz o la media luna del Islam. Gil sabía que los árabes trataban con estas señales de impedir que sus tiendas fueran confundidas con las de sus vecinos judíos. Advirtió rápidamente a la «Haganah» de que se preparaba una manifestación árabe.

En efecto, el Mufti Hadj Amin contaba con el pueblo para dar su respuesta a la votación de las Naciones Unidas. Durante los cinco meses y medio que iban a transcurrir hasta el 15 de mayo de 1948, fecha en la que entraría en vigor la repartición de Palestina, el Mufti creyó oportuno hacer hablar a la calle. Para la población de Jerusalén, una brusca vuelta a la realidad iba a suceder a las festividades de la noche de la repartición.

Al día siguiente, ya desde el alba, se reunían grupos en todos los barrios árabes. Enardecidos por los rumores que tradicionalmente acompañan a esta clase de manifestaciones —esta vez, la violación por los judíos de dos mujeres árabes en la puerta de Jafa— no tardaron en escapar al control de sus jefes. En la puerta Nueva, Emile Ghory, el árabe cuya firma había abierto los depósitos de armas de la ciudad vieja, vio a la multitud avanzar enarbolando garrotes y palos. Niños con bidones de gasolina seguían tras las primeras líneas. Ghory se adelantó.

—¿Adónde vais?

—¡A pegarle fuego a los judíos!

Ghory estaba desamparado. Sabía que las órdenes del Mufti no preveían aún tales excesos, ya que los árabes serían incapaces de impedir las represalias. Intentó cerrar el paso a los amotinados. Por un instante, la multitud pareció apaciguarse. Pero los silbidos y lamentos de las mujeres la pusieron nuevamente en marcha. Empujando a Ghory, una oleada aullante se precipitó bajo el arco de la puerta Nueva y se lanzó hacia la ciudad nueva.

Prevenida, la «Haganah» había puesto en estado de alerta a un grupo de

intervención. Zvi Sinaí, el joven oficial judío que había recorrido Jerusalén la noche de la repartición para reunir a su compañía, recibió la orden de patrullar por la avenida Princesse-Mary, una de las arterias que unían la ciudad árabe con el corazón de la ciudad judía. En lo alto de la avenida, Sinaí distinguió, sobre una acera, un grupo de policías británicos armados de metralletas. Como si se tratara de un paseante, se adelantó hacia ellos.

Como una ola estrellándose contra las rompientes, vio entonces desembocar, por la puerta de Jafa, la columna de manifestantes árabes. Marchando directamente hacia la ciudad judía, aumentaba su número con la incorporación de los nuevos grupos que se le unían a lo largo de su camino. Obreros en mangas de camisa, campesinos tocados con el *keffieh* a cuadros negros y blancos, funcionarios con fez; jóvenes portadores de pancartas; comerciantes con americana, todos se mezclaban en un desorden general, que excitaban los silbidos de las mujeres y los eslóganes coreados. Desde una ventana de la «Banca Barclay's», Nadi Dai'es, un árabe de dieciséis años, recadero de una sociedad de transportes, trastornado ante la vista de aquel espectáculo, dejó caer sus platos y tazas de café y corrió a unirse a los manifestantes.

Una jungla de barras de hierro, palos y garrotes erizaba la columna que subía por la avenida. Tomado a su paso, un periodista judío, Ashor Lazar, fue arrancado de su automóvil y asesinado allí mismo.

Mientras, Zvi Sinaí observaba, sin demasiada alarma, la rápida progresión de los amotinados. Estaba persuadido de que los policías británicos iban a desplegarse de un momento a otro para impedirles la entrada en la ciudad judía. Veinticuatro horas antes, como muchos otros ciudadanos, había visto a aquellos mismos policías beber y confraternizar con los judíos de Jerusalén. Pero cuando los árabes estuvieron sólo a una decena de metros, el joven oficial judío comprendió, con estupor, que los ingleses no tenían la menor intención de detenerlos. Con la misma indiferencia con que los *bobbies* de Piccadilly Circus dejaban pasar a un grupo de estudiantes en una tarde de examen, habían dejado caer aquella horda sobre el corazón de la ciudad judía. Sinaí decidió entonces obrar por su cuenta. Empuñó su pistola «Beretta» y disparó algunos tiros a ras de las cabezas. Al ruido de las detonaciones, la jungla de garrotes y palos se detuvo en seco.

—¡Cuidado, tienen armas! —gritó un manifestante señalando a Sinaí y al pequeño grupo de judíos reunidos sobre la acera, detrás de los policías británicos. Hubo un movimiento de oleada en la columna. Entonces, las filas se dislocaron, y la multitud comenzó a refluir hacia la puerta de Jafa. Mientras observaba con alivio la desbandada, Sinaí vio a dos policías ingleses avanzar hacia él.

—¡Dispara! —le oyó decir a uno de ellos—; pero a los pies, es preciso cogerlo vivo.

Sinaí se refugió en la primera tienda y logró huir por el patio.

Aquella caza del hombre, que sucedió a la inacción precedente, resumía por sí sola la concepción partidista que la Policía británica se hacía ya de su misión. Casi en el mismo momento, en la ciudad vieja, el árabe Emile Ghory podía violar impunemente la ley hasta el punto de hacer guardar ostensiblemente, por milicianos árabes armados, los principales edificios susceptibles de ser objeto de represalias judías. Pero dentro de algunas horas, aquella actitud iba a producir trágicas consecuencias.

Animados por la pasividad de los policías, los manifestantes árabes se reagruparon. Y, de pronto, su columna se bifurcó hacia el barrio opuesto, hacia la puerta de Jafa, conocido con el nombre de «Centro Comercial» a causa de la cantidad de sus tiendas, casi todas judías. La multitud se abatió allá como una plaga de langosta devastando las estanterías, saqueando los escaparates, golpeando y matando a los aterrorizados comerciantes, que huían en todas direcciones. En cada esquina, policías británicos observaban con indiferencia aquella vieja plaga de Jerusalén, que era la entrada a saco en uno de sus barrios. Algunos policías llegaban incluso a echar una mano a los amotinados, haciendo saltar las cerraduras con disparos de metralleta. Con una autoametralladora desfondaron las puertas de hierro de un almacén.

Personado en el lugar, el prefecto James Pollock se quejó al capitán Haddington de la inacción de sus tropas.

—Sir —respondió al oficial—, se ha repetido incansablemente a estos hombres que los árabes son nuestros amigos; usted no puede exigirles que se arrojen contra ellos de la noche a la mañana.

Después del pillaje vino el incendio. Pronto, espesas columnas de humo se elevaron por doquier y enviaron una lluvia de cenizas sobre los vecinos barrios judíos. Varios residentes árabes intentaron paliar los estragos. Samy Abussuan, el dentista-violinista, logró extinguir el fuego que acababa de declararse en la tienda situada bajo su apartamento. Luego, provisto de un pincel y un bote de pintura, fue discretamente a señalar con una cruz o con una media luna los portales, aún intactos, de los almacenes de su calle, propiedad de sus amigos judíos. Pero tales esfuerzos echaban sólo algunas gotas de agua sobre la llamarada que rápidamente se extendía.

Menos de cuarenta y ocho horas después de la decisión que debía regular la suerte de Palestina, toda esperanza de paz acababa de consumirse en las llamas del Centro Comercial. Jerusalén regresaba a sus divisiones originales.

Decidido a no dejar impune la violencia árabe, un comando de la organización terrorista del «Irgún» irrumpió en la sala de proyección del cine árabe «Rex». Tras haberlo destrozado todo, el comando llenó la sala con bobinas de película, a las que prendió fuego. El gran teatro desapareció en algunos segundos en medio de un mar de llamas, que tejió la más espesa y negra columna de humo que jamás se alzara sobre el cielo de Jerusalén.

A algunas calles más allá, un árabe fotografiaba tranquilamente, desde un balcón, el espectacular incendio. Las imágenes tomadas por Antoine Albina iban a encontrar su lugar en su álbum familiar. En efecto, este fotógrafo *amateur* era el propietario del cinematógrafo que ardía ante su visor. Sobre la fachada que devoraban las llamas aún podía leer el título de la película que aquella semana había ofrecido a sus conciudadanos. Se titulaba: *¡Ah, qué placer!*

El vuelo 442 de la «Swissair» despegó del asfalto y tomó la dirección del mar, por encima de las manchas verdes de los naranjales. Por su ventanilla, el capitán sirio Abdul Aziz Kerin distinguió la maraña de calles de Tel-Aviv, donde algunas horas antes se había encontrado mezclado entre la multitud exultante que celebraba la promesa de un Estado judío. El capitán se desabrochó el cinturón y encendió, un cigarrillo. Al fin estaba en camino. En siete horas estaría en París, desde donde tomaría otro avión rumbo a su destino final: Praga.

Un privilegio excepcional del que se beneficiaba su patria le valió al joven árabe encontrarse en aquel «DC-4», ya que su país era uno de los dos Estados soberanos en aquella parte del mundo. Siria podía comprar libremente armas en el mercado internacional. Desde que era independiente, una nube de representantes de fábricas de armamento extranjeras, de traficantes y de contrabandistas, asediaban el despacho de Ahmed el Sherabati, el antiguo alumno del «Instituto de Tecnología» de Massachussets, convertido en ministro de Defensa. Un belga ofreció cincuenta mil metralletas a cincuenta dólares la unidad; un español, veinte mil fusiles «Máuser» de ocasión a treinta y siete dólares; un suizo, morteros de 88 mm a setecientos ochenta y dos dólares la unidad. Un italiano de reputación dudosa ofrecía carros de combate «Sherman» al precio de treinta y cuatro mil dólares. Pero la mayor parte de los fusiles propuestos carecían de percutores; las ametralladoras, de cargadores; los carros, de cañones, y los aviones, de motores. En estos años de la posguerra, Europa era en verdad un gigantesco mercado rebosante de chatarra, de material de guerra accesible a quien pudiera justificar una orden oficial de compra y una nutrida cuenta en un Banco.

El ministro sirio de Defensa finalmente había aceptado las ofertas de una de las más grandes y célebres fábricas de armas europeas: la «Zbrojovka Brno», de Checoslovaquia. El viaje del capitán árabe tenía precisamente por objeto confirmar el pedido y organizar el traslado del material hasta Damasco. Se trataba de diez mil fusiles, mil metralletas y doscientas ametralladoras. Según los criterios de la Segunda Guerra Mundial, tal arsenal podía parecer irrisorio, más para los judíos de Palestina era impresionante: la orden de compra del capitán árabe representaba el doble de armas respecto a las que poseían todas las armerías de la «Haganah».

Algunos asientos detrás del oficial sirio, un pasajero peregrinamente vestido con una camisa demasiado larga y un traje demasiado estrecho para su corpulencia, estaba

absorto en la lectura del periódico hebreo *Davar*. Con un cepillo de dientes, una biblia repujada en cuero y un ejemplar de *Faust*, este diario era el único equipaje del viajero. El pasaporte palestino que se hallaba en el bolsillo de su americana le identificaba como George Alexander Uiberale y le atribuía la profesión de director comercial de la empresa judía de obras públicas «Solel Boneh». En realidad, sólo eran ciertas la edad —treinta y un años— y la fotografía, que mostraba un rostro algo rechoncho, dominado por dos ojos llenos de una tranquila determinación bajo sus espesas cejas. El hombre se llamaba, en realidad, Ehud Avriel. No era director comercial ni de la «Solel Boneh» ni de ninguna otra empresa, aunque como tal se trasladaba aquel día a Europa para concluir un negocio. Este asunto era exactamente el mismo que había motivado el viaje del capitán sirio. Ehud Avriel iba también a buscar diez mil fusiles. Pero los suyos estaban destinados a la «Haganah». Algunas horas antes, un viejo «Ford» gris se detenía ante su vivienda del kibbutz de Nahariya, al norte de Palestina.

—Ve a lavarte y cámbiate —le dijo, sencillamente, el chófer—. Te llevaré a Jerusalén. El patrón quiere verte.

Avriel no mostró ninguna sorpresa. Durante diez años, este intelectual austríaco había consagrado su existencia a la causa sionista que le debía algunas de sus más espectaculares victorias. Desde Viena, Estambul, Atenas y, finalmente, París, Avriel había dirigido una de las mayores aventuras del movimiento judío: la emigración clandestina de millares de judíos europeos a Palestina. En plena guerra había logrado introducir a sus agentes en la Alemania hitleriana para rescatar a millares de niños judíos de los campos de la muerte. Más de cien mil judíos de todos los países de Europa le estaban personalmente agradecidos a Ehud Avriel y a su organización por haber podido escapar del infierno nazi y alcanzar las riberas de la Tierra Prometida. Ahora, menos de dos meses después de su regreso a Palestina, Avriel abandonaba de nuevo a su familia y su kibbutz.

Tres horas más tarde entró en una habitación, repleta de libros, en el segundo piso del edificio de la «Agencia Judía» en Jerusalén. Sentado tras una mesa de despacho llena de informes y documentos, David Ben Gurion esperaba al visitante. Con un tono de una gravedad que Avriel raramente había observado en él, el líder judío le explicó que la existencia misma de la población judía en Palestina iba a depender del éxito de la misión que iban a encargarle.

—Escúchame bien —declaró—. La guerra va a estallar en menos de seis meses. Los árabes se preparan. Cinco ejércitos regulares nos invadirán a la salida del último soldado británico, el 15 de mayo próximo. Pero antes de esta invasión se va a producir aquí una revuelta árabe. A su lado, la de 1936 será un juego de niños.

Ben Gurion explicó entonces a Avriel que lo enviaba a Europa para poner su experiencia al servicio de la compra de armas.

—Debemos cambiar radicalmente de táctica —continuó—. No tenemos tiempo de esconder cuatro fusiles en un tractor y esperar que llegue a Haifa. Debemos actuar rápidamente y de una manera decisiva. Tienes un millón de dólares a tu disposición en la Unión de Bancos Suizos, en Ginebra.

Después, sacando de su bolsillo una hoja de papel cuidadosamente doblada, en la que había seis líneas escritas a máquina, añadió:

—He aquí la lista de lo que nos hace falta.

Avriel leyó: «Diez mil fusiles, un millón de cartuchos, mil metralletas y mil quinientas ametralladoras». Cuando levantó los ojos, Ben Gurion le pasó una segunda hoja de papel. Era una carta.

—En París hay un hombre de negocios judío llamado Klinger que afirma podernos procurar este material —añadió—. Es preciso que acudas a verlo inmediatamente.

El líder judío se levantó entonces de su sillón y dio la vuelta a su mesa de despacho. Puso su pesada mano sobre el hombre de Avriel y le exhortó con voz patética:

—Ehud, es preciso que nos traigas esos diez mil fusiles.

Mientras el avión de la «Swissair» volaba hacia su destino, tres hombres se reunían en un edificio pintado de rosa, frente al mar, en Tel-Aviv. Bautizada con el nombre «Maison-Rouge», esta construcción anónima, situada en el número 44 de la calle Hayarqon, era el Cuartel General clandestino de la «Haganah». Los tres hombres, tres jefes militares, serían un día responsables de la utilización de las armas que Ehud Avriel había ido a buscar.

Antiguo compañero de Ben Gurion, verdadero pilar del ejército clandestino judío, Jacob Dori era el comandante en jefe de la «Haganah». Yigael Yadin, un arqueólogo de treinta y dos años, era el jefe de la sección de Planes y Operaciones. Seis meses antes, David Ben Gurion lo había arrancado del estudio de sus antiguas inscripciones árabes para confiarle la tarea de prever las intenciones de los árabes de hoy. El tercero, Michel Shacham, había creado el primer taller de fabricación de armas de la «Haganah». Combinando su competencia como carpintero, electricista y fontanero, con los conocimientos teóricos de los sabios del «Instituto Weizmann», había contribuido, en 1938, a la puesta a punto de un explosivo que podía estallar aun estando mojado.

Lo que reunió a estos tres hombres aquella mañana de diciembre no era, en apariencia, más que una gacetilla. El autobús judío que unía la ciudad costera de Natanya con Jerusalén acababa de caer en una emboscada. Habían muerto cinco viajeros. A los ojos del jefe de la «Haganah», este atentado presagiaba exactamente el tipo de guerra que se avecinaba.

—La guerra —anunció gravemente— será ganada o perdida en las carreteras de

Palestina. Nuestra supervivencia dependerá de nuestras líneas de comunicación.

Se dirigió entonces hacia Michel Shacham:

—La «Haganah» te confía personalmente la seguridad de nuestros transportes.

Sobre las paredes del despacho de Yigael Yadin se encontraba un documento que atestiguaba la amplitud del problema. Se trataba de dieciséis cuadrados del mapa, a la escala 1:100000, de toda Palestina, levantado en 1945 por los cartógrafos de la 512.ª compañía del Ejército británico. Desparramadas por la frontera libanesa, al Norte, hasta los confines del Negev, y por el Mediterráneo, al Oeste, hasta el mar Muerto, una multitud de alfileres de cabeza roja señalaba las comunidades judías dispersas cuyo aislamiento le correspondería en adelante impedir a Shacham.

Bajo cada alfiler, una inscripción en hebreo resumía la misión asignada a las diferentes comunidades en el cuadro del plan preparado por Yadin desde hacía seis meses. Conocido cómo «Plan Dalet», o «Plan D», partía de la hipótesis que la guerra estallaría en Palestina a la salida de los ingleses y el nacimiento oficial del Estado judío. La estrategia de la «Haganah» se basaba en este plan. Aunque la resolución de la ONU hubiese atribuido un estatuto internacional a Jerusalén, preveía igualmente que la guerra llegaría pronto a la ciudad. Consideraba, a partir de la marcha de las tropas británicas, un corto período de vacío absoluto, durante el cual cada comunidad judía debería asegurar su defensa y su supervivencia por sus propios medios, esperando que pudiera entrar en acción un ejército regular. Pero el cumplimiento de este primer objetivo estaba supeditado a la medida en que la «Haganah» pudiera enviar allá los hombres y el material necesarios.

De un alfiler a otro, como una gigantesca tela de araña, corrían los centenares de kilómetros de carreteras sobre los que se jugaría la suerte de la guerra. La mayor parte de ellas atravesaban vastas extensiones controladas completamente por los árabes. Allá, en decenas de kilómetros, la más ligera curva, la menor colina, el menor declive o un simple grupo de casas podían convertirse en otras tantas trampas mortales.

De todas estas carreteras, ninguna ofrecía más peligros que la que serpenteaba al Sudeste, a través del cuadrado número diez del mapa. El grosor del trazo rojo que la señalaba realzaba su importancia. Con una longitud de setenta y dos kilómetros, partiendo del nivel del mar para alcanzar setecientos sesenta metros de altitud, era la carretera que conducía a la mayor colonia judía de Palestina: los cien mil hombres, mujeres y niños de Jerusalén.

Sucesivamente sendero bíblico, ruta de las caravanas de la Antigüedad, *Via maris* de las legiones romanas, camino de los Cruzados, de los sarracenos y de los turcos hacia las peregrinaciones de Judea, la carretera de Jerusalén llevaba, a todo lo largo de su recorrido, las huellas de una historia atormentada. Desde los arrabales de Tel-Aviv y Jafa se deslizaba, a través de ricos naranjales, hacia una pequeña ciudad, sede

de pequeños edificios emblanquecidos por el sol, llamada Beit Dagan, en recuerdo del pescado de oro de los filisteos. Unos diez kilómetros más lejos, pasaba ante una de las garantías de la *Pax britannica*: el campamento militar de Sarafand, una de las mayores bases del Cercano Oriente, que se extendía sobre una superficie de diez hectáreas. Poco después, hacia el Este, el minarete de una mezquita anunciaba que penetraba en país árabe (véase el mapa).

Fundada por Solimán *el Magnífico*, conquistada por Ricardo *Corazón de León*, destruida por Saladino, reconstruida por los mamelucos, tomada al asalto por Napoleón, Ramleh, primera ciudad árabe importante que atravesaba la carretera, había servido de refugio a generaciones de asaltantes de caravanas y bandidos. Un poco más allá, detrás de una árida colina, se encontraba el lugar de la ciudad bíblica de Gezer, que el faraón de Egipto había dado en dote a su hija para su matrimonio con Salomón. La carretera discurría a continuación hacia el valle bíblico del Soreq, donde nació Dalila y donde los chacales de Sansón, con sus colas ardiendo, habían incendiado los trigales de los filisteos. Después, torciendo hacia el Este a través de una rica llanura de viñedos y trigales, entraba en el valle de Ayalón, sobre el que se detuvo el Sol por orden de Josué. Al otro lado aparecían, sobre sus bordes, dos construcciones que resumían en sus finalidades la Palestina de hoy. Una era un puesto de Policía británico que vigilaba la carretera en una decena de kilómetros; la otra, situada en los flancos de una colina tachonada de ruinas romanas y de las Cruzadas, era la abadía trapense de los Siete Dolores de Latrun. En la extremidad de uno de sus viñedos se hallaba una estación de bombeo del agua de Jerusalén y las ruinas de una antigua posada caravanera. A cada lado de la calzada surgía un bosquecillo de pinos, que señalaba la entrada de la carretera en el estrecho desfiladero que conducía a los montes de Judea. A este lugar fresco y verde lo llamaban los árabes *Bab el Ued*, la Puerta del Valle.

Algunos meses más tarde, el solo nombre de Bab el Ued evocaría, para toda una generación de judíos de Palestina, el precio que deberían pagar por guardar su Estado. Allá era, en efecto, bajo los pinos de Bab el Ued, donde se detenían las conversaciones y donde la carretera se convertía en la ruta del miedo.

Amenazadora, durante treinta kilómetros, se deslizaba el perfil de una profunda garganta entre las vertientes abruptas cubiertas de árboles y rocas. Cada piedra podía esconder un tirador; cada curva, una emboscada; cada grupo de árboles, una horda de asaltantes. Todos los pueblos colgados de las crestas rocosas y asomados al valle estaban en manos árabes: Abu Gosh, donde David había escondido el Arca de la Alianza y donde la décima legión romana estableció su campamento antes de ir a destruir Jerusalén en el año 70; Castel, bajo las ruinas de un castillo de cruzados edificado sobre un fuerte romano que guardaba, en tiempos de Cristo, la entrada occidental de Jerusalén; Colonia, donde los soldados de Tito iban a desahogarse

durante el asedio de la Ciudad Santa.

Para estar seguros de nuevo, los judíos debían alcanzar las alturas y avistar los campamentos de barracas del kibbutz de Kiryat Anavim. Seis kilómetros más lejos… la carretera franqueaba su punto culminante. Una larga curva descendía hacia la otra vertiente. Sólo entonces aparecían los tranquilizadores arrabales de Jerusalén.

Sucesores de las caravanas bíblicas, de los carros romanos y de las columnas cruzadas, los convoyes de camiones y autocares judíos debían, a su vez, desafiar los peligros de aquel desfiladero para llevar a Jerusalén los aprovisionamientos necesarios para su supervivencia. Asegurar la protección de esta precaria vía de comunicación constituía un problema casi insuperable. Sin embargo, los jefes judíos contaban con la Policía y el Ejército británicos para asegurar esta tarea hasta su marcha: en efecto, la importancia y el peso internacional de Jerusalén permitían suponer que los ingleses mantendrían esta carretera abierta todo el tiempo que permaneciesen en Palestina. Partiendo de esta convicción, el plan judío asignaba con prioridad a la «Haganah» la organización del reavituallamiento de Jerusalén. Durante los escasos meses en que las fuerzas británicas estaban obligadas aún a proteger esta arteria vital, todo debía estar listo para hacer entrar en la ciudad las armas y las provisiones de las que dependería su supervivencia en caso de asedio árabe.

Persuadido de la exactitud de su plan, Yigael Yadin estaba confiado. De todas formas, sus medios eran tan pobres, que no tenía elección. En aquellos principios del invierno, el arma principal de los judíos era el optimismo.

Jerusalén curaba sus llagas. La caída de la noche y un severo toque de queda habían alejado del Centro Comercial a los incendiarios y saqueadores árabes. Acá y allá; algunos maderos crepitaban aún en las tinieblas. Separado del resto de la ciudad por rollos de alambrada de espino y cordones de Policía británicos, este próspero barrio ofrecía un aspecto de desolación. Desde su ventana, el dentista árabe Abussuan contemplaba la magnitud del desastre. La electricidad, el teléfono y el gas estaban cortados. En la noche se oía ahora una serie de detonaciones que parecían venir de los humeantes escombros de una tienda de comestibles vecina. Su estrépito iba a obsesionar al barrio durante horas; bajo el efecto del calor estallaban miles de latas de sardinas. El doctor Abussuan cerró su ventana con repugnancia. Esta vez había tomado su decisión: lo más pronto posible, iría a buscar refugio en un barrio más tranquilo.

Cansado y desalentado, medía su fracaso el hombre que David Ben Gurion había enviado a París para Comprar diez mil fusiles. Aquel día le parecía haber recibido a todos los traficantes de armas de Europa en su habitación del «Hotel California», en la calle Berri. Pero todas las proposiciones y, en primer lugar, la enviada a Ben Gurion por el comerciante Klinger, se habían revelado, Analmente, sin fundamento o

inaceptables. Ehud Avriel sólo tenía una esperanza: el visitante sentado frente a él y envuelto en el acre humo de un cigarro. Con un tono que delataba cierta vergüenza, Robert Adam Abramovici, judío rumano que dirigía en París un pequeño negocio de importación-exportación, contaba a Avriel que había logrado, en 1943, entrar en Palestina a bordo de un pequeño velero, pero no se quedó allí. La Tierra Prometida le pareció demasiado exigua, y las condiciones de vida que imperaban, demasiado espartanas para sus gustos.

—Me gusta demasiado la buena vida —confesó—. Me gustan los caballos y las mujeres. Por eso, al término de la guerra, me instalé en París. Pero si no hubiese sido tan exigente, aún estaría en Palestina. Y sería yo, y no usted, a quien Ben Gurion habría enviado a buscar armas.

Ante la sorpresa de Avriel, reveló que había sido agente en Rumanía de una de las mayores fábricas de armas de Europa, y que había estado muy ligado con sus dirigentes.

—Nos venderán todo lo que precisemos —afirmó, extrayendo dos catálogos de su cartera.

Con los ojos desencajados de sorpresa, Avriel se puso a hojear las páginas, cubiertas de fotografías, de un arsenal tan completo, que ni siquiera la desbordante imaginación de Ben Gurion —pensó— habría podido concebir nada semejante.

Abramovici precisó que la compra de aquellas armas estaba sujeta, sin embargo, a una única e importante condición. El fabricante no podía tratar con un simple particular, sino solamente con el representante acreditado de una nación soberana. Como el Estado judío no tendría existencia oficial antes de seis meses, Avriel debería proveerse de credenciales de otro país.

El enviado de Ben Gurion pareció reflexionar. Después pidió que se le trajese un *dossier* que se encontraba en su antiguo despacho, en el número 53 de la rué Ponthieu. Desde este domicilio dirigía aún, meses atrás, la emigración clandestina de judíos de Europa hacia Palestina. Este *dossier* —recordó— llevaba el nombre de una nación que no había tenido lazos con el pueblo judío desde los tiempos bíblicos. El año pasado, contra el pago de mil dólares a un príncipe ruso convertido en enviado especial a Europa del emperador Hailé Selassie, Avriel había obtenido cien hojas con membrete de la Legación del imperio de Etiopía en París, así como una colección de sellos oficiales. Se valió de estos documentos para establecer los falsos visados de emigración que las autoridades francesas exigían para autorizar a los judíos a transitar hasta los barcos secretos que los conducirían a Palestina. En el *dossier* que se le trajo, Avriel encontró ocho de estas hojas. Una cómplice sonrisa iluminó la cara de Abramovici. Eran exactamente los documentos necesarios para la transacción.

Extrajo dos sobres de su bolsillo y le tendió uno a Avriel. El rumano había pensado en todo: se trataba de dos billetes de avión para la ciudad donde se

encontraba la fábrica de armas que había representado otrora.

Mientras Avriel se congratulaba de su suerte, a más de dos mil kilómetros de allí, otro viajero se felicitaba también por el éxito de su misión en Europa. El capitán sirio Aziz Kerin abandonaba en aquel momento el gran edificio moderno donde acababa de concluir una compra satisfactoria. Allá, en la sede de la sociedad «Zbrojovka Brno», en el número 20 de la avenida Belchrido, en Praga, había firmado un primer pedido en firme por diez mil fusiles «Máuser» del tipo E 18 y cien ametralladoras «MG 34». Igualmente, había organizado su transporte hasta Damasco. Sin embargo, si hubiese conocido la identidad del cliente que iba a sucederle, la euforia del joven árabe habría sido, sin duda, menor. Cuando Aziz Kerin empezaba a comer, el judío Ehud Avriel colocaba en su maletín su cepillo de dientes, su Biblia y su ejemplar de *Faust*. Al día siguiente por la mañana tenía una cita en Praga, en el número 20 de la avenida Belchrido.

La visita de Ehud Avriel a las oficinas de la «Zbrojovka Brno» señalaba una nueva etapa del combate llevado por los judíos de Palestina para procurarse las armas necesarias a su supervivencia. De igual forma que el agua para sus cultivos, las armas habían sido su perpetua obsesión. Hasta 1936, las armerías de sus kibbutz y pueblos fortificados no habían albergado más que un surtido heterogéneo de fusiles, comprados casi siempre a los árabes, contra los que, eventualmente, debían utilizarse. Aquel año, un inofensivo cargamento de tractores, rodillos compresores y calderas de vapor llegaba al puerto de Haifa: era el final de una indecisa época de compras individuales y el comienzo de un esfuerzo más radical para armar a la «Haganah». Todas aquellas máquinas estaban atiborradas de armas nuevas y municiones.

Su expedidor era un ex inspector de la Policía palestina convertido en exportador de naranjas. Para encubrir sus actividades, Yehudá Arazi había comprado en Varsovia una pequeña fábrica de material agrícola y obras públicas en quiebra. Cada sábado, tras la salida del último obrero, Arazi desmontaba las máquinas fabricadas durante la semana, escondía sus armas y volvía a montarlo todo. En tres años, su pequeño taller expidió a Palestina tres mil fusiles, doscientas veintitrés ametralladoras, diez mil granadas, tres millones de cartuchos, centenares de obuses de mortero y —proeza suprema— tres aviones de turismo.[3]

El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso fin a las ocupaciones del taller de Varsovia, pero no a las de su director. De vuelta en Palestina, Yehudá Arazi se consagró desde entonces a una doble actividad. Al mismo tiempo que organizaba actos de sabotaje contra los alemanes por cuenta del «Intelligence Service» se dedicaba al saqueo de los depósitos de armas británicos, en provecho de las armerías clandestinas de la «Haganah». Disfrazados de soldados ingleses y provistos de órdenes de misiones oficiales, sus agentes entraban en los arsenales, y sus camiones volvían a partir cargados. Otros, escondidos en trenes de armas y municiones que

circulaban entre Haifa y Port-Said, vaciaban los vagones de su contenido en determinados puntos del recorrido, donde esperaban cómplices. Otros, en fin, haciéndose pasar por oficiales ingenieros británicos, iban a explorar los campos de batalla del desierto occidental para recoger las armas abandonadas por el «Afrikakorps» en su derrota. La potencia de fuego de la «Haganah» se vio considerablemente aumentada, y la cabeza de Arazi, puesta a precio: dos mil libras esterlinas.

No obstante, fue al final de la guerra cuando la epopeya de las armas de la «Haganah» conoció su más extraordinario episodio. Todo empezó en la terraza de un café de Tel-Aviv, una tarde de verano de 1945. Al hojear un periódico, Chaim Slavin se fijó en una pequeña información procedente de Washington. Setecientas mil máquinas-herramientas pertenecientes a las fábricas de armamentos de Estados Unidos, todas ellas prácticamente nuevas, iban a ser convertidas en chatarra los próximos meses. Slavin se levantó y fue a su casa para escribir a David Ben Gurion. «Id a buscar esas máquinas —le aconsejó— y hacedlas entrar clandestinamente en Palestina, porque serán la base de una moderna industria de armamentos. Es una oportunidad que la Historia no ofrecerá dos veces al pueblo judío».

Ninguna firma poseía tanto prestigio en este dominio como la del judío ruso, de cuarenta y un años, fugado de las prisiones bolcheviques. Llegado a Palestina con el documento más preciado para un país subdesarrollado —un título de ingeniero—, Chaim Slavin había desempeñado rápidamente, gracias a sus conocimientos en Física y Química, un papel importante en la «Haganah». Responsable, durante el día, de la mayor central eléctrica de Palestina, fabricaba por la noche, en la cocina de un apartamento de Rehovot, pólvora de TNT, y procedía a experiencias de metalurgia para la fabricación de granadas.

Su llamada se produjo solamente algunas semanas después de las revelaciones hechas a Ben Gurion por el alto funcionario americano que acababa de asistir a la conferencia de Yalta. Para el viejo líder, obsesionado desde entonces por la necesidad de preparar a su pueblo para una prueba de fuerza con los árabes, la carta de Slavin era una señal del destino.

Ordenó a Slavin que se reuniera con él en Nueva York. Allá le puso en contacto con el representante de una de las más ilustres y ricas familias judías de los Estados Unidos. Dos pasiones dominaban la vida de Rudolph Sonnenborn: el sionismo y su empresa familiar de productos químicos. A petición de Ben Gurion, había reunido, desde algunos años, un determinado número de líderes sionistas americanos para formar una especie de asociación que se llamaba ya «Instituto Sonnenborn». Elegidos por su afición al secreto, sus miembros constituían una buena representación de la América geográfica e industrial.

Con su concurso, Slavin se puso a trabajar. Comenzó por encerrarse en una

habitación de hotel con una serie de viejos ejemplares de la revista *Technical Machinery*, cuya existencia había descubierto por casualidad en el escaparate de un quiosco. A fuerza de estudiar las numerosas ilustraciones, acabó por conocer de memoria las características de todo el utillaje necesario para la fabricación de los principales armamentos.

Entonces emprendió un gigantesco peregrinaje a través de América. Haciéndose pasar por sordomudo, a fin de no atraer sospechas por su lamentable inglés, logró visitar numerosas fábricas y comprar a precio de chatarra toda una colección de laminadoras, prensas, tornos y otras máquinas-herramienta. Pero la legislación americana complicaba singularmente su empresa. En efecto, ciertos utillajes muy especializados debían ser desmontados e inutilizados por sus propietarios antes de ser enviados a la fundición. Para procurarse aquellas máquinas indispensables, Slavin puso en pie a un ejército de ojeadores para que rastrearan los principales depósitos de chatarra de los Estados Unidos, a la búsqueda de las diferentes piezas. Hasta la más pequeña tuerca era expedida al cuartel general de Slavin, una vieja lechería situada en pleno corazón de Harlem, en el número 2000 de Park Avenue. Allá, con paciencia de orfebre, Slavin reconstruyó sus máquinas.

Al término de esta prodigiosa empresa debía lograr reconstruir el utillaje necesario para la producción diaria de cincuenta mil cartuchos de fusil, una cadena de máquinas-herramienta capaces de realizar las mil quinientas operaciones necesarias para la fabricación de ametralladoras en serie, y el equipo para fabricar obuses de mortero de 88 mm. Comprado a peso y precio de chatarra, todo el conjunto costaba dos millones de dólares. Algunos meses antes, este material, nuevo, valía más de cuarenta veces esa suma.

Hacer entrar todas esas máquinas en Palestina constituiría una nueva prueba de fuerza. Su cantidad y su volumen no permitían recurrir a las estratagemas de camuflaje utilizadas antes por Yehudá Arazi. Tras haber dedicado todo su genio a reconstruirlas, Slavin emprendió la tarea de desmontar sus máquinas hasta el menor tornillo y el último perno. Cuando hubo terminado, más de setenta y cinco mil piezas habían pasado por sus manos. Entonces distribuyó cada pieza según un código de su invención, y luego disimuló el contenido destinado a ser embalado en cada caja, de manera que, en caso de inspección británica a la llegada, pareciese conforme a la mención de «máquinas textiles» que ostentaban las cajas. En efecto, para cubrir la entrada de estos centenares de toneladas de material, Slavin poseía un modesto permiso oficial para la importación de treinta y cinco toneladas de utillaje textil, extendido a nombre de un industrial árabe imaginario. Todas las piezas fueron tan hábilmente disfrazadas, que sólo un ingeniero astuto habría podido descubrir su verdadera naturaleza. De esta guisa, cada caja pudo franquear sin dificultad la aduana británica. Además, la benevolencia de los inspectores estaba asegurada mediante

generosos donativos.[4]

La tarde en que las Naciones Unidas tomaban la decisión de crear una Palestina judía, estas cajas habían ya alcanzado su destino hacía mucho tiempo; escondidas en los kibbutz, esperaban ser abiertas para liberar sus riquezas. Como medida de seguridad, los jefes de la «Haganah» decidieron, sin embargo, dejarlas dormir en sus escondites hasta la salida del último soldado británico. En este intervalo, y para encontrar las armas y municiones que necesitaban desesperadamente los judíos, David Ben Gurion había enviado a Europa a Ehud Avriel.

Cuando hubiera sido montada e instalada la última de sus máquinas, Chaim Slavin podría vanagloriarse de haber resuelto el puzzle mecánico más formidable de la Historia. No faltaría un solo perno, ni una sola arandela en las setenta y cinco mil piezas expedidas desde una lechería de Harlem a los kibbutz de Israel.

6

LA BIBLIA Y EL REVÓLVER

Ningún judío de Palestina esperaba los fusiles de Ehud Avriel con más impaciencia que el jefe de la «Haganah» de Jerusalén, Israel Amir. Allá, como en el resto del país, la escasez de armas paralizaba al ejército judío clandestino. El pobre arsenal de las fuerzas de la ciudad estaba disperso en dos docenas de escondrijos cuyos emplazamientos conocía sólo un adjunto de Amir, un ingeniero de las PTT yemeníes, especialista en armamento. Había muchos más soldados que armas, y éstas contaban casi tantos modelos como posibles utilizadores. Por lo general, sólo circulaban por la ciudad desmontadas y escondidas bajo los vestidos de las mujeres de la «Haganah».

Ocho días después del voto que dio a los judíos un Estado, la «Haganah» de Jerusalén había podido movilizar, con el tiempo justo, a unos quinientos hombres, gracias a «algunos preparativos y mucha confusión», según apuntó Amir. Sustraídos a su existencia de civil por una llamada telefónica, un mensaje garabateado o una orden murmurada en cualquier esquina, estos judíos constituían el núcleo activo alrededor del cual sería organizada una especie de milicia compuesta por habitantes de más edad y menos entrenados. Amir reunió a sus reclutas en un colegio del barrio de Rehavia. Dejó un retén en el lugar y dispersó a los demás hacia los sectores más expuestos o hacia los barrios mixtos, donde había más probabilidades de que se produjeran incidentes. Decenas de jóvenes vestidos con viejos jerseys y pantalones de terciopelo fueron así a apostarse sobre los tejados y terrazas, en jardines, tras las ventanas y puertas de entrada. Atentos y discretos, espiaban el menor incidente, vigilando las idas y venidas de los habitantes del barrio, fijándose en los extranjeros de comportamiento sospechoso. Cogidos de la mano como dos inocentes enamoradas, las parejas patrullaban por las calles con un revólver o una granada disimulados bajo el corpiño de la chica.

Natanael Lorch fue enviado con veinte muchachos y seis muchachas al barrio ultrarreligioso de Mea Shearim. Allá repartió las armas a las muchachas de acuerdo con su talla, a fin de poderlas esconder adecuadamente. A las más pequeñas les confió revólveres. Una de ellas era tan grande que habría podido —pensó— disimular un cañón de campaña, siempre y cuando hubiese tenido la suerte de poseer uno. La cohabitación de estas muchachas con una veintena de chicos soliviantó de indignación a la austera comunidad religiosa del barrio, por lo que Lorch debió,

finalmente, establecer un doble turno de guardia: uno, contra los policías de la vecina comisaría británica, y otro, contra el furor de los rabinos de Mea Shearim.

Otro oficial, Elie Arbel, afrontó también el conservadurismo de las comunidades religiosas. Tras una agria discusión con un rabino que le exigía la garantía escrita de que sus soldados no pelearían en sábado, Arbel levantó los brazos al cielo y gritó:

—¡Si quiere usted realmente esta garantía, debe reclamársela a los árabes!

Shalom Dror, un plácido judío alemán de anchos hombros, recibió la misión de formar un nuevo batallón. Para equipar esta unidad fantasma envió muchachas a través de toda la ciudad, puerta por puerta, a pedir vestidos, mantas y sacos de dormir. Hizo imprimir bonos utilizables en todos los restaurantes de la vecindad. En fin, para encontrar las tropas necesarias se dirigió hacia la reserva de juventud más rica de Jerusalén: la Universidad hebrea. Este templo de la joven élite judía palestina, que dominaba la ciudad desde lo alto del monte Scopus, era el polo de atracción de la juventud judía del mundo entero. La «Haganah» iba ahora a pedir, a algunos de estos jóvenes, que aportaran, mediante su alistamiento, un testimonio de solidaridad a la comunidad judía mundial.

El americano Bobby Reisman no habría debido encontrarse nunca en los bancos de la Universidad hebrea. En realidad, quería ir a la Sorbona. Hijo de un hombre de negocios de la región neoyorquina, había combatido en las filas de la 101.ª División Aerotransportada, desde Normandía hasta el Rin, donde una herida puso fin a su carrera militar. Tras la guerra, Reisman había decidido aprovechar las becas de estudio ofrecidas a los ex combatientes por el Gobierno americano para ir a París. En camino, un amigo le animó a cambiar de dirección, y Reisman se encontró en Jerusalén, donde se inscribió en la Universidad hebrea para estudiar Filosofía. Sin embargo, un asunto mucho más excitante ocupó rápidamente su existencia en la persona de una joven judía de cabellos negros llamada Leah. Se casaron en diciembre de 1947 y se instalaron en una pensión para estudiantes, en las afueras.

Una noche… mientras estaba tumbado en su cama, Reisman oyó el ruido de un papel que se deslizaba. Vio que bajo su puerta habían metido un sobre; lo recogió y lo abrió. Pero el mensaje que contenía estaba escrito en hebreo, lengua que aún no hablaba. Se lo pasó a su mujer, que lo leyó en silencio. Cuando hubo terminado, lo dejó y pareció reflexionar.

—Es una invitación —dijo al fin—. Una invitación a entrar en la «Haganah».

Reisman se dejó caer sobre la cama. Harto de guerra en Europa, no había ido a aquel país para combatir. Pero notaba sobre sí los negros ojos de su mujer, que esperaba su respuesta. En el fondo de la habitación, sobre una pila de ropa blanca, había un pequeño revólver: atestiguaba la pertenencia de la joven judía a esta organización que ahora le llamaba a él. Miró sus ojos suplicantes y comprendió que no podría asistir como espectador a una guerra en la que estaba empeñada su esposa.

—De acuerdo —suspiró—. Acepto.

En un sótano del colegio de Rehavia se llevaba a cabo el alistamiento de otro estudiante americano. Tres hombres, cuyas caras no podía distinguir en la oscuridad, sometieron en primer lugar a Carmi Charny, hijo de un rabino neoyorquino, a un interrogatorio antes de introducirlo en una especie de celda. En la sombra, encima de una mesa, había dos palmatorias con velas, una biblia y un revólver. Un proyector situado frente a él atravesaba las tinieblas. Charny adivinó la presencia de los hombres que lo observaban. Puso una mano sobre la biblia y la otra sobre la fría culata del revólver, y después, temblando de emoción, «en nombre de la conciencia suprema del sionismo», juró fidelidad al ejército secreto de la «Haganah».

Con esta misma ceremonia, una generación de judíos palestinos había entrado en la organización. Llamada en clave, *la tía*, la «Haganah» estaba íntimamente ligada a las estructuras de la comunidad judía a que pertenecía. Consciente de la superioridad numérica de los árabes, nunca había hecho distinción entre hombres y mujeres, y había formado su propio movimiento de juventud, la «Gadna», que preparaba a los chicos y chicas, con el pretexto del escultismo, para el servicio armado. Así, cuando las Naciones Unidas partían Palestina, la mayoría de la juventud judía poseía ya algunas nociones rudimentarias de formación militar.

Para algunos, como el estudiante Natanael Lorch, el servir en la «Haganah» era una tradición familiar. Su primer contacto con la organización había tenido lugar durante la revuelta árabe de 1936, cuando, siendo escolar, le había llevado cartuchos a su padre en el forro de su guardapolvo. Para otros, la ceremonia del juramento a la edad de dieciséis años simbolizaba el despertar de la conciencia palestina. Y aun para otros, víctimas de las persecuciones nazis, las redes clandestinas de la «Haganah» en Europa habían sido el primer contacto con la Tierra Prometida, la primera señal de su próxima salvación.

El secreto era la regla de la «Haganah». No se tomaban fotografías, y sus archivos estaban reducidos al mínimo. Sus centros de instrucción se hallaban en los sótanos de instituciones judías, por lo general, escuelas o clubs de organizaciones sindicales. Protegidos por un triple cordón de vigilantes, los miembros del ejército secreto se reunían una vez a la semana para practicar el judo, aprender a desmontar armas o cuidar a los heridos, a trepar por la cuerda, a penetrar por la fuerza en una casa o a saltar de un vehículo en marcha. La menor alerta los transformaba instantáneamente en aplicados estudiantes o en obreros que jugaban a los naipes. Proseguían a continuación con un entrenamiento práctico, llevando mensajes o vigilando los desplazamientos de personalidades árabes o británicas. En fin, dos o tres días al mes iban a entrenarse al campo, en general, a algún lejano paraje, al que llegaban tras una agotadora marcha bajo el sol. Naranjas y patatas rellenas de detonantes servían como granadas de entrenamiento. Pero la «Haganah» se hallaba tan desesperadamente

pobre en municiones, que el momento más solemne de la instrucción era cuando, al fin, cada joven recibía, a guisa de diploma, el único cartucho al que tenía derecho. En verano, disfrazados de obreros agrícolas, los grupos acudían a los kibbutz para aprender el funcionamiento de los morteros y de las ametralladoras. Las prácticas de la guerrilla y del combate nocturno, tan temido por los árabes, se convirtieron en sus especialidades. Burlando la vigilancia británica, la «Haganah» consiguió organizar cursos de oficiales en una planta agrícola experimental del valle de Jezrael y formar en dos meses promociones de ciento cincuenta hombres. La enseñanza dispensada provenía de pequeños libros rojos, pacientemente robados de los barracones militares de la potencia ocupante. Eran los manuales de instrucción del Ejército británico.

A comienzos de la Segunda Guerra Mundial, la «Haganah» poseía ya un embrión de Estado Mayor. Sus servicios estaban dispersos a través de Tel-Aviv: en un despacho de la Confederación sindical «Histadruth»; en el estudio de un arquitecto; en un Banco; en la sede de un importador de máquinas agrícolas y en la compañía de distribución de agua. Sus escasos archivos fueron guardados en un escondrijo habilitado en los cimientos de un inmueble de la ciudad. La lucha de la «Haganah» al lado de los aliados iba a proporcionar a algunos de sus miembros la experiencia de la guerra. Participaron en ella cuarenta y tres mil voluntarios judíos de Palestina. En ciertas unidades, como la «Brigada Judía», a la jerarquía del comandante británico correspondía una jerarquía secreta de la «Haganah».

Paradójicamente, Jerusalén, corazón de las aspiraciones sionistas en Palestina, no había sido jamás un centro privilegiado de la «Haganah». En la capital del Mandato, la vigilancia británica era más severa que en cualquier otra parte. La juventud ciudadana no respondía a sus llamadas con el fervor de los jóvenes de los kibbutz y los campesinos. Además, en Jerusalén, las comunidades religiosas eran indiferentes, y a veces incluso hostiles, a los fines que perseguían.

Y sin embargo, en Jerusalén, como en toda Palestina, la «Haganah» era una de las fuerzas más dinámicas de la sociedad judía. Más que sus esfuerzos por enseñar a los judíos a defenderse; más que las sutilezas de su organización; más que cualquiera de sus éxitos clandestinos, su verdadera potencia residía en el espíritu que había sabido insuflar a los judíos de Palestina. *Era* la comunidad judía.

Igualitaria, aunque individualista; organizada, aunque obedeciendo a un sentido inspirado de la improvisación, la «Haganah» elegía a sus jefes entre la joven élite nacida del regreso de los judíos a Palestina. Para su ejemplo, les había dado esta tradición de devoción y sacrificio que el estudiante americano Carmi Charny se había comprometido a respetar jurándole fidelidad.

Ninguna tradición comparable animaba a la comunidad árabe. Raros eran los jóvenes árabes de la burguesía que habían recibido algún entrenamiento militar. Esta burguesía despreciaba, en general, el oficio de las armas, y dejaba a las demás clases

las tareas de orden militar. Cuando el periodista Hazem Nusseibi y sus vecinos descubrieron que no había un solo revólver en la docena de villas que ocupaban en su barrio de Jerusalén, tuvieron una reacción simbólica: se personaron, en delegación, en la sede del Alto Comité Árabe, para reclamar ayuda y protección. Tras un interminable regateo oriental, entrecortado por numerosas tazas de café, el Comité aceptó darles diez guardas armados, de un pueblo de Samaría, al precio de diez libras palestinas por hombre y mes.

En Bekaa Alto, arrabal de Jerusalén habitado por familias de la pequeña burguesía, los tres hijos del concesionario de la «Buick», Georges, Raymond y Gaby Deeb, emprendieron la tarea de organizar una milicia para la defensa del barrio. Pero entre sus cinco mil habitantes, sólo pudieron reclutar sesenta voluntarios. La mayoría de las mujeres encontraron una excusa para impedir a sus hijos, a sus padres o a sus maridos, enrolarse en sus filas. Algunos prósperos comerciantes hicieron partir rápidamente a sus hijos hacia Beirut o Ammán. Los hermanos Deeb se vieron obligados a buscar hombres cerca de las únicas fuerzas árabes disponibles en Jerusalén: las bandas armadas del Mufti. Por el mismo precio de diez libras reclutaron veintiocho guardas originarios del Norte, los instalaron en los garajes y terrazas y los hicieron alimentar por los habitantes del barrio. Para mandarlos, los Deeb contrataron a un antiguo agente de Policía de voz tonante y carácter irascible, que también se distinguía por su acendrado amor al whisky escocés. Se llamaba Abu Jalil Genno. El pintoresco Genno y su tropa de mercenarios se convirtieron rápidamente en una pesadilla para los Deeb y sus vecinos. Se pasaban tanto tiempo saqueando las casas abandonadas como montando guardia. Prácticamente por nada —el paso de un gato, un ruido insólito, una detonación lejana— desencadenaban violentas descargas de fusilería, que aterrorizaban tanto a los árabes de Bekaa Alto como a sus vecinos judíos.

Estas salvajes descargas expresaban, en cierta forma, la mentalidad de los árabes del campo. La posesión de un arma de fuego era para ellos una afirmación de virilidad tan categórica como el nacimiento de su primer hijo varón. A la vez armas y juguetes, los fusiles honraban con su estrépito los matrimonios y los funerales, así como todas las festividades de los pueblos. De esta tradición les venía una familiaridad natural con las armas y una tendencia a un gasto desenfrenado de municiones, derroche desconocido en los judíos, para los que contaba cada cartucho. Estos aldeanos, separados sólo por una o dos generaciones de su pasado beduino, estaban frecuentemente animados por un valor auténtico y dotados de una ciencia instintiva para la guerrilla y la emboscada. Bien dirigidos, podían convertirse en feroces adversarios. Siempre era en sus filas en las que el Mufti había reclutado a sus partidarios más fieles, y sus representantes en Jerusalén habían intentado amalgamar sus bandas heterogéneas en una fuerza coherente, de la que esperaban hacer el

equivalente árabe de la «Haganah». Hadj Amin había bautizado a este ejército con el nombré de los «Djihad Moquades», los combatientes de la guerra santa. Como los jóvenes judíos de la «Haganah», sus miembros eran conducidos a las lejanas colinas para aprender a servirse de la increíble variedad de armas que la guerra había sembrado a través de Palestina. Este ejército poseía también su movimiento de juventud, el «Futweh», encargado de atraerse a los jóvenes árabes. Pero lo que los lugartenientes del Mufti consideraban como una verdadera organización de operaciones no era, en realidad, más que una vaga armazón paramilitar, basada en las estructuras tribales y rurales de Palestina. Era un ejército primitivo, refractario a la disciplina, ligado a los pueblos que aseguraban su subsistencia, incapaz de asimilar los modernos métodos de combate y mandado por jefes elegidos, en principio, por su importancia en el seno de los clanes. La primera exigencia para servir en sus filas era una lealtad incondicional al Mufti, y, finalmente, los clanes, las tribus, los pueblos de fidelidad probada eran los encargados de proveer los nuevos reclutamientos. Así, a diferencia de la «Haganah», tan profunda y ampliamente enraizada en todos los estamentos de la comunidad judía, el ejército del Mufti representaba, sobre todo, una especie de milicia privada, cuya misión consistía tanto en combatir a los judíos como en recordar al resto de la comunidad árabe de Palestina quién era su verdadero jefe.

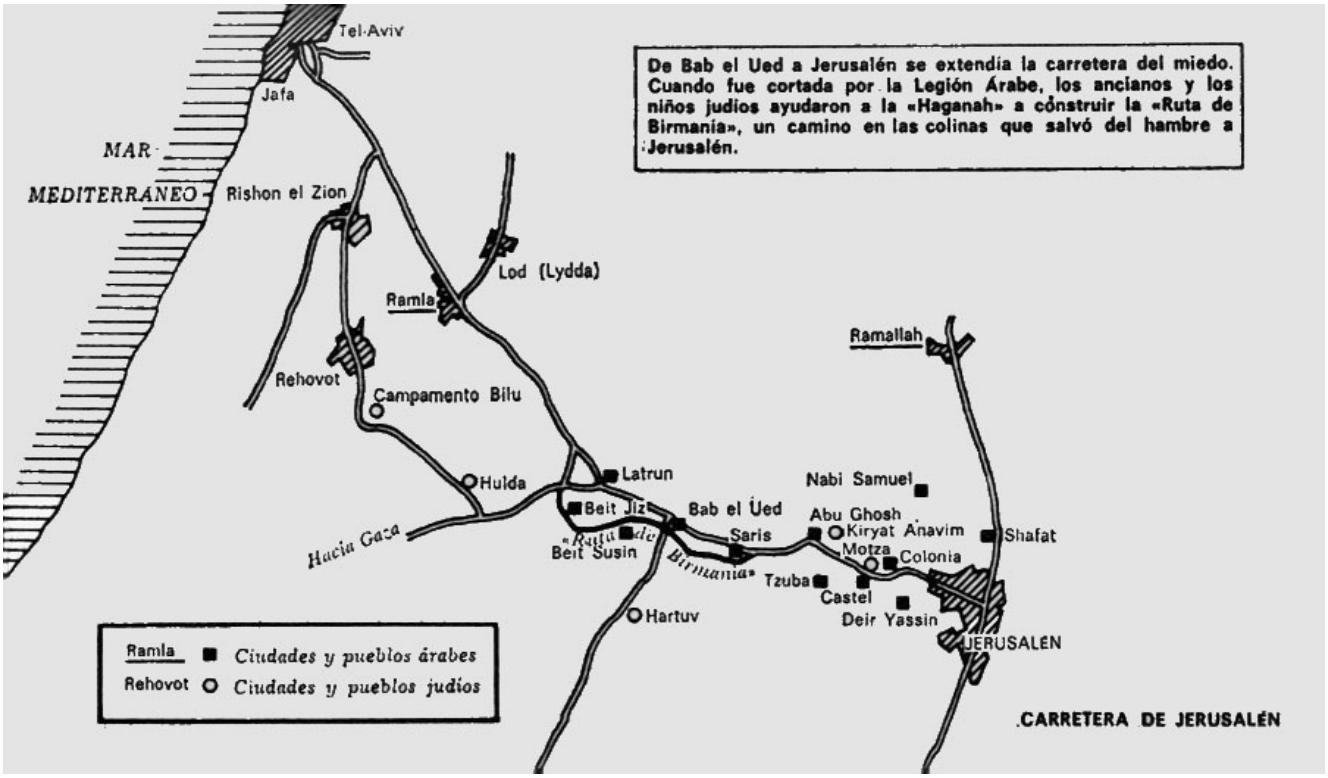
Mediocres para los mejores y terribles para los peores, los jefes de este ejército eran campesinos o analfabetos, más expertos en manejar las habituales hipérboles de la retórica árabe que en mover a sus tropas sobre el terreno. Su comandante, Kamal Irekat, era un antiguo inspector de la Policía palestina, de cuarenta y dos años de edad, oriundo de una vieja familia de Jerusalén. Tenía aspecto ceñudo, un bigote a lo Pancho Villa y unos ojos brillantes que se le salían de las órbitas; le gustaba hacerse fotografías ante sus hombres con pantalón de montar y tocado ton turbante blanco. Se vanagloriaba de haber sido el primer líder palestino en jurar públicamente que arrojaría a los judíos al mar, y algunos días antes de la votación para el Reparto había anunciado:

—Con cuatrocientos hombres ocuparía Tel-Aviv.

Los árabes de Jerusalén no se alarmaban demasiado por estas deficiencias de sus estructuras militares. Sabían que su comunidad era dos veces más numerosa que la de sus adversarios. A diferencia de los judíos, disponían, en el Cercano Oriente, de fuentes de aprovisionamiento de armas. Y, por último, la posición estratégica de sus pueblos alrededor de Jerusalén les proporcionaba la ventaja del terreno.

Por encima de todo esperaban, además, la clave de su supervivencia. Desde hacía semanas, las emisoras de radio y periódicos de todas las capitales vecinas repetían a los árabes de Palestina que su drama era el drama de todos los árabes. Jamás sus vecinos dejarían que su país cayese en manos de los judíos. Como otrora los guerreros de Omar y Saladino, acudirían en socorro de sus hermanos. Con su

artillería, sus carros blindados y su aviación, vengarían a Palestina de la abominable injusticia que se le había hecho. Los palestinos podían esperar sin temor. Su tierra les sería devuelta por la fuerza de los ejércitos árabes.



SEGUNDA PARTE

DINERO Y ARMAS

Invierno de 1948

7

«ESTRANGULAREMOS A JERUSALÉN»

Kasr el Nil, la gran avenida de El Cairo, estaba aquella tarde llena de gente. Según sus costumbres, la multitud había ido a contemplar las ventanas iluminadas del palacio de Kaman Adin Husseini, la sede del ministro egipcio de Asuntos Exteriores. En el lujoso salón, decorado con tapices de Aubusson, los jefes de Gobierno o de la diplomacia de siete países árabes discutían en medio de una nube de tabaco oriental. Su confrontación duraba ya seis horas.

Siete de aquellos hombres representaban a las siete naciones de la Liga Árabe: Egipto, Irak, Arabia Saudí, Siria, Yemen, Líbano y Transjordania. El octavo era el secretario general de su organización. La fuerza potencial que representaban era considerable. En conjunto, reinaba sobre cuarenta y cinco millones de hombres, dispersos sobre casi cinco millones de kilómetros cuadrados, una entidad treinta veces más poblada y doscientas veces más extensa que Palestina. Bajo sus inmensidades desérticas se hallaban las más importantes reservas de petróleo del mundo. Mandaban cinco ejércitos regulares, de los cuales, tres, los de Egipto, Irak y Transjordania, no eran desdeñables.

La lengua, el pasado y la religión los unían con lazos más aparentes que reales. La política los dividía. Siria y Líbano eran repúblicas parlamentarias de tipo francés. Arabia Saudí, Yemen y Transjordania vivían en las estructuras tribales de los reinos feudales. Egipto e Irak eran monarquías constitucionales de estilo vagamente británico.

Un tejido de rivalidades internas roía a la mayoría de estos regímenes. Unos, históricos, se remontaban a los lejanos conflictos entre los califas de El Cairo y los de Bagdad. Otros eran más recientes, como los que oponían a la rica Arabia del petróleo con sus vecinos menos favorecidos. Se añadían a ello los antagonismos nacionales y personales o las codicias locales, como la que condujo a Irak a reclamar la anexión de Siria, y a Siria la del Líbano, reivindicaciones que arrastraban a los Gobiernos a permanentes conspiraciones.

No obstante, el asunto de Palestina predominaría en lo sucesivo sobre los demás problemas. Se había convertido en el patrón por el que se medían el patriotismo y la popularidad de los hombres políticos árabes. Desde hacía cuatro años habían estimulado, para sus pujas, la intransigencia de los palestinos, que hoy contaban con ellos para liberarlos de la presencia judía. El Primer Ministro del Líbano había

afirmado:

—¡Las Naciones Unidas deberán proteger con un soldado a cada uno de los habitantes del futuro Estado judío!

Había llegado el momento de poner una sordina a estas belicosas declaraciones y pasar de las amenazas a los hechos, Pero la larga y borrascosa semana de discusiones que acababa de pasar había evidenciado, sobre todo, el abismo que separaba los discursos patrióticos, de los sentimientos reales de cada uno. Para algunos, que proclamaban de buena gana sus indestructibles lazos con sus hermanos de Palestina, aquella generosa adhesión estaba limitada por las codicias que alimentaban hacia aquella tierra. Y todos pensaban que no se debían lanzar a ninguna acción en Palestina sin calcular antes los posibles efectos sobre sus rivalidades y conflictos de intereses. De hecho, abusando de sus propias palabras, y por una concepción quimérica del equilibrio de fuerzas entre árabes y judíos, no sentían la urgente necesidad de los sacrificios que impondría la lucha contra los sionistas.

Noche tras noche, desde su butaca reservada al delegado del país anfitrión, Mahmud Nukrachy Pachá, Primer Ministro de Egipto, había afirmado su posición: sí para armas y dinero, no para el Ejército egipcio. Numerosos y sutiles motivos explicaban esta negativa. El principal era de orden estratégico: un conflicto opondría a Egipto y Gran Bretaña con relación a la soberanía sobre la zona del Canal de Suez, y este conflicto corría el riesgo de comprometer el aprovisionamiento de las tropas combatientes en Palestina.

A la derecha del egipcio se encontraba el representante del país más rico del mundo árabe: el príncipe Faisal de Arabia Saudí. Su padre, Ibn Saud, unificador de Arabia y gran figura de la Historia árabe, en el espacio de una generación había reunido a las tribus para hacer surgir del desierto un espléndido reino que se extendía desde el mar Rojo hasta el golfo Pérsico.

Virrey del Hedjaz y ministro de Asuntos Exteriores de este Estado que resucitaba, por la opulencia de sus jefes, las leyendas de Creso, el cuarto hijo de Ibn Saud era un diplomático avisado. Era, además, la antítesis de la idea que la gente se hacía generalmente de un emir oriental. Príncipe de sangre en un país donde el rango de un hombre se acostumbraba medir por la dimensión de su harén, Faisal no había tenido nunca más que una sola esposa, con la que llevaba una frugal existencia. Y los dolores persistentes de una úlcera en el estómago, que se cuidaba mediante la ingestión de leche de burra, habían arrugado su rostro y ensombrecido sus ojos melancólicos, hasta el punto de darle el aspecto de un Cristo sufriente de El Greco.

Ibn Saud había repetido, en un telegrama dirigido a la conferencia, que su último deseo era morir en Palestina a la cabeza de sus tropas. Era un noble deseo, pero un flaco socorro. Ibn Saud no tenía tropas. En contrapartida, tenía petróleo. Y la amenaza de cerrar las espitas podía obligar a las naciones occidentales, y en

particular a los Estados Unidos, a revisar su política de apoyo al Estado judío. Solicitado sin descanso por sus colegas para que ofreciera la más bella contribución que Arabia podía aportar al conflicto, Faisal había replicado secamente:

—El problema es Palestina, no el petróleo.

Frente al príncipe se hallaba el representante de una familia real que Ibn Saud había expulsado de Arabia para fundar su reino: los Hachemitas de Irak. El bigotudo hombrecillo que gobernaba este otro reino era un antiguo oficial del Ejército otomano incorporado a la revuelta árabe de 1917, uno de cuyos últimos supervivientes era. Compañero de Lawrence, Nuri Said Pachá había entrado en Damasco con las tropas británicas y árabes, y el espectáculo de esta fraternidad de armas lo había marcado para toda la vida. Después no había cesado de considerar que su país debía apoyarse en Londres, y se convirtió, a orillas del Tigris, en el hombre aliado de Inglaterra.

Ningún líder árabe había agobiado tanto a los judíos con injurias como Nuri Said, aun advirtiendo secretamente a sus amigos del Foreign Office que estaría listo para acomodarse al nuevo Estado si esta concesión le valía el apoyo británico para la anexión de Siria, meta final de su sueño de una «media luna árabe fértil» que fuese desde el Mediterráneo al golfo Pérsico. El enviado de Nuri Said a la conferencia había propuesto un plan, destinado a ganar tiempo.

—Aguardaremos a que los ingleses abandonen Palestina —aconsejó—; entonces, los ejércitos árabes, con el de Irak a la cabeza, caerán sobre Tel-Aviv.

Esta sugestión había despertado más confianza que interés. Porque los rivales de Nuri Said veían en todas sus iniciativas la sombra de sus protectores británicos.

Con un fez rojo atravesado sobre su cabeza y una sonrisa jovial que acentuaba la prominencia de sus pómulos, el presidente Riad Solh, Primer Ministro del Líbano, era partidario de una oposición, por la fuerza, al Reparto, y reclamaba el desencadenamiento inmediato de una campaña de guerrilla. Su autoridad era considerable. Seis veces, los ocupantes turcos y franceses le habían condenado a muerte. Tras toda una vida pasada en prisión y en el exilio, había sido el artífice de una realización de la que su país estaba justamente orgulloso. De los países árabes colonizados por Occidente, el Líbano había sido el primero en romper sus cadenas y conquistar su independencia. El conflicto palestino proporcionaba a Riad Solh una nueva ocasión de satisfacer su pasión por la lucha; pero la contribución de su país sólo podía ser simbólica, ya que no tenía ejército. Riad Solh había querido, sin embargo, dar ejemplo mediante un gesto personal. Pasando otra vez por alto las furiosas objeciones de su esposa, había hecho convertir la imprenta vecina a su residencia en un pequeño taller destinado a fabricar cartuchos para los palestinos.

Al lado de Solh se hallaba su amigo y principal aliado político, un propietario cuya ardiente devoción a la causa de la independencia árabe le costó también una vida de prisión y exilio. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, el sirio Jamil

Mardam había sido uno de los primeros miembros de la sociedad secreta «Al Fatah», fundada para arrancar a Turquía la independencia árabe. Mardam era también un resuelto partidario de emprender inmediatamente operaciones de guerrilla en Palestina. Basada en Siria, y bajo el control general de los sirios, tal empresa podía, según él, hacer de contrapeso a los deseos expansionistas de su vecino iraquí.

En el centro de la mesa, haciendo resonar nerviosamente el rosario de ámbar entre sus dedos, Abdul Rahman Azzam Pachá, secretario general de la Liga Árabe, había intentado, durante toda la semana, navegar entre las opiniones contradictorias. Alto y delgado, aquel hombre cortés, que hablaba con voz suave, era un revolucionario. Mientras Lawrence sublevaba a los árabes contra los turcos, Azzam Pachá, ayudado por los turcos, había fomentado su propia revolución contra el poder británico en Egipto. Había sido el primer árabe en solicitar la ayuda soviética para la causa árabe, pidiendo a Lenin que apoyara su rebelión el mismo día en que la noticia de la Revolución de octubre llegó a Constantinopla.

Un memorándum de cuatro páginas se hallaba frente a él. Con la mención «Secreto», el documento era, en buena medida, el resultado de sus pacientes esfuerzos dirigidos a lograr un compromiso entre las diferentes tendencias. Azzam Pachá se puso a leer lentamente el contenido. El primer párrafo resumía el problema que reunía a sus colegas en El Cairo.

—La Liga Árabe —declaró— está resuelta a impedir la creación de un Estado judío y a proteger la integridad de Palestina como Estado árabe único e independiente.

El secretario general sabía que al menos tres de los personajes sentados a su alrededor tenían serias reservas con relación a aquella alianza, y una repugnancia aún mayor por pagar su precio. Pero si toda una semana de debates no había podido desgajar la voluntad común que precisaban los árabes para aplicar tal resolución, la ola de comunicados enardecidos que, día tras día, habían proclamado sus intenciones belicosas, los convertía en prisioneros de su propia retórica. La resolución fue ratificada por un concierto de aprobaciones.

Azzam Pachá declaró entonces que los países debían proveer a la Liga, según una división fijada de antemano, de diez mil fusiles, tres mil voluntarios y un millón de libras esterlinas para permitir un desencadenamiento inmediato de las operaciones de guerrillas en Palestina.

El sirio Jamil Mardam estaba satisfecho. Gracias a este compromiso y a los diez mil fusiles suplementarios que había hecho comprar en Praga por el capitán Kerin, la guerrilla que propugnaba iba a iniciarse bajo favorables auspicios.

Luego, tras una ojeada hacia el enviado del iraquí Nuri Said, Azzam Pachá leyó la última y más importante cláusula de su memorándum.

—La Liga —declaró— se propone confiar al general iraquí Ismail Safuat,

veterano de la campaña de los Dardanelos, la responsabilidad de preparar un plan para la intervención coordinada de los ejércitos árabes regulares en Palestina.

La sombra del personaje de perilla rojiza que se encontraba en el centro del drama de Palestina, había gravitado durante toda la semana sobre los debates de los jefes de la Liga Árabe. Desde su villa, en un suburbio de El Cairo, Hadj Amin Husseini había seguido las discusiones con suma atención. Uno tras otro, cada uno de los hombres reunidos en El Cairo había realizado un discreto peregrinaje hasta esta villa. Él había recibido a sus visitantes bajo una gran fotografía de Jerusalén, y, con su voz suave, les había exhortado a adoptar su propia línea de conducta.

Hadj Amin no quería ejércitos regulares en Palestina. Sabía bien que con la presencia militar se instalaba, de hecho, un poder, y él no tenía intención de compartir su autoridad en Palestina, sobre todo con sus rivales de Irak y Transjordania. Por el contrario, su objetivo era el de consolidar sus fuerzas hasta que pudieran combatir a los judíos sin apoyo exterior. De momento, pues, las decisiones de la Liga le convenían perfectamente.

Su objetivo consistía en obtener el control del reparto de armas, del dinero y de los voluntarios, y colocar bajo su mando supremo todas las operaciones de guerrilla en Palestina. Para justificar esta pretensión, de un plumazo reunió a las bandas dispersas de aldeanos en su organización llamada «los combatientes de la guerra santa». Ahora estaba listo para tomar una decisión más importante aún: iba a enviar a Palestina al jefe militar más capaz surgido durante la revuelta de 1936 contra los ingleses.

Las paredes estaban cubiertas de mapas. Dos velas, colocadas en cada extremo de una sencilla mesa-escritorio de madera, iluminaban la estancia. Con los mechones blancos de su cabellera brillando al resplandor de las llamas, David Ben Gurion observaba al grupo de hombres reunidos en torno a él. Su encuentro secreto había tenido lugar en un edificio judío de las afueras de Jerusalén. Ben Gurion había reunido a los jefes de la «Haganah» de aquella ciudad porque estaba convencido de que sería allí, en aquella ciudad, donde los judíos de Palestina iban a afrontar durante los meses venideros su mayor prueba. Aislada, dependiente, para su existencia, de una sola carretera, y aun amenazada, Jerusalén era el talón de Aquiles de la comunidad judía, la única colonia donde bastaba un golpe decisivo para aniquilar todas las esperanzas de Ben Gurion.

—Si los árabes logran estrangular a Jerusalén —declaró— no tendrán más que acabar con nosotros, y nuestro Estado estará muerto antes de nacer.

Tras este sombrío preámbulo, el líder pasó a consideraciones más generales. Su genio intuitivo ya le permitía, cuando los ministros de la Liga Árabe discutían aún en El Cairo, discernir hacia qué extremos los árabes iban a verse arrastrados por el

exceso de su retórica.

—Ha llegado el momento —prosiguió— de prepararnos para una guerra contra cinco ejércitos árabes.

Estas palabras cayeron como una cuchilla. Algunos asistentes parecían incrédulos.

—¿Cree usted que los árabes de Nazaret piensan atacarnos con carros de combate? —preguntó uno de ellos, en son de broma.

A Elie Arbel, el antiguo oficial checo encargado de los planes de la «Haganah» de Jerusalén, le parecía inverosímil todo aquello: «Ben Gurion habló a continuación de organizar una guerra contra cinco países árabes, cuando los ingleses nos detenían en la calle por llevar una pistola». Ben Gurion se obstinó. Explicó que no cometería jamás el error de subestimar a sus enemigos, y que nada podía amenazar más a su pueblo que la invasión concertada de cinco ejércitos árabes. Pero ya no sobreestimaba a sus adversarios. Conocía su inclinación a creer las más locas jactancias, a confundir los dichos con los hechos, a prepararse para la prueba a base de discursos antes que con sacrificios. Sus amenazas de guerra constituían un terrible peligro para su pueblo. Pero también ofrecían una oportunidad inestimable.

El reparto de Palestina por las Naciones Unidas no había sido —confió Ben Gurion— una solución realmente satisfactoria, pero estaba dispuesto a acomodarse a ella. Como a casi todos los judíos, la internacionalización de Jerusalén le había dejado una dolorosa herida en el corazón. Las largas y tortuosas fronteras atribuidas al Estado judío eran indefendibles y numerosos responsables judíos preconizaban un engrandecimiento del territorio de su Estado, fuese cual fuese la actitud de los árabes. Pero Ben Gurion, apoyado por una mayoría en el consejo de la «Agencia Judía», había rechazado categóricamente esta sugestión.

No obstante, si los Estados árabes persistían en su intención de cruzar el acero, los acuerdos se volverían caducos, y las fronteras del Estado judío no serían ya las impuestas por las Naciones Unidas, sino más bien las que él pudiera conquistar y mantener por la fuerza durante el conflicto.

Ben Gurion conocía bien la Historia de Palestina. ¡Cuántas veces comprobó que la intransigencia árabe había servido providencialmente a las aspiraciones sionistas, «ayudando, con sus amenazas, a realizar grandes hazañas que no hubiéramos sido capaces de cumplir de otra manera»! Los primeros ataques a sus colonias habían obligado a los agricultores judíos a emplear, a pesar suyo, mano de obra judía. Las agresiones contra los judíos de Jafa habían obligado a la fundación de Tel-Aviv. Al negar a los supervivientes de los campos de concentración hitlerianos el derecho a instalarse en Palestina, los árabes habían obligado al mundo a apoyar la creación de un Estado judío. El mayor error que los árabes podrían jamás cometer en favor de los judíos —estimaba Ben Gurion— sería rechazar la decisión de las Naciones Unidas.

«Esta negativa cambiaría todo para nosotros —pensó—, ya que nos daría el derecho a coger lo que pudiéramos».

Pero Ben Gurion era un visionario solitario. Era entonces casi el único que encontraba en tan grandes amenazas una fuente de esperanza.

A varios miles de kilómetros de Jerusalén, otra personalidad había formulado ya su propio juicio sobre el resultado del conflicto. Y, contrariamente al líder judío, este hombre se basaba en el tesoro de una inigualable experiencia militar. Artífice de la mayor victoria de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, había conducido sus ejércitos desde Caen hasta Hamburgo, y su profecía iba a dar peso a las fanfarronas predicciones de Hadj Amin Husseini. En el argot del cricket, el mariscal Sir Bernard Montgomery, Lord de El-Alamein, predijo que los árabes colocarían a los judíos en el mar con seis golpes de mazo.

Más allá de Jerusalén y del Jordán, al otro lado de la línea sombría de los montes de Moab, un enigmático soberano árabe estaba sentado, como cada tarde, en el salón de su palacio, que dominaba los suburbios de Ammán. Excelente jugador de ajedrez, el rey Abdullah consideraba el tablero dispuesto ante él y reflexionó sobre su próxima jugada. Su peón favorito era el caballo, y su táctica se parecía, extrañamente, a la que él había utilizado para izarse a la posición que ahora ocupaba.

El reino sobre el que gobernaba era, en sus tres cuartas partes, un desierto habitado por menos de medio millón de personas y cuyo presupuesto nacional se elevaba solamente —aparte las subvenciones británicas— a un millón y medio de libras esterlinas. No obstante, de este, territorio casi vacío habían surgido los únicos peones que Abdullah podía maniobrar sobre el tablero del Oriente Medio: los hombres del único ejército profesional del Islam, aquel que David Ben Gurion temía por encima de todos: la Legión Árabe.

Por consiguiente, ningún árabe podía entenderse mejor con Ben Gurion que el monarca que mandaba este ejército. Abdullah era el único dirigente árabe que había mantenido contactos reales con los judíos de Palestina durante los diez últimos años. La luz que cada mañana iluminaba los versículos del Corán de este descendiente del Profeta, era suministrada por una central judía instalada en el noroeste de su reino. En el domicilio del director de esta central, Abdullah se había entrevistado secretamente con Golda Meir el mes de noviembre de 1947. El tono de la conferencia había sido particularmente cordial. El rey había confirmado que no participaría en ningún ataque dirigido contra los judíos. Había asegurado-su amistad a la enviada de la «Agencia Judía» y recordado que Hadj Amin era su enemigo común. Abdullah se había mostrado conforme con el proyecto de repartición de Palestina. Si las Naciones Unidas tomaban esta decisión —había dado a entender—, él se anexionaría el territorio atribuido a los árabes.

Abdullah hacía frecuentes visitas a sus vecinos judíos para solicitar de ellos

consejos y asistencia técnica. En realidad, Abdullah consideraba el retorno de los judíos como el de un pueblo semita perseguido en Occidente, llegado a Oriente para ayudar a otro pueblo semita cuyo desarrollo había sido obstaculizado por otra institución occidental: el colonialismo. Por consiguiente, no alimentaba ninguna ilusión sobre las oportunidades de los árabes de dar jaque al Reparto. Al revés del Mufti, cuya propaganda identificaba a todos los judíos de Palestina como débiles estudiantes de las sinagogas de Mea Shearim que huían ante los garrotes árabes; al revés de los sirios e iraquíes, que los juzgaban partiendo de la docilidad de los comerciantes instalados en sus países, Abdullah conocía la energía y la competencia que animaba a sus vecinos.

Para sus colegas, los jefes de la Liga Árabe que discutían en El Cairo, el monarca de la blanca perilla mostraba el más profundo desdén. Abdullah llamaba a la Liga «un saco en el que se han arrojado siete cabezas». Despreciaba a los egipcios en general y al rey Faruk en particular. «No se transforma en *gentleman* a un hijo de campesino balcánico simplemente haciéndole rey», acostumbraba decir. Consideraba a los sirios, cuyo territorio excitaba su codicia, como vecinos molestos y camorristas. En fin, Abdullah aborrecía al Mufti desde su primer encuentro en 1921. «Mi padre —recordaba frecuentemente a sus partidarios— me puso siempre en guardia contra los predicadores de cruzada».

Toda la vida de este endeble soberano, de cara pálida y mirada llena de inteligencia, no había sido más que una cadena de frustraciones. Había sido el primero, en 1914, en sugerir a los ingleses la idea de una revuelta árabe contra la dominación turca. Pero Lawrence había preferido confiar la dirección de tal levantamiento a su joven hermano, Faisal. La gloria había marginado a Abdullah, cuya familia se vio rápidamente expulsada de Arabia por Ibn Saud, perdiendo así su trono al borde del mar Rojo. A título de consolación, los ingleses entregaron a Abdullah aquel emirato desértico, sacado de Palestina por Winston Churchill, mientras que su hermano Faisal recibió de las mismas manos el trono de Irak. Para subrayar la insignificancia de este regalo, Churchill se vanagloriaba de haber creado Transjordania «con un simple plumazo, un domingo por la tarde, en El Cairo».

Sus habitantes habían acogido a su nuevo monarca bajo una lluvia de huevos y tomates. Durante años no tuvo por residencia más que una sencilla tienda beduina, plantada sobre una colina que dominaba Ammán, allá donde hoy se elevaba su palacio. La suerte empezó a cambiar para él cuando, en 1934, los ingleses, recordando de pronto su existencia, decidieron afirmar su autoridad para nivelar la influencia, cada vez más intensa del Mufti.

Esos años fueron crueles para Abdullah, que tenía multitud de ambiciones y, sobre todo, quería vengar las humillaciones de su familia y reinar sobre un dominio digno de sus orígenes. Pero había sido, según la imagen de uno de sus

contemporáneos, «un halcón prisionero en la jaula de un canario».

La repartición de Palestina iba, quizás, a ofrecerle hoy la suerte que le había sido negada durante un cuarto de siglo, o sea, poder salir de su jaula, convertirse en el jefe poderoso que soñaba ser y dominar sobre un reino a su medida. En fin, Abdullah prestó a Jerusalén una atención muy particular. Su posesión daría a su persona un prestigio internacional y rehabilitaría a los Hachemitas —su familia— en el papel que Ibn Saud le había arrebatado en el seno del Islam. Privado del derecho a reinar en Jerusalén, Abdullah se sabía condenado a seguir siendo lo que era: el irrisorio soberano de una extensión de arena.

Con el mismo cuidado que ponía en mover las piezas sobre su tablero, Abdullah reflexionó sobre las iniciativas que podrían favorecer sus ambiciones. Aquella mañana de diciembre, mientras en El Cairo sus colegas de la Liga Árabe estaban enzarzados en una de sus interminables discusiones, adelantó su primer peón. Poco antes del mediodía, su Primer Ministro se personó en la entrada de una modesta residencia situada no lejos del palacio real, sede del personaje amable y distinguido que representaba a la Gran Bretaña en Transjordania, Sir Alec Kirkbride.

Después del café preliminar y de las cortesías usuales, el mensajero de Abdullah expuso el objeto de su visita. En el futuro Estado árabe de la Palestina dividida —explicó—, el Mufti de Jerusalén sería quien se adueñaría del poder. Pero éste era un hombre poco inclinado a servir los intereses de Gran Bretaña y del rey Abdullah. De todas formas, con sus fronteras absurdas y sus conflictos internos, el Estado árabe no tardaría en caer en el caos antes de ser absorbido, finalmente, por el Estado judío. No obstante, existía un medio de prevenir este desastre, y para ello, para sondear a Gran Bretaña a este respecto, se había desplazado el Primer Ministro del rey Abdullah. Y como quiera que, posiblemente, este medio se revelaría impopular, Abdullah debería estar seguro de contar con el apoyo británico para imponerlo.

—¿Cuál sería la reacción del Gobierno de Su Majestad —preguntó cortésmente el Primer Ministro— si el rey Abdullah anexionara a su reino la parte de Palestina atribuida a los árabes?

Sentado en un sillón al lado del fuego, un hombre pensativo se impregnaba de la majestuosidad de las composiciones para órgano de Juan Sebastián Bach. A cien kilómetros de Ammán, en su fastuosa residencia de Jerusalén, el Alto Comisario británico en Palestina saboreaba su momento de descanso favorito. Regularmente, antes de comer, Sir Alan Cunningham se encerraba en su saloncito para escuchar música y reflexionar acerca de los problemas que pesaban sobre sus hombros.

Pero en aquel mes de diciembre de 1947, el escocés estaba molesto. Su misión en Palestina no había sido más que una serie continua de decepciones, y ahora, casi al final, aún le esperaba la mayor de todas.

Se acordaba, con amargura, de lo solo que le había dejado Londres durante todo

aquel período. Desde su nombramiento, en octubre de 1945, sólo había recibido órdenes contradictorias sobre la política que debería seguir en Palestina. Antes de embarcar para Jerusalén fue a ver al Primer Ministro con la esperanza de recibir algunas directrices.

—¡Oh! —exclamó Clement Attlee encogiéndose de hombros—. Simplemente, vaya allá y gobierne.

Adivinando la sorpresa de su visitante, Attlee se levantó para acompañarlo hasta la puerta. Poniendo la mano sobre el nombro del escocés, añadió:

—Me apena, general, dar a su pregunta una respuesta de político. Pero es lo único que puedo hacer.

Después, y hasta la semana anterior, es decir, durante tres años, el Alto Comisario en Palestina no había recibido ninguna instrucción precisa.

Allí residía todo el drama, pensó Cunningham; Londres era incapaz de trazarse una línea de conducta y atenerse a ella: «La urgencia de la situación es extrema», había hecho saber al Foreign Office en julio de 1946. El Gobierno había tergiversado; era demasiado tarde, y ahora era cuando la fuerza de los hechos imponía una solución sobre la marcha.

Aquellos últimos tiempos, Cunningham tuvo el presentimiento de que Ernest Bevin, ministro británico de Asuntos Exteriores, se encontraba «completamente bajo la órbita de una camarilla de funcionarios proárabes, de los que obtenía todas sus informaciones», y consideraba a Harold Beeley, subsecretario del Foreign Office, como «un hombre particularmente peligroso».

Pero estas recriminaciones pertenecían al pasado. Por primera vez acababa de recibir instrucciones sobre la política que había de seguir durante el acto final del mandato en Palestina y sobre la actitud que se había de adoptar frente a la decisión de las Naciones Unidas. Debía «velar para que la situación permaneciese tan calmada que le permitiera un compromiso físico lo más limitado posible de las fuerzas armadas británicas». Pero, especialmente, no debía «mezclarse de ninguna forma, y con ningún pretexto, en las cuestiones concernientes al Reparto».

Estas instrucciones, como Harold Beeley debía recordarle más tarde, significaban que Gran Bretaña aceptaba el reparto de Palestina con «un mínimo absoluto de entusiasmo». Reflejaban también la última decisión tomada por el Foreign Office. En adelante, Gran Bretaña ajustaría al máximo sus intereses a los de los árabes en Oriente Medio. En cuanto al nuevo Estado judío, Gran Bretaña «se desinteresaría de él por el momento, ya que de todas formas, apenas podría contar con su amistad antes de transcurridos varios años». La única disposición del Reparto que apoyó el Foreign Office fue la internacionalización de Jerusalén. La razón era simple: entre una América considerada como projudía y una Rusia juzgada antirreligiosa, el primer papel en la ciudad internacionalizada sólo podría recaer en Gran Bretaña.

Para concretar esta política, Beeley había encargado a la delegación británica en las Naciones Unidas que se mostrara particularmente favorable a las tesis árabes. En vísperas de la apertura de la conferencia de la Liga Árabe en El Cairo, Gran Bretaña había anunciado que continuaría restringiendo por la fuerza, y hasta su marcha, la emigración judía a Palestina.[5]

Estas instrucciones aportaron a Sir Alan una nueva decepción. Contrariamente a Bevin y a Beeley, era partidario del Reparto, única forma, en su opinión, de salir del dilema en el que sus moratorias habían sumido a Palestina. Hombre ponderado, impregnado de un sentido calvinista del deber y de la justicia, sentía profundamente la obligación que tenía Gran Bretaña cíe poner un punto final honorable y ordenado a su reinado en Palestina, para dejar algo más que el caos tras ella. Pero he aquí que las directrices recibidas después de tanto tiempo, le ordenaban ahora no tener rigurosamente en cuenta el único plan que —pensaba él— podía ofrecer a Tierra Santa alguna posibilidad de paz. Sabía cuan necesitada estaría Palestina de esta paz los meses venideros. Durante las dos semanas que habían seguido al Reparto, habían muerto noventa y tres árabes, ochenta y cuatro judíos y siete ingleses. Esta hecatombe se le antojaba el signo precursor de la terrible cosecha que se preparaba.

En un cajón cerrado de su despacho de trabajo se hallaba una orden de tres páginas, procedente del Ejército británico, clasificada como «Muy secreto» y con fecha 6 de diciembre de 1947. Esta orden preocupaba al escocés tanto como las instrucciones que acababa de recibir de Londres. Establecía los principios bajo los que debía efectuarse la salida de las fuerzas británicas. Pero omitía indicar si estas fuerzas serían o no hasta su marcha, dentro de cinco meses, responsables del orden en Palestina.

Acosado, humillado, perpetuamente cogido entre dos fuegos, el Ejército británico estaba cansado. Ahora que estaba decidido el fin del Mandato, su jefe, un compañero escocés de Cunningham, el general Sir Gordon Mac Millan, estaba resuelto a no arriesgar la vida de sus soldados en Palestina más que para los intereses estrictamente británicos. Una sola frase, en el documento, había alegrado la cara del Alto Comisario. Obra de algún suboficial de intendencia, aportaba, en medio de tantas incertidumbres, una contribución ordenada a los preparativos de la próxima marcha. Precisa y minuciosa, era la evaluación del material necesario que se había de embalar, los despojos de treinta años de reinado británico en Palestina: cuatro mil toneladas de plancha y veintidós toneladas de clavos.

El mensaje llegó a la hora en que, en todas las mezquitas de Palestina, los fieles se descalzaban para la oración del alba: «Abu Mussa ha vuelto». Desde Jafa, Haifa, Nablus, Jenin, Tulkarm y de otras veinte ciudades, los hombres se pusieron en camino, solos o en pequeños grupos, atentos a no despertar la curiosidad británica. Todos tenían un destino común: Beit Surif, un pequeño pueblo de Judea, al sudoeste

de Jerusalén.

Poco antes de mediodía, un «Chrysler» negro y polvoriento apareció sobre el camino que conducía al pueblo. A la vista del árabe tocado con un *keffieh* a cuadros blancos y azules, sentado al lado del chófer.

La multitud se precipitó con algazara hacia el coche, prorrumpiendo en gritos y silbidos. El hombre descendió del coche y se sumergió entre un mar de cabezas y brazos que pugnaban por abrazarlo y tocarlo. Era de estatura media, rechoncho, de cara algo rolliza y triste y los pliegues de cuya túnica traicionaban un inicio de obesidad. Visiblemente emocionado, se tocaba continuamente la frente y el corazón para responder a las ovaciones al tiempo que se abría paso hacia la sencilla casa de piedra donde le esperaban sus partidarios.

Ningún árabe de Palestina, ni aun su tío, Hadj Amin. Husseini, suscitaba tanta admiración como aquel hombre, llamado afectuosamente Abu Mussa. El Mufti le había enviado a Palestina para tomar el mando de sus combatientes de la guerra santa. Como su tío, Abdel Kader el Husseini, era miembro del clan de los Husseini de Jerusalén. Con cuarenta años apenas, era un dirigente de hombres y un jefe de un temple físico excepcional. Al contrario que la mayoría de los lugartenientes del Mufti, era instruido, pero permanecía al mismo tiempo cerca de su pueblo, del que conocía instintivamente las virtudes y los defectos y del que sabía sacar el máximo partido posible. Gozaba de tal poder carismático, que era una especie de leyenda viviente. Pronto, a la sola invocación de su nombre, centenares, millares de árabes tomarían el fusil y saldrían de sus pueblos y sus *suks*.

Colocado sobre una humeante montaña de arroz se hallaba el cordero asado con *mensif*, el tradicional banquete beduino, para celebrar su regreso. Abdel Kader se puso de cuclillas en el suelo, rodeado por el círculo de hombres que le esperaban. El jefe de la casa alargó la mano derecha y le arrancó un ojo al cordero para ofrecérselo a su invitado. Después, entre el excitado zumbido de las conversaciones, comenzó el banquete.

Era ésta la primera vez, casi en diez años, que la mayoría de los hombres sentados alrededor de Abdel Kader veían a su jefe. Dos veces, durante la revuelta árabe de 1936- 1939, Abdel Kader había sido herido en la cabeza. La segunda vez, en 1938, había sido llevado, medio muerto a Siria, a lomos de un camello. De allá pasó a Irak, donde su participación en el levantamiento contra los ingleses le valió cuatro años de prisión. Su presencia hoy en Beit Surif era ilegal. Permanecía desterrado de Palestina por las autoridades británicas.

Los ingleses marcaron desde entonces la mayor parte de los años de su existencia. A los trece años los vio expulsar a su padre del cargo de alcalde de Jerusalén por haberse resistido a su presencia. A los veintitrés años, tras haberse licenciado en Química en la Universidad americana de El Cairo, participó, al lado de su padre, en

su primera manifestación antibritánica. Después, en Palestina, Irak y Egipto, dedicó mucho tiempo a combatirlos y conspirar contra ellos. En 1938, el Mufti lo envió al extranjero con un reducido grupo de partidarios seleccionados. En las aulas de una escuela especial del Tercer Reich, Abdel Kader perfeccionó los conocimientos que sobre explosivos había adquirido en la Universidad americana de El Cairo.

Hoy, tras nueve años de ausencia, volvía a Palestina para dirigir el combate contra un nuevo adversario. Secando sus labios con una punta de su *keffieh*, indicó a sus compañeros que el banquete había terminado y que había llegado el momento de hablar de cosas serias. Contrariamente a los demás lugartenientes del Mufti, Abdel Kader sentíase poco inclinado a las explosiones verbales. Era un hombre serio, ponderado, que sabía exactamente lo que se tenía que decir.

—La diplomacia y la política —declaró— no nos han permitido alcanzar nuestros objetivos. Los árabes de Palestina no han tenido elección y vamos a defender con la espada nuestro honor y nuestro país.

Tranquila y metódicamente, comenzó a exponer sus concepciones estratégicas. Al igual que Yigael Yadin, el judío encargado de los planes de la «Haganah», Abdel Kader sabía también que la guerra de Palestina se desarrollaría en las carreteras. Ningún terreno era más propicio para las fuerzas de que disponía: la emboscada era la táctica militar que sus árabes conocían mejor, y la idea de saquear los convoyes sólo podía incrementar su ardor. Desplegando un mapa de Palestina, señaló con el dedo una cadena de colonias judías aisladas, rodeadas por un círculo rojo. Entorpecer las comunicaciones judías con esas colonias, impedir su avituallamiento mediante emboscadas, bloquear las carreteras a sus convoyes: ése debería ser el primer objetivo.

Después, el dedo de Abdel Kader se deslizó hacia el centro del mapa, hacia una mancha negra en el corazón de Palestina. Sabía también que los cien mil judíos de Jerusalén representaban el objetivo más vulnerable de Palestina. Cuando sus hombres y sus armas estuvieran listos, daría allí el golpe decisivo de la campaña. Encerraría a Jerusalén en un cerco, anunció. Juntando las manos para ahogar con su ademán la mancha negra, juró:

—Estrangularemos a Jerusalén.

8

«¿NO SOMOS VECINOS DESDE HACE MUCHO TIEMPO?»

La noche triunfal del Reparto no era más que un recuerdo. A lo largo de la calle Ben Yehudá, en Jerusalén, las banderas azules pendían de las farolas como las cintas de viejas coronas mortuorias. Las arengas colocadas sobre los muros de la ciudad judía durante aquellas horas de euforia estaban cubiertas por otra clase de proclamas: las negras y blancas ordenaban a todos los judíos varones de diecisiete a veinticinco años, inscribirse para el servicio militar. A algunos centenares de metros, en el barrio árabe, un viejo sombrerero no daba abasto en satisfacer una consecuencia indirecta y muy distinta del Reparto: el súbito incremento de pedidos de feces. Nunca, desde 1936, había vendido Philippe Aruk tantos de estos gorros orientales en forma de cono truncado. Tocado así, un árabe podía tener casi la seguridad de que ningún francotirador lo confundiría con un judío.

Y, sin embargo, durante el día, la vida de Jerusalén discurrió relativamente tranquila en aquel principio de diciembre. Las muchedumbres habituales llenaban las calles comerciales del corazón de la ciudad judía, y las mercancías que ofrecían las tiendas testimoniaban un origen tan variado como la población de la ciudad: montañas de alfombras persas y manteles de seda bordados a mano; tenderetes de joyas yemeníes en plata repujada; cuadros de artistas desconocidos; discos de París, Londres, Hollywood e incluso de la Europa del Este. En los escaparates de las tiendas de comestibles se alineaban las botellas de vino de «Rishon le Zion», la primera empresa agrícola judía de Palestina; los productos lácteos de la cooperativa de Tnuvah; los brillantes envases de los chocolates «Élite». En las floristerías, los gladíolos y las rosas de invernadero de Shaaron componían paletas de colores. Un penetrante aroma de café tostado flotaba en las cercanías de numerosos establecimientos de la calle Ben Yehudá y de la avenida del Rey Jorge V: el «Imperial» y el «Royal», frecuentados por los ingleses; el «Sichel», donde parecía que siempre iba a estallar una disputa; el «Brasil», punto de cita de los estudiantes; el «Atara», cuyo primer piso era el lugar favorito de reunión para los miembros del «Palmach».

Las aceras estaban llenas de una abigarrada multitud: alumnos de las escuelas talmudistas de Mea Shearim; judíos ortodoxos con camisa blanca, tocados con *kippahs* y solideos prendidos con alfileres a los cabellos; muchachas de los kibbutzim en *shorts* y jersey caqui; obreros yemeníes; refugiados alemanes, pobres pero

orgullosos, a pesar de sus raídos atuendos. Deambulando según sus ocupaciones o sus caprichos, aquella población no prestaba ninguna atención a las imprecaciones de los policías o a los claxons impacientes de los vehículos del Ejército británico. Pero los árabes, que apenas daban una nota de colorido suplementario, estarían, en adelante, ausentes. Los pequeños limpiabotas alineados a cada lado del cinematógrafo «Sion»; los vendedores ambulantes de té y café agitando las campanillas de sus centelleantes samovares de cuero sujetos a sus hombros; los sudaneses tostando sus cacahuetes sobre pequeños braseros incandescentes al borde de las aceras; todos, todos habían desaparecido. También habían partido los campesinos de los pueblos y sus asnos aplastados bajo montañas de naranjas, tomates y rábanos.

Como medida de seguridad propia y por obediencia a las instrucciones del Mufti, esos árabes habían decidido evitar en adelante los barrios judíos de Jerusalén, cortando así uno de los últimos lazos que unían a las diferentes comunidades de la ciudad. Cada sector tenía ya su propia sociedad de transportes en común: los autobuses azul oscuro de la «Compañía Nacional», para los árabes. Los taxis judíos se negaron, en adelante, a efectuar carreras hacia los barrios árabes, y los taxis árabes, todo viaje a las zonas judías. «Pasar de un lado a otro —anotaba un periodista— es como franquear la frontera entre dos países extranjeros».

Los servicios esenciales: la oficina de Correos, la central telefónica, el hospital gubernamental, el cuartel general de Policía, los estudios de la Radio, la cárcel, todos se hallaban tras las alambradas de púas de la zona británica de Bevingrad.

Numerosas oficinas del Gobierno, inaccesibles a la vez para sus empleados judíos y árabes, debieron cambiar de emplazamiento. Los técnicos judíos no podían trasladarse ya a las instalaciones de la emisora «Radio Palestina», situadas en la ciudad árabe de Ramallah: se les proporcionó otro empleo en Jerusalén. Nassib Hanna, farmacéutica árabe al servicio del Gobierno, debía tomar prestado un coche de la Policía para ir a su despacho en el centro de la ciudad judía.

Para los judíos, el acceso al Palacio de Justicia y al Banco principal, el «Barclay's», en el sector árabe, era cada vez más peligroso. Para los árabes, una visita a las oficinas del Gobierno, situadas en los sectores judíos, era una empresa arriesgada. Los niños comenzaron a tirarse piedras, camino de sus escuelas. Funcionarios árabes y judíos, muchos de los cuales habían trabajado en la misma oficina durante años, se cacheaban mutuamente cada mañana para asegurarse de que no llevaban armas.

El 15 de diciembre, los árabes ofrecieron una demostración del poder que tenían para estrangular a Jerusalén. Volaron las canalizaciones de agua que abastecían la ciudad. Mientras los ingleses las reparaban, la «Agencia Judía» ordenaba una relación de todas las cisternas de los barrios judíos.

El cementerio, último lugar donde los árabes y los judíos descansaban en

armonía, no tardó en ser perturbado a su vez. Los cortejos judíos que acompañaban al Monte de los Olivos los ataúdes de las primeras víctimas de los tiroteos, fueron blanco, bien pronto, de los tiradores árabes.

Al atardecer, las calles se vaciaban rápidamente. Desde el crepúsculo, el centro de la ciudad estaba desierto, y las patrullas de la «Haganah» y los hombres del Mufti tomaban posiciones en la sombra.

Pero éste era el ritual —cumplido cada tarde en la estación de los autocares de la «Compañía Egged», al final de la ciudad— que mejor simbolizaba la vida judía en Jerusalén apenas quince días después del Reparto. Los grupos comenzaban a reunirse antes de la noche, dirigiendo miradas angustiosas hacia la avenida de Jafa y, más allá, hacia el pueblo árabe de Romema y las colinas que señalaban la entrada a Jerusalén. Cuando apareció el primer vehículo del convoy de Tel-Aviv, un escalofrío recorrió la multitud.

Sólo su forma permitía reconocer los autocares de la «Compañía Egged». Los cristales estaban recubiertos por placas de metal, y los bancos interiores habían sido levantados para permitir la instalación, a todo lo largo, de una triple capa de planchas protectoras. Las señales de metralleta y de balas sobre los paneles traseros y laterales indicaban que, desde mediados de diciembre, el viaje de Tel-Aviv a Jerusalén ya no era un paseo. A su llegada, los vehículos eran rodeados por una multitud inquieta que quería conocer el resultado de la siniestra lotería. Los primeros pasajeros que descendían estaban, a menudo, cubiertos de sangre. Sostenidos por los demás viajeros, eran llevados a las ambulancias que aguardaban a cada convoy. Los muertos se sacaban en último lugar. Eran depositados sobre el andén, en espera de ser identificados por el grito patético de un amigo o de un pariente llegado a recibirle.

Se había iniciado la batalla por las carreteras. Aunque todavía esporádicos y desorganizados, los ataques árabes se hicieron lo suficientemente peligrosos como para obligar a la «Haganah» a constituir dos convoyes diarios de Jerusalén a la costa. Con sus planchas blindadas, los autocares pesaban siete toneladas, y, en la larga pendiente de Bab el Ued a Jerusalén, no podían rebasar los quince kilómetros por hora. Raros eran los convoyes que no recibían algunas balas.

Sin duda, los hechos no tardarían en desmentir la hipótesis fundamental del Plan D, y eso era un motivo de angustia aún mayor para la «Haganah». En efecto, el Ejército británico no parecía tener la misma concepción que el Ejército judío sobre la libertad de las vías de comunicación.

Tradicionalmente eran semanas de alegría en Jerusalén aquellas en que los judíos celebraban la *Hanukka*, la fiesta de las Luces, que señalaba el triunfo de la rebelión de los Macabeos contra el tirano Antíoco, y aquellas en que los cristianos de la ciudad preparaban la Navidad. Por la noche, la Jerusalén judía resplandecía con las luces de su *menorahs* cuyos ocho bulbos se iluminaban uno a uno, a medida que

transcurría cada día de la fiesta. Unos corredores se relevaban para llevar las antorchas desde las tumbas de los Macabeos hasta el centro de la ciudad, y se bailaba por doquier, mientras que en cada barrio se preparaban pilas de *latkes* humeantes y pasteles de manzana.

Este año, Jerusalén estaba a oscuras en la fiesta de las Luces, y nadie bailaba en las calles desiertas. Todas las ceremonias habían sido anuladas. En sus alojamientos, al abrigo de la noche hostil, muchos judíos esperaban aprovechar, a su vez, los antiguos beneficios glorificados por la oración recitada cada noche de la fiesta, al encender una a una las luces de sus *menorahs*.

«¡Oh Dios, encendemos estas luces para celebrar las magníficas victorias y la maravillosa liberación con que colmaste a nuestros antepasados!».

Era el viaje más corto. Sólo duraba cinco minutos. Pero los ochocientos metros recorridos por el autobús número 2 de Jerusalén constituían el trayecto más peligroso para los judíos de Palestina. Partiendo de la ciudad nueva, franqueaba las murallas por la puerta de Jafa y descendía, a lo largo del barrio armenio, hasta una callejuela situada en el centro de la colonia judía más antigua de Palestina: el barrio de la ciudad vieja. Éste era el único lazo entre ese barrio y la nueva Jerusalén. Y también el más frágil: cada metro de su recorrido se hallaba a merced de los árabes.

El barrio judío estaba situado en la extremidad sudoeste de la ciudad vieja, sobre una pendiente que descendía del monte Sión hacia la explanada del Templo. Su frontera sur estaba constituida por la vieja muralla, entre las puertas de Sión y de Dung. Al Oeste vivía una colonia de familias árabes del Maghreb. Al Norte se extendía el barrio musulmán. Dos veces menos extenso que la parisiense plaza de la Concordia, albergaba entonces, como mínimo, dos mil personas, o sea, la décima parte de la población total de la ciudad vieja.

Hacía ya casi veinte siglos que eruditos y religiosos vivían en la pendiente de esta suave colina. En el transcurso de los siglos habían edificado en memoria de su nación dispersada y de la fe que la sostenía, las veintisiete sinagogas que dominaban el barrio. Ora hundidas en el subsuelo, «porque las profundidades conducen hacia Dios», ora edificadas sobre una prominencia, «porque un templo de oración sólo puede estar en lo más alto de la ciudad», estas sinagogas eran los sólidos núcleos en torno a los cuales se ordenaba todo.

En un rincón polvoriento de la sinagoga de Elie Hanavi, un sillón ruinoso aguardaba el regreso del profeta Elíseo. Al lado, bajo la cúpula de la sinagoga Ben Zakai, se encontraba el *shofar* con el que anunciarían la liberación de su pueblo, y la tinaja de aceite santo con el que se encendería la lámpara del templo reconstruido. En la sinagoga de Estambul se conservaban textos sagrados. Una vez al año, treinta fieles salían en procesión para enterrar, simbólicamente, estas reliquias, a fin de obtener un año de lluvia para las cosechas de Palestina. La sinagoga Hurva era la más bella de

todas. Su magnífica cúpula, decorada con los Diez Mandamientos, albergaba las banderas de la «Brigada Judía» que había participado en el primer conflicto mundial.

En la ciudad vieja, las relaciones entre árabes y judíos siempre habían sido inmejorables. La mayor parte de las construcciones del barrio judío pertenecían a los árabes, y uno de los espectáculos más familiares era la vuelta del cobrador árabe de alquileres, deteniéndose de casa en casa para recibir su deuda y beber la taza de café ritual. Aquí, el respeto tradicional del Islam por los religiosos se extendió naturalmente, a los eruditos del barrio, enterrados en sus *yeshivas*. En cuanto a los artesanos y comerciantes que intentaban vivir de sus minúsculos tenduchos o de la habilidad de sus dedos, estaban unidos a sus vecinos árabes con el lazo más natural de todos: la pobreza.

El viernes por la noche, jóvenes árabes se reunían en el domicilio de sus vecinos judíos para encender en su lugar las lámparas de aceite que un judío no podía tocar durante el sábado. Numerosos judíos y árabes se acordaban de los regalos que tradicional-mente, en época de fiestas, se intercambiaban sus comunidades. En la *sukkoth*, la fiesta de las «cabañas», los judíos ofrecían a sus vecinos platos de almendras peladas, y los árabes llevaban a los judíos las ofrendas de pan y miel para celebrar el fin de la Pascua.

Entre los judíos tradicionales de la ciudad vieja y los grupos sionistas de la ciudad moderna, las relaciones eran, a menudo, tirantes; ello explicaba la débil implantación local de la «Haganah». La noche del Reparto, la «Haganah» contaba exactamente con dieciocho hombres en este barrio, alrededor del cual los árabes podían movilizar varios miles de combatientes.

Un experto en armamento enviado al lugar para establecer una relación de las necesidades, regresó con una lista desconcertante. La totalidad del arsenal del barrio consistía en dieciséis fusiles, de los que catorce estaban en condiciones; veinticinco pistolas y tres metralletas: Israel Amir, el jefe de la «Haganah», sabía que los árabes podían bloquear en cualquier momento la ruta del autobús número 2 y cerrar así su único lazo con la ciudad vieja. Decidió aprovecharse de que aún estaba abierta para hacer entrar todos los hombres y armas de que podía privarse su guarnición.

Bajo el impulso de los acontecimientos, el instinto que había empujado a los árabes y a los judíos de la ciudad vieja los unos hacia los otros, iba ahora a separarlos. Los amigos dejaron de hablarse. El grupo de árabes que vivía en el barrio judío, se fue de él. Un panadero partió abandonando una hornada de pan. Estallaron las primeras escaramuzas.

El joven Nadi Dai'es era uno de los árabes que habitaban el barrio judío. Su familia no había tenido siempre más que buenas relaciones con sus vecinos, con los que intercambiaban el pan de las fiestas. Pero durante los días que siguieron al Reparto —recordaba—, «nuestros sentimientos estaban como electrizados, y

empezamos a comprender y a creer que cada judío era un enemigo que quería tomar nuestras vidas y nuestro país».

Nadi fue también a comprarse una pistola en los *suks*. Una noche de diciembre, estalló un tiroteo en el vecindario. El joven corrió a la ventana y descargó su revólver. Oyó entonces, saliendo de las tinieblas, un grito patético procedente del otro lado de la callejuela. Reconoció la voz de la anciana judía a la que durante diez años había encendido las velas del sábado.

—¡No tire! ¡No tire! —suplicaba la anciana—. ¿No somos vecinos desde hace mucho tiempo?

En Jerusalén, como en toda Palestina, la estrategia de la «Haganah» había sido fijada por David Ben Gurion. Era sencilla: lo que tenían los judíos, debía ser conservado. Ningún judío debía abandonar, sin autorización, su domicilio, su granja, su kibbutz o su trabajo. Cada avanzadilla, cada colonia, cada aldea, cualquiera que fuese su aislamiento, debía ser ocupada como si se tratara del mismo Tel-Aviv.

A despecho de las instrucciones de Israel Amir, la población judía de Jerusalén comenzó a abandonar los barrios mixtos donde constituían una minoría. El mejor medio de poner fin a este éxodo —decidió entonces Amir— era el de expulsar a los árabes de estos barrios. Al mismo tiempo, decidió expulsarlo de los pequeños enclaves árabes incrustados en los sectores judíos.

En primer lugar, lanzó una campaña de intimidación. Sus hombres se deslizaban, por la noche, en las zonas elegidas, y llenaban las puertas y paredes de las casas árabes con carteles amenazadores. Fueron colocadas octavillas en los parabrisas de los coches para recomendar a sus propietarios que huyeran «en interés de su propia seguridad». Amenazas anónimas por teléfono fueron dirigidas a los responsables árabes de cada barrio. Ruth Givton, una secretaria de la «Agencia Judía», recibió la misión de asustar a Katy Antonious, la gran dama árabe que había recibido al «todo Jerusalén». Pero Katy era tan locuaz, que su línea telefónica estaba perpetuamente ocupada.

Estas maniobras sólo tuvieron un éxito relativo. Así, Amir hubo de cambiar de método. Comandos de la «Haganah» iban, por la noche, a sembrar la inseguridad, cortando las líneas telefónicas y eléctricas, arrojando granadas a la calzada y disparando al aire. En Sheij Badr, estas incursiones se sucedieron noche tras noche. Finalmente, una mañana, los hombres de Amir advirtieron que los árabes del barrio empaquetaban sus cosas y se iban.

Casi en el mismo momento, los guerrilleros de Abdel Kader Husseini pasaron a la acción. También ellos intentaron, al principio, intimidar. Su primer objetivo fue una casa judía del barrio de Sanhedria ocupada por la «Haganah». Para este ataque llegaron de Hebrón, en un camión, ciento veinte partisanos. Bajo una lluvia

torrencial, se aproximaron hasta doscientos metros de la casa. Después, Abdel Kader dio la señal de carga disparando un tiro, detonación simbólica que indicaba, aquella noche, el inicio oficial de las hostilidades. Los árabes dispararon durante un cuarto de hora, hasta la aparición de una autoametralladora británica. Entonces se replegaron llevándose a su primer herido: un voluntario mordido por una serpiente.

—¡Atacan! —gritó el conductor.

A este grito, el judío Elie Greenberg, superviviente checo de Dachau, lanzó una ojeada entre las placas de metal que cubrían los cristales del autobús. Afuera, ante la puerta de Jafa, Greenberg vio a varios grupos de árabes vociferantes que cerraban el camino al autobús. Casi en el mismo instante oyó gritar al chófer:

—¡Los cerdos nos han abandonado!

El coche blindado inglés que debía escoltar al autobús número 2 a través de la ciudad vieja, acababa de volverse atrás. Afortunadamente para los viajeros, Greenberg y otros diez jóvenes eran miembros de la «Haganah». Greenberg se levantó e hizo saltar la tapadera de una boca de ventilación.

—¡Rápido, una granada! —gritó.

Arrojó el proyectil sobre la multitud que se aproximaba. Aprovechando el pánico que siguió a la explosión, el chófer, acelerando su vehículo, franqueó la puerta, corrió a lo largo de la ciudadela de Solimán y descendió a través del barrio armenio hacia la calle de los judíos.

Más tarde, a la caída de la noche, se condujo a Greenberg y a sus hombres, por las negras e inquietantes callejuelas, hacia los puestos de guardia instalados en la periferia del barrio. Allá, Greenberg fue encargado de ocupar un fortín de sacos terreros sobre el tejado de la sinagoga de Varsovia. Un oficial le alargó un enorme revólver y una cinta de balas.

—La contraseña para pasar es *Judith* —le murmuró.

Después le mostró la zona de tinieblas situada por debajo de su posición.

—Están allá —añadió el oficial.

Greenberg se pegó a los sacos terreros, como confundiéndose en su sombra. Treinta meses antes lo encontró un soldado americano en Dachau, convertido en un esqueleto agonizante; de nuevo percibía la ronda de la muerte, y la afrontaba esta vez para defender un país del que no conocía casi nada, un país que se había convertido en el suyo por accidente. Escudriñando la incierta línea de tejados, Greenberg sintió renacer en él un extraño recuerdo. Era una cita bíblica que había aprendido en su infancia, en Praga. «Sobre tus murallas, Jerusalén, he apostado un centinela».

Greenberg no era más que uno de los numerosos centinelas colocados por Israel Amir en la ciudad vieja. Gracias a la venalidad de algunos guardias británicos, casi una cincuentena de hombres habían sido enviados en dos autobuses y tres taxis. Falsos estudiantes, obreros y pensionistas de las *yeshivas* llegaban también con el

autobús número 2. Todos los recursos eran buenos. Moshe Russnak hizo el viaje en ambulancia, vestido de médico y escoltado por dos vehículos blindados británicos. A mediados de diciembre, la «Haganah» había logrado introducir así ciento veinte hombres.

Entre estos voluntarios reinaba una atmósfera muy particular. La mayoría eran miembros de la reserva del «Palmach» de Jerusalén, compuesta, en su casi totalidad, por estudiantes de la Universidad hebrea. Esperaban compartir su vida entre la ciudad vieja y la Universidad. Una semana aquí, otra allí. Al principio, sus relaciones con los venerables rabinos del barrio fueron amistosas. Éstos concedieron a los hombres de la «Haganah» el privilegio de utilizar sus *mikveh,* los baños religiosos dependientes de sus sinagogas. La alimentación era racionada, pero suficiente. En el «Café de Europa», único que existía, se reunían para tomar las dos especialidades que se servían: café turco y una especie de budín gelatinoso de color amarillo.

Las sinagogas, a causa de su altura y sus emplazamientos estratégicos, se convirtieron en los baluartes de las posiciones judías. Construidas sobre una elevación, la sinagoga de Varsovia y la de Nissan Bek, con su cúpula, ofrecida en 1870 por el emperador Francisco José, dominaban toda la ciudad vieja. En esta última, doscientos rollos de pergamino y antiguos textos del Talmud servían como sacos terreros. Una puerta vieja suspendida bajo la cúpula sirvió de plataforma para un vigía. Temblando de frío, envuelto en una manta, aguardaba sobre este frágil observatorio, con una pistola en la mano y su libro de estudios en la otra. Más abajo, sus condiscípulos de la *yeshiva* recitaban salmos.

Una muchedumbre de recién llegados se distribuyó también por la ciudad árabe: partisanos del Mufti reclutados en los campos, voluntarios de Irak, de Siria y de Transjordania, inflamados todos por una pasión hacia Jerusalén no menos ferviente que la que inspiraba a los hombres de la «Haganah». Con su llegada se hicieron más corrientes los tiroteos nocturnos entre las avanzadillas. Pronto, estos ruidosos intercambios atrajeron hacia las murallas de la ciudad vieja una tercera oleada de extranjeros: los soldados con la falda verde de uno de los más antiguos regimientos británicos: el del «Highland Light Infantry».

Una fría mañana de diciembre, algunos hombres tomaron el camino del Monte de los Olivos. Se detuvieron al borde de una fosa recién cavada y descendieron lentamente un cuerpo a la tierra. Caído en la defensa de la ciudad vieja, era la primera víctima del nuevo combate del pueblo judío por Jerusalén.

Cuando el árabe Gaby Deeb vio al personaje que entraba en su despacho, tuvo un sobresalto. El visitante parecía salir de un grabado oriental del siglo XIX. Un bigote brillante de puntas retorcidas, le daba un aire feroz. Vestía una túnica siria negra, abotonada hasta la barbilla, amplios calzones y turbante blanco. Sobre su pecho se cruzaban dos brillantes cartucheras, y de su cintura pendían dos enormes fundas de

pistola y un puñal de oro cincelado. Atado a su espalda, un gran tubo oscuro, que podía confundirse con un tubo de estufa.

A los sesenta años, este árabe había recorrido, solo y a pie, la larga carretera procedente de Alepo, en el norte de Siria, para participar —como explicó a Deeb en un rebuscado árabe— en «la cruzada por El Kuds, la Ciudad Santa». Y ahora ardía en deseos de realizar alguna acción sonada que justificara este peregrinaje. Algunas horas más tarde, Deeb condujo al viejo sirio hasta los límites del barrio judío de Mekor Hayim y le señaló un depósito de agua utilizado frecuentemente por los tiradores de la «Haganah».

—Voy a destruirlo con el mortero que llevo a la espalda —anunció el anciano.

Y, bajo la estupefacta mirada de Deeb, deslizó el mortero hasta el suelo. Era un viejo mortero francés de la Primera Guerra Mundial, con sistema de fuego por mecha y mantenido en su lugar mediante tensores, que el sirio ya comenzaba a sujetar al suelo mediante estaquillas.

—¡Prepárese! —ordenó el anciano con una voz tan fuerte, que Deeb se preguntó si también irían a prepararse todos los judíos de Mekor Hayim.

Se tumbó en el suelo boca abajo.

Un trueno estremeció el suelo. El viejo y su mortero desaparecieron en una enorme nube de humo negro. Deeb escrutó las tinieblas con la esperanza de ver la estela de un obús cayendo hacia la torre del depósito de agua. Pero no vio nada. Pasaron algunos segundos. El estrellado cielo de Jerusalén permanecía desesperadamente vacío, y el depósito de agua, plantado como un reto por encima de los tejados. Finalmente, se disipó la nube de humo negro. Deeb se levantó. No quedaba nada alrededor de él. Mezclados en una misma lluvia de carne y metal, los restos del viejo sirio y de su mortero estaban desparramados por el suelo de la ciudad que había venido a defender.

El envoltorio azul y blanco del jabón «Lux» estaba exactamente donde debía estar: en la baldosa izquierda de la ventana más baja. Era la señal convenida. El judío Uri Cohen sabía que podía entrar en la barraca. Los demás ya estaban allí. Éstos no conocían a Cohen más que por su seudónimo: *Shamir*. Eran miembros de una célula del «Irgún Zwai Leuimi», una organización clandestina judía odiada por los ingleses, temida por los árabes y desaprobada por una buena mayoría de la comunidad judía. Discípulos de un sionista fanático llamado Vladimir Jabotinsky, acariciaban el sueño de un Estado judío extendido desde Acra a Ammán y del monte Hermón al canal de Suez. Cuando Churchill creó el emirato de Transjordania, mutiló —en su opinión— la promesa de Balfour. Reclamaban todo el territorio que antiguamente perteneció al reino bíblico de Israel. Y este territorio lo deseaban, si fuera posible, desembarazado de sus habitantes árabes.

Mientras que la «Agencia Judía», que representaba a la mayoría de la comunidad

israelita de Palestina, había perseguido sus objetivos mediante una política de pacientes negociaciones, los miembros del «Irgún» y de una de sus ramas, el grupo «Stern», habían recurrido siempre a las armas, matando y sembrando el terror para alcanzar sus fines. Su emblema era una mano empuñando un fusil, con la divisa: «Solamente por esto». El cumplimiento de este juramento había sido ya pagado con la sangre de más de trescientas víctimas, inocentes en su mayoría, como los noventa árabes, judíos e ingleses asesinados en el curso de la más memorable hazaña de la organización: la destrucción de un ala del «Hotel Rey David» de Jerusalén, el 22 de julio de 1946.

Los terroristas del «Irgún» habían escandalizado al mundo y horrorizado a sus compatriotas por el ahorcamiento de dos sargentos británicos, cuyos cadáveres destrozaron a continuación para vengar a uno de los suyos. Estos excesos habían provocado el antisemitismo de ciertos militares británicos, pero tuvieron, además, otras consecuencias. Habían incitado a la opinión pública inglesa a criticar el papel desempeñado por Gran Bretaña en Palestina, actitud que pesó en la decisión final de partida tomada por Clement Attlee.

Para el «Irgún», el reparto de Palestina tan celebrado por el resto de la comunidad judía, era una mutilación inaceptable del territorio que reclamaban. Por encima de todo, el «Irgún» condenaba la internacionalización de Jerusalén, «esta ciudad que fue y será siempre —proclamaba— nuestra capital». Poco antes de la votación, Menachem Begin, el hombrecillo de aspecto tímido que dirigía el «Irgún», había prevenido a sus lugartenientes, durante la reunión secreta, que «Jerusalén tenía prioridad sobre cualquier otro sector durante los próximos meses». Debían, con su acción *in situ*, destruir, toda esperanza de internacionalización de la ciudad. De la misma forma que habían salpicado Palestina de sangre inglesa en su lucha por un Estado judío, ahora iban a salpicar Jerusalén de sangre árabe, en su lucha por una capital judía. Para alcanzar este objetivo poseían junto con sus asociados del grupo «Stern», un precioso triunfo, un explosivo de fabricación local semejante al polvo de aluminio utilizado en pintura. «Mientras la "Agencia Judía" charlaba —se vanagloriaba más tarde uno de los jefes del "Irgún"—, nosotros introducíamos clandestinamente los explosivos en Jerusalén».

La primera utilización de estos explosivos tuvo lugar en dos arrabales árabes del lado oeste de la ciudad: Lifta y Romema, cuyos habitantes eran sospechosos de transmitir informaciones sobre los movimientos de los convoyes judíos hacia Jerusalén. El 13 de diciembre, uno de sus comandos arrojó dos bombas sobre la multitud árabe que se encontraba en la puerta de Damasco, matando a seis personas e hiriendo a unas cuarenta.

Los ocho miembros de la célula de Uri Cohen, reunidos en su barraca del barrio yemení, eran representativos del reclutamiento de la organización, lino de ellos,

hombre de cierta edad, vendía rosas, en un coche de niños, en la calle Ben Yehudá. El ejercicio de este oficio le permitía, al mismo tiempo, recoger las informaciones que precisaba la organización. Otro era un campesino yemení que apenas sabía leer y escribir. Un tercero —el miembro más fanático del grupo— era un judío polaco ortodoxo de Mea Shearim.

Uri Cohen ingresó en el «Irgún» porque quería encontrarse «allá donde sucediera algo». Alto como un *avant* de rugby y musculoso como un luchador de feria, casi toda su vida había satisfecho su necesidad de acción en el terreno deportivo. Esta misma razón debía impulsarlo, a los dieciocho años, a enrolarse en la RAF. Pero ni siquiera en las filas del «Irgún» estaba satisfecho. «La "Haganah" no hace nada —suspiraba a menudo—, y ahora nosotros no hacemos mucho más».

Sin embargo, para Uri Cohen, la reunión de aquella noche no se parecía a ninguna otra. El jefe de su célula le comunicó que había sido designado para ser sometido a una preparación especial que debía, finalmente, hacerlo apto para desarrollar la acción que reclamaba desde hacia tanto tiempo.

Era un ritual tan invariable como su lectura cotidiana de un versículo de la Biblia. Cada viernes al mediodía, el capellán general de las Fuerzas Armadas británicas recibía, de manos de un oficial del Estado Mayor, uno de los veinte ejemplares de un documento secreto titulado *Orden de batalla y de estacionamiento de las tropas*, que indicaba, en una media docena de páginas, el emplazamiento exacto y los eventuales movimientos, durante la semana, de todas las unidades británicas en el Cercano Oriente.

Tras haberse enterado debidamente, el capellán guardó el documento en su caja fuerte y bajó a desayunar a la mesa de los oficiales del «Hotel Rey David». Antes de su regreso, una hora más tarde, un microfilme del documento estaba en manos del servicio secreto de la «Haganah».

Esta labor, realizada por un secretario del Estado Mayor, era una de las primeras proezas de un servicio de información cuyos éxitos debían un día asombrar al mundo.

Conscientes de su inferioridad numérica, los judíos sabían que no eran las tácticas primitivas del terrorismo las que iban a salvarlo. Mucho antes de que el «Irgún» arrojara su primera bomba a una multitud árabe, la «Haganah» había decidido movilizar los múltiples recursos de la comunidad judía, al servicio de las sutiles tareas de la guerra de la información.

El jefe de la red de Jerusalén era un físico de veintiséis años, de origen alemán, llamado Shalheveth Freir. Su paso por el Ejército británico le permitió conocer todas las fisuras. En Italia, disfrazado de comandante o coronel inglés, montó espectaculares operaciones para hacer salir varios barcos de emigrantes hacia Palestina, en las mismas barbas de los británicos. Ahora, en la sala del oscuro «Instituto de Asuntos Sociales», de la calle Bezalel, en Jerusalén, dirigía a una

veintena de agentes infiltrados en todos los servicios de la Administración civil y militar del Mandato. Incluso él mismo, gracias a una secretaria armenia, logró penetrar en el despacho del Alto Comisario.

El secreto de los éxitos judíos residía en el espionaje y en la diversidad de los individuos utilizados para el mismo. Con su poblado bigote, sus ojos vivos y penetrantes, sus atuendos de *tweed* y su perfecto acento de Oxford, Vivian Herzog, de veintiséis años, podía pasar en cualquier lugar por un joven británico de paisano. Nacido en Dublín, hijo del Gran Rabino de Palestina, Herzog era oficialmente el enlace entre la «Haganah» y el Ejército británico. En realidad, su verdadera misión consistía en crear una red de información reclutando oficiales projudíos colocados en lugares importantes. Las extraordinarias proezas realizadas por Herzog apenas eran sorprendentes. Sirvió como oficial en la más británica de las unidades, los «Guards», y su preparación para las misiones de la «Haganah» la había realizado cuando se ocupó durante un año y medio con el grado de capitán, de los servicios secretos del Ejército de Su Majestad.

Herman Josef Mayer, hijo primogénito del librero más respetable de Jerusalén, pasó la guerra con unos auriculares en las orejas. Alemán de origen, Mayer sirvió en una unidad de radioescucha que, desde El-Alamein hasta Monte Cassino, había interceptado, por cuenta de la RAF, las conversaciones de los pilotos de la Luftwaffe. Ahora, en el sótano de la casa de su padre, en el número 33 de la calle Ramban, Mayer estaba trabajando de nuevo. Pero ahora, las voces que espiaban eran las de los ingleses. Con una docena de muchachas de origen británico, canadiense o americano, Mayer llevaba adelante una misión del servicio secreto de la «Haganah», bautizada con el nombre de «Arnavel» (el Conejo).

El «Conejo» funcionaba las veinticuatro horas del día. Su estación de escucha, localizada especialmente en la longitud de onda de 58,2 metros, indicaba permanentemente a Mayer la temperatura de Jerusalén. Era la longitud de onda de la Policía británica.

Con el tiempo, estos servicios alcanzarían una amplitud impresionante. Sin embargo, el cúmulo de informes que afluían al PM central era ya considerable. Comprendía el informe semanal británico, la mayor parte de las cartas intercambiadas entre Sir Alan Cunningham y sus superiores de Londres, las órdenes y las instrucciones dirigidas a los comandantes subordinados de Palestina, así como el análisis periódico del Ejército inglés sobre él estado de los preparativos judíos y árabes.

Más importante aún para el futuro era la infiltración de los agentes judíos en las filas árabes. Menos de quince días después de cada reunión de la Liga Árabe, una copia de los debates y de las resoluciones finales estaba en manos de la «Haganah» judía de Jerusalén. Un informador comprado se hallaba incluso en el Cuartel General

de Hadj Amin Husseini en El Cairo.

En un sótano severamente custodiado del edificio de la «Agencia Judía», Isaac Navon daba forma a lo que se convertiría en la más preciosa de todas las fuentes de información. Las dos habitaciones que ocupaba estaban unidas, mediante un cable especial, a la Central Telefónica de Jerusalén. Los técnicos de las PTT, casi todos judíos, interceptaban las líneas telefónicas de las principales personalidades árabes y británicas, así como las líneas internacionales entre Palestina y Europa y los demás países del Cercano Oriente. Pronto, en su escondrijo subterráneo, Navon dispondría de equipos que interceptarían noche y día las conversaciones telefónicas.

Paralelamente a esta guerra secreta, las dos partes comenzaron a entregarse a una guerra de propaganda a base de emisiones radiofónicas clandestinas. La Radio árabe «Voz de la Revolución» estaba en antena cada noche, a las siete, con su pequeño emisor, escondido bajo una pila de alfombras, en la camioneta de un comerciante de alfombras armenio.

El emisor de la «Haganah» estaba disimulado en un apartamento particular. Para burlar la detección británica, este último se hallaba situado en un barrio sin electricidad. La corriente era suministrada por un cable pasado de casa en casa desde un hospital. Para no llamar la atención sobre su destino, la «Haganah» había pedido discretamente, a todas las amas de casa del barrio, que colgaran su colada del cable.

9

EL PAPÁ NOEL DE LA «HAGANAH»

La nieve se amontonaba en los tejados y remataba con acolchadas coronas las murallas de la ciudad vieja. Y, por encima, allá arriba, la estrella que 1947 años antes había conducido a los pastores de Judea y a los Reyes Magos hacia el establo de Belén, titilaba como un taro en el cielo de invierno. Envuelta en su manto de nieve, Jerusalén se preparaba para celebrar la Navidad más incierta de su historia. Raramente la paz había parecido tan lejana, y los hombres de buena voluntad, tan poco numerosos como en esta Jerusalén de 1947. Por lo regular, mientras diciembre avanzaba hacia la Navidad, el ruido de los disparos rompían la tranquilidad de la ciudad, y las escaramuzas crecían cada día en intensidad y frecuencia. Antes de fin de año cobrarían numerosas víctimas: ciento setenta y cinco árabes, ciento cincuenta judíos y quince soldados británicos.

Árabes y judíos rivalizaban en ferocidad mutua para alimentar estas estadísticas. Como respuesta a los árabes que disparaban desde lo alto de las murallas sobre el barrio judío de Yemin Moshe, Mishka Rabinovich colocó un fusil ametrallador, en batería, en la ventana de un edificio de la avenida del Rey Jorge V. Desde esta ventana disponía de un ángulo de tiro que dominaba la principal encrucijada árabe que conducía a la puerta de Jafa. Tras haber confiado el fusil ametrallador a su novia, Dina, Rabinovich se subió al tejado provisto de unos prismáticos. Al primer disparo árabe desde las murallas, ordenó a Dina abrir fuego. La joven apretó el gatillo hasta vaciar un cargador entero. De la multitud cayeron una media docena de personas. Algunos minutos más tarde, con su fusil ametrallador desmontado y oculto, Rabinovich y Dina abandonaban el edificio cogidos del brazo como dos enamorados. [6]

Gershon Avner, el joven funcionario que comunicó a Ben Gurion la noticia del Reparto, vio matar, ante sus ojos, a dos soldados británicos en una calle de la Jerusalén judía llena de gente. Un judío fue asesinado en los *suks* de la ciudad vieja: algunas horas más tarde se encontró su cadáver, metido en un saco de yute, en la puerta de Damasco. Nuria Alima, vendedor de periódicos judío medio paralítico, verdadera institución en Jerusalén, fue asesinado por un árabe que acababa de comprarle un periódico. Robert Stern, célebre editorialista, de origen inglés, del *Palestina Post*, fue abatido ante la Oficina de Prensa. En el último artículo que acababa de escribir, Stern había compuesto, sin quererlo, su propio epitafio: «Si muero —decía—, antes que un monumento a mi memoria preferiría colectas para el

mantenimiento de los animales del zoológico de Jerusalén». Al día siguiente, mientras las primeras entregas afluían al zoo, los árabes ametrallaban el cortejo fúnebre del periodista.

Fuera de las puertas de la ciudad, sobre esta misma carretera de Belén que había visto pasar al carpintero de Nazaret y a su esposa, los tiradores árabes tendieron una emboscada a un convoy judío, matando a diez viajeros y mutilando a continuación sus cuerpos.

Ni aun la vigilia de Navidad fue respetada por los disparos. Atravesando en coche el barrio judío de Mekor Hayim, el árabe cristiano Samy Abussuan, que venía de tocar el violín en el concierto de Navidad de «Radio Palestina», se vio envuelto en una lluvia de balas. Cuando alcanzó la escalinata del «Hotel Semíramis», su automóvil estaba lleno de impactos. Abussuan había conducido a su familia a este modesto hotel, propiedad de su tío, algunas horas después del incendio del Centro Comercial. Con sus tres pisos cubiertos de enredaderas, esta casa era tan discreta que le había parecido el reducto más seguro de Jerusalén.

En el interior, calentado por un gran fuego que crepitaba en la chimenea, un ambiente alegre contrastaba con las calles desiertas y siniestras que el árabe acababa de atravesar. Su familia, según la tradición cristiana, había instalado un enorme árbol de Navidad en el salón del hotel, decorado con guirnaldas y bolas centelleantes. A medianoche, todos los Abussuan debían ir en procesión hasta la vecina capilla de Santa Teresa, para oír la Misa del Gallo. Durante el camino entonarían en la noche los viejos cánticos que celebraban el nacimiento de un Salvador en un establo situado sólo a algunos kilómetros del hotel donde estaban refugiados. Regresarían a continuación para la tradicional cena alrededor de la gran mesa, deslumbrante de porcelana y plata. Como tenía por costumbre en cada Navidad, la madre de Samy había preparado para esta fiesta uno de sus platos preferidos: *karshat*, tripas rellenas de arroz, ajos y habas.

Poco antes de las once se produjo una sorprendente aparición al pie de la escalera. Tocado con un bicornio de plumas, una capa sobre los hombros y un sable colgado en el cinturón de un uniforme de gala de terciopelo negro bordado en oro, apareció el único cliente de postín del «Hotel Semíramis». Manuel Allende Salazar, vicecónsul de España, iba a representar a su país en la misa solemne de medianoche celebrada cada año, ante el Cuerpo Diplomático y las autoridades del Mandato, en la basílica de la Natividad, en Belén.

Ante las miradas sorprendidas e hilarantes de los demás huéspedes del establecimiento, el joven diplomático español volteó su capa, desenvainó su sable y se perfiló ante la imaginaria silueta de un toro:

—¡Cómo *Manolete* la tarde de su muerte! —exclamó.

Y, dando una súbita vuelta, desapareció en la noche.

Algunos días más tarde, un eco trágico respondería a las risas que estallaron detrás de él.

Con sus faros iluminados las pendientes cubiertas de nieve, una autoametralladora británica guiaba la columna de vehículos a través de las colinas. Rígido en su uniforme de diplomático, el representante de una nación que, después de muchas otras, se había mostrado incapaz de hacer reinar la paz en esta parcela del Globo, se abandonaba a la melancolía de sus recuerdos. Fue una nevosa noche de diciembre parecida a aquella, treinta años antes, en que el inglés James H. Pallock, prefecto de Jerusalén, vio por vez primera los tejados de Belén. Joven teniente en la vanguardia del ejército de Allenby, se hallaba entonces en el umbral de su vida y de su carrera. Desde aquella primera noche hasta ésta, ni la una ni la otra habían dejado de estar asociadas a Palestina. Ahora, Pollock pensaba con tristeza que él sería el último inglés en representar a su país en la misa de medianoche celebrada en Belén.

Cuando monseñor Vincent Gélat entró en la basílica de la Natividad a la cabeza de la procesión de prelados, las notas del *Gloria* estallaron entre aquella asistencia, abigarrada de galones, de diplomáticos y peregrinos. En ese instante, todas las campanas de Belén anunciaron una vez más el nacimiento del Mesías. Pero aquel año, sólo un puñado de fieles aguardaban en la plaza de los Pastores, delante de la iglesia, para responder, mediante villancicos, a la llamada de las campanas.

Michel Maluf, árabe cristiano, médico jefe de los hospitales psiquiátricos de Palestina, se levantó al oír el carillón en su casa, a algunas calles de distancia. La vigilia de Navidad era, por costumbre, una alegre fiesta en casa de los Maluf. Decenas de amigos iban a saborear los platos árabes que Berthe Maluf esparcía por todas las mesas. Durante la cena escuchaban las melodías procedentes de la plaza de los Pastores, y después, a la llamada de las campanas, se dirigían, también cantando, hacia la basílica.

Pero aquel año, «la tristeza pesaba sobre la ciudad» y no había ni cena ni fiesta en el hogar de los Maluf. Berthe y Michel habían pasado la tarde jugando al bridge con dos amigos. El único sonido que les había llegado aquella noche fueron las voces de algunos soldados británicos que andaban de francachela.

Cuando los vagos sonidos de los carillones entraron en su salón, el doctor Maluf estrechó la mano de sus amigos y les expresó el voto tradicional de la cortesía árabe: «Que puedan todas vuestras fiestas encontraros en buena salud». Después abrazó a su esposa, y los dos acompañaron a sus amigos hasta la puerta. Juntos, uno al lado del otro, los vieron alejarse por las negras calles cubiertas de nieve. Procedentes del centro de Belén oyeron de nuevo los gritos y cánticos de los soldados británicos, ahora, resonando a través de la noche. «En las casas —pensaba Berthe Maluf al escuchar aquellas voces— ya no hay alegría».

A cuatro mil kilómetros de allá, cerca del puerto de Amberes, un hombrecillo sonriente vestido con impermeable negro, descendió de un «Buick» de alquiler, con los brazos cargados de botellas. Haciendo un ademán con la cabeza, el judío Xiel Federman indicó al solitario guardián del establecimiento que el regalo era para él. Asombrado por aquella inesperada generosidad, el guardián abrió el portal y le hizo al visitante una señal para que pasara. Federman le dirigió un «Feliz Navidad», depositó su paquete en el suelo y se frotó las manos pensando en la tarea que le esperaba.

En la mañana de aquel 25 de diciembre estaba a punto de convertirse en el Papá Noel de la «Haganah». Ante él se extendía el más fantástico almacén de saldos existentes en el mundo en 1947. Distribuida en más de una docena de depósitos se encontraba una cantidad de pertrechos de guerra suficientes para todo un ejército. Cuidadosamente alineados se sucedían centenares de *half-tracks*, ambulancias, camiones-cisternas, remolques, *bulldozers*, jeeps, transportes de municiones. Había tiendas de campaña de todos los tamaños —algunas podían albergar a cien hombres —, un océano de cascos, kilómetros de hilos, de cables, de cañones, millares de radios, teléfonos de campaña, *walkies-talkies*, generadores. Había vagones de cartucheras, calzoncillos, calcetines, borceguíes, jerseys, mochilas, lámparas de bolsillo, botiquines de socorro, productos profilácticos; en pocas palabras, un tesoro inagotable que podían equipar a la mitad de los judíos del mundo. Un tesoro que nunca, antes de su salida para Europa, había pensado Federman en descubrir.

Federman era una excepción en la comunidad judía de Palestina. Rico ya a los veintitrés años, mejor que una simple contribución financiera, puso su genio comercial al servicio del ejército judío clandestino. Mientras Ehud Avriel había ido a Europa a comprar las armas y municiones, Federman fue encargado de adquirir el resto del equipo y del material necesario para poner inmediatamente en pie de guerra a un ejército de dieciséis mil hombres.

Ninguna misión podía convenirle mejor. Emigrado de Alemania en 1940, Federman abrió, cerca del puerto de Haifa, un café, que se convirtió rápidamente en el punto de cita de los marinos británicos. Sólo tenía dieciséis años, pero rápidamente empezó a tratar con sus clientes, «bajo el mostrador», de negocios que nada tenía que ver con sus simples refrescos. Haciendo su biblia del *Manual militar de equipo e intendencia,* se convirtió en seguida en el primer proveedor del Ejército y la Armada de Su Majestad. Raro era el producto por excéntrico que fuese, que Federman no estuviese en condiciones de proporcionar a sus clientes, de una manera u otra.

Su éxito mayor consistió en proveer a la Royal Navy de cien mil gorras de marino en un tiempo récord. En ninguna parte, en todo el Cercano Oriente había una prensa capaz de dar a estos sombreros su característica forma achatada. Federman descubrió en los arrabales de Tel-Aviv un viejo sombrerero polaco cuya especialidad era la

confección de los *stramiel*, esos sombreros redondos que llevan los judíos ortodoxos de Polonia la noche del *Sabbat*. El viejo artesano reunió a sus colegas escapados de los ghettos de Polonia, y pronto, los dedos que antes habían fabricado los *stramiel* de una generación de judíos, produjeron las gorras de los marinos de Su Majestad.

Algunos meses después de la entrega de la última gorra, Federman pudo contemplar su obra en el curso de una ceremonia oficial celebrada en el puente del acorazado *Warspite*. Aquel día llovía a cántaros, y mientras el almirante pasaba revista a la guardia de honor, la nariz de Federman comenzó a agitarse. Un abominable hedor salía de las filas, olor que reconoció bien pronto. Era el hedor punzante de la cola que había suministrado para la confección de las gorras, y que se disolvía bajo la lluvia; *su* cola era una pasta hecha con los huesos comprados en los mataderos de Tel-Aviv.

Ahora, Federman contemplaba con orgullo la inmensidad de las riquezas almacenadas ante él, y preparaba la lista de sus compras. En uno de los primeros depósitos tropezó con unos extraños objetos alineados a centenares. Eran los capazos del Ejército americano, de que se servían los soldados para llevar las cargas pesadas. Federman meditó durante algunos segundos y luego se dijo que los futuros soldados del ejército de su país también necesitarían recorrer largas distancias y llevar bultos. Aquellos instrumentos podrían serles preciosos. Por una casualidad, escribió en su lista: «300 capazos», y después continuó su exploración. Estos capazos costaban el equivalente de un franco por unidad. Un día salvarían a Jerusalén del hambre.

10

VIAJE A LO ABSURDO

La mujer se dirigió al mayor que registraba el autocar de Jerusalén a Tel-Aviv.

—¿Qué pasa? —preguntó con enojo.

—Buscamos armas —replicó el oficial británico.

—No tiene usted derecho.

—¿Qué no tengo derecho? —respondió el inglés con una divertida sonrisa.

El registro continuó. Después, el mayor autorizó a que el autocar prosiguiera. Pero retuvo al vehículo que lo escoltaba.

Éste transportaba soldados de la «Haganah». Tres muchachos habían conseguido huir, pero los ingleses capturaron a una muchacha y se apoderaron de una metralleta.

—¡Un minuto! —gritó Golda Meir—, ¿qué hace usted con la chica?

La intervención de Golda Meir era más que una protesta personal. Revelaba una de sus más graves preocupaciones: el empeoramiento de la situación en la carretera de Jerusalén. La prueba se basaba en que los judíos y los británicos no tenían la misma opinión sobre la libertad de circulación. Para el general Gordon Mac Millan, una carretera estaba abierta cuando ningún obstáculo *permanente* la interrumpía y la circulación podía fluir sin incidentes.

Viendo el matiz, los árabes habían tomado la costumbre de dejar pasar a las patrullas y convoyes británicos, y reservar sus tiros para los vehículos judíos. En nombre de la «Agencia Judía», Golda Meir pidió a los ingleses escoltas de Policía para los convoyes judíos, arguyendo el hecho de que después de todo, Gran Bretaña era responsable de la seguridad en las carreteras. Los ingleses habían acabado por aceptar, con una condición: exigían el derecho de fiscalizar el contenido de todos los camiones, a fin de impedir que la «Haganah» introdujese hombres y armas en Jerusalén. Como ésta era una de las principales razones de ser de los convoyes, la «Agencia Judía» renunció a la protección británica y encargó a la «Haganah» la escolta de su tráfico. Los ingleses respondieron deteniendo y registrando todos los vehículos. Esta decisión indignó a los responsables judíos, convencidos de que la vigilancia británica estaría mejor empleada en prevenir las emboscadas árabes.

Finalmente, Golda Meir arrancó a Sir Henry Gurney, secretario general del Gobierno, un acuerdo que ponía fin a los registros. Una de las razones que motivaban su presencia en el autocar era, precisamente, verificar si se respetaba este acuerdo; y comprobó que no se respetaba. Aún tuvo una segunda sorpresa, muy

desmoralizadora: el mayor británico anunció que debía conducir a la joven prisionera al puesto de Policía más próximo, situado en un pueblo árabe. Golda Meir se estremeció ante esta idea.

—En tal caso —declaró— iré con usted.

—No puede usted hacer eso —respondió, irritado el oficial—, pues me veré obligado a arrestarla a usted también.

—Jovencito, eso es precisamente lo que espero de usted —dijo, sentándose en el vehículo al lado de la muchacha.

Gracias a su insistencia, las dos mujeres fueron conducidas, finalmente, a un puesto de Policía del sector judío. Allí, el sargento de servicio consignó las circunstancias de su arresto. Después pidió la identidad a la mayor de sus prisioneras.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al descubrir de quién se trataba.

Momentos después apareció un inspector, que ofreció a Golda Meir la protección de su propio vehículo blindado para conducirla a Tel-Aviv.

A la entrada de la ciudad, Golda Meir hizo señas al inglés para que se detuviera.

—A partir de aquí, el que está en peligro es usted —dijo apeándose del vehículo.

Mientras el oficial se aprestaba a dar media vuelta, Golda Meir recordó que era la noche del 31 de diciembre de 1947. Para el hombre que acababa de acompañarla, estaba a punto de comenzar un nuevo año.

—Feliz Año Nuevo —dijo al policía británico.

Este año que empezaba prometía ser, para los habitantes de Jerusalén, uno de los más turbulentos de los tiempos modernos. Ninguna categoría iba a ser respetada, ni aun aquella cuyo papel tradicional era el de aliviar el sufrimiento de los hombres.

En pleno mediodía, tres asesinos árabes salieron de un matorral en el jardín del hospital árabe de Beit Safafa y abatieron por la espalda a Hugo Lehrs, un médico judío que se había negado, pese a las exhortaciones de sus colegas, a abandonar a sus enfermos árabes. Al enterarse de esta muerte, algunos minutos más tarde, a través de «Radio Palestina», el psiquiatra árabe Michel Maluf se indignó:

—¡Yah Alá! ¡Esto no tendría que haber ocurrido jamás!

En represalia, Michel Maluf fue asesinado al día siguiente cuando iba camino de su hospital.

Para numerosos habitantes de Jerusalén, estos primeros días del Año Nuevo estuvieron marcados por un brusco desarraigo, una dolorosa ruptura de sus lazos con el pasado. Comenzó el reagrupamiento de la población, buscado por la «Haganah» y por los francotiradores de Hadj Amin Husseini. Cosa curiosa: donde la situación se deterioró más rápidamente fue en el barrio de las villas burguesas de Katamon. Habitado en su mayoría por árabes cristianos y por una minoría de judíos acomodados, Katamon estaba condenado por su situación geográfica y por el interés estratégico de su posición dominante. Katamon cortaba los barrios judíos de Mekor

Hayim y Talbieh, separándolos del resto de la aglomeración judía, y representaba para la «Haganah» una amenaza constante al sur de la ciudad, una especie de absceso que rompía la continuidad de la población judía.

Para los árabes, Katamon era una cuña metida en territorio enemigo, una cabeza de puente a través de la cual podrían un día lanzar la ofensiva que cortaría en dos la parte judía de Jerusalén. Desde sus tejados, los tiradores árabes ametrallaban regularmente los vehículos judíos y los barrios de Mekor Hayim y Talbieh. Con la esperanza de provocar el éxodo árabe, la «Haganah» hizo volar ocho casas la noche del primer día del año. Sin aguardar otras provocaciones, un determinado número de familias de la burguesía árabe de Katamon abandonaron el sector y se refugiaron en Beirut, Ammán y Damasco. Gibrail Katul fue uno de los primeros en marcharse. Dos días antes de su partida, el hijo primogénito de su vecino, un comerciante judío llegado de Alemania en 1934, apareció en la puerta de su casa.

Durante la revuelta árabe de 1936, Katul hizo prometer a los dos guardias que había contratado para defender su villa, que extenderían su protección a la de sus vecinos judíos, los Jafet.

—Ahora —suspiró dirigiéndose al joven judío— es demasiado tarde. No podemos hacer nada para ayudarles, y usted no puede hacer nada para protegernos. Están ustedes en peligro en este barrio árabe. También ustedes deben partir.

Dos días después, una carreta tirada por un caballo se detuvo ante el domicilio de los Jafet para trasladar sus cosas, mientras un camión recogía las cajas de los Katul. Desde sus ventanas, los vecinos vieron alejarse a las dos familias, pequeñas y tristes caravanas, cada una de las cuales marchó en una dirección.

El húngaro Alexander Singer, director de la central eléctrica municipal, decidió también —pese a las manifestaciones de amistad de sus vecinos árabes— que Katamon se había convertido en demasiado peligroso para un judío. La mañana de su partida, Singer y su hermana fueron a despedirse de sus amigos egipcios de la planta baja. Les confiaron sus gatos de Angora, que no podían llevarse. Las dos familias se abrazaron llorando. Volviéndose por última vez hacia la casa donde habían vivido tantos años felices, Alexander Singer sintió envidia de sus dos gatos que se calentaban al sol en el balcón. «¡Qué suerte tenéis —pensó— de tumbaros al sol, sin preocuparos del destino que os espera!».

Por segunda vez en un mes, Michel Shacham se encontraba ante el jefe de Estado Mayor de la «Haganah». Ahora, el motivo de su llamada al Cuartel General de la Casa Roja en Tel-Aviv era la llegada de un informe de Jerusalén. Tan grave era el tono del mismo que, temporalmente, Shacham había sido descargado de sus responsabilidades de la seguridad de los transportes, para ser enviado a Jerusalén.

La situación de la ciudad —decía el informe— empeoraba día a día. A despecho de los esfuerzos e instrucciones de Israel Amir, eran cada vez más numerosos los

judíos que abandonarían las zonas periféricas y mixtas para instalarse en los barrios judíos del centro. Se debía actuar rápidamente para cortar este éxodo. La orden lanzada por Ben Gurion de «defender cada parcela del territorio» no era más que una simple frase destinada a galvanizar a un pueblo asediado. Para los judíos de Palestina no había un Ammán, un Beirut o un Damasco. Solo el mar. Si continuaban entre la población estas tentaciones de abandono, no tardaría en disgregarse todo el pueblo judío. Jerusalén era el primer bastión donde surgían problemas, y allí era donde debían ser resueltos.

Shacham recibió la orden de poner manos a la obra para restablecer la situación. Algunas horas más tarde se presentó en el PM de Jerusalén. Comprobó que los judíos abandonaban zonas de las que nunca habían partido, y sobornaban a los policías británicos para que los dejaran salir a ellos y sus equipajes, a fin de escapar a los asesinos del Mufti.

Los oficiales de información de Jerusalén le indicaron que la única manera de cambiar el rumbo de las cosas era asestar un golpe decisivo en el interior de Katamon. El impacto de tal empresa —afirmaban— podía forzar a los árabes a abandonar el barrio y a modificar el clima psicológico de la ciudad.

—Muy bien —concluyó Shacham—. ¿Dónde está el Cuartel General árabe de Katamon?

El mando árabe no se preocupaba menos que la «Haganah» por la suerte del barrio de Katamon. Un día después de que los judíos volaran ocho casas, el comité local de defensa comenzó a organizar una milicia encargada de proteger el sector. Abdel Kader hizo venir de Hebrón a uno de los partidarios más fanáticos del Mufti, un pastor analfabeto llamado Ibrahim Abu Dayieh, que se había cubierto de gloria durante la revuelta árabe de 1936. Después, a la cabeza de un pequeño ejército de campesinos implantado en las colinas circundantes de Hebrón, había sido responsable del sur de Palestina. Días más tarde, a bordo de los autobuses de la línea 4, con sus uniformes caqui y sus armas ocultas bajo una capa beduina, Abu Dayieh y un centenar de sus hombres entrarían en Katamon, a escondidas de los ingleses.

Aquella tarde del sábado 3 de enero de 1948, horas después de la llegada del enviado de Tel-Aviv, Abu Dayieh, Abdel Kader y Emile Ghory comenzaron a recorrer las calles de Katamon para determinar los emplazamientos donde serían apostados los guerrilleros de Hebrón. A la caída de la noche, los tres hombres se detuvieron para informar al responsable del barrio, alrededor de un vaso de té, en una agradable casa de tres pisos con la fachada cubierta de hiedra. El salón tranquilo y discreto era uno de sus lugares preferidos de cita. Una placa sobre el dintel de la puerta indicaba el nombre. Era el «Hotel Semíramis».

Para su conferencia de diez horas, el domingo 4 de enero, los oficiales de

información del Estado Mayor judío tenían una respuesta que ofrecer a la pregunta de Shacham. Uno de sus informadores árabes reveló que existían dos Cuarteles Generales árabes en Katamon. Uno estaba ubicado en una pequeña pensión llamada «Claridge»; el otro, en el «Hotel Semíramis». El informador había visto también el jeep color de arena de Abdel Kader, estacionado delante del hotel, durante más de una hora, la tarde anterior. Shacham localizó en un plano el emplazamiento de los dos edificios. La proximidad con las líneas judías hacía de uno de ellos un objetivo más fácilmente alcanzable. Levantando la cabeza, Shacham comunicó su elección.

—Será el «Hotel Semíramis».

Retumbando por encima de las colinas, una alfombra de nubes tormentosas de color plomo envolvía el cielo de Jerusalén y prometía una furiosa tempestad. En el mismo momento en que el judío Shacham condenaba el hotel donde estaba refugiados, los dieciocho miembros de la familia árabe Abussuan se dirigían a misa. En la capilla de Santa Teresa, la piadosa madre del dentista exhortó a todos sus hijos a recibir la confesión y la comunión, «únicas protecciones verdaderas contra los peligros que nos amenazan a todos».

Un nuevo miembro de la familia Abussuan llegó al hotel. Wida Kardus era la hija del gobernador de Samaria, y sus padres la habían enviado a Jerusalén para pasar el final de sus vacaciones de Navidad. Antes de desayunar, Manuel Allende Salazar, el joven diplomático español que vivía en el hotel, devolvió a Samy Abussuan un libro que éste le había prestado. Los dos hombres se pusieron a reír al comprobar que el título de aquella obra describía con precisión su propia situación. Se titulaba *Viaje a lo absurdo*.

Anunciada por un trueno, la tempestad que había comenzado toda la tarde estalló a la caída de la noche. Mientras que un fuego de artificio surcaba el cielo, se abatió sobre la ciudad un verdadero diluvio, que transformó las calles de Katamon en torrentes de lodo. Estrellándose contra los postes y los hilos eléctricos, un rayo sumergió al barrio en la oscuridad. Aterrorizadas, dos ancianas tías de Samy Abussuan comenzaron a rezar el rosario, mientras las criadas corrían en busca de velas.

Aquella noche, en el hotel, la cena fue una lúgubre ceremonia. Los truenos hacían tintinear los cristales, azotados por una lluvia de impresionante violencia. De repente, en medio de la cena, resonaron dos golpes en la puerta de entrada. Dos guardias árabes, chorreando agua, irrumpieron en la estancia y anunciaron que venían a buscar a Hubert, el hijo del propietario del hotel, ya que era su turno de montar guardia en los límites del barrio. Su madre se rebeló contra su salida en una noche como aquélla y se puso a llorar.

—¡Esta noche no! —suplicó—. ¡Tomadlo mañana, pasado mañana, todas las noches de la semana, pero esta noche no!

Ni la insistencia de los guardias ni las protestas de su hijo pudieron doblegar su determinación.

A menos de un kilómetro de allá, en el último piso de la residencia de un cirujano judío, cuatro hombres estaban reunidos alrededor de un plano de Jerusalén. Con el dedo, Michel Shacham trazó la ruta que debía conducirlos a su objetivo. Los cuatro miembros del comando serían cubiertos por un equipo de protección de la «Haganah». Afuera, en la calle barrida por la lluvia, los esperaban el «Humber» y el viejo «Plymouth», con los que se trasladarían hasta el «Semíramis». Una vez en el lugar —explicó Shacham— tendrían exactamente diez minutos para hacer saltar la puerta del sótano, introducir en el mismo dos maletas con setenta y cinco kilos de TNT, colocar las cargas contra los principales pilares de sostén del edificio, encender las mechas y desaparecer.

—Hora H: la una de la madrugada —anunció Shacham.

La lluvia continuaba inundando la ciudad. En el «Hotel Semíramis», Samy Abussuan colocó un velador sobre una mesa de juego para jugar algunas partidas de bridge con tres de sus primos. El cónsul de España regresó temprano y subió directamente a su habitación. En un rincón de la estancia, las dos ancianas tías seguían rezando. Poco después de las once, todo el mundo fue a acostarse. Mientras acompañaba a su habitación a su joven prima Wida, uno de los hermanos Abussuan la tranquilizó gentilmente. A medianoche se había apagado la llama de la última vela.

Fuera, la tormenta proseguía sin tregua. Habitualmente, treinta jóvenes árabes de la milicia local guardaban los diez puntos de acceso principales del barrio. Habían estimado que aquella noche, debido a la tormenta, no habría que repeler ningún ataque judío, y la mayoría estaba en sus casas. A medianoche, el estudiante de Derecho Pierre Saleh se marchó también a casa al terminar su turno de guardia. Nadie fue a relevarlo. Siete de los diez puestos de guardia que vigilaban las entradas de Katamon estaban abandonados.

El «Humber» y el «Plymouth» llegaron con quince minutos de adelanto. No había guardia en la única barrera que encontraron. Desde el patio del convento grecoortodoxo, situado frente al hotel, el único funcionario árabe vio a uno de los vehículos detenerse ante la cocina del «Semíramis». Distinguió a dos personas, cargadas con maletas, que corrían hacia el edificio. El árabe Abu Eid envió una ráfaga de metralleta en su dirección. Pero la brusca réplica que recibió del equipo de cobertura le convenció del disparate que supondría obstinarse y se batió en retirada al interior del convento.

La puerta del sótano estaba cerrada. Maldiciendo en la oscuridad el judío Abraham Gil extrajo una granada de su cinturón y la fijo a la empuñadura de la puerta. El ingenio hizo saltar los batientes de sus goznes. Gil y los otros dos miembros del comando entraron en el sótano lleno de humo con sus maletas de TNT.

La lluvia de cristales rotos causada por la explosión de la granada despertó a Wida Kardus. En la noche oyó a su tía María que llamaba. Luego, otra voz gritó:

—¡Tírense al suelo!

El ruido había despertado también a Samy Abussuan. Por un momento pensó que había una refriega en la calle. Después oyó pasos en el patio, bajo su ventana, y una voz decir en hebreo:

—¡Todavía no, todavía no!

Entonces saltó de su cama. En el oscuro pasillo encontró a sus parientes cambiando impresiones con su tío y su tía. Les aconsejó descender al salón de la planta baja, la estancia mejor protegida del hotel. Después corrió hacia el teléfono.

Tan de prisa como pudo, marcó el número de socorro de la Policía.

—¡Han atacado el «Hotel Semíramis» con granadas! —dijo al adormecido inglés que respondió.

En el sótano, las cargas explosivas estaban ya cuidadosamente fijadas alrededor de los pilares; pero Abraham Gil y su compañero no conseguían encender la mecha, mojada por la lluvia. Habían llamado a su equipo de protección, listo para replegarse, y ésas fueron las voces que había oído Samy Abussuan. Febriles, con la cara y las manos bañadas en sudor, trabajaron en la oscuridad. Desesperadamente, Gil silbó para advertir al jefe del comando que aguardaba en el exterior.

—Joel, no conseguimos encender las mechas —murmuró.

El jefe los reunió tranquilamente en el sótano y se colocó ante los explosivos.

—He aquí cómo hay que proceder en esta clase de operaciones —explicó—. No ponerse nervioso, tomarse el tiempo necesario y todo irá bien.

Mientras hablaba, cortó con un cuchillo los trozos de mecha mojada.

Arriba, la tía María abandonó la mano de la joven Wida Kardus.

—Vuelvo en seguida —la tranquilizó—. Voy a buscar una bata.

Asustada, la oyó alejarse por el pasillo. Samy Abussuan colgó el teléfono y se dirigió hacia el salón. En el piso superior, su hermano Cyril daba el brazo a su madre para guiarla por la escalera. Su padre les seguía en batín.

Tras varios minutos de esfuerzo por preparar las mechas, el jefe del comando judío cogió una brasa de la puerta incendiada y sopló suavemente hasta que un resplandor naranja apareció en la oscuridad y encendió las mechas de las cargas explosivas.

Tras varios minutos de esfuerzo por preparar las mechas, el jefe del comando judío cogió una brasa de la puerta incendiada y sopló suavemente hasta que un resplandor naranja apareció en la oscuridad y encendió las mechas de las cargas explosivas.

—¡Larguémonos ahora! —exclamó.

Wida Kardus no oyó nada. Pero toda su vida se acordaría del increíble

espectáculo que descubrió cuando abrió los ojos. Encima de ella sólo vio el cielo. «¿Dónde está el techo? ¿Y la gente?», se preguntaba.

Samy Abussuan quedó cegado por un brillante resplandor azul, seguido de un choque violento y un fragor. Tuvo la impresión de que los muros se derrumbaban sobre él en una carrera monstruosa. Proyectado por la onda y lanzado después al suelo, se encontró sobre un montón de cascotes. El ruido perduraba aún en sus tímpanos. Levantó la cabeza hacia la puerta por la que sus parientes debieran haberse reunido con él en el salón, pero sólo vio un amasijo de piedras y, detrás, como suspendido en el vacío, un solo peldaño de la escalinata. Durante largo rato, le pareció que un silencio espantoso envolvía el lugar. Después, procedente de un montón de escombros, al otro lado de la habitación, oyó la aterrorizada voz de su hermano pidiendo auxilio.

El estruendo de la explosión despertó a casi todo el barrio. Desde la ventana de su habitación, el estudiante de Derecho Pierre Saleh, que acababa de regresar de su turno de guardia, vio subir el hotel, remontarse como un géiser y volver a caer sobre sí mismo. Una nube de humo y polvo se elevó de las ruinas, y la onda de choque se propagó, como el retumbar de un trueno, hacia las colinas de Judea. Mientras su eco se perdía en la noche, Saleh percibió de nuevo el chapoteo regular de la lluvia y, procedentes del montón de escombros situado casi bajo su ventana, los primeros gemidos.

Despertada por el estallido de la primera granada, Kay Albina asistió a todo el drama desde la ventana de su habitación. Oyó la huida de los vehículos de la «Haganah» y vio con horror cómo la explosión desintegraba lentamente, como en una película a cámara lenta, los tres pisos del «Semíramis». Socorrista de la Cruz Roja, cogió su botiquín de urgencia y algunos paños y se precipitó a ayudar a los heridos.

Pero ninguno de sus manuales de socorrismo preparó a Kay Albina para la visión que la asaltó en las ruinas del hotel. Una mujer enloquecida erraba por los escombros llevando en sus brazos la cabeza de una niña.

Treinta y seis personas hallaron la muerte en la explosión del «Hotel Semíramis». Samy Abussuan y Wida Kardus sobrevivieron, pero su familia quedó prácticamente aniquilada. Perecieron el padre y la madre del dentista, sus dos piadosas tías y tres de sus tíos. Su primo Hubert Lorenzo, al que su madre le impidió cumplir su turno de guardia, quedó aplastado bajo los escombros, así como sus padres.

Tres días después de la explosión, los frenéticos ladridos de un perro que no había abandonado las ruinas desde la catástrofe, condujeron al equipo de rescate hasta la última víctima aún sepultada. Oculto bajo un montón de escombros hallaron al dueño del perro, el joven diplomático español que la noche de Navidad se comparó a sí mismo, riendo, con *Manolete* en la tarde de su muerte. Víctima de un drama que no era el suyo, Manuel Allende Salazar había terminado su propio viaje a lo absurdo.

Ya no habría más autobús número 2. Estaba interrumpido el transporte de hombres y vituallas hacia el barrio judío de la ciudad vieja. Desde la noche del día primero de año, los árabes les habían cerrado el paso elevando una enorme barricada en la puerta de Jafa. Jerusalén infligía a la pequeña comunidad del barrio una nueva versión de una de sus más antiguas tradiciones: el asedio. Ni un solo gramo de alimento, de carburante o de municiones había pasado desde que los árabes levantaron su barrera. Los cuerpos insepultos de los habitantes muertos durante esta semana del bloqueo se amontonaban ante el PM local de la «Haganah». El petróleo utilizado por las amas de casa para guisar los alimentos estaba casi agotado, lo mismo que la leche para los niños.

La «Agencia Judía» protestó día tras día cerca de las autoridades británicas, a las que sólo les hubiera bastado una orden para que la barricada fuese retirada. Su única respuesta fue pedir a los dirigentes judíos que evacuaran temporalmente aquellos lugares. Ante la negativa, inmediata y total de los judíos, los ingleses propusieron un compromiso: una vez a la semana escoltarían un convoy de avituallamiento, con la condición de poder registrar su contenido, para verificar que no transportaban armas ni municiones. Igualmente acompañarían a quien quisiera abandonar el barrio pero nadie sería autorizado a penetrar en él.

Eran unas duras condiciones, contrarias a todos los principios que la «Agencia Judía» se esforzaba por salvaguardar en sus negociaciones con los ingleses. Pero la situación se hacía desesperada. Algunos habitantes comenzaban ya a señalar a la «Haganah» como responsable de sus desgracias y exigían poder partir, con escolta o sin ella. La «Agencia Judía» aceptó, finalmente, la proposición británica, pero estaba resuelta a hacer caso omiso de ella lo antes posible.

Para los defensores de algunas de las áreas más sagradas que poseía el pueblo judío, aquellas jornadas fueron un cruel retorno a la realidad. Combatir una semana y estudiar la siguiente era una idea que se consideraría más adelante. Estaban cogidos en una trampa en una de las posiciones más expuestas de Palestina, defendida, en todo y para todo, por unos cincuenta hombres de la «Haganah», cincuenta del «Irgún» y del grupo «Stern» y tres equipos de muchachas cuyo papel iba a ser esencial durante los meses venideros.

El 7 de enero era siempre una fecha aparte en la vida de Hameh Majaj, el tímido empleado árabe de las PTT. Era el aniversario de su matrimonio, inicio de su felicidad. Habitualmente se celebraba esta fiesta con una gran cena en casa de un tío suyo. Pero en este mes de enero de 1948, los Majaj juzgaron más adecuada una reunión íntima. Cenarían tranquilamente en sus casas los dos juntos, y después podrían dedicarse a su distracción favorita: el estudio de los planos de la finca donde esperaban celebrar su próximo aniversario. Ésa sería su primera casa.

Sin embargo, este año Hameh Majaj reservó una sorpresa a su mujer. Había comprado en el *suk* de los joyeros un regalo extravagante para su modesto salario, pero que daba la medida de su amor: una vieja sortija con tres anillos de oro.

Se había prometido entregársela por la noche, después de la cena. Más al despertarse y ver su tierna sonrisa, no pudo resistir. Se levantó y corrió a buscar la joya. Tímidamente, la deslizó en el dedo de su estupefacta mujer y la contempló, brillando al sol, con placer y orgullo.

Este 7 de enero de 1948 iba también a ser un día excepcional en la vida del judío Uri Cohen. Su ansia de acción iba a ser satisfecha al fin por sus jefes del «Irgún». Ante él se encontraban tres uniformes robados a los policías británicos. Serían los disfraces que llevaría con dos compañeros para cumplir la misión que se les había encargado.

El estudiante acababa de ponerse el suyo cuando hizo su aparición el jefe del comando. Era un judío oriental apenas mayor que él. Cohen sabía que éste había realizado esta misión tantas veces que para él era un trabajo del todo corriente. Observando su aspecto apacible, su ropa y su corbata, Cohen se decía: «¡Dios mío, se diría que es un funcionario saliendo para su despacho!».

El jefe condujo a los falsos policías hasta el fondo de un garaje vecino. Encontraron allí dos barriles, de doscientos litros, lleno de clavos viejos, tornillos y pedazos de chatarra oxidada. En el centro de cada recipiente se encontraba un núcleo de TNT cuya explosión transformaría los barriles en terroríficas máquinas infernales capaces, con sus millares de partículas volatilizadas, de reducir a sus víctimas a un amasijo de carne y metal. El sistema de ignición consistía en una docena de cerillas atadas a la extremidad de la mecha. Bastaba un rascador para provocar la explosión.

Tranquilamente, el jefe repartió los cometidos. El estómago de Cohen se encogió cuando descubrió cuál sería el suyo: hacer rodar los barriles hacia sus objetivos.

A las cuatro en punto, Cohen, vestido de policía, llegó ante una escuela de Rehavia. La camioneta de la Policía, robada del garaje donde se encontraba en reparación, estaba allá. Un vehículo trajo los barriles, y Cohen subió a la camioneta. El jefe se instaló delante, al lado del conductor. Los otros dos, armados con metralletas, se colocaron tras los postigos del blindaje, listos a abrir fuego.

El itinerario había sido calculado para que el comando entrara en la zona árabe de la ciudad por un puesto de control oficial de la Legión Árabe. Cohen apreció la indiferencia de los legionarios, persuadidos de que se trataba, en realidad, de un vehículo británico. Franqueado el puesto, se hallaron en la avenida que ascendía hacia la puerta de Jafa y las murallas de la ciudad vieja.

Mientras la furgoneta remontaba la pequeña subida, Cohen experimentó un irrefrenable temblor. Aquella aventura le pareció de pronto una locura total. «Yo, estudiante de Biología, que me había dedicado a estudiar los misterios de la vida, he

aquí que voy a matar gente», pensó. Unas gotas de sudor perlaron su frente. Por un momento se sintió invadido por el vértigo.

No hablaba nadie en la furgoneta de la Policía. A través del parabrisas, Cohen observó un puesto árabe y, a un centenar de metros más allá, el objetivo de su primera máquina infernal. Vio a un árabe levantar la mano para que se detuviera el vehículo. El jefe se dirigió hacia el conductor:

—¡Continúa! —le ordenó.

El árabe Hameh Majaj consultó su reloj. Decidieron abreviar la visita que su esposa y él hacían cada año, por su aniversario de boda, a una tía que vivía en la ciudad vieja. A causa de la situación y de los preparativos de su cena, los Majaj habían decidido regresar a su casa. Sabían que, dentro de tres minutos, un autobús de la línea 3 pasaría por la puerta de Jafa. Si se apresuraban, aún podrían cogerlo. Tomando a su esposa por el brazo, Hameh Majaj la condujo por las estrechas callejuelas. Con paso rápido, salieron del viejo barrio y se precipitaron hacia el grupo de personas que esperaban en la parada del autobús de la puerta de Jafa.

El judío ordenó al conductor que se detuviera, y luego, volviéndose, miró fijamente a Cohen.

—Enciende tu bomba —le dijo.

Cohen registró sus bolsillos y se dio cuenta que no llevaba rascador. Nunca fumaba y, en la excitación había olvidado coger una caja de cerillas. El jefe le alargó la suya. Cohen frotó el rascador contra las cerillas que envolvían el cabo de la mecha. Después abrió bruscamente la puerta trasera de la furgoneta. Sólo entonces descubrió su objetivo.

Decenas de árabes le miraron con sorpresa. Durante un segundo, los envolvió con la mirada. Le pareció que había «centenares, una verdadera multitud herida de repente de estupor». Eran los viajeros árabes que aguardaban al autobús 3. A sus pies, la mecha se consumía.

«Han visto al diablo —pensó el judío—. Y ahora ven su bomba que arde justamente delante de ellos». Hizo rodar suavemente el barril hacia la calzada. Produjo un ruido apagado al contacto con el suelo y, tras él, una hilera de chispas. La gente pareció hipnotizada. Cuando alargó los brazos para cerrar la doble puerta, sus manos pasaron a ras de las miradas. Una imagen quedaría para siempre grabada en su memoria: la del «increíble, fantástico estupor de todos aquellos árabes».

La explosión se produjo en el mismo instante en que Hameh Majaj y su mujer llegaban a la parada del autobús. Fueron lanzados al suelo. Luchando por incorporarse, Majaj se aterrorizó al contemplar aquel espectáculo. La plaza estaba sembrada de cuerpos y despojos humanos, cortados como trozos de carne. Al lado

había una tienda cuyo propietario bajaba la puerta de hierro en el momento del atentado. Ahora, el hombre estaba empalado sobre los trozos arrancados de su puerta, en una especie de grotesca crucifixión. Majaj se volvió hacia su mujer, que yacía sobre el pavimento, a su lado. Estaba cubierta de sangre. Tenía los ojos medio cerrados.

—Algo esta a punto de romperse dentro de mí —murmuró.

Sus ojos se cerraron. Majaj le habló, pero no recibió contestación. Se arrodilló a su lado y, tomándola por la mano, le suplicó que le dijera algo. Sus labios permanecían inmóviles. Incluso el temblor convulsivo que hasta entonces sacudiera su cuerpo, había cesado. Majaj logró incorporarse y se puso a pedir socorro.

Tres horas más tarde… un cirujano salió, al fin, del quirófano. «Me miró —recuerda Majaj—. No me dijo nada. Más, por su expresión, comprendí lo que quería anunciarme».

Entró en el quirófano para despedirse de su esposa. A través de sus ojos inundados de lágrimas contempló el cuerpo de la mujer que tanta felicidad le había aportado. Sacudido por los sollozos que no podía contener, se inclinó para sacar de su dedo el recuerdo que guardaría de ella para el resto de su vida: una sortija con tres anillos de oro.[7]

11

«BAB EL UED, EN LA RUTA HACIA LA CIUDAD»

«Cada vez que nos dormimos no sabemos si despertaremos. No tememos a las balas, sino a que todo vuele durante nuestro sueño. La gente se encuentra en plena noche bajo los escombros de su casa. Para ir a su despacho, tu padre debe tomar prestada una ambulancia. Cuando oímos la puerta, nos sentimos aterrorizados ante la idea de que vengan a dinamitar la casa. Desde las seis, todas las tardes, nos encerramos en casa».

Así es como una madre árabe, la señora Itayam, describía a su hijo, estudiante en Beirut, la vida de Jerusalén, en enero de 1948, solamente dos meses después de la votación del Reparto. «Jerusalén —hacía constar, por su parte, un corresponsal del *New York Times*— está prácticamente aislada tras un muro de temor. Nadie viene a la ciudad ni abandona su barrio si no es en caso de urgencia».

En la parte judía, el abastecimiento se hacía cada vez más difícil. La leche, huevos, carne y legumbres no se podían encontrar. La mayor parte de los restaurantes estaban abiertos sólo a la hora del desayuno y, si «Fink's» seguía siendo el lugar de cita favorito de periodistas y noctámbulos, su menú se redujo a una especie de hamburguesa generosamente engrosada con harina. No obstante, Max Hesse logró aprovisionar su restaurante, el más elegante de Jerusalén, gracias a las buenas relaciones que había sabido conservar con sus antiguos proveedores árabes. Cada mañana les hacía el pedido por teléfono, y ellos lo depositaban en una especie de tierra de nadie: las ruinas calcinadas del cine «Rex».

Era un invierno glacial, y en la mayor parte de las casas judías había una desesperada escasez de combustible. Las amas de casa no siempre podían guisar sus alimentos. Siempre iban con un cubo o un bidón, y cuando aparecía una cisterna de petróleo tirada por un asno, se producía una gran aglomeración.

Una especie de parálisis se apoderaba poco a poco de toda la Administración británica. El correo ya casi no era distribuido. Las comunicaciones telegráficas eran caóticas, y la demora para las comunicaciones telefónicas internacionales se prolongaba durante horas e incluso días. Al no estar garantizada su seguridad, los magistrados y abogados judíos se negaron a actuar. Ya no se administraba justicia. Los servicios sanitarios y del registro civil cesaron de consignar los nacimientos, las enfermedades contagiosas y los fallecimientos. Los hospitales debieron expedir permisos de inhumación provisionales para las víctimas de las violencias, que se

multiplicaban. El cementerio del Monte de los Olivos fue, en adelante, inaccesible para los judíos. Trasladados sobre simples angarillas, sus difuntos fueron llevados en adelante al viejo cementerio de Sanhedria, allá donde sus antepasados enterraron a los Jueces de otro Israel.

Su seguridad era la preocupación permanente de los habitantes de Jerusalén. Entre ellos, pocos llevaban una existencia tan expuesta como Ruth y Chaim Haller, una de las raras familias judías aún residentes en Katamon. Para llegar a la puerta de su casa debieron cavar un foso en el jardín. Por la noche, Ruth montaba guardia en una ventana de la planta baja. Su única arma era un cencerro de vaca para alertar al centinela de la «Haganah», apostado en el primer piso.

En una carta abierta, Judah Magnes y Martin Buber, dos venerables patriarcas, deploraban la situación de su ciudad. «¡Hoy —escribían—, un judío que ose atravesar un barrio árabe, o un árabe que penetre en un barrio judío, son hombres en peligro de muerte!».

Lo que dio a la Jerusalén judía su aire lúgubre fue, sobre todo, la aparición de pasquines blancos. Se veían en los muros, postes de telégrafos y puertas de almacenes. Eran colocados por miembros de la «Haganah», del «Irgún» o del grupo «Stern». Cualquiera que fuese su procedencia, sus siniestros caracteres negros componían inevitablemente el mismo epitafio: «Saludamos la memoria de nuestro camarada…».

Las preocupaciones de los árabes por su seguridad no eran menos vivas que las de los judíos.

Así, Ambara y Sami Jalidy continuaban trabajando cada tarde en su biblioteca, pero Ambara tenía cuidado de colocar su propia butaca ante la ventana, para ocultar la silueta de su marido. En efecto, los sistemáticos asesinatos de los miembros de determinadas profesiones, inaugurados con la muerte de los doctores Lehrs y Maluf se habían extendido al cuerpo docente. El empeoramiento de la situación afectaba también a los niños. Al ver llegar a los guardias que su padre había contratado para proteger el Colegio Árabe, la pequeña Sulafa comprendió que «se habían acabado los días felices». Como tantos otros escolares, árabes o judíos, los jóvenes Jalidy debían tomar autobuses blindados para trasladarse a la escuela. Una mañana regresaron a casa algunos minutos después de haberla abandonado. Pálidos y temblorosos, explicaron que una mina había hecho explosión delante de su vehículo.

Si, por el lado judío, había estrechas relaciones entre la población y las fuerzas de la «Haganah», sólo era una especie de *modus vivendi* lo que presidía, por el lado árabe, las relaciones de los habitantes con los mercenarios reclutados para defenderles. Cada barrio tenía su cabecilla, por lo común leal a Hadj Amin, pero que raras veces colaboraba con sus colegas de los demás barrios. Dividida en feudos, la ciudad era objeto de ásperas rivalidades, y muchos jefes árabes mostraban más celo

en robar a sus habitantes que en protegerlos de los judíos. Sus tropas se nutrían sin cesar de bandas procedentes de Siria, de Transjordania y de Irak y que, llegadas oficialmente para combatir por la Ciudad Santa, se sentían más inclinadas al pillaje que a morir por ella. Un mercado de objetos robados funcionaba en los *suks*, adonde iban a parar las mercancías halladas en las casas abandonadas. Estos partisanos llenos de fantasías, amantes del ruido, pero desprovistos de entrenamiento y disciplina, respondían al menor disparo del otro lado con salvajes e inútiles despilfarros de municiones. Una vez agotadas éstas, corrían a los suks a comprar nuevos cartuchos.

«Jerusalén —decía, con tristeza, el cónsul del Líbano en un despacho a su Ministerio— va rumbo a un desorden jamás alcanzado en ninguna parte del mundo. Armas de todas clases pasan de mano en mano a espaldas de las autoridades, y son utilizadas noche y día. La vida pública está prácticamente paralizada. Las tiendas y comercios cierran a mediodía. Las bandas árabes tienen un jefe acá, otro allá, y todas actúan independientemente, sin ninguna coordinación».

Tan sólo un lugar parecía escapar a este caos de odio y rencor: un pequeño establecimiento cerca de Jerusalén, donde un grupo de árabes y de judíos vivían juntos en paz y hermandad. Tras haber visitado aquel paraíso de indiferencia hacia las locuras exteriores, el suizo Jacques de Reynier, delegado de la Cruz Roja Internacional, abandonó el asilo psiquiátrico de Jerusalén, suspirando: «¡Bienaventurados los locos!».

«¡Es necesario que la vida de los judíos se convierta en un infierno!». Esta amenaza, proferida por el responsable del Alto Comité Árabe de Jerusalén, resumía las intenciones de los partisanos del Mufti. Pero la presencia de las fuerzas británicas en la ciudad impedía aún, tanto a los árabes como a los judíos, la captura y ocupación de objetivos enemigos. Por consiguiente, cada noche se libraría una batalla de comandos para obtener, mediante el terror, lo que aún no podían conquistar a través de un combate regular. Aunque condenada por Golda Meir, la voladura del «Hotel Semíramis» había reportado al Estado Mayor de la «Haganah» los resultados apetecidos. Cesó el éxodo de los judíos de los barrios mixtos, y en su lugar eran los árabes los que partían. Los atentados con dinamita se multiplicaron, agravando en ambas partes el clima de inseguridad. Curtida por una larga experiencia en golpes de mano, la «Haganah» sobresalía en esta clase de técnica. Compensaba su inferioridad numérica mediante acciones fulminantes, y provocaba una verdadera psicosis en los adversarios. Las familias árabes más acomodadas fueron las primeras en partir. En Sheij Jerrah, un suburbio al norte de la ciudad vieja, Katy Antonious ofreció a sus amigos una última comida antes de partir. Sentados en medio de cajas de vajilla fina, de plata y de cristal, sus invitados pudieron contemplar los impactos de balas que tachonaban las paredes y los plafones. Tiritando de frío en el comedor, cuyas ventanas habían volado la noche anterior, la anciana gran señora de Jerusalén

pensaba, con nostalgia, «en esta casa que durante dos generaciones conoció tanto esplendor y alegría, y que ahora parecía el *Titanic* en la noche de su naufragio».

Katy Antonious partió al día siguiente, persuadida, como tantos otros, de que su ausencia sería provisional. Se equivocaba. Sólo volvería a esta casa una sola vez, en el verano siguiente, con ocasión de una breve tregua. Encontró el techo acribillado de impactos de obuses, y las puertas y ventanas, arrancadas. El parquet sobre el que habían bailado tantos amigos suyos estaba cubierto de sangre, lleno de inmundicias y quemado por los fuegos de los soldados británicos. Aniquilada ante aquel desastre, se dejó caer sobre una caja y lloró. Jamás debía haber vuelto.

En Romema, un suburbio árabe de Jerusalén que habían atacado varias veces los comandos del «Irgún», la evacuación de la población se desarrolló pacíficamente, bajo la protección de la «Haganah». Durante dos días, grupos árabes y judíos negociaron en las aceras los alquileres de las tiendas y de los apartamentos, así como la venta de los muebles y utensilios dejados en el lugar. Luego, las familias árabes partieron en masa, y pronto vinieron a remplazarías familias judías. Nuevos rótulos en hebreo aparecieron en los escaparates. El barrio tuvo pronto un panadero judío, un carpintero judío, un zapatero judío. Los taburetes de mimbre sobre los que se sentaron generaciones de viejos árabes delante de sus cafés, fueron enviados a un chamarilero, y las pipas turcas, a un comprador de curiosidades. Romema parecía haber sido siempre un barrio judío.

Sin embargo, en aquel invierno de 1948, la clave de Jerusalén no se encontraba en la conquista de algunas casas o de un barrio aislado. Desde hacía una semana, un pastor árabe que guardaba su rebaño en las colinas de Judea, no cesaba de buscarla. Recorriendo la línea de crestas, escrutaba cada relieve del terreno, cada macizo rocoso, cada bosquecillo de pinos.

El hombre no era un pastor. Harun Ben Jazzi era un jefe árabe. Primo de un antiguo compañero de Lawrence, pertenecía a la tribu beduina de los howeitat. El objetivo de su curiosidad era la carretera que subía hacia Jerusalén a través de las colinas. Presidía el destino de la ciudad. La lucha por esta carretera iba, en adelante, a entrar en una nueva fase, la que predijo Abdel Kader al anunciar: «Estrangularemos a Jerusalén». Al hostigamiento desordenado del tráfico judío sucedería una verdadera campaña de emboscadas. Y precisamente para descubrir los emplazamientos más apropiados entre Bab el Ued y el pueblo árabe de Castel, allá donde «un solo hombre podía hacer el trabajo de cien», Ben Jazzi estudió cuidadosamente el terreno y observó la progresión de los convoyes judíos desde su entrada en el valle hasta los arrabales de Jerusalén.

Abdel Kader había previsto, en primer lugar, la construcción de una barrera permanente, que podría defender con fuerzas relativamente escasas. Pero el riesgo de

incidentes con los ingleses cuando hubieran de pasar sus vehículos, así como el deseo de mezclar a la población local en su acción, lo decidieron a abandonar este plan. Atacaría cada convoy y permitiría a los campesinos que hubieran tomado parte en su aniquilamiento, participar a continuación en el pillaje de los camiones. Conocía lo suficiente a sus compatriotas como para saber que cada éxito y la promesa del botín los incitaría a unirse a las emboscadas en número cada vez mayor. Además, contaba con este refuerzo de efectivos para hacer frente a un previsible refuerzo de las escoltas de convoyes.

Utilizando las informaciones de Ben Jazzi, Abdel Kader pasó a la acción. É1 mismo dirigió el primer ataque. Con su *keffieh* flotando tras él, enarbolando su fusil y lanzando gritos de guerra, se precipitó hacia la columna de camiones judíos. Improvisada al principio, la técnica de estos asaltos se perfeccionó posteriormente. Un reducido grupo de partisanos se escondía en las cercanías de Bab el Ued. Cuando había pasado el convoy, se precipitaban a la carretera para levantar una barricada de piedras, que cortara la retirada a los camiones. Algunos kilómetros más allá, el grueso de las fuerzas había levantado otro obstáculo para detener la columna. Tal como había previsto Abdel Kader, la noticia de un convoy caído en la trampa y el ruido de los disparos atrajeron a una multitud de campesinos sedientos de pillaje. Pronto, antes de que los camiones abandonaran el pueblo judío de Hulda, su punto de reunión, ya se sabía la llegada de los convoyes. Viejos pastores de penetrante mirada, muchachos andrajosos y campesinos con negro atuendo, vigilaban los preparativos judíos y transmitían sus informes por radio.

La ofensiva árabe suscitó pocas reacciones entre los británicos. Para el Ejército inglés, el eje Jerusalén-Tel-Aviv tenía una importancia secundaria comparado con las vías de evacuación hacia Haifa, al Norte, y hacia Egipto, al Sur. Sin embargo, dos veces al día, una patrulla de dos autocañones perteneciente a un escuadrón blindado de los «Lifeguards», descendía hasta Bab el Ued y Latrun y luego subía hasta Jerusalén. «Se partía muy de mañana —recuerda el comandante de la unidad— y se regresaba también pronto, para volver a empezar poco antes de la caída de la noche».

La conducción de los convoyes hacia Jerusalén se convertía para los judíos en una aventura cada día más arriesgada, más brutal, más desesperada. Pero la supervivencia de cien mil judíos dependía de los treinta camiones diarios de alimentos, treinta camiones que la «Haganah» debía, costase lo que costase, arrancar de las garras de Abdel Kader y llevar hasta Jerusalén. Este alarde de fuerza se basaba en el valor y el sacrificio de un puñado de muchachos y muchachas del «Palmach» llamados los «Furmanim», el nombre de un imaginario señor Furman a cuya casa llegaban —en el despacho número 16 de la «Agencia Judía»— las órdenes que se les destinaban. La insignia que ostentaban orgullosamente sobre sus uniformes caquis mostraba una especie de autoametralladora, uno de aquellos famosos vehículos blindados, de

fabricación local, que los judíos bautizaron con el nombre de *sandwiches* a causa de sus palastros protectores fijados a la carrocería. Cada convoy iba acompañado por seis vehículos de este tipo.

Todas las mañanas, a las cuatro, Yehudá Lash abandonaba su domicilio para regresar a Tel-Aviv con los camiones descargados el día anterior. Su madre no podía disimular su angustia cuando lo acompañaba hasta la puerta. Yehudá se acordaría siempre de sus ojos llenos de inquietud cuando se sumergía en la noche para una nueva misión. Lash era jefe de convoy. Acababa de cumplir veinte años.

La verdadera prueba se había de soportar al regreso. Atiborrados de sacos de harina, de azúcar, de arroz y de municiones escondidas, los camiones se deslizaban como grandes escarabajos. Por término medio se precisaban tres horas para recorrer los veinticuatro kilómetros del trayecto entre Bab el Ued y Jerusalén. La «Haganah» equipó a los camiones de cabeza con planchas de *bulldozer* para romper los obstáculos. Entonces los árabes llenaron de minas tanto sus barricadas como las cunetas, para impedir que los vehículos atrapados pudieran escapar. Luego, desde sus escondites, hacían caer una lluvia de balas y granadas sobre los techos sin blindaje de los *sandwiches* de escolta.

Reuven Tamir, otro judío que cada día iba a Jerusalén, recuerda que «se cantaba siempre hasta Bab el Ued. Allá, los cantos se detenían bruscamente. Entonces, un pesado silencio envolvía al vehículo. Esto producía una extraña impresión. El único ruido que persistía era el ronroneo del motor».

Al franquear el desfiladero de Bab el Ued, Tamir cayó un día en una emboscada espantosa. «Por las ranuras del blindaje —explica— veíamos a los árabes que saltaban de roca en roca. Nos desafiaban en hebreo a salir de los vehículos». Detrás de Tamir, dos camiones ardían ya en medio de asaltantes que gesticulaban. Uno de ellos transportaba huevos. Con el calor estallaban las cáscaras, dejando caer sobre la carretera un hirviente reguero de lava amarilla. Las municiones de los judíos se agotaron pronto. Tamir se dio cuenta, súbitamente, de que no se había reservado una bala para suicidarse. Por fortuna, aquel día el Ejército británico llegó justo a tiempo de salvar al convoy de un total aniquilamiento.

Pero tales intervenciones eran tan raras, que el trayecto de Bab el Ued a Jerusalén se convirtió pronto en un cementerio de vehículos calcinados. Ennegrecidos por las explosiones de las granadas y los «cócteles Molotov»; destrozados por las minas; despojados de todo lo que se podía desmontar, aquellas carcasas recordaban constantemente el precio que la «Haganah» debía pagar para abastecer a Jerusalén. Para los jóvenes «Furmanim» que emprendían dos veces al día este camino del calvario, cada resto era el recuerdo de un amigo cuya juventud se había acabado allá, en el barranco de Bab el Ued. Entre ellos había un poeta:

A cada lado de la carretera nuestros muertos se amontonan.
El esqueleto de metal está tan silencioso como mi amigo.
¡Bab el Ued!
Acuérdate para siempre de nuestros nombres.
Bab el Ued, en la carretera hacia la ciudad.

Abdel Kader estaba a punto de ver cumplido su juramento. Jerusalén estaba casi estrangulada. Para cien mil judíos, la perspectiva de tener que sostener los rigores de un asedio se hacía cada vez más real. Así, tres años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, la ciudad que simbolizaba la paz para toda una parte de la Humanidad iba a conocer la penuria, el racionamiento, las alarmas de las incursiones aéreas, todo el cortejo, en fin, de sufrimientos que las ciudades de Europa comenzaban a olvidar. La «Agencia Judía» encargó a su consejero jurídico, un taciturno hombre de leyes, llamado Dov Joseph, que preparase a la población para aquella prueba.

Era una elección sensata. Toda su vida, Joseph había profesado un culto particular a Jerusalén. Durante su infancia, mientras sus jóvenes vecinos de Montreal jugaban en la nieve, él pasaba las tardes de los largos inviernos canadienses en la escuela hebrea de su barrio, fascinado por un grabado del templo de Salomón, tal como había de ser en tiempos del reino de Israel. Descubrió a Jerusalén en 1918, bajo el casco colonial de un sargento de la «Brigada Judía». Cuando se encontró con los vestigios del monumento que había forjado su imaginación de niño, Joseph se sintió anegado de emoción. Tres años después regresó definitivamente a Jerusalén, casado con la primera judía de América del Norte emigrada a Palestina. Obstinado en la persecución de sus objetivos, Joseph era tan duro e intransigente para los demás como para sí mismo. Ante la perspectiva de los penosos días que aguardaban a sus conciudadanos, estaba resuelto a no tolerar ninguna debilidad. Su tarea era agobiante: todos los problemas de una ciudad en estado de sitio iban a recaer sobre sus hombros.

En primer lugar se ocupó de la organización del abastecimiento y procedió a un riguroso inventario de las reservas alimenticias de los depósitos municipales y almacenes privados. Desde principios de enero, los víveres que aún llegaban a Jerusalén fueron colocados bajo su control y almacenados en refugios seguros. Una noche hizo incluso trasladar un depósito frigorífico cuya situación le parecía amenazada por los francotiradores árabes de Sheij Jerrah. Puesto en acción, el comando logró evacuar varias decenas de barriles de arenques congelados y gran cantidad de carne de buey.

Con ayuda de dos especialistas en nutrición, Joseph determinó la ración alimentaria justa para permitir a los habitantes no morir de hambre. Luego calculó las cantidades diarias, semanal y mensual de las provisiones necesarias para satisfacer

estas lastimosas raciones. A continuación hizo imprimir secretamente cartillas de racionamiento como las que habían conocido las poblaciones de París, Atenas y Leningrado.

Un azote aún peor que el hambre amenazaba a Jerusalén. Sus habitantes corrían el peligro de morir de sed. La casi totalidad del agua que abastecía a la ciudad procedía de los manantiales de Ras el Ain, situados en la llanura de Shaaron, a unos cien kilómetros al Oeste. Pero las cuatro estaciones de bombeo que elevaban el agua hasta mil metros de altura, y las enormes conducciones, de cuarenta y cinco centímetros, atravesaban un territorio tan sólidamente en poder de los árabes como las gargantas de Bab el Ued. Incluso la escasa cantidad suministrada por uno de los más antiguos manantiales que abastecían a la ciudad, los depósitos del rey Salomón, estaba controlada por las fuerzas de Abdel Kader. Cuando se marcharan los ingleses, los árabes podrían reducir así a su merced a Jerusalén, sin disparar un solo tiro, privándola del elemento más indispensable para su existencia. Bastaría una simple carga de dinamita. Para hacer frente a este peligro, Dov Joseph sólo disponía de un recurso: el agua de las cisternas que la Administración británica tuvo la juiciosa idea de hacer instalar bajo cada casa nueva que se construía en Jerusalén. En diciembre procedió secretamente a hacer una lista de tales cisternas. Decretó en seguida su requisa y confió a Zvi Leibowitz, ingeniero del servicio de aguas, la tarea de llenarlas metódicamente y precintarlas. Esas cisternas —pensaba— serían su único recurso si los árabes cortaban el suministro de agua a Jerusalén.

La única central eléctrica de la ciudad tenía también una importancia vital para los judíos, que consumían el noventa por ciento de su producción. Estaba situada al sur de la aglomeración urbana. Treinta toneladas diarias de carburante eran necesarias para hacer girar sus generadores. En espera de que la «Haganah» se apoderase de ella, Alexander Singer, el ingeniero que había dejado sus dos gatos en Katamon, fue encargado de constituir en seguida una reserva de fuel. Finalmente, en caso de que las principales instalaciones hospitalarias, situadas en el monte Scopus, fueran cortadas del resto de la ciudad, Joseph hizo disponer una serie de puestos de socorro en el interior mismo de los barrios judíos. Se abrió un banco de sangre para responder a sus necesidades.

De todas las responsabilidades asumidas por el austero hombre de leyes, ninguna le causó tanta angustia como la decisión que hubo de tomar a primeros de febrero. Las amenazas se agravaban, y se le presionó para que ordenara la evacuación hacia la costa de las mujeres y niños de Jerusalén. Esta evacuación ofrecería enormes ventajas. Principalmente, aportaría un alivio inmediato a los problemas de abastecimiento de agua y comida. No obstante, Joseph rehusó. Fuese cual fuese su preocupación por poner a salvo a las decenas de millares de mujeres y niños, le pareció que los hombres de Jerusalén mostrarían más ardor en proteger la vida de sus

familias que en defender una ciudad vacía. Ni aquellos hombres ni Joseph se hacían ilusiones sobre la suerte de aquellas familias si la ciudad fuese ocupada. La conciencia de la responsabilidad que, en este caso, tendría ante la Historia, iba a pesar grandemente en él durante los próximos meses. Años más tarde afirmaría, al recordar los motivos de su negativa:

—No teníamos derecho a elegir el camino fácil.

A diez kilómetros de allí, otros hombres discutían también los problemas de Jerusalén. Se encontraban desde hacía días en las salas de reunión de la Organización de las Naciones Unidas, y no lograban ponerse de acuerdo sobre una simple cuestión de calendario. Mientras Dov Joseph decidía el destino de las mujeres y niños de su ciudad, otro problema se planteaba en Nueva York a los miembros de las Naciones Unidas. Llegaron a una conclusión: si debían honrar con un día festivo las solemnidades de todas las religiones presentes en Jerusalén, el año no tendría bastantes días.

Esta preocupación ilustraba la futilidad en la que se hundían los trabajos de la ONU relativos a la internacionalización de Jerusalén. Durante seis semanas, mientras la situación en la ciudad se deterioraba sin cesar, los miembros del comité habían discutido, párrafo por párrafo, la Carta que iba a dar nacimiento a la primera ciudad internacional del mundo. Ampliaron sus límites geográficos para incluir Belén y otras tres ciudades árabes, lo cual equilibraba la importancia numérica de las dos comunidades. El país debía ser dividido en tres sectores.

Uno sería asignado a los árabes; otro, a los judíos, y el último, constituido por el núcleo histórico de la ciudad vieja con sus murallas, al mundo entero. Jerusalén sería desmilitarizada y administrada por un gobernador, nombrado por las Naciones Unidas y asistido por un Consejo Legislativo electo. La justicia sería administrada mediante canales cuya complejidad era propicia para dejar perplejos a los casuistas más puntillosos de la Ciudad Santa. El comité había pensado incluso en darle una bandera, la de las Naciones Unidas, realzada con el escudo de Jerusalén y la expresión latina *Corpus separutum*, que subrayaría su entidad. Los trabajos del comité fueron recopilados, finalmente, en un informe de cuarenta páginas, oficiosamente llamado *Plan T/118*. Era un proyecto serio y cuidadosamente elaborado, pero, sin duda, tan lejos de la realidad que los acontecimientos iban a engullirlo tan rápidamente como la marea borra las inscripciones sobre la arena de la playa.

Los árabes consideraban este informe como una simple cláusula de un plan del reparto que ellos rechazaban en bloque, permaneciendo irreductiblemente opuestos a la internacionalización. «Los habitantes de Jerusalén, que no son santos, no deben ser castigados, porque su ciudad sí es santa», declaró uno de sus representantes en las Naciones Unidas.

En cambio la posición judía se había modificado. Opuesta en principio a la internacionalización, la «Agencia Judía» luchaba ahora activamente en su favor. En efecto, la presión árabe alrededor de la ciudad se había hecho tan fuerte, que esa solución les parecía a algunos como la única garantía de seguridad para la población judía. La «Agencia Judía» se esforzó, pues, en colocar ante las consecuencias de su elección a los Estados que habían reclamado la internacionalización. Si el Occidente cristiano quería conservar alguna soberanía sobre Jerusalén, debía consentir en pagar el precio y, para empezar, había de financiar una fuerza internacional de Policía para mantener la paz.

Los representantes sionistas recorrieron las cancillerías para defender la creación de tal fuerza, pero sin obtener ningún resultado. Desesperadamente, los jefes judíos, en una reunión secreta celebrada en febrero, en el Consulado de los Estados Unidos en Jerusalén, pidieron el envío urgente de quinientos marines. Esta sugerencia no tuvo más efecto que el de sembrar la consternación en Washington. Fuere cual fuere su simpatía por la causa judía, la Administración Truman no deseaba, en ningún caso, tomar la responsabilidad de enviar tropas americanas al extranjero en pleno año electoral.

Pero lo que causaba más angustia e inquietud a los dirigentes judíos era la política de la única potencia presente en Palestina. La parcialidad manifestada por la Policía británica durante el reciente saqueo del Centro Comercial no había sido accidental. Por el contrario, la población judía podía comprobar que la Administración británica era cada vez más antisemita a escala individual y cada vez más árabe a escala política.[8]

Los temores de los judíos no estaban injustificados. Durante los dos meses que siguieron al reparto, cincuenta hombres y mujeres de la «Haganah» habían sido encarcelados en Jerusalén por el único delito de llevar armas. Durante el mismo período, las autoridades británicas no habían puesto impedimento alguno a los árabes armados que circulaban por la ciudad. Richard Catling, jefe del «Criminal Investigation Department», resumió la actitud británica al observar: «Nos era indiferente que los árabes se pasearan con el pecho lleno de granadas y balas, siempre que no nos plantearan problemas». Cuando el prefecto de Jerusalén recibió quejas respecto a la «libertad, cada vez mayor, con la que sirios y otros personajes armados se reunían en los lugares públicos de Jerusalén», la única medida que se dignó tomar fue la de «advertir a los jefes árabes que vigilaran para que sus tropas hicieran más discreta su presencia».

Oficialmente, Gran Bretaña imponía tanto a los árabes como a los judíos una estricta confiscación de las importaciones de armamentos. Sin embargo, el 9 de enero firmaría un importante contrato de venta de armas con Irak. Una cláusula secreta autorizaba a Irak a utilizarlas «para asumir sus responsabilidades con relación a la

Liga Árabe». No podía existir duda alguna. Esas responsabilidades se situaban en Palestina.

Mientras la Royal Navy interceptaba los barcos judíos llenos de hombres en edad de servir en la «Haganah», el Ejército dejaba franquear las fronteras a centenares de partisanos árabes armados. Por su parte, los representantes de Gran Bretaña en las Naciones Unidas y en Jerusalén negaban tener conocimiento de esas infiltraciones, reveladas, sin embargo, por los servicios de espionaje británicos, cuyos informes eran robados cada semana por los espías judíos. Los ingleses conocían el día, la hora, el lugar y la importancia de cada penetración árabe.

Gran Bretaña procuró también impedir el viaje a Palestina de los cinco hombres encargados por las Naciones Unidas de preparar *in situ* la aplicación del Reparto. Su delegado en la ONU, Sir Alexander Cadogan, aseguró al Consejo de Seguridad que los cinco diplomáticos corrían el riesgo de ser asesinados si ponían pie en Palestina.

Esta actitud demostraba hasta qué punto el jefe del Foreign Office y su cortejo de consejeros proárabes no se resignaban al Reparto. Si éste se revelaba de antemano inaplicable, la solución del problema palestino podría ser confiada a la Gran Bretaña. Ernest Bevin buscaría entonces una solución más de acuerdo con sus ideas. Y nada podía favorecer mejor esta eventualidad que la oposición armada de los árabes al Reparto, anunciada por los despachos recibidos en el Foreign Office.

Por haber firmado innumerables despachos desde hacía treinta años, el principal autor de los mismos gozaba en Londres de una infalibilidad casi legendaria. Jefe de los Servicios Secretos británicos en Oriente Medio, el general Gilbert Clayton era, sin embargo, tan distraído, que sus colegas afirmaban que «podía olvidar ponerse los pantalones para trasladarse a su despacho». Uno de los últimos supervivientes de la epopeya de Lawrence, Clayton era un viejo zorro de la política árabe. En El Cairo, Damasco, Bagdad y Ammán, no había un solo salón o un pasillo de palacio, de Ministerio o de hotel que no hubiese visto, regularmente, pasar su pesada silueta de conspirador al acecho. Lo que hoy afirmaba era precisamente lo que Bevin y compañía querían oír. «Los árabes —escribía— quieren ir a la guerra, guerra que ganarán».[9]

Esta perspectiva reforzaría al Foreign Office en su decisión de no hacer nada que pudiera acelerar la aplicación del plan votado por la ONU y comprometer la base de su política en la región: la amistad con los árabes. Pero esta actitud no podía más que agravar el temor de los judíos. Confirmaba la predicción que acababa de hacer Sir Henry Gurney, secretario general del Gobierno británico en Palestina, con motivo de una reunión en el Consulado de los Estados Unidos. Considerando que toda discusión sobre el papel de las Naciones Unidas en Palestina era una pérdida de tiempo, el inglés declaró:

—Cuando lleguen las Naciones Unidas, Palestina no será ya más que un navío a

merced de la tempestad.

12

LOS VEINTICINCO *STEPHANS* DE GOLDA MEIR

El camión se detuvo ante el césped. Cinco hombres, cargados de cuerdas y planchas, descendieron y avanzaron con precaución en la oscuridad. Uno de ellos encendió una antorcha, y, a su vez, aparecieron los contornos metálicos de dos cañones turcos. Detrás, en el dintel de una puerta, una placa revelaba el nombre de la institución cuya entrada guardaban simbólicamente. Era el «Menorah Club» de Jerusalén, lugar de cita de los veteranos de la «Brigada Judía» en la Gran Guerra. Los dos cañones eran reliquias de este conflicto. Conservados desde hacía treinta años sobre el césped del club, eran la encarnación de la victoria británica sobre el imperio otomano y consagraban la parte que le correspondía a la «Brigada Judía».

Aquella noche, Elie Sochaczewer, ingeniero polaco de la «Haganah», fue a buscarlos para un nuevo combate. Desmontados y preparados convenientemente, se convertirían en las dos primeras piezas de artillería del ejército judío.

Que la «Haganah» sustrajera aquellas piezas de museo, en plena noche, de su honorable emplazamiento, y que pudiera asimilarlas a piezas de artillería era un buen testimonio de la pobreza de los judíos en armas pesadas. Pero la necesidad de las mismas era tan apremiante, que el Gran Rabino de Jerusalén había concedido una dispensa, a los obreros de los talleres clandestinos de Sochaczewer, para trabajar el sábado, a fin de convertir en morteros los cañones turcos. Llamados «Davidka», por el nombre de su inventor, David Leibovich, un ingeniero agrónomo oriundo de Siberia, los morteros constituyeron las únicas piezas de artillería pesada del arsenal de la «Haganah» durante el invierno de 1948. Disparaban un obús hecho con un trozo de tubo relleno de explosivo, clavos y chatarra. Su alcance y precisión, según los especialistas, «eran comparables a la honda de David». Sin embargo, los «Davidka» tenían una ventaja innegable: el ruido de sus obuses bastaba para aterrorizar a las poblaciones.

Ocultos en garajes, graneros o apartamentos transformados apresuradamente en laboratorios de emergencia, otros habitantes de Jerusalén trabajaban aquel invierno en la producción de armas improvisadas para la defensa de su ciudad. Para ello, la comunidad judía solicitó los servicios de algunos de los sabios más famosos del mundo. Así fue como Joel Racah y Aaron Kachalski abandonaron sus trabajos sobre los secretos de la Física nuclear y la Química molecular para consagrarse a la más trivial de las tareas científicas. Día y noche, en un apartamento del barrio de Rehavia,

los dos maestros en los misterios de la materia trabajaban sencillamente en inventar un explosivo mejor para los «Davidka». En otro apartamento, dos estudiantes de Física y Química de la Universidad hebrea fabricaban granadas y una variedad de objetos trucados, destinados a ser esparcidos por los barrios árabes. Para poner a punto el detonador de sus granadas, Jonathan Adler utilizó un manual que describía las hazañas de otra organización clandestina: el IRA (Ejército Republicano Irlandés). En una habitación del barrio de Mea Shearim, un estudiante sordomudo, llamado Emmanuel, fabricaba el mortal fulminante de mercurio imprescindible para los detonadores de Adler. Otro grupo de estudiantes, en una cervecería abandonada del suburbio de Givat Shaul, producían la cheddita para las minas, partiendo de una gran cantidad de insecticida encontrado cerca de la estación.

Sin embargo, en la región costera, más segura, fue donde los judíos desplegaron sus mayores esfuerzos. Su principal animador era un veterano de la «Haganah» que perdió una mano experimentando con explosivos. Hijo de un molinero ucraniano, Joseph Avidar utilizó algunas de las máquinas compradas en los Estados Unidos por Chaim Slavin para montar una fábrica clandestina de metralletas y cartuchos. Estaba oculta en unos sótanos del kibbutz de Maagan Michel, al sur de Tel-Aviv. Se entraba por una trampilla disimulada en la lavandería donde los habitantes del kibbutz limpiaban los uniformes del Ejército inglés. Para justificar su extraordinario consumo de energía eléctrica, sus cables pasaban por los hornos de la panadería, cuya chimenea le servía también como orificio de ventilación.

El problema técnico más grave con el que se enfrentó Avidar fue el de los casquillos. Lo había resuelto de manera original al encargar varios centenares de miles de estuches de lápiz de labios a un laboratorio inglés de cosméticos. Para experimentar sus municiones, Avidar instaló una galería de tiro subterránea. Más de tres millones de cartuchos saldrían, antes de julio de 1948, de la pequeña fábrica clandestina.

Otras instalaciones cerca de Hadera producían obuses de mortero ligero. Un taller de embalaje de una plantación de naranjas en la zona de Haifa se utilizó para empaquetar cincuenta mil granadas. Una de las más importantes realizaciones del infatigable Avidar era la transformación de los famosos vehículos *sandwiches*, indispensables para la protección de los convoyes que se dirigían a Jerusalén. El blindaje que protegía estos vehículos estaba hecho con dos planchas de metal de cuatro milímetros de espesor. Entre ellas iba una chapa de madera de cincuenta milímetros. Podía detener una bala de pequeño calibre disparada desde veinte metros de distancia, pero su peso enlentecía en forma sensible la rapidez de los vehículos. Avidar era asediado constantemente por inventores, que le proponían sistemas de protección menos pesados, constituidos, por ejemplo, con hojas de materia plástica. Para verificar su eficacia pedía a los inventores que se las pusieran en el pecho, a

veinte metros de él para someterlas a la prueba de su revólver. Esta experiencia tentó a tan pocos candidatos, que los *sandwiches* de madera y metal siguieron equipando los vehículos blindados judíos.

Por doquier, pero sobre todo en Jerusalén, la «Haganah» enriquecía su arsenal comprando armas a sus enemigos. Ocultos en camiones de zanahorias o coliflores, algunos fusiles y cajas de municiones les llegaban así, comprados a los árabes por intermedio de comerciantes armenios. Los ocupantes británicos se revelaron también como excelentes proveedores. A finales de enero, dos suboficiales entregaron un camión lleno de municiones contra el solo pago de una copa de coñac y un agradecido apretón de manos. Otro suboficial vendió por mil libras esterlinas su autoametralladora repleta de metralletas, bidones de gasolina y cajas de provisiones.

Algunas incursiones, cuidadosamente preparadas, a los depósitos de armas británicos, vinieron a completar los aprovisionamientos. Inspirada por la compra de su primer vehículo blindado, la «Haganah» de Jerusalén envió un comando a la zona de seguridad de Bevingrad. Disfrazados de soldados británicos, los judíos regresaron con un «Daimler» blindado nuevo. Como un buque fantasma, el ingenio empezó entonces a aparecer y desaparecer misteriosamente por las calles de la ciudad, hasta que los árabes quedaron persuadidos de que la «Haganah» poseía una auténtica flota de autoametralladoras.

Agobiados también por la penuria de armas, los terroristas del «Irgún» pusieron a punto sus propias tácticas para procurárselas. Cogidos de la mano, los muchachos y muchachas paseaban por las calles de Jerusalén a la búsqueda de soldados ingleses o policías aislados. Una vez elegida la presa, se le acercaban inocentemente y lo desarmaban amenazándolo con una pistola. Sólo durante el mes de enero, los enamorados del «Irgún» se apoderaron así de ochenta revólveres.

Para los árabes de Jerusalén, los ingleses constituyeron también una magnífica fuente de aprovisionamiento. Un centinela se ofreció a cerrar los ojos —por mil libras esterlinas— mientras un comando árabe saqueaba el almacén de armas que él custodiaba. Por igual cantidad, los policías negociaron la venta de su autoametralladora en una expendeduría de tabaco del barrio de Bekaa. En las desiertas calles de los arrabales de la ciudad, los *hold-up* de camiones británicos estaban organizados regularmente a cambio de algunas libras. Los servicios de las prostitutas eran también utilizados para distraer la atención de los centinelas mientras los hombres de Hadj Amin se llevaban algunas cajas de municiones. Los obreros árabes que trabajaban en estos depósitos robaban armas ligeras y piezas sueltas.

Si el potencial intelectual y científico de la comunidad árabe de Jerusalén no podía compararse con la constelación de sabios de que disponía la población judía, los árabes poseían, en cambio, expertos en armamento. Un informe del servicio británico de espionaje anunció, a principios del invierno de 1948, la llegada a

Jerusalén de veinticinco musulmanes yugoslavos, ex combatientes de la Wehrmacht. Su misión —revelaba el informe— consistía en ayudar a los defensores de la ciudad a fabricar minas y explosivos.

Por otra parte, sus largas fronteras desiertas proporcionaban a los árabes una ventaja excepcional para la organización del contrabando de armas. Un cargamento enviado por Ibn Saud se puso en marcha por este camino. Pero cuando Abdel Kader abrió las cajas, palideció de cólera. Ibn Saud le había enviado un lote de anticuados fusiles del tiempo de la Primera Guerra Mundial, con los que conquistó el desierto de Arabia. Abdel Kader los rompió uno a uno.

En los campos de batalla del desierto occidental de Libia, los árabes, a comienzos de 1948, tenían su principal fuente de aprovisionamiento de armas. Pero las violentas luchas intestinas que tan a menudo habían obstaculizado su acción, se manifestaban también aquí. Egipcios, Hermanos Musulmanes y palestinos se disputaban la cosecha de las arenas, pujando unos sobre otros cerca de los beduinos que recuperaban las armas, atacando y saqueando sus convoyes.

Sin embargo, en los campos de las caravanas, bajo los cargamentos de fruta o legumbres de los camiones y en los portaequipajes de los automóviles, los fusiles reencontraron las rutas hacia Palestina seguidas por generaciones de traficantes de *haschisch*. Una gran cantidad alcanzó, finalmente, los *suks* de Jerusalén. Durante aquel invierno de 1948, esta mercancía era tan buscada, que su precio no guardaba relación alguna con su valor real. Un viejo máuser oxidado se vendía por cien libras, o sea, cuatro veces más que uno completamente nuevo en el paraíso checo de Ehud Avriel y Abdul Aziz Kerin.

Situada como un terminal sobre el eje histórico que une El Cairo con Bagdad, Damasco, capital de Siria, era el tradicional epicentro de las múltiples explosiones que sacudían al mundo árabe. Milagro de verdor surgido en el desierto, inspiraba tanto respeto, que la leyenda quiso que el Profeta, a su vista, tuviera que volverse atrás, porque «no se puede entrar dos veces en el Paraíso». Era la cuna de esa dinastía de califas omeyas que había reinado sobre el imperio más vasto de la Tierra. Desde las conquistas por las hordas asirías y la conversión de Pablo de Tarso hasta el derrumbamiento del Imperio otomano, en 1918, toda la historia de Oriente pasó bajo sus muros. Parecía natural que, con ocasión de una nueva campaña de Palestina, Damasco reencontrara su antigua vocación y se convirtiera, una vez más, en el principal centro de los preparativos árabes, así como en el punto de reunión hacia el que convergía una extraña migración de mercaderes, mercenarios y voluntarios entusiastas. Capital de una nación política y militarmente independiente, Damasco representaba un santuario ideal para reunir, equipar y formar a esos voluntarios, la base desde donde podrían introducirse en Palestina y el Cuartel General desde donde sus jefes prepararían el asalto decisivo.

El bullicioso y oscuro laberinto de sus *suks* escondía el mercado de armas más floreciente de Oriente. Se encontraban allí fusiles franceses de la preguerra, metralletas británicas, máusers de la Wehrmacht e incluso algunos bazookas americanos. Montañas de uniformes militares que habían pertenecido a seis ejércitos diferentes se hallaban juntos en los suntuosos escaparates de brocados y sedas por los que Damasco se había hecho célebre.

Pero, sobre todo, la ciudad era el teatro donde se enfrentaban todas las facciones del mundo árabe que pretendían dirigir el combate de Palestina. En sus arrabales, no lejos del modesto mausoleo donde dormía el más ilustre general del Islam —Saladino —, otro general había instalado sus cuarteles en los viejos barracones del Ejército francés. Nombrado por la Liga Árabe, en su reunión del mes de diciembre en El Cairo, Ismail Safuat Pachá, un iraquí de cincuenta y dos años, era, en teoría, el comandante en jefe de todas las fuerzas árabes que debían intervenir en Palestina: los combatientes de la guerra santa de Hadj Amin, el ejército de liberación de los voluntarios extranjeros creados por la Liga Árabe e incluso los ejércitos árabes regulares, por si alguna vez sus Estados entraban en guerra. Safuat Pachá no tardaría en descubrir que en ese avispero de intereses políticos y ambiciones contradictorias, su autoridad real sólo se ejercía sobre el puñado de oficiales que constituían su Estado Mayor.

Como tantos otros de sus homólogos políticos, el general iraquí mezclaba el dominio de la palabra con la resuella negativa a considerar de frente la realidad. Ya había prometido a sus tropas «un desfile triunfal hasta Tel-Aviv». A un grupo de palestinos que se lamentaba de no poder atacar los convoyes judíos por falta de armas, no dudó en responderles:

—¡Bombardeadlos con piedras!

Advertido por su joven y muy capacitado jefe de operaciones, un transjordano llamado Wasfi Tell —el cual sirvió en el Ejército británico—, de que su marcha triunfal sobre Tel-Aviv podría convertirse en un desastre a causa del deplorable estado de sus fuerzas, Safuat sólo tomó una precaución. Hizo que el informe de Tell no llegara hasta los dirigentes árabes y previno confidencialmente a su autor de que si los Gobiernos árabes tenían conocimiento de esos peligros, ninguno de ellos correría el riesgo de enviar su ejército a Palestina.

Una especie de anarquía institucional paralizaba el Cuartel General. Todo parecía faltar, excepto las cajas llenas de papeles y los *dossiers* almacenados en los despachos. No había sillas, mesas ni teléfonos. Ni siquiera había una radio para asegurar la unión con las tropas de campaña. Un enjambre de oficiales sirios e iraquíes deambulaba a través de los edificios, más familiarizados, al parecer, con la ciencia de la intriga que con la de la guerra. La distribución de fondos, la atribución de los mandos y de los grados, la delimitación de las zonas operacionales, la

repartición de armas y material, todo era objeto de regateos tan ásperos como los practicados en los *suks* de la ciudad.

El otro polo de la vida política de Damasco se centraba en los salones de un antiguo edificio en el centro de la ciudad. Medio siglo de complots e intrigas habían desgastado el terciopelo de las butacas del venerable «Hotel Orient Palace». En este invierno de 1948, el lugar permanecía fiel a su pasado. Perduraba su eterna atmósfera de misterio. Espías, soplones e indicadores se arrastraban con el oído al acecho. Personajes enigmáticos y sospechosos cuchicheaban en los rincones, sumiéndose en bruscos silencios a la aparición de determinados visitantes. Las puertas se abrían y cerraban en las habitaciones con mesas cubiertas de planos de Estado Mayor y tazas de café. Sentados en los taburetes del bar, los agentes de información de las potencias occidentales vigilaban los conciliábulos, adoptando un aire de indiferencia que no engañaba a nadie.

La llegada de un cliente de postín, a principios de febrero, subrayó el papel que desempeñaban Damasco y el «Orient Palace» en los asuntos de Palestina. Acompañado de sus principales colaboradores, Hadj Amin tomó posesión de un piso completo del hotel. Frecuentó los salones y corredores con el aire misterioso que le era natural, escoltado siempre por sus guardaespaldas, con los cinturones repletos de puñales y pistolas. A veces, cuando se sentaba, un pliegue indiscreto de su túnica descubría el chaleco blindado a prueba de balas, que le ofreció su antiguo protector, Adolf Hitler.

Hadj Amin tenía todas las razones para ponérselo, ya que no carecía de enemigos en Damasco. Su desmesurada ambición de hacer de Palestina su feudo personal; la ola de asesinatos que acompañó su subida al poder; su intransigencia y la ferocidad con que podía revolverse contra sus rivales, le habían dejado pocos amigos entre sus hermanos árabes. Era, decía Sir Alec Kirkbride —embajador de Gran Bretaña en Ammán—, «como la Reina Roja en *Alicia en el país de las maravillas*. Había excitado tanto las pasiones de sus compatriotas, que siempre debía mostrar un fanatismo extremo para mantenerse en su lugar».

Desde la reunión, en diciembre, de la Liga Árabe en El Cairo, Hadj Amin no cesó de reclamar que le fueran enviadas las armas y el dinero recogidos para distribuirlos él mismo. Era hostil al principio de este Ejército de Liberación que la Liga estaba a punto de constituir. «¿Para qué crear un ejército de extranjeros —decía asombrado a los que le rodeaban—, cuando tenemos en Palestina dos mil hombres prestos a batirse si se les dan armas?». Una doble ambición condujo al Mufti a Damasco. Si no lograba impedir la creación del Ejército de Liberación, era preciso, al menos, que su jefe fuese uno de sus lugartenientes. Quería transformar, a continuación, el Alto Comité Árabe, que él presidía, en una especie de Gobierno provisional de Palestina, dotado con los mismos poderes y prerrogativas que la «Agencia Judía».

Su primera entrevista importante en la capital siria la sostuvo con el general Safuat Pachá. El encuentro fue todo menos cordial. El iraquí acusó al Mufti de malversación de fondos, robo de armas, corrupción, nepotismo y de preferir, en la elección de responsables, la lealtad política a la competencia militar; en una palabra, de acaparar el esfuerzo común en el solo provecho de sus ambiciones.

Sus relaciones con los jefes políticos árabes le aportaron otras decepciones. Los más significativos, como Azzam Pachá, secretario general de la Liga Árabe, aseguraban cuán prosionista se había convertido la opinión del mundo tras el descubrimiento de las atrocidades nazis. También alimentaban pocas ilusiones sobre las simpatías que podían suscitar los palestinos que durante tanto tiempo habían tenido como jefe a un antiguo aliado de Hitler.

En cuanto a los ingleses, estaban persuadidos de que, finalmente, se podría hallar una solución más favorable a los árabes que el Reparto, si la diplomacia de las cancillerías de los Estados árabes sustituía a la intransigencia del Mufti. Por eso Londres dejó entender a Azzam Pachá y al Primer Ministro de Siria, Jamil Mardam, que Gran Bretaña se opondría a la creación del Ejército de Liberación si éste debía ser controlado por el Mufti, mientras que, en caso contrario, adoptaría una actitud benévola. Finalmente, el rey Abdullah dio a conocer su hostilidad a cualquier Gobierno eventual del Mufti en Palestina. Era, en suma, una oleada general de oposición lo que provocaban las ambiciones de Hadj Amin.

El Ejército de Liberación tuvo pronto tan numerosos partidarios que nada, al parecer, podía en adelante retrasar su creación. El papel cada vez más importante que estaría llamado a desempeñar, le daría un derecho de prioridad sobre todos los recursos de la Liga Árabe, fondos y armas. Tras una serie de agitadas reuniones, convocadas por el presidente de la República Siria, Chukri el Kuwatly, se decidió un segundo reparto de Palestina, que atribuía distintas zonas de influencia a las fuerzas del Mufti y a los voluntarios extranjeros del Ejército de Liberación. Mientras los sectores de Jerusalén y Jafa permanecían en manos de Hadj Amin, al ejército de voluntarios se le confiaba toda la mitad norte del país. Pero la decepción más cruel que Hadj Amin debía sentir en Damasco fue causada por la elección del personaje que sus colegas nombraron como jefe de este ejército.

Con su rostro lleno de cicatrices, su cuello macizo y sus cortos cabellos rojos, Fawzi el Kaukji parecía más un oficial prusiano que un jefe árabe. Entre las numerosas medallas que decoraban su pecho, la que apreciaba más era una cruz de metal negro, la única distinción —según él— de un verdadero guerrero. Había ganado la Cruz de Hierro de segunda clase treinta años antes, como joven teniente del Ejército otomano, durante otra campaña palestina, combatiendo contra los ingleses al lado de los prusianos del general Von Kreiss. Después no cesó de admirar incondicionalmente a la raza germánica, pero debió esperar a recibir una herida grave

en Irak, en 1941, para realizar su sueño de visitar la capital alemana. Transportado a un hospital de Berlín, pasó su convalecencia frecuentando las *boîtes* del Reich en guerra. Una noche se encontró con una encantadora muchacha rubia. Como un príncipe de *Las mil y una noches*, hizo traer a su mesa los dos artículos más raros de la capital nazi: una botella de champaña «Viuda Clicquot» y un paquete de «Camel». Pese a los treinta años que los separaban, la alegre *gretchen* y el aventurero árabe formaron desde aquella noche una pareja inseparable. Frau El Kaukji seguía a su marido como su sombra.

El Kaukji nació en el norte del Líbano e inició su carrera militar en el Ejército turco. Cuando el Imperio otomano vaciló, se enroló con los ingleses para espiar a los turcos. A continuación espió a los franceses, siempre por cuenta de los ingleses; luego, a los ingleses para los franceses y, finalmente, a los franceses e ingleses por cuenta de los alemanes. Alcanzó la cima de su gloria durante la revuelta palestina de 1936 contra los ingleses. Sus innumerables proezas le valieron un gran renombre entre la población árabe, así como la consideración de Hadj Amin. Pero éste no tardó en sentir celos de tanta popularidad y procuró alejar al joven libanés. El Kaukji recibió dinero y armas para trasladarse a Irak y fomentar una revolución contra los ingleses. Pero desapareció después de haber «engullido las armas, el dinero y la rebelión», según el círculo de amistades del Mufti.

De todas formas, el Mufti sólo pedía a los suyos su lealtad y servilismo. El Kaukji no supo testimoniar ni lo uno ni lo otro. Las peripecias de la guerra mundial los reunieron en Berlín, pero el odio que se profesaban se enconó aún más. Aprovechando, como Hadj Amin, el caos del derrumbamiento alemán, El Kaukji huyó a Francia, desde donde logró alcanzar Egipto. Allá fue donde reapareció para anunciar:

—Estoy a disposición del pueblo árabe, en caso de que me pidiera volver a tomar las armas por él.

Los dirigentes árabes aceptaron este ofrecimiento. Esperaban, mediante esta elección, alcanzar un doble fin: contrarrestar la influencia de Hadj Amin y colocar en un puesto clave a un verdadero jefe militar. Pero la extraña restricción que acompañó a este nombramiento revelaba en qué clima de suspicacias se desarrollaban las negociaciones de Damasco. Los ministros sirios prohibieron a El Kaukji entrar en contacto con sus tropas en su territorio. De la villa donde lo tenían prácticamente secuestrado, no le dejarían salir más que para atravesar la frontera. En efecto, temían, que, seducido en el último momento por una facción política rival, El Kaukji fuese tentado de cambiar de dirección y marchar sobre los Ministerios de Damasco en vez de los kibbutz de Palestina.

A través de la Radio, de grandes anuncios en los periódicos y de pasquines en las mezquitas y cafés, los jóvenes del mundo árabe fueron llamados a engrosar las filas

del ejército de El Kaukji para defender Jerusalén. Estas llamadas prometían el considerable salario mensual de sesenta libras sirias a la tropa, y los sueldos del Ejército sirio, a los oficiales y suboficiales. De los superpoblados barrios bajos de El Cairo; de los tenebrosos *suks* de Alepo; de las riberas del Tigris y del Éufrates; de las orillas del mar Rojo y del golfo Pérsico, los voluntarios se pusieron en marcha hacia Jerusalén, tanto por su afán de aventura como por el deseo de pillaje.

Procedente del Sur, por el camino de los peregrinajes de Arabia; del Oeste, por el de Mossul y Bagdad, a través de las soledades del desierto de Irak, y del Este por el verde valle de Barada, una ruidosa multitud confluyó sobre Damasco. Los voluntarios llegaban en camiones descubiertos o en patéticos autobuses viejos recubiertos de banderas, de flores y de pancartas con eslóganes patrióticos. Se veían allí los grandes autocares plateados de la «Compañía Nairn», robustos bajeles de la línea Bagdad-Damasco con los techos cubiertos por la arena del desierto; taxis procedentes de todos los rincones del mundo árabe, algunos de ellos tan cargados, que sus tubos de escape tocaban el asfalto; bicicletas, carros decorados con flores, caballos cubiertos de terciopelo, camellos ornados con pequeños espejos que reflejaban el sol, muías tocadas con extravagantes sombreros. A veces, una audaz pancarta adosada a los flancos de un camión o un autobús revelaba el nombre de sus ocupantes. Eran los «Leones de Alepo» o los «Halcones de Basora». Y todos atravesaban la ciudad en una alegre cabalgata de gritos, cánticos y disparos.

Una increíble multitud se abatía sobre Damasco. Había estudiantes de Beirut, de El Cairo y de Bagdad, ardiendo en fervor juvenil; intelectuales de la burguesía vestidos con trajes o con *jodhpurs*, con un *keffieh* alrededor de la cabeza, decididos a vengar la, a sus ojos, injusticia de que su pueblo había sido víctima; jóvenes políticos sirios, como Akram Hurani y Michel Aflak, fundadores del partido «Baas», convencidos de que Palestina sería el caldero de sus ideas revolucionarias; Hermanos Musulmanes egipcios tan ansiosos de derribar el régimen de su país como de marchar sobre Tel-Aviv; iraquíes separados del Ejército tras el aplastamiento de la sublevación de 1941 contra la monarquía; sirios francófilos que habían trabajado para todos los servicios secretos franceses, comprendidos los de Vichy; veteranos de la revolución palestina de 1936; campesinos haraneses, cherkeses, kurdos, drusos, alauitas, infiltradores comunistas. También había ladrones, aventureros, bandidos locos, todos los charlatanes del mundo árabe, con el corazón lleno de odio contra los franceses, contra sus propios Gobiernos, contra los judíos; había todos los parias de Oriente para los que la *djihad* era más una llamada al pillaje que la defensa de la mezquita de Omar.

Su destino era una árida llanura de polvo rojizo al pie de las nieves del Hermón, a cuarenta y cinco kilómetros al sudoeste de Damasco. Plantados en este desolado decorado se encontraban algunos tristes vestigios de la ocupación francesa en Siria,

los barracones del campamento militar de Katana. Cerca de seis mil voluntarios fueron reunidos en este vasto recinto cercado de alambradas. Sus filas contaban también con algunos náufragos para los que esta cruzada era, en principio, un refugio, un pequeño grupo de desertores ingleses, prisioneros de guerra alemanes evadidos y musulmanes yugoslavos condenados a muerte por Tito por haber servido en la Wehrmacht.

No existía autoridad central para regular la vida del campamento e imponer una disciplina común. Los verdaderos oficiales eran tan escasos, que el mando se abandonaba a los jefes de bandas llegados con sus tropas. Los hombres vestían una especie de uniforme que procedía de los excedentes americanos, ingleses y franceses hallados en los suks. Las armas y municiones eran raras y, a menudo, inutilizables. Un grupo de voluntarios se dedicaba a la limpieza de los fusiles oxidados. La instrucción se dejaba al azar. La falta de municiones limitaba los ejercicios de tiro, y los reclutas que habían tenido la posibilidad de apuntar seis veces a un blanco y lanzar una o dos granadas, se consideraban ya como bien entrenados.

Pero lo que faltaba en realidad eran los medios pecuniarios para alimentar, equipar e instruir a tal ejército. Los Estados de la Liga Árabe, tan prestos a votar en El Cairo la atribución de un primer y luego de un segundo millón de libras para financiarlo, apenas habían aportado una décima parte de sus contribuciones. Azzam Pachá, secretario general de la Liga, consagró gran parte de sus actividades a suplicarles que respetaran sus compromisos.

Los dirigentes de la «Agencia Judía» en Tel-Aviv tenían las mismas dificultades económicas. Una tarde de enero fueron convocados para oír un informe de su tesorero, Eliezer Kaplan, que acababa de regresar con las manos casi vacías de un viaje por los Estados Unidos, adonde había ido para recolectar fondos. La comunidad judía americana, que durante tanto tiempo había sido el principal sostén financiero del movimiento sionista, comenzaba a cansarse de las incesantes llamadas de sus hermanos de Palestina. Mejor sería —aconsejó Kaplan— mirar la realidad de frente. No esperaba recibir de los Estados Unidos —durante los difíciles meses venideros— más de cinco millones de dólares.

Esta cifra conmovió a la asamblea como un puñetazo. Todas las miradas cayeron sobre el hombrecillo de cabellos desordenados que había escuchado el informe con una impaciencia mal disimulada. David Ben Gurion estaba mejor situado que nadie para sopesar la gravedad de lo que se acababa de decir allí. Los fusiles y las ametralladoras compradas en Praga por su enviado Ehud Avriel podían contener a los árabes palestinos. Pero ¿qué podrían hacer contra los carros de combate, los cañones y la aviación de los ejércitos árabes regulares, cuya intervención preveía? Ben Gurion concibió un plan para equipar a un ejército capaz de resistir a tal amenaza, más para ejecutarlo tenía necesidad, como mínimo, de cinco a seis veces más de la suma

prevista por Kaplan.

—Kaplan y yo debemos partir inmediatamente para los Estados Unidos, a fin de convencer a los americanos de la gravedad de la situación —declaró.

La que había pedido por el sionismo en las calles de Denver tomó entonces la palabra:

—Lo que hace usted aquí —dijo Golda Meir—, yo no lo puedo hacer. Pero puedo ir en su lugar a los Estados Unidos para reunir el dinero que necesitamos.

El rostro de Ben Gurion se tiñó de púrpura. No le gustaba ser interrumpido.

—La cuestión es vital —respondió—, y soy yo quien debe ir con Kaplan.

Apoyado por sus colegas, Golda Meir propuso que se sometiese a votación. Dos días más tarde, con un ligero vestido como única ropa y una bolsa por todo equipaje, Golda Meir desembarcaba en Nueva York en medio de un frió polar. Su salida había sido tan precipitada, que no había tenido tiempo de ir a Jerusalén para coger ropa de repuesto. Llegada a Nueva York para buscar decenas de millones, sólo llevaba en su portamonedas un billete de diez dólares. Un aduanero le preguntó, asombrado, cómo esperaba vivir en los Estados Unidos con tan poco dinero.

—Tengo familia aquí —respondió simplemente.

Dos días después, trémula de emoción sobre el estrado de un gran hotel de Chicago, Golda Meir se encontró frente a la élite de esta familia. Ante ella estaban reunidos la mayoría de los grandes financieros de la comunidad judía americana. Dirigentes del «Consejo de Federaciones Judías» habían llegado de cuarenta y ocho Estados para examinar el programa de ayuda económica y social destinado a los judíos necesitados de Europa y de América. Su reunión y su presencia eran una pura coincidencia.

Para la hija del carpintero ucraniano, la prueba era intimidante. No había vuelto a los Estados Unidos desde 1938 y, como en sus viajes precedentes, sólo había tenido por interlocutores a sionistas fervientes y, como ella, socialistas. Aquellos con los que se enfrentaba hoy representaban un vasto muestrario de la opinión judía americana. La mayoría eran indiferentes e incluso hostiles al ideal que ella representaba.

Sus amigos de Nueva York la exhortaron a que renunciara a esta confrontación. El «Consejo» no era de tendencia sionista, le dijeron. Sus miembros estaban ya cansados de las peticiones de fondos para sus obras americanas, hospitales, sinagogas y centros culturales. Estaban hartos —como había podido comprobar Kaplan— de las peticiones extranjeras.

Golda Meir iba bien prevenida. Aunque el orden del día de la reunión se hubiese acordado hacía ya mucho tiempo, telefoneó a Henry Montor, presidente de la «United Jewish Appeal», y le anunció su llegada a Chicago.

—Se parece a las mujeres de la Biblia —murmuró un miembro de la asistencia cuando esta mujer sencilla y austera se levantó al oír su nombre.

Sin ningún papel, la mensajera de Jerusalén tomó entonces la palabra.

—Créanme —declaró— si les digo que yo no he venido únicamente a los Estados Unidos con la sola intención de impedir que setecientos mil judíos sean barridos de la superficie del Globo. Durante estos últimos años, los judíos han perdido a seis millones de los suyos, y sería por nuestra parte una gran presunción recordar a los judíos del mundo entero que algunos centenares de miles de sus hermanos están en peligro de muerte. Pero si estos setecientos mil judíos acaban por desaparecer, es indudable que durante siglos ya no habrá pueblo judío ni nación judía, y que ello será el fin de todas nuestras esperanzas. Dentro de algunos meses debe existir un Estado judío en Palestina. Nosotros luchamos para que se vea ese día. Es natural. Nos es preciso pagar por ello y derramar nuestra sangre. Es normal. Los mejores de entre nosotros han caído, es cierto. Pero no es menos cierto que nuestra moral, sea cual sea el número de nuestros invasores, no decaerá.

Reveló entonces a sus oyentes que los invasores vendrían con artillería y carros blindados.

—Contra tales armas —declaró—, nuestro coraje, tarde o temprano, no tendrá razón de ser, ya que habremos dejado de existir…

Había venido a pedir a los judíos de América de veinticinco a treinta millones de dólares para poder comprar las armas pesadas que permitieran afrontar los cañones árabes.

—Amigos míos —concluyó—, vivimos en un presente muy breve. Cuando digo que tenemos necesidad de esta suma, no me refiero al mes que viene o dentro de dos meses. ¡Es ahora! No os toca decidir si debemos o no proseguir el combate. Nos batiremos. Jamás la comunidad judía de Palestina izará la bandera blanca ante el Gran Mufti de Jerusalén. Os toca decidir quién alcanzará la victoria: nosotros o el Mufti.

Agotada, Golda Meir se dejó caer sobre su silla. Un profundo silencio se abatió sobre el auditorio, y por un instante creyó que había fracasado. Después, la asistencia se levantó por completo y prorrumpió en un torrente de aplausos. El estrado fue asaltado por los primeros delegados, que anunciaban el importe de las sumas que se comprometían a suministrarles. Antes de acabar la reunión había sido reunido más de un millón de dólares. Por primera vez en la historia de las colectas de fondos sionistas, el dinero estaba disponible inmediatamente. Los delegados telefoneaban a sus banqueros y suscribían préstamos a su nombre por los importes que estimaban poder recoger más tarde en sus comunidades. Antes de acabar esta increíble tarde, Golda Meir pudo telegrafiar a Ben Gurion comunicándole que estaba segura de reunir los veinticinco *stephans*.[10]

Maravillados por tal triunfo, los dirigentes sionistas americanos la presionaron entonces para que recorriese toda América. Acompañada de Henry Morgenthau, el

antiguo secretario de Finanzas de Roosevelt, y por un grupo de financieros, emprendió un peregrinaje de ciudad en ciudad. Renovando su patético discurso, encendió por doquier el mismo entusiasmo que en Chicago. En cada etapa, la comunidad judía respondía a su llamada con igual generosidad. Cada noche, un telegrama comunicaba a Tel-Aviv el total de los *stephans* reunidos durante el día. Numerosos mensajes partían así hacia otros destinos, a Ehud Avriel, en Praga; a Xiel Federman, en Amberes, y a todos los encargados de la compra de equipo para el ejército judío les aportaban la más reconfortante de las noticias: el anuncio de los giros bancarios que les permitirían concluir nuevas compras.

Golda Meir tuvo sólo un momento de desaliento en el curso de su extraordinario viaje. Fue en Palm Beach, Florida. Al contemplar la elegante asamblea de invitados reunidos ante su estrado; al ver las joyas, las pieles, el reflejo de la luna sobre el mar tras las cristaleras del comedor, pensó a menudo en los soldados de la «Haganah» temblando aquella noche en el frío de las colinas de Judea. Sus ojos se llenaron de lágrimas. «Estas gentes no tienen ningún deseo de oír hablar de la guerra y de la muerte en Palestina», pensaba. Se equivocó. Antes de la caída de la noche, enardecidos por sus palabras, los elegantes comensales de Palm Beach ofrecieron un millón y medio de dólares para poder comprar una manta a cada soldado de la «Haganah».

Llegada con diez dólares, Golda Meir partía con cincuenta millones de dólares. Esta suma representaba diez veces más de la que esperaba obtener Eliezer Kaplan y dos veces más que la que Ben Gurion se había fijado como objetivo. Sobrepasaba todas las recaudaciones ingresadas en 1947 por la Arabia Saudí, el mayor productor de petróleo de Oriente Medio. El hombrecillo que había deseado partir en su lugar estaba presente en el aeropuerto de Lydda para esperarla. Nadie mejor que él podía apreciar la amplitud del éxito que ella acababa de conseguir y su importancia para la causa sionista.

—El día en que se escriba la Historia —le dijo solemnemente Ben Gurion— dirá que fue una judía la que permitió al Estado judío ver su día.

13

«LA SALVACIÓN VENDRÁ DEL CIELO»

Las pequeñas hojas de papel llegaban con una regularidad reconfortante al cliente de la habitación 121 del «Hotel Alerón», de Praga. Enviada por la «Zivnostenska Banka», anunciaban la llegada a la cuenta de Ehud Avriel de una ininterrumpida marea de dólares. Era su parte de la colecta americana de Golda Meir, un fabuloso tesoro que le había permitido, en mes y medio, comprar veinticinco mil fusiles, cinco mil fusiles ametralladores, trescientas ametralladoras pesadas y cincuenta millones de cartuchos. Pero el judío que desembarcó en Praga con un cepillo de dientes y un ejemplar de *Faust* para comprar algunos fusiles soñaría, en adelante, con adquirir decenas de carros de combate, aviones y cañones.

«No te inquietes por el dinero —acababa de anunciarle Ben Gurion—; dime sólo lo que se puede comprar». Estas palabras fueron la señal de una nueva fase en la aventura judía de la compra de armas: la carrera de las armas pesadas.

Ben Gurion decidió montar una verdadera organización de compras, con sus redes, sus expertos y su sistema de enlace. Discreto paraíso de las finanzas internacionales, se eligió Ginebra como cuartel general. Al frente colocó Ben Gurion a uno de sus más antiguos compañeros, un ruso que sentía tal obsesión por el secreto, que —se decía— se miraba siempre en un espejo antes de abrir una caja fuerte, para estar seguro de su identidad. Shaul Avigur era una leyenda en la «Haganah». Superviviente de la batalla de Tel Hai, primer combate sionista librado sobre tierra palestina, y fundador de la primera red de emigración clandestina, acababa de hacer entrar en Palestina, con éxito, a quince mil búlgaros y rumanos.

Los dólares de Golda Meir eran, en principio, enviados al Banco ginebrino «Pictet et Co.», venerable establecimiento donde los financieros judíos, jugando con las diferencias de cambio de las monedas europeas, las convertían en francos suizos, después en liras italianas, en oro y, de nuevo, en dólares. Al termino de esta operación, Avriel pudo añadir algunos fusiles en cada uno de sus pedidos.

El recibo de teléfono de Shaul Avigur se convirtió rápidamente en uno de los más elevados de los Correos helvéticos. Nueva York, Praga, Buenos Aires y México estaban sin cesar en el otro extremo del hilo. De hecho, el teléfono era su único medio de comunicación, pues la «Haganah» había considerado inoportuno instalar en Suiza una emisora de radio, como existía en la mayor parte de las ciudades europeas. El nombre en clave de esta red secreta, unida a Tel-Aviv, era «Gedeón», el del gran

juez de Israel. Creada para las operaciones de emigración clandestina, iba ahora a servir para las operaciones de los compradores de armas. El emisor central estaba oculto sobre el techo de un orfelinato del monte Mario, una de las siete colinas de Roma. Cinco veces al día, una antena de dieciocho metros enviaba a «Shoshana» —la rosa—, cuartel general de Tel-Aviv, los informes de los agentes que recorrían Europa en busca de armas para los defensores de Jerusalén.

Si estos informes confirmaban los nuevos éxitos de Ehud Avriel en la compra de armas pesadas, también revelaban las crecientes dificultades que los agentes de la «Haganah» encontraban aquel invierno en otro dominio. Comprar armas era una cosa. Encontrar un barco dispuesto a forzar el bloqueo británico para transportarlas hasta Palestina era otra.

La mayor parte de los seguros marítimos estaban suscritos en Londres, y raras eran las compañías dispuestas a cubrir los de los barcos con destino a Haifa Para evitar que corrieran demasiados peligros sus preciosos cargamentos, Avriel y sus colegas arriesgaban condenarse a almacenar sus armas en Europa hasta el fin del Mandato. Pero se preguntaban si el Estado a cuya defensa se destinaban existiría después de tardar tanto tiempo en recibirlas.

Ben Gurion mostraba cada día más impaciencia a este respecto. Bombardeaba a sus representantes con furiosos telegramas pidiendo que, al menos, fuesen enviadas urgentemente algunas armas.

Ello no era empresa fácil. Xiel Federman, el Papá Noel de la «Haganah», pudo, finalmente, fletar un carguero canadiense, el *Isgo*, con Estambul como destino. Lo llenó de todas las riquezas que halló en Amberes en los depósitos de excedentes: *half-tracks* embalados en cajas con el marchamo de «tractores»; jeeps, camiones, camiones-cisterna, cajas de cascos, calcetines, tiendas, uniformes de camuflaje, capazos. Todas estas mercancías llevaban direcciones turcas. Hizo vaciar en seguida cuarenta toneladas de carbón en las bodegas del *Isgo*, hasta que un colchón de polvo negro cubrió completamente la carga. Luego comunicó al capitán del navío que el carbón era para Tel-Aviv, lo que obligaba al oficial a hacer escala en este puerto antes de alcanzar Estambul.

La víspera del aparejamiento, Federman descubrió todavía un lote de teléfonos de campaña en perfecto estado. El vendedor pedía cuarenta mil dólares al contado. Al no poseer esa suma, y como el único banquero de la ciudad que conocía se negó a prestársela, se precipitó al establecimiento de un joyero del célebre mercado de los diamantes de Amberes. En nombre de la «Haganah», hizo venir a todos los traficantes en diamantes judíos con el dinero líquido de que disponían. Cada uno llegó con un fajo de billetes envuelto en un viejo periódico o cuidadosamente guardado en un estuche. En media hora, Federman recogió cuarenta mil dólares.

Por su parte, Ehud Avriel buscó durante tres meses un buque dispuesto a

embarcar una parte de sus compras. Acabó por descubrir un barco de cabotaje, el *Nora*, en el puerto yugoslavo de Rijeka. Para que sus fusiles checos franquearan a la llegada la barrera de los inspectores de aduanas británicos, los recubrió con cien toneladas de cebollas, mercancía apropiada para desanimar su curiosidad profesional.

Pero no sólo este miserable barco de cabotaje iba a transportar armas. El *Nora* iba a proporcionarle la ocasión de otra hazaña. Un día en que Avriel se hallaba en la oficina de la agencia marítima yugoslava que le había fletado el *Nora*, un empleado le interpeló:

—¡Enhorabuena! —exclamó—. Veo que ha encontrado usted un segundo barco. Hemos dado órdenes para cargar un segundo envío de fusiles en el *Lino*.

Las espesas cejas de Avriel se estremecieron imperceptiblemente mientras dirigía una sonrisa al empleado. Él no había fletado ningún otro barco. Pero tenía buenas razones para suponer la identidad de los propietarios del cargamento del *Lino*. Abdul Asís Kerin, el oficial sirio que le había precedido en las oficinas de la fábrica de armas «Zbrojovka», de Praga, ha logrado —pensó Avriel— encontrar un barco para transportar sus fusiles a Siria. Este navío, el del árabe, no corría ningún riesgo de ser interceptado por la Royal Navy. He aquí lo que se añadía a la tarea de Ehud Avriel y los agentes de la «Haganah» en el Mediterráneo. Además de luchar porque sus envíos franquearan el bloqueo británico, ahora debían organizar su propio bloqueo para impedir que el *Lino* llegase a su destino.

«*Yakum Purkan min shemaya*»,[11] prometía la vieja oración aramea en la lengua que se hablaba en Palestina en tiempos de Cristo. En principio, ningún habitante de la Palestina contemporánea creía tanto en esta promesa como David Ben Gurion. Vivió en Londres durante el *blitz*, y sabía lo que significaba el poder aéreo en la guerra moderna. También sabía que podía ser decisiva, aun en la modesta escala de su propio combate. El transporte por aire bien podía convertirse en el medio de aprovisionar a las colonias judías aisladas a través del país, y si llegaba lo peor, incluso a Jerusalén. La idea de crear las bases de una fuerza aérea obsesionaba hacía mucho tiempo al líder judío. Pero siempre chocó con este mismo problema, aparentemente insoluble: ¿Cómo crear una aviación clandestina en un país ocupado?

La respuesta se la proporcionó uno de sus vecinos, un joven veterano de la RAF al que de pequeño tuvo en sus rodillas. En misiones de apoyo con ocasión de los desembarcos de Normandía, de escolta durante los vuelos de bombardeo sobre Alemania y de ataque contra las bases de las V2, Aaron Remez voló durante cuatro años en la RAF. Sin embargo, ninguna de sus experiencias le había causado la emoción que sintió a su regreso a Palestina. Tras las alambradas de un campo de concentración británico encontró a su padre, guardado por hombres que llevaban el uniforme del país por el que había arriesgado su vida a lo largo de toda la guerra. Lleno de amargura, se puso a redactar un extenso memorándum, destinado al

hombrecillo que vivía en la casa vecina. Era un proyecto para la creación de una fuerza aérea judía.

Este documento, así como cuatro aparatos de turismo, un avión-taxi y veinte pilotos iban a ser el punto de partida de lo que se convertiría, veinte años más tarde, en la más eficaz aviación militar del mundo. El memorándum respondía en cierto sentido a la pregunta que preocupaba a Ben Gurion. No es preciso crear una fuerza aérea clandestina en un país ocupado; hay que crearla en el exterior y preparar en el interior del país las estructuras para recibirla. Sitúe en un lugar del extranjero una red de compra de aviones, sugería a Ben Gurion el documento de Remez. Funde compañías imaginarias para darles un carácter legal. Negocie los derechos de escala en el mayor número posible de países y reagrupe los aparatos en aeródromos amigos. Reclute pilotos voluntarios, palestinos o no, judíos o no. Y espere.

Paralelamente, Remez proponía crear, en la misma Palestina, una unidad de transporte aéreo, la «Haganah Air Service». Su PM estaría disimulado en la sede de una pacífica organización instalada en Tel-Aviv, en la casa número 9 de la calle Montefiore: el «Aeroclub» de Palestina. El club disponía, en el aeródromo de Lydda, de un sencillo hangar en el que se albergaban sus cuatro «Taylorcraft» de turismo y su *Dragon* rápido «De Havilland» utilizado como taxi entre Tel-Aviv y Haifa. El presidente del club se convirtió en el primer comandante de la «Haganah Air Service», y Remez, en su primer jefe de operaciones. Se impuso como un deber reunir a todos los palestinos que poseyeran alguna experiencia de la aviación. En todo el país, los colonos se ocuparon en preparar las pistas de tierra para recibir a los aparatos. En la perspectiva más lejana del fin del Mandato, Remez preparó los planes de ocupación de las bases aéreas británicas en Palestina.

Pero no fue en Palestina, sino en Washington, donde esta naciente organización dio un paso decisivo. En una oficina del servicio de liquidación de materiales de guerra se presentó, algunos días después del Reparto, el primer voluntario extranjero del «Air Service», un joven judío americano amante de la aviación. A cambio de un cheque de cuarenta y cinco mil dólares, Al Schwimmer, antiguo comandante de la «U. S. Air Force», recibió los títulos de propiedad de los primeros verdaderos aviones de la «Haganah»: tres cuatrimotores «Constellation» prácticamente nuevos. La construcción de cada uno de ellos costó casi un millón y medio de dólares. Schwimmer completó este embrión de flota aérea con quince bimotores «C-46» para transportes a corta distancia. Para dar una familia legítima a esta pequeña colección, fundó dos compañías e hizo pintar sus nombres en los fuselajes: «Service Airways» y «Panamian Air Lines». Luego alquiló dos hangares, uno en Burbank (California) y el otro en Milville (Nueva Jersey).

No era cuestión, por el momento, de utilizar en Palestina aparatos tan pesados. Sin embargo, los ataques de Abdel Kader contra los convoyes, cada vez más

numerosos y graves, acrecentaban la necesidad de aprovisionarse por el aire. Sabiendo que los ingleses querían vender a precio de chatarra una veintena de pequeños «Auster» de observación, Remez se ocupó en hacerlos comprar por el «Aeroclub» de Palestina. No eran ni los «Constellation» ni los «C-46», pero tenían alas y un motor, y los mecánicos de la «Haganah» podrían hacer volar algunos. Cada vez que un aparato estaba listo para despegar, era pintado con los colores de los «Taylorcraft» de turismo del «Aeroclub». Sobre la cola y las alas eran dibujadas cuidadosamente las letras VQ PAI que identificaban a uno de los cuatro «Taylorcraft» del club. Trece aparatos, todos los cuales llevaban la matrícula del mismo avión, surcaron pronto los cielos de Palestina. Jamás los inspectores de la Aeronáutica Civil británica pudieron explicar las razones de la asombrosa actividad del pequeño VQ PAI.

Para los kibbutz aislados, una salvación parcial comenzó así a venir del cielo. Los pequeños aviones vigilaban las carreteras para descubrir los preparativos de las emboscadas árabes. Llevaron agua a las colonias del Negev y lanzaron en paracaídas víveres y municiones a las comunidades asediadas. Emprendían también vuelos nocturnos y aterrizaban sobre pistas improvisadas iluminadas por los faros de los camiones.

En Jerusalén, la «Haganah» preparó una especie de pista en la pendiente de un barranco, cerca de las altas murallas del monasterio griego de la Cruz, al pie de la colina donde se edificaría más tarde el Parlamento israelí. Aterrizar y despegar eran las proezas más grandes que los pilotos del «Air Service» debían realizar sobre esa porción de terreno inclinado. «Era preciso comenzar a descender —recuerda uno de ellos— cuando se sobrevolaba Castel, asegurándose bien de que no se pasaba por encima de ningún grupo de campesinos árabes. Después se picaba hacia la estación para que no lo ametrallaran a uno desde las casas de Katamon. A continuación, en viraje muy cerrado, se pasaba entre el monasterio y el valle y se descendía de golpe hacia el suelo, para evitar dos líneas de alta tensión que había al borde de la pista». Para los judíos de Jerusalén, el incesante ballet de aquellos pequeños aviones se convirtió en un elemento rutinario de su cotidiana existencia. A causa de la forma triangular de su tren de aterrizaje, pronto les dieron un apodo afectuoso. Los llamaban *Primus*, ya que tenían un aspecto tan frágil e inestable como los pequeños hornillos de tres patas sobre los que tantas amas de casa judías cocinaban aquel invierno sus alimentos.

TERCERA PARTE

SITIO DE JERUSALÉN

Primavera de 1948

14

UN LEGIONARIO EN JERUSALÉN

—¡Esta noche no sales!

El judío Shimshon Lipshitz no era hombre que infringiese a la ligera las órdenes de aquella que, desde hacía dieciocho años, presidía todos los detalles de la vida del hogar. Era un marido dulce y conciliador, y aquella noche se trataba de su seguridad. Como millares de sus conciudadanos, Lipshitz no podía recorrer los quinientos metros que le separaban de su lugar de trabajo sin exponerse a las balas de los francotiradores árabes.

Sin embargo, esta vez, la prohibición de su mujer lo hirió en lo que consideraba su mayor orgullo. Desde el primero de diciembre de 1932 no había faltado ni un solo día al trabajo. Y, fuese cual fuese la intensidad de los disparos, no tenía intención de romper esta tradición. Puso su pesada mano sobre el hombro de su mujer y anunció:

—Lipshitz no ha faltado jamás un día. Me voy.

Una vez más se dirigió a un edificio de ladrillos rojos en la calle Hassolel, a algunos pasos de la plaza de Sión, en pleno corazón de la Jerusalén moderna. Era la sede del *Palestina Post*, el diario de lengua inglesa más leído de la región. Este diario deploraba el terrorismo de los extremistas del «Irgún» y del grupo «Stern», tanto como criticaba la política de los funcionarios británicos del Mandato. Pero su moderación le valió al *Post* el haberse convertido en la voz más influyente del sionismo en el Cercano Oriente. Desde su primera edición, en 1932, Lipshitz era el tipógrafo jefe.

Desde la noche en que los nazis desencadenaron sus persecuciones, hasta aquella en que la ONU atribuía a los judíos un Estado, sus gruesos dedos manchados de tinta habían reunido, durante quince años, los tipos que narraban una de las épocas más trágicas de la historia de su pueblo. Dentro de cuatro meses y medio, sus dedos reunirían aquellos que anunciarían la realización de un sueño sionista, de su sueño: el nacimiento oficial de un Estado judío.

En esta noche de febrero, los tipos del *Post* se contentaban con enumerar la cotidiana letanía de violencias. En «represalias preventivas», la «Haganah» dinamitó una casa en el barrio árabe de Sheij Jerrah. Los ingleses habían capturado un correo de la «Haganah» en Yemin Moshe. Una emboscada árabe había dañado a un número, aún indeterminado, de camiones en Bab el Ued.

Como cada noche, Ted Lourié, redactor jefe adjunto del *Post*, comprobó con

Lipshitz la presentación del artículo principal. Luego echó una ojeada a la primera página. En la columna de la derecha se había reservado un recuadro para las noticias de última hora. Aquella noche estaba vacío y, a esta hora tardía, Lourié creía firmemente que permanecería igual. Satisfecho, el periodista se enfundó en su abrigo y salió para dirigirse al «Atara» a tomar su habitual taza de café.

Tres kilómetros al Norte, en la carretera que atravesaba el pueblo árabe de Shafat, un árabe, impaciente, se paseaba nervioso. El cigarrillo que fumaba era el primero que había encendido en su vida. Abu Jalil Genno observaba en la oscuridad las sombrías siluetas de las mujeres del pueblo, sentadas al borde de la carretera. Los cigarrillos y el uniforme de la Policía británica que llevaba eran los dos instrumentos que debían permitirle cumplir la misión para la que había sido designado. Genno llenaría pronto el recuadro vacío del *Palestina Post* del 2 de febrero de 1948. Estaba encargado de llevar a la Jerusalén judía la respuesta de Abdel Kader a la destrucción del «Hotel Semíramis» y a las bombas arrojadas por el «Irgún» en las puertas de Damasco y de Jafa.

El principio de un terrorismo a base de bombas se vislumbraba hacía ya mucho tiempo por los colaboradores del Mufti. En octubre de 1947 mostraron al comité militar de la Liga Árabe un mapa con la lista de los ciento sesenta objetivos que se jactaban de poder hacer volar. Por aquel entonces, esta proposición no prosperó. Pero tras la reciente ola de atentados judíos, que amenazaban con romper la moral de los árabes, Abdel Kader decidió responder al terror con el terror. Ordenó a sus partisanos «provocar explosiones en las zonas civiles, doquiera fuera posible». En Jerusalén infiltró espías entre los barrenderos de las calles, con la misión de localizar un objetivo a propósito para el primer atentado.

Para preparar la camioneta robada que trataba de utilizar, Abdel Kader se dirigió a un joven árabe de Jerusalén, que había heredado sus cabellos rubios y sus ojos azules de un lejano antepasado cruzado. Además de su insólito aspecto, sorprendía en Fawzi el Kutub el perpetuo movimiento de sus dedos. Finos y largos, manoseaban siempre cualquier objeto, animando con una especie de inquietud febril a aquel hombre, por lo demás, visiblemente seguro de sí mismo. Pero esos dedos tenían como principal ejercicio la manipulación de explosivos. Un deseo obsesionaba desde su infancia al palestino: matar al mayor número posible de judíos.

Desde la edad de quince años. El Kutub declaró la guerra a los judíos de Jerusalén, lanzando en los autobuses de la línea 2 las granadas que confeccionaba con viejos obuses turcos. Más tarde compró a un soldado británico una granada «Mills», y celebró esta adquisición ofreciendo un banquete a sus amigos. Pero sólo se sentó a la mesa después de haber ido a tirar la granada a un café judío vecino. Se vanagloriaría de haber lanzado personalmente cincuenta y seis granadas sobre los judíos durante la revuelta de 1936.

Su verdadera contribución al terrorismo era, sin embargo, infinitamente más diabólica. La agilidad de sus dedos y su espíritu inventivo le permitieron imaginar nuevas combinaciones para hacer más mortíferos sus proyectiles. Fabricó una honda que daba a sus granadas un alcance de varios centenares de metros. Para impedir su explosión prematura, tuvo la idea de bloquear su percutor ensartándolo en una pulsera de vidrio. Cuando la granada caía en su blanco, la pulsera, al romperse, liberaba el percutor. Una de sus argucias favoritas consistía, por otra parte, en introducir un ingenio explosivo en una pelota de niño. La mecha estaba diseñada para quemar, en primer lugar, la pelota, a fin de provocar un tumulto. El ingenio estallaba entonces. Sus objetivos predilectos eran los mercados, las paradas de autobuses y los patios de las sinagogas.

Los éxitos de El Kutub acabaron por llamar la atención de los ingleses. Hubo de huir a Damasco, y luego, a Bagdad. Más tarde, durante la guerra, Hadj Amin le hizo ir a Berlín y le ofreció la ocasión de desarrollar su talento sometiéndolo a un entrenamiento de comando SS en Holanda. Al cabo de un año, cuando el joven palestino hubo dominado las técnicas más sutiles del terrorismo, los nazis le ordenaron regresar a Palestina a la cabeza de un grupo de cuatro saboteadores. El Kutub se negó. Tanta ingratitud le valió por parte de los alemanes un castigo de un refinamiento muy particular. Esposado y con los ojos vendados, fue conducido por la Gestapo al lugar más paradójico que los nazis pudieron hallar para un árabe que había dedicado su existencia a matar a los judíos de su país. El Kutub fue confinado en un campo de concentración para judíos.

Durante tres meses compartió los sufrimientos de los esqueletos humanos que le rodeaban. Sólo una intervención personal del Mufti cerca de Himmler le evitó acompañarlos a la cámara de gas. Liberado, regresó a Berlín, donde trabajó en un servicio nazi de propaganda en lengua árabe. Cuando los rusos pusieron sitio a la ciudad, despojó de su uniforme al cadáver de un soldado alemán, envolvió su brazo con un falso apósito y huyó hacia el Sur. Así llegó hasta Salzburgo, en Austria, donde fue capturado por los americanos. Cuatro meses más tarde, habiéndose establecido su nacionalidad, fue liberado.

El Kutub fue a continuación de puerto en puerto en busca de un barco para Palestina. Acabó por hallar uno en Marsella. Gracias a su estancia en un campo de concentración, pudo hacerse pasar por un superviviente de las cámaras de gas y embarcarse para la Tierra Prometida en compañía de mil quinientos refugiados judíos.

Desde el regreso de Abdel Kader a Jerusalén, volvió al lado de su viejo amigo como especialista en explosivos. Sus actividades se desarrollaban esta vez en gran escala, y su primera misión consistió en llenar, con media tonelada de TNT, la camioneta robada a la Policía inglesa, que Abdel Kader iba a utilizar para inaugurar

su ofensiva en Jerusalén. Para conducir el ingenio hasta el lugar elegido, en el centro de la ciudad judía, los árabes disponían de los servicios de dos desertores británicos: Eddie Brown, un viejo capitán de Policía que pretendía que su hermano había sido asesinado por el «Irgún», y Peter Marsden, ex cabo del Ejército. Pero Abdel Kader no les tenía plena confianza y designó a Abu Jalil Genno para seguir a la camioneta en un segundo vehículo y encender la mecha con su cigarrillo.

Pisoteando sobre el borde de la carretera, Genno esperaba a los ingleses. En la oscuridad oyó murmurar a uno de los campesinos:

—Éste es el que esta noche va a realizar una gran proeza en Jerusalén.

Genno se estremeció: «¡Dios mío! —pensó—. Si éstos están al corriente, debe de estarlo también toda la ciudad».

Repasó una vez más el plan. Los dos ingleses saldrían los primeros. Descendiendo hacia el centro, franquearían un puesto de control británico y luego otro de la «Haganah». Estacionarían la camioneta delante del objetivo y la abandonarían como si hubiesen ido a tomar una copa a un café próximo. Cinco minutos más tarde, él mismo estacionaría su vehículo a un centenar de metros de aquélla. Encendería un cigarrillo e iría tranquilamente a prender la mecha.

La camioneta llegó al fin, con los dos ingleses, y partió nuevamente hacia Jerusalén con su carga de TNT. Genno subió a su automóvil. En ese instante, un grupo de mujeres vestidas de negro salió de la sombra. Como las sacerdotisas de alguna antigua religión, recitaron un versículo del Corán y arrojaron una jarra de leche de cabra sobre las ruedas del vehículo que arrancaba.

El periodista Ted Lourié vio una camioneta de la Policía británica salir en tromba por la avenida de Jafa y enfilar hacia la calle Hassolel. «¡Ahí va uno que tiene mucha prisa!», pensó.

Atravesó la plaza de Sión y subió por la calle Ben Yehudá en dirección al café «Atara». En el instante en que penetraba en el establecimiento, una formidable explosión sacudió todo el centro de la ciudad y le arrojó al suelo. Movido por su instinto de periodista, se puso en pie y se abalanzó sobre el teléfono. Pero el número del *Palestina Post* no estaba libre. Ardiendo de impaciencia, llamó de nuevo. La línea seguía ocupada. Repetía frenéticamente su llamada cuando una voz en el café le reveló la inutilidad de sus esfuerzos.

—¡Dios mío —gritaba alguien—, esos puercos han volado el *Post*!

Un mar de llamas brotaba de la sala de redacción cuando Ted Lourié llegó al periódico. De la escalera, negra por el humo, vio salir a varios de sus colaboradores cubiertos de sangre. Alrededor del edificio, la calzada estaba llena de vidrios rotos. Bajo el efecto de la explosión, la fachada rojiza se había convertido en color de arena, con grandes manchas oscuras. Desde las ventanas abiertas de los inmuebles vecinos,

la gente contemplaba el caos que se extendía bajo sus ojos. Lourié vigiló las operaciones de socorro. Era cerca de medianoche cuando sintió que una mano le tiraba del brazo. Era su mujer.

—Ted, ¿qué vas a hacer para que salga el periódico? —preguntó con inquietud.

—¿Estás loca? —respondió él.

—Tu deber es hacer que salga.

Lourié comprendió que tenía razón. Hizo instalar una sala de redacción provisional en un inmueble vecino. Tras una hora de búsqueda, descubrió una imprenta de emergencia. A las seis de la mañana, fiel a su cita diaria con los habitantes de Jerusalén, el *Post* estaba en la calle. Era un miserable periódico de una sola página, pero que ostentaba orgullosamente su título. Abdel Kader hirió audazmente el corazón de la ciudad judía, pero no pudo alcanzar su principal objetivo: reducir al silencio al *Palestina Post*.

Con la cara cubierta de apósitos, Shimshon Lipshitz estaba en la sala de urgencia de una clínica. Aquel cuya mujer quiso impedirle que fuera al periódico, había sido una de las víctimas de la explosión. Quedaría medio ciego. Pero tendría su desquite. Compondría los titulares que anunciarían el nacimiento de un Estado judío.

Ya se encontrase en Jerusalén, Damasco, Berlín o El Cairo, las costumbres de Hadj Amin no variaban jamás. Después de dormir tres horas, se levantaba con el día, se volvía hacia el Este y se arrodillaba, para la primera oración, sobre la alfombra de plegaria, raída, que le ofreciera su padre, casi medio siglo antes. Esta alfombra era el único objeto al que el ascético Hadj Amin concedía alguna importancia.

Su cuartel general se componía de cuatro grandes villas en las afueras de El Cairo. Más de doscientos palestinos estaban empleados en ellas, la mitad en calidad de guardias. Uno de los edificios albergaba un depósito de armas; otros, la central de una red de radiocomunicaciones, relativamente perfeccionada, equipada con emisores americanos «SCR 248» comprados en los *suks* de El Cairo. Un técnico aumentó el alcance de estos aparatos, introducidos clandestinamente en Palestina bajo un cargamento de boniatos, para ser repartidos después en ocho puntos estratégicos del territorio. El más importante funcionaba en Bir Zeit, el pueblo próximo a Jerusalén, donde Abdel Kader instaló su puesto de mando.

Tras su oración, Hadj Amin realizaba una serie de ejercicios gimnásticos. Esta práctica, unida a un estricto régimen, le permitía conservar, a los cincuenta y cinco años, una silueta tan esbelta como cuando era joven oficial en el Ejército turco. Luego se entregaba a una ocupación extraña para alguien que había condenado a muerte a tantos hombres: entraba en el gallinero que había hecho construir detrás de cada una de sus residencias y distribuía él mismo el alimento a sus animales preferidos.

Hadj Amin se dirigía luego a su despacho particular, donde, durante tres horas, en una soledad total, leía o redactaba informes. Poco antes de las diez entraba en el gran salón, decorado con sillas doradas, de la villa principal. Allá, entre una mezcla de aromas de tabaco oriental y café turco, sus partidarios mantenían misteriosos conciliábulos mientras le esperaban. Entre los hombres llegados aquel invierno para ofrecerle sus servicios se hallaba un joven capitán del Ejército egipcio. El Mufti recomendó paciencia a este fogoso oficial.

—Llegará su hora —prometió al capitán Gamal Abdel Nasser.

Una agitación particular resonaba aquel día en la estancia. Se había anunciado la visita de Abdel Kader. Venía especialmente de Jerusalén para dar al Mufti su primer informe sobre el progreso de su campaña en Palestina. A su llegada, casi fue alzado en hombros, entre el delirio de sus admiradores.

Las noticias que traía no podían más que satisfacer al que le había enviado a Palestina para «arrojar a los judíos al mar». Los esfuerzos que emprendió para cortar la carretera de Jerusalén iban siendo coronados por un éxito creciente. Pero, sobre todo, el atentado contra el *Palestina Post* demostró que podía asestar golpes en pleno corazón de las zonas judías de la capital. Animado por este primer éxito, declaró que se preparaba para organizar otro golpe en el centro de la Jerusalén judía, un golpe tan terrible esta vez que obligaría a los judíos a pedir la paz y a entregar Jerusalén a los árabes.

El Mufti pareció encantado. Tras otorgar la bendición a su sobrino, le recomendó permanecer algunos días en El Cairo para vigilar los aprovisionamientos de armas y concederse un merecido descanso con su mujer y sus hijos, instalados en una villa de la vecindad.

El diploma científico que Abdel Kader obtuvo de la Universidad americana de El Cairo no le impedía respetar las tradiciones familiares. Vio por primera vez a su mujer la mañana en que se casaron. Cuando, en el salón de su padre, alzó tímidamente el velo que cubría su cara, ella tenía quince años de edad. Luego, ella le dio cuatro niños. Era su sostén más ferviente. El lavadero, el armario de ropa blanca y las alacenas de su casa estaban repletos de fusiles, detonadores, pistolas y explosivos, confiados a su vigilancia por los amigos de su marido.

Durante los cinco días que pasaron juntos, ella siguió con una cómplice ternura los esfuerzos que desplegaba él para reunir algunos fusiles y algunas granadas extra. Por su ardor, ella comprendió que iba a librar una fase decisiva de su combate. La mañana de su partida deslizó en su mano un ejemplar en miniatura del Corán. Siempre llevaba uno que ella le había ofrecido. Lo perdió cuando fue gravemente herido, en 1936, y acababa de extraviar otro antes de llegar a El Cairo. Ella deseaba que llevase el nuevo en el bolsillo de su camisa, sobre su pecho, como un talismán protector.

Desde la terraza vio partir a su marido. Sus cuatro hijos estaban a su lado. Viéndole vestido con el traje gris que habían comprado los dos en El Cairo, en tiempos más tranquilos, pensó que eso podía ser el presagio de días mejores.

Abdel Kader saludó con la mano. Después, con una última sonrisa, subió a su vehículo y arrancó, resuelto a asestar un gran golpe que redujera a su merced a los cien mil judíos de Jerusalén.

A cuatrocientos kilómetros al nordeste de El Cairo, sobre el terraplén de la estación de autobuses de Tel-Aviv, un hombre y una mujer se aprestaban a despedirse una mañana de febrero. Estaban frente a frente, unidos por un silencio emocionante. De estatura media, con gafas de montura de concha y nariz aguileña, el hombre iba vestido con *short* y camisa caqui. Al primer ronroneo del motor del autocar blindado, se inclinó sobre su esposa y la abrazó.

—*Shalom* —dijo sólo antes de subir a bordo.

David Shaltiel también se volvió para ver por última vez a su mujer. Pero él no sonreía. Veinticuatro horas antes, David Ben Gurion le confió el mando militar más importante de Palestina. Lo había elegido para remplazar a Israel Amir en el puesto de comandante en jefe de Jerusalén, a fin de comunicar un nuevo impulso a la defensa de la ciudad.

El líder judío le dio instrucciones de viva voz. Repitiendo que no debía ser abandonada ninguna parcela de tierra judía, ordenó a Shaltiel defender los barrios judíos calle por calle, casa por casa. Era preciso obligar a la población a permanecer en su sitio. Si las familias debían ser evacuadas, otras serían llamadas a remplazarlas. Dondequiera que fuese posible, los judíos se instalarían en las casas árabes deshabitadas, para adquirir un derecho de ocupación en las zonas abandonadas por el enemigo.

Militarmente, Shaltiel se esforzaría por eliminar de una manera progresiva los barrios árabes ubicados en las zonas judías, a fin de crear un frente judío continuo. Si podía lograrlo sin tener conflictos con los británicos, ocuparía el barrio árabe de Sheij Jerrah, que separaba la Jerusalén judía del monte Scopus, donde se encontraban los edificios de la Universidad hebrea y el gran hospital de la Hadassah. Ante todo, le era preciso mantener las comunicaciones con el barrio judío de la ciudad vieja, con la fábrica de potasa del mar Muerto y con las colonias próximas a la ciudad.

Ben Gurion recordó a continuación al nuevo comandante de Jerusalén que la «Agencia Judía» estaba resignada a aceptar la internacionalización de la ciudad. En consecuencia, debería, si llegaba la comisión de las Naciones Unidas, reconocer su autoridad y aportarle su cooperación.

Era una tarea increíblemente difícil: nadie lo sabía mejor que el hombre de preocupada frente que subió al autocar de Jerusalén aquel 6 de febrero de 1948.

La carrera de David Shaltiel había sido una sucesión de contradicciones, y la más

grande de todas tal vez fue la de convertirse en el defensor de la ciudad que se encontraba en el corazón de las aspiraciones sionistas. Era uno de los judíos menos representativos de ese movimiento. No fue en las filas de la «Haganah» donde recibió su formación militar, sino en las de la Legión Extranjera. El decorado donde aprendió a luchar se parecía a aquellas colinas de Judea hacia las que su destino lo enviaba hoy. Combatió en las montañas del Rif, y sus adversarios de entonces, como los de hoy, eran árabes: los feroces guerreros de Abd-El-Krim.

Shaltiel descendía de una vieja familia sefardí instalada en Hamburgo, donde su padre dirigía un pequeño negocio de marroquinería. Sus padres observaban las reglas del judaísmo con tal severidad, que el sábado estaba prohibida toda actividad; ni siquiera podía tener un pañuelo en su bolsillo. Su madre se lo cosía a la manga de su chaqueta a fin de que no tuviera que realizar ningún esfuerzo para utilizarlo. A temprana edad se rebeló contra su educación religiosa. A los quince años, el día de Yom Kippur, la festividad más santa del calendario judío, saboreó ostensiblemente su primer alimento no *kacher*. Incluso eligió el más impuro de todos: una loncha de cerdo. Luego esperó el castigo de Dios. Como quiera que aquél no llegó, el joven Shaltiel concibió un desprecio definitivo hacia el fanatismo de toda religión establecida. Tampoco se preocupó de su piedad personal. Años más tarde, en Dachau, cuando peligraba su vida, conservó una vela, que encendía durante algunos segundos en cada vigilia de sábado.

Su rebelión le impulsó bien pronto a romper con la existencia burguesa de su familia. Emigró a Palestina. Durmiendo por la noche en un jergón que otro obrero ocupaba durante el día, trabajó, al principio, en los campos de tabaco. Luego se convirtió en empleado de hotel y, muy rápidamente, en el primer *maître* de hotel de Tel-Aviv. Pero no tardó en sufrir la austeridad de una vida que no ofrecía ya la exaltación de ser un pionero. Abandonó Palestina. En Milán, donde permaneció un año, trabajó en una empresa eléctrica. Al no tener la industria para él apenas más atractivos que los campos de tabaco, aprovechó su primer permiso para buscar entre las mesas de juego de Montecarlo un atajo hacia la fortuna. Pero fue un atajo hacia la miseria. Sin recursos, desesperado, celebró su veintitrés aniversario enrolándose en la Legión Extranjera. La abandonó cinco años más tarde, con los galones de sargento y la Cruz del Mérito. Se instaló entonces en París e ingresó como viajante en la sociedad «Shell». Apreció a Francia y guardó un tenaz gusto por los productos de sus viñas y sus hornos.

Las persecuciones antisemitas que estallaron en la Alemania nazi lo impulsaron de nuevo hacia el sionismo. Volvió a Palestina. El único trabajo que encontró a su llegada fue una colocación como guardián de gatos y conejos condenados a la vivisección en los laboratorios de la Universidad hebrea de Jerusalén. Pero el veterano de la guerra del Rif se reveló como un guardián demasiado sensible.

Conmovido por la suerte de sus prisioneros, abrió un día sus jaulas y les devolvió la libertad.

De nuevo sin trabajo, Shaltiel hizo cola ante una oficina de colocación, donde fue reconocido por un amigo, que lo envió a la «Haganah». Pronto se encontró en Europa para comprar armas. Este nuevo episodio de su carrera fue brutalmente interrumpido en la estación de Aquisgrán una noche de noviembre de 1936, cuando la Gestapo fue a detenerlo en su compartimiento.

Fue torturado durante seis semanas en el Cuartel General de la Gestapo en Berlín. Aislado, permaneció durante seis semanas encadenado a un muro. Se salvó de la locura estudiando hebreo en su calabozo con ayuda de una pequeña gramática que pudo disimular. En el infierno de Dachau, adonde llegó tres años antes que los demás judíos de Europa, se revelaría lo mejor de David Shaltiel. Apóstol de la esperanza, supo aliviar las miserias de sus camaradas con un heroísmo tranquilo y su autoridad. Movilizando a los fuertes para sostener a los débiles, este hombre enamorado de la vida se mostraba siempre dispuesto a dar ejemplo.

Liberado en abril de 1939, regresó a Palestina. Ascendiendo rápidamente de graduación, se convirtió en responsable del contraespionaje. Con este título fue encargado de librar una guerra despiadada contra los miembros del «Irgún». Después se le volvió a enviar a Europa para organizar la emigración clandestina y, en especial, la evasión de los judíos supervivientes de los campos de concentración.

A pesar de su pasado aventurero, Shaltiel, seguía siendo un hombre refinado, un enamorado sutil de los placeres de la existencia. En un país que se alimentaba de alubias secas y de pescado hervido; en una sociedad que tomaba por ídolos a los jefes sindicalistas y a los presidentes de los kibbutz, él seguía siendo un aristócrata y un incorregible admirador de Epicuro. Entre los libros que tenía siempre en la cabecera de su cama figuraban dos biblias; la verdadera y la *Guía Michelin*.

Aunque ocupaba un rango elevado, Shaltiel no estuvo jamás verdaderamente integrado en la «Haganah». Su pasado en la Legión Extranjera lo había marcado profundamente: en materia militar era un feroz partidario de la ortodoxia. Ningún ejército —pensaba— podía existir sin el respeto a ciertas servidumbres. En su espíritu, el oficial ideal se parecía más a los «sancirianos» en albornoz y guantes blancos que le habían entrenado en las colinas del Rif, que a los oficialillos andrajosos e indisciplinados del «Palmach». Añadiéndose al odio que profesaba al «Irgún» y a su falta de vínculos profundos con el sionismo, esta concepción aumentaría considerablemente las dificultades que iba a encontrar en Jerusalén. La más grave procedería de un serio obstáculo que Ben Gurion no había tenido en cuenta. Durante su larga carrera militar, David Shaltiel no había mandado nunca en guerra más que una simple sección de infantería.

Su primer combate, al llegar a Jerusalén, no fue contra los partisanos de Abdel

Kader, sino contra los burócratas de la «Agencia Judía». Su predecesor se había contentado, por todo cuartel general, con dos habitaciones en un sótano. Shaltiel exigía un espacio cinco veces mayor. «Es imposible —le escribió un funcionario de la Agencia— modificar, en las condiciones actuales, la repartición de nuestros locales sin una decisión de la comisión apropiada». Escandalizado al descubrir que los responsables de la «Agencia Judía» no comprendían que iba a estallar una guerra, Shaltiel requisó de oficio los locales que precisaba. Luego instauró el principio fundamental de la jerarquía, tan cara a los ejércitos clásicos. Cada miembro de su Estado Mayor recibió un título y una función. Decretó igualmente que todas las órdenes debían ser escritas y exigió de sus subordinados informes regulares. Se esforzó, en fin, por imponer el uso del uniforme con insignias de grado y —suprema afrenta a la dejadez habitual de los soldados de la «Haganah»— les ordenó el empleo del saludo.

Su primera prueba tuvo lugar menos de una semana después de su llegada. Un suboficial del regimiento «Highland Light Infantry» detuvo a cuatro miembros de la «Haganah» implicados en un intercambio de disparos con los árabes. Una hora más tarde, los cuatro judíos fueron entregados a la población árabe. Sólo uno tuvo suerte: se le mató de un disparo. Sus otros tres compañeros fueron torturados y después linchados hasta morir.

—Cuatro judíos han sido asesinados a sangre fría por los ingleses —proclamó Shaltiel indignado—. En adelante, todos los miembros de la «Haganah» deben servirse de sus armas para oponerse a todo intento de arresto o registro por parte de las fuerzas británicas.

Las primeras reformas que instauró y su aparente firmeza darían un nuevo sentido al combate de sus subordinados.

—Es la primera vez —señaló un joven oficial— que tenemos un jefe que sabe adonde vamos.

No obstante, Shaltiel estaba angustiado por la gravedad de la situación. Su primer mensaje a Tel-Aviv era revelador. Reclamaba con urgencia tres mil jerseys: las pulmonías causaban entonces más bajas que las balas de los partisanos de Abdel Kader. Falta de todo —se lamentaba—: armas, municiones, hombres, alimento; todo, salvo enemigos, que aumentan sin cesar.

—Jerusalén —confió a un amigo— se va a convertir en nuestro Stalingrado.

Para una parte de la ciudad, esta predicción estaba ya en trance de realizarse. Desde que los árabes cortaron la línea de autobuses número 2, los habitantes del barrio judío, en el interior de las murallas, parecían condenados a sucumbir tarde o temprano en las ruinas de un asediado ghetto.

Para galvanizar su resistencia, la «Haganah» les envió un nuevo jefe; un oficial de treinta y tres años, de origen ruso. Abraham Halperin parecía el más apropiado para

mandar esta santa facción del pueblo judío. Hijo de una familia de rabinos, era un hombre piadoso. Llegado clandestinamente gracias a la ayuda de un militar inglés sobornado, Halperin quedó consternado ante el primer espectáculo que contempló. Los soldados que había venido a mandar rechazaban a garrotazos a un grupo de civiles que intentaban abandonar el barrio.

Desde el inicio del asedio, casi una cuarta parte de los habitantes huyeron, aprovechándose de la oferta de evacuación británica. Si este éxodo continúa —pensó Halperin—, pronto la «Haganah» sólo tendrá que defender las piedras y las sinagogas.

Sin embargo, Halperin deseaba evitar el tener que recurrir a la fuerza para obligar a la población a permanecer en su lugar. Esta se componía, esencialmente, de miembros de todas las edades de diferentes comunidades judías ortodoxas. Si se lograba restablecer las condiciones de existencia lo más normales posible, no tendrían ya más deseas departir. Decidió, pues, convocar al Gran Rabino de la comunidad asjenaza. En nombre de la «Haganah», le ofreció asignar un salario a cada uno de sus discípulos que fueran a estudiar en una *yeshiva*. Cuando el Gran Rabino, sefardí oyó esta proposición, solicitó inmediatamente el mismo trato para su comunidad.[12] Un tercer rabino dijo, a su vez, al comandante de la «Haganah», qué podía hacer por los fieles de su sinagoga, demasiado mayores para estudiar. Halperin le aconsejó que los reuniese para hacerles recitar salmos, y prometió darles a cada uno un chelín por día.

Los jóvenes fueron integrados en la defensa del barrio. Desde lo alto de las terrazas vigilaban a los ingleses, mientras sus mayores patrullaban por las callejuelas. Esas terrazas eran su terreno de juego habitual. Al toque de queda, corrían de una a otra para llevar mensajes. Practicaron el judo, aprendieron a escalar muros y a saltar de una casa a otra. Pero, principalmente, estaban encargados de ir a comprar o robar a los soldados británicos las municiones que tanta falta hacían para los fusiles del barrio. Cada mañana acudían en banda al PM a buscar un puñado de chelines antes de dirigirse hacia los puestos británicos. Regresaban —recuerda un combatiente del barrio— con «una sonrisa triunfal en los labios y gritando: “¡He comprado balas, he comprado balas! ¡Deme más dinero!”».

Halperin confió al resto de la población el cuidado de construir fortificaciones y abrir boquetes en los tabiques de todas las casas para comunicarlas entre sí. Gran aficionado a la Arqueología, halló en viejos textos vestigios de pasadizos subterráneos que podrían permitir a los hombres desplazarse, secretamente y sin riesgo, de un punto de apoyo a otro. Asignó a decenas de braceros la tarea del desmonte y nivelación, y el barrio se enriqueció así con una formidable red de túneles. Uno de los principales atravesaba el lado reservado a las mujeres de un *mikveh*, el baño religioso. Para acallar en los horrorizados rabinos la idea de que los soldados pudieran sorprender la desnudez de las mujeres, Halperin hizo cerrar la

galería con una reja, cuya llave guardaba él. Y juró que no la abriría más que en caso de *pikuach nefesh*, o sea de vida o muerte.

Sus medios de transmisión eran tan pobres que debían inventar toda clase de estratagemas para paliar su insuficiencia. Las dos únicas líneas telefónicas del barrio estaban vigiladas por los ingleses, y nadie en Jerusalén podía, si no captaba su longitud de onda, sintonizar su única estación emisora. Durante algún tiempo, la única manera, para Halperin, de expedir sus mensajes secretos desde la ciudad vieja era la de esconderlos en las orejas de un perro al que le gustaba volver hacia la ciudad nueva. Sin embargo, un día no volvió el animal. Sospechando, los árabes lo abatieron.

La prosecución de la lucha dependía, principalmente, de la llegada de dos convoyes a los que los ingleses hacían franquear cada semana las barricadas árabes. La «Haganah» utilizaba todas las argucias posibles para burlar la vigilancia de los inspectores británicos y hacer pasar en sus convoyes las armas y las municiones. Algunos hombres fueron introducidos también de forma fraudulenta en un vehículo con doble fondo, hasta el día en que se descubrió esta estratagema. Los explosivos fueron ocultados en pastillas de jabón. El cocinero de la cantina recibió un día varios sacos de un grano parecido al arroz. Cuando quiso cocer una ración, los granos estallaron: «Entonces comprendí que el producto no estaba destinado para sopa», recordaría más tarde.

Los bidones que contenían el petróleo para la cocina y la calefacción procuraban los escondites más eficaces. Estaban trucados: otro barril más pequeño estaba soldado en el interior de cada uno. Se hallaban, en efecto, llenos de petróleo, como podía verificar el *stick* de cualquier oficial británico; pero el espacio entre los dos barriles contenía explosivos, armas y municiones.

La suciedad y los piojos se añadían a los sufrimientos de los sitiados. El agua era racionada. Cada soldado recibía por semana sólo un cubo de agua caliente. Sin embargo, estos días penosos tuvieron sus grandes momentos. Poco antes de la fiesta de los Purim, la población se enriqueció con dos nuevos miembros: un peluquero y una prostituta: «¡Ah, qué alegría verlos llegar! —recuerda uno de los muchachos—. Todos, fuimos a hacer cola, primero, a la puerta del peluquero y, una vez bien arreglados, a la puerta de la ramera».

En sus esfuerzos por organizar a la población civil, Halperin tenía que chocar, fatalmente, con el venerable personaje que presidía los destinos del barrio desde 1935: el rabino Mordechai Weingarten, a quien un oficial británico le entregara un día la llave de la puerta de Sión. Weingarten era un hombrecillo más bien fuerte, de ademanes ceremoniosos, luenga barba y gafas doradas. Su familia habitaba en la ciudad vieja desde hacía más de dos siglos, y cinco generaciones de Weingarten se habían casado en la casa donde él vivía hoy, en la entrada del barrio. Era él quien

había traído el agua, la electricidad y los autobuses de la línea 2. Desde su elección para la presidencia del consejo judío local había reinado como patriarca. Por otra parte, su administración se parecía más a la de los jeques árabes, con los que compartía el territorio de la ciudad vieja, que a la de los jóvenes sionistas socializantes de la ciudad nueva. Era él quien recibía las cinco mil libras de ayuda concedidas cada mes al barrio por la «Agencia Judía», y las destinaba a escuelas, a un hospital y a dar de comer a los necesitados. Dirigía estas instituciones con la autoridad de un hombre capaz de decir las fechas de nacimiento y boda de casi todos sus administrados.

Sus funciones habían conducido a Weingarten a trabar estrechas y amigables relaciones con los ingleses y los árabes. Sin embargo, esta cordialidad molestaba cada vez más a los dirigentes de la «Haganah». Poco tiempo después de la llegada de Halperin, las cinco mil libras mensuales cesaron de llegar al rabino. Éste protestó con vehemencia, pero Halperin le confirmó que sería él, en adelante, el encargado de administrar esos fondos. El anciano se indignó. Comprendió que, deliberadamente, se le había querido privar de la fuente de su autoridad. Algún tiempo después, Halperin fue a hacerle una visita. Mientras los dos judíos charlaban y bebían una taza de café, llamaron a la puerta. Weingarten salió un instante. Halperin miró por la ventana y vio al rabino hablando con un oficial británico.

Cuando el joven jefe de la «Haganah» salió de la casa de su anfitrión, unos instantes después, fue rodeado por los soldados británicos. El inglés que había llamado a la puerta de Weingarten se adelantó:

—Tengo orden de detenerle —declaró.

15

UN DESTELLO DE LUZ BLANCA

«Únicamente la fuerza armada podrá imponer la aplicación del Reparto». Tal era la conclusión del primer informe transmitido al Consejo de Seguridad por el Comité de las Naciones Unidas para Palestina. En aquel invierno de 1948, esta sencilla frase valía por todos los hechos de armas. Su consecuencia era más importante que las de las emboscadas de Bab el Ued y la de la incursión en el corazón de la Jerusalén judía: Abdel Kader obtenía allí el mayor éxito desde su regreso a Palestina.

El temor a perder preciosos votos en el momento de la votación de noviembre de 1947 condujo a la «Agencia Judía» a burlarse públicamente de las amenazas árabes de oposición, por la fuerza, al Reparto. Numerosas naciones habían creído que una vez adoptada la elección de la organización internacional, bastarían algunas presiones diplomáticas y el atractivo de una ayuda económica para obligar a los árabes a aceptarla. Pero la realidad de la resistencia árabe estremecía a los partidarios del Reparto.

Se planteaba incluso la cuestión de saber si la Carta de las Naciones Unidas los autorizaba a emplear la fuerza para aplicar una de sus decisiones. Por lo demás, nadie estaba dispuesto a suministrar esta fuerza. Gran Bretaña se estaba descargando de sus responsabilidades. Francia se hallaba ya comprometida en Indochina. En cuanto a Truman, excluyó el envío de tropas americanas y se opuso a toda presencia soviética en el Oriente Medio. Los pequeños Estados no tenían intención de ir a sacar las castañas del fuego a las grandes potencias que lo habían encendido.

Es forzoso admitir que la joven organización internacional no pudo aportar más que una solución inaplicable a su primer problema grave. En el mismo seno del Gobierno americano se enfrentaban dos políticos. La Casa Blanca sostenía el Reparto, mientras que los Departamentos de Estado y de Defensa eran hostiles al mismo. La querella se había hecho tan viva, que los colaboradores del Presidente acusaron a los diplomáticos del Departamento de Estado de sentimientos antisemitas. Estos últimos replicaron que la Casa Blanca anteponía sus preocupaciones electorales al interés nacional.

El jefe de los adversarios del Reparto era el director de la división del Cercano Oriente en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Loy Henderson, que trabajó durante mucho tiempo en Moscú, se inquietaba por todo lo que pudiera agravar la guerra fría; estimaba que el resentimiento árabe hacia Occidente sería tal que podría abrir a la

URSS la puerta del Oriente Medio y entregarle sus inmensas reservas de petróleo. Como sus colegas del Foreign Office, Henderson no se resignaba a considerar como irrevocable el Reparto. Incluso estaba resuelto a intentar un último esfuerzo para hacer adoptar un nuevo proyecto. La pesimista conclusión del informe de las Naciones Unidas le suministró el pretexto que buscaba. Pidió al Departamento de Estado reconsiderar las posibilidades del Reparto de acuerdo con los recientes acontecimientos. Como podía esperarse, el informe que recibió confirmó que el plan de reparto era inaplicable tal como había sido concebido. Estados Unidos, subrayaba este documento, no estaba obligado a sostenerlo si el empleo de la fuerza se mostraba necesario para hacerlo respetar. Recomendaba, en conclusión, que los Estados Unidos tomasen rápidas medidas para obtener su anulación.

El informe no tardó en llamar la atención de otro adversario del Reparto. Para el Secretario de Defensa, James V. Forrestal, Estados Unidos corría el riesgo, en este asunto, de perder el libre acceso al petróleo del Oriente Medio. En consecuencia, el Plan Marshall estaba amenazado de fracaso; podía ser que América fuese pronto incapaz de sostener una guerra de importancia, y que en diez años «la nación se viese obligada a reducir a cuatro cilindros los motores de sus automóviles». El vicealmirante Robert B. Carney, jefe adjunto de operaciones navales, se puso a su lado al recordar, ante la Comisión de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, la amenaza que pesaría sobre los intereses petroleros de América en caso de perturbaciones en Oriente Medio.

Forrestal organizó en seguida una reunión con Henderson. Había ya suficientes pruebas —explicó— para afirmar públicamente que el Reparto no era inaplicable. Siempre remitiéndose a esta opinión, Henderson era lo suficientemente avisado como para saber que tal declaración no conduciría a ninguna parte si no iba acompañada de una contrapropuesta. Presentó una.

Sugería colocar a Palestina bajo la tutela de las Naciones Unidas por un período de diez años, con la esperanza de que, de una forma u otra, las dos comunidades acabarían por llegar a un acuerdo sobre su futuro. Paradójicamente, este nuevo plan exigía esa intervención armada que los Estados Unidos se negaban precisamente a suministrar. Además, no había razón para creer que diez años bajo la égida de las Naciones Unidas conducirían a las dos comunidades a una «entente» que no había podido realizar en treinta años de mandato británico. Al menos, este proyecto contó con el apoyo del general George C. Marshall, Secretario del Departamento de Estado. De acuerdo con él, un esbozo del nuevo proyecto fue sometido a la aprobación del presidente Truman. La cautela de Forrestal y, sobre todo, el gran respeto que el Presidente profesaba a Marshall debían, a los ojos de los diplomáticos del Departamento de Estado, garantizar la aprobación final de la Casa Blanca. El secreto fue celosamente guardado, pero los dirigentes judíos no tardaron en comprender que

los americanos estaban a punto de revisar su posición.

Desde diciembre, los Estados Unidos impusieron ya un embargo de todos los envíos de armas con destino al Cercano Oriente. La decepción de los sionistas era aún más amarga, por cuanto Gran Bretaña seguía vendiendo libremente armas a sus adversarios. Si los Estados Unidos se volvían atrás sobre la cuestión fundamental del Reparto y si, principalmente, intentaban hacer adoptar por la ONU un nuevo proyecto, se corría el riesgo de asestar un golpe mortal a sus esperanzas. Los judíos entonces podían verse obligados a renunciar a la creación de un Estado, o bien seguir adelante e imponer su voluntad contra la de los americanos y las Naciones Unidas. Las dos perspectivas eran igualmente trágicas.

Los dirigentes sionistas descubrieron, además que se les cerraba la puerta del hombre que fue su más ardiente defensor en los Estados Unidos. Exasperado por sus continuas presiones y animado de una antipatía personal hacia el rabino Hillel Silver, su principal portavoz americano, Harry S. Truman se negó, en adelante, a recibir a los responsables judíos. Ante esta nueva situación, los jefes de la «Agencia Judía» lanzaron un SOS al viejo sabio, casi ciego, que dirigió su movimiento durante tantos años y que se encontraba en Londres. Únicamente Chaim Weizmann podría, quizá, convencer a Truman. Sólo había visto al Presidente una sola vez, en noviembre de 1947, pero entre los dos hombres se extendió una extraordinaria corriente de simpatía y comprensión.

Weizmann embarcó en seguida para Nueva York. Durante dos semanas, agotado por los nervios en su habitación del «Waldorf Astoria», intentó obtener una audiencia de Truman. En vano. Las puertas de la Casa Blanca permanecían obstinadamente cerradas, incluso para el prestigioso anciano que en aquellos momentos encarnaba toda la esperanza del sionismo.

Weizmann, con el corazón lleno de tristeza, se preparaba para regresar a Londres cuando acudió a verle un americano. Su visitante recordaba haber visto un año antes, en el bufete de un abogado de Kansas City, a un hombre cuya ayuda podría serle útil. Esa persona no era sionista, pero en la actual coyuntura no podía perderse nada intentando una diligencia cerca de ella. El visitante se dirigió hacia el teléfono.

A tres mil kilómetros de allá, un timbre sonó en la oscuridad de una alcoba. El hombre que respondió era propietario de un pequeño almacén de confección en la calle 39 de Kansas City. Era judío, pero la causa del sionismo despertó en él sólo una muy vaga simpatía.

Sin embargo, todas las esperanzas del movimiento parecían aquella noche supeditadas a la respuesta que iba a dar aquel americano. Porque Eddie Jacobson estuvo asociado con Harry Truman en negocios y era una de las pocas personas en el mundo para las que no se cerró jamás la puerta del Presidente de los Estados Unidos.

El *Sabbat* tocaba a su fin en Jerusalén. En la calle Ben Yehudá, la fiesta volvía a

empezar aquel sábado 21 de febrero de 1948. Conforme a una de las costumbres más sagradas del judaísmo, un desencadenamiento de alegría sucedía a las largas horas en que la ciudad había permanecido desierta. Almacenes cerrados, calles sin vehículos ni peatones, Jerusalén observaba escrupulosamente la tregua de Dios. Pero al llegar el ocaso, como un cuerpo irrigado de pronto, volvió a la vida. Por doquier se encendían las luces. Las carteleras de los cines y los escaparates se iluminaban, los restaurantes y cafés abrían sus puertas y, a centenares, los habitantes afluían hacia el centro, alegre y ruidosa marea que remontaba y descendía la calle Ben Yehudá, deteniéndose en cada café.

Durante algunas horas, la ciudad pareció olvidar, en una especie de euforia, las amenazas que pesaban sobre ella. Aquella noche, hasta el cielo de Judea contribuía a hacer de esta fiesta un instante privilegiado. Centelleaban las estrellas, y la suave tibieza que caía de él contrastaba agradablemente con la temperatura de aquellas últimas semanas.

Como tantos otros, el joven judío David Rivlin decidió pasar la velada en el «Atara», su café preferido. Encontró a su amigo Abraham Dorion. Los dos muchachos estaban unidos por un lazo casi familiar. Acabada la guerra, Rivlin, judío de Palestina, aceptó concluir un matrimonio blanco con la hermana de Dorion para permitir a la muchacha —que se había quedado sola en Europa tras la pérdida de toda su familia en las cámaras de gas— obtener un certificado de emigración a Palestina.

Sabiendo que su amigo debía tomar al amanecer el autocar blindado para Tel-Aviv, Rivlin le propuso dormir en su apartamento, próximo a la calle Ben Yehudá. Dorion aceptó con agrado, ya que esta invitación le evitaba exponerse a las balas al regresar a su hotel, que se hallaba en las proximidades del barrio árabe de Talbieh. Se acostó temprano. Rivlin se quedó hasta que cerraron el establecimiento. De regreso a su casa, contempló de nuevo la claridad del cielo, contento por haber pasado una tarde de sábado en la calle Ben Yehudá sin oír disparos ni explosiones.

Amanecía cuando se despertó Abraham Dorion. Con los ojos aún pesados de sueño, se dirigió, tropezando en todos los muebles, al baño. Se mojó la cara con agua fría y se puso ante el espejo. Tenía un agradable rostro, de trazos firmes y enérgicos, nariz prominente y ojos cuya melancolía evocan las tragedias que marcaron su vida. Aquella cara era del todo esencial para su carrera: Dorion quería ser actor. En su maleta se hallaba una copia de la primera película que acababa de rodar. Aquellas bobinas de celuloide eran su razón de ser. Un día —esperaba— las multitudes de Nueva York, París y Londres contemplarían la cara que aquella mañana reflejaba un sencillo espejo de un cuarto de baño. Incluso quizá tuviera el honor de encarnar en las pantallas del mundo entero a la nueva nación judía. Nadie, después de todo, merecía más que, él ese privilegio. Era un veterano de la «Brigada Judía», y su familia pereció en los hornos crematorios.

Algunas casas más abajo, Mina Horchberg estaba enfadada por la falta de apetito de su sobrino. También él iba a tomar el autocar blindado del convoy de Tel-Aviv, y Mina no quería dejarlo regresar a casa de su madre sin que tomara una comida caliente.

A un kilómetro y medio de allá, en el puesto de control de la «Haganah» de Romema, en la entrada oeste de la ciudad, no hacía aún media hora que el oficial judío Shlomo Chorpi había entrado de servicio, cuando tres camiones del Ejército británico, precedidos por una autoametralladora, desembocaron lentamente del lado de Bab el Ued.

La rubia cabeza de un oficial vestido con el gran capote azul de la Policía palestina emergió de la torreta de la autoametralladora:

—Están O. K. Vienen conmigo —gritó el policía a Chorpi señalando los camiones que le seguían.

Uno de los guardias judíos asomó la cabeza por la cabina del primer camión e intercambió algunas palabras con el chófer británico. Hizo ademán a Chorpi de que todo estaba en regla. El oficial judío levantó entonces el brazo en dirección a la avenida Jafa para indicar que la vía estaba libre hacia el centro de Jerusalén.

El gran policía rubio no era inglés, sino un árabe llamado Azmi Djauni, y lo que se aprestaba a cumplir era tan horrible que pasaría el resto de su vida expiándolo en un asilo psiquiátrico de El Cairo. Los tres camiones que lo seguían eran los instrumentos elegidos por Abdel Kader para asestar el golpe decisivo que prometió al Mufti, ese golpe que forzaría a los judíos de Jerusalén a implorar la paz.

Ingleses auténticos, Eddie Brown y Peter Marsden —los dos desertores que participaron en el atentado contra el *Palestina Post*— se hallaban en los camiones. Ningún sentimiento de venganza justificaba esta vez su presencia. Se les pagaba por aquel trabajo. Su misión, y la de dos de sus dos compañeros, era esencial. No sólo habían descubierto el color en clave que figuraba en las placas de los camiones para ese domingo, sino que su presencia era necesaria para franquear los puestos de control de la «Haganah». Por no haber estado presentes, la operación llevaba un día de retraso. Debía haber tenido lugar la vigilia, la madrugada del sábado. Pero Brown y Marsden sé negaron a partir mientras no recibieran la mitad de las mil libras de su salario.

Fawzi el Kutub, el especialista en explosivos, dispuso en cada vehículo más de una tonelada de TNT, junto con una mezcla particularmente mortífera: cincuenta kilos de potasio y otros tantos de polvo de aluminio. La combustión de estos dos elementos debía aumentar considerablemente la temperatura de la explosión y proyectar a gran distancia una lluvia de minúsculos cócteles Molotov. Había regulado el encendido directamente sobre el cuadro de mandos del vehículo, mediante mechas unidas a las cargas explosivas. Además, tomó la precaución de proteger la

combustión de las mechas haciéndolas pasar por un tubo metálico. Les bastaba a los dos ingleses encender una cerilla antes de abandonar los camiones. Tras sesenta segundos de combustión inextinguible, todo volaría.

Un agudo ruido procedente de la calle Ben Yehudá despertó a David Rivlin. Se levantó y, medio dormido, se dirigió hasta el balcón. Era —se acordaría siempre— «una mañana clara y magnífica». Se frotó los ojos y miró en dirección a la avenida del Rey Jorge V. Sólo vio a un lechero que dejaba sus botellas en las puertas. Se volvió hacia la derecha. La plaza de Sión estaba vacía, y los primeros resplandores de un día soleado iluminaban los tejados de los edificios. Inclinándose sobre el balcón, vio entonces tres grandes camiones militares. Uno estaba aparcado algunas casas más abajo, ante el «Hotel Amdursky», el segundo, ante el edificio «Vilenchik». El tercero estaba justo bajo su ventana.

Rivlin regresó a su habitación. Acababa de sentarse sobre el borde de su cama cuando fue presa de una intuición muy simple. «¡Dios mío —pensó—, vamos a volar!».

Casi en el mismo instante, en medio de un resplandor de luz blanca, la fachada del edificio «Vilenchik» se hinchó suavemente y se derrumbó hacia la calle; el «Hotel Amdursky» se hundió con un movimiento lento y majestuoso. Enfrente, dos edificios se desplomaron a su vez como si hubieran sido apretados por una prensa gigante. Centenares de personas fueron proyectadas fuera de su cama, y se rompieron todos los vidrios en un radio de dos kilómetros. El eco de la explosión retumbaba aún sobre los tejados de la ciudad, cuando las primeras llamas se elevaron de los escombros.

En el momento de la explosión, Mina Horchberg estaba en su balcón, viendo alejarse a su sobrino. Quedó decapitada instantáneamente por la fuerza de la detonación.

En el quinto piso del número 16 de la calle Ben Yehudá, encima del restaurante «Goldman», Uri Saphir —joven soldado de la «Haganah»— se encontró en medio de su habitación bajo una nube de polvo, humo y yeso. Su primer pensamiento fue para su perro. Lo llamó, pero no obtuvo respuesta. En lugar de la ventana se había abierto un agujero. Se arrastró hacia él, a través del polvo y del humo, y vio al animal enloquecido que corría por las ruinas. Un trozo del marco de la ventana quedó enganchado en la cornisa de la habitación vecina, y Saphir descubrió, «ondeando como una bandera en medio de la calle Ben Yehudá», los pantalones que había llevado la víspera. Un fantasma desnudo, cubierto de sangre, entró entonces en la habitación. Saphir reconoció a su padre. Le envolvió en una colcha, lo tomó en sus brazos y se dirigió hacia la escalera. En cada piso, las puertas de los apartamentos habían sido arrancadas, y todo, en el interior, aparecía pulverizado. Sin embargo, Saphir registró una insólita imagen de serenidad: seis huevos intactos sobre una mesa de cocina.

David Rivlin se encontró, sin un rasguño, sentado en el borde de su cama. Sofocado por el polvo, se repetía: «Estoy vivo, estoy vivo». El balcón sobre el que se inclinó treinta segundos antes había desaparecido. Un débil gemido le llegó entonces de la habitación vecina. Detrás de la puerta se hallaba un hombre medio desnudo. Su cara chorreaba sangre, y trozos de carne pendían de sus mejillas. Rivlin lanzó un grito cuando vio que el herido llevaba uno de sus pijamas. La llaga abierta que tenía bajo los ojos era todo lo que quedaba del bello rostro de su camarada Abraham Dorion, desfigurado para siempre por los mil trozos del espejo ante el que se afeitaba. Aquel que quería encarnar a la nueva nación judía, no aparecería jamás en una pantalla.

Cuando la población descubrió la magnitud de la tragedia, su cólera se desencadenó contra los británicos. El «Irgún» dio orden de tirar a matar contra todos los ingleses, y los disparos se sucedieron por toda la ciudad. A mediodía, tras haber perdido casi una decena de hombres, las autoridades ocupantes tomaron una decisión sin precedentes: prohibieron a sus tropas penetrar, de momento, en la Jerusalén judía.

Este atentado fue, con mucho, el golpe más duro que asestaron los árabes contra los judíos de Jerusalén. Pero, a despecho de todo su horror, sus resultados fueron contrarios a los que esperaba Abdel Kader. En lugar de incitar a los judíos a implorar la paz, la tragedia cerró sus filas y galvanizó el espíritu de resistencia. El desencadenamiento antibritánico que provocó condujo, además, a las autoridades a espaciar aún más sus patrullas en los barrios judíos, dejando así a éstos más dueños de sus zonas, como los árabes lo eran ya de las suyas desde hacía algunas semanas.

Durante toda la jornada prosiguió la búsqueda de supervivientes y muertos en las ruinas de la calle Ben Yehudá. Sobre un trozo de muro, encima de lo que había sido la escalera del «Hotel Atlantic», una bandera sionista había sobrevivido extrañamente al cataclismo. Pendía al sol invernal cual irrisorio pero reconfortante símbolo. Bajo sus pliegues, alguien colocó una pancarta en la que se podía leer: «Silencio. Los heridos bajo las ruinas quizá piden ayuda».

Aquella noche, en las afueras de El Cairo, dos ingleses taciturnos acababan de vaciar una botella de whisky en el bar del «Albergue de las Pirámides», uno de los *nigth-clubs* preferidos por el rey Faruk. Eddie Brown y Peter Marsden llegaron a El Cairo para recibir el dinero que se les debía. Pero el Mufti de Jerusalén les pagó con una despectiva sonrisa y los hizo expulsar de su villa.

Sólo les restaba desaparecer para siempre. Por todas partes estarían condenados a vivir en el miedo. Porque Brown y Peter Marsden habían dado a los judíos sólidas razones para vengarse. Los explosivos mataron a cincuenta y cuatro personas. De acuerdo con su tarifa de asesinos a sueldo, apenas llegaba a diez libras esterlinas por vida humana.

16

LA PLANTA BAJA DE LOS DIPLOMÁTICOS

Ninguna placa diplomática, ninguna enseña ni ninguna escolta de motoristas distinguía del resto de la circulación londinense el «Humber» negro que rodaba aquella tarde de febrero de 1948 hacia el Támesis. El viaje era secreto, y lo sería durante muchos años. En un instante, el vehículo se detuvo ante el porche lateral del palacio de Whitehall, sede del Foreign Office, por el que generaciones de diplomáticos extranjeros desfilaron para sus reuniones oficiales con los administradores del Imperio Británico. Arriba, en su imponente despacho, el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Ernest Bevin, esperaba a los pasajeros del «Humber».

Uno era árabe. Primer Ministro del reino de Transjordania, Tewfic Abu Huda había sido elegido por el rey Abdullah para conducir a buen puerto su proyecto de anexión de la Palestina árabe. El otro era inglés; pero después del soberano, era el personaje más importante de Transjordania. Incluso sus enemigos afirmaban que era, en realidad, el verdadero dueño del país: mandaba los guerreros beduinos de la Legión Árabe, la fuerza sobre la que descansaba el trono de Abdullah.

Sir John Bagot Glubb —Glubb Pachá— observó, con evidente aversión, la ciudad gris que desfilaba tras los cristales del «Humber». Aquellas calles tristes y heladas se habían hecho extrañas para él; su patria estaba entonces en la soledad del desierto. Allá, en medio de las inmensidades silenciosas, bajo un cielo sin fin, era donde John Glubb se sentía realmente en su casa. Aquel hombrecillo de mentón deformado y bigote chaplinesco no se parecía, ciertamente, a Lawrence; pero, de la larga lista de arabizantes británicos que habían seguido a este último en Oriente, él era, sin duda alguna, el más grande. Ningún occidental había logrado dominar tan perfectamente como él los dialectos beduinos. Compartía su saber y conocía sus costumbres, sus estructuras tribales y la enmarañada trama de las leyes orales que gobernaban sus vidas. Por su acento podía adivinar el origen de un beduino; por los pliegues de su *keffieh*, los rasgos de su carácter.

Glubb descubrió esta su vocación al concluir la Primera Guerra Mundial, cuando fue nombrado oficial de Asuntos Indígenas en Irak. Llamado a Transjordania para arreglar un conflicto entre dos tribus fronterizas, se sintió imperiosamente atraído por aquellos guerreros cuyas diferencias había ido a arbitrar. Se adhirió rápidamente a su modo de vida. A lomo de rápidos camellos *hadjin* condujo él mismo a los soldados

elegidos de la Patrulla del Desierto y rivalizó en dureza con ellos. Dormía envuelto en una piel de cabra en la misma arena, con una piedra a guisa de almohada. Su alimento era el de sus soldados: tortas de centeno acompañadas de leche de camella y mantequilla rancia de oveja. Durante las largas noches bajo las estrellas, se acurrucaba cerca de sus fuegos, les escuchaba, les preguntaba y, pacientemente, acumulaba un conocimiento único de aquella raza en vías de extinción. Se hizo, por así decirlo, beduino hasta en los ademanes: sentándose en su compañía, se dedicaba a perseguir en su pecho imaginarios piojos, que a continuación simulaba aplastar entre las uñas. En Ammán, donde vivía con su mujer, treinta años más joven que él y que criaba gatos, huía regularmente de las cosas mundanas. Como en los tiempos de su juventud, su único placer consistía en saltar sobre un jeep y correr al encuentro de sus tribus y sus desiertos silenciosos.

Su apego a los beduinos le valió, por parte de éstos, una consideración próxima a la veneración. Mandaba la Legión Árabe desde marzo de 1939, fecha en la que se retiró su fundador, el coronel F. G. Peake Pachá. Contra la opinión de todos, se dedicó a formar, con sus primitivos guerreros, una unidad selecta mecanizada, destinada a convertirse en el núcleo de la Legión. Los beduinos justificaron su confianza, revelándose extraordinariamente hábiles en asimilar las tácticas y complejidades de la guerra moderna. Bajo su mando, la Legión Árabe vio aumentar sus efectivos de dos mil hombres, en 1939, a dieciséis mil en 1945. En Siria combatió al lado del Ejército inglés contra los franceses de Vichy, y en Irak, contra sus hermanos árabes sublevados, ganando por doquier tanto la admiración de sus aliados como la de sus enemigos.

Los ojos azules y las largas manos, casi femeninas, de Glubb Pachá, así como su actitud tímida y reservada, disimulaban un temperamento tiránico. En un acceso de furor le dio una paliza tan terrible a un jeque, que al día siguiente debió enviarle veinte camellos para solicitar su perdón. Incluso llegó a arrojar en su despacho, a más de un oficial, un tintero, un pisapapeles, que les pasaba silbando junto a las orejas. Este asceta inflexible exigía que no se le escapase nada que concerniese a la Legión Árabe. Era suya.

«Le gustaba horrores jugar a la guerra —recuerda uno de sus familiares—. Asaltaba de improviso campamentos, lanzaba a las patrullas, desplazaba las ametralladoras, organizaba emboscadas, y ello con un desprecio total por la jerarquía. Jamás habría podido actuar así en otro ejército. Pero esto era verdad: la Legión Árabe era su ejército».

Personaje complejo, era mal comprendido. «Nunca se sabía lo que preparaba —dice uno de sus subordinados—. Su espíritu funcionaba ya como el de un árabe; tenía toda su sutileza. Su lucidez se hizo tan particular, que podía comprender la aparente falta de lógica del pensamiento árabe e incluso preverlo. Sabía que siempre obraban

en función de sus emociones, y él conocía estas emociones. Trataba con el palacio real como un árabe; con las tribus, como un beduino, y con Londres, como un inglés. Sólo Glubb Pachá estaba al corriente de todo».

Su presencia en el «Humber» negro al lado del Primer Ministro de Abdullah era una prueba de ello. Abu Huda lo eligió como intérprete, de preferencia a un transjordano. Sería el único testigo de su entrevista secreta con Bevin.

Los visitantes fueron introducidos inmediatamente en el vasto despacho donde el mapamundi había sido tan frecuentemente modificado con algunas palabras o algunos rasgos de lápiz. Cuando estuvieron sentados, Abu Huda comenzó su alegato solicitando una nueva modificación de ese mapa, ésta menor, pero de una importancia primordial para el soberano que le había enviado a Londres.

Numerosos palestinos —declaró a Bevin— presionaban al rey Abdullah para que ocupara la orilla derecha del Jordán tras la expiración del mandato británico en Palestina, a fin de anexionarse este territorio atribuido, por el plan del reparto, al Estado árabe. Era de interés común, tanto para Inglaterra como para Transjordania, impedir a toda costa el regreso de Hadj Amin a Jerusalén. Pero que quede bien entendido —afirmó para concluir— que Abdullah jamás emprendería una operación de esta importancia sin el asentimiento y apoyo de su principal aliado.

Bevin reflexionó un instante. Igual que John Glubb, que acababa de traducirle los propósitos de Abu Huda, estaba persuadido del valor que podía representar para Gran Bretaña una monarquía hachemita estable en Transjordania, unida, por la sangre, a Irak, la otra aliada de Inglaterra en Oriente Medio.

—Parece que ésta es la única cosa que se ha de hacer —respondió el secretario del Foreign Office.

Luego, rápidamente, como para moderar su asentimiento, lanzó una advertencia al transjordano:

—¡Pero que no vayan a invadir las zonas asignadas a los judíos!

Si Abdullah deseaba que se cumplieran sus esperanzas, John Glubb debía obtener ahora de Londres un segundo asentimiento. La Legión Árabe, sobre la que el monarca iba a apoyarse durante los meses venideros, no contaba más que con cuatro mil hombres. Glubb deseaba aumentar sus efectivos hasta siete mil y convertir su regimiento mecanizado en brigada, mediante la compra de cincuenta o setenta y cinco auto-cañones. Pero más importante aún era el hecho de que la Legión Árabe había dependido siempre del Ejército británico en Palestina para sus subsistencias, municiones, talleres y transportes. Todo eso debía ser remplazado cuando se retiraran los ingleses.

Durante semanas, Glubb presionó al Primer Ministro Huda, a fin de conseguir medios financieros suplementarios para su ejército. «¡Cosa extraña! —anotaría—. Aquel *gentleman* tal vez creía que no hacía falta dinero para sostener una guerra». En

adelante se remitiría a la generosidad de sus compatriotas. Los resultados de su visita a Londres aparecerían tres meses más tarde, cuando estallara la guerra en Palestina. Multiplicando por tres sus subvenciones, los ingleses iban a hacer de Glubb y de sus beduinos los árbitros del conflicto. El destino de Jerusalén estaría en sus manos.

Era menos la incomodidad que la incongruencia de la situación lo que sorprendía a Pablo de Azcárate. Su calidad de diplomático, su rango y la importancia de la organización que representaba le daban derecho a ciertas consideraciones. Funcionario internacional respetuoso del protocolo y de las precedencias, imaginó de otro modo su llegada a Jerusalén. Este cristiano había soñado con abarcar de una sola ojeada el mágico panorama de la ciudad: el Monte de los Olivos, el huerto de Getsemaní, las antiguas murallas, todas esas maravillas de las que venía a tomar posesión en nombre de la Humanidad. La realidad se mostró menos romántica. El primer representante de las Naciones Unidas en Palestina sólo pudo contemplar, a su entrada en la Ciudad Santa, los borceguíes claveteados y la posterior majestuosidad de un policía británico.

Pese a las vigorosas objeciones de los ingleses, había sido enviado para establecer la presencia de las Naciones Unidas en Jerusalén y preparar la aplicación del Reparto. Le acompañaban un coronel noruego, un economista indio, un jurista griego y dos secretarios. Acudió a recibirlos al aeropuerto sólo un subteniente inglés. Con la más perfecta indiferencia, ordenó al diplomático que subiera a un camión militar. Cada traqueteo del vehículo despertaba dolorosamente el lumbago del desgraciado español condenado, «para su seguridad», a permanecer acuclillado.

Si Azcárate conservaba todavía algunas ilusiones, se disiparon cuando descubrió la residencia oficial que los ingleses habían preparado para los miembros de su comisión. Disponían de algunas habitaciones en la planta baja y en el sótano de un pequeño edificio de dos pisos, situado frente al «Hotel Rey David». Cuando el español penetró en la casa, tuvo una nueva sorpresa: un fontanero estaba atareado en la reparación de los retretes, mientras dos obreros demolían un tabique. La corriente eléctrica estaba cortada. En cuanto a los escasos muebles, diseminados acá y allá, le parecieron que provenían de una celda monástica o penitenciaria. Ni un tintero, ni una hoja de papel. Los criados árabes empleados en la zona británica se habían negado categóricamente a servir a los representantes de las Naciones Unidas, y Azcárate debía enviar a alguien, con escolta, a buscar todas sus comidas. Esta situación amenazaba eternizarse, pero las dos secretarias que, como buen latino, eligió más por su belleza que por su competencia como taquígrafas, trabaron conocimiento con dos policías. Entonces pudo mejorarse el abastecimiento.

Al reservar esta acogida a Azcárate, los ingleses mostraron con qué repugnancia aceptaban la presencia de las Naciones Unidas en Palestina. Ya habían hecho saber que los funcionarios de Su Majestad no tenían la intención de compartir su autoridad

en Palestina con las Naciones Unidas ni con nadie hasta la expiración de su mandato.

Contrariado por tal actitud, el español se preguntó si no valdría la pena una protesta oficial. Considerando, finalmente, que la política más sabia sería la de «mostrar indiferencia y buena voluntad», ordenó a su grupo deshacer los equipajes.

Al día siguiente por la mañana, el primer secretario de la Comisión de las Naciones Unidas para Palestina inauguró su misión abordando la primera tarea que le aguardaba: lavar la vajilla de su desayuno y hacer su cama. A continuación, juzgando que la presencia de las Naciones Unidas, por indeseable que pareciese, debía ser convenientemente anunciada a la ciudad. Azcárate desplegó la hermosa bandera azul y blanca de la ONU que le había sido entregada antes de su partida de Nueva York.

Impregnado por la gravedad del momento, el hombrecillo subió al segundo piso para hacer ondear sobre la parcela de tierra más venerada de la Humanidad el emblema del Parlamento de los hombres. Con la dignidad austera y solemne de un torero, el español izó la bandera y la saludó en posición de firmes.

Aunque ya se había percatado perfectamente de la poca popularidad de su misión, Azcárate quedó aturdido por la reacción inmediata que provocó su gesto. Una lluvia de balas se abatió sobre el edificio. El infortunado diplomático se olvidó simplemente de que los colores azul y blanco del emblema de las Naciones Unidas eran los mismos que los de la bandera sionista. Todos los francotiradores árabes de Jerusalén estaban convencidos de que Azcárate hacía ostentación de la bandera judía.

Como cada mañana a las 7:30 en punto, el general Sir Gordon Mac Millan, comandante en jefe del Ejército británico en Palestina, saboreaba una naranja de Jafa mientras repasaba los mensajes de la noche. Los despachos de aquel sábado, 6 de marzo de 1948, eran de los que echan a perder un desayuno. Anunciaban la entrada en Palestina del representante de otro grupo de naciones. A medianoche, al frente de una columna de veinticinco camiones y quinientos hombres, el jefe de los voluntarios del Ejército de Liberación Árabe, Fawzi el Kaukji, atravesó el Jordán por el puente Allenby sin encontrar la menor oposición por parte de los tropas de Mac Millan. El inglés estaba furioso. Aunque el Foreign Office mostraba cierta tolerancia hacia el ejército de El Kaukji, él sabía que no podía ser cuestión de dejarle operar en un territorio en que Gran Bretaña se consideraba como la única autoridad soberana. Como temía, toda clase de mensajes furibundos comenzaron a llegar de Londres ordenando que El Kaukji y sus agentes «fuesen expulsados de allí en seguida».

Y, ésta era, precisamente, una operación en la que Sir Gordon Mac Millan no quería comprometerse en modo alguno. Preocupado por salvaguardar la vida de sus hombres, no veía «verdaderamente razón para que muriera gran número de ellos en una acción militar contra El Kaukji». Ya que éste estaba en Palestina, la táctica más hábil sería persuadirle de que se mantuviera tranquilo hasta la partida de los ingleses y evitara todo incidente susceptible de desencadenar un concierto internacional de

protestas. Mac Millan acabó por vencer las resistencias del Alto Comisario, Sir Alan Cunningham, y consiguió que un emisario del Gobierno acompañara al oficial encargado de convencer a El Kaukji.

El jefe del ejército árabe estaba ya muy ocupado aquella mañana. Recibía a la Prensa en su Cuartel General, instalado cerca de la ciudad árabe de Nablus.

—He venido aquí para combatir —declaró—, y aquí me quedaré hasta el día en que Palestina sea una nación árabe libre y unida o hasta que me maten y sea enterrado aquí.

Su intención —precisó utilizando el eslogan convertido en *leit-motiv* de la propaganda árabe— era la de «rechazar a todos los judíos hacia el mar».

Las circunstancias de la entrada en Palestina del jefe árabe eran aún más comprometedoras para los ingleses de lo que había imaginado el general Mac Millan. El Kaukji había sido recibido la víspera en Ammán, por el rey Abdullah, con todos los honores que el monarca juzgó debidos a un enemigo del Mufti. Una guardia de honor de la Legión Árabe lo escoltó a continuación hasta el puente Allenby. Allá conversó amablemente, durante unas horas, con los británicos del puesto de guardia fronterizo y con los de la aduana, mientras esperaba a cuatro camiones que se habían retrasado.

Con la mayor cordialidad recibió a los emisarios británicos de Jerusalén.

—Somos responsables del orden y del respeto de la ley —declararon estos últimos—, y si usted provoca disturbios, no tendremos más elección que expulsarle. Su presencia aquí es ilegal, pero la toleraremos a título excepcional si se compromete a permanecer tranquilo.

El árabe se apresuró a tranquilizar a sus visitantes. Se conformaría, naturalmente, con los deseos de la Gran Bretaña. No tenía, de hecho, ninguna intención de respetar su promesa. Mac Millan no pedía más por el momento. Como había esperado, el compromiso verbal de El Kaukji tranquilizó por una temporada al Gobierno de Su Majestad.

Por su parte, el jefe del Ejército de Liberación no tenía ninguna prisa por iniciar las operaciones. Gracias a las infiltraciones regulares de los dos últimos meses, cuatro mil árabes en armas se hallaban bajo sus órdenes. Reagrupados en cuatro regimientos, estaban concentrados en Galilea y cerca de Nablus. Su presencia en esta ciudad era tan poco clandestina, que seiscientos de ellos desfilaron ante la población sin haber recibido aún la acogida oficial por parte del alcalde.

Contrariamente a los combatientes palestinos, estos voluntarios extranjeros disponían de armamento apropiado. Sin embargo, sus transmisiones y transportes seguían siendo primitivos, y eran hombres a pie los que llevaban las órdenes de puesto en puesto. En cuanto a intendencia, ésta no preocupaba apenas a El Kaukji. Dejaría que su ejército viviera del saqueo de las colonias judías. El que en su reserva

de medicamentos hubiese sólo laxantes y aspirinas no le inquietaba en demasía. No preveía una larga campaña ni grandes pérdidas.

No obstante, y a despecho de los gloriosos titulares con que fue registrada en toda la Prensa árabe, su primera batalla no constituyó un éxito. Uno de sus oficiales lanzó a sus hombres, al descubierto, al asalto del kibbutz de Tirat Zvi. A pesar de todo su valor, los árabes fueron derechos al desastre: treinta y ocho muertos y cincuenta heridos, mientras que los judíos sólo perdieron un hombre.

El Kaukji atribuyó este fracaso a la táctica de guerrilla utilizada por su subordinado. No se repetiría más. Desde su estancia en Alemania conocía los principios de la guerra moderna. Él no era ya un jefe de banda, sino más bien un general.

—¡Todo está a punto! —anunció—. ¡La verdadera batalla comenzará cuando yo quiera!

El jefe del Ejército británico en Palestina no era el único en querer dialogar con el árabe Fawzi el Kaukji. Desde hacía varias semanas, el judío Yehoshua Palmon intentaba reunirse con él en secreto. Arabista distinguido, Palmon vivió en el desierto con las tribus beduinas. Disfrazado de buhonero árabe, recorrió durante un año Siria a lomos de una mula. Esta experiencia le reveló cuan ásperas rivalidades oponían a los diferentes clanes árabes y, principalmente, a El Kaukji y al Mufti de Jerusalén. Los judíos —pensó Palmon— debían explotar estas rivalidades. Si conseguía entrevistarse con El Kaukji, estaba seguro de poder prestar un inestimable servicio a sus jefes. Palmon era uno de los mejores agentes de información de la «Agencia Judía».

La amenazadora presencia de un ejército árabe en el norte de Palestina tuvo inmediatas repercusiones en Jerusalén. Como quiera que el valor militar de aquellos invasores había sido ya lo suficientemente probado en el campo de batalla, los jefes de la «Haganah» no podían correr e] riesgo de desguarnecer el frente del Norte para reforzar el de Jerusalén. Sin embargo, David Shaltiel, el nuevo responsable de la ciudad, se mostraba taxativo: o recibía refuerzos de hombres, o tendría que acortar su línea de defensa. En un mes pudo descubrir la extraordinaria dificultad de su misión.

Las particularidades locales, que habían pesado siempre sobre la existencia de Jerusalén, impidieron a la «Haganah» alcanzar la misma eficacia que en otras partes. Los años de estricta vigilancia británica habían obstaculizado su entrenamiento, y el complejo mosaico de las comunidades étnicas hacía difícil su unidad. Las comunidades ortodoxas, que componían una gran parte de la población, no le habían suministrado jamás muchos reclutas. Los disidentes del grupo «Stern» y del «Irgún» eran, en contrapartida, relativamente más numerosos e influyentes, pero su hostilidad a la internacionalización de la ciudad condenaba esta especie de cooperación que se

establecía en otras partes con las fuerzas de la «Haganah».

Todos estos problemas fueron los que, finalmente, impulsaron a Shaltiel a escribir a Ben Gurion, a principios de marzo, para obtener refuerzos. Sólo contaba con tres mil hombres para defender Jerusalén, número, a todas luces, insuficiente. Numerosos oficiales no estaban a la altura de su cargo, por lo que solicitó permiso para sustituirlos. Contrariamente a Dov Joseph, Shaltiel pensaba que no constituía ninguna ventaja para la ciudad el ser defendida por sus hijos. «Cada vez que un habitante de Jerusalén es asesinado —escribía—, se resiente la moral de todo el mundo». Además, poseía escasamente las armas necesarias para sostener las posiciones fijas. «Cuando debo proveer de escolta a un convoy —añadía—, me es preciso tomar las armas necesarias de las posiciones. Si el convoy cae en una emboscada, pierdo las armas».

Algunos días más tarde, resumiendo la situación de la ciudad en un informe destinado a Eliezer Kaplan, tesorero de la «Agencia Judía», Shaltiel precisó que la insuficiencia de las reservas de agua, de fortificaciones y de efectivos no permitía preparar convenientemente a Jerusalén para la eventualidad de una guerra. Más aún; no era seguro ni siquiera que la ciudad pudiese sostenerse hasta la retirada de los ingleses, si ya a partir de aquel momento no se resolvían de manera satisfactoria gran número de problemas inquietantes. La población mostraba algunas señales de cansancio; la moral de determinados elementos de la «Haganah» no era todo lo elevada que sería de desear. Pero, sobre todo, el «Irgún» y el grupo «Stern», al negarse a integrar sus fuerzas en la defensa general, privaban a Shaltiel de los efectivos que precisaba con urgencia. Se esforzó, en vano, por llegar a un acuerdo. Durante una entrevista secreta, Yehoshua Zetler, jefe del grupo «Stern», le dijo secamente:

—¡No estableceremos ningún compromiso con ustedes mientras acepten la internacionalización de Jerusalén!

Shaltiel suplicó a su interlocutor que, al menos, participara en la defensa de los pueblos y colonias que protegían los accesos a la ciudad.

—¡Al diablo los pueblos! —exclamó Zetler—. Sólo nos interesa Jerusalén.

Las relaciones con las numerosas comunidades religiosas no eran menos difíciles. Los rabinos consideraban que la causa de Jerusalén estaría mejor servida si los millares de alumnos de sus escuelas talmúdicas seguían consagrando su tiempo al estudio y a la recitación de salmos en vez de llevar armas. Para incitar a estos santos hombres a modificar su actitud, Shaltiel delegó en su más sutil negociador. El joven Jacob Tsur se compró un hermoso sombrero negro y se dirigió a casa del Gran Rabino de Palestina para reunirse con los jefes religiosos más eminentes de la ciudad. Haciendo acopio de toda su erudición, Tsur invocó a Maimónides, el gran filósofo judío de la Edad Media que, al referirse a esas guerras totales en las que incluso la existencia del pueblo está amenazada, escribió que «todo hombre debe ser

movilizado, hasta el recién casado bajo la *huppa*». Tras un apasionado intercambio dialéctico, los rabinos consintieron, finalmente, en dejar trabajar a sus alumnos para la defensa cuatro días a la semana. En contrapartida, durante los tres días restantes deberían dedicarse a la oración «para que Dios nos conceda la victoria».[13]

Sin embargo, en el plano militar era donde Shaltiel encontraba sus más graves dificultades. Proteger a la población con tan débiles medios —comprendido el barrio sitiado de la ciudad vieja— y defender al mismo tiempo las colonias satélites, algunas de las cuales, como la fábrica de potasa del mar Muerto, se encontraban a cuarenta kilómetros, era un desafío. Casi un tercio de los efectivos de la ciudad estaban movilizados para la protección de esas colonias y de sus comunicaciones. Persuadido de que la invasión de Galilea por las tropas de El Kaukji eliminaba toda esperanza de recibir esfuerzos, Shaltiel decidió apelar a quien le había encargado defender hasta la muerte cada parcela de territorio judío.

«Evacuaremos las colonias al oeste y al sur de la ciudad y, principalmente, el barrio de la ciudad vieja —recomendó a David Ben Gurion—. Los hombres y las armas así liberados bastarán para garantizar la defensa de Jerusalén». El 1.º de mayo —anunció— la relación de fuerza será de cinco a uno a favor de los árabes, y encareció a Ben Gurion que no se dejara llevar por los sentimientos. Era preciso evacuar «sin tener en cuenta consideraciones políticas, ya que son incompatibles con nuestros imperativos militares».

«La única razón que le ha impulsado a venir a nuestro encuentro, es que nosotros somos mejores clientes», pensó el judío Nahum Stavy observando cómo el mayor británico limpiaba nerviosamente sus gafas. El inglés era responsable de un grupo de edificios situados en el orfelinato que pertenecía a una obra de caridad alemana. Oficial del Estado Mayor de Shaltiel, Stavy acababa de explicar al mayor que la «Haganah» concedía una importancia esencial a aquellos edificios y que no deseaba en absoluto que cayeran en manos de los árabes.

Sin dignarse levantar los ojos, el inglés respondió que estaría eventualmente dispuesto a aportar su ayuda, pero que ésta «entrañaba algunos dispendios». Stavy había previsto esta eventualidad. Estaba dispuesto a pagar en metálico una suma razonable —declaró—. El mayor habló de dos mil dólares. El judío aceptó con un movimiento de cabeza.

Esta transacción era el primer compromiso de la única batalla en la que David Shaltiel estaba, por el momento, dispuesto a comprometer sus fuerzas. Para ganarla, la astucia contaría más que los fusiles, y el whisky, más que las municiones. Su fase decisiva se produciría en las horas siguientes a la partida de los ingleses. Los que consiguieran ocupar aquel día los puntos estratégicos y las instalaciones evacuadas, habrían casi conquistado la ciudad. Escogidos por su emplazamiento y su función en el gobierno de la ciudad, aquellos edificios, desde donde Gran Bretaña reinó durante

tantos años, controlaban Jerusalén. En el centro estaba «Bevingrad», especie de campamento atrincherado, circuido de alambradas, en que se encontraban la Oficina de Correos, con su central telefónica; la Jefatura de Policía, los tribunales, los servicios administrativos, la cárcel, la emisora de radiodifusión, dos hospitales, el servicio de sanidad y los Bancos. También estaba allí el hospital italiano, cuya torre dominaba todo un barrio; y la enorme hostería de «Notre-Dame de France», de macizas alas de piedra que sobresalían de las murallas de la ciudad vieja; los cuarteles de Allenby y de El-Alamein y el «Hotel Rey David». Para ocuparlos sin dañar sus instalaciones, la «Haganah» necesitaría la estrecha cooperación de los ingleses y, sobre todo, conocer con precisión los horarios y los planes de evacuación. La mayor parte de los edificios estaban situados en el límite de los sectores árabes y judíos. Una red de alambradas, barricadas y fortines defendía su acceso por el lado judío. En cambio… por el lado árabe, las entradas estaban tan poco protegidas, que los hombres de Hadj Amin no tendrían dificultad alguna en franquearlas a la salida del último soldado británico.

Para los judíos, la única forma de ganar a los árabes en velocidad era lograr que los ingleses abandonaran cada fortín por las salidas situadas del lado árabe, a fin de permitir a las fuerzas judías entrar pisándoles los talones. La «Haganah» confió a Vivian Herzog, el antiguo mayor de los «Guards», la tarea capital de convencer a los británicos. Además, se rogó a Herzog que confeccionara una lista de oficiales ingleses simpatizantes de la causa judía o que aceptaran suministrar, mediante retribución, las fechas y horarios de evacuación.

Como quiera que el antiguo orfelinato alemán ocupaba una posición aislada, los ingleses decidieron evacuarlo varias semanas antes de su partida definitiva. Como había prometido, el mayor británico telefoneó a Nahum Stavy una mañana de marzo.

—Nos vamos —anunció—. Esté usted ante la puerta de «Schneller», a las diez, con el dinero.

A las diez en punto, el judío estaba allí, y los dos hombres hicieron juntos, el inventario de los lugares. Luego el mayor sacó de su bolsillo un manojo de llaves y se lo presentó a Stavy, quien, a cambio, le hizo entrega de un sobre con dos mil dólares. El inglés le dio las gracias:

—¡Buena suerte!

Hombres de la «Haganah» surgieron de los edificios colindantes y ocuparon rápidamente la plaza. Cuando, un cuarto de hora más tarde, los árabes descubrieron la identidad de los nuevos inquilinos, se lanzaron furiosamente al asalto del edificio. Pero era demasiado tarde. Shaltiel había conseguido su primer éxito. El orfelinato «Schneller» se iba a convertir en una de las principales bases de la «Haganah» en Jerusalén.

17

EL ANCIANO Y EL PRESIDENTE

La joven judía se contempló en el espejo con satisfacción. Su vestido de franela gris le estaba tan bien, casi dos años después de su boda, como el día en que se posó sobre ella por primera vez la mirada de Vivian Herzog. Aura Herzog experimentaba hoy el placer, cada vez más raro, de llevar aquel vestido comprado para su ajuar en el gran almacén «Cicurel» de El Cairo. Los Herzog tenían aquel día una importante cita. A las trece horas llevarían a comer a un restaurante al coronel noruego llegado a Jerusalén con la misión de las Naciones Unidas.

Si los ingleses y los árabes habían acogido a la organización internacional, los primeros, con un desprecio calculado, y los segundos, a tiros, los judíos, por su parte, estaban ansiosos de asegurarles su apoyo. Habían designado a Vivian Herzog, uno de sus más hábiles representantes, como oficial de enlace del noruego.

Aura Herzog decidió adelantarse e ir a la «Agencia Judía» para discutir algunos asuntos concernientes a su trabajo con la «Haganah». A continuación se reuniría con su marido a la hora de comer. Al salir de su habitación, la joven vio sobre la chimenea sus pendientes de oro. Se los puso en el bolsillo. «¡Qué suerte! —pensó—. ¡Esto es lo único que nos hacía falta para mostrar a nuestro invitado noruego el refinamiento de que aún somos capaces las mujeres de Jerusalén!».

El árabe Fawzi el Kutub, el especialista en atentados con bombas, había comprado en Berlín un reloj de pulsera, de oro, para una muchacha de Jafa. Pero la fidelidad de su amiga no resistió la separación, por lo que él dio al regalo un destino menos sentimental del que había previsto el fabricante suizo. Retiró el cristal y la aguja de las horas y colocó un hilo eléctrico en la aguja del minutero. Luego, tras colocar un alfiler en el número 6 de la esfera, unió un segundo hilo eléctrico al alfiler. El Kutub contempló con satisfacción los doscientos cincuenta kilos de TNT que se hallaban en el portaequipajes de un «Ford» gris verdoso. Cuando la aguja del minutero tocase el alfiler, desencadenaría una explosión lo suficientemente potente como para arrancar un inmueble de cinco pisos.

Como en el atentado de la calle Ben Yehudá, El Kutub se sirvió de su experiencia como químico aficionado para multiplicar la potencia del nuevo ingenio. A fin de acrecentar el calor de la explosión, colocó detonadores suplementarios, cuya potencia habitual incrementó mediante la adición de un compuesto de mercurio, ácido nítrico y ácido clorhídrico. También previo, caso de que no funcionase el sistema principal,

otros dos sistemas de ignición: uno, un detonador la presión, situado en el portaequipajes, bajo la TNT, y el otro, un contacto eléctrico, por si el chófer, muerto de miedo, arrancaba los hilos del reloj.

El chófer sólo esperaba una señal para subir al «Ford». Cuando todo estuvo listo, se dirigió a la parte delantera de su vehículo para fijar sobre la aleta derecha el emblema que le aseguraría un paso rápido a través de cualquier control callejero, árabe, inglés o judío. El «Ford» estaba provisto ahora de la bandera americana. El árabe Antoine Daud era el chófer del Consulado de los Estados Unidos.

El vehículo salió lentamente de Jerusalén. Luego tomó la dirección del edificio judío mejor custodiado de Jerusalén, verdadera fortaleza que albergaba el Cuartel General mundial del movimiento sionista y de la «Haganah»; la «Agencia Judía».

Tanto para Abdel Kader como para toda una generación de compatriotas suyos, la imponente fachada que dominaba la avenida del Rey Jorge V era el símbolo de la desgracia de los árabes palestinos, la encarnación de los usurpadores llegados para arrebatarles sus tierras. Sus oscuros sótanos guardaban los archivos de medio siglo de sionismo, y de allí habían partido los que habían recogido incansablemente fondos, reclutado emigrantes, captado partidarios y obtenido la caución final de las Naciones Unidos. Desde su balcón, David Ben Gurion proclamó unas horas después del Reparto: «¡Al fin somos un pueblo libre!».

Especiales medidas de seguridad garantizaban su protección. Una reja metálica de tres metros de altura, custodiada por centinelas, cercaba los contornos, y vigas de acero entrecruzadas limitaban el acceso al patio a los escasos vehículos. En la puerta, hombres armados controlaban severamente los pases, verificaban las identidades, cacheaban a todos los que entraban. Sin embargo, allí era donde un tímido árabe cristiano de Belén se preparaba a introducir un cuarto de tonelada de TNT.

El propio Antoine Daud sugirió el plan de la operación a Abdel Kader. Todas las mañanas detenía su «Ford» ante la puerta de la «Agencia Judía» para recoger a las dos secretarias judías que trabajaban en el Consulado. Se convirtió para los guardias en un personaje tan familiar, que incluso le preguntaron, varias semanas antes, si no conocía un medio para procurarles armas. De acuerdo con Abdel Kader, Daud les entregó pronto algunas pistolas y granadas.

Un día, al fin, se presentó la ocasión que esperaban los árabes. Los judíos pidieron fusiles ametralladores al chófer. Daud fingió vacilar durante veinticuatro horas, y luego aceptó a condición de que lo dejaran entrar en el recinto de la Agencia con su vehículo, a fin de entregar la mercancía al abrigo de toda mirada indiscreta.

Así fue como, al amparo de una dificultad, el chófer del «Ford» pudo entrar en el patio y detener su vehículo justamente bajo el ala ocupada por el C. G. de Shaltiel. De un saco de lienzo oculto bajo el asiento trasero sacó entonces un fusil ametrallador. Era, sin duda, el arma más cara que adquiriera jamás la «Haganah». Mientras uno de

los guardias iba a buscar la suma convenida para la transacción, Daud dijo que se ausentaba un momento para comprar un paquete de cigarrillos en el estanco próximo.

Súbitamente inquieto al ver aquel vehículo abandonado por su conductor bajo las ventanas del C. G. de la «Haganah», otro guardia se precipitó hacia él, le quitó el freno de mano y lo empujó algunos metros más lejos, justamente a la altura del despacho de Vivian Herzog.

Aquello le costó la vida al soldado, pero salvó ciertamente las de David Shaltiel y de la mayoría de los oficiales de su Estado Mayor. La explosión del «Ford» trucado causó trece muertos. Aquel que debería haber perecido con seguridad bajo los escombros de su oficina resultó milagrosamente ileso. En el instante en que el automóvil llegó bajo la ventana. Vivian Herzog se levantó para satisfacer una necesidad natural. Al salir de los lavabos, situados en el otro extremo del edificio, corrió de estancia en estancia para socorrer a los heridos.

Al entrar en un despacho destrozado, lanzó un grito. Acababa de reconocer la falda de franela gris en el cuerpo sangrante que yacía en el suelo.

—¡Dios mío! —murmuró arrodillándose—. ¿Qué hacías tú aquí?

Le respondió un gemido. Tiernamente, se inclinó para quitar la sangre que manaba sobre el bonito rostro de su mujer. Luego, tan suavemente como pudo, deslizó los brazos bajo el cuerpo inconsciente para transportarla hacia una ambulancia.

Dos horas y media más tarde, a la una en punto, Vivian Herzog se presentaba en la oficina de las Naciones Unidas para acompañar al coronel Rosche-Lund a comer. Excusó la ausencia de su esposa, que acababa —anunció— de resultar herida, y rogó a su invitado que perdonara su aspecto, un tanto desaliñado. Los dos hombres fueron a continuación a reunirse con Reuven Shiloah, influyente personaje de la «Agencia Judía». Él también había sido herido por la bomba de Antoine Daud, y su cabeza envuelta en vendajes sólo dejaba ver los orificios de los ojos, de la nariz y de la boca. Se pasó a la mesa tras haber tomado un jerez. Un espectáculo increíble se desarrolló entonces ante los estupefactos ojos del noruego.

Mientras Herzog se esforzaba por ocultar las manchas de sangre de su mujer, de la que su camisa y su traje estaban impregnados, Shiloah se dedicaba a sorber su sopa con ayuda de una paja que parecía salir de la boca de una momia. «Debemos convencer a esta gente de que somos capaces de dirigir nuestro país tras la marcha de los ingleses», pensó Herzog. Al término de la comida, ni él ni Shiloah mencionaron la catástrofe de aquella mañana y que hubiera podido costarles la vida a los dos. Durante hora y media hablaron de los sueños que acariciaban para el nuevo Estado que iban a edificar en Palestina durante los veinte próximos años. Al escuchar a aquellos hombres que, deliberadamente, alejaban de su espíritu un presente cruel para pensar sólo en el futuro, las lágrimas anegaron los ojos del noruego.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Nadie podrá detener a un pueblo como el de ustedes!

En Washington, dos días después, el sábado 13 de marzo, la causa sionista corría el riesgo de recibir otro golpe. El camisero de Kansas City al que la llamada telefónica procedente de la habitación de Chaim Weizmann sacó de su cama, estaba completamente desanimado. Durante sus largos años de amistad, Eddie Jacobson no oyó jamás a Harry S. Truman hablar con tal cólera y tanta amargura. Era también la primera vez que su ex asociado le negaba un favor personal. Truman acababa de anunciarle que no tenía la menor intención de recibir a Chaim Weizmann ni a ningún otro líder sionista.

Sin embargo, jamás fue mayor la urgencia de tal encuentro. Algunos días antes, Truman, aunque con reticencia, dio su conformidad al proyecto del Departamento de Estado que tendía a sustituir el Reparto por una tutela de las Naciones Unidas en Palestina. Explicó su cambio de actitud en su respuesta al cable que Jacobson le envió el 20 de febrero: «Hace dos años y medio que esta situación es un rompecabezas para mí —le escribió—. Los judíos son tan apasionados, y es tan difícil hablar con los árabes, que resulta prácticamente imposible lograr hacer algo… Espero que todo acabará bien, pero he llegado a la conclusión de que no puede resolverse el problema en el marco del plan actual…».

A despecho del tono poco animoso de esta carta, Jacobson acudió a Washington para intervenir directamente cerca del Presidente. Pero las presiones de los sionistas americanos habían exasperado de tal forma a Truman, que permaneció sordo a la llamada de su amigo. Desanimado, Jacobson iba a despedirse cuando divisó, en un rincón del despacho presidencial, una estatuilla ecuestre de Andrew Jackson, el gran estadista americano de principios del siglo pasado. Ese objeto reavivó su ardor.

—Toda tu existencia, Harry, has tributado culto a un héroe —dijo—. Tú eres quizás, el americano que mejor conoce la vida de Andrew Jackson.

Apuntando con un dedo hacia el jinete, prosiguió:

—Es esa estatua colocada delante del nuevo palacio de Justicia que has hecho construir en Kansas City… Sí, aquélla, de tamaño natural, sobre el césped, justamente delante del edificio; allí se encuentra aún… Pues bien, Harry, yo tengo también un héroe, un hombre al que no he visto jamás y que es, creo, el judío más grande que jamás ha vivido. Hablo de Chaim Weizmann. Está muy enfermo, se halla en el límite de sus fuerzas, casi ciego, pero ha recorrido millares de kilómetros únicamente para verte y rogar por la causa de su pueblo.

Cuando Jacobson se detuvo, observó que los dedos del Presidente tamborileaban nerviosamente sobre la mesa. Luego le vio dar vueltas sobre su butaca y pasear su mirada sobre los descortezados tallos de la rosaleda. «Está a punto de cambiar de parecer», pensó Jacobson. De pronto, tras lo que le pareció una eternidad, el sillón del

Presidente osciló de nuevo. Truman le miraba fijamente a los ojos.

—¡Has ganado, pedazo de cerdo!

Cinco días más tarde, Chaim Weizmann franqueaba la puerta este de la Casa Blanca para entrevistarse con Harry S. Truman en el mayor secreto. Una vez más, la extraordinaria corriente de respeto mutuo y simpatía —que animó su primer encuentro— dominó su conversación. Weizmann fue quien llevó la voz cantante. Abordó tres cuestiones esenciales: el levantamiento del embargo de armas, la emigración y el apoyo de América a la causa del Reparto.

El Presidente respondió que el Departamento de Estado estaba examinando la primera. En cuanto a la emigración, su posición había sido siempre clara: era favorable a la misma. El tercer punto constituía la razón de ser de su visita. Los conmovedores argumentos, que el viejo líder sionista expuso con todas las fuerzas que le quedaban, pesaron más al fin, en el espíritu del Presidente, que el informe de sus consejeros del Departamento de Estado. Truman volvió a su convicción primera. Mantendría sus compromisos con aquel anciano y con los miles de judíos que aguardaban aún tras las alambradas de los campos europeos.

—Los Estados Unidos —prometió a Weizmann— continuarán apoyando el reparto de Palestina.

Warren Austin, jefe de la delegación americana en la ONU, ignoraba todo de esta entrevista cuando, menos de veinticuatro horas más tarde, penetró en la sala del Consejo de Seguridad. Redactado por Loy Henderson, autor del proyecto de tutela de las Naciones Unidas en Palestina, y aprobado por el Secretario de Estado, Marshall, el discurso que iba a pronunciar estaba listo desde hacía cuatro días. Nadie en el Departamento de Estado sabía que el Presidente de los Estados Unidos había cambiado su posición y decidido volver a apoyar el Reparto.

Mientras Warren Austin exponía oficialmente las nuevas proposiciones americanas con vistas a diferir *sine die* el reparto de Palestina, una especie de silencio inquietante caía sobre la sala. En la tribuna del público, muchos sionistas americanos estaban a punto de llorar. Luego, las delegaciones árabes, estupefactas al principio, dieron rienda suelta a su alegría.

Austin declaró que el Gobierno de los Estados Unidos pedía solemnemente al Consejo de Seguridad que suspendiera toda acción concerniente al Reparto y convocara a la Asamblea General en sesión extraordinaria para considerar una puesta bajo tutela de Palestina a la expiración del mandato británico, el 15 de mayo. El Reparto —dijo— no podía efectuarse pacíficamente «mientras prosiga la resistencia actual de los árabes». Advirtió entonces a sus colegas que si no se tomaban medidas urgentes, se abatiría la violencia sobre Tierra Santa, violencia que podría extenderse a todo el Oriente Medio y amenazar la paz mundial.

Esta iniciativa de los Estados Unidos era, para los sionistas, una traición, una «capitulación» ante las oposiciones árabes al Reparto. Al día siguiente, sábado, se celebraron servicios fúnebres en todas las sinagogas americanas. Las delegaciones árabes saltaban de gozo: ¡Era la victoria, el Reparto había «muerto»!

En Jerusalén, los guerrilleros árabes acogieron la noticia con triunfales ráfagas de ametralladora, mientras Hadj Amin proclamaba en Beirut que no había dudado jamás de que, «tarde o temprano, los Estados Unidos volverían al camino de la virtud y de la justicia». Dando rienda suelta a su cólera, David Ben Gurion calificó el discurso de «abandono» y prometió a su pueblo que, llegado el momento, el Estado judío sería proclamado con o sin el apoyo de los Estados Unidos.

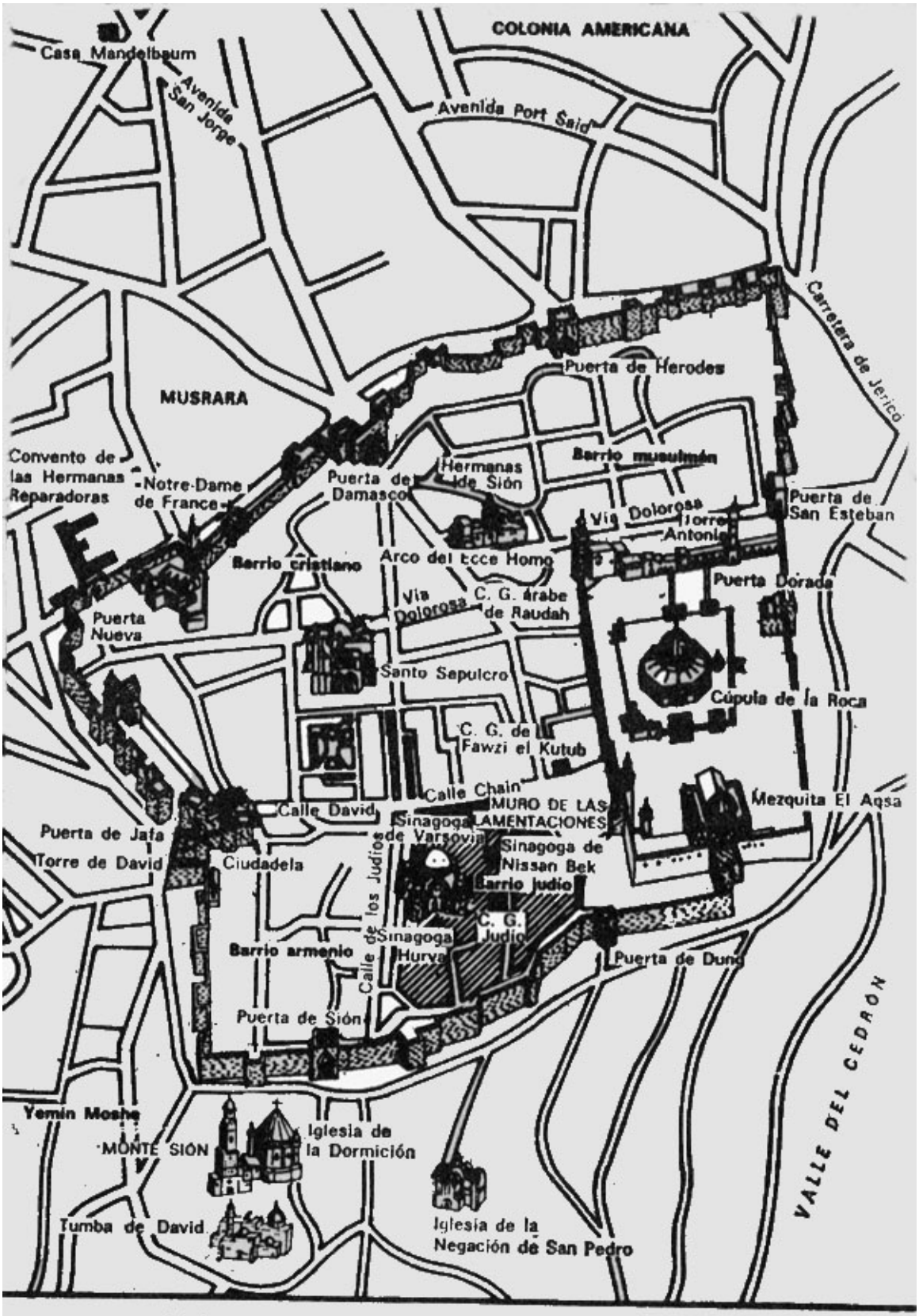
Sin embargo, en ninguna parte fue tan grande la sorpresa causada por el discurso de Austin como en la Casa Blanca. Truman estaba consternado. Al aprobar el proyecto de tutela sometida por el Departamento de Estado, el Presidente consideró que se reservaba la elección del momento y la forma en que sería hecho público. Por eso no juzgó indispensable, después de su entrevista con Weizmann, hacer saber al Departamento de Estado que había decidido, finalmente, que los Estados Unidos retornaran a su primera posición y permanecieran fieles a su compromiso de apoyar el Reparto. Estaba convencido de que la precipitación con que fue pronunciado el discurso constituía una maniobra deliberada de la facción del Departamento de Estado opuesta al Reparto, para ganarle por la mano situándolo públicamente ante un hecho consumado.

Este objetivo había sido alcanzado. El Presidente no podía, evidentemente, desmentir las declaraciones de su representante en la ONU. Su autoridad ya estaba lo bastante resentida por este vuelco total de la política internacional americana. Un nuevo vuelco acabaría de destruirla. Truman estaba prisionero. Debería contentarse con el plan de tutela.

Sin embargo, el Presidente estaba decidido a manifestar —en privado— su opinión y toda la cólera que experimentaba.

—¡Vete a ver a Weizmann dondequiera que esté! —ordenó al juez Samuel Rosenman, uno de sus íntimos—. Y dile que cada palabra pronunciada ante él expresaba, verdaderamente, mi pensamiento. Cuando le prometí que permaneceríamos fieles al Reparto, pensaba lo que decía.

A continuación, el Presidente encargó a uno de sus consejeros que procediera a una encuesta con el fin de determinar responsabilidades. El propio Marshall y el subsecretario de Estado, Lovett, no quedaron exentos de la cólera presidencial. El discurso pronunciado por Warren Austin le valió a su redactor enriquecer su experiencia en viajes al extranjero. Por decisión especial del Presidente, Loy Henderson se vio relegado a un cargo particularmente peregrino: el de embajador de los Estados Unidos en Katmandú, capital del Nepal.



LA CIUDAD VIEJA DE JERUSALÉN, EN SUS MURALLAS

18

«QUE LAS MUJERES VENGAN CON SUS PIELES»

Ni los habitantes más viejos de Jerusalén recordaban haber conocido un mes de marzo tan frío. Todas las noches el termómetro descendía por debajo de cero. Traspasados por las ráfagas de nieve fundida, a menudo impedidos de ver más allá de los fusiles que apretaban entre sus manos, tanto los soldados de Shaltiel como los de Hadj Amin tiritaban. Pero el frío no disminuyó la intensidad de los combates en aquel fin de invierno de 1948.

Determinadas arterias, como la avenida Mamillah —que descendía de la ciudad nueva hacia la puerta de Jafa—, estaban constantemente bajo las balas. Una mañana, un anciano judío alemán, incapaz de soportar por más tiempo los disparos, metió en una carreta todo lo que contenía su pequeña tienda de antigüedades y se marchó. Aún no había recorrido cincuenta metros cuando un francotirador árabe le apuntó desde las murallas y lo mató. Algunos días después, el árabe Ibrahim Dajani vio caer a uno de sus amigos, casi en el mismo lugar, víctima de un francotirador judío emboscado en el otro extremo de la avenida.

El comandante de la «Haganah» ordenó hacer rápidamente un censo de los hombres de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años. Soldados con brazaletes patrullaban por los cafés, restaurantes y cines para verificar las documentaciones. Los padres enviaron a sus hijos a Inglaterra para sustraerlos a la incorporación a la «Haganah»: se les castigó con una multa de cuatro mil dólares, lo cual no les dispensó de hacer regresar a sus hijos. Se intensificó el entrenamiento de la «Gadna», la organización juvenil de la «Haganah». Se instaló un campamento permanente en Sheij Badhur, un pueblo árabe abandonado. Bautizado con el nombre de Givat Ram —la Colina del Jefe—, este campamento pudo albergar a doscientos muchachos y muchachas a mediados de marzo. Los de más edad servían rápidamente como correos entre los puestos, o como centinelas en las posiciones más tranquilas.

Desprovistos del espíritu comunitario y de las instituciones de sus vecinos judíos, los árabes de Jerusalén afrontaban la situación cada cual a su manera. Quassem Mughrabi, un muchacho de catorce años, ofreció sus servicios al representante de Hadj Amin en su barrio.

—¡Vuelve a mamar el pecho de tu madre y después ven a enrolarte! —se le respondió.

Rabioso, Mughrabi regresó a su casa, robó el dinero de la compra del monedero

de su madre y salió a comprarse una granada al *suk*, para lanzarla contra el escaparate de la primera tienda judía que encontrase. «Me he convertido en un hombre», pensó al ver estallar la bomba.

Acciones semejantes no podían compensar el creciente perjuicio que el lento y continuo éxodo de los árabes de la clase media acarreaba a la resistencia árabe en Jerusalén y en el resto de Palestina. En una carta a los Gobiernos de Siria, Egipto y Líbano, Hadj Amin denunciaba el 8 de marzo «la tendencia de gran número de palestinos a abandonar sus ciudades para instalarse en los vecinos países árabes». El Alto Comité Árabe —decía— había decretado que ningún palestino podría, en adelante, abandonar el país sin su autorización. «Todos aquellos que han dejado su patria desde el inicio de los combates —añadía—, deben ser obligados a regresar por el interés nacional». Pedía a los tres Gobiernos que no prorrogaran ningún permiso de residencia y que se negaran a distribuir nuevos permisos sin la autorización del Comité.

Sin embargo, el propio círculo del Mufti fue quien primero violó esta regla. En un informe a su ministro, el cónsul del Líbano en Jerusalén anotaba, a principios de marzo, que la población experimentaba una creciente amargura contra el Alto Comité Árabe, a cuyos jefes políticos acusaba de huir del país. También amargamente, se acusaba a los Estados árabes «de no aportar ninguna ayuda eficaz, de no mantener sus promesas y de haber proferido vanas amenazas durante los últimos años». Con una rara clarividencia, el libanés concluyó: «Los Estados árabes harían bien ya aportando un concurso válido a los árabes de Palestina, ya dedicándose a tranquilizarles».

La situación se agravaba cada día más, y la existencia cotidiana se resentía de ello. Los escolares judíos debieron celebrar la fiesta de los Purim —que conmemoraba la fecha en que Ester salvó de la matanza al pueblo judío exiliado en Persia— sin los dos instrumentos habituales de su alegría: tanto los petardos como las pistolas de juguete estaban prohibidos. Innumerables familias fueron obligadas a trastornar la disposición de su alojamiento, ya que aquel año las pistolas no tiraban al blanco. El periodista judío Harry Levin y todos los habitantes de su barrio transportaron sus camas a los pasillos. Los árabes Samy y Ambara Jalidy abandonaron también su dormitorio por un refugio más seguro. Su hija Sulafa vio, con tristeza, cómo desaparecía la tierra del rosal familiar en los sacos terreros. En adelante sería infranqueable la frontera entre el Colegio Árabe de su padre y la Escuela de Agricultura judía, que compartían la cima de una misma colina. La jovencita veía a los jóvenes judíos, que tan a menudo le habían devuelto su pelota, con un tímido *shalom*, ocupados ahora en cavar profundas trincheras. Como a los alumnos de su padre, se les había «educado para dirigir su país, pero estaban condenados a hacer la guerra».

Pronto, otra institución de la ciudad cerró sus puertas. Informado de que la

«Haganah» tomaría posesión de los locales de su restaurante, Max Hesse embaló tristemente las porcelanas de Baviera, los vasos de Mosar y la plata de Vilna que habían puesto la elegancia de su establecimiento a la altura de su cocina. Así desaparecía el último reducto donde los árabes, judíos e ingleses, podían encontrarse aún libremente.

En medio de este caos, algunos hombres dieron pruebas de una rara intuición. Dov Zwettels, empleado judío de Correos, empezó a coleccionar teléfonos. Visitó metódicamente gran número de oficinas abandonadas y recogió todos los aparatos que pudo hallar. Oculta en lugar seguro, esperando servir un día a las necesidades del Estado judío, su reserva superó bien pronto a la de la central. Esta clase de pillaje no facilitaba el funcionamiento de los servicios postales. Un telegrama tardaba casi seis días en llegar desde la Oficina de Correos hasta el domicilio del destinatario.

Determinados mensajes llegaban, a veces, por las vías más insólitas. El oficial judío Shalom Dror recibió la más maravillosa noticia de su vida en el aparato de radio de su autoametralladora, bloqueada en una emboscada. Sus padres, a los que no había visto desde 1939, acababan de desembarcar en Haifa de un barco clandestino de emigrantes. Dror luchó durante años por arrancarlos de los campos de la muerte de Hitler y hacerles venir a Palestina «¡Qué ironía!», pensó. Llegaban a la Tierra Prometida aquella mañana de marzo, y él no podía recibirlos sobre el suelo de aquella patria que le habían enseñado a amar. Dror estaba seguro de no sobrevivir al desesperado combate que se desarrollaba en torno a su autoametralladora.

Este combate era un episodio de la batalla que dominaba toda la existencia de la Jerusalén judía: la batalla por la carretera. El precio que la «Haganah» debía pagar por hacer llegar sus convoyes hasta Jerusalén era cada vez más exorbitado. El abastecimiento llegaba de migaja en migaja. Un espectro acechaba a la ciudad judía: el hambre.

Sabine Neuville, esposa del cónsul general de Francia en Jerusalén lanzó una mirada satisfactoria sobre su mesa. Aquella noche, veintiocho habitantes de Jerusalén, invitados por ella, iban a saborear una cena memorable. Desde el mantel adamasquinado, bordado en oro y recubierto de una guirnalda de rosas, hasta la vajilla de porcelana de Limoges y los vasos de cristal dé Baccarat, la mesa que les aguardaba era una perfecta mezcla de refinamiento oriental y de buen gusto francés. Aquella noche, como indicaban las cartulinas ante cada cubierto, el representante de la nación que envió a los cruzados a arrebatar Tierra Santa a los infieles, ofrecía una cena de despedida a los representantes de aquella otra que, nueve siglos después, envió al general Allenby a expulsar a los turcos.

Desde el desembarco de Napoleón en San Juan de Acre hasta las recientes complicidades británicas en la evicción de los franceses de Levante, Francia y Gran Bretaña —durante ciento cincuenta años— se habían disputado la supremacía en la

región. En cierta forma, aquella cena comprobaba su doble fracaso. En adelante, la influencia pertenecería aquí a otros dos pueblos, cuyo combate por aquella tierra, por cruel que fuese, estaba, sin embargo, más justificado que las luchas de ellos.

Ningún lugar de Jerusalén podía ofrecer, para aquella velada de despedida, un escenario más emocionante que el comedor del Consulado de Francia. Desde sus amplios ventanales, los invitados de la señora Neuville, podrían distinguir los tejados de las viejas casas del barrio judío de Montefiore y, más allá la corona de fortificaciones de aquella ciudad que, durante diez siglos, fascinó a sus antepasados.

Tras un delicado consomé de pollo, Madame Neuville serviría a sus invitados filetes de dorada y luego una ración de ternera en salsa Périgueux, guarnecida de pequeñas legumbres, «como les gusta a los ingleses», y, finalmente, *foie-gras*. Para acompañar este festín. Rene Neuville eligió sabiamente de su bodega los mejores caldos de Alsacia y de Burdeos, que constituían su orgullo de catador. Pero la verdadera sorpresa de la velada sería el postre: un magnífico pastel de chocolate recubierto de crema Chantilly, bautizado por su creador, señor Franck —el cocinero del Consulado—, como «un negro en camisa». Sin embargo, ningún lazo particular unía a este artista culinario con el país de Brillat-Savarin. Fue presentado a Madame Neuville por la niñera judía de sus hijos. Antes de encasquetarse el gorro blanco de cocinero, Franck llevó durante mucho tiempo otro tocado: el casco de acero de los oficiales del «Afrikakorps».

Madame Neuville verificó por última vez el lugar que había asignado a cada uno de sus convidados: Sir Alan Cunningham en primer lugar, y luego, Sir Henry Gurney, secretario general del Gobierno; Sir William Fitzgerald, juez supremo, y los dos ayudantes de campo del Alto Comisario, jóvenes seductores que hablaban un francés irreprochable.

En menos de dos horas, toda la élite británica de Jerusalén, los hombres, con smoking y condecoraciones, y las mujeres con traje de noche se reunirían en torno a aquella mesa, iluminada por las llamas de cuatro suntuosos candelabros de plata. A la vista de aquellos candelabros, que pertenecían a la colección personal de su marido, el rostro de Sabine Neuville se iluminó con una sonrisa maliciosa. Al tomar el consomé de pollo, sus invitados británicos tendrían bajo los ojos la inicial grabada en el pie de cada candelabro. Soberbia y despectiva, se veía la gran «N» dorada de su primer poseedor: Napoleón.

A menos de quinientos metros del comedor de los Neuville, justamente detrás de la torre almenada de la ciudadela de David, dos árabes estaban enzarzados en una áspera discusión. El objeto parecía ser la botella de Whisky medio vacía que uno de ellos apretaba celosamente contra sí. Junto a los dos hombres se hallaba un camión. Robado al Ejército británico, era un nuevo vehículo «arreglado» por Fawzi el Kutub. Esta vez no necesitaría de los servicios de un desertor inglés para conducirlo a su

destino. Eligió, entre varios voluntarios, a un antiguo cabo del Ejército francés, Kadur Mansur a quien todo el mundo llamaba *el Tunecino*. La botella de whisky era precisamente la paga de *el Tunecino*. Aterrorizado por la rapidez con que había empezado a vaciarla, El Kutub temía que condujese los mil kilos de TNT hacia algún pueblo árabe y no hacia el objetivo escogido por Abdel Kader.

Pero el conductor reclamaba obstinadamente su botella.

—¡Júrame que si regresas no tomarás jamás ni una gota de alcohol! —acabó por exigirle El Kutub.

El Tunecino asintió sin titubear. Tras vaciar de un trago el resto de la botella, le hizo súbitamente una petición:

—Si regreso, ¡júrame que me encontrarás una mujer!

El Kutub se lo prometió y le empujó al camión.

Cubierto por media docena de ametralladoras emboscadas en el monte Sión, el camión de *el Tunecino* descendió zigzagueando hasta el barranco de la Gehenna y luego subió hacía su objetivo. Abdel Kader escogió aquel barrio porque, desde lo alto de sus viejas casas de piedra, los francotiradores de la «Haganah» podían hostigar las comunicaciones hacia Belén.

Era el barrio judío de Montefiore, aquel cuyas cubiertas de tejas aparecían bajo las ventanas del comedor de Madame Neuville.

La explosión volatilizó una treintena de edificios y causó quince víctimas entre los habitantes de Montefiore. Únicamente la previsión de la «Haganah» —que hizo evacuar algunas de las casas más expuestas— evitó un desastre.

Cuando renació la calma, Madame Neuville se precipitó hacia el comedor. La mesa estaba llena de pedazos de vidrio roto, de porcelana y de vasos pulverizados. Pero comprobó, con alivio, que los candelabros de Napoleón habían permanecido intactos. Suspiró y se dirigió hacia el teléfono interior.

—Querido —le dijo a su marido—, telefonea a nuestros invitados, por favor. Que las mujeres vengan con sus pieles. Apenas hay cristales en el comedor.

El árabe Harun Ben Jazzi escrutaba la noche llena de ruidos. Continuo, pero aún lejano, un ronroneo de motores subía por el valle. Hacía horas que sus hombres y él, acechando en la oscuridad, aguardaban esa señal. De Hulda, el centro de reunión judío, un mensaje secreto les hizo saber que los judíos iban a llevar un importante convoy hasta Jerusalén.

Ben Jazzi estaba listo. Trescientos árabes se hallaban ocultos en las laderas, por encima de la barricada de rocas y troncos que interceptaba la carretera. El más cercano a ésta se hallaba a menos de cinco metros de la cuneta, listo para arrojar sus granadas contra los vehículos de cabeza si no estallaban las minas de la barricada. A cada lado, una ametralladora «Vickers» estaba plantada en la carretera.

Desde su autoametralladora, que rodaba en cabeza, el teniente judío Moshe Rashkes distinguía las sombrías siluetas de los camiones que le seguían. Eran cuarenta unidades que —ocupando una longitud, en cadena, de un kilómetro— transportaban centenares de sacos de harina, millares de latas de carne, de sardinas, de margarina. Un camión rebosaba incluso de un cargamento de frutas que los habitantes de Jerusalén no habían visto desde hacía semanas: naranjas. Para cien mil judíos, los cuarenta camiones del teniente Rashkes representaban algo más que unas simples raciones. Debían demostrar que la arteria vital, la carretera hacia el mar, no estaba cortada.

El primer vehículo que distinguió Ben Jazzi fue la autoametralladora de Rashkes emergiendo lentamente de entre las brumas del alba. Se encontraba todavía a unos seiscientos metros de la estación de bombeo que señalaba la entrada al desfiladero de Bab el Ued.

Rashkes oyó el tableteo de los primeros disparos y luego el ruido apagado de una explosión. El camión rompebarricadas acababa de tocar una de las minas. En el mismo instante reconoció en sus auriculares la voz del jefe del convoy, que advirtió a Hulda:

—Estamos rodeados, pero seguimos avanzando.

Los *sandwiches* de la escolta pronto estuvieron tan cerca de Ben Jazzi, que éste podía distinguir los destellos de las metralletas que disparaban por las ranuras de los blindajes. Con un silbido, ordenó a sus hombres ocultos en la zanja que dirigieran una lluvia de granadas sobre los vehículos, obligando así a sus ocupantes a detenerse por completo.

La atmósfera se hizo sofocante. Las ráfagas envolvían la autoametralladora de Rashkes como una granizada. Por una hendidura trató de localizar a los asaltantes, pero sólo vio la muralla de árboles y rocas que taponaba la carretera. Ante él distinguió los restos del camión rompebarricadas, que yacían junto a la cuneta, y, a su lado, los de un segundo camión que acababa de obstruir completamente la carretera de Jerusalén.

Las detonaciones secas de los neumáticos que estallaban le llegaban de toda la columna, y, a la luz del día que se levantaba, distinguió los pequeños penachos de vapor que se elevaban de los radiadores perforados. Como un perro pastor corriendo tras su rebaño, el jefe del convoy remontaba la columna a bordo de su «Hillman», gritando a los conductores que no apiñaran los vehículos unos tras otros. Pero la cola del convoy avanzaba hacia delante, y pronto la columna ofreció un blanco compacto a los tiradores de Ben Jazzi.

Rashkes recibió la orden de recoger a la dotación del camión rompebarricadas. Los cinco «náufragos» pudieron abandonar los restos por la salida de emergencia y refugiarse en la autoametralladora. Luego se aproximó al segundo camión, que estaba

tumbado sobre el flanco. De la puerta de su cabina blindada salía un hilo de sangre. Las llamas devoraban la parte trasera y se propagaban hacia la cabina y el depósito de gasolina.

Rashkes llamó, pero no obtuvo respuesta. El fuego crecía. Cuando hacía señal a su autoametralladora de que se alejara del fuego, vio de repente algo escalofriante: la manija de la cabina se movió. Dos hombres saltaron de la autoametralladora y se arrastraron hacia el camión. Mientras los árabes dirigían sobre ellos un fuego graneado, intentaron abrir la puerta.

—¡Alguien golpea en el interior! —gritó uno de ellos, asiéndose frenéticamente a la manija.

Pero la cerradura permanecía bloqueada. El hilo de sangre negruzca seguía cayendo al suelo, gota a gota. Las llamas crecían cada vez más y casi alcanzaban ya el depósito. Rashkes ordenó a los dos hombres que abandonaran los restos y regresaran a la autoametralladora. La manija se movió de nuevo, casi imperceptiblemente. Después, en unos segundos, el fuego envolvió el depósito y la cabina fue inundada por un mar de llamas.

El convoy estaba irremediablemente bloqueado. Media docena de camiones habían volcado en la cuneta al intentar dar media vuelta. Ya no era cuestión de franquear la barricada ni de contornear los calcinados restos.

Alertados por los disparos, grupos de campesinos acudían de las colinas para unirse a la caza. Desde arriba los estridentes gritos de las mujeres los impulsaban hacia delante.

—¡Isaac, Isaac, hoy la muerte es para ti! —oyó gritar Rashkes en un mal hebreo.

Una hora, dos horas, seis horas transcurrieron. En los vehículos, los judíos, sofocados de calor, se arrancaron las ropas. Las municiones de la autoametralladora de Rashkes estaban casi agotadas.

La orden de retirada llegó, al fin, por radio. Los camiones que aún podían rodar retrocedieron, la mayor parte sobre las llantas. Las autoametralladoras que escaparon al desastre intentaron cubrir la penosa retirada y abrir un camino empujando hacia la cuneta los vehículos inutilizados. Mientras metro a metro su autoametralladora regresaba hacia Hulda, Rashkes vio a los árabes deslizarse por las laderas. Lanzando gritos de victoria, se abalanzaban sobre los camiones como saltamontes, saqueando hasta los chasis. Manos frenéticas se apoderaban de los sacos de harina, de las latas de sardinas, de carne. Rebotando de piedra en piedra, como las perlas de un collar roto, decenas de naranjas rodaban en todas direcciones. Interminables filas de campesinos, encorvados bajo el peso de su botín, subían ya por los senderos del valle. Aquella noche, en Beit Mahsir, en Saris y en Castel, en todas las aldeas pobres de Judea cercanas a la carretera, se festejaría triunfalmente con el alimento que los famélicos judíos de Jerusalén aguardaban desesperadamente.

Aquel día, la «Haganah» perdió diecinueve vehículos, entre ellos, dieciséis camiones y dos autoametralladoras, o sea, casi la mitad de los efectivos que partieron de Hulda. El decimonoveno, remolcado por sus hombres, se convertiría para Harun Ben Jazzi en el recuerdo personal de su victoria. Era el «Hillman» del jefe del convoy.

Como de costumbre, Dov Joseph había recibido aquella madrugada un mensaje cifrado en el que se le anunciaba que estaba en marcha una columna de cuarenta camiones con destino a Jerusalén. Por la tarde, un secretario le informó que tal columna no llegaría a su destino. Por primera vez desde el 29 de noviembre, un convoy completo no pudo conseguir llegar a la ciudad. Profundamente deprimido, se hundió en su butaca. Una evidencia se adueñó de su espíritu:

—Esta vez estamos sitiados.

19

«UNA CASA EN MEDIO DEL INFIERNO»

Los barracones de la colonia dominaban una carretera casi tan vieja como las migraciones humanas. Se extendían al oeste de un pequeño monasterio construido a mitad del camino entre Jerusalén (la ciudad de David) y Hebrón (la de los Patriarcas). Desde hacía varios meses, los cuatrocientos cincuenta hombres, mujeres y niños que los ocupaban, vivían prácticamente en estado de sitio. Los cuatro kibbutz de la colonia de Kfar Etzion guardaban las afueras de Jerusalén. Pero su posición era tan expuesta, y tan tenues sus lazos con la ciudad judía, que David Shaltiel había suplicado al Alto Mando que autorizara su evacuación.

Abraham paseó sus rebaños por aquellas desoladas colinas, David las atravesó para ir a conquistar Jerusalén y unir las tribus de Judá con las de Israel, y los guerreros de Josafat se reunieron aquí para darle gracias a Dios por su victoria sobre los moabitas.

Cuna de los jefes del pueblo hebreo, esas colinas se convirtieron, siglos más tarde, en el bastión de un nacionalismo árabe ardiente y, a veces, belicista. A despecho de la presencia secular de un hogar de ciencia y erudición judías, Hebrón, su capital, rivalizaba en fanatismo árabe con Nablus, su hermana del Norte. Todavía recientemente, durante los disturbios de 1929, sesenta y seis judíos, casi todos indefensos rabinos, pagaron con su vida el apasionado apego de esta ciudad a la causa del Mufti. En 1936, un nuevo levantamiento árabe expulsó a los últimos judíos de la ciudad donde reposaba su padre Abraham.

Los cuatro establecimientos que componían la colonia Kfar Etzion testimoniaban el tenaz esfuerzo emprendido para restablecer una presencia judía en el país de los patriarcas y constituir, al mismo tiempo, un puesto de vanguardia para la defensa de Jerusalén. Para los árabes de la región de Hebrón, Kfar Etzion era una intrusión extranjera en un territorio que les perteneció por entero durante siglos.

En 1928 fue cuando un jeque árabe vendió aquellas tierras a un grupo de judíos ortodoxos de Jerusalén. Una decena de familias debían instalarse allí; pero las matanzas de 1929 hicieron fracasar esta primera tentativa. Un rico propietario judío adquirió entonces el terreno, lo amplió con varias parcelas compradas a las aldeas vecinas e instaló cuarenta obreros para crear una plantación de limoneros. Los disturbios de 1936 pusieron un término provisional a todo ensayo de colonización judía en la región.

Para impedir que la tierra retornase a manos de los árabes, el «Fondo Nacional Judío», preocupado por el futuro, se apresuró a rescatarla del infortunado propietario. También consiguió, mediante una estratagema jurídica, derogar las disposiciones del Libro Blanco británico, que prohibía a los judíos, desde 1939, adquirir nuevas tierras en ese sector. En 1942 compró las tierras y el edificio vecinos de una comunidad de benedictinos alemanes cuyos miembros habían sido internados por los ingleses. Una noche de abril del año siguiente, diez hombres y tres mujeres tomaron posesión secretamente de él. Había nacido la colonia de Kfar Etzion. Iba a convertirse en una perfecta ilustración de esta institución original engendrada por el pueblo sionista en Palestina: el kibbutz.

Esos primeros colonos pertenecían a una organización religiosa, fundada en Polonia en 1934, cuya doctrina asociaba la escrupulosa observancia de los preceptos de la Torá con la práctica del trabajo colectivo. Y roturando durante siete rudos años la ingrata tierra de Samaría, ganaron su título de propiedad en las inhóspitas colinas de Kfar Etzion. «Mientras nuestros hermanos se enfrentan en Europa a un horrible destino —escribió uno de ellos la noche de su instalación—, nosotros hemos venido aquí para construir un refugio con destino a los que sobrevivan».

Raras veces una profecía se reveló más exacta. Dos años más tarde, unos sesenta hombres y mujeres demacrados llegaron a Kfar Etzion para comenzar una nueva vida junto a los pioneros. Más que por un lazo espiritual, esta vez estaban unidos por una similitud física: el número de matrícula de deportados grabado en su carne. Akiva Levi, un checo de diecinueve años, vivió toda su adolescencia a las puertas de las cámaras de gas de un campo de la muerte en Silesia; Zipora Rosenfeld, rubia y muy bonita, regresaba de Auschwitz; y el ghetto de Varsovia brillaba aún en los ojos de Natanael Steinberg. Para Isaac Ben Sira, aquél era el final de un lúgubre peregrinaje. Tras haber sido uno de los trece fundadores de Kfar Etzion, recorrió Europa, al término de la guerra, para buscar a los supervivientes de su familia. Sólo encontró a cinco de sus doce hermanos y hermanas. Cuatro de ellos lo acompañaron para hacer revivir una rama de la familia Ben Sira en las colinas de Kfar Etzion.

Una ruda existencia esperaba a los recién llegados. Un viento cortante se deslizaba, en el invierno, entre las colonias, mientras un sudario de niebla helada cubría con frecuencia los picos. En verano, un sol implacable resecaba la tierra y abatía a los hombres.

Durante dos años, la colonia subsistió sólo con el agua de las lluvias invernales recogidas en las cisternas del monasterio, y era tan escasa, que los colonos debían reservarla, con prioridad, para las plantaciones. Cada metro cuadrado de tierra era conquistado a las piedras, limpiado a mano y protegido contra la erosión por una incesante disposición de las terrazas en cuadrados contiguos. No se tardó en comprender que sólo la vid y los árboles frutales podrían crecer y producir en aquel

suelo rocoso.

Una solemne ceremonia señaló la plantación de los primeros brotes. Reunida ante los surcos de los futuros vergeles, la comunidad entera recitó con fervor el salmo especialmente compuesto por uno de sus miembros.

—Juramos —prometieron los colonos de Kfar Etzion— no conocer ni la paz ni el reposo antes de haber expulsado de nuestras colonias la vergüenza de la esterilidad, antes de haberlas cubierto de frutales y bosques.

A las dificultades naturales se añadían las que engendraban el rigor particular de su fe. Así, fue preciso idear un sistema muy complicado para el ordeño de las vacas los sábados. Igualmente, los colonos sabían que los injertos de manzanos con almendros salvajes, acostumbrados a la pobreza del suelo, permitirían un crecimiento más rápido de los árboles. Pero la Torá prohibía toda unión entre especies extrañas, y fue necesaria la intervención de las más altas autoridades religiosas de Jerusalén para poder aplicar esta técnica. Al prohibir también la Torá que los frutos fuesen cosechados antes del cuarto año, los colonos debieron buscar fuentes de ingresos fuera de la agricultura. Así, en primavera y verano se instalaban en una tienda y alquilaban sus habitaciones a los habitantes de Jerusalén deseosos de pasar algunos días en el campo.

Pese a todos estos obstáculos, el primer kibbutz no cesó de engrandecerse. De igual forma crecía el número de sus habitantes, y tres nuevos kibbutz fueron instalados alrededor del núcleo de Kfar Etzion: Massuot, Ein Tsurim y Revadim. El conjunto de esos cuatro establecimientos, muy unidos entre sí, tomó oficialmente el nombre de «Bloque Etzion». Más, por la costumbre, Kfar Etzion siguió siendo el nombre que designaba a la colonia.

Acogida tan gozosamente por los judíos de todas las regiones de Palestina, la votación del Reparto fue recibida en Kfar Etzion sólo con una discreta alegría. Los cartógrafos de las Naciones Unidas no habían incluido, en el futuro Estado judío, aquellas colonias cuyos habitantes tanto habían sufrido para hacerlas fructificar.

Esta decisión señaló el inicio de un invierno cruel. Conscientes de la amenaza que la colonia hacía pesar sobre sus comunicaciones; persuadidos, con razón, de que Kfar Etzion fue creado tanto por razones militares como agrícolas, los árabes se apresuraron a atacarla. Menos de dos semanas después de la votación, un convoy de aprovisionamiento cayó en una emboscada a la salida de Belén. Diez de sus veintiséis ocupantes fueron muertos, y se perdieron todos los vehículos. Desde entonces, Kfar Etzion estuvo, virtualmente, en estado de sitio.

El 5 de enero, la mayoría de las mujeres y todos los niños fueron evacuados a Jerusalén, bajo escolta británica. Algunos días más tarde, centenares de árabes lanzaron un ataque concentrado. Fueron rechazados tras una jornada de duros combates; pero aquella noche, en la Neveh Ovadia —la Casa del Obrero de Dios—,

que servía de sinagoga y de hogar cultural, alguien escribió en el Diario del kibbutz: «Una serie de milagros nos han salvado hoy; pero ¿cuánto tiempo podremos resistir? Sólo somos una minúscula isla perdida en medio de un mar de árabes desencadenados».

Cuatro días más tarde, el suelo de la Neveh Ovadia servía de depósito de cadáveres: los cuerpos mutilados de treinta y cinco estudiantes de la «Haganah» asesinados cuando intentaban llegar a la colonia desde Jerusalén. Ésta fue la derrota más sangrienta que los árabes infligieron jamás a los judíos.

Mientras la primavera seguía al invierno, los colonos y los jóvenes del «Palmach» enviados como refuerzos abandonaron los trabajos agrícolas para tejer, sobre el suelo rocoso, nuevas alambradas y cavar refugios y trincheras. Improvisaron una pista de aterrizaje, y la colonia aislada fue de las primeras en ver cumplirse la promesa de la vieja oración aramea y en recibir su salvación del cielo.

Esta dura existencia tenía, en contrapartida, sus alegrías. Con la primavera, los campos se convertían en una tornasolada alfombra de flores silvestres. Cada tarde, Isaac Ben Sira salía a pasear con sus hermanos reencontrados, y se llenaban los brazos de anémonas rojas, gamones, ranúnculos y junquillos.

Llegó la fiesta de los Purim. Ante la ausencia de sus hijos, los mismos colonos montaron el espectáculo tradicional. Aquella noche, al final de la representación, reunidos en la Neveh Ovadia, todos brindaron por la *Chayim* (la vida). Jamás un brindis podía estar más cargado de esperanzas. Era la primavera de su primera cosecha.

En Jerusalén, durante este tiempo, los jefes de la «Haganah» discutían sobre la suerte de Kfar Etzion. De su decisión dependía el que sus habitantes pudieran o no cosechar los frutos de sus huertos.

Dov Joseph se había equivocado en veinticuatro horas en su estimación. El aniquilamiento de los camiones del teniente Moshe Rashkes en Bab el Ued no señalaba, de hecho, el inicio del sitio de Jerusalén. Un convoy de sesenta vehículos llegó al día siguiente sin encontrar seria oposición, ya que la mayoría de los árabes estaban aún celebrando la victoria de la víspera.

Esta llegada inesperada concentró en Jerusalén a la mayoría de los vehículos blindados disponibles para la protección de los transportes. Siendo el día siguiente sábado, tradicionalmente sin convoy, los autoametralladoras y los camiones vacíos esperarían veinticuatro horas antes de regresar a Tel-Aviv. ¿Debía la «Haganah» aprovechar su presencia para tratar de aprovisionar masivamente a Kfar Etzion?

David Shaltiel y su adjunto, Elie Arbel, no estaban de acuerdo en ello. Los riesgos eran demasiado grandes —estimaron— ya que las doscientas toneladas que necesitaba la colonia para subsistir durante tres meses, exigían casi cuarenta camiones y una veintena de vehículos blindados.

—Del treinta al cincuenta por ciento de esos vehículos se perderán —predijo Shaltiel—. Es un precio irrazonable.

Las autoametralladoras eran demasiado preciosas para lo que se arriesgaba en tal aventura. Con insistencia, renovó sus recomendaciones. Kfar Etzion debía ser evacuado y, sus fuerzas, replegadas a Jerusalén.

Pero en Tel-Aviv, el joven arqueólogo que dirigía las operaciones de la «Haganah» no era de esta opinión. Para Yigael Yadin, Kfar Etzion era una posesión vital, «el bastión que protegía Jerusalén de un ataque procedente del Sur». Rogó, pues, a Shaltiel que llenara los camiones de lodo lo que fuera posible encontrar en Jerusalén y que organizara un convoy. Para conducirlo designó a Michel Shacham, el hombre que hizo volar el «Hotel Semíramis».

El éxito dependía de la rapidez de ejecución. Decidió limitar a quince minutos —ni uno más— la escala en Kfar Etzion.

—Si el programa no se ajusta al minuto —declaró Arbel—, los árabes tendrán tiempo de cortarnos el camino de regreso.

Cada fase de la operación fue ordenada con la precisión de un movimiento de relojería. Grupos de colonos debían esperar a los camiones a la entrada del camino que conducía al kibbutz, para comenzar a descargarlos antes incluso de que llegasen a los barracones. Cuatro vehículos de escolta permanecerían en la retaguardia para patrullar por los límites de la colonia y mantener a los árabes a distancia durante esta manutención acrobática.

El viejo orfelinato alemán «Schneller», comprado a los ingleses quince días antes, fue elegido como punto de reunión. Toneladas de víveres, medicamentos, municiones, cemento, vigas metálicas, alambres de espino y mazut fueron amontonados apresuradamente en el patio.

Un centenar de muchachos y muchachas del 6.º batallón del «Palmach» fueron encargados de asegurar la protección del convoy. Para darle una potencia de fuego superior a todo lo que la «Haganah» había alineado en una carretera hasta el momento, Shaltiel consintió en despojar a sus propias tropas de sus mejores armas. La escolta dispondría de dieciocho ametralladoras, dos morteros, cuarenta y cinco metralletas y cuarenta y siete fusiles de modelo reciente. Un camión rompebarricadas, equipado con una grúa; cuatro autocares blindados, cuarenta camiones y diecinueve autoametralladoras —de hecho, todo el parque móvil disponible— fueron movilizados para transportar las doscientas toneladas de víveres y materiales. Cuatro emisoras aseguraban los enlaces de radio. Asimismo, uno de los preciosos «Auster» de observación fue puesto a disposición de Michel Shacham.

La salida se fijó para las seis de la mañana. Los judíos esperaban que los árabes no les aguardaran aquel sábado de Pascua, 27 de marzo.

Una actividad de hormiguero en peligro animó toda la noche el recinto del

antiguo orfelinato. Pero los responsables se vieron superados por la envergadura de la operación. A las seis de la mañana aún quedaban por cargar una docena de camiones. El convoy estuvo listo para partir poco antes de las ocho.

Al observar la larga fila de vehículos, cuyos motores estaban a punto de despertar a media Jerusalén, Elie Arbel se dio cuenta de la horrorosa apuesta que representaba aquella empresa. Llamó al oficial que mandaba la escolta para hacerle sus últimas recomendaciones. Les mostró por última vez, sobre un mapa, los puntos del recorrido que juzgaba más peligrosos, aquellos donde debería patrullar con una especial vigilancia durante la descarga. Su dedo se paró, al fin, en una curva situada, justamente más allá de las Fuentes de Salomón.

—¡Atención! —insistió—. Aquí es donde los árabes intentarán caer sobre vosotros.

Animada por las aclamaciones de la multitud, la pesada columna salió de Jerusalén y se internó en la campiña. Pasó ante la tumba de Raquel y el monasterio griego de Mar Elías. A la entrada de Belén, los árabes del puesto de guardia, estupefactos, abandonaron precipitadamente sus puestos. Kilómetro a kilómetro, el Estado Mayor judío de Jerusalén seguía por radio la lenta progresión del convoy. Las Fuentes de Salomón primero y luego la fatídica curva fueron superadas. Al cabo de noventa minutos, los camiones de cabeza abandonaban, finalmente, la carretera asfaltada para continuar, a la derecha, por el camino que conducía a Kfar Etzion. Nadie había oído el menor disparo.

Los colonos les tributaron una acogida triunfal. La descarga se hizo tan rápidamente, que el plazo de quince minutos no fue sobrepasado. En Jerusalén, los jefes de la «Haganah» recobraban la confianza. La operación prometía ser un éxito. El convoy estaría de regreso a la hora.

Pero en las colinas, entre Jerusalén y Kfar Etzion, el destino había preparado un curso diferente.

Desde una ventana del monasterio griego de Mar Elías, el antiguo inspector de policía Kamal Irekat, lugarteniente de Abdel Kader en la zona sur de Jerusalén, vio, con satisfacción, pasar la columna. La esperaba desde hacía varios días. A todo lo largo del recorrido hasta Hebrón apostó a sus árabes y colocó explosivos. No tenía intención de interceptar el convoy durante su trayecto hacia Kfar Etzion, sino sorprenderlo a su regreso, cuando estuviese lo más lejos posible de toda ayuda.

Cuando los primeros camiones no habían franqueado aún las puertas del kibbutz sus emisarios corrían ya de pueblo en pueblo para alertar a la población. El propio Irekat se abalanzó sobre una motocicleta, a fin de alcanzar lo más rápidamente posible el lugar elegido para la emboscada. Eran las nueve y media. Sabía que le eran precisas dos horas para instalar su trampa.

En Jerusalén, pegados al aparato de radio, Shaltiel, Arbel e Isaac Levi, el Jefe del

contraespionaje, se preguntaban, con creciente impaciencia, por qué no regresaba el convoy. Shaltiel llamó a Shacham:

—¡Michel —imploró—, por el amor del cielo, apresúrese usted!

La descarga de los camiones y el embarque, en los autocares blindados, de los noventa estudiantes del «Palmach» relevados por los recién llegados, se desarrollo tal como estaba previsto; pero dos imponderables acababan de retrasar el mecanismo de la empresa.

El primero era una orden de Tel-Aviv mandando a Shacham que trasladara a Jerusalén la avioneta que capotó al aterrizar en Kfar Etzion algunos días antes. El segundo era debido a la súbita y obstinada repugnancia que manifestaba en subir a su camión el único miembro de la colonia autorizado a abandonarla. A despecho de los esfuerzos conjugados de media docena de colonos, *Zimri*, el toro semental de Kfar Etzion, se negaba a dejarse embarcar hacia los pastos más seguros de la llanura de Shaaron.

El aviso de Irekat se extendía, durante ese tiempo, por todas las colinas. Los almuédanos subieron a sus minaretes para propagar la noticia. Los padres disputaban a sus hijos el honor de llevar al combate el arma familiar. Los campesinos salían precipitadamente de sus caseríos con un viejo fusil y un puñado de cartuchos. A caballo, en carricoches crujientes o en rutilantes limusinas americanas, a lomos de un asno o a pie, los árabes de los pueblos de Nahlin, Beit Fajar, Allul, Artas, Beit Sahur y Beit Djala convergían en masa hacia la carretera. Los camiones recogían en las calles de Belén y en las de Hebrón a la multitud de los *suks* y de los cafés, impacientes por quemar sus cartuchos.

Esta frenética diligencia ilustraba, a la vez, la fuerza y la debilidad militar de los árabes. No existía ninguna preocupación logística en todo este ardor. Nadie pensó en proveerse de alimentos, agua o medicamentos. Faltos de instrucciones precisas y de encuadramiento, cada uno acudía a descargar su arma sobre el primer blanco a la vista. A decenas, centenares, millares, malgastaban las municiones sin cesar.

Era una riada tumultuosa, desordenada, incontrolable. Mucho antes de llegar al lugar donde quería tender su emboscada, Irekat encontró a un grupo de campesinos que ya había bloqueado la carretera mediante un alud de enormes rocas. Impotente para hacer respetar su plan, debió resignarse a llamar a sus hombres con sus explosivos. La emboscada se llevaría a cabo en aquella curva que los campesinos habían elegido instintivamente.

Cuando descubrió aquella inquietante animación bajo las alas de su avioneta de reconocimiento, el judío Daniel Beckstein alertó a Jerusalén. El convoy debía regresar al campo. Dentro de unos minutos sería demasiado tarde.

La ansiedad subía de grado en el Cuartel General de Shaltiel.

—¡Qué se marche, pues! Pero ¿por qué no se marcha? —suplicaban uno a uno los

jefes de la «Haganah».

Pero en Kfar Etzion los colonos seguían luchando con la carga del avión y contra la mala voluntad de *Zimri*.

Las autoridades británicas estaban ya al corriente del drama que se preparaba. Indignado porque la «Haganah» hubiera osado organizar ese convoy sin informar a sus servicios, el prefecto de Jerusalén envió a uno de sus colaboradores a la «Agencia Judía» para poner término a toda la operación, so pena de que ella asumiera totalmente las consecuencias. Shaltiel pensó, por un momento, en prohibir al convoy que regresase, ya que su horario no fue respetado. Pero finalmente renunció. No podía dejar en Kfar Etzion todas aquellas autoametralladoras de las que dependían los ulteriores aprovisionamientos de Jerusalén.

Transcurrió una hora, hora y media. Cada minuto aumentaba el pesimismo del pequeño grupo silencioso en torno a la emisora de radio. «Puede ocurrir lo peor», pensó Arbel. Los cuatro vehículos blindados que patrullaban hicieron saber que los árabes eran ya tan numerosos que ya no podían conseguir mantenerlos a distancia.

Kfar Etzion anunció, al fin, la salida del convoy. Eran las once y media. En vez de los quince minutos prescritos, la escala duró dos horas. Exactamente el tiempo que el jefe árabe Irekat estimó necesario para interceptar su camino de regreso.

Un vehículo de reconocimiento abría la marcha, seguido por el rompebarricadas con su grúa. Un centenar de metros detrás iban los primeros camiones vacíos; después, los cuatro autocares blindados con los hombres del «Palmach» y, por último, el resto de los camiones. Las autoametralladoras estaban repartidas, como perros guardianes a lo largo de toda la columna. Una de ellas cerraba la marcha, detrás del camión que transportaba al toro recalcitrante. El vehículo de mando estaba en permanente contacto, por radio, con el Cuartel General de Shaltiel.

El rompebarricadas se abrió paso, sin dificultades, a través de una primera barricada, luego de una segunda y una tercera. Otras tres barricadas fueron aún fácilmente franqueadas. El alivio sucedía a la ansiedad. Entonces apareció el séptimo obstáculo, mucho más importante que los precedentes. Bajo un nutrido fuego, el rompebarricadas avanzó para intentar apartar los enormes bloques que obstruían la carretera. Pero en el instante en que entraba en acción, un alud de rocas se abatió sobre la carretera. A causa del impacto, el mastodonte volcó en la cuneta. Por la mirilla posterior de su cabina, el conductor vio que el convoy entero se inmovilizaba tras un último estremecimiento, como una serpiente a la que se le hubiese acabado de cortar la cabeza. Los disparos de los árabes se desencadenaron sobre los vehículos parados. El ruido de los neumáticos que estallaban se mezclaba ya con el de los tiros. El cerco se había cerrado.

—¿Dónde estáis exactamente? —preguntó Jerusalén.

—¡En Nebi Daniel!

Arbel se estremeció. Nebi Daniel era el nombre de una vieja casa árabe situada al borde de la carretera, justamente en la funesta curva de las Fuentes de Salomón que había indicado cuatro horas antes al jefe del convoy.

Los ecos de otros disparos retumbaban, aquel sábado de Pascua, en las colinas al oeste de Jerusalén. Una atronadora salva saludaba la llegada a la aldea árabe de Al Maliha de los ochocientos habitantes del vecino pueblo. Vibrante de emoción en sus vestidos de terciopelo púrpura de la tribu de los *keis*, Alia Darwish, la hija menor de uno de los patriarcas de Al Malina, escuchaba con exaltación aquel estruendo. Sólo tenía quince años, pero aquellos clamores celebraban ya el fin de su infancia. Sus vecinos venían a buscarla. En una alegre y ruidosa procesión, la conducirían luego a su pueblo. Un hombre al que no había visto jamás —el seductor cantero Mohamed Mussa Zaharan— la esperaba. Aquel sábado de marzo sería el día más memorable en la vida de Alia Darwish. Sería el de sus esponsales.

Con los brazos cargados de almendras saladas y golosinas, los jinetes entraron en Al Maliha conducidos por el *mujtar* (su alcalde). Seguían luego las mujeres, en viejos autocares alquilados para la ocasión. Alia Darwish fue izada sobre un caballo guarnecido de oro, y su padre le entregó un gran sable, cuya hoja debía colocar contra el blanco velo que cubría su rostro. Permanecería en esta postura hasta el instante de su boda, cuando su esposo tomará simbólicamente posesión de ella separando el velo de la punta del sable.

El cortejo se puso en camino. Los hombres entonaban una melodía nupcial, acompañados por las notas chillonas de los flautistas y del *kakabeh* (una especie de guitarra). Detrás de la futura casada, las mujeres de su nuevo pueblo hacían revolotear sus largos vestidos de satén o terciopelo bordado bailando la tradicional *zafeh* de bodas.

La pequeña comunidad hacia la que partía la joven árabe se erguía sobre una prominencia rocosa, al otro lado del profundo barranco que la separaba de Al Maliha. Sus vertientes, cubiertas por las floridas ramas de sus almendros, estaban cortadas por largas hendiduras blancas. Eran las canteras de piedra que, desde hacía decenios, constituían la principal riqueza del pueblo, al que habían dado fama. Antes que el prometido de Alia, generaciones enteras habían trabajado aquella piedra, y la habilidad de sus cinceles era legendaria en todo el Oriente Medio. De Jerusalén a Bagdad, raras eran las ciudades que no se enorgullecieran de poseer algunas casas cuyas doradas piedras, finamente cinceladas, procedieran de esta cantera.

Desde siempre, los árabes de este pueblo habían mantenido cordiales relaciones con sus vecinos en las fiestas de los otros, bailaban, cantaban y bebían juntos café y *arak*.

Incluso en aquella inquieta primavera de 1948, el nuevo hogar de Alia Darwish supo seguir siendo un extraño paraíso a las puertas de Jerusalén. Sus habitantes

prohibieron cortés, pero firmemente, a los hombres del Mufti, que fueran a perturbar la tranquila existencia de su pueblo, el cual llevaba el nombre del notable que lo fundara.

Se llamaba Deir Yassin. Un nombre que se convertiría en el símbolo de una tragedia.

Ya no le quedaba al convoy judío la menor esperanza de forzar la barrera. Los árabes se habían aproximado a menos de trescientos metros de los vehículos caídos en la trampa y, desde sus cabinas, los conductores podían oírles interpelarse.

Para intentar salvar a la columna de una aniquilación total, su jefe ordenó la retirada hacia Kfar Etzion. Ya era demasiado tarde para la mayoría de los vehículos. Sólo cinco coches blindados, con treinta y cinco hombres y cinco camiones, lograron dar media vuelta. En uno de ellos se encontraba *Zimri*, el toro cuya testarudez había contribuido trágicamente a retrasar la salida del convoy. El animal no conocería jamás los pastizales al abrigo de las balas. Estaba condenado a compartir la suerte de los judíos que lo habían criado.

La última esperanza de salvación para los ciento ochenta hombres y mujeres que permanecían encerrados en la trampa era la de poder atrincherarse en la casa abandonada que dio su nombre a la curva.

Los camiones capaces aún de desplazarse se colocaron en círculo ante aquella construcción, como en el más clásico de los *westerns*. Protegidos contra las balas, los judíos volaron la puerta y se refugiaron en el interior. Taponaron todas las aberturas y colocaron cuatro ametralladoras en batería sobre el tejado. Los vehículos blindados aún intactos fueron recogiendo y llevando a la casa a los que habían quedado dentro de los vehículos inmovilizados.

Nadie pudo socorrer a los judíos, apresados en el rompebarricadas. La dotación, que tenía varios heridos, había logrado contener a los árabes toda la tarde. Pero, tras seis horas de combate, las municiones estaban agotadas, y los supervivientes yacían, exhaustos, en el fondo de la cabina. Cuando el vehículo empezó a arder, tocado por dos cócteles Molotov, Zerubavel Horowitz aconsejó tranquilamente a sus hombres que intentaran salvar su piel. Él permanecería con los heridos. Aquellos que aún podían levantarse saltaron de la cabina. Antes de lanzarse fuera, Jacob Aiges vio por última vez a Horowitz, de pie entre sus heridos. Segundos más tarde, el pesado vehículo estalló.

A medida que avanzaba la tarde, los mensajes de los hombres y mujeres sitiados en la casa de Nebi Daniel se hacían cada vez más desesperados. Shaltiel reclamó de Tel-Aviv una intervención aérea. La «Haganah» envió lo mejor que tenía: un «Auster» de observación y un pequeño «Tigermoth», que dejaron caer sobre los árabes trozos de tubos repletos de dinamita, con la esperanza de que sus detonadores de presión funcionasen al tocar sus blancos.

La noticia del desastre se extendió rápidamente por Jerusalén y sumió en la consternación a la población judía. Raros eran los que no tenían, entre los sitiados, un amigo o un pariente. Como de costumbre, el albañil Benjamín Golani intentó captar, en su radiorreceptor, la voz de su hijo, operador de radio de la «Haganah» en el barrio judío de la ciudad vieja. Moviendo los botones, oyó otra voz familiar. Era la de su yerno, Moshe, al que había prestado su revólver aquella misma mañana, un magnífico «Parabellum». A través de sus mensajes, el albañil siguió durante toda la jornada el drama que se desarrollaba a menos de quince kilómetros de su casa.

La «Haganah» movilizó todas sus fuerzas para proteger el convoy. No tenía ningún otro medio de socorrerle. Shaltiel no podía elegir. Debía apelar a los ingleses para salvar, antes de que fuese demasiado tarde, a los ciento ochenta combatientes y los inapreciables vehículos blindados caídos en la trampa.

Un sinfín de negativas respondió a sus primeras solicitudes. El prefecto, James Pollock, había podido comprobar por la mañana que sus hombres mostraban la más extrema repugnancia a mezclarse en aquel asunto. Algunos casi se amotinaron cuando les ordenó que se trasladaran al lugar para estudiar la situación, protestando que los judíos habían enviado el convoy violando las instrucciones británicas, y que lo habían hecho regresar de igual modo. En tales condiciones, «no tenían más remedio que pagar las consecuencia de su redomada testarudez».

Se intentó todo para convencer a las autoridades británicas. El Gran Rabino de Palestina, Isaac Herzog, consintió en infringir la santa tregua del sábado para intervenir personalmente cerca del Alto Comisario, Sir Alan Cunningham. Su hijo Vivian, el ex oficial de los «Guards» británicos, corrió de despacho en despacho suplicando a aquellos cuyo uniforme había llevado durante tanto tiempo, que salvaran a sus compatriotas de la matanza.

El general Sir Gordon Mac Millan, comandante en jefe, y el general Jones, gobernador militar de Jerusalén, estaban en una conferencia en Atenas. El oficial responsable en su ausencia, el coronel George W. Harper, comandante del «Suffolk Regiment», era uno de los oficiales británicos mejor predispuestos hacia los judíos. Pero hoy se encontraba prisionero de un dilema. Si, por una parte, reconocía que no tenía derecho a exponer a sus soldados en aquel lamentable hecho, debido únicamente a la testarudez de los dirigentes judíos, por otro lado no podía dejar que mataran a aquellos hombres y mujeres sin intervenir.

Formó, pues, una pequeña columna y se dirigió hacia la carretera de Hebrón. Pero una barrera árabe lo detuvo a la salida de Belén, y, al caer la tarde, el oficial decidió aplazar su intento para el día siguiente. Los sitiados estaban condenados a pasar la noche en su precario refugio.

Su situación era cada vez más crítica. Los heridos se alineaban en el suelo. Casi todo el material sanitario había quedado en los camiones, y ya no había más morfina.

Yehudá Lash vio a un moribundo acurrucarse contra una muchacha y acariciarla «como si el calor de su cuerpo fuese la vida misma». Cuando murió, Lash oyó que decía la chica:

—Era todo lo que podía hacer por él.

Afuera, la marea árabe no cesaba de incrementarse. Aprovechando la oscuridad, se acercaban al montón de ruinas que protegía la casa. Hacia medianoche, Hamud, el jeque de Hebrón, se adelantó con un comando para volar la casa. Pero fueron vistos y rechazados con granadas. Este revés detuvo por un tiempo los ataques árabes. Toda la noche, los sitiados pudieron oír sus voces tras el cinturón de vehículos. Esperaban el alba para el asalto final.

Un sol radiante se levantó sobre Jerusalén, y la alegre onda sonora que recorrió sus tejados, tan clara y luminosa como aquel día de primavera, acalló por un instante el eco de los disparos de Nebi Daniel. Todas las iglesias mezclaban sus carillones para anunciar, una vez más, el misterio de la resurrección de Jesucristo.

El abismo que separaba la esperanza aportada por el sacrificio de Cristo y la triste realidad que aplastaba a Jerusalén, no alteró para nada la solemne liturgia de aquel día. Precedido por un diácono, portador de una gran cruz de plata maciza, el patriarca latino presidía la tradicional procesión del clero y de los notables, bajo las oscuras bóvedas de la basílica del Santo Sepulcro. Con la convicción de que un británico cumplía aquel rito por última vez, el prefecto James Pollock marchaba a la cabeza del Cuerpo Diplomático. En su bolsillo se encontraba la copia del telegrama que los jefes de las comunidades cristianas de Jerusalén acababan de dirigir conjuntamente a las Naciones Unidas para reclamar, con urgencia, una fuerza de Policía internacional. Era la primera vez —pensó con amargura— que aquellos augustos personajes habían sido capaces de ponerse de acuerdo en algo.

La procesión se detuvo ante la tumba de Cristo. El patriarca se postró y proclamó solemnemente:

—¡Cristo ha resucitado!

—¡Cristo ha resucitado! —respondieron a coro todos los fieles—. ¡Aleluya, paz a todos los hombres!

Las angustiosas llamadas que llegaban de la casa de Nebi Daniel eran cada vez menos perceptibles, como si la debilidad de las baterías de su radio tradujese el agotamiento de los judíos sitiados. Extenuados, hambrientos, aturdidos por el calor, cegados por el humo, iban de una aspillera a otra, tropezando a veces con algún cuerpo.

En el exterior, la ferocidad de los asaltos se había redoblado desde el amanecer. Los árabes no habían comido desde hacía veinticuatro horas. Algunos no habían bebido ni una gota de agua desde que comenzó la batalla. Pero la certeza de la victoria los electrizaba. Hacia las diez comenzaron a avanzar a centenares,

escudándose tras una cortina de humo. En el mismo instante, los judíos tuvieron conocimiento de una siniestra noticia. La columna de socorro británica acababa de ser inmovilizada de nuevo.

Esta vez, el coronel Harper se detuvo para negociar con los árabes las condiciones de la rendición. El precio iba a ser particularmente elevado. Desde El Cairo, Kamal Irekat recibió por radio las exigencias del Mufti. Pidió que le fueran entregados, como prisioneros de guerra, todos los combatientes de la casa. Los ingleses se negaron. Tras laboriosas negociaciones, llegaron al fin a unas condiciones que la «Agencia Judía» no tenía más remedio que aceptar. Iban más allá de los temores de Shaltiel. Para salvar la vida de los sitiados, el comandante de Jerusalén debería abandonar todos sus vehículos blindados y todas las armas que había retirado de sus unidades para la protección de aquel único convoy.

El coronel Harper puso su columna en marcha: catorce *half-tracks* y cinco camiones, precedidos por una autoametralladora. Detrás seguían las ambulancias. En una de ellas iba el suizo Jacques de Reynier, representante de la Cruz Roja Internacional. La casa le pareció, de repente, «sola y pequeña en medio del infierno». A su alrededor encontró sólo «un caos de esqueletos metálicos aplastados, calcinados; de cuerpos quemados, mutilados, decapitados, emasculados».

Todo se desarrolló muy rápidamente. El coronel Harper transmitió a los sitiados los términos de su capitulación y les dio tres minutos para rendirse. Los árabes bajaban ya en masa de las colinas para saborear de cerca el espectáculo de la derrota judía. En la casa, los hombres desmontaron las ametralladoras a toda velocidad y arrojaron las culatas a un pozo. A continuación sabotearon el mayor número de armas posible. El operador de radio destrozó su aparato a hachazos. Luego salió el primer judío titubeando, deslumbrado por la luz, huraño y sucio. Los demás le siguieron rápidamente. Los que llevaban armas, las arrojaban a los pies del coronel Harper. Los árabes contemplaban, como ebrios, cómo aumentaba el montón. Cuando hubo sido evacuado el último de los trece muertos y de los cuarenta heridos, el coronel inglés se volvió hacia Irekat:

—Todo esto es suyo —le dijo simplemente.

Menos de una hora después, el convoy de los supervivientes entró en Jerusalén. Al ver a sus conciudadanos mirarlos con tanta emoción, los ocupantes del primer camión se pusieron a cantar. Los que seguían los imitaron, y su canto llenó bien pronto todas las calles a su paso. Los supervivientes de la derrota más terrible jamás sufrida por la «Haganah» parecían dedicar su canto a todas aquellas miradas trastornadas, a todos los habitantes angustiados de Jerusalén. Era la *Hatikvah*: la Esperanza, el himno de su futuro Estado.

En el mismo momento, otros cantos resonaban en las colinas de Kfar Etzion. Unidos en una misma inquietud, los judíos fijaron los ojos en aquella carretera

cortada en lo sucesivo. Los árabes de Kamal Irekat daban rienda suelta a su alegría y bajaban, triunfantes, hacia Hebrón, a bordo de los vehículos conquistados. Descargaban sus fusiles para celebrar la victoria y blandían, como gloriosos trofeos, las armas capturadas, que bien pronto volverían contra la colonia.

Aquella noche, ya tarde, uno de los operadores de radio del convoy judío, aún vacilante y aturdido, llegó a casa del albañil Benjamín Golani. Moshe explicó a su suegro que había tenido que entregar a los árabes el precioso revólver que le había prestado treinta y seis horas antes. Para suavizar la amargura de este revés, precisó que ningún árabe podría utilizarlo nunca contra los colonos de Kfar Etzion. Con un ademán de orgullo, tendió a su suegro una pieza de metal. Era el percutor de su «Parabellum».

Dos hombres consternados se encontraron en el despacho de David Ben Gurion. Yigael Yadin —que había hecho partir el convoy— y Michel Shacham —que lo había mandado— examinaban con su líder las consecuencias del desastre de Kfar Etzion. La pérdida de aquel convoy sería para Yadin «el momento más sombrío de nuestra lucha».

En efecto, jamás el horizonte pareció más negro que en aquellos últimos días de marzo de 1948. Los árabes estaban a punto de ganar la batalla de las carreteras. Las comunicaciones con las colonias aisladas estaban interceptadas o se mantenían sólo al precio de agotadores sacrificios. Todo el norte de Palestina estaba amenazado por el ejército de Fawzi el Kaukji, y cuarenta y cinco personas acababan de perecer en una de sus emboscadas cerca de la frontera Siria.

En el exterior, la situación no era menos alarmante. La opinión internacional, que había apoyado la causa de los judíos en noviembre, cambiaba de postura a medida que la resistencia árabe hacía improbable una aplicación pacífica del Reparto. Los Estados Unidos, principales aliados, durante mucho tiempo, de los judíos, habían dado marcha atrás, como lo demostraban su embargo sobre los envíos de armas y sus recientes proposiciones para poner a Palestina bajo tutela internacional.

Sin embargo, algunos factores reconfortantes iluminaban aquel funesto balance. Ninguna porción de territorio había sido cedida a los árabes. Las fábricas locales de armas, previstas tres años antes por Ben Gurion y Chaim Slavin, comenzaban a producir. En cuanto a los esfuerzos de Ehud Avriel en el extranjero, se habían visto coronados por el éxito, aunque ningún fusil checo hubiese llegado aún a Palestina.

Sin embargo, quedaba en pie un hecho. La «Haganah» estaba casi por doquier a la defensiva. Ahora bien, sus derrotas no le habían sido infligidas por los ejércitos árabes regulares, a los que tanto temía Ben Gurion, sino por los palestinos de Abdel Kader. Este audaz guerrero estaba a punto de cumplir su promesa de estrangular a Jerusalén. Desde la llegada de los vehículos perdidos en Nebi Daniel, ningún convoy había podido franquear el desfiladero de Bab el Ued. La carretera interceptada

condenaba al aislamiento y al hambre a una sexta parte de la población judía de Palestina. Si la «Haganah» no conseguía restablecer la situación, incluso la misma existencia del futuro Estado corría a la ruina.

Para David Ben Gurion, Jerusalén era el arco toral de todo el edificio. Los trágicos acontecimientos que acababan de producirse imponían una acción vigorosa e inmediata. Anunció sus intenciones:

—El Alto Comisario nos prometió solemnemente mantener la carretera abierta —declaró—. Ya que no ha mantenido su palabra, nos toca a nosotros encargarnos de ello.

El plan que propuso Yigael Yadin era el más temerario que jamás hubiese concebido la «Haganah». Era preciso intervenir con efectivos de una amplitud jamás soñada para una sola operación: más de cuatrocientos hombres.

Ben Gurion estalló:

—¡Cuatrocientos hombres no podrán nada!

Luego, el viejo líder dio rienda suelta a su cólera.

—Sin lugar a dudas, los árabes comprenden mejor que ustedes la vital importancia de Jerusalén. Saben muy bien que si consiguen coger entre sus garras la ciudad con sus cien mil judíos, ello será nuestro fin, y nuestro Estado será aniquilado incluso antes de haber nacido. No será con cuatrocientos pobres individuos con los que podremos salvar a Jerusalén.

Ordenó a Yadin que convocara urgentemente en Tel-Aviv a todos los comandantes de sector.

—Todos juntos —dijo— prepararemos un plan para salvar a Jerusalén.

Cuando Yadin y Shacham abandonaron su despacho, Ben Gurion se sentó de nuevo a su mesa de trabajo para redactar un telegrama dirigido al que había enviado a Europa cuatro meses antes para comprar armas. Esas armas eran hoy más necesarias que nunca. Su impaciencia no le dejaba lugar para testimoniar su efecto a Ehud Avriel. «Permaneciendo tus armas en Praga, no salvarán a Jerusalén —lanzó Ben Gurion por las ondas de “Shoshana”, la emisora de la “Haganah”—. Envíalas urgentemente a Palestina, no importa por qué medio».

20

UN AERÓDROMO EN LA NOCHE

Un sencillo cuadro estadístico resumía la gravedad de la situación en Jerusalén. Puesto al día cotidianamente por el judío Dov Joseph, daba cuentas del estado de las existencias de provisiones, y se extendía a veintiún artículos: desde la harina, a la carne seca; desde el té, a la sal. En aquel lunes 29 de marzo de 1948, cuando Ben Gurion decidió una vasta operación para abrir la carretera de Jerusalén, el cuadro revelaba que había carne seca para diez días; margarina, para cinco y pastas de sopa, para cuatro. Ya no quedaba carne fresca, ni frutas, ni legumbres frescas. Si se tenía la suerte de encontrarlo, un huevo costaba el equivalente a cinco francos nuevos. La ciudad vivía de sus reservas de legumbres secas y de conservas. Los soldados recibían cuatro rebanadas de pan cubiertas de un líquido gelatinoso llamado *cocozine*, un plato de sopa, una lata de sardinas y dos manzanas al día. Eran los mejor alimentados.

Para no crear un clima de inseguridad, Dov Joseph evitó durante mucho tiempo imponer un racionamiento. Sin embargo, el que aplicaba ahora era severo. Los adultos debían conformarse con doscientos gramos de pan por día. Los niños tenían derecho, además, a un huevo y a cincuenta gramos de margarina por semana.

La escasez no sólo afectaba a los alimentos. Ni una sola gota de fuel de uso doméstico había sido distribuida desde febrero. Las amas de casa tuvieron que utilizar el DDT líquido para cocinar sus alimentos. Como todas las ciudades de Europa durante la guerra, Jerusalén descubrió los productos sustitutivos. Todos los patios y balcones se transformaron, con más o menos éxito, en huertos. A los que no poseían ni la menor vasija de tierra, eminentes biólogos de la Universidad hebrea les enseñaron el arte de hacer crecer las legumbres en el agua. En los cafés aún abiertos de la calle Ben Yehudá, se reunían alrededor de un vaso de «champaña»: algunas gotas de vino blanco corriente y un sobrecito de polvos de limonada en mucha agua gaseosa. Los soldados recibían tres cigarrillos por día, y los de las unidades de choque del «Palmach», cinco. Cada cigarrillo pasaba, habitualmente, de boca en boca, a fin de que ninguna brizna de tabaco se quemase inútilmente.

Algunos árabes llegaban a conmoverse del hambre de sus vecinos. El judío Chaim Haller oyó una noche una llamada. Se deslizó en la oscuridad hasta el cercado de alambrada y encontró a la anciana Salomé, que había trabajado para él durante muchos años.

—Sé que les hace falta todo —cuchicheó la anciana árabe pasándole una veintena de pequeños tomates.

La situación se hacía tan dramática, que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas acordó reclamar una tregua para Jerusalén. Sabiéndose con la victoria a su alcance, el Alto Comité Árabe rechazó violentamente esta llamada. La condición de los cien mil judíos de la ciudad será bien pronto insostenible, declaró su portavoz, «cuando cortemos el agua y hayamos colocado trescientas barricadas entre Jerusalén y el mar».

Por su parte, la «Agencia Judía» anunció que aceptaría voluntariamente una tregua, fuesen cuales fuesen sus promotores, siempre y cuando garantizase las vías de acceso a la ciudad. El 26 de marzo, la Agencia intentó una nueva gestión cerca de las naciones cristianas de Occidente, para que asumiesen las obligaciones derivadas de la internacionalización de Jerusalén. Pidió el envío de una fuerza de diez mil cascos azules daneses o noruegos. Pero esta propuesta no tuvo más ecos que las precedentes. Cada vez aparecía más claro que los judíos de Jerusalén sólo podrían contar con su enorme voluntad y con la ayuda que el resto del país pudiera aportarles.

Tras haber analizado sus últimas estadísticas, Dov Joseph descubrió que el racionamiento y las insignificantes reservas que cada familia había constituido siguiendo su consejo, jamás podría ser otra cosa que paliativos. A lo sumo, permitirían sostenerlos por algún tiempo más. Si la «Haganah» no lograba reabrir la carretera, los judíos de Jerusalén iban a morir de hambre mucho antes de la marcha del último inglés. En este fin de marzo de 1948, las cifras hablaban por si solas. Los depósitos de la ciudad sólo contenían 34 226 kilogramos de harina, o sea, para suministrar trescientos gramos de pan a cada habitante.

El canadiense Julius Lewis mostraba un interés algo sorprendente para un pastelero por la jerga técnica que intercambiaban tres americanos sentados a su lado en el bar del «Hotel California» de París. Llevaban uniformes azul marino comprados de ocasión. Con su viejo «DC 4» estacionado en Le Bourget, los tres representaban la dirección, el personal de vuelo, los accionistas y el capital de la «Ocean Trade Airways», una compañía de transporte aéreo registrada en Panamá. Los tres hombres vivían de un comercio en el límite de lo legal. Transportaban productos aún escasos en la Europa de la posguerra, tales como medias de nilón, cigarrillos, perfumes y whisky.

Aceptaron gustosos la copa que Lewis les ofreció; con la misma diligencia se dejaron invitar a cenar en «Jour et Nuit», un restaurante de los Campos Elíseos. Al café, Lewis les reveló que era, en realidad, un judío inglés, ex piloto de la RAF, llamado Freddy Fredkens y que, contrariamente a lo que dejaba creer su pasaporte, sus ocupaciones no tenían gran cosa que ver con la confección de pasteles. Era agente de la «Haganah» y acababa de serle encargada una misión. Su encuentro con los tres

propietarios de la «Ocean Trade Airways» era una suerte para todos, ya que tenía un transporte que proponerles. Sería el trabajo mejor retribuido que jamás se le hubiera ofrecido a su compañía. Además, tendrían la ocasión de familiarizarse con un flete mucho más noble que las medias de nilón o los cigarrillos. Por diez mil dólares, Fredkens les pidió que transportaran un cargamento de armas checas desde Praga hasta Palestina.

Los comandantes de sector entraron uno tras otro en el pequeño despacho. Paula Ben Gurion les sirvió a cada uno una taza de té. Cuando el último se hubo sentado, Ben Gurion abrió la sesión.

—Estamos aquí para encontrar un medio de abrir la carretera de Jerusalén —explicó—. Poseemos tres centros vitales: Tel-Aviv, Haifa y Jerusalén. Podemos sobrevivir si perdemos uno de ellos, a condición de que no sea Jerusalén. Los árabes han hecho un cálculo justo. La toma o la destrucción de la Jerusalén judía asestaría un golpe fatal a nuestro pueblo y quebrantaría su voluntad y su capacidad de rechazar una agresión árabe. Para impedir esta catástrofe, hemos de estar dispuestos a correr todos los riesgos. Es preciso, a cualquier precio, abrir la carretera de Jerusalén.

El viejo líder declaró a continuación que la «Haganah» debería hacer lo que jamás había hecho: abandonar las técnicas de la guerra secreta y lanzarse esta vez a un terreno descubierto, a fin de conquistar un objetivo geográfico preciso. Ben Gurion exigía que se movilizaran mil quinientos hombres como mínimo, tomando en cada sector las mejores tropas dotadas del mejor armamento.

Un silencio opresivo acogió el final de esta exposición. Todos estaban asombrados de la determinación del anciano. La urgencia de la operación que proponía era evidente, pero lo que reclamaba no era menos considerable. Les pedía que arriesgasen en una sola acción a la élite de sus fuerzas y de sus armas. Por un tiempo, los demás frentes de Palestina estarían gravemente desguarnecidos, y si las pérdidas eran considerables, el país se encaminaría al desastre. Josef Avidar, que controlaba todos los depósitos de armamento, sabía que la «Haganah» apenas podía contar con diez mil armas modernas en toda Palestina. La «Brigada Golani», destacada en el frente Norte, particularmente amenazada, poseía, con toda exactitud, ciento sesenta y dos fusiles y ciento ochenta y ocho metralletas «Sten». Por encima de todo, la «Haganah» sabía que no podía, tras la pérdida del convoy de Kfar Etzion, permitirse un nuevo fracaso. Cualquiera que fuese el resultado, la operación que Ben Gurion había decidido constituiría un hecho decisivo en la campaña de Palestina.

A medianoche, todos los jefes de la «Haganah» acompañaron a su líder al Cuartel General de la Casa Roja para poner en marcha la ofensiva. Toda la noche, los mensajeros llevaron las instrucciones destinadas a los diferentes sectores, a la emisora escondida en un retrete del número 6 de la calle Lassale. Al comprobar el número y la naturaleza de las armas y las municiones pedidas para cada unidad, Josef

Avidar tenía la impresión de «ver su cuenta bancaria vaciarse bruscamente».

Un poco antes del amanecer, alguien propuso dar un nombre a la azarosa operación que había aceptado emprender. La llamaron «Operación Nachshon», del nombre del hebreo que, según la leyenda, afrontó lo desconocido al sumergirse el primero en las olas del mar Rojo.

Para un árabe que había entrado en Palestina a la cabeza de cuatro mil hombres con la intención de arrojar a todos los judíos al mar, Fawzi el Kaukji rodeaba a su huésped de una singular atención. El agente de la «Haganah» Yehoshua Palmon iba a conseguir sus fines. Acuclillado en una casa del pueblo árabe de Nuri Shami, se entretuvo casi dos horas con El Kaukji hablando de Teología, de la historia del Oriente Medio, de la guerra, del conflicto que oponía a sus dos pueblos. Sutilmente, el judío conducía ahora la conversación sobre Hadj Amin.

Con gran sorpresa suya, El Kaukji dirigió, pese a la presencia de una docena de sus subordinados, una violenta retahíla contra «los Husseini, esta familia de asesinos», y contra las «ambiciones políticas de Hadj Amin, perjudiciales para los intereses de la nación árabe y a los que todos los patriotas deberían oponerse».

El judío hizo entonces una discreta alusión a Abdel Kader. Mordiendo el anzuelo, el árabe se dedicó a acusar también, al vencedor de Bab el Ued, de las más negras ambiciones políticas. Lo que le confió justificaba ampliamente los riesgos que Palmon había corrido para llegar hasta él. Semejante declaración tendría un precio inestimable en los próximos días.

—Me es indiferente que peleen ustedes contra Abdel Kader —declaró Fawzi el Kaukji—. Espero, incluso, que le den una buena lección, y, desde luego, que no cuente con mi ayuda.

No cabía duda de que el árabe estaba inspirado.

—Voy a preparar mi desquite tras la derrota de Tirat Zvi —confió aún—. Debo vencerles para devolver a mi nombre su prestigio. Pelearé contra ustedes y los aplastaré bien pronto en el valle de Jezrael.

Palmon estaba seguro de que El Kaukji haría todo lo posible por mantener su promesa. Acababa de descubrir que también él tenía ambiciones políticas, y precisaba victorias para sostenerlas.

Durante el camino de regreso, Palmon reflexionó sobre esta sorprendente conversación. Además de las preciadas revelaciones, sacó una impresión muy clara. El Kaukji había sido influido, durante su estancia en Alemania, mucho más de lo que él suponía. Aquel árabe, que estimaba la Cruz de Hierro más que toda otra condecoración, quería ser un general alemán, librar sus batallas a la manera alemana. Desgraciadamente para él, los soldados que mandaba no eran alemanes, sino árabes, que sólo estaban habituados a las acciones de guerrilla.

Cuando llegase la ocasión, Palmon sabría traducir *in situ* las enseñanzas de

aquella entrevista. De momento, sólo le quedaba una cosa por cumplir. Aquella noche, todas las colonias judías del valle de Jezrael fueron puestas en estado de alerta.

El éxito de la «Operación Nachshon», que debía de abrir la carretera de Jerusalén, suponía la ocupación sistemática de un pasillo a una parte y otra de la carretera. Los judíos sólo podrían impedir las emboscadas neutralizando la docena de pueblos que suministraban a Abdel Kader las fuerzas que le eran necesarias para mantener su cerco en" torno a la carretera.

Desde Deir Muhezin, al Oeste, hasta Castel y Colonia, al Este, aquel rosario de pueblos perpetuaba una Palestina inmemorial, más antigua que el mandato británico y los primeros pioneros del sionismo. Las imbricaciones de las descoloridas chozas árabes se amontonaban como nidos en las desoladas laderas de las colinas, que una sucesión de muros dividían en terrazas. Producían higueras, granados y almendros, así como una parte de las legumbres que aprovisionaban habitualmente a Jerusalén. Sobre las plataformas rocosas, los campesinos hacían pastar los rebaños, que conducían, por Aid el Kebir, a la puerta de Herodes, el *suk* ganadero de Jerusalén.

Eran escasos los pueblos que poseían electricidad. Ninguno tenía agua corriente ni teléfono y, casi siempre, sólo se podía ir de uno a otro a pie o a caballo. Sus estructuras sociales eran a la vez primitivas e impermeables a toda influencia extranjera. Los tímidos esfuerzos de renovación intentados por la Administración británica habían fracasado siempre. Dos monumentos dominaban cada aglomeración humana: la mezquita y la casa del alcalde —el *mujtar*—, cuya función era, generalmente, hereditaria. El *mujtar* dirigía los asuntos del pueblo, y en su casa se reunían los hombres cada día para hablar o para escuchar las noticias alrededor de un aparato de radio con pilas.

Las tropas de Abdel Kader procedían, esencialmente, de una especie de milicias que habían retenido sus pueblos como bases. Allá encontraban abrigo y provisiones, y de allá descendían para atacar la carretera a la primera señal. La misión de reducirlos recayó en el jefe de la «Brigada Harel» del «Palmach»; Isaac Rabin, joven oficial del que el mundo oiría hablar veinte años más tarde. «Al no dejar en ninguna parte piedra sobre piedra y expulsar por doquier a todos los habitantes —se dijo Rabin—, no quedará ya un solo pueblo al que puedan regresar los árabes. Privados de esos pueblos, las bandas árabes quedarán paralizadas». Cuando la operación estuviera terminada, la «Haganah» podría volver, sin riesgos, al sistema de los convoyes.

El conjunto de la «Operación Nachshon» fue confiado a Simón Avidan, jefe de la «Brigada Givati» del «Palmach». Veterano del ejército secreto, entrenó durante la Guerra Mundial a los saboteadores judíos palestinos enviados tras las líneas alemanas. Los diferentes sectores habían aceptado grandes sacrificios, pero la insuficiencia del armamento seguía siendo inquietante. En Cuanto a los jóvenes

reclutados, que constituían la mayoría de las tropas, apenas habían acabado la instrucción. Al tomar contacto con su compañía, el comandante Iska Shadmi tuvo la impresión de hallarse frente a «un grupo de boy-scouts». Con sus petates y sus pequeñas maletas, «aquellos muchachos y muchachas de aspecto romántico, parecían a punto de salir de excursión —diría más tarde—. Traían, por toda munición, el libro de Raquel, la poetisa del lago Tiberíades».

Shadmi les hizo alinear y les explicó que, en adelante, sólo llevarían un saco a la espalda.

—¡Escoged lo que prefiráis llevar: flores o balas!

Algunas chicas estallaron en sollozos. «¡Y pensar —se decía Shadmi, estremeciéndose— que dentro de unos días habría de partir con aquellos chiquillos, diez fusiles y cuatro ametralladoras para abrir la carretera de Jerusalén!».

Los árabes de los pueblos vecinos no mostraron el menor interés por el regalo que acababa de hacerles la RAF. Porque el regalo era particularmente irrisorio. El aeródromo de Beit Darras, evacuado por la Aviación británica, no tenía torre de control, ni electricidad, ni surtidor de carburante, ni radio, y su única pista de aterrizaje era una herbosa superficie llena de agujeros.

Sin embargo, hacia esa pista abandonada se dirigía, una noche de principios de abril, una columna de camiones judíos, con todas las luces apagadas. Apenas llegados, los hombres se dedicaron a taponar los hoyos, mientras otros instalaban posiciones defensivas alrededor del terreno. Practicable de nuevo, la pista fue rodeada de balizas eléctricas alimentadas por un pequeño generador «Diesel». Varias decenas de bidones de carburante para avión fueron alineados luego en el área de estacionamiento. A las diez de la noche, casi dos horas después de esfuerzos agotadores, el terreno estaba listo para recibir su primer aparato. Incluso poseía una torre de control improvisada.

En el camión equipado con un emisor-receptor, el operador lanzó una llamada, que repitió incansablemente. Era la palabra hebrea *hassida* (cigüeña). Si los árabes habían desdeñado el terreno de Beit Darras, la «Haganah» se había propuesto utilizarlo. Aaron Remez, el antiguo piloto de la RAF que prometió a Ben Gurion que «la salvación vendría del cielo», proyectaba utilizar el aeródromo por una noche. Su pista, rápidamente puesta en condiciones, debía contribuir a la salvación de la Jerusalén judía.

Sin descanso, la radio llamaba a la «cigüeña». Los minutos parecían horas, y la desesperanza aumentaba poco a poco en el equipo de Remez. Escondidos en la oscuridad a lo largo de la pista, todos los hombres estaban alertas, con la esperanza de distinguir, finalmente, un ruido de motor. Pero sólo oían el viento. El «DC 4» que aguardaban con tanta impaciencia se hallaba prisionero de las nubes a varios centenares de kilómetros al Sur.

Los propietarios-pilotos de la compañía «Ocean Trade Airways» habían recorrido un largo camino desde su encuentro con Freddy Fredkens en París, en el bar del «Hotel California». Desde Le Bourget se dirigieron a Praga, donde los recibió Ehud Avriel. El enviado de Ben Gurion deseó asistir personalmente al instante en que las primeras armas, compradas con tantos desvelos por él, tomaran, finalmente, el camino del país que debían defender. Declaradas en la hoja de embarque de a bordo como «material agrícola con destino a Addis Abeba», fueron cargadas en el fuselaje del aparato. El «material agrícola» consistía en ciento cuarenta ametralladoras «MG 34» y varias decenas de miles de cartuchos.

Como medida de seguridad, Avriel añadió un cuarto hombre a la dotación del «DC 4»; un antiguo piloto judío de la RAF que contaba en su activo con numerosas horas de vuelo en Oriente Medio. Amy Cooper estaba horrorizado por el estado del aparato y de sus instrumentos de a bordo. La radio funcionaba tan mal, que no podía captar ni siquiera el parte meteorológico. Volaron orientándose por las estrellas; pero, como habían encontrado numerosas zonas nubosas, Cooper temía que sus esfuerzos no diesen un resultado siquiera aproximado. Seis horas después de su salida de Praga, buscaban desesperadamente distinguir la costa palestina, cuando el piloto gritó:

—¡Allá está, hemos llegado! ¡He aquí Tel-Aviv!

El antiguo oficial de la RAF escrutó las luces que acababan de aparecer a estribor. Le pareció que eran muy poco numerosas como para ser las de la primera ciudad judía. Estudió el mapa, a la búsqueda de un dato revelador.

—¡Buen Dios! —exclamó—. ¡Eso es seguramente Port Said! Marchamos directamente hacia Egipto.

El piloto cambió bruscamente de rumbo. Treinta minutos más tarde, el «DC 4» sobrevolaba, esta vez, Tel-Aviv. La «cigüeña» pudo entonces responder a las angustiosas llamadas de Remez y solicitar las tres intermitencias de balizas convenidas. Minutos más tarde, el pesado «DC 4» de la «Ocean Trade Airways» se inmovilizaba en el extremo de la corta pista de Beit Darras.

Cooper vio a una horda de excitados jóvenes caer sobre el aparato. Los tres aviadores americanos pudieron creerse Lindbergh aterrizando en Le Bourget. Llegados allá para entregar armas como hubieran podido ir a llevar cigarrillos a Nápoles, fueron rodeados, abrazados, subidos a hombros como héroes, y recibieron la más hermosa acogida de su vida.

Simón Avidan, el comandante en jefe de la «Operación Nachshon», también estaba presente para asistir a la llegada de las armas en las que descansaba gran parte de sus esperanzas. Constituían para él tal alivio, que no pudo impedirse manifestar el alborozo a su manera. Subió a bordo del «DC 4», tomó la primera ametralladora que encontró y la abrazó.

El árabe Samir Jabur, hijo de un zapatero de Jafa, era un guapo muchacho, cliente

habitual de los pequeños bares que jalonaban la orilla del mar, allá donde se unen Jafa y Tel-Aviv. En uno de aquellos establecimientos, una tarde se detuvo su mirada melancólica en una morenita. Los encantos de la muchacha no tenían nada de excepcional; pero Jabur le hizo la corte de modo asiduo. Raquel era judía, pero lo que más interesaba a su seductor árabe era su empleo. Era secretaria de la oficina de la «Agencia Judía» en Tel-Aviv. Jabur era un agente secreto del Alto Comité Árabe.

Menos de veinticuatro horas después del aterrizaje clandestino del «DC 4», Samir Jabur informaba al Cuartel General de Abdel Kader que los judíos habían sostenido en Tel-Aviv una reunión de la más alta importancia, durante la cual prepararon una «operación decisiva», destinada a abrir la carretera de Jerusalén. Iban a intentar expulsar a los árabes de las alturas de Bab el Ued, poniendo en liza considerables efectivos. Determinadas informaciones indicaban asimismo que habían recibido nuevas armas con destino a esa ofensiva. Para un servicio de información tan sumario como el del «Alto Comité Árabe», este informe era de una precisión sorprendente.

De hecho, Abdel Kader esperaba desde hacía tiempo una acción masiva de los judíos. Sabía bien que no podían aceptar el aislamiento de Jerusalén. La llegada de armas nuevas para sus adversarios lo alarmó aún más. Aparte el armamento judío capturado en Nebi Daniel y algunos fusiles procedentes del desierto libio, su potencia de fuego apenas se había visto aumentada durante las últimas semanas. Se componía, esencialmente, del mismo conjunto heterogéneo de fusiles de todos los orígenes. Si hasta ahora había podido llevar la delantera y obligar a la «Haganah» a ponerse a la defensa de la Jerusalén pobremente equipada, sabía muy bien que ello era posible gracias a la superioridad numérica de que disponía. Un ataque fuerte de los judíos, sostenido por un armamento moderno, sería otra cosa.

Inmediatamente se dirigió a Damasco para exigir el suministro de las armas modernas prometidas desde hacía tanto tiempo. Le acompañaba Emile Ghory. Encontró la atmósfera de la capital siria particularmente deprimente. Desde el cambio de rumbo de la postura americana con respecto al Reparto, «todos parecían creer que la guerra estaba ganada, y que ahora se podían cruzar de brazos en espera de que las Naciones Unidas acabaran de resolver el problema en provecho de los árabes». Las rivalidades que dividían a los diferentes clanes árabes estaban más acentuadas que nunca. Abdel Kader y Ghory comprendieron de repente que una gran parte del mal, provenía de un creciente sentimiento de hostilidad hacia su jefe: Hadj Amin.

De un humor de perros, el vencedor de Bab el Ued se desplazó a las afueras de Damasco para reunirse con el Estado Mayor de la Liga Árabe en el campamento del Ejército sirio de Udsiya. Abdel Kader expuso, para empezar, una amplia panorámica de la situación. Luego señaló que informes fidedignos dejaban prever una próxima ofensiva judía cuyo objetivo sería, sin duda, la toma del pueblo de Castel, que ocupaba una posición estratégica en la entrada a Jerusalén. Se apoyó sobre el trazado

de un mapa para convencer a sus interlocutores de que «quien tiene Castel, controla la carretera de Jerusalén, y que después de haber reabierto esa carretera, la “Haganah” estaría libre para marchar contra Jafa y Haifa».

—Estamos dispuestos a batirnos hasta la muerte —aseguró Abdel Kader—, pero no podemos hacer nada sin armas modernas. Hace muchos meses que ustedes nos las prometieron, pero hasta la fecha solamente nos han enviado chatarra.

Suplicó que se le proporcionase artillería, con 1a que transformaría en una derrota la ofensiva judía.

Este ruego no suscitó el menor eco en el genera iraquí Ismail Safuat Pachá, jefe militar supremo de la Liga Árabe. En cuanto a los oficiales de su Estado Mayor, no parecían sentir la misma estima que sus enemigos judíos por las capacidades de Abdel Kader. Además, su juramento de fidelidad al Mufti no estimulaba su confianza. Safuat se contentó con explicar al palestino que sus tropas no tenían la suficiente experiencia como para confiarles artillería; los cañones corrían el riesgo de caer en manos de los judíos. En cuanto al armamento ligero, ya hablarían de ello más adelante. Desde luego, un barco cargado de ametralladoras y fusiles checos ultramodernos se dirigía entonces hacia Beirut, pero ese primer cargamento estaba reservado a un nuevo batallón del ejército de El Kaukji. Abdel Kader debía contentarse, por el momento, con las armas que tenía.

—De todas formas —le tranquilizó Safuat—, si la «Haganah» capturase Haifa o Jafa, nosotros liberaríamos esas ciudades en menos de dos semanas.

Abdel Kader no pudo esta vez reprimir su cólera. Abrumó con toda clase de insultos a aquellos generales fatuos y, abriendo la puerta violentamente, espetó al iraquí:

—¡Safuat, es usted un traidor!

—¡Deberá usted defender Jerusalén con uñas y dientes! —gruñó Ben Gurion dirigiéndose a Dov Joseph.

El tono era, quizá, menos impulsivo que el de Abdel Kader en Damasco, pero la pasión no era menos violenta.

Joseph acababa de llegar a Tel-Aviv a bordo del *Primus*, el pequeño «piper cub» que, dos veces por día, enlazaba Jerusalén con el exterior. Ben Gurion lo llamó para confiarle la suerte de Jerusalén. Sabía que la única razón de ser de la «Operación Nachshon» consistía en hacer entrar en la ciudad sitiada un número suficiente de toneladas de víveres. Dov Joseph estaba particularmente cualificado para organizar la formidable operación de abastecimiento que exigía Ben Gurion. Recibió carta blanca. El tesorero Kaplan tenía orden de abrirle un crédito ilimitado. Ningún sacrificio sería demasiado grande para salvar a Jerusalén.

—¿Cuándo debo iniciar la operación? —preguntó Joseph.

—¡Inmediatamente!

Al abandonar el despacho de Ben Gurion, Dov Joseph se sintió invadido por un miedo terrible. «¡Señor —pensó—, qué tragedia si fracaso!». Sabía que si un día Jerusalén caía a causa del hambre, él sería el responsable ante la Historia. Jamás le perdonaría el pueblo judío.

Convocó inmediatamente a los responsables de los aprovisionamientos. Durante toda la noche estuvieron calculando las necesidades de Jerusalén. Al amanecer llegaron a una cifra colosal. Era preciso reunir y transportar urgentemente tres mil toneladas de víveres. Joseph pidió informes de todos los depósitos públicos y privados de Tel-Aviv. Decretó su requisa, y unos oficiales recibieron la misión de precintar todos aquellos establecimientos. Se estableció un inventario metódico de cada uno de ellos. Ni una sola lata de sardinas, ni una sola tableta de chocolate ni de ningún otro artículo podía salir antes de que se hubiesen determinado las necesidades exactas de Jerusalén.

Dos antiguos oficiales judíos del Ejército británico, Harry Jaffe y Bronislav Bar Shemer, fueron los encargados de reunir el parque automovilístico. Joseph estimaba que, por lo menos, serían precisos trescientos camiones pesados. Las diferentes sociedades de transporte del Tel-Aviv suministraron ciento cincuenta. Para procurarse los demás, Bar Shemer recurrió a un método muy sencillo: los secuestró.

«Fui a buscar jóvenes soldados, aún en período de instrucción, y los aposté en las principales encrucijadas —contaría más tarde—. Detuvieron sistemáticamente a todos los camiones que pasaban. Yo no sé quién tenía más miedo: si los conductores o los soldados que les ordenaban, metralleta en mano, dirigirse hacia la explanada de Kiryat Meir».

Cada vez que se constituía un grupo de veinte camiones. Bar Shemer lo enviaba, pese a las violentas protestas de los conductores, a Kfar Bilu, un antiguo campamento británico donde se hallaba el centro de reunión y carga de los convoyes de la «Operación Nachshon». Bar Shemer no había visto nunca gente tan airada como aquellos conductores. «Nos aborrecían con toda el alma —recuerda—. Estaban tan tranquilos en Tel-Aviv, y algunos tenían a sus esposas a punto de dar a luz, cuando he aquí que nosotros los secuestramos en pleno día o en mitad de la noche para mandarlos a formar parte de un convoy del que conocían todos los riesgos. Por fortuna, la mayoría de ellos eran propietarios de los camiones, lo cual les impedía toda tentación de desaparecer en el campo. No podían abandonar su herramienta de trabajo».

Un millar de hombres —conductores, ayudantes y mecánicos— se reunieron pronto en Kfar Bilu. Ello planteaba un problema de intendencia. Bar Shemer se trasladó entonces al «Chaskal», uno de los restaurantes más populares de Tel-Aviv.

—La nación judía lo necesita —declaró a Yechezkel Weinstein, su propietario.

En tres minutos, le explicó exactamente lo que esperaba de él. Eran las once de la

mañana. A las cinco de la tarde, Weinstein distribuía una comida caliente a los mil hombres de Kfar Bilu.

21

CUATRO PALABRAS EN UN PARACHOQUES

Las legiones romanas habían sido las primeras en fortificar el cerro rocoso que los soldados judíos escalaban silenciosamente. Al pie de aquel cerro se deslizaba la carretera de Jerusalén, estrecha y vulnerable. Desde el pueblo a la cima se distinguía, hacia el Norte, emergiendo de las colinas desnudas, el monte Nebi Samuel, donde el Profeta, según la leyenda, se detuvo para juzgar a Israel. Allá fueron los Macabeos a ayunar antes de atacar Jerusalén, y Ricardo *Corazón de León* lloró al ver la Ciudad Santa. Hacia el Este, a escasos kilómetros, aparecían los arrabales de Jerusalén. A su vez campamento romano, castillo cruzado y fortaleza turca, este pueblo solitario, barrido por el viento, había sido, durante veinte siglos, el guardián natural de los alrededores de Jerusalén por el Oeste. Los ciento ochenta soldados de la «Brigada Harel» del «Palmach» que ascendían por el para su conquista, bajo el diluvio de aquella noche de abril, testimoniaban de nuevo su vocación histórica. Abdel Kader no se había equivocado cuando designó esta posición estratégica al Estado Mayor de Damasco y predijo que sería el próximo objetivo de la «Haganah».

El plan de la «Operación Nachshon» preveía dos acciones preliminares. La primera era la ocupación de Castel, el bastión que controlaba la carretera en sus últimos kilómetros antes de Jerusalén; el otro, una maniobra de diversión en la zona de Ramleh, destinada a atraer hacia esta zona las fuerzas árabes estacionadas generalmente en la zona de salida de los convoyes judíos. Con este doble preludio, la «Haganah» esperaba asegurar su ofensiva dándole dos sólidas bases.

Uzi Narkis, uno de los defensores del convoy de Kfar Etzion, colocó una ametralladora en batería a cada extremo del pueblo. A las doce en punto de la noche desencadenó el asalto. La pequeña guarnición árabe que protegía Castel no estaba en condiciones de resistir un ataque tan organizado. Huyó con toda la población. Por primera vez desde el Reparto, un pueblo árabe caía en manos de los judíos.

Al día siguiente, sábado 3 de abril, un destacamento de la «Haganah» de Jerusalén fue, por la tarde, a relevar a las fuerzas de choque del «Palmach». Su jefe, Motke Gazit, era un joven diplomático de origen báltico y rostro severo. Su misión era sencilla. Tras haber establecido un perímetro defensivo alrededor del pueblo, debía arrasarlo por completo para que jamás pudiera servir de base a los árabes en sus emboscadas.

Cuando la noticia de la caída de Castel llegó a Damasco, Abdel Kader llamó a

Jerusalén para ordenar que la posición fuese reconquistada inmediatamente. Como para su ataque del convoy de Kfar Etzion, Kamal Irekat envió mensajeros a través de toda Judea para reunir sus tropas. El hecho de que los judíos se hubiesen apoderado de todo un pueblo árabe confería a su llamada una importancia y una urgencia evidente.

Irekat llegó a lanzar una contraofensiva aquella misma tarde. Su plan consistía en un solo asalto frontal, algo parecido a lo que se ve en los antiguos grabados.

—¡Adelante! —gritó.

Y se lanzó hacia Tzuba, al pie de Castel, donde los judíos habían instalado su primera línea defensiva. Al grito de «*¡Allah Akbar!*» (¡Dios es grande!) lo siguieron cuatrocientos hombres. Los judíos abrieron fuego, pero no pudieron detenerlos. Tuvieron que replegarse al edificio situado en el interior de la cantera. Toda la noche, los árabes intentaron desalojarlos de allí.

La llegada, al amanecer, de Ibrahim Abu Dayieh, el campesino árabe que mandaba la milicia de Katamon, reavivó el ardor de los asaltantes. Lograron volar la casa y persiguieron a los judíos hasta los límites del pueblo. Habían ya casi alcanzado la victoria cuando se detuvieron bruscamente, resoplando. Algunos no habían comido ni bebido nada desde hacía veinticuatro horas. Nadie, tampoco, esta vez, tomó la precaución de traer la menor provisión.

Irekat despachó mensajeros a todos los caseríos de los alrededores. Por doquier llegaron mujeres con velo. Extrañas diosas de la guerra, lanzaban gritos estridentes y llevaban sobre la cabeza montones de panes rellenos de huevos, queso, aceitunas, tomates o tortas. El refuerzo de aquellas improvisadas cantineras tuvo un efecto inmediato. Los árabes reemprendieron el ataque.

El judío Motke Gazit se felicitó de no haber tenido tiempo de arrasar Castel. Sus hombres pudieron atrincherarse en las casas, que transformaron en auténticas fortalezas. Pero la carencia de organización vino, una vez más, a arrebatar a los árabes los frutos de su valor. Se habían quedado sin municiones.

Irekat envió a otros mensajeros en todas direcciones. Glubb Pachá, que aquel día se encontraba en Ramallah, recordó haber visto a uno de ellos recorrer las calles gritando.

—¿Quién puede venderme municiones? ¡Pago al contado!

El inglés pudo comprobar que la llamada no quedaba sin respuesta. Vio a alguien ofrecer doscientas balas de fusil. Algunas eran turcas; otras, alemanas o inglesas. El árabe las pagó, saltó a un vehículo y se marchó, para proseguir su compra en otra parte.

La cosecha fue tan fructífera, que permitió a Irekat reanudar el ataque. Hacia medianoche de aquel segundo día logró infiltrarse en el pueblo. Entonces, la explosión de una granada le alcanzó encima de un ojo. El único enfermero presente

en sus filas, empleado del hospital de Belén, disponía sólo de mercurocromo. Le limpió la herida como pudo y, pese a sus protestas, lo hizo evacuar a lomos de un asno.

Irekat conocía lo suficiente a sus compatriotas como para prever las consecuencias de su marcha. Producto de una sociedad altamente jerarquizada, los campesinos profesaban a sus jefes una especie de culto. Bien mandados, eran capaces de los mayores actos de bravura. Abandonados a su suerte, corrían el riesgo de caer en una desbandada inmediata.

Esto fue exactamente lo que sucedió aquella noche del domingo 4 de abril. Motke Gazit y sus setenta soldados, que se preparaban a resistir casa por casa, vieron replegarse súbitamente a los árabes y luego desaparecer en el campo. Regresarían a sus pueblos. Al amanecer quedaba sólo un centenar. Castel seguiría ya en manos de los judíos.

Tres judíos cuchicheaban en una desierta acera de la avenida del Rey Jorge V, en Jerusalén. Representaban a la «Haganah», al grupo «Stern» y al «Irgún». Yeshurun Schiff, el enviado de la «Haganah», se había esforzado por sostener esta entrevista en el mayor secreto. Era el adjunto de David Shaltiel, que profesaba un odio implacable a las dos organizaciones disidentes. Sin embargo, los había citado aquella noche para pedirles que acudieran en ayuda de Shaltiel.

Las fuerzas del comandante de Jerusalén estaban tan dispersas, que no disponía de ninguna reserva para relevar en Castel a los agotados hombres de Motke Gazit, y a otra unidad que estaba en dificultades ante la vecina colonia judía de Motza. Schiff deseaba que el «Irgún» y el grupo «Stern» aceptaran organizar una acción de socorro en torno a esos dos objetivos.

Tal como esperaba el enviado de Shaltiel, esta petición no despertó ninguna simpatía en sus interlocutores. En efecto, sus organizaciones estaban poco deseosas de ayudar a los que consideraban como a sus enemigos personales, de igual forma que los árabes. Indiferentes ante las dificultades de la «Haganah» y celosos de su independencia, el grupo «Stern» y el «Irgún» habían persistido hasta el momento en su negativa de cooperar con la «Haganah» de Jerusalén.

Schiff fue informado de que se le daría una respuesta a la noche siguiente. El precio de una eventual colaboración sería, sin embargo, particularmente elevado: los dos grupos exigirían una cantidad muy apreciable de armas, municiones y explosivos. Finalmente, dio su conformidad y suministró pronto el armamento pedido. Sin embargo, ninguna de las dos organizaciones terroristas tenía la intención de socorrer a Castel o Motza. Yehoshua Zetler, jefe del grupo «Stern», y Mordechai Raanan, jefe del «Irgún», necesitaban aquellas armas para asestar un gran golpe y conseguir una victoria espectacular. Así, esperaban probar su dinamismo a la población judía de Jerusalén y obligar a la «Haganah» a reconocer sus derechos sobre la ciudad.

Zetler y Raanan habían escogido ya su objetivo. La reputación, la importancia y la proximidad del pueblo que iban a conquistar les asegurarían esta victoria. Era una comunidad de canteros situada en la comarca oeste de Jerusalén: el pueblo árabe de Deir Yassin, hacia el que fue conducida Alia Darwish diez días antes para su boda.

Un pestilente hedor de cebollas podridas emanaba del viejo carguero que acaba de atracar en un muelle del puerto de Tel-Aviv. Los marchamos no podían mentir, ya que el cargamento se comprobaba por sus efluvios. El inspector británico de aduanas autorizó la descarga del *Nora*. Una nube de descargadores se cernió bien pronto sobre el puente. Al abrigo de toda mirada indiscreta quitaron la capa de cebollas para alcanzar las cajas que encerraban los millares de fusiles y varias decenas de ametralladoras checas. El mercante tan difícilmente fletado por Ehud Avriel llegaba en un momento providencial. La «Operación Nachshon» empezaría exactamente dentro de veinticuatro horas.

Desplegando toda clase de recursos para burlar la vigilancia de la Policía británica, los descargadores trabajaron como esclavos. Las cajas fueron cargadas en camiones bajo la protección invisible, pero atenta, de los grupos de choque de la «Haganah», y entregadas a toda prisa a las unidades que habían de tomar parte en la ofensiva.

Iska Shadmi recibió las suyas a la diez de la noche, sólo unas horas antes de su entrada en acción. Un nuevo problema se planteaba a su compañía de jóvenes reclutas; no tenían nada para limpiar la capa de grasa que envolvía los fusiles de Avriel. Como todos los combatientes de su generación, Shadmi había quedado impresionado por la lectura de *Hombres de Pompillo*, el relato de la conquista del Kazajstán. Había aprendido el arte de buscar siempre soluciones nuevas. Ordenó a los muchachos que sacrificaran sus calzoncillos en aras de la comunidad. Las chicas los utilizarían para desengrasar las armas mientras que ellos limpiaban con alambre los cañones.

Desde que se enroló en el «Palmach», era ésta la primera vez que Shadmi disponía de tantas municiones. Para transportarlas, aún debió improvisar y ordenar a sus tropas que transformaron sus calcetines en cartucheras.

Chaim Laskov, un veterano de la «Brigada Judía» que mandaba otra compañía de infantería, recibió un lote de ametralladoras «MG 34». Como ninguno de los soldados sabía manejarlas, corrió a despertar a un antiguo ametrallador del Ejército británico para que hiciera una demostración. Horrorizado, Laskov descubrió que las armas sólo disparaban un tiro cada vez: el automatismo no funcionaba. Mandó a Tel-Aviv a uno de sus lugartenientes con las ametralladoras y con la misión de encontrar un especialista capaz de repararlas. Mientras toda la compañía esperaba la orden de ataque, un armero de la «Haganah» desmontaba una a una las armas defectuosas y reparaba su mecanismo de tiro automático.

Las fuerzas judías, divididas en tres batallones de quinientos hombres, alcanzaron, finalmente, sus posiciones de partida sin demasiadas vacilaciones. El ataque se inició el 5 de abril a las nueve de la noche. El primer batallón ocupó rápidamente los pueblos árabes situados en la zona de partida de los convoyes, mientras que las fuerzas del segundo batallón se dirigían a las colinas para conquistar los pueblos que jalonaban la ruta a partir de Bab el Ued. Encontraron una encarnizada resistencia. Al no poder tomar Beit Mahsir y Saris, los hombres del «Palmach» debieron contentarse con ocupar algunas colinas entre los dos pueblos y la carretera, a fin de impedir a los habitantes que tendieran sus emboscadas.

En otro lugar, en el mismo momento, surgían otras dificultades. Tras haberse apoderado de la colonia de Motza, los árabes amenazaban con interceptar la carretera a la entrada de Jerusalén. Al atardecer, Shaltiel había enviado ya todas sus reservas para rechazarlos. Aquella noche se resignó a solicitar el concurso del grupo «Stern» y del «Irgún».

Pese a estos fracasos parciales, el inicio de la operación fue un éxito. Antes de medianoche, el funesto desfiladero de Bab el Ued y sus alrededores estaban en manos de los judíos. La orden de poner en camino aquella noche al primer convoy, fue enviada por radio a Kfar Bilu. El antiguo campamento británico hervía de conductores forzados, de mecánicos y de soldados judíos que se afanaban alrededor de los provisiones de mercancías extraídas de los depósitos de Tel-Aviv por Dov Joseph.

Para cargarlos en los camiones, la «Haganah» reunió un grupo de descargadores del puerto de Tel-Aviv. Todos eran originarios de Salónica. Aquellos hombrecillos fornidos y rechonchos tenían derecho a una ración especial de sardinas, de arroz y de queso. A la luz vacilante de las antorchas, repetían incansablemente los mismos movimientos. «Era como una cadena automática —recuerda maravillado, Yechezkel Weinstein, el dueño del restaurante de Tel-Aviv que preparaba las comidas para el campamento—. Un camión era cargado en cinco minutos. Dos jóvenes guitarristas acompañaban con su ritmo el trabajo de los hombres y sus melodías flotaban en la noche mientras en un perpetuo movimiento, los hombres cargaban los víveres destinados a Jerusalén».

Cuando un camión estaba cargado, partía a reunirse con la columna al pie de la carretera. Bar Shemer controlaba el orden de aquel conjunto extravagante. Había camionetas de las lecherías «Tnuvah»; «Bedford» y «Dodge» de tres toneladas; enormes «Mack» de diez toneladas de la sociedad de transportes «Shelev»; semirremolques «White» de la empresa de mudanzas «Hamenia»; camiones de fábrica; tractores con remolques, de los kibbutz; furgonetas de reparto. Todos los tamaños imaginables, todas las medidas, todos los colores estaban representados allí. La mayor parte ostentaban letreros publicitarios que pregonaban una marca de jabón,

alimentos para lactantes, la carne *kacher* de un matadero de Haifa, los materiales de una cantera de Ramat Gan, los calcetines de una fábrica de Tel-Aviv. Los más ligeros eran colocados en cabeza. Todos iban provistos de un cable de acero a fin de poder remolcar a aquellos que tuvieran avería en la carretera.

Ni un faro, ni una lucecita. Para evitar toda tentación a los conductores de encender sus faros, Bar Shemer había hecho quitar todas las bombillas. En cada vehículo, el conductor, su ayudante y el mecánico, esperaban la señal de partida. Los soldados de escolta embarcaron a su vez. Iska Shadmi aterrizó sobre un cargamento de patatas. Rápidamente se procuró un refugio con una aspillera.

El convoy se deslizó a través de los naranjales, cuyo penetrante aroma llenaba la noche. Bar Shemer seguía, con la mirada, la larga columna «que se estiraba bajo la luna como una inmensa oruga». El flamante «Ford» azul de Harry Jaffe, el jefe responsable de los convoyes, rodaba en cabeza. La estrecha carretera asfaltada se prolongaba, plateada y recta, durante una decena de kilómetros. Cuando llegaba al pie de la abadía trapense de Latrun, cuyos campanarios e imponentes fachadas ocre emergían por encima de un bosque de olivos, torcía a la derecha y enfilaba, entre dos extensiones de viñedos, hacia la entrada del desfiladero de Bab el Ued. Bar Shemer no había tenido aún tiempo de remontar toda la columna tras la salida del último camión cuando oyó varias detonaciones. Comprendió que los vehículos de cabeza entraban en el valle.

Con gran enojo de Harry Jaffe, tres balas acababan de incrustarse en la carrocería de su «Ford» nuevo. Como quiera que ningún coche blindado protegía los vehículos de aquel primer convoy improvisado, Jaffe rogó al cielo que aquellos disparos aislados no presagiasen un ataque más serio. Desde su escondite, Iska Shadmi escudriñaba atentamente las sombrías arboledas de las laderas. No descubrió a ningún árabe. Harry Jaffe podía estar tranquilo. Salvo algunos francotiradores que habían escapado de los ataques del «Palmach», no había más fuerzas enemigas en los lindes de la carretera.

Rasgando la noche con el ronroneo regular de los motores, el convoy remontaba lentamente las colinas de Judea. Aún resonaban, cada vez más lejos, algunos disparos. Con sus neumáticos reventados, algunos vehículos prosiguieron su renqueante marcha. Otros dejaban escapar verdaderos géiseres de sus exhaustos radiadores. Jaffe y Bar Shemer vigilaban la columna como perros pastores, animando a gritos a los conductores de los vehículos averiados.

La noticia de la llegada de un convoy se extendió a través de Jerusalén como un reguero de pólvora. Pese a lo temprano de la hora, centenares de personas corrieron a reunirse en la parte baja de la avenida de Jafa. Había mujeres todavía con el peinador, escolares, fieles que salían de las sinagogas con su chal de oración sobre los hombros. Se llenaron de gente las ventanas, las terrazas y los balcones. Todos esperaban con

respeto y gratitud.

Aplausos, aclamaciones y cantos acogieron la aparición del primer camión en la penumbra del amanecer. Estallaba toda la alegría de un pueblo desesperado, el alivio de un pueblo que tenía hambre. Aquella semana, el racionamiento de Dov Joseph sólo asignaba diez gramos de margarina, doscientos cincuenta gramos de patatas y un poco menos de carne seca por persona. Ni un solo camión había llegado desde hacía quince días. Y he aquí que un rumor sordo y tranquilizante anunciaba la potente oleada de un convoy. Decenas de camiones atiborrados de provisiones avanzaban, parachoques contra parachoques. Los ancianos lloraban. Las mujeres se subían a los estribos para abrazar a los conductores, los niños trepaban por los guardabarros con ramilletes de flores. Ante el hospicio sefardí, una anciana se precipitó hacia Yehudá Lash, el veterano de tantas escoltas, y le estrechó entre sus brazos.

De pie y triunfante sobre su cargamento de patatas, Iska Shadmi pensaba en todas las veces que había oído decir: «Seremos una nación el día que seamos fuertes». Ante aquel pueblo de Jerusalén agradecido, se dijo que había llegado aquel día. Incluso estaban emocionados los conductores que Bar Shemer había secuestrado. Al atravesar por entre aquella multitud exultante de felicidad, se olvidaron de que estaban allí obligados y a la fuerza y comprendieron que acababan de salvar a una ciudad.

Un recuerdo, sobre todo, permanecía grabado en las memorias de todos los que aclamaban el convoy aquella alegre mañana de abril. Sobre el parachoques de su «Ford» azul, el primero en entrar en la ciudad, Harry Jaffe había escrito cuatro palabras: «Si te olvido, Jerusalén…».

22

«UNO DE LOS ÁRABES QUE HEMOS MATADO»

Al otro lado de Jerusalén, en el barrio de Bab el Zahiri, próximo a la puerta de Herodes, Abdel Kader escribía unas rápidas líneas a su mujer. Había regresado de Damasco, para enterarse de que los judíos habían logrado franquear el cerco que pacientemente había tendido en torno a la ciudad. En el portamaletas de su vehículo se encontraban cincuenta fusiles entregados por el Ejército sirio y tres fusiles-ametralladores comprados con su propio dinero en los *suks* de Damasco. Eran las únicas armas modernas que pudo recoger en el transcurso de su viaje, la limosna de sus jefes para compensar los millares de armas que el carguero *Nora* había traído para la «Haganah».

Los últimos días de su visita fueron tan decepcionantes como los primeros. Pese al violento final de su primera entrevista, Abdel Kader y el general Safuat se volvieron a ver. Justamente durante una de sus interminables conferencias llegó la noticia de la caída de Castel.

—Si sus hombres no pueden reconquistar ese pueblo —se contentó con señalar el jefe militar de la Liga Árabe—, pediremos a El Kaukji que se encargue de ello.

Abdel Kader tomó buena nota de estas palabras y suplicó una vez más que se le suministrasen armas modernas. Regalo personal del Presidente de la República siria, los cincuenta fusiles eran todo lo que el palestino había podido llevar a Jerusalén.

—La sangre de Palestina y de su pueblo caerá sobre su cabeza —amenazó Abdel Kader al general iraquí.

Luego, antes de partir, tomó al Profeta como testigo y citó unas frases del Corán:

—¡Aquellos que acepten cambiar su vida en este mundo para combatir al servicio de Alá, mueran o triunfen, serán espléndidamente recompensados!

Ahora, en el estilo noble que traducía las emociones y el carácter de aquel jefe excepcional, tan respetado por sus enemigos como venerado por los suyos, Abdel Kader confió a su mujer: «*Mi Wahija querida* —le decía—, *acabamos de escribir una gran y gloriosa página de historia. Lo que hemos hecho ha exigido día y noche dolorosos sacrificios y muchos esfuerzos. Pero en la acción, hasta los hombres se olvidan. Se olvidan de comer, de beber, de dormir. Olvidan a sus padres y a sus hijos. El enemigo es fuerte, Wahija, pero nosotros conseguiremos la victoria final*. ¡Inch Allah!».

Luego puso en el sobre un poema que había compuesto en Damasco la noche

precedente, destinado a su hijo.

«Este país de hombres valientes
es el de nuestros antepasados.
En esta tierra,
los judíos no tienen ningún derecho.
¿Cómo podría dormir
cuando está en manos del enemigo?
Algo brilla en mi corazón:
es mi patria que me llama».

Cuando terminó, Abdel Kader llamó a uno de sus lugartenientes, un fogoso maestro llamado Baghet Abu Garbieh. Nunca éste vio a su jefe tan nervioso.

—Hemos sido traicionados —declaró.

La última imagen que traía de Siria —explicó— era la de un depósito del aeródromo de Al Mazah repleto de armas destinadas a su rival El Kaukji.

—Nos han dejado escoger entre tres posibilidades. Podemos huir a Irak y ocultarnos; suicidarnos o morir aquí combatiendo.

Ordenó a Abu Garbieh que le enviara los dos vehículos blindados judíos capturados en Nebi Daniel y que avisara a Ibrahim Abu Dayieh para que se le reuniera con su milicia de Katamon ante la cantera de Tzuba. Abdel Kader estaba decidido a reconquistar Castel, y él debía dirigir personalmente el ataque.

Motke Gazit y sus soldados judíos tenían en su poder el pueblo desde hacía cuatro días. No habían sufrido ningún ataque desde la víspera, pero su agotamiento era extremo. La ofensiva de Abdel Kader comenzó el 7 de abril a las diez de la noche. Participaron, aproximadamente, trescientos hombres, repartidos en tres grupos de asalto. El de Abu Dayieh atacaba por el centro con el grueso de las fuerzas, mientras que los dos restantes efectuaban una maniobra envolvente.

Una lluvia de metralla se abatió, al principio, sobre el pueblo. Los judíos comprendieron que esta vez los árabes tenían a su frente a un verdadero jefe. Aquel conductor de hombres no tardó en depararles una nueva sorpresa. Falto de los cañones que había pedido al general Safuat, Abdel Kader reunió cuatro morteros. Servidos por cuatro desertores ingleses, aquellas piezas bombardeaban Castel.

Al cabo de una hora, los milicianos de Abu Dayieh lograron apoderarse de las primeras casas del pueblo. Pronto amenazaron la posición clave de los defensores: la casa del *mujtar*. Al notar que el enemigo se debilitaba, Abu Dayieh envió un comando a dinamitarla. Los judíos que estaban atrincherados allí llamaron a Gazit para que acudiera en su ayuda con un pequeño grupo. Al alcanzar el edificio, el jefe judío tropezó contra un gran barril, como los que los árabes utilizan para transportar

el aceite de oliva. Estaba lleno de pólvora, y de un extremo salía la mecha que, en la confusión, los árabes habían olvidado encender.

Tranquilizado, Gazit alcanzó la casa que le servía de Cuartel General. Al entrar oyó gritar a uno de sus hombres desde el balcón:

—¿Quién es?

—¡Somos nosotros, hombre! —respondió una voz en árabe.

Una metralleta tableteó en la noche. Veinticinco metros más abajo, Gazit distinguió una silueta que se desplomaba.

A pesar del fracaso de sus dinamiteros, el árabe Abu Dayieh atacó hasta el amanecer. Un resplandor vino a informarle que los refuerzos judíos llegaban por la otra vertiente. Como estaba privado, desde hacía varias horas, de toda comunicación con Abdel Kader, se resignó, muy a pesar suyo, a replegar a sus hombres. Por cuarta vez escapaba a los árabes la conquista de Castel.

Uzi Narkis, el oficial judío que conquistara el pueblo, estaba de regreso. Con una docena de hombres del «Palmach», logró franquear las líneas árabes para reunirse con Gazit. Encontró al joven diplomático, profundamente deprimido, en el suelo de su Cuartel General, entre sus dos operadores de radio, heridos. Narkis aportaba un verdadero tesoro: cincuenta mil balas del cargamento del Nora. Y, sobre todo, era portador de la noticia que esperaban impacientemente Gazit y sus compañeros: serían relevados a mediodía. Al explotar los alrededores de la posición a la luz del amanecer, descubrió un cuerpo tendido boca abajo, sobre la pendiente.

—¿Quién es? —preguntó.

—Uno de los árabes que hemos matado esta noche —respondió Gazit.

Narkis se aproximó y dio la vuelta al cadáver. En sus bolsillos encontró un permiso de conducir, un billete de una libra palestina y algunas hojas de libreta cubiertas de notas. Siguiendo con su inspección descubrió, enfundado en el bolsillo izquierdo de la camisa, un ejemplar, en miniatura, del Corán.

Desde su retirada hasta el término de la noche, Ibrahim Abu Dayieh buscó por todas partes a Abdel Kader. Persuadido de que había regresado a Jerusalén para reclutar nuevas tropas, le envió varios agentes de enlace. Todos regresaron sin haberlo visto. Desde Ramallah a Hebrón, un rumor había comenzado a extenderse a través de Judea: Abdel Kader había desaparecido.

El estupor petrificó las caras. Artesanos, campesinos y comerciantes abandonaron sus utensilios y sus negocios. Los *suks* se vaciaron. Salieron todos los fusiles de la Jerusalén árabe. Las balas alcanzaron precios exorbitantes. Los lastimeros gemidos de las mujeres acompañaron la desatinada carrera de los hombres en busca de su amado jefe. La compañía de autobuses desvió todos sus vehículos hacia Castel. Taxistas, camioneros, propietarios de automóviles privados iban y venían entre Jerusalén y el campo de batalla.

Casi dos mil árabes se reunieron de esta forma para asaltar el pueblo que Motke Gazit y los supervivientes de su grupo retenían en su poder. Parecían animados por un fervor místico. Llegaban de todos lados, blandiendo las armas por encima de sus *keffiehs* de cuadros blancos y negros. Los disparos se oían por doquier. Los judíos no sabían a qué blanco apuntar. Sólo debían tirar sobre seguro, pero la mayoría vacilaba, de sueño y fatiga. Algunos, extenuados, permanecían inmóviles. Sus camaradas les daban golpes para forzarlos a reaccionar.

Las municiones traídas por Narkis no habían podido ser distribuidas. En paquetes pequeños, los judíos se los pasaban de casa en casa. La resistencia se hacía cada vez más difícil.

—¡Los árabes están allá! —gritó alguien.

Esta vez era verdad. La casa del *mujtar* acababa de caer. Comprendiendo que la huida era la única posibilidad de salvación, Gazit ordenó la retirada. La casa donde estaba atrincherado se erguía junto a una pendiente muy escarpada. Llevó hasta la puerta a los tres heridos que permanecían con él y les hizo bascular en el vacío antes de saltar él, a su vez. Los cuatro cayeron en las viñas de una terraza inclinada. «Fue una atroz experiencia el rodar de aquella manera, como sacos de maíz —recordaría Gazit—. Aún me parece oír sus cabezas y sus miembros golpear contra las piedras». De plataforma en plataforma llegaron al final de la pendiente sin haber sido vistos y pudieron refugiarse en una barraca ocupada por un comando.

Mientras, en la cima, los árabes acababan de ocupar Castel. Gritaban y disparaban sus fusiles para celebrar sus victorias, mientras una bandera árabe era izada en el tejado de la casa del *mujtar*. Después de tres días de repetidos asaltos, Castel volvía a ser un pueblo árabe.

—¡*Allah Akbar*!

Un alarido desgarrador invocó esta vez a Alá e hizo callar bruscamente los clamores triunfales. Nadi Dai'es, un joven árabe que al día siguiente del Reparto había participado en el incendio del Centro Comercial, siguió a sus mayores hasta Castel. En los peldaños de la casa abandonada por Gazit acababa de descubrir el cuerpo de Abdel Kader.

La maldición borró la victoria y transformó aquella gloriosa batalla en fiesta fúnebre. Al entusiasmo sucedió la consternación aterrorizada, la histeria dolorosa. Hombres sacudidos por sollozos se abalanzaron sobre su cuerpo. Lo abrazaron con frenesí. Algunos se golpearon la cabeza con la culata de su fusil. Otros corrían como posesos para anunciar la funesta noticia.

El cuerpo fue depositado en unas angarillas. De mano en mano, Abdel Kader descendió la colina de su última conquista, escoltado por aquellos campesinos a los que tan a menudo había conducido al combate y que gemían con un llanto incansable.

—¡*Allah Akbar, Allah Akbar*!

Cuando vio llegar esta macabra procesión, el maestro Abu Garbieh, que apenas veinticuatro horas antes había visto a Abdel Kader, pensó, con el corazón destrozado: «Jamás podremos remplazarlo. Era nuestro jefe, nuestro único jefe, y ha desaparecido».

El permiso de conducir y el pequeño Corán recogido por Uzi Narkis revelaron a los judíos la identidad del cadáver hallado en Castel. Isaac Levi, jefe del contraespionaje, decidió explotar bien pronto este hallazgo. Informados únicamente de la reconquista de Castel, los árabes de la ciudad vieja celebraban su triunfo con una alegría desbordante. A las diecisiete horas treinta minutos, la emisión en lengua árabe de la «Haganah» anunció la muerte de Abdel Kader. Pronto cesaron las manifestaciones, y un aterrorizado silencio se abatió sobre la ciudad vieja.

Hadj Amin se enteró de la muerte de su mejor lugarteniente durante una reunión que celebraba en Damasco con sus partidarios. Se levantó.

—Señores —declaró con una voz suave—, les ofrezco a nuestro mártir Abdel Kader Husseini. Alégrense y denle gracias a Dios.

Emile Ghory comprendía que aquella desaparición significaba «el fin del movimiento de resistencia palestina. Algo hay en todos los de nuestra raza —pensaba — que atribuye tal importancia al hombre, que profesa tal culto al héroe, que cuando muere, todo se derrumba».

23

LA ÚLTIMA NOCHE DE UN PUEBLO MUY TRANQUILO

Dos cadáveres en cada una de sus maletas no habrían pesado tanto. Agotado por el esfuerzo, el viajero gesticulaba y las arrastraba una tras otra. Freddy Fredkens, el falso pastelero canadiense que había descubierto a la dotación de la «Ocean Trade Airways» en el bar de un hotel parisiense, volvía a salir de caza por orden de la «Haganah». Hacía cinco años que este as de la RAF no había pilotado un aparato como el que le esperaba en un hangar del aeroclub de Toussus-le-Noble, en la región parisiense. Era un bombardero «Anson», modelo que había pilotado durante la guerra en misiones sobre la Alemania nazi. Con la complicidad de uno de sus antiguos camaradas de la RAF convertido en tratante de aviones de ocasión, había podido comprar cuatro en Inglaterra. Esta adquisición formaba parte de la operación lanzada por Ben Gurion para constituir la futura aviación del Estado judío.

Fredkens izó a bordo sus pesados fardos. Se instaló en la cabina, encendió los motores, colocó su aparato al extremo de la pista y enfiló hacia el Sur. Tenía una cita en Roma. Allá debía recibir las últimas instrucciones relativas a la extraña misión que le aguardaba. A bordo de un bimotor sin ninguna señal reglamentaria, este falso pastelero iba a efectuar un bombardeo sobre el mar Adriático por cuenta de un Estado que no existía.

Los pesados paquetes contenidos en sus maletas —dos bombas de doscientas libras— estaban, en efecto, destinadas al *Lino*, un barco de cabotaje que había abandonado Fiume, con destino a Beirut, el 31 de marzo, con diez mil fusiles y los ocho millones de cartuchos del capitán árabe Abdul Aziz Kerin.

Sector tras sector, el judío rastreó el mar y exploró los menores recovecos de la costa dálmata. El *Lino* seguía siendo inlocalizable. Los agentes de la «Haganah» sabían el día y la hora de su salida a la mar, su velocidad y su destino. Después de tres días de inútil búsqueda, con gran desazón de su piloto, una tempestad dio con el viejo bombardero en tierra.

Gracias a uno de los periódicos de la península, los judíos encontraron la pista del barco árabe. Las averías le habían obligado a buscar refugio en el pequeño puerto italiano de Molfetta, al norte de Bari, donde lo descubrieron los inspectores de la Policía romana. A escasos días de las elecciones generales, Italia conocía una viva efervescencia política, y el cargamento del *Lino* intrigó a las autoridades. Los partidos en el poder y los comunistas se acusaron mutuamente de preparar un golpe

de Estado y una guerra civil. La Policía decidió retener al *Lino* y abrir una investigación. Detuvo a la tripulación e hizo remolcar el navío hasta el puerto de Bari, donde quedó atracado, bajo fuerte vigilancia, en un muelle militar.

Era para los judíos la ocasión de arreglar su cuenta. Durante una conferencia convocada urgentemente en un gran hotel de Roma, los responsables de la «Haganah» decidieron hundir al navío *in situ*. La dirección de la operación fue confiada a Munya Mardor, uno de los agentes más audaces de la organización judía. Mardor hizo llamar a Jossele, el especialista en sabotaje, dos hombres rana, un conductor y un operador de radio. El pequeño comando enfiló la carretera de Bari, el 5 de abril, a bordo de un «G.M.C.» especialmente disfrazado de camión del Ejército americano a causa de los numerosos controles de carreteras. Los explosivos estaban ocultos en el depósito de reserva de combustible, sobre el que los hombres de la «Haganah» pintaron la sigla «DDT».

Una primera ojeada a los lugares reveló que una intentona por tierra sería imposible a causa de la estrecha vigilancia de que era objeto el *Lino*. Sólo una embarcación podría, de noche, aproximarse lo suficiente al barco como para permitir a los hombres rana colocar su carga explosiva bajo la quilla. La hora H fue fijada para la medianoche del 9 al 10 de abril.

A las once de la noche, el material fue discretamente descargado frente al mar, allá donde una escotadura en el parapeto de la Corso de la Vittoria permitió al camión ganar la orilla. Mientras una pareja hacía la ronda, Jossele y los dos hombres rana se equiparon y embarcaron en el bote. Se alejaron de la orilla remando.

Jossele apretaba contra sí la carga explosiva. La había puesto a punto él mismo. Constaba de una cámara de aire de motocicleta, estanca, atiborrada de TNT, que había rellenado de detonadores envueltos en una materia de las más difíciles de hallar en la Italia católica: preservativos. El conjunto estaba generosamente espolvoreado con potasa. Cuando la cámara de aire estuviese fijada a la quilla, introduciría delicadamente el frasco de ácido sulfúrico para provocar la ignición. El tiempo que tardara el ácido en corroer el tapón de papel de periódico que obturaba el frasco, les permitiría alejarse. La primera gota que cayese sobre la potasa produciría un intenso desprendimiento de calor y todo volaría.

La noche era negra y tranquila. Los remos hendían el agua rítmicamente. El bote franqueó pronto el límite del muelle militar, y la proa del *Lino* se destacó en la oscuridad. Cuando estuvieron a unos cuarenta metros, Jossele y uno de los hombres rana se dejaron caer al agua. Oyeron los pasos regulares de un centinela en el muelle, pero nada inquietó su aproximación al barco. Al final, sus dedos tocaron la quilla del buque. Fijaron su carga cuidadosamente. Cuando Jossele colocó el frasco de ácido, los dos saboteadores se alejaron rápidamente. Subieron al bote, dieron la vuelta y se dirigieron a la entrada del puerto de los pescadores, donde Mardor los esperaba con el

camión.

Algunos segundos más tarde se deslizaban por la carretera de Roma. Ninguna de ellos oyó la formidable explosión que, el sábado 10 de abril, a las cuatro en punto de la mañana, envió a doce metros por debajo de la superficie del agua los fusiles del capitán árabe Abdul Aziz Kerin.

La gloria de Abdel Kader iba a privarle de su última victoria. Para participar en sus funerales, los centenares de árabes que habían reconquistado Castel aquella misma mañana regresaban en masa a Jerusalén. Por acompañar sus restos hasta el final, abandonaban casi todos los pueblos por los que él murió.

Únicamente unos cuarenta hombres mal armados, mandados por el maestro Abu Garbieh, permanecieron en su lugar. «Nuestro ataque ha comenzado en la confusión, y nuestra victoria acaba en el caos», subrayó, desanimado, ante Anuar Nusseibi, hermano del periodista de «Radio Palestina». Nusseibi prometió enviarle refuerzos lo antes posible.

Los judíos debían, a toda costa, volver a tomar Castel si querían proseguir con la «Operación Nachshon». Dos compañías del «Palmach» llegaron, pues, poco antes de medianoche, mandadas por un joven y brillante oficial llamado David Eleazar. Abu Garbieh los oyó aproximarse. Sabía que no tenía los medios para resistirles. Los primeros obuses de mortero aceleraron su decisión. Resolvió salvar la vida de sus hombres. Se escabulleron en la noche y se replegaron a Jerusalén. Los judíos habían reconquistado Castel.

El coronel sirio Fuad Mardam sintió que la bola de *kebab* se le atragantaba en la garganta. La hizo descender mediante la ingestión de un sorbo de agua helada, y luego se levantó para subir el volumen de su aparato de radio, cuyo boletín de información acompañaba siempre su cena. Una explosión de origen desconocido —anunció «Radio Damasco»— hundió un navío cargado de armas en el puerto italiano de Bari. Algunas horas más tarde, un telegrama confirmaba los temores del director del material y pertrechos del Ejército sirio. Los fusiles que comprara en Praga, por orden suya, el capitán Abdul Aziz Kerin, reposaban ahora en el fondo del mar, en Bari.

El asunto era tan grave, que Fuad Mardam se desplazó personalmente a Roma para intentar el rescate del cargamento y asegurar su transbordo a otro barco.

Algunos días más tarde, con el corazón angustiado, el sirio vio emerger sus cajas de las cenagosas aguas del Adriático. Hombres rana italianos se sumergían sin descanso para rescatar todo lo que podía ser arrebatado de las bodegas inundadas. Mardam no tardó en comprender que los ocho millones de cartuchos estaban irremediablemente perdidos. Sin embargo, a medida que los fusiles aumentaban de número sobre el muelle del arsenal, iba adquiriendo confianza. La mayor parte de

ellos podían ser salvados aplicándoles un tratamiento anticorrosivo. El rastrero golpe que le habían asestado sus adversarios no tendría el resultado apetecido. Tranquilizado, Mardam regresó a Roma en busca de otro barco.

La catástrofe del Lino redobló los esfuerzos de los compradores de armas árabes, que solicitaban una increíble red de mercados. Persuadidos de la credulidad de los nuevos Estados árabes independientes, los fabricantes de armas de todo el mundo asediaban a los emisarios de Beirut y Damasco. Un checo propuso seis mil fusiles y cinco millones de cartuchos, pagaderos en aceite de oliva o algodón. Un español ofreció veinte mil «máuser» nuevos y veinte millones de cartuchos. De Italia llegó una propuesta por cuatrocientos morteros de 81 mm y ciento ochenta mil obuses. Un suizo vendía cañones anticarro. Un astillero naval británico vendía lanchas lanzatorpedos. Un ingenioso chatarrero de Hamburgo estaba dispuesto a ceder el viejo yate de Hitler y una flota de submarinos de ocasión. Una sociedad belga prometía incluso suministrar, llaves en mano, toda una fábrica de metralletas. Algunos de estos materiales existían realmente, pero otros sólo se hallaban en la imaginación de los que los vendían.

Uno de los vendedores más pintorescos era un italiano llamado Giuseppe Doria. Durante veinte años había alimentado de armas y municiones a casi todos los conflictos del mundo: desde la guerra de Etiopía, hasta la de España; desde las guerrillas de Grecia, hasta las lejanas batallas de China. La lista de suministros que proponía era tan completa, que se vanagloriaba de poder equipar a todo un ejército. Para entregarlos disponía de tres lanchas ultrarrápidas de trescientas toneladas «capaces de efectuar las entregas en todos los países mediante un ligero suplemento». Una restricción acompañaba siempre sus ofertas. Antes de expedir un cartucho. Doria exigía ser pagado en dólares a la orden en una cuenta suiza numerada.

Sin embargo, nadie podía rivalizar en imaginación con un antiguo as de la Aviación francesa en la Segunda Guerra Mundial. Convertido en instructor de las fuerzas aéreas del Negus, el comandante Duroc propuso al Ministerio de Defensa de Damasco venderle seis cazabombarderos «Mosquito» listos a despegar de Tánger para cualquier aeródromo de Oriente Medio. Aseguraba a los sirios que poseía, además, una compañía de transporte aéreo compuesta por seis bimotores «C-46» pilotados por franceses, capaces de transportar, semanalmente, cincuenta toneladas de armas. Esta flota aérea sólo costaba un gran fajo de dólares.

Tampoco les faltaba imaginación a los árabes para procurarse armas. Una Memoria muy secreta dirigida al presidente libanés, Riad Solh, sugería un medio particularmente ingenioso para dotar al Líbano de aviación. «Reclute gran número de pilotos extranjeros condecorados —proponía simplemente ese informe— y envíeselos a los judíos para que secuestren sus aviones y los traigan a Beirut».

Los compradores de armas judíos habían conseguido éxitos indiscutibles, pese a

su impedimento de no tratar, como los árabes, en nombre de un Estado independiente. En los hoteles situados cerca de la estación de Roma y bajo las cubiertas brillantes de los hangares del aeródromo de la ciudad de Panamá, un centenar de pilotos esperaban pasar a la acción. Idealistas, mercenarios, sionistas, aventureros, judíos o no judíos, llegaban de Estados Unidos, de toda Europa, de Oriente y de África del Sur. Entre sus filas se hallaba un millonario holandés, un persa de la «Indian Air Forcé», un desertor del Ejército Rojo, un antiguo piloto francés de Indochina, un comandante piloto de la «TWA», un periodista, comerciantes, un lechero, un bombero e incluso un antiguo agente de la Policía de Brooklyn. Dos puntos comunes unían a todos estos hombres: el ansia de combatir por el futuro Estado judío y los millares de horas que habían pasado en todos los cielos durante la Segunda Guerra Mundial.

Sus orígenes eran variados como los de los aviones que pilotarían. En una pista de Panamá se hallaba un soberbio «Constellation» y una decena de bimotores «C-46», que llevaban el nombre de una compañía panameña fantasma. Otros dos «Constellation», cinco cazas «Mustang» y tres «Fortalezas Volantes» parecidas a las que habían arrasado las ciudades del Tercer Reich, aguardaban en Florida, California y Nueva Jersey, la primera ocasión de burlar la vigilancia de los agentes del FBI y dirigirse a Europa. Veinticinco aviones de transporte «Norseman», comprados en Alemania a un chatarrero americano, estaban ocultos en varias partes a través de Europa: desde una base americana cerca de Munich, hasta una pista abandonada en la región de Perusa. Un mecánico francés, llamado, predestinadamente, *La Volaille*, cuidaba algunos en un hangar del aeroclub parisiense de Toussus-le-Noble. Cuatro bombarderos «Beaufighter», adquiridos en Inglaterra por una ficticia sociedad cinematográfica que pretendía rodar una película a la gloria de la RAF, estaban discretamente guardados en el aeródromo de Ajaccio, donde la «Haganah» se beneficiaba de excepcionales complicidades.

Esta pequeña flota aérea iba pronto a enriquecerse con las piezas maestras que Ben Gurion juzgaba indispensables para la supervivencia del Estado judío durante los primeros días de enfrentamiento general. Ehud Avriel, el joven austríaco cuyos fusiles y ametralladoras checas permitieron, tres semanas antes, abrir la carretera de Jerusalén, recibió la orden de invertir cuatrocientos mil dólares con sus amigos checos para la compra de diez cazas «Messerschmitt 109», gloria de la extinguida Luftwaffe, y una opción sobre quince aparatos suplementarios. Otros enviados de Ben Gurion habían desplegado igual actividad en la compra de cañones.

Pero la hazaña más espectacular en este dominio fue la de Yehudá Arazi, el hombre que ya había expedido a la «Haganah» sus primeros fusiles polacos en cilindros compresores. Mediante un soborno de doscientos mil dólares, Arazi se hizo nombrar embajador extraordinario de Nicaragua cerca de los Gobiernos europeos, con la misión de comprar armamento. Por lo demás, no era su primera aventura en el

mundo de la diplomacia. En Italia diseñó e hizo imprimir para sus agentes una serie de pasaportes de las Naciones Unidas. Cuando llegaron los verdaderos representantes de la organización internacional, los detuvo la Policía italiana por falsificación de documentos.

El *Résurrection* embarcaba ya secretamente las primeras compras del «embajador» de Nicaragua: cinco cañones antiaéreos «Hispano-Suiza» de 20 mm y quince mil obuses. En esa primavera de 1948 no era el único navío fletado por los judíos que navegaba hacia los puertos de Palestina. Procedentes de Nueva York y California, otros barcos aportaban los frutos de una gigantesca colecta organizada de un extremo a otro de los Estados Unidos. Destinadas a completar las compras efectuadas en Bélgica por Xiel Federman, las mercancías reunidas por la asociación «Materials for Palestine» comprendían todos los suministros a excepción de armas y municiones. Dirigida por el industrial sionista Rudolph Sonnenborn, «Materials for Palestine» reunía los donativos enviados por las organizaciones sionistas de todos los Estados americanos.

Wisconsin suministró trescientos cincuenta mil sacos de arena; Ohio, noventa y dos mil cohetes de señales; Nueva Jersey, veinticinco mil cascos. Chicago ofreció cien toneladas de alambradas y diez toneladas de pinturas para camuflaje; San Francisco, cuatro mil metros cuadrados de mosquitero; Kansas City, diez mil palas de trincheras; Indianápolis, seiscientos detectores de minas. De Nueva Orleáns llegaron pastillas de sal y penicilina. Un astillero naval de Norfolk obsequió dos corbetas, un rompehielos y, para orientar a los estrategas de la futura marina judía, las Memorias completas del almirante Von Tirpitz.

Por impresionante que fuese la lista, David Ben Gurion sabía que esas adquisiciones no tendrían valor más que oí día de su llegada a Palestina. Pese al próximo término del Mandato, la vigilancia británica de las costas era más fuerte que de costumbre. El viejo líder veía cada vez más claramente que sus tropas deberían librar una verdadera carrera contra el tiempo: el tiempo que transcurriría desde el término del Mandato y la llegada masiva de los medios para rechazar la invasión árabe. Durante ese intervalo —pensaba—, la batalla de Palestina será ganada o perdida.

El albañil árabe Ahmed Eid despertó suavemente a su esposa. Luego llamó a las puertas de varias casas vecinas. Para algunas mujeres de Deir Yassin, era la hora de dirigirse al horno de la casa del *mujtar* a cocer los *bitas* (tortas de pan sin levadura). Eran las cuatro de la mañana del viernes 9 de abril de 1948.

Con su viejo «máuser» provisto de correa, el albañil llegó a su puesto de guardia en el extremo del pueblo. Aunque ninguna amenaza particular pesase sobre la seguridad del tranquilo arrabal árabe ubicado en el cerro rocoso en el lado oeste de Jerusalén, el consejo de ancianos decidió vigilar los accesos durante la noche. Una

veintena de habitantes compartían esta tarea. Sus guardias, de ordinario silenciosas, estaban perturbadas desde hacía varios días por los ecos de la batalla que se desarrollaba rabiosamente en torno a Castel y a los demás pueblos que bordeaban la carretera de Jerusalén. No obstante, aquellos ruidos eran aún lejanos. Ningún incidente había venido a ensombrecer las relaciones del poblado con las aglomeraciones judías de los alrededores.

Aquella noche compartía ese privilegio toda la población. Los que trabajaban en el exterior regresaron para dormir en Deir Yassin para aprovechar el descanso del viernes. Otros, como Ahmed Jalil, empleado en el cuartel Allenby, y su hermano Hassan, camarero del «Hotel Rey David», se encontraban allá porque sus empleos acababan de ser suprimidos por los ingleses. Para jóvenes, como Mohamed Jaber, de dieciocho años, alumno del «Colegio Ibrahimyeh» de Jerusalén, lo que motivaba su presencia era el fin prematuro del año escolar. Incluso había forasteros en el pueblo. La víspera, la joven institutriz de la escuela de niñas no había podido entrar en Jerusalén. El autobús 38, que Hayat Halabes tomaba cada tarde, había caído en una emboscada judía en la carretera de Castel.

Los tres albañiles, los tres canteros y el conductor del camión que había velado su sueño, aguardaban tranquilamente el despuntar del alba. Sus «máuser» y viejos fusiles turcos sólo habían sido disparados en ruidosas y alegres charangas con ocasión de fiestas. La última había tenido lugar doce días antes, para recibir en Deir Yassin a la joven esposa Alia Darwish.

Se oyó un disparo. Luego una voz gritó:

—¡*Ahmed, yahud alaina*! (¡Ahmed, llegan los judíos!).

El albañil Ahmed Eid distinguió las siluetas que ascendían por la oscuridad de la barranca. Entonces sonaron disparos desde casi todas partes. Eran las cuatro treinta horas. La paz de Deir Yassin había muerto para siempre.

Para conseguir la espectacular victoria que necesitaban políticamente, los jefes del «Irgún» y del grupo «Stern» decidieron apoderarse de Deir Yassin. Procedentes de tres direcciones a la vez, sus comandos estaban a punto de entrar en el pueblo. Saliendo del vecino pueblo de Beit Hakerem, los grupos del «Irgún» se aproximaban por el Sur, mientras que por el Norte desembocaba un elemento del grupo «Stern», al mismo tiempo que un vehículo blindado, provisto de altavoz, se deslizaba, viniendo del Este, por la única carretera que conducía al poblado. Ciento treinta y dos hombres participaban en la operación. Sus jefes le dieron un nombre en clave particularmente apropiado: «Unidad», homenaje a la puesta en común de su arsenal. La mayor parte de las metralletas procedían, en efecto, de un taller clandestino del «Irgún», y los explosivos, de los escondrijos del grupo «Stern». Los fusiles y granadas fueron suministrados, en su mayoría por la «Haganah», para socorrer a los ocupantes de Castel.

Mientras los guardianes de Deir Yassin se apostaban o corrían de puerta en puerta para dar la alarma, los asaltantes permanecían tumbados en el suelo, junto a las primeras casas, esperando la llegada del altavoz y la señal de ataque. Tras una viva discusión, los jefes terroristas decidieron finalmente ordenar a la población árabe que evacuara el pueblo. Pero el vehículo blindado no conseguía hacer oír su altavoz a los habitantes de Deir Yassin. Acababa de caer en una zanja que interceptaba la carretera del pueblo. Desde tal distancia, las palabras se perdían en la noche. Una ráfaga de ametralladora se disparó, finalmente, en dirección a las casas. Era la señal. La operación «Unidad» había comenzado.

—¡Yahud!

El grito se extendió por las callejuelas del poblado dormido, como un toque de rebato. Con los pies descalzos y una manta sobre los hombros, numerosos habitantes lograron huir hacia el Oeste. Entre ellos se hallaba toda la familia de Mohamed Zeidan, un acomodado mercader que alquilaba varias casas a los judíos de Jerusalén. Únicamente la institutriz de la escuela de niñas se quedó atrás. Hayat Halabes se vistió y corrió a su escuela para buscar el botiquín de primeros auxilios. Se colocó en la manga un brazalete con la cruz roja y se precipitó hacia el reducto de donde venían los disparos. Su carrera fue breve. Alcanzada a sólo pocos metros de su escuela, se desplomó muerta, instantáneamente: fue una de las primeras víctimas de aquel pueblo, donde ella no debería de haberse encontrado.

Tras un arranque fulminante, el ataque de los comandos cedió en intensidad. Los terroristas no tenían ninguna experiencia en ese género de operaciones. Como en todos los pueblos árabes, la mayoría de los hombres poseían algún arma, y los tranquilos ciudadanos de Deir Yassin defendían sus casas con una tenacidad sorprendente. Fueron precisas casi dos horas a los judíos para sobrepasar las primeras casas y alcanzar el centro del pueblo. Allí se reunieron los hombres de los dos grupos, arrojándose unos en brazos de otros.

Su alegría duró poco. Las municiones estaban casi agotadas, y las metralletas fabricadas por el «Irgún» se estropeaban una a una. Las pérdidas fueron mínimas: cuatro asaltantes muertos. Pero en el encarnizamiento de la batalla, les parecieron enormes a los inexpertos terroristas. Dos de los principales jefes fueron heridos. Se consideró incluso la posibilidad de retirarse. Nadie parecía haber imaginado que podría ser más difícil conquistar un pueblo, que arrojar una bomba a una multitud desarmada en espera del autobús. Giora, el jefe del comando del «Irgún», tomó el mando de sus hombres y los condujo adelante. Fue herido a su vez. Una especie de histeria colectiva se apoderó entonces de los asaltantes. Mientras que la resistencia en sus asaltos se debilitaba, atacaron con creciente furor a los habitantes de Deir Yassin. Sacados a la calle junto con treinta y tres de sus vecinos, los jóvenes esposos de la última fiesta figuraron entre las primeras victimas. Fueron alineados contra un muro y

ametrallados a quemarropa, con sus manos unidas como para sellar, en la eternidad, su amor del todo nuevo. Un superviviente de doce años, Fahimi Zeidan, contará: «Los judíos ordenaron a toda mi familia situarse frente al muro, y comenzaron a disparar sobre nosotros. Yo fui herido en el costado; pero casi todos nosotros, los niños, nos salvamos porque pudimos refugiarnos detrás de nuestros padres. Las balas arañaron la cabeza de mi hermana Kadri, de cuatro años, la mejilla de mi hermana Sameh, de ocho, y el pecho de mi hermano Mohamed, de siete años. Todos los demás que estaban con nosotros contra el muro resultaron muertos: mi padre y mi madre, mi abuelo y mi abuela, mis tíos, mis tías y varios de sus hijos».[14]

Haleem Eid, una joven de treinta años perteneciente a una de las principales familias de Deir Yassin, vio «a un hombre disparar en el cuello de mi cuñada Salhiyed, que estaba a punto de dar a luz, y abrirle el vientre con un cuchillo de carnicero». Otra mujer que presenció esta escena, Aiesch Radwaer, fue asesinada cuando intentaba sacar al niño de las entrañas de la madre ya muerta. En oirá casa, la joven Naaneh Jalil, de dieciséis años, vio «a un hombre coger una especie de cuchilla y abrir, de la cabeza a los pies, a nuestro vecino Jamili Hish, y luego dar muerte de la misma forma, en las escaleras de nuestra casa, a mi primo Fathi». Tales escenas se renovaban de casa en casa. Los detalles proporcionados por los supervivientes establecieron que las mujeres que formaban parte de los comandos rivalizaban en barbarie con los hombres. Los alaridos, las explosiones de granadas, el silbido de las balas, el olor a sangre, a entrañas, a pólvora, a quemado, a muerte, sumergían poco a poco a Deir Yassin. Sus verdugos mataban, saqueaban. Violaban.

Safiyeh Attiyeh, una mujer de cuarenta años, vio a un hombre abrir su pantalón y lanzarse sobre ella. «Yo grité —contará—, pero a mi alrededor otras mujeres eran también violadas. Luego nos arrancaron las vestiduras y se divirtieron con nuestros pechos haciendo gestos obscenos. Algunos estaban tan obsesionados por apoderarse de nuestros pendientes, que arrancaban las orejas para ir más rápidos». Otra mujer de treinta y seis años, Nazra Assad, contará haber visto «a un hombre arrebatarle su pequeñín a su vecina, Salhyed Eissa, arrojarlo al suelo y pisotearlo». Luego —prosiguió aún— cayó sobre ella y la violó, mientras sus camaradas miraban. Cuando estuvo satisfecho, la mató y arrojó un colchón sobre su cuerpo y el del pequeñín.

Llegado a Deir Yassin a media mañana, Mordechai Raanan, el jefe del «Irgún» de Jerusalén, decidió aniquilar las últimas casas donde los árabes aún resistían. Recurrió a la técnica utilizada por su organización contra los puestos de la Policía británica, e hizo dinamitar todos los edificios de donde partían los disparos. El principal parecía ser la casa del *mujtar*. «Al cabo de algunos minutos —contará Raanan—, la casa no era más que un montón de escombros sobre cuerpos destrozados». El horno, gracias al espesor de sus muros y a su puerta de hierro, escapó a la destrucción. En el interior, la mujer del albañil Eid y sus vecinas, aterrorizadas, oyeron una voz exhortándolas a

salir.

—No arriesgan nada —decía la voz.

Las mujeres se negaron. Shafikah Sammur, la hija del *mujtar*, reconoció, por el acento, que la voz no era árabe.

Más de quince casas volaron antes de que el «Irgún» agotase su reserva de explosivos. Algunos horrorizados supervivientes se refugiaban en las casas que aún permanecían en pie. Los comandos judíos empezaron a desalojarlas una a una a base de granadas o ráfagas de metralleta. Las mismas escenas salvajes se reprodujeron en la mayor parte de ellas. Hacia mediodía, el joven Mohamed Jaber, a quien el cierre prematuro de su escuela en Jerusalén hizo regresar a su pueblo, vio, desde debajo de la cama en que se refugió, «a los judíos irrumpir en la casa, expulsar a todo el mundo y disparar a continuación sobre el grupo». Una mujer de veinticinco años que se ocultaba con una decena de vecinas, vio a un grupo irrumpir en su casa.

—¿Cómo desean ustedes morir? —gritó un judío en árabe.

Aterrorizada, la joven se tiró al suelo y le besó los pies, implorando su piedad.

Poco después de mediodía, los asaltantes amenazaron con volar el horno si las mujeres que se habían encerrado dentro no salían. La hija del *mujtar* abrió la puerta y salió la primera. Entre los escombros de su casa descubrió los cadáveres de su madre y de sus dos hermanos. Un opresivo silencio, rasgado sólo por algunos gritos, cayó lentamente sobre las ruinas del pueblo que caldeaba una esplendoroso sol de primavera.

La operación «Unidad» había terminado. Los terroristas del «Irgún» y del grupo «Stern» consiguieron la victoria que buscaban. Deir Yassin les pertenecía.[15]

A millares, los árabes de Palestina acudieron a Jerusalén para tomar parte en los funerales de Abdel Kader. Recubierto de flores y de la bandera de los combatientes de la guerra santa, el venerado jefe estaba expuesto, en un féretro de madera de pino, en el salón donde, dos días antes, escribiera su última carta. La tradición musulmana, al exigir una rápida inhumación, privó del tiempo necesario a su mujer y a sus hijos para llegar desde El Cairo. Por toda herencia, les dejaba una deuda: un recibo firmado de su puño y letra, por el que reconocía deber seis mil libras palestinas por la compra de fusiles.

Todas las calles del barrio estaban atestadas de gente. Había pastores con pelliza de gruesa lana y notables vestidos a la europea y tocados con fez. Y estaban, sobre todo, los que, por segunda vez en doce años, respondieron a su llamada a las armas. Apretando el fusil contra su pecho, vistiendo uniformes dispares, pero unidos por un mismo dolor, lloraban a un jefe al que respetaban como a su padre y al que llamaban afectuosamente Abu Mussa.

Cuando el féretro salió de la casa, el hombre que marchaba en cabeza de la procesión disparó un tiro al aire con su revólver. Fue la señal del más formidable

concierto de detonaciones que jamás resonara en Jerusalén. De todos los rincones de la ciudad árabe, los fieles de Abdel Kader lanzaron al cielo una ensordecedora cortina de plomo. Dos espectadores resultaron muertos en sus ventanas, por aquel explosivo homenaje, que seccionó también los hilos del teléfono y de la electricidad.

Los árabes celebraron aquel día los funerales más grandiosos desarrollados en Jerusalén, desde hacía varias generaciones. Según la costumbre, el féretro pasó de mano en mano por encima de las cabezas, en un torbellino de brazos levantados y delirantes lamentaciones. Todos querían tocarlo. Por la puerta de Damasco, la calle Salomón y la Vía Dolorosa, el cortejo fúnebre llegó a la explanada de Haramech Cherif. Allá, en el interior del monumento octogonal de la Cúpula de la Roca, Abdel debía recibir el supremo honor. Su excepcional valor le ofreció el muy raro privilegio de ser inhumado en aquel sagrado lugar del Islam, desde donde Mahoma, antes que él, abandonara esta tierra. Como si no pudiera resignarse a abandonar a su jefe, la multitud permaneció toda la mañana en la explanada llorando y lamentándose. Bajo la cúpula, decorada con graciosos arabescos alabando a Alá, el Único y Misericordioso, reposaba aquel que había encarnado gran parte de sus esperanzas.

En las escaleras del Haram, Anuar Nusseibiren explicó a Abu Garbieh que había abandonado Castel la víspera.

—¿Los ha relevado alguien allá? —preguntó.

—Sí —murmuró el maestro con fatalismo—, los judíos.

Los doscientos cincuenta y cuatro hombres, mujeres y niños asesinados en Deir Yassin recibieron una sepultura menos grandiosa. Reposaban, mezclados, en el fondo de la cantera de piedra que había proporcionado la fama y la prosperidad a su pueblo.

El representante de la Cruz Roja Internacional, el suizo Jacques de Reynier, fue el primero en llegar al lugar. No tardó mucho tiempo en comprender que Deir Yassin estaba en manos de unas personas como jamás había visto otras. Sólo la intervención de un terrorista de origen alemán, que desde su salida de los campos nazis profesaba un agradecimiento inquebrantable a la Cruz Roja, le permitió franquear la entrada al pueblo.

Lo que contempló lo estremeció de horror. «Chicos y chicas muy jóvenes corrían en todas direcciones armados hasta los dientes con pistolas, metralletas, granadas e incluso grandes cuchillos —contará—. Una bella muchacha de ojos asesinos me mostró el suyo, del que aún goteaba sangre y que paseaba como un trofeo. Era el equipo de limpieza, que cumplía concienzudamente su cometido. Ello me hizo pensar en los SS que vi en Atenas durante la guerra». Reflejará todavía, en su Diario, haber visto a un hombre y a una mujer «apuñalados fríamente por una muchacha».

Cuando intentó entrar en una casa, lo rodeó una docena de soldados apuntándole con sus metralletas. Pese a las furibundas amenazas, penetró en el interior. «Entre los destrozados muebles, mantas y residuos de todas clases, encontré algunos cadáveres

ya fríos —escribió—. Se ha hecho aquí la limpieza con metralleta y luego con granadas. Se ha terminado con cuchillo, sin importar quién pudiera darse cuenta de ello». Cuando iba a salir, Reynier oyó un leve ruido, como un suspiro. Buscó por todas partes, desplazó cada cadáver y acabó por hallar un pequeño pie, aún cálido. Levantó con delicadeza entre sus brazos a una niña de diez años, «gravemente herida por una granada, pero viva aún».

Por doquier contempló la misma visión espantosa. Reynier sólo encontró a otros dos supervivientes, «mujeres, una de las cuales era una anciana abuela escondida detrás de unos haces de leña, con el brazo triturado por una descarga». Entre todos los cadáveres que pudo ver se hallaba «el de una mujer que debía de hallarse en el octavo mes de gestación. Tenía una herida en el vientre, y las señales de quemaduras de pólvora en su ropa indicaban que había sido asesinada de cara, a quemarropa».

Los responsables del «Irgún» y del grupo «Stern» acabaron por expulsar al representante de la Cruz Roja, que se ha hecho molesto. Mientras, en las calles de la Jerusalén judía daban pruebas de su hazaña, exhibiendo algunos prisioneros que habían capturado en Deir Yassin. El periodista judío Harry Levin vio «tres camiones subir y bajar lentamente por la avenida del Rey Jorge V, cargados de hombres, mujeres y niños, con las manos en alto».

Lo conmovieron sus expresiones de terror. Comprendió que su humillación sería imborrable.

El Alto Comisario tuvo conocimiento de la tragedia durante su conferencia diaria con los responsables dé la Seguridad. Sir Alan Cunningham conocía demasiado bien a los dirigentes de la «Agencia Judía» y de la «Haganah» como para imaginarlos capaces de tal crimen. No tenía ninguna duda. Eso sólo podía ser obra de sus enemigos, los asesinos del «Irgún» y del grupo «Stern». Rugió su desprecio:

—Allá están, al fin, ¡esos cerdos! ¡Por el amor de Dios, Mac Millan! ¿Qué espera usted para caer sobre ellos?

Pero Deir Yassin iba a depararle «la mayor decepción de su misión en Palestina». El comandante en jefe se contentó con repetir que no estaba disponible ninguna tropa. James Pollock, el prefecto de Jerusalén, no ignoraba ninguna de las razones del general Mac Millan. Se negaba, simplemente, a arriesgar sus fuerzas. Toda intervención iría en contra de su doctrina: sus soldados sólo debían servir los intereses estrictamente británicos.

Decepcionado, Cunningham se dirigió entonces hacia el comandante en jefe de la RAF, que aceptó, sin titubeos, la idea de una incursión aérea. No obstante un impedimento iba a confirmar para Sir Alan, «nuestros fracasos aquella mañana y el infierno de nuestros últimos meses en Palestina». Todos los bombarderos ligeros habían sido trasladados, la víspera, a Egipto, y sus tanques, a Habbaniya, en Irak. Serían precisas veinticuatro horas, como mínimo, para hacerlos regresar. Antes de

que acabara la conferencia, esta intervención se reveló inútil. La «Haganah» controlaba ya Deir Yassin.

Elie Arieli, un veterano de la «Brigada Judía», llegó el primero con su grupo del «Gadna», la juventud militar. El espectáculo que descubrió le pareció de «la más cruel barbarie». Casi todos los cadáveres eran de ancianos, mujeres o niños. Jamás podría tener la menor duda, en su espíritu, de que «los muertos que hemos encontrado eran todos inocentes víctimas. Ni uno solo de ellos había caído con las armas en la mano». Todo reflejaba un horror tan insoportable, que prohibió a sus jóvenes penetrar en el pueblo antes de que lo hubiera limpiado con los oficiales.

Yeshurun Schiff, el adjunto de Shaltiel, también acudió. Era él el que, involuntariamente, suministró las armas para aquella sangrienta carnicería. En vez de aportar su ayuda en la toma de Castel, los terroristas prefirieron «ir a asesinar a todos los seres vivos que encontraron en aquel pueblo aún tranquilo».

—¡Pedazo de puerco! —dijo al jefe del grupo «Stern».

Sus hombres reunieron a los terroristas en la plaza del pueblo. Los dos grupos se observaban con odio. Schiff recibió por radio la orden de desarmar a los asesinos.

—¡Si se niegan, abran fuego! —le ordenó Shaltiel.

Schiff estaba consternado. Pese a la repugnancia que sentía por su crimen, jamás podría disparar sobre sus compatriotas. Demasiadas luchas fratricidas jalonaban ya la historia judía.

—¡No, no podría! —suplicó.

—Yo no le pregunto lo que usted pueda o no pueda —replicó Shaltiel—. ¡Es una orden!

—¡David! —imploró Schiff—. Va usted a cubrir su nombre de sangre para toda la vida. El pueblo judío no se lo perdonará jamás.

Los terroristas recibieron, finalmente, la orden de limpiar el pueblo. Transportaron los cuerpos de sus víctimas hasta la cantera de piedra y los amontonaron. Luego pegaron fuego al inmundo osario.

«Era un radiante día de primavera —recuerda—. Los almendros estallaban con miles de flores. Pero por doquier flotaba el abominable hedor a muerto, la acre humareda de los cadáveres que ardían en la cantera».

Deir Yassin mancharía durante mucho tiempo la conciencia del futuro Estado de Israel. Al perpetrar ese crimen, el «Irgún» y el grupo «Stern» habían hecho de aquel pequeño pueblo de Judea y del martirio de sus habitantes, el símbolo duradero de la desgracia de los palestinos. Raros serían los prisioneros judíos que, en los meses venideros, no se estremecerían al oír el grito vengador de «Deir Yassin». Muchos caerían para expiar la salvajada de sus desalmados compatriotas.

La «Agencia Judía» se apresuró a hacer saber que ignoraba todo sobre los proyectos de los dos grupos terroristas, a la vez que manifestaba su consternación.

David Ben Gurion dirigió un telegrama personal al rey Abdullah para expresarle su dolor, y el Gran Rabino de Jerusalén maldijo a todos los que habían participado en el ataque.

No obstante, era a los árabes a los que correspondía, en principio, el derecho a condenar esta tragedia. Durante horas, el periodista Hazem Nusseibi, que había anunciado el Reparto desde las antenas de «Radio Palestina», y el doctor Hussein Jalidy, secretario general del Alto Comité Árabe de Jerusalén, se preguntaron cómo presentar la noticia a la población. «Como nosotros dudamos siempre de que, pese a sus sempiternas promesas, los ejércitos árabes acudieran en nuestra ayuda —contará Nusseibi—, decidimos crear un *shock* psicológico, con la esperanza de que las masas ejercieran presión sobre sus Gobiernos». La matanza de Deir Yassin fue, pues, lanzada al mundo con todo lujo de detalles macabros. Fue «un error fatal», reconocería un día Nusseibi. La noticia no modificó en nada el estado de ánimo de los dirigentes, y en cambio sembró un pánico irrefrenable entre los árabes de Palestina. Por ese error de cálculo, los propagandistas árabes contribuyeron a montar los decorados de un drama que obsesionaría bien pronto a Oriente Medio: la suerte de los centenares de millares de refugiados palestinos.

Fawzi el Kaukji mantenía su promesa. Era la segunda vez en diez días que lanzaba a sus árabes al asalto de una de las posiciones judías más importantes del valle de Jezrael: el kibbutz de Mishmar Haemek. Lejos de borrar la derrota de Tirat Zvi, su primer ataque a la colonia terminó diez días antes con un fracaso. El árabe que soñaba con dirigir sus batallas al estilo de la Wehrmacht, no había escatimado esfuerzos. Durante todo el día, sus cañones hicieron temblar el valle de Jezrael. Pero su imprudente revelación ante el agente de la «Haganah», Yehoshua Palmon, le privó de todo efecto de sorpresa. Tras dos horas de bombardeo, lo que vio aparecer sobre las ruinas humeantes de la colonia no fue la bandera blanca, sino a la infantería judía, que se lanzaba al contraataque. La cólera providencial del general Mac Millan le evitó graves disgustos, imponiendo aquel día un alto el fuego.

El Kaukji estaba bien decidido a ganar hoy la segunda manga de la batalla de Mishmar Haemek. Yehoshua Palmon buscaba con sus gemelos la famosa batería de artillería cuyos obuses habían aniquilado los edificios del kibbutz. Descubrió siete cañones del 75 y tres piezas del 88. Palmon pensó que aquélla era una ocasión inesperada de ofrecer a la «Haganah» un poco de la artillería, que con tanta urgencia necesitaba. Formó un comando de seis hombres para rodear las posiciones árabes. Cuando hubo localizado con precisión las diferentes piezas, solicitó refuerzos. Aquella inesperada incursión a su retaguardia provocó el enloquecimiento en las filas de El Kaukji.

Pero Palmon no pudo transportar el regalo que prometió hacer a su ejército. En su retirada, los árabes pudieron salvar sus cañones. Este éxito permitiría pronto a su

general dirigirlos contra el objetivo más prestigioso de Palestina: Jerusalén.

Esta perspectiva no compensaba la amargura de su fracaso en el kibbutz de Mishmar Haemek. Sin embargo, El Kaukji no tuvo ningún reparo en dar una explicación satisfactoria a sus superiores de Damasco. «Los judíos poseen ciento veinte carros de combate, el más ligero de los cuales pesa seis toneladas —anunció, en un telegrama, al general Safuat—. Disponen, además, de doce baterías del 75 y seis escuadrillas de bombarderos y cazas. También tienen una división completa de infantería, compuesta, entre otros, por un regimiento de comunistas rusos no judíos».

Una vez suavizada así la vergüenza del fracaso apoyándose en la potencia imaginaria del adversario, El Kaukji regresó a su cuartel general, instalado en el pueblo de Jabba. Allá descubriría el único consuelo de aquella jornada. Si no sabía actuar como general alemán, iba a poder, al menos, comportarse como marido alemán. Era el día de su aniversario, y Anna Elisa, su esposa germánica, lo esperaba con un pastel y una botella de champaña que había traído de Damasco.

24

«ADIÓS, QUERIDA; ES EL FIN»

—¡Espérennos! —gritaban los dos médicos judíos corriendo hasta perder el aliento.

Pero el convoy se alejaba inexorablemente. Agotados, se detuvieron al fin. El doctor Geiger renunció. Regresaría en el convoy de la semana siguiente. Su compañero reanudó su carrera tras haber reposado un instante. El doctor Moshe Ben David había desempeñado un papel primordial en el desarrollo de las dos instituciones del monte Scopus, adonde deseaba regresar aquella mañana: el hospital de la Hadassah y la Universidad hebrea en la que había fundado la Facultad de Medicina. No podía resignarse a ver partir el convoy sin él, y se obstinaba valerosamente cuando divisó uno de los escasos taxis que aún circulaban por Jerusalén. Algunos minutos más tarde, sofocado y con el corazón acelerado, subía, al fin, a uno de los autobuses y se dejaba caer en una banqueta.

El aprovisionamiento del hospital y la Universidad, hacia los que se dirigía el doctor Ben David, no había cesado —desde el Reparto— de ser un problema para la «Agencia Judía». La única carretera que subía hacia la colina atravesaba el barrio árabe de Sheij Jerrah. Desde el mes de diciembre, las emboscadas habían obligado a la «Agencia Judía» a organizar convoyes semanales armados para continuar abasteciendo el monte Scopus. Desde hacía un mes, sin embargo, una especie de tregua fue establecida en ese trazado de carretera, y los convoyes habían pasado sin notables incidentes. Todo permitía creer que el paso del 13 de abril se efectuaría también sin dificultades.

En el último puesto de la «Haganah», en la extremidad de la calle del Profeta Samuel, Moshe Hillman, el oficial de seguridad judío, detuvo a la columna el tiempo justo para preguntar por teléfono a un inspector de la Policía británica llamado Webb, si la carretera estaba libre.

—Envíe el convoy —respondió el inglés—. Acabamos de patrullar.

Hillman dio a la columna la señal de que se pusiera en marcha para su viaje de cuatro kilómetros. Una autoametralladora rodaba en cabeza. Detrás le seguía una ambulancia blanca enarbolando la estrella de Magen David —la Cruz Roja judía—, y luego dos autobuses, otra ambulancia…, cuatro camiones y una segunda autoametralladora, protegiendo la retaguardia del convoy.

Benjamín Adin, el chófer más famoso de la «Haganah», estaba al volante de uno

de los camiones. La peligrosa costumbre que tenía de salir solo a abastecer las colonias aisladas, le valió el apodo de *Meshuga: el Loco*.

El autobús y las ambulancias que precedían su camión transportaban la mercancía más preciosa que un convoy de la «Haganah» pudo conducir a través de las peligrosas curvas de Sheij Jerrah: un impresionante conjunto de profesores, sabios, investigadores y médicos. Procedentes de las más famosas Facultades europeas, había huido de las persecuciones para venir a fundar aquí una red de hospitales, laboratorios y centros de investigación. De Berlín, Viena y Cracovia, habían aportado al esquema del joven Estado judío el inestimable capital de su ciencia. Eran miembros de la Facultad de Medicina de la Universidad hebrea o de la organización médica de la «Hadassah», obra filantrópica fundada en 1912, por un judío americano y cuya divisa era el precepto de Jeremías: «Curar a mi pueblo». Sostenida por las contribuciones financieras de los sionistas americanos, la «Hadassah» edificó numerosos establecimientos sanitarios en toda Palestina. El mayor era el ultramoderno hospital del monte Scopus, santuario de la ciencia médica judía.

La importancia del monte Scopus no se limitaba, sin embargo, a sus humanitarias instituciones. Desempeñaba también un papel militar primordial. Desde su cima, la «Haganah» podía controlar los accesos norte y este de Jerusalén y vigilar los movimientos árabes en la ciudad vieja. Además de sus distinguidos viajeros, el convoy del 13 de abril transportaba hacia el monte Scopus las vigas de acero y cemento destinadas a consolidar las fortificaciones.

Una de las más eminentes personalidades del convoy, el director general del hospital de la «Hadassah», Chaim Yassky, oftalmólogo mundialmente conocido, estaba sentado al lado del conductor de la primera ambulancia. Detrás de él iban su mujer, otros seis médicos, una enfermera y un herido tendido en una camilla.

Yassky conocía cada metro del recorrido. Vivía en Jerusalén desde hacía veinte años, y su notoriedad le había valido ser recibido por la *intelligentsia* de las diferentes comunidades. Por la rendija abierta en el blindaje de la ambulancia, distinguió al fondo de su jardín, la elegante residencia de los Nashashibi, aquellos notables árabes con los que a menudo habían cenado en su casa él y su mujer. Más lejos se hallaba la casa donde Katy Antonious había recibido a la élite de Palestina y cuyos lujosos salones albergaban hoy el puesto de guardia de treinta *jocks* del regimiento «Highland Light Infantry».

De todos los pasajeros de la ambulancia, el doctor era, sin duda, el más impaciente por llegar. Chaim y Fanny Yassky estaban profundamente vinculados a su colina. No dejaban de admirar desde las ventanas de su residencia, el espectáculo de la ciudad vieja y, más allá, el panorama de los montes de Moab, de matices perpetuamente cambiantes.

Esther Passman no compartía la satisfacción de los Yassky. Muy a disgusto,

aquella joven judía americana, directora de los servicios sociales del «Instituto del Cáncer», tomó asiento en la segunda ambulancia. Hubiera preferido permanecer en Jerusalén, junto a su hijo de quince años, que acababa de ser herido al reunir explosivos para los jóvenes del «Gadna». Pero el adolescente la impulsó a partir.

—Te necesitan allá arriba —le dijo.

Esther corrió hasta la calle del Profeta Samuel para alcanzar el convoy. Cuando el conductor anunció que casi habían franqueado Sheij Jerrah, comenzó a departir animosamente con sus vecinos. Incluso los dos jóvenes heridos en Deir Yassin parecían reanimados en sus camillas. Una enfermera abrió un termo y distribuyó un poco de té a cada uno.

Pero la alegría de los viajeros era prematura. Escondido en la cuneta, con los crispados dedos en el contacto de una mina eléctrica, el cantero árabe Mohamed Neggar contenía el aliento, calculando el instante preciso en que debería desencadenar la explosión. Dos días antes, en el bar que frecuentaba, un oficial británico reveló al árabe el día y la hora del paso del convoy judío. Asimismo, el oficial dejó entender que, en caso de ataque a la columna, los ingleses no intervendrían, salvo si los árabes disparaban sobre sus patrullas.

El cantero no perdió el tiempo. Durante todo el día siguiente, dedicado a ensayos y pruebas, preparó la emboscada, con sus ayudantes, en la trastienda. Asegurados de la neutralidad británica, decidieron tender su trampa a la altura del bosque de cipreses próximo al «Hotel Orient House». La carretera se convertía allí en un lugar tan llano y despejado que podía esperarse que se rebajara la vigilancia judía.

El ruido de motores aumentó, y la autoametralladora salió de la curva. El cantero árabe no le quitaba los ojos de encima. Le pareció «una gran cucaracha deforme». Sus dedos se crisparon anticipadamente y la autoametralladora desapareció en una nube de humo. Cuando se disipó, el árabe tuvo un sobresalto. Había abierto un enorme cráter en el asfalto. No habiendo podido detenerse a tiempo, el pesado ingenio cayó en el agujero.

Toda la columna se inmovilizó. El frenazo de la ambulancia de Esther Passman fue tan brusco, que la enfermera dejó caer su termo de té. Todos se interpelaban con inquietud, pero la respuesta no se hizo esperar. A una señal del cantero, un diluvio de plomo convergió sobre los vehículos.

Atraídos por los disparos y las explosiones, los guerrilleros afluyeron, en desencadenadas oleadas, de todos los barrios árabes vecinos y de las murallas de la ciudad vieja. Sofocados ya en sus prisiones metálicas, los pasajeros oyeron entonces un clamor nuevo que sobresalía del vocerío. Era un aullido gutural, un furioso grito de venganza, el nombre del tranquilo pueblo árabe que los dos heridos de la ambulancia habían ayudado a atacar tres días antes: Deir Yassin.

A menos de un kilómetro, en el patio del «Hospicio San Pablo», tres compañías

del regimiento «Highland Light Infantry», con sus oficiales, provistos de *kiltt* verde con orla amarilla, se mantenían firmes. Todo un galonado areópago pasaba lentamente revista a las filas al son de las gaitas. De repente llegó un soldado agitando un trozo de papel.

—¿Qué sucede? —preguntó un coronel.

El inglés le alargó la hoja. Era un mensaje de los hombres apostados en la casa de Katy Antonious. Transmitido a las 9 h. 35, comunicaba al mando británico el incidente que acababa de producirse. El coronel se marchó de inmediato para comprobar *in situ*, la gravedad de lo acaecido.

Antiguo combatiente de Dunkerque, del desembarco en Sicilia y de una misión de comando que terminó en Dachau, el coronel Jack Churchill, de cuarenta y ocho años de edad, era un jovial y pintoresco escocés. Comenzó su carrera en Rangún…, en 1926, con el regimiento «Highland Light Infantry», y a continuación se distinguió en un género más excéntrico, al ir desde Nápoles hasta Londres tocando la gaita. Segundo comandante del «H.L.I.», conocía al dedillo la zona que se extendía entre Jerusalén y el monte Scopus. Su unidad había protegido la carretera durante muchos meses. Saltó a su pequeño «dingo» blindado y se dirigió hacia el lugar de la emboscada.

El conductor de la ambulancia de Esther Passman luchaba con su vehículo para dar media vuelta. Al ruido de los disparos, la joven americana se dijo que «eso era como un ataque de los indios contra los colonos del Lejano Oeste». Detrás, Adin, *el Loco*, se aferraba a su volante para hacer girar las seis toneladas de su mastodonte. Centímetro a centímetro, logró dar media vuelta y volver a descender hacia Jerusalén, seguido bien pronto por los otros tres camiones, la ambulancia de Esther Passman y la autoametralladora de cola.

Cuando el coronel Churchill llegó al lugar, la autoametralladora de cabeza, la ambulancia de los Yassky y los dos autobuses permanecían encerrados en la trampa. Más de cien personas iban a encontrar su calvario en la carretera del monte Scopus.

Árabes armados acudían de todas partes, y los judíos intentaban mantenerles a distancia disparando por todas las rendijas de la autoametralladora. Churchill se llevó las manos a la boca para lanzar una llamada de alto el fuego, pero su voz fue ahogada por el ruido de los disparos. Rápidamente, sopesó la gravedad de la situación. Los árabes habían ocupado todas las casas a lo largo de la carretera, y al ritmo en que llegaban, pronto los judíos no tendrían ninguna esperanza de escapar.

A las diez y media pidió por radio al C. G. de Jerusalén un pelotón de autoametralladoras de los «Lifeguards», así como un oficial de observación, para dirigir el bombardeo sobre las casas en poder de los árabes, y la autorización para utilizar morteros de tres pulgadas.

Estas dos últimas peticiones fueron denegadas. En cuanto a los «Lifeguards»,

transcurrió más de una hora antes de que recibiesen la orden de ponerse en camino. Esta desconcertante indiferencia iba a caracterizar, durante toda la jornada, la actitud del C. G. británico.

Fuere por una increíble lentitud en reaccionar; por deseo de castigar a la comunidad judía respecto a lo de Deir Yassin; por pura estupidez o por las complicidades en cualquier escalón de la jerarquía, lo cierto era que los ingleses iban a ser los culpables del enorme retraso demostrado en socorrer al convoy.

Irritado por las negativas con que había topado, Churchill estalló. «No se daban cuenta de que íbamos a tener allí una tragedia —diría un día—. Si no se apresuraban, ¡nadie podría salir vivo!».

Decidido a hacer todo lo posible por salvar a los judíos cogidos en la trampa, regresó en busca de un camión y un *half-track* al «Hospicio San Pablo», para intentar organizar su propia operación de salvamento.

Esta obstinación era tanto más destacable cuanto que la «Haganah» no conocía aún la urgencia de la situación. Otro convoy ocupaba, en el otro extremo de Jerusalén, toda la atención de sus jefes. Por segunda vez desde la reapertura de la carretera de Tel-Aviv gracias a la «Operación Nachshon», un convoy de ciento setenta y cinco camiones de aprovisionamiento acababa de llegar a Jerusalén. El acontecimiento era de tal importancia, que David Shaltiel y todas las autoridades judías se habían desplazado allí.

Cuando fue advertido de la emboscada, Shaltiel suplicó al jefe de escolta del convoy que le prestase todas sus autoametralladoras para socorrer a los sitiados. Aquél rehusó. Había recibido la orden de regresar a Tel-Aviv lo antes posible. Shaltiel sólo pudo encontrar tres vehículos blindados, mandados por el estudiante Zvi Sinaí.

La operación de socorro se transformó en pesadilla. El primer vehículo fue inmediatamente tocado, y el de cola hubo de dar media vuelta para evacuar a sus muertos y heridos. El de Sinaí, conducido por un soldado de Tel-Aviv que no conocía la carretera, se hundió en el cráter que había inmovilizado al convoy. Por el impacto, se le caló el motor, y Sinaí hubo de apuntar su revólver contra el desgraciado chófer, paralizado por el pánico, para que volviera a ponerlo en marcha.

—¡Elige! —le dijo Zvi—. ¡O te matan los árabes o te mato yo!

El vehículo dio un salto adelante, pero una granada lo inmovilizó definitivamente. Un nuevo vehículo había caído en la trampa, y catorce combatientes del «Palmach» se añadían a los prisioneros del convoy del hospital.

Mientras, el coronel Churchill había regresado con un camión y un *half-track*. Acababa de enterarse, consternado, de que el doctor Yassky, se hallaba entre los pasajeros atrapados. Churchill había cenado, hacía algunos días, con el médico y su mujer en su terraza, cubierta de flores, del monte Scopus.

Dirigió su pequeño «dingo» blindado hacia la columna inmovilizada.

—¡Si los árabes disparan sobre mí —gritó a Cassidy, el tirador del *half-track*—, dales de lo lindo!

Inclinándose fuera de su vehículo, llamó con su bastón a la puerta del último autobús, y explicó, a la enfermera que abrió la portezuela, que había traído un vehículo para evacuarles.

—¡Abra la puerta y corran hacia el *half-track*! —exclamó.

—¿Puede usted garantizar nuestra seguridad? —preguntó la enfermera.

—Por desgracia, no —replicó vivamente Churchill—, pero abra la puerta y corran lo más aprisa posible.

—¡Pero nos van a matar a todos! —gritó ella.

—Si permanecen ahí dentro sí que perecerán todos.

—Nos sentimos resguardados aquí —respondió la enfermera.

—¡No por mucho tiempo! —gritó el inglés.

—¿Qué es lo que esperan sus soldados para expulsar a los árabes? —preguntó entonces otra voz del interior del autobús.

Churchill estaba fuera de sí. Había ido a salvar a aquella gente con peligro de su vida, y sólo conseguía un absurdo diálogo.

—Aguardaremos aquí a que la «Haganah» venga en nuestra ayuda —declaró todavía alguien.

De repente, Churchill oyó un grito tras él. Cassidy, el tirador del *half-track*, acababa de ser herido en el cuello. El coronel dio una última oportunidad a los pasajeros del autobús, pero se negaron a huir. Descorazonado, el inglés abandonó entonces el lugar para conducir a su tirador agonizante al puesto «Antonious». Había fracasado el único esfuerzo británico por salvar al convoy.

Desde los tejados, terrazas y balcones; desde el monte de los Olivos y del monte Scopus; desde la colina del Mal Consejo e incluso desde las ventanas del «Government House», donde residía el general Mac Millan, la mitad de Jerusalén asistía a la agonía del convoy sitiado.

Pese a las decenas de SOS que les llegaban, los británicos permanecían impasibles. A las once treinta horas, o sea dos horas después del primer anuncio de la emboscada, los primeros vehículos blindados de los «Lifeguards» llegaron al lugar del combate. El vehículo de cabeza disparó un solo obús, y su cañón se encasquilló. Fue preciso aguardar otras dos horas antes de que apareciesen nuevos carros blindados. El coronel Churchill recibió permiso para utilizar sus morteros sólo después del mediodía. El de servirse de armas más pesadas no llegó nunca. En cuanto a la «Haganah», fue avisada de que sería impedida por la fuerza su intervención.

En el interior del vehículo blindado de Zvi Sinaí —que, prácticamente, constituía el único bastión judío contra los centenares de árabes que sitiaban el convoy—, la

situación era crítica. Sinaí y sus compañeros disparaban por todas las aberturas, pero el techo sin blindaje de su vehículo les hacía particularmente vulnerables a los disparos que procedían de las terrazas. El enfermero de la dotación fue el primero en morir. Una ametralladora se encasquilló. Los heridos se amontonaban en la sofocante oscuridad. Por una rendija, Sinaí distinguió a un grupo de árabes aproximarse a los autobuses, armados con cócteles Molotov. El calor era insoportable. Los judíos vaciaban sus últimos cargadores. La mayoría estaban heridos o muertos. Los supervivientes pasaban por encima de los cuerpos para ir a disparar a un lado y otro. «Si gritaban —recordaría Sinaí—, es que aún vivían». Detrás, la única ametralladora era servida por un hombre cuya mano había sido medio arrancada. Ninguna herida había podido ser curada. «Había que limitarse —diría aún Sinaí— a sentar a los moribundos, que se desangraban hasta el fin».

Al borde de la carretera, un niño árabe de trece años seguía el ataque con los ojos aterrorizados. Jamil Bazian había huido de su casa de Nablus para venir a luchar a Jerusalén. Observando a los hombres que le rodeaban, comprendió que la larga agonía del convoy tocaba a su fin. Mojaban trapos en los bidones de gasolina antes de lanzarlos sobre los autobuses.

Eran las tres y cuarto de la tarde cuando el doctor Yassky entreabrió la pequeña mirilla de la portezuela de la ambulancia. Grandes llamas devoraban, a cien metros detrás de él, a los dos autobuses que ocupaban sus amigos y colegas. Se volvió a su mujer.

—Adiós, querida; es el fin —le dijo.

Luego basculó y rodó por el piso de la ambulancia. Su mujer se precipitó para levantarlo. El director de la «Hadassah» estaba muerto. Una bala había entrado por la entreabierta rendija y le había herido de muerte en el mismo instante en que se volvía hacia su esposa.

Algunos segundos después, los ocupantes de la ambulancia oyeron golpes frenéticos en la puerta de su vehículo.

—¡Abran rápidamente! —suplicó una voz.

Era un superviviente de uno de los autobuses que ardían. El desgraciado cayó en medio de los viajeros gritando:

—¡Sálvense ustedes, van a asarse todos!

El chófer yemení se dejó caer pronto por la puerta. El doctor Yehudá Matot decidió imitarle. Se encontraba allá por casualidad. Su turno de servicio en el hospital del monte Scopus le tocaba dentro de una semana, pero había aceptado cambiarlo con uno de sus colegas. Al rodar por la cuneta, tuvo un extraño pensamiento. «Al fin —se dijo— voy a poder encender un cigarrillo». La visión del chófer yemení extendido con los brazos en cruz lo volvió a la realidad. Se puso a trepar hacia la casa Antonious. El joven árabe Jamil Bazian seguía su carrera con la mirada. Decenas de

fusiles le apuntaron. Una bala hirió a Matot en la espalda, pero pudo continuar arrastrándose hasta el jardín.

—Allá va uno que ha tenido suerte —suspiró el pequeño Bazian.

En la casa de Katy Antonious parecía reinar la mayor confusión. Sus parquets estaban repletos de heridos, judíos, árabes e incluso ingleses. Un oficial británico del regimiento «Highland Light Infantry», el capitán James Crawford, había ido hasta el hospital del monte Scopus para buscar un médico. Al regresar, los dos hombres tropezaron en el jardín con un viejo árabe herido. La batalla le había sorprendido cuando se dirigía tranquilamente a Jerusalén a lomos de su asno. A pesar de las llamadas de ayuda de sus colegas heridos, el médico judío lo atendió a él en primer lugar.

Era algo más de las quince treinta cuando el Alto Mando británico dio, al fin, a las fuerzas que se encontraban en el lugar, la orden de intervenir vigorosamente. Casi seis horas habían transcurrido desde la explosión de la mina del cantero árabe. Mientras Churchill y sus hombres aseguraban una cobertura, el capitán Naylor Leyland dirigió personalmente sus blindados hacia los restos de los vehículos. Cuando estuvo cerca, pidió por radio que se disparase una granada de humo para disimular sus movimientos. Con gran furor suyo, «vio que se desarrollaba una interminable charla para saber qué clase de humo era necesario». Él mismo acabó por lanzar petardos fumígenos. Luego hizo avanzar sus vehículos y mandó a sus hombres en búsqueda de supervivientes (una media docena en total).

Zvi Sinaí se hallaba entre ellos. Estaba herido en la cabeza. Algunos minutos más tarde, medio inconsciente y delirando, llegó, en una angarilla, al hospital de la «Hadassah». Un médico inspeccionó la hilera de heridos para elegir a los que debían ser cuidados con prioridad.

—No, éste no, es árabe —dijo pasando ante Sinaí.

Demasiado débil para protestar, éste debió su salvación a una enfermera que lo reconoció y llamó al médico.

—¡Dios mío —gritó—, no es un árabe, sino Zvi Sinaí!

Por la noche, todo había terminado. Un silencio de muerte reinaba en la carretera. Algunos rescoldos humeantes, un pútrido hedor a carne asada y montones de escombros calcinados era todo lo que atestiguaba la tragedia.

El autobús tras el que corriera el doctor Moshe Ben David se había convertido en su ataúd. Setenta y cinco de sus compañeros —o sea, la mayoría de los hombres y mujeres llegados a Palestina para curar, no para matar—, habían muerto con él. Las llamas habían devorado de tal forma los cuerpos, que veinticuatro víctimas no pudieron jamás ser identificadas.

Al día siguiente por la mañana, Moshe Hillman, el oficial de la «Haganah» que había dado la señal de partida al convoy, recogió los macabros recuerdos que

jalonaban la calzada. Encontró cráneos, un brazo de niña con una pulserita en la muñeca, sombreros, relojes, gafas y zapatos.

Cuando hubo terminado, entregó los armazones calcinados de los vehículos en manos de los zapadores británicos. El Diario de marcha del regimiento «Highland Light Infantry» observó lacónicamente: «Los restos de los vehículos han sido dinamitados para limpiar la carretera, y la calzada se ha abierto de nuevo a la circulación».

25

EL CAMINO DE LA GUERRA

El cálido *jamsin* de mediados de abril se abatía sobre Kars el Nil, la gran avenida de El Cairo. Como en diciembre, la multitud se reunió bajo las iluminadas ventanas del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde los dirigentes de la Liga Árabe mantenían una nueva conferencia.

La cuestión de Palestina, que se encontraba una vez más en el epicentro de sus entrevistas, había dado un vuelco. Los éxitos conseguidos inicialmente por las acciones de guerrilla habían ido seguidos por una serie de reveses. Temporalmente, la «Haganah» había logrado reabrir la carretera de Jerusalén y dar muerte al más valeroso general árabe, Abdel Kader. El ejército de voluntarios extranjeros de Fawzi Yassin provocaba un éxodo masivo de los árabes de Palestina. Diez mil fusiles y ocho millones de cartuchos, que constituían los principales frutos de sus esfuerzos de armamento, se habían hundido con el buque que los transportaba. Los más ardientes defensores de la guerrilla convenían ahora en que sólo una intervención conjunta de los ejércitos regulares de los Estados árabes podría dar la vuelta a la situación.

Toda la estrategia de los judíos se basaba precisamente en la convicción de que los dirigentes árabes iban a atacar a su Estado a partir del fin del mando británico. Este cálculo había orientado todos los planes de David Ben Gurion. Había provocado la colecta americana de Golda Meir y la misión de Ehud Avriel en los arsenales europeos. Sin embargo, los dirigentes árabes reunidos aquel 12 de abril de 1948 no estaban más preparados que en diciembre para tomar una decisión que los comprometiera irremediablemente en el camino de la guerra.

Porque no estaban obligados a elegir la guerra. Se les ofreció de pronto la oportunidad de arrancar a Occidente una solución mucho más favorable a su causa de la que hubieran soñado esperar varios meses antes. Si su campaña de guerrilla no había vencido a los judíos, había permitido a los árabes conseguir su mayor victoria diplomática en Palestina desde la publicación del Libro Blanco británico de 1939, que ponía fin a la inmigración judía. Los Estados Unidos acababan de proponer una tutela para sustituir el Reparto. El Consejo de Seguridad invitaba a las dos partes a negociar un alto el fuego. Sin duda alguna, esa llamada suponía que se reexaminaría completamente el problema después del fin de los combates.

Los dirigentes árabes podían aprovechar la oportunidad y tomar la iniciativa diplomática, o bien dedicarse a la guerra, condenando así a los ejércitos de sus

Estados a vencer allá donde habían fracasado los guerrilleros de Hadj Amin.

Pero no quisieron aprovechar la oportunidad que se les ofrecía. Con excepción de Hadj Amin —miembro en adelante, con todos los derechos, de su asamblea— eran hombres moderados. Ninguno de ellos pertenecía a la generación de jefes extremistas que pronto engendrarían las revoluciones árabes. Todos eran pacíficos burgueses, más inclinados al conservadurismo que a la aventura. Inteligentes y competentes, se sentían, por lo general, más próximos a sus antiguos colonizadores que a las masas que gobernaban. Descartes y Voltaire eran los autores preferidos del libanés Riad Solh. El iraquí Nuri Said evolucionaba con más soltura por las estancias de Buckingham que por los salones del Palacio de las Rosas en Bagdad. Ex alumno de la Facultad de Letras de Montpellier, el sirio Jamil Mardam sentía pasión por el cultivo de los albaricoques. Azzam Pachá, *gentleman* íntegro y ponderado, contaba entre sus laureles con un diploma de Medicina y el honor de haber sido el más joven diputado del Parlamento egipcio.

Sin embargo, esos hombres reunidos conducían a su pueblo al desastre. Al persistir en subestimar a sus adversarios judíos y en juzgar, por antisemitismo, su colonización con una condescendencia despreciativa, pecaban de exceso de confianza. «La idea de que no pudieran conseguir aplastar a los judíos era inconcebible para ellos», comprobó el embajador de Gran Bretaña en Ammán, Sir Alec Kirkbride.

Razonables e incluso moderados en la intimidad, lanzaban en público una retahíla de amenazas y fanfarronadas. Siempre prestos a exaltar la fogosidad popular en provecho de sus miras políticas, se sabían, en adelante, prisioneros de las pasiones que habían desencadenado. Responsables de una sociedad donde la palabra era el rey en todos los actos de la vida, se entregaban a virulentos discursos sin prever bien sus repercusiones sobre las masas retrasadas particularmente inflamables. Ya no medían las consecuencias de sus exageraciones verbales sobre el comportamiento del enemigo. Sin duda, ninguno de ellos dejaba de considerar seriamente la hipótesis por la que los judíos podrían ser «arrojados al mar». Pero, los supervivientes del exterminio nazi, ¿podrían ser amenazados a la ligera?

La Historia nunca ha explicado verdaderamente por qué los jefes de los Estados árabes prosiguieron una política tan desconcertante durante aquella crucial primavera de 1948. Más ferozmente divididos por sus rivalidades que unidos contra los judíos, continuaron nadando obstinadamente en el océano de sus quimeras y de sus intereses particulares.

Esta reunión de El Cairo era una nueva prueba de ello. Azzam Pachá reiteraba sus apremiantes exhortaciones para una intervención colectiva en Palestina. Pero en su fuero interno era más matizado. «No queríamos verdaderamente la guerra —confesaría más tarde—, pero nos colocamos en tal posición, que no teníamos ninguna

otra salida». Y si no osaba recomendar ninguna otra alternativa a sus colegas, fue a suplicar secretamente al embajador de la Gran Bretaña en El Cairo, Sir Ronald Campbell, que Londres prolongase su mandato en Palestina.

Mientras su país recibía a los voluntarios que acudían de todas partes para liberar Palestina de la presencia judía, el sirio Jamil Mardam enviaba su esposa a Jerusalén para que fuera tratada de su úlcera de estómago por un especialista judío. Aun afirmando siempre que su ejército estaba listo para aplastar a los judíos, el rey Abdullah de Transjordania trabajaba en secreto para concluir con ellos la anexión de la Palestina árabe. Para el Primer Ministro egipcio, Nukrachy Pachá, lo más urgente era expulsar a los ingleses de la zona del canal de Suez. El iraquí Nuri Said, si bien amenazaba furiosamente al futuro Estado judío, oponía innumerables obstáculos a la salida de sus compatriotas para Palestina. A la hora de la decisión, su ejército brillaría por su total ausencia del campo de batalla.

Nadie, en fin, como el libanés Riad Solh había pregonado tanto la resistencia armada al Reparto y la entrada en masa de las fuerzas árabes en Palestina. Sin embargo, siete meses después, durante una de sus habituales reuniones en París con el brillante representante de la «Agencia Judía», Tuvia Arazi, expresaría de forma angustiosa el dilema árabe. «Tuvia —imploró—, deben ustedes convencer a los americanos de que nos obliguen a hacer la paz con ustedes. Es lo que deseamos. Pero políticamente eso no es posible si no somos forzados a ello».

A esos hombres les reveló Azzam Pachá, aquella noche de abril, que el primer secretario de la Embajada de los Estados Unidos en El Cairo acababa de comunicarle el texto oficial del proyecto americano de tutela. Washington esperaba conocer las reacciones de los Estados árabes antes de la apertura de la sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, prevista para cuatro días más tarde. Hadj Amin se apresuró a sugerir que el texto fuese confiado a un comité especial para su estudio, comité integrado por los representantes de Siria, Transjordania y Palestina. Consiguió, además, que este comité fuese encargado de elaborar una respuesta a la proposición de tregua del Consejo de Seguridad.

Cuarenta y ocho horas fueron suficientes para la elaboración de los dos informes. Fueron adoptados tras algunas modificaciones mínimas y enviados a Nueva York. Los árabes habrían podido incluso ahorrarse este trabajo, ya que sus respuestas imponían condiciones tan desprovistas de realismo que ni sus fervientes partidarios podían tomarlas seriamente en consideración. Consentían en negociar un alto el fuego sólo si la «Haganah» era disuelta; el «Irgún» y el grupo «Stern», desarmados, y la inmigración judía, detenida; además exigían que fuesen deportados todos los judíos ilegalmente entrados en Palestina. En cuanto a la tutela sobre Palestina, la aceptaban con la condición de que no fuese ejercida por las Naciones Unidas, sino por la Liga Árabe, la cual procuraría rápidamente la creación de un Estado árabe que englobase

toda Palestina. Así se hundiría —vaciado de su sustancia por aquellos mismos que debían ser sus beneficiarios— el proyecto de Loy Henderson.

Al haber rechazado la paz, los árabes debían prepararse para la guerra. No era sencillo. De los cuatro millones de libras esterlinas del presupuesto de guerra que habían votado, apenas había sido utilizado el diez por ciento. Ninguno de sus ejércitos, con excepción de la Legión Árabe del rey Abdullah, había registrado notables progresos en cuatro meses. Los únicos preparativos eran un documento de quince páginas, acompañado por tres cartas. Era un plan de invasión de Palestina elaborado por Wasfi Tell, el joven oficial que tan lúcidamente había alertado al general Safuat Pachá sobre las capacidades de la «Haganah».

Este plan preveía una ofensiva en tres frentes. En una fulgurante apertura del Jordán al Mediterráneo, los carros blindados iraquíes confluirían en Haifa con las fuerzas sirias, libanesas y dos batallones de El Kaukji, mientras que el ejército egipcio progresaría por el Sur para apoderarse del puerto de Jafa. Estas dos operaciones tenían por objeto arrebatar a los judíos los puertos que necesitaban para recibir armas y hombres. Durante este tiempo, los escogidos regimientos de la Legión Árabe y el resto de las tropas iraquíes dividirían Palestina en dos al avanzar en cuña hacia la costa, a partir de las colinas de Judea. La campaña debía durar once días.

Este plan exigía la intervención de todos los ejércitos árabes regulares y el establecimiento de un mando unificado para coordinar las operaciones. Esta estrategia presentaba ventajas lo bastante evidentes como para dar pesadillas a Ben Gurion. Si las fuerzas cuya intervención se preveía estaban realmente comprometidas, tenía todas las probabilidades de triunfar.

Pero Riad Solh y Jamil Mardam, sus más fervientes partidarios, sabían que su éxito dependía del acuerdo de dos monarcas que se profesaban un odio implacable. Sólo esos dos jefes de Estado poseían un verdadero ejército. Uno era el rey Abdullah de Transjordania; el otro, el rey Faruk de Egipto, que se negaba obstinadamente a arriesgar en Palestina la única fuerza militar realmente importante del mundo árabe.

Faruk tenía casi cada noche su corte en los salones del «Automobile Club Royal» de Egipto. Le gustaba sentarse en torno a los verdes tapetes para jugar al bacará o al *chemin de fer*. Testimonio de la tradicional armonía de las relaciones entre los árabes y judíos en su país y de la indiferencia de su pueblo hacia el drama palestino, era el hecho de que numerosos compañeros suyos fuesen israelitas.

Faruk acababa de cumplir veintiocho años. Doce años antes, cuando ascendió al trono, a la muerte de su padre, parecía predestinado a un reinado ejemplar. Era inteligente, bien parecido, deportista, adorado por su pueblo. Sin embargo, tres circunstancias humillantes habían transformado su vida en tragicomedia. La primera era de orden físico. Cruel mortificación para un joven potentado musulmán, la naturaleza le había concedido un órgano sexual exiguo. La segunda era política, y se

produjo en 1942, en el momento en que Rommel preparaba su ofensiva sobre el Canal de Suez. Pistola en mano el embajador de Gran Bretaña en El Cairo ordenó a Faruk que sustituyese a su Primer Ministro —considerado demasiado germanófilo— por una personalidad al gusto, ante todo, de los ingleses. Desde este golpe de fuerza, alimentaría contra estos últimos un odio profundo y a menudo, ciego. La tercera, en fin, provenía de un accidente automovilístico que, en 1944, había perturbado su sistema glandular y hecho del joven rey una persona obesa.

Pese a estas desgracias, Faruk seguía siendo el sucesor de los faraones. Soñaba con vengarse de las humillaciones de la vida restaurando a Egipto en su grandeza histórica, colocándolo a la cabeza de algún nuevo califato que, desde el Nilo al Éufrates, le volviera a dar un papel de acuerdo con su gloria pasada. Sólo experimentaba desprecio hacia sus colegas de la Liga Árabe. Odiaba particularmente al «beduino jugador de ajedrez de Ammán», que sólo era, a sus ojos, un instrumento de la política, en Levante, de su mortal enemigo: Inglaterra.

En aquella primavera de 1948, tan nobles designios parecían, sin embargo, no tener un lugar preponderante en las preocupaciones del rey de Egipto. Cada noche, después de su partida de cartas emprendía el peregrinaje de sus santuarios favoritos, los cabarets de El Cairo, en compañía de su fiel cicerone, un hombrecillo solícito al que llamaban *La Cigüeña* porque los años de cruzadas nocturnas le habían enseñado a dormir de pie.

Antonio Pulli había comenzado su destacada carrera equivocándose de barco. Benjamín de una familia de nueve hijos, había abandonado su ciudad natal, Nápoles, para buscar fortuna en las riberas del Amazonas. Se encontró al borde del Nilo. Como su prolífica familia contaba también con parientes en Egipto, pudo encontrar un empleo de aprendiz con un tío suyo que trabajaba de electricista en el palacio real. Un día lo llamó la niñera para reparar el tren eléctrico del príncipe heredero. Aquel día surgió una amistad para toda la vida. Convertido en rey, Faruk nombró a Pulli ministro de Asuntos Privados, con un tratamiento dos veces y medio superior al del Primer Ministro. Durante la guerra, lo salvó del internamiento británico concediéndole la nacionalidad egipcia, y presidió en persona la circuncisión que autentificaba su nueva condición de musulmán.

Antonio Pulli desempeñó su papel con una habilidad completamente oriental. Una de sus tareas principales consistía en reclutar, en la tamizada luz de las noche de El Cairo, a las compañeras de la intimidad real. Llegó incluso a organizar citas menos frívolas.

Las que proporcionó, aquel mediados de abril de 1948, al Primer Ministro libanés Riad Solh, iban a modificar el destino de su país de adopción.

Dos sombras se deslizaban cada noche por las avenidas, jalonadas de palmeras gigantes y eucaliptos, de los jardines del palacio Kubeh. Silencioso y meditabundo

Faruk escuchaba a Riad Solh exhortarle a llevar a Egipto a la guerra. El libanés conocía bien los argumentos susceptibles de inflamar la imaginación del Rey. Cuando se fueran los ingleses, los árabes invadirían Palestina —le explicaba— y restablecerían sobre esta santa y gloriosa tierra la soberanía del Islam. ¡Qué tragedia constituiría entonces para el mundo árabe, para Faruk, para Egipto, si su Ejército, el más poderoso, estuviese ausente en esa cita histórica de la que saldría como jefe indiscutible de los árabes! Si permanecía fuera del conflicto —advirtió Solh—, sería para el mayor provecho de sus enemigos: Abdullah y los ingleses. Al tener que hallarse Palestina, de todas formas, ligada a una corona árabe, correspondía a Faruk decidir que ésta fuese la de Egipto y no la de los hachemitas. Además, la instalación en Palestina de su protegido, el Mufti Hadj Amin, le permitiría extender su influencia desde Jartum hasta Jerusalén. Así se prepararía el escenario para la resurrección de un moderno califato, cuya cabeza estaría esta vez en El Cairo y no en Constantinopla.

Cuando terminaban sus conversaciones nocturnas, generalmente hacia las dos o las tres de la madrugada, Solh tenía la costumbre de ir a reunirse con sus amigos en las oficinas de *Al Ahram*, el gran periódico de El Cairo. Una noche de abril, el joven propietario del diario lo vio aparecer en la sala de redacción con el fez ladeado y el semblante jubiloso. Solh se hundió en la butaca del redactor jefe y dio unas palmadas para que le trajesen café.

—No puedes publicar lo que te voy a contar, pero escucha bien —le dijo.

Tras un silencio, prosiguió:

—Esta vez lo he convencido. Puedo anunciarte la mayor noticia que los árabes hayan recibido desde la votación del reparto de Palestina. Egipto entrará en la guerra.

Algunos días más tarde, un almuerzo reunía en el «Club Mohamed Alí», de El Cairo, a los dos enviados del Rey y al Primer Ministro, Nukrachy. Esta clase de invitaciones era el vehículo que a Faruk le gustaba utilizar para dar a conocer sus voluntades. Sus dos enviados llevaban aquel día al jefe de su Gobierno un mensaje inequívoco. Exigía una declaración de guerra de Egipto al futuro Estado judío. O Nukrachy la obtenía del Parlamento o el Rey nombraría otro Primer Ministro que se encargara de ello.

Aunque fuese notoriamente hostil a tal decisión, Nukrachy se dejó convencer con facilidad de lo prudente que resultaría un viraje. Su primera iniciativa fue organizar una conferencia con el comandante en jefe del Ejército egipcio, un gigante de aspecto brusco llamado Haidar Pachá. Para ocupar un cargo tan elevado, este egipcio poseía dos cualificaciones esenciales. Había sido director de las prisiones del reino y divertía a Faruk. Haidar certificó que el Ejército estaba listo a batirse. De todas formas —añadió—, «no habrá guerra con los judíos». Será «como un desfile sin el menor riesgo, y nuestro Ejército estará en Tel-Aviv en dos semanas».

Poco tiempo después de esta cita, Nukrachy recibió una segunda visita mucho

más reconfortante. Sir Ronald Campbell, embajador de Su Majestad británica en El Cairo, acababa de informar al premier egipcio de que si Egipto decidía entrar en guerra, Gran Bretaña no se opondría a ello ni entorpecería los movimientos de sus tropas. Igualmente, estaba dispuesta a darle acceso a sus depósitos militares de la zona del Canal de Suez. Con dos condiciones: de una parte, una absoluta discreción, y de otra, concesiones para una solución satisfactoria al problema de la soberanía sobre el Sudán.

Este inopinado mensaje abría a Nukrachy perspectivas tranquilizadoras. Esta vez podía ponerse en marcha abiertamente por el camino de la guerra. Ordenó que el asunto de Palestina se tratase a la vez en todos los periódicos, a fin de sacudir la apatía de la población y despertar sus instintos belicosos. Luego hizo colocar en todas las paredes un pasquín que mostraba un puñal manchado de sangre, en cuya punta estaba dibujada la estrella de David.

Algunas voces intentaron aún retener al Primer Ministro, en especial la de Mohamed Heikal. Este joven y lúcido periodista regresaba de Palestina, y sus crónicas describía a los judíos como enemigos valerosos y organizados. Llamado por Nukrachy, se le rogó secamente que modificara el tono de sus artículos, ya que minaban la moral de la nación.

Otra voz, al teléfono, reveló la desastrosa preparación del Ejército, cuyo comandante en jefe afirmaba que estaba maduro para el combate. Si los soldados del general Haidar Pachá debían desfilar desde El Cairo a Tel-Aviv, al menos sería necesario que conocieran el camino. Una llamada urgente pidió a Georges Deeb, hijo del concesionario de «Buick» en Jerusalén, el cual había organizado la defensa del barrio de Bekaa, que sustrajese al servicio catastral unos cincuenta mapas de Palestina, para permitir al general egipcio preparar su paseo hasta Tel-Aviv.

26

HUEVOS, AZÚCAR Y *MATSOTH*

La muerte de Abdel Kader trastornó toda la estrategia y la organización árabes en el sector de Jerusalén. Para remplazar a su sobrino, el Mufti designó a otro miembro de su familia: Jaled Husseini, antiguo oficial de Policía, de cuarenta años de edad. Pero éste no disfrutaba del magnetismo personal ni de la autoridad necesarios para mandar a la multitud de jefes que encuadraban tan dispares tropas.

En el momento en que la inminente partida de los ingleses hacía más importante que nunca la reunión de sus fuerzas bajo un mando único, los árabes de Palestina habían vuelto al sistema de bandas aisladas. Ibrahim Abu Dayieh, el campesino que se batiera en Castel, había tomado el mando del barrio de Katamon. Kamal Irekat, restablecido de su herida, ejercía su autoridad en la periferia sur. Munir Abu Fadel, un inspector de Policía de origen libanés, estaba encargado del centro de la ciudad. Abu Garbieh, el maestro que permaneció en Castel tras la muerte de Abdel Kader, se instaló en los barrios septentrionales. A este mosaico de responsables vino a añadirse un empleado de Banco iraquí, de treinta y cuatro años. Los quinientos voluntarios que había traído hacían de Fadel Rachid el jefe de banda más poderoso del sector de Jerusalén.

Emile Ghory recibió la difícil misión de reagrupar los residuos de las fuerzas de la zona de Bab el Ued. La limpieza de la «Operación Nachshon» y la desaparición de Abdel Kader habían desintegrado el dispositivo permanente para bloquear la carretera de Tel-Aviv a Jerusalén. En las alturas, la matanza de Deir Yassin culminaba los esfuerzos de la «Haganah». Los pueblos se vaciaban de habitantes. «Ya no había armas, dinero ni moral», comprobaba amargamente Ghory. Resolvió modificar la estrategia empleada por Abdel Kader para estrangular a Jerusalén. En lugar de provocar a todo lo largo del recorrido una serie de emboscadas, que exigían fuerzas considerables, decidió interceptar la carretera edificando una enorme y única barricada. Peregrinó por todos los Bancos de Jerusalén para reunir diez mil libras esterlinas y partió a reclutar nuevas tropas a los pueblos que aún no habían sido afectados por el contagio del éxodo.

Aprovechando la confusión del adversario, los judíos enviaron a Jerusalén tres importantes convoyes. El cuarto acababa de abandonar el campamento de Kfar Bilu la madrugada del 20 de abril con casi trescientos camiones. Además del cargamento habitual, contenía pollos, huevos, azúcar y *matsoth*, el pan sin levadura para la

celebración de la Pascua.

También transportaban los camiones a toda la «Brigada Harel» del «Palmach», que el Alto Mando acababa de retirar de las colinas de Bab el Ued para enviarla a Jerusalén. Era una decisión arriesgada, ya que ningún pueblo árabe, aparte de Castel, había sido destruido a lo largo de la carretera. Pero Shaltiel acababa de enterarse de que los ingleses se preparaban en secreto a evacuar determinadas posiciones estratégicas de Jerusalén antes de la expiración del Mandato, probablemente durante los últimos días de abril. Advirtió a Tel-Aviv que ésa era «una ocasión inesperada de asestar un golpe decisivo». Toda la prosecución de la batalla iba a depender —estimaba— de la importancia de los refuerzos que le fueran enviados para ocupar esas posiciones abandonadas. Las tropas de choque de Isaac Rabin se dirigían, pues, a la ciudad antes de haber podido arrasar los pueblos que amenazaban la carretera.

David Ben Gurion iba a la cabeza del convoy. Grave y silencioso, el anciano contemplaba el desfiladero que había atravesado a pie el joven sionista, lleno de esperanza, casi cuarenta años antes. Las laderas servían hoy de cementerios de vehículos, reliquias calcinadas que atestiguaban los sacrificios impuestos por la salvaguardia de la ciudad.

La columna se estiraba en más de veinte kilómetros, y la mayor partida alcanzó Jerusalén sin incidentes. Sólo los últimos camiones fueron atacados. El árabe Emile Ghory quedó aterrorizado por la audacia de sus partisanos, que no dudaban en deslizarse bajo los vehículos con bidones de gasolina encendida. Tres judíos fueron muertos, treinta heridos y seis camiones abandonados.

Dov Joseph anotaba la llegada de cada cargamento. Pese a sus esfuerzos y a los poderes dictatoriales que le había otorgado Ben Gurion, sólo había conseguido hacer entrar en Jerusalén mil ochocientas toneladas de víveres, o sea, aproximadamente la mitad del tonelaje indispensable para asegurar durante dos meses un severo racionamiento. A medida que llegaban los últimos camiones que habían podido escapar a la trampa árabe, un sentimiento de angustia se apoderó de Dov Joseph. La puerta iba a cerrarse sin que hubiese conseguido asegurar los medios de supervivencia indispensables. «¡No es bastante!» se repetía, desesperado, al sumar sus cifras.

Caía la noche cuando apareció el último camión. En Bab el Ued, los partisanos árabes colocaban ya los bloques de piedra que interceptarían definitivamente la carretera. De nuevo, la Jerusalén judía estaba sitiada.

«Apenas entra en una estancia, lo trastorna todo», pensó el judío Chaim Haller. Con la frente arrugada y las cejas enarcadas de cólera, David Ben Gurion pasó como un tornado ante los responsables de Jerusalén que había convocado. Su mirada atestiguaba un humor execrable. Abordó de repente el problema de la evacuación de Kfar Etzion y del barrio judío de la ciudad vieja, que David Shaltiel no cesaba de

reclamar. «Esta idea lo hacía estremecer de furor», observó Elie Arbel, el adjunto de Shaltiel.

—¡Ninguna colonia judía será evacuada! —gritó estrellando su puño contra la mesa.

Valerosamente, Shaltiel intentó aún defender su tesis, pero Ben Gurion lo interrumpió, tronando que no toleraría ninguna retirada. Toda una doctrina sobre la que permanecería intransigente, explicaba esta negativa. Si aceptaba la menor retirada, ¿cómo podría forzar a las colonias aisladas del Negev a comportarse bien ante un avance egipcio?

El viejo líder abordó luego una cuestión que explicaba la razón de su presencia en la ciudad sitiada.

Su llegada coincidía con un repentino y total cambio de sus intenciones respecto al destino político de la ciudad. Estimaba que los judíos habían llevado lealmente el juego de la internacionalización. Sus primeras instrucciones ordenaron a Shaltiel aceptar la autoridad de los representantes de las Naciones Unidas que se instalarían en la ciudad. La «Agencia Judía» había intervenido incansablemente, cerca de las naciones que votaron el Reparto, para obtener la aplicación de un estatuto internacional. El último de esos esfuerzos era una carta personal de Chaim Weizmann al presidente Truman, transmitida el 20 de abril por el juez Samuel Rosenman, el mismo día en que Ben Gurion debía afrontar en Bab el Ued una emboscada árabe para llegar hasta Jerusalén.

«Los judíos —escribió Weizmann— no deberían ser obligados a defender Jerusalén. Son los Estados Unidos, Francia, Bélgica y Holanda los que los han impulsado a renunciar a sus pretensiones políticas en la ciudad, haciendo valer su carácter universal y sus lazos con el cristianismo y el Islam. Han aceptado ese sacrificio. Ahora les toca a las Naciones Unidas hacerse cargo de sus obligaciones. Los Estados Unidos deberían insistir en el nombramiento inmediato de un gobernador y la constitución de una fuerza de Policía no palestina encargada de proteger la Ciudad Santa, sus instalaciones de distribución de agua, sus vías de aprovisionamiento y sus comunicaciones con el mar».

David Ben Gurion apenas alimentaba ilusiones. Era poco probable que ese llamamiento encontrara más ecos que los precedentes. Al otro lado del Jordán, el rey Abdullah no ocultaba su hostilidad a la internacionalización ni su determinación de anexionar Jerusalén a su reino. Si su famosa Legión penetraba en la ciudad al partir los ingleses, un grave peligro amenazaría a los judíos. A los ojos de Ben Gurion, la indiferencia del mundo y las amenazas de guerra de los árabes liberarían a los judíos de sus compromisos.

Sus diferencias a propósito de la suerte de Kfar Etzion habían quebrantado la confianza de Ben Gurion en David Shaltiel. Decidió, pues, colocar temporalmente las

fuerzas de Shaltiel y de la «Brigada Harel» del «Palmach» bajo el mando supremo de Isaac Sadeh, el fundador del «Palmach». Sabía que podía contar con el anciano luchador de circo, aficionado al vodka, para cumplir con toda la energía deseada, la nueva orden que acababa de dar a los soldados de Jerusalén: «¡Atacad, atacad aún, atacad siempre!».

Un pasquín verdinegro apareció al día siguiente en las paredes de la Jerusalén judía. Anunciaba la creación de un consejo municipal. Era el enterramiento definitivo de toda idea de internacionalización. Jerusalén no pertenecería al mundo, sino a sus habitantes, árabes o judíos, que tendrían el poder de reivindicar su posesión.

Isaac Sadeh decidió pasar a la acción antes incluso de que los ingleses hubiesen evacuado sus posiciones en la ciudad. Su objetivo era «arrancar inmediatamente de manos de los árabes las zonas vitales de la población».

—Si lo conseguimos —prometió—, Jerusalén nos pertenecerá cuarenta y ocho horas antes de la partida definitiva de los ingleses.

Su plan preveía tres operaciones: apoderarse de la colina de Nebi Daniel, desde donde los árabes podrían bombardear la ciudad: establecer una conexión directa con el monte Scopus mediante la captura del barrio de Sheij Jerrah, donde había sido aniquilado el convoy de la «Hadassah», y, finalmente, conquistar al sur de la ciudad, los barrios árabes de Katamon, la Colonia alemana, Talpiot y Silwan. Al término de estas tres operaciones, Jerusalén estaría prácticamente rodeada por las fuerzas judías.

Este plan era de los más clásicos, y otra generación de conquistadores israelitas debían inspirarse en él veinte años más tarde. Sadeh le dio el nombre que llevaba Jerusalén cuatro mil años antes, cuando sólo era la población de una tribu semita. El único defecto de la «Operación Jebussi» era que reposaba completamente en una incógnita. ¿En qué medida iban a oponerse a ella los ingleses?

27

EL GUIÑO DE GLUBB PACHÁ

«Éste es el sacrificio de la Pascua para dar gracias al Señor, que destruyó Egipto, pero respetó las casas de los hijos de Israel».

Con estas palabras comenzaba, por 3388 vez, la más antigua ceremonia de la Humanidad: la Pascua judía. Conmemoraba la libertad del pueblo hebreo y su entrada en la «Era de la libertad». En vísperas de la resurrección temporal de la nación judía, esta fiesta revestía una importancia muy particular.

Una larga tradición regula la liturgia de la Pascua judía. Empieza por el *seder*, una cena familiar donde cada manjar posee una significación simbólica. En medio de la mesa, suntuosamente adornada, destaca «la fuente del *seder*». En cada uno de sus tres compartimientos hay una torta de pan ácimo, ese pan sin levadura, llamado *Matsoth*, que evoca la miseria de la servidumbre, pero también la marcha precipitada de Egipto hacia la libertad. Coronando el conjunto se alinean pequeños recipientes que contienen hierbas amargas, en memoria de las lágrimas de sufrimiento, y una mezcla de manzanas picadas, almendras y canela, bañado todo ello con vino tinto, en recuerdo del mortero y la argamasa de los ladrillos exigidos por el Faraón. Un hueso de carne, asado a la brasa, simboliza, finalmente, el antiguo cordero pascual, mientras que un huevo cocido en la ceniza representa, para unos, los sacrificios de la fiesta, y para otros, la destrucción del Templo. Las copas de vino señalan el lugar de los convidados, que deben vaciarlas cuatro veces durante la velada, acompañando los salmos y los cánticos. Tras la segunda copa, el varón más joven plantea al más viejo cuatro preguntas inmutables. Y desde la destrucción del Templo por Tito, hace casi dos mil años, todo un pueblo disperso vacía la cuarta copa con el deseo de: «¡El próximo año, en Jerusalén!».

Para los cien mil judíos de Jerusalén que celebraban la Pascua aquella noche del 23 de abril de 1948, el año próximo había llegado. Pero el Muro del templo de Salomón estaba tan distante e inaccesible para aquella fracción privilegiada del pueblo israelita como para los más dispersos de sus miembros. Era la primera vez, desde Saladino, que ningún rabino ni ningún fiel había podido ir a postrarse allí. Dueños de todos los accesos al santuario, los árabes de Jerusalén habían negado el paso incluso a una delegación simbólica. Transcurrirían dos decenios antes de que los judíos pudieran abrazar de nuevo sus piedras. Los que estaban más próximos al Muro, los sitiados del barrio de la ciudad vieja, organizaron dos cenas de *seder* para

permitir a todos los soldados de guardia, tanto a los asjenazos como a los sefardíes, participar en las festividades, lo cual no dejó de preocupar a sus jefes. ¿Podían dejarles beber los cuatro vasos de vino rituales y contar luego con su vigilancia?

En sus aisladas colinas, que defendían los alrededores de Jerusalén, los habitantes de Kfar Etzion celebraron también con fervor la Pascua. Habían adornado la Neveh Ovadia con guirnaldas de flores y frutas de su primera cosecha, y escrito en las paredes los versículos del *Cantar de los Cantares* que alababan la primavera. Como ya no había niños en el kibbutz, fue el más joven almachnik el que formuló las cuatro preguntas rituales. Relevados por sus compañeros, los hombres de guardia fueron a reunirse con los demás al final de la cena. Cuando entraron, con el fusil en la mano, un salmo brotaba de todos los pechos.

—¡Oh, Dios —recitaron los colonos de Kfar Etzion—, los guardianes velan noche y día en torno a Tu Ciudad!

En la ciudad nueva, Dov Joseph olvidó sus restricciones en la semana de Pascua. Repartió dos libras de patatas, dos huevos, media libra de pescado seco y de carne, cuatro libras de *matsoth* y doscientos gramos de frutos secos por habitante. Algo realmente extraordinario.

Benjamín Adin, *el Loco*, pudo atravesar las líneas árabes de Sheij Jerrah y llevar un camión lleno de víveres al monte Scopus. Los doscientos soldados, médicos, enfermeras, técnicos y enfermos dispensaron una delirante acogida al valiente chófer, al que entraron, en triunfo, al patio del hospital.

El *seder* más memorable se desarrolló, sin duda, en el restaurante cooperativo de la «Histadruth», la «Confederación de los trabajadores judíos». Doscientos ochenta conductores secuestrados por Bar Shemer tres semanas antes en las calles de Tel-Aviv, se encontraban reunidos allí. La barricada de los partisanos árabes los obligaba a compartir los sufrimientos de la ciudad que habían socorrido.

Dov Joseph presidía el «banquete». Su menú ofrecía —recuerda— «un tazón de agua caliente en el que nadaban algunas migajas de *matsoth*; una rodaja de pescado, generosamente rebozada en harina, y algunos trocitos de carne aislados en medio del arroz». Una alegre atmósfera compensaba la pobreza de la mesa. El hijo de un conductor de Jerusalén planteó las cuatro preguntas rituales al camionero de más edad de Tel-Aviv, y «mucha alegría y cantos» permanecieron en la memoria de Joseph. Cuando los camioneros levantaron su cuarta copa, repitieron el ancestral deseo. Todos, a coro, prometieron:

—¡El próximo año, en Jerusalén la liberada!

Sin embargo, para muchas familias, una llamada en la puerta iba a perturbar la cena de fiesta. Soldados de la «Haganah» venían a arrebatarles un padre o un hijo para la próxima ofensiva de Isaac Sadeh.

Las tres acciones relámpago de la «Operación Jebussi» que debían dar a los

judíos todo un anillo de posiciones estratégicas alrededor de la parte árabe de Jerusalén, comenzaron con un doble fracaso. Treinta y cinco soldados escogidos del «Palmach» perecieron en la noche del 26 de abril con ocasión de una vana y sangrienta tentativa por expulsar a los árabes de las alturas de Nebi Samuel. La misma tarde, la ocupación de Sheij Jerrah, el barrio árabe que separaba, al Norte, la ciudad judía del monte Scopus, fracasó por la intervención del adversario que más temía Sadeh: los ingleses. Considerando que esta zona se encontraba en su vía de evacuación hacia Haifa, el general Jones, gobernador militar de Jerusalén, conminó a los judíos a retirarse a las seis horas. «¿Cómo puede imaginar Jones que alguien tenga necesidad de retener a los ingleses —ironizó Dov Joseph al leer el ultimátum—, cuando, desde hacía veinte años, todos, judíos y árabes, intentamos hacerlos marchar?».

A las seis en punto de la tarde, el chirriante estornudo de las cornamusas llenó la arteria principal de Sheij Jerrah, donde tantos médicos judíos habían muerto dos semanas antes. Preludiaba la entrada en escena de las fuerzas que el coronel Churchill no había podido obtener para ayudar al convoy de la Hadassah: un batallón completo del regimiento «Highland Light Infantry», un escuadrón de carros de combate y una batería de artillería motorizada. Ante semejante despliegue, los soldados de Isaac Sadeh se retiraron prudentemente con su único bazooka.

Habiendo fracasado en el Este y en el Norte, Sadeh se volvió hacia el Sur. Su plan inicial tendía, a la vez, a conquistar todos los barrios y pueblos árabes que bordeaban la ciudad vieja por el Sur y a interceptar sus comunicaciones con Belén, Hebrón y Egipto. Para no correr el riesgo de encontrarse de nuevo cara a cara con los carros y los cañones británicos, decidió limitar su ofensiva a un solo barrio: el de las ricas villas de Katamon. La hecatombe producida por el atentado judío al «Hotel Semíramis» había puesto en fuga a la mayoría de sus habitantes desde el mes de enero. Pero un pequeño grupo de partidarios del Mufti, mandados por el valeroso pastor de Hebrón Ibrahim Abu Dayieh, y un grupo de voluntarios iraquíes, había consolidado la presencia árabe. Ese elegante barrio se había convertido en un absceso en el flanco de los judíos. Estaban resueltos a extirparlo.

La batalla comenzó al amanecer. Fue corta y salvaje. Sadeh fijó como primer objetivo a sus grupos de asalto el imponente edificio que dominaba el barrio desde su bosquecillo de pinos y cipreses. Bajo la graciosa cruz cirílica que lo coronaba, el monasterio griego ortodoxo de San Simeón constituía, con sus dependencias, una verdadera fortaleza.

David Eleazar, el jefe de compañía más joven del «Palmach», recibió la misión de apoderarse de él. Avanzando bajo las ráfagas de balas y granadas, consiguió expulsar a los árabes de la hostería y forzar la entrada principal del monasterio. Furiosos combates prosiguieron entonces en el interior. De habitación en habitación, los

partisanos de Abu Dayieh y sus compañeros iraquíes opusieron una feroz resistencia. La batalla degeneró en un mortífero cuerpo a cuerpo con puñales y bayonetas. Finalmente, los árabes se replegaron tras las ventanas verdes de una casa vecina.

Sin embargo, no dejaron saborear a los judíos ese primer éxito. Una caravana de asnos les llevó morteros de 81 mm, y Abu Dayieh hizo disparar andanadas de obuses sobre el monasterio. Luego, reforzado por las tropas de un joven jefe de banda al que habían llamado en su ayuda, pasó al contraataque.

La situación de los judíos en el monasterio, repleto de sus muertos y heridos, se convirtió rápidamente en crítica. En el tejado, seis cuerpos yacían al lado de una ametralladora checa, abatidos todos por el mismo francotirador árabe. Gravemente herido, un séptimo soldado se aferró aún a la empuñadura del arma y disparó frenéticamente.

Por fin, Eleazar hizo evacuar el tejado. Sin embargo, uno de sus antiguos compañeros se negó a abandonar la posición. Momentos después, Eleazar oyó una explosión, seguida por un grito. Se precipitó al tejado. Un obús de mortero le había destrozado una pierna a su amigo.

—No te preocupes —lo tranquilizó mientras se lo llevaba—. Saldrás adelante.

Pero el herido suplicaba a su jefe que lo rematase. Esforzándose por olvidar la insostenible angustia de su mirada, Eleazar regresó al combate, tras haberle puesto una inyección de morfina. Cuando regresó, su amigo había desaparecido. Había logrado arrastrarse hasta una ventana, donde se había cortado las venas con un trozo de cristal. Estaba muerto, desangrado.

Un olor a putrefacción, a pólvora y a quemado llenaba ahora las salas del devastado monasterio. Decenas de heridos gemían entre el sofocante humo. El enlace por radio con el C. G. estaba cortado. Ya no había más medicamentos, y las municiones comenzaban a escasear. El choque había sido de tal violencia, que la situación de los árabes apenas era más envidiable. Muertos y heridos con *keffiehs* jalonaban los alrededores del edificio. Abu Dayieh también fue herido en la columna vertebral por la explosión de una granada. Sin embargo, continuaba en la brecha, llevado en una silla por dos de sus hombres.

Casi todos los oficiales judíos estaban heridos. Persuadidos de que iban a ser aplastados de un momento a otro, se reunieron. Elie Ranana, antigua combatiente del «Palmach», célebre por su manía de andar con sandalias, rechazó toda idea de rendición. Decidió repartir los restos de sus compañías en tres grupos e intentar una salida. Los heridos capaces de andar pasarían los primeros, cubiertos por algunos compañeros. Todos los hombres sanos cargarían sobre sus espaldas a un herido de importancia y saldrían bajo la protección de sus oficiales supervivientes. Éstos se encerrarían entonces en una sala del monasterio con los últimos heridos. Colocarían cargas explosivas al pie de los principales pilares y lo volarían todo en un suicidio

colectivo.

El primer grupo marchó. De la treintena de judíos que lo integraba, sólo uno consiguió llegar a las líneas judías. Mientras el segundo grupo se reunía para arrojarse, a su vez, al infierno, se desarrollaba una extraordinaria conversación telefónica entre una casa situada a menos de doscientos metros de allá y El Cairo, donde el Mufti seguía hora a hora el desarrollo de la batalla. Ibrahim Abu Dayieh imploraba a Hadj Amin que le autorizara a suspender el combate. Mientras Ranana y sus compañeros se preparaban para suicidarse, su adversario revelaba así el desastroso estado de sus fuerzas. Solamente seis de sus árabes estaban aún en condiciones de combatir, y ya no había casi municiones para sus fusiles y ametralladoras y ni un solo obús para sus morteros.

—Hemos perdido la batalla —confesó con el corazón angustiado.

Otros oídos estupefactos captaron esta declaración. En el sótano de la «Agencia Judía», donde, noche y día, hombres y mujeres interceptaban las comunicaciones de las principales personalidades árabes y británicas, las palabras de Abu Dayieh cayeron como una bomba. Alertado de repente, el C. G. de la «Haganah» consiguió transmitir a los oficiales atrincherados en San Simeón un mensaje rogándoles que resistieran hasta la llegada de refuerzos. Avanzada la tarde, cuando el relevo subió por la barranca, los disparos árabes casi habían cesado del todo.

Antes de abandonar el infierno de Katamon, Eleazar intentó emprender una última operación. Se tomó una píldora estimulante de novadrina para reponer fuerzas y, con algunos supervivientes, se dedicó al asalto de la casa de ventanas verdes. Ningún disparo se opuso a su avance. Encontraron la casa abandonada, «una casa familiar como tantas otras —recuerda—, con sus camas sin hacer, sus armarios abiertos, su vajilla en el aparador y restos de cena en la mesa».

Eleazar subió al primer piso y descubrió un montón de casquillos bajo una ventana. Mirando a lo lejos, distinguió un grupo de banderas rojas que ondeaban en el kibbutz de Ramat Rachel.

«¡Santo cielo!, ¿por qué todas esas banderas?», se dijo sorprendido.

Con el espíritu turbado por la fatiga, comprendió de repente que aquellas corolas escarlatas celebraban el 1.º de mayo.

La limpieza definitiva de Katamon fue confiada a un inquieto oficial de veinticinco años de edad. Originario de los Estados Unidos, Josef Nevo llegó a Palestina, cuando aún era muy niño, con sus padres, «los únicos sionistas de Chatanooga, Tennessee», como le gustaba repetir. Numerosas etapas jalonaban su carrera. Aprendiz de químico, miembro fundador de un kibbutz, mayor en una promoción de la «Haganah», sargento en la Artillería de Su Majestad británica, alumno de la «London School of Economics» y estudiante de diplomacia.

Nevo desplegó a sus hombres en dos avenidas paralelas y se dedicó a rastrear

todo el barrio. Dos autocañones de la Legión Árabe desembocaron por el patio del Consulado del Irak y abrieron fuego. Nevo ordenó a sus jóvenes reclutas responderles utilizando su mortero como bazooka. Los vehículos blindados desaparecieron, y los judíos pudieron continuar su avance, llenos de orgullo.

Diezmados por las pérdidas de la víspera, las fuerzas árabes parecían haberse volatilizado por completo. Al cabo de algunas horas, Josef Nevo controlaba la totalidad de Katamon. Era la primera conquista importante de la «Haganah» en Jerusalén.

La empresa se había llevado a cabo tan rápidamente, que la mayoría de los últimos civiles árabes del barrio huyeron con las manos vacías. Aprovechando el desconcierto, Dov Joseph mandó en seguida equipos para recuperar los víveres abandonados. Sorprendentes descubrimientos aguardaban a los actores de aquel pillaje organizado. Encontraron mesas puestas, platos a medio consumir, cucharas llenas al borde de los platos, hornos aún encendidos, bañeras desbordantes y todas las señales de un éxodo precipitado. Aquellos hogares iban a suministrar un precioso refuerzo en alimentos y combustible a los hambrientos judíos. León Angel, el principal panadero de la ciudad, tuvo durante cinco días harina para sus hornos. Las escasas reservas municipales de azúcar y aceite fueron inopinadamente reconstituidas. Incluso una casa proporcionó un barril de caviar, exquisito manjar cuyo consumo estaba, sin embargo, estrictamente proscrito por la ortodoxia, ya que no era *kacher*. David Shaltiel, el epicúreo gastrónomo que mandaba a los soldados de Jerusalén, no pudo resignarse a dejar que se perdiera un manjar tan delicioso. A pesar de la ira de los rabinos, lo hizo servir en el desayuno a su C. G.

Pisándoles los talones a los hombres de Dov Joseph, acudieron otros saqueadores, atraídos por el botín que guardaban las elegantes moradas de Katamon. Pese a la orden dada por Nevo de dispararles a las piernas, se multiplicaron como las setas tras la lluvia, robando la platería, lencería, muebles y alfombras.

Desde su refugio en la ciudad vieja, un propietario árabe pudo apreciar al día siguiente la magnitud del desastre.

—No queda nada —le telefoneó el viejo colega judío al que había confiado su casa—. Se han llevado hasta la puerta de entrada.

«En la estrategia pueden aplicarse los mismos principios del ajedrez —le gustaba repetir al rey Abdullah de Transjordania—. Antes de lanzar a sus peones a territorio enemigo, deben ustedes esperar que se produzca una apertura favorable». Con el rostro pálido e impasible bajo su turbante moteado en oro y ceñido a la usanza de sus antepasados del Hedjaz, el frágil soberano escrutaba la asamblea de jefes árabes y se preguntaba si no habría llegado el momento de adelantar sus peones sobre el tablero palestino.

Aquellos hombres habían ido a Ammán para obtener de él lo que habían acabado

de arrancar al rey Faruk: la promesa de entrar en guerra contra los judíos. Su visita colocaba al monarca en una de esas situaciones particularmente complejas que le gustaba afrontar en el juego. Con una habilidad tan oriental como las esencias con que se perfumaba, Abdullah practicaba ahora varias políticas a la vez. Mantenía relaciones privilegiadas con los ingleses y sostenía contactos con la «Agencia Judía» gracias a las visitas regulares a Jerusalén de su médico personal, el doctor Mohamed el Saty. Era, además, el único jefe de Estado árabe que se había resignado al Reparto. Pero si hacía saber discretamente a los judíos y a los ingleses que estaba listo para sacar sus consecuencias, no osaba exhortar a sus colegas a aceptarlo, consciente de que tal actitud no le valdría nada más que las balas de un asesino. De igual modo, se guardaba de revelarles su intención de anexionarse la Palestina árabe, persuadido de que, excepto su pariente de Irak, la condenarían todos. Incluso sus llamamientos a la paz formaban parte de su juego, ya que necesitaba en realidad un simulacro de guerra para justificar el envío de su Legión a Palestina.

Fuesen cuales fuesen sus ambiciones, Abdullah debía, ante todo, mostrarse prudente. No podía oponerse abiertamente a una coalición árabe en Palestina sin arriesgar su trono y su vida, y al menos debía dar la ilusión de asociarse. No obstante, estaba resuelto a aprovechar la visita de los representantes de los demás Estados árabes para advertirles de los peligros que su política belicista acarreaba a sus pueblos. Prometió, en principio, que estaría «entre los soldados del frente» si las hostilidades eran inevitables.

—Antes de entrar en guerra —aconsejó a continuación—, es necesario dejar de disparar sobre los judíos y pedirles explicaciones. ¿Por qué nadie ha recurrido nunca a este procedimiento, aunque sólo fuese para explorar las posibilidades que ofrece?

Luego previno a sus colegas que la «Haganah» estaba equipada con armas modernas y perfectamente entrenada.

—Los árabes de Palestina —continuó— están a punto de emigrar a millares. El precio de una habitación en Irbid se eleva ahora a seis dinares.[16] Huyen. Los judíos avanzan. Mañana llegarán en masa. Remontarán toda la costa, desde Gaza hasta Acre. ¿Cómo los detendrán los árabes? Les juro que si mañana grupos de árabes de Jafa, Haifa o de otras partes se presentan y reclaman un acuerdo con los judíos, todo el asunto escapará entonces a los dirigentes árabes, a los Estados árabes y a la Liga Árabe.

Evidentemente, los jefes árabes no habían acudido a Ammán para oír esta clase de discursos. Ya habían hecho sus envites. En aquel 1.° de mayo de 1948, la situación que David Ben Gurion había vislumbrado seis meses antes y para la que se había preparado, alcanzó, al fin, un punto en el que no se podía dar media vuelta. Los Estados árabes estaban irrevocablemente empeñados en el camino de la guerra.[17]

Los líderes árabes parecían estar realmente convencidos de su superioridad

militar. Pensaban incluso que les sería suficiente colocar sus ejércitos en las fronteras de Palestina cuando se marcharan los ingleses para que se hundiera la voluntad de resistencia judía. Para conseguir la adhesión de Abdullah a sus proyectos, cada uno se hizo acompañar a Ammán por las más altas autoridades militares de su país. Aquel galonado areópago aguardaba en una antesala de palacio. Cuando el soberano hubo acabado su infructuosa llamada a la razón, Azzam Pachá le dio las gracias y propuso que entraran los soldados.

—Ha llegado el momento —declaró el secretario general de la Liga Árabe— de discutir las condiciones de la invasión de Palestina.

La conferencia se prolongó toda la tarde. Convencidos del poder irresistible de sus tropas, todos los generales árabes reclamaron el privilegio de desempeñar el primer papel en la marcha sobre Tel-Aviv. Luego, inclinándose sobre sus mapas, discutieron el plan de la campaña, repartieron los sectores de operación y precisaron las contribuciones y los objetivos de los diferentes ejércitos.

Políticos y generales abordaron a continuación el problema más espinoso que pesaba sobre aquella coalición: el del mando combinado y, por encima de todo, el del mando supremo. Las rivalidades y las suspicacias que inficionaban sus relaciones políticas, emponzoñaban también las relaciones militares de los árabes. El rey Abdullah no tenía, de ningún modo, intenciones de poner su Legión, para la que tenía proyectos personales, bajo un mando extranjero. Por su parte, el rey Faruk se negó categóricamente a subordinar su ejército al control de su rival beduino. En cuanto a los generales presentes, parecían estar unidos por una desconfianza común: la que manifestaban, no sin razón, hacia el único auténtico jefe guerrero de que disponían los árabes: Sir John Bagot Glubb.

A fin de ejercer, como mínimo, la dirección militar de una empresa que no habría podido controlar políticamente, Abdullah sugirió, finalmente, que la Liga le confiase el mando supremo. Un embarazoso silencio acogió esta candidatura. Azzam Pachá sabía que los egipcios y los sirios la juzgarían inaceptable. Escogió la cortesía.

—Ya que somos los huéspedes de Su Graciosa Majestad, que sea también ella el comandante para todos —propuso.

Si ningún documento consignó jamás estas palabras, tuvieron, en todo caso, por efecto, apaciguar a Abdullah. Pero las palabras complacientes no podían bastar para resolver tan graves problemas. Aunque dando la impresión de haber sido resuelta, la cuestión de un mando único y supremo continuaba en suspenso. Se convino, solamente, en que cada país enviase un oficial de enlace a un centro de operaciones instalado en la base de la Legión árabe de Zerqa, en los alrededores de Ammán.

El teniente coronel Charles Coker, oficial británico de la Legión, preguntó al general iraquí, que lo acompañaba en su vehículo, después de la conferencia:

—¿Cómo ha transcurrido la reunión?

—¡Magníficamente! —respondió el iraquí—. Todos estamos de acuerdo en batirnos por separado.

Mientras los generales árabes preparaban la invasión de Palestina el inglés Glubb Pachá, jefe de la Legión Árabe, intentaba, mediante una audaz maniobra, cortar la hierba bajo los mismos pies de los dirigentes árabes y obligar al soberano al que servía a que se retirase de la coalición. Envió secretamente a uno de sus oficiales a una cita con un representante de la «Haganah», en el kibbutz de Naharayim, al otro lado del Jordán.

Ante la estupefacción del judío Shlomo Shamir, el coronel Desmond Goldie, enviado de Glubb, sugirió un arreglo pacífico mediante la ocupación militar de Palestina. La Legión Árabe controlaría los territorios árabes; la «Haganah», las zonas judías, y las dos partes se abstendrían de intervenir en Jerusalén. Para permitir al ejército judío tomar sus disposiciones en ese sentido, Glubb Pachá se comprometía, por su parte, a no dejar que sus tropas franqueasen los límites del Reparto durante los dos o tres días que seguirían al fin del Mandato británico. Así esperaba evitar la guerra. Deseaba conocer, en contrapartida, las intenciones de la «Haganah». ¿Pensaba respetar las fronteras atribuidas al Estado judío por el plan de reparto, o, por el contrario, conquistar nuevos territorios?

La respuesta del enviado judío fue deliberadamente evasiva. Las fronteras eran obra de los políticos —declaró—, no de los soldados. Pero si lo decidiese, la «Haganah» se mostraría, sin duda, capaz de conquistar toda Palestina. En cuanto a Jerusalén, no habría ninguna necesidad de combatir por ella si la Legión Árabe se abstenía de entrar en ella. Prometió transmitir inmediatamente ese importante mensaje a sus superiores.

Cuando Goldie regresó de su misión, el que se la había encargado lo aguardaba a la puerta de su despacho.

—¡Gracias a Dios! ¡Allá viene! —suspiró John Bagot Glubb con un guiño.

Un problema infinitamente más delicado que la conquista de un barrio de Jerusalén se le planteaba ahora al joven oficial judío que se había apoderado de Katamon. «¿Qué debo hacer —se preguntaba Josef Nevo— para convencer a la madre de Naomi de que me deje desposar a su hija?».

Ya hacía tres años que Nevo amaba a la encantadora inglesa que había conocido en Londres cuando seguía un curso en el Ejército británico. No necesitó ni un mes para pedir su mano. Pero la madre de su amada, juzgando que aquel pretendiente no ofrecía ninguna garantía para el futuro, rechazó la oferta y montó desde entonces una vigilante guardia. Ni siquiera un viaje a Palestina, con el pretexto de hacer un estudio sobre la organización de los kibbutz, permitió a la muchacha ganar su libertad. Su madre desembarcó en Jerusalén una hermosa mañana. Ante la consternación de los

enamorados, ni la creciente tensión; ni la escasez de provisiones; ni los peligros cotidianos habían conseguido inquietar a la embarazosa visita, que muy al contrario, se indignaba al recordar el *blitz* londinense. Al cerrar el cerco de la ciudad, Abdel Kader había aniquilado irremediablemente la esperanza, acariciada por Josef Nevo y su novia, de ver, al fin, partir a la que se obstinaba en separarlos.

Tras su conquista de Katamon, el oficial sintió que algo había cambiado. Si no se había convertido en el rico partido que deseaba la madre de Naomi, su hazaña le había hecho, al menos, un héroe. Tales laureles le daban, sin duda, el derecho a insistir. Se dirigió resueltamente al encuentro de Naomi.

—¡Esta vez nos casaremos! —anunció.

Y partió en busca de un rabino.

Un alto el fuego impuesto por los ingleses puso fin a la «Operación Jebussi». Isaac Sadeh devolvió el mando de la Jerusalén judía a David Shaltiel y se marchó. Los escasos resultados obtenidos por su ofensiva daban una nueva importancia al plan previsto por Shaltiel para la toma de los principales edificios del centro de la ciudad al marchar los ingleses. Shaltiel confió la preparación a Ariyeh Schurr, un modesto y metódico oficial de Policía. Schurr había realizado ya la hazaña de procurarse una copia del plan de evacuación de todas las fuerzas británicas. El grueso documento revelaba el orden de salida de las unidades, los itinerarios que debían seguir, sus lugares de reunión. Sin embargo, espacios vitales permanecían, por desgracia, vacíos. Destinados a ser llenados a mano en el último momento, concernían a las informaciones que Schurr estimaba como las más importantes: la hora exacta, casi al minuto, de la evacuación de cada edificio ocupado por los ingleses en la ciudad.

Schurr comenzó por ordenar a los empleados judíos de los diversos servicios esenciales de la ciudad que permaneciesen en sus puestos hasta la llegada de sus tropas. Mecánicos de automóviles, mecanógrafos, etcétera, a menudo sin ninguna experiencia militar, suministraron así las fuerzas de una nueva unidad, bautizada con el nombre de «Brigada Players» a causa del arma que deberían utilizar en espera de que los relevaran los soldados de la «Haganah»: Una cajetilla de cigarrillos «Players» repleta dé TNT. Seiscientas de esas primitivas granadas habían sido introducidas clandestinamente en la Central de Correos, la central telefónica, el «Banco Barclay's» y el Palacio de Justicia, sin que esta súbita abundancia de tabaco en una ciudad privada de todo pareciese intrigar a los centinelas británicos.

No obstante, las fuerzas de la «Brigada Players» corrían el riesgo de encaminarse al suicidio si Schurr no lograba enterarse de los horarios exactos de evacuación dejados en blanco en el documento que había obtenido. Dos objetivos le preocupaban particularmente: el conjunto de edificios de Bevingrad, situado en el centro de la ciudad, y el hospital italiano, cuya alta torre dominaba todo el centro de Jerusalén. La

tarea de distraer al mayor que mandaba el hospital fue confiada al arquitecto judío Dan Ben Dor. Éste había servido, durante cuatro años, en los «Royal Engineers», y su nombre era venerado desde Bagdad a Bengasi, en todo el Oriente Medio dondequiera que un soldado británico hubiese tomado una ducha en los cinco últimos años. En efecto, perforando el fondo de una lata de cerveza, había inventado un sistema, inmortalizado con el nombre de «boquilla Ben Dor», que remplazaba, en el Ejército inglés, las boquillas de las duchas, que eran robadas una y otra vez.

Ben Dor descubrió rápidamente que el mayor sentía un afecto muy británico por los animales. Lo invitó una tarde a tomar el té en su domicilio. Convocó para la ocasión a su hermano y a su perro, un danés llamado *Assad V*. El inglés se levantó de su asiento al ver al perro.

—¡Qué animal tan soberbio! —gritó.

—Sí —respondió Ben Dor—. ¡Es una pena que pronto tengamos que vernos obligados a matarlo! Los alimentos, y la carne en particular, escasean ya mucho en la Jerusalén judía. Mi hermano y yo pensamos que es mejor acabar con él antes que verlo morir lentamente de hambre.

—¡Ustedes no harán eso! —se indignó el inglés.

Entonces sacó una tarjeta del bolsillo, escribió unas palabras y se la alargó al arquitecto.

—Muestre este papel al sargento de cocina del hospital —dijo—. Él velará para que a su perro no le falte de nada.

De esta forma comenzó para Ben Dor un rito cotidiano. Cada tarde, a las seis, tomaba el camino del hospital en compañía del famélico danés. Mientras el animal saciaba su hambre, el judío conversaba con el sargento viendo desaparecer en la boca de *Assad V* los magníficos trozos de carne que hacían estremecer de envidia su estómago vacío.

En Washington, el Secretario del Departamento de Estado George C. Marshall, llevó a su visitante ante un mapa de Palestina colgado en la pared de su despacho.

—Aquí están ustedes rodeados por los árabes —dijo señalando con el dedo el Negev—. Allí están rodeados por otros árabes.

Esta vez señalaba a Galilea.

—Tienen ustedes Estados árabes a todo su alrededor —continuó—, y a sus espaldas el mar. ¿Cómo podrán resistir?

Hubo un silencio, durante el cual el eminente militar observó a su interlocutor, el ministro de Asuntos Exteriores de la «Agencia Judía», Moshe Sharett.

—Hablo de cosas que conozco —repuso—. Ustedes ocupan la llanura costera de Palestina, mientras que los árabes poseen las alturas. Sé que ustedes tienen a su «Haganah» equipada con determinado armamento, pero los árabes disponen de ejércitos regulares bien entrenados y, además, se benefician de la artillería pesada.

¿Cómo podrán aguantar?

La evidente sinceridad y la indudable competencia militar de Marshall impresionaron al diplomático judío. De hecho, esta exposición revelaba la gran preocupación de los americanos: convencer a la «Agencia Judía» para que difiriese la proclamación del Estado Judío. Si aceptaba, la diplomacia americana estaba convencida de que podría ser firmada una tregua con los Estados árabes. Entonces se evitaría la invasión árabe. El delegado egipcio en las Naciones Unidas había informado discretamente al Departamento de Estado que su Primer Ministro estaba dispuesto a entrevistarse con representantes de la «Agencia Judía» para discutir las posibilidades de evitar un conflicto si los judíos renunciaban a crear su Estado.

Todos los embajadores americanos en el Cercano Oriente habían comunicado que juzgaban inevitable una invasión árabe si el Estado judío era proclamado a la expiración del Mandato británico. Y en este caso parecía que sólo una intervención militar americana podría salvar a los judíos de Palestina del exterminio. En Washington, donde aquellas advertencias eran recibidas con la mayor seriedad, fue afianzándose la idea de que quizá sería preciso desembarcar tropas en Palestina durante los quince días siguientes. El presidente Truman había consultado incluso secretamente con su consejero jurídico, Ernest Gross, para estudiar las posibilidades que ofrecía la Constitución de enviar un cuerpo expedicionario sin consultar al Congreso. Estas alarmantes perspectivas habían incitado al Departamento de Estado a desplegar esfuerzos excepcionales para obtener de la «Agencia Judía» el aplazamiento de su proyecto. Los representantes de la organización sionista fueron sometidos a una campaña de presiones tan fuerte como aquella de la que habían sido objeto, seis meses antes, los adversarios del Reparto. Lovett, adjunto de Marshall, hombre, en general, muy tranquilo, amenazó a los representantes judíos con hacer públicas «las pruebas de las violentas y brutales maniobras coercitivas ejercidas cerca del Gobierno de los Estados Unidos por los judíos americanos al servicio del sionismo». Los enviados de Tel-Aviv a los Estados Unidos tuvieron pronto la convicción de que el Departamento de Estado se preparaba incluso a cortar todos los recursos financieros y a imponer un embargo de todos los fondos destinados a Palestina.

Convencido que sólo la inmediata conclusión de una tregua podría evitar lo irreparable y resolver la crisis, Marshall propuso a Moshe Sharett poner a su disposición la «Vaca sagrada», el avión personal del presidente de los Estados Unidos, para regresar urgentemente a Tel-Aviv llevando a bordo emisarios de Estados Unidos, Francia y Bélgica, junto con una delegación árabe, e iniciar de inmediato las negociaciones.[18]

Sharett declinó amablemente este espectacular ofrecimiento. No obstante, los esfuerzos del Secretario de Estado americano dieron sus frutos. Sharett se despidió

resuelto a apoyar sus recomendaciones. Sabía cuánto estaban ya divididos sus colegas de la «Agencia Judía». La proclamación oficial del Estado debía ser objeto de una votación, cuyo resultado dependería solamente de dos o tres votos, aquellos de los que se ignoraba aún si escucharían la llamada del viejo sueño o se espantarían al oír los tambores de guerra resonando en las fronteras.

Consciente del peso que tendría el mensaje de Marshall en esa votación, Moshe Sharett decidió regresar lo más rápidamente posible a Tel-Aviv. Pocos momentos antes de que subiese a su avión, un altavoz del aeropuerto de Nueva York lo reclamó al teléfono. Chaim Weizmann lo llamaba desde su cama del «Hotel Waldorf Astoria». El anciano sabio guardaba un secreto capital y no quería dejar partir a Sharett sin dirigirle una apremiante recomendación.

Ese secreto sólo sería revelado diez años después de la muerte de Weizmann. El presidente Truman confió al juez Samuel Rosenman, que le llevó la última carta del líder judío: «Tengo al doctor Weizmann en el pensamiento». Luego añadió que si se proclamaba un Estado judío, haría todo lo que estuviese en su mano para que los Estados Unidos lo reconociesen pronto. Había pedido al magistrado que le prometiera hacérselo saber a Chaim Weizmann.

Con voz jadeante de fiebre y pasión, aquel al que muchos de los suyos habían acusado a menudo de tibieza, dirigió un último llamamiento a Sharett:

—¡Impídales que se debiliten —suplicó—, impídales que echen a perder la victoria! ¡Proclamad el Estado judío, ahora o nunca!

Por primera vez en la historia de Jerusalén, el estrépito de un bombardeo de artillería estremecía sus muros. Incapaz de conquistar los kibbutz de Galilea, Fawzi el Kaukji condujo a su ejército a las alturas de Judea. Desde la colina de Nebi Samuel, de la que las escogidas tropas judías no habían conseguido apoderarse, iba a tomar su desquite. Bajo las bocas de sus cañones se extendía el más bello objetivo que pudieran Minar los artilleros árabes: toda la ciudad judía de Jerusalén.

En medio de aquel concierto ensordecedor iba a desarrollarse secretamente, una ceremonia tan antigua como el mundo. Josef Nevo condujo a un rabino y a Naomi al apartamento de una amiga cómplice. Iban a celebrar su boda.

La muchacha había conseguido, sin despertar las sospechas de su madre, una blusa y una falda fruncida blancas, que, sin embargo, no había podido planchar por falta de electricidad. En cuanto a su velo, procedía del adorno de un sombrero.

Los novios comenzaron a impacientarse cuando el rabino les recordó que no podía oficiar sin la reunión del *miniane* (asamblea de diez hombres requerida para toda celebración de culto). Los novios, el joven acompañante y el rabino descendieron por la escalera para ir a buscar voluntarios. En las calles, vacías por el cañoneo árabe, descubrieron a cuatro soldados del «Palmach», que se vieron convertidos en portadores de la *huppa* «el palio nupcial». Una amiga corrió a reclutar

los cinco hombres que aún faltaban, gritando en los despachos de la vecina «Agencia Judía»:

—¡Rápido, hacen falta diez hombres para un *miniane*!

La ceremonia iba a desarrollarse al fin cuando alguien llamó a la puerta. Era un empleado británico de la Agencia, un amigo íntimo de la novia.

—¡Pobre chica! —murmuró—. Parece como si buscaseis diez hombres para un *miniane*.

Con su inexorable lógica, el inglés estaba convencido de que sólo un entierro podía celebrarse en aquellos momentos en Jerusalén.

Al final de la ceremonia, Nevo aplastó un vaso con el pie, recordando la destrucción del Templo, cuyas ruinas se encontraban a algunos centenares de metros de allá. Luego besó largamente a su esposa.

Naomi regresaría en seguida a casa de su madre, y él a incorporarse a su unidad. Después de haber pasado tanto tiempo sin que el valeroso conquistador de Katamon pudiera encontrar el medio de hacer salir de Jerusalén a aquella que aún ignoraba que lo tenía por yerno, su parte de felicidad conyugal se limitaría a aquel beso.

El presidente de los Estados Unidos consideraba a sus interlocutores con la atención de un juez. En realidad, se trataba de un proceso. Dos días después del regreso del jefe de la diplomacia judía a Tel-Aviv, Harry S. Truman convocó a sus consejeros para discutir la cuestión de política extranjera más urgente que se planteaba a su Gobierno: el reconocimiento del Estado judío si era proclamado a pesar de todas las advertencias americanas.

En el ánimo del Presidente, la respuesta no ofrecía ninguna duda. Debía cumplir su promesa a Chaim Weizmann. Pero deseaba que su decisión fuese aprobada por sus principales consejeros. Convencido de que los argumentos en favor de un reconocimiento inmediato eran irrefutables, reunió, para «una discusión abierta y decisiva», al Secretario de Estado, Marshall; al Subsecretario, Lovett; a su consejero naval, Clark Clifford, y a su consejero político, David Niles.

Marshall anunció, de entrada, que era opuesto al reconocimiento del nuevo Estado. Casi todos los diplomáticos de su Ministerio habían dado a conocer su hostilidad a ese proyecto, y debía tener en cuenta a la mayoría que representaban. Uno de sus embajadores en Oriente Medio, George Wadsworth, acababa incluso de telegrafiar: «Si los Estados Unidos reconocen a un Estado judío y continúan aportando un apoyo sin reserva a la política sionista, la Unión Soviética se convertirá, antes de veinte años, en la potencia dominante en el Cercano Oriente».

Por otra parte, a pesar de su simpatía por los sionistas, Marshall no creía, como había hecho saber a Moshe Sharett, que el Estado judío pudiera resistir a los árabes. La opinión de su colega, el Secretario de Defensa, había reforzado su convicción.

—Voy a decirte dónde van a ir a parar los judíos —le dijo James Forrestal—. Al

mar, donde los arrojarán los árabes.

Marshall aconsejó, pues, al presidente Truman, que suspendiera todo reconocimiento oficial hasta que el nuevo Estado no probase al mundo su viabilidad.

Clark Clifford abogó vehementemente por la tesis opuesta. No sólo presionó a Truman para que reconociese al nuevo Estado, sino que actuase de forma que los Estados Unidos fuesen los primeros en manifestar su aprobación diplomática, actitud de acuerdo con su pasado político sobre la cuestión sionista.

Marshall se opuso violentamente a esta forma de posición, que descansaba en puras consideraciones de política interior. Toda esta discusión le parecía, además, fuera de lugar, y constituía una violación inaceptable de sus prerrogativas como responsable de la política exterior americana. Reiteró firmemente su oposición.

Fuese cual fuese su deseo de reconocer al nuevo Estado para satisfacer finalmente, «al viejo doctor», que tanta admiración le inspiraba, el presidente Truman no podía correr el riesgo de una ruptura con Marshall. Era el hombre de su Gobierno que más necesitaba.

—Le agradezco sus consejos —concluyó—. Acepto su recomendación, general Marshall. Los Estados Unidos no reconocerán, en la actual coyuntura, la creación de un Estado judío en Palestina.

28

«ESTAREMOS DE REGRESO CUANDO COMIENCEN LAS CLASES»

La gran peluca rizada y la toga negra, realzada con armiño, de Sir William Fitzgerald, encarnaban, desde hacía doce años, los nobles ideales de la Justicia británica en Palestina. Centenares de árabes y judíos habían desfilado ante el estrado del *Chief Justice*. Mientras sus dirigentes y el Gobierno de Gran Bretaña se habían mostrado incapaces de resolver sus diferencias políticas, ellos habían encontrado al menos, en las decisiones de este juez, una solución jurídica a sus litigios particulares.

En aquella suave mañana de mayo, el juez iba a resolver el último asunto que zanjaría allí el poder judicial británico. Tan sólo el eco intermitente de los disparos turbaba la serenidad del recinto. Tristemente simbólico, era el último asunto inscrito en su programa: dos propietarios, uno árabe y otro judío, reivindicaban la misma parcela de tierra.

Tras haber comunicado su veredicto, Sir William abandonó la sala. Cuando estuvo vacía, regresó para descolgar personalmente los emblemas reales. Con cuidado, depositó sobre su sillón el emblema del león y el unicornio que encuadraba la divisa «Dios y mi Derecho» y se dijo que «así tocaba a su fin la Justicia británica en Palestina». De regreso a su despacho, se despojó de su toga y de su peluca y se marchó, tras lanzar una mirada llena de nostalgia hacia su biblioteca y su gabinete de trabajo, donde aún destacaba un soberbio tintero dorado. En lugar de cerrar la puerta, esta vez dejó la llave bien a la vista en la cerradura, «para que tomara posesión del lugar quienquiera viniese».

En decenas de otros despachos e instituciones comenzaban, igualmente, los rituales de partida de la Administración británica, después de treinta años de presencia en Tierra Santa. A finales de la primera quincena de mayo se habían desmontado casi doscientas veintiséis mil toneladas de material, entre las que figuraban cinco toneladas de mapas y veinticinco de archivos oficiales. Ya que Gran Bretaña partía, se llevaba consigo los accesorios de su existencia. Se llevarían también lo que quedaba en los almacenes militares: cigarrillos, whisky, mermelada de naranja o té de la India.

Al día siguiente del último juicio emitido por Sir William Fitzgerald, una escuadra de Policía con uniforme azul sacó de un edificio del recinto de Bevingrad una serie de ficheros metálicos. Albergaban en sus cerrados cajones los informes de la «Criminal Investigation División», la historia de los treinta años de rebelión, tanto

de los asesinos del Mufti como de los terroristas del «Irgún» y del grupo «Stern» contra el mando británico. Con sus camiones cargados hasta los topes, los policías partieron hacia Haifa, llevándose con ellos todas las huellas de una dolorosa historia.

El convoy dejaba tras él una cincuentena de policías. Éstos no partirían. Eran, quizá, los únicos judíos que habían conservado hasta el último momento la confianza de sus colegas británicos. Ordenadamente, se dirigieron hacia la ciudad judía para continuar ejerciendo su función con el mismo uniforme, las mismas insignias y los mismos instrumentos. Eran los músicos de la banda de la Policía de Jerusalén.

Aquellas últimas semanas habían sido de dura prueba para el taciturno y solitario personaje que representaba aún a la corona británica en su residencia de la colina del Mal Consejo. «No había recibido ninguna instrucción sobre la conducta que había de seguir —recuerda Sir Alan Cunningham. Esperaba que se hubiera puesto en práctica el estatuto internacional de Jerusalén—. Pero nadie se ocupaba verdaderamente de ello —notaría con tristeza—. El mundo cristiano no se interesaba por el problema lo suficiente como para prestar la cooperación y la asistencia necesaria».

El Alto Comisario dedicó el fin de su estancia en conseguir una tregua en la Ciudad Santa. No obstante, los árabes habían rechazado sus llamamientos cuando creyeron que tenían la victoria a su alcance. Y ahora también los judíos, a los que Ben Gurion impulsaba a la conquista de la ciudad entera, permanecían sordos a sus exhortaciones. Cunningham se desplazó incluso hasta Jericó para entrevistarse con Azzam Pachá, quien le suplicó que consiguiera de su Gobierno la permanencia de las tropas británicas en Jerusalén.

De hecho, circulaban tantos planes de paz como diplomáticos había en Jerusalén. El suizo Jacques de Reynier, representante de la Cruz Roja Internacional, propuso salvaguardar la seguridad de la ciudad colocándola bajo el emblema de Ginebra. Los cónsules de Francia, Estados Unidos y de Bélgica, que actuaban en nombre del Consejo de Seguridad, desplegaban incansables esfuerzos por lograr que se aceptara un alto el fuego. El delegado de las Naciones Unidas, el español Pablo de Azcárate, arrojaba en la balanza el peso de su Organización. Pero a la indiferencia de las partes en conflicto se añadía la incomprensión de sus superiores neoyorquinos. Mientras intentaba impedir que los hombres se mataran entre sí, Azcárate advertía que el Comité de las Naciones Unidas para Palestina pasaba su tiempo discutiendo los transportes en común de Jerusalén. «¿Es preciso gritar —escribía— para que comprendan los estragos que hace aquí una guerra y que si no toman urgentemente las medidas para detenerla. Palestina entera, comprendida Jerusalén, se va a convertir en un campo de batalla?».

Pese a la buena voluntad que los inspiraba, ninguno de estos intentos daría un resultado duradero. Convencido de la vanidad de todo esfuerzo, Sir Alan se entregó a la única tarea que quedaba: despedirse de sus amigos. Entre ellos se hallaban los

árabes Sami y Ambara Jalidy. Tras un almuerzo íntimo, pasearon largamente por el jardín de la residencia hablando —recuerda Ambara— «de rosas y de la *Ilíada*».

Una tarde ofreció la última recepción a los altos funcionarios árabes y judíos del Mandato.

—Caballeros —declaró Cunningham con un tono lleno de sobrentendidos—, no les queda gran cosa por hacer. Hasta la vista y buena suerte.

Luego se despidió de todos con un cálido apretón de manos, gesto que, para muchos de ellos, ponía punto final a varias decenas de años al servicio del Gobierno de Su Majestad.

Sir Alan recibió aquel día otra visita. Pese a todo lo que los oponía, Golda Meir y el Alto Comisario británico se habían estimado siempre mutuamente. Por ello, cuando hubieron discutido las cuestiones que les preocupaban, Sir Alan se permitió darle un consejo personal.

—Creo saber que su hija se encuentra en uno de los kibbutz del Negev —dijo—. Va a haber guerra, y esas colonias no tienen ninguna probabilidad de salvación. Los egipcios las aplastarán, fuese cual fuese su valentía. ¿No sería más prudente hacerla regresar cerca de usted?

Golda Meir se mostró conmovida por su atención.

—Se lo agradezco —respondió—, pero todos los chicos y chicas de esas colonias tienen una madre. Si todas hacen regresar a sus hijos a casa, ¿quién detendrá a los egipcios?

«Jerusalén parece un gigantesco kibbutz». Así fue como un habitante describió la vida en la parte judía de la ciudad la víspera de la partida de los ingleses. Pero era un kibbutz sometido a crueles pruebas, desesperadamente hambriento. Se había apagado el entusiasmo que acogiera la llegada del primer convoy de la «Operación Nachshon». Sus mil ochocientas toneladas de alimentos —menos de la mitad del tonelaje que Dov Joseph juzgaba indispensable para aguantar dos meses de asedio— estaban encerradas en depósitos severamente custodiados. Cada semana, las puertas se abrían para dejar salir la miserable porción que era distribuida a la población. Las raciones de la última semana del Mandato tradujeron bien la crítica situación de Jerusalén. Sólo ofrecían cien gramos de pescado seco, otro tanto de judías secas, lentejas, pasta de sopa y cincuenta gramos de margarina.

El pintoresco mercado al aire libre de Mahaneh Yehudá estaba vacío. Los alimentos frescos habían desaparecido por completo. Enviados de Dov Joseph iban discretamente por la noche a una media docena de pueblos árabes amigos, con la esperanza de procurarse algunos cestos de legumbres y uno o dos carneros. Las veintinueve panaderías de la ciudad fueron agrupadas en cinco establecimientos, a fin de economizar combustible. Estaban autorizadas a hacer cada día veinticinco mil bolas de pan, o sea, un cuarto de bola por habitante. Para mantener las fuerzas de los

trabajadores manuales, Dov Joseph creó una cantina popular que distribuía cinco mil comidas cada día, asegurándoles así dos sustanciales raciones semanales. Los cafés de la calle Ben Yehudá, tan célebres por sus pasteles de chocolate y sus tartas de crema, sólo ofrecían ya a sus clientes una rebanada de pan moreno cubierta con un poco de pasta dulce.

Era cuestión de trueque y de mercado negro. Un huevo costaba veinte aceitunas, y la menor lata de conservas valía cien veces su precio. Algunas familias judías británicas que se marchaban liquidaron sus provisiones, a veces a precios exorbitantes.

Sin embargo, eran raros los derrotistas. Una firme determinación, y el convencimiento de que aquella situación, por penosa que fuese, era preferible a cualquier otra, prevalecía en la mayor parte de los hogares. Los oficiales de la «Haganah» explotaban esta ausencia de alternativa. «Si sois incapaces de mirar a la muerte de cara —explicaban a sus jóvenes reclutas—, siempre podréis huir. Pero recordad que no deberéis correr un kilómetro, sino mil».

Igualmente inquietante era la penuria de combustible. Los autobuses cesaban de funcionar temprano por la tarde. Los taxis habían desaparecido, y la «Haganah» había requisado la mayor parte de los vehículos particulares. Pocos hogares tenían aún petróleo para usos domésticos. Los últimos bidones circulaban en el mercado negro al astronómico precio de doce libras esterlinas por unidad. La gente cocinaba sus comidas con fuego de leña, en los jardines y en los patios. Algunos avisados se dedicaron a un fructífero comercio de maderas y ramas. El municipio enseñó a la población a fabricar marmitas caloríficas, que permitían cocinar los alimentos con un agua elevada previamente a la ebullición.

Durante semanas, Alexandre Singer, director de la central eléctrica, tuvo a la vista el espectáculo de la ciudad árabe completamente iluminada, mientras que él estaba obligado a condenar los barrios judíos a la oscuridad. Ese *black-out* le servía para economizar sus reservas de mazut. Sólo le quedaban cuatrocientas toneladas para el único generador aún en servicio. Alimentaba las instalaciones vitales, los hospitales, panaderías y determinadas industrias.

Pero los habitantes de Jerusalén no habían llegado aún al límite de sus privaciones. El 7 de mayo por la tarde, justamente una semana antes de la expiración del Mandato, ni una sola gota de agua fluyó de sus grifos. Los árabes acababan de volar la canalización de Ras el Ain, que abastecía a la ciudad, cumpliendo así la promesa del Alto Comité Árabe, que había «condenado a los judíos a morir de sed».

Sólo la previsión de Dov Joseph y de Zvi Leibowitz, jefe del servicio de aguas, protegería en adelante del desastre a la ciudad. Desde enero, Leibowitz había llenado pacientemente todas las cisternas. Sus reservas se elevaban a ciento quince mil metros cúbicos, los cuales le permitirían subsistir ciento quince días con el

draconiano racionamiento que había previsto. Para determinar esto se había dedicado a una experiencia personal. Se encerró en su apartamento con su mujer durante varios días, y redujo progresivamente su consumo de agua hasta el nivel que consideró estrictamente mínimo: ocho litros por persona y día. Con estos ocho litros, los habitantes deberían calmar su sed y subvenir a todas sus necesidades a temperaturas que iban a alcanzar los 40.º a la sombra. Para ayudarles, Leibowitz les propuso un ciclo de utilización, que él mismo había elaborado. Antes de acabar en las tazas del retrete, esta agua serviría para la cocción de los alimentos, luego para el aseo y, finalmente, para la letrina.

Convencido de que el mejor medio de prevenir todo pánico era aportando el agua a los habitantes antes que obligarlos a ir a buscarla, Leibowitz movilizó las cisternas rodantes y las carricubas municipales. Su paso por las calles atrajo bien pronto a todas las amas de casa. Las raciones eran distribuidas para tres días. Durante semanas, bajo un sol de plomo y los obuses árabes, las mujeres de Jerusalén hicieron cola ante los depósitos móviles con cubos, botellas, lecheras o teteras.

Pero Jerusalén no habría sido, verdaderamente, la Ciudad Santa si no hubiese recibido alguna manifestación de la Providencia en medio de los rigores del asedio. En abril, antes de la llegada de los convoyes de la «Operación Nachshon», una hierba silvestre salvó milagrosamente a la población del hambre: la *jubeiza*, parecida a la espinaca. Con las lluvias de primavera había brotado por doquier, y tanto los elegantes del barrio de Rehavia como los obreros yemeníes habían llenado sus cestos de ellas. Antes de que la hiciese desaparecer la sequía, había figurado incluso en el menú del «Hotel Edén» con el nombre de «croquetas de espinaca».

Varios días antes de la marcha de los ingleses, una lluvia torrencial, poco corriente para la estación, cayó durante tres días sobre Jerusalén, haciendo surgir por todas partes nuevos ramilletes de *jubeiza*.

—El Señor está con nosotros —pudieron afirmar los sabios de la ciudad—. Cuando abandonamos Egipto, nos envió el maná. Esta vez nos envía la lluvia para llenar nuestras cisternas y para hacer brotar la *jubeiza*.

Pero no había *jubeiza* en las callejuelas ni en los patios oscuros del barrio judío de la ciudad vieja. Prisioneros en sus piedras, mil setecientos habitantes y doscientos soldados convivían en un mundo de contrastes donde se mezclaban el crepitar de los disparos y el monocorde recitado de los salmos. Mientras los jóvenes combatientes de la «Haganah», perseguían a los francotiradores árabes de terraza en cúpula, la antigua antorcha del pueblo judío en Jerusalén perpetuaba, en el secreto de las sinagogas, su vocación inmemorial. Justamente detrás de la casa donde los jefes militares preparaban los planes de los que iba a depender la supervivencia del barrio, los rabinos sin edad, acuclillados en las esteras, caligrafiaban los textos sagrados del Israel eterno.

Se discutía vivamente incluso la necesidad de defender aquel islote al que únicamente los puestos de guardia británicos habían protegido hasta entonces de una inundación árabe. Shaltiel consideraba aquel barrio como indefendible, y varias veces había reclamado su evacuación. Convencidos de poder llegar a un arreglo satisfactorio con sus vecinos árabes, numerosos notables locales reclamaban, por su parte, la salida de la «Haganah». Sir Alan Cunningham se había esforzado en vano por convencer al Gran Rabino de Palestina, Isaac Herzog, de la necesidad de abandonar aquellos lugares. La negativa del venerable anciano traducía la profunda emoción que despertaban aquellas sagradas piedras.

—Sus defensores son los guardianes de la herencia de las sucesivas generaciones del pueblo judío —le explicó.

Moshe Russnak, el oficial responsable de aquella defensa, era un joven checo que carecía de las calificaciones militares y religiosas necesarias para ejercer un mando tan particular. Su C. G. estaba instalado en el viejo edificio que albergaba la agencia local de «Tipat Chalav», la organización social de «La gota de leche». Muchos de los jóvenes que ahora tenía Russnak bajo sus órdenes habían entrado allí en brazos de su madre.

Sus adjuntos procedían de todas partes. Uno de los más capacitados, Abraham Ornstein, era hijo del primer rabino asjenazo del barrio. Aparte sus ocupaciones militares, servía de intermediario entre la «Haganah» y los jefes religiosos, para que éstos autorizasen los trabajos prohibidos por la ortodoxia, como construcción de fortificaciones y túneles en sábado o la manipulación, por una mujer, de los fulcros situados en una sinagoga.

El oficial que tenía más ascendiente sobre sus camaradas era un atlético estudiante de la Universidad hebrea. Emmanuel Medav había nacido también en la ciudad vieja. Tan generoso como valiente, era adorado por los niños, su estruendosa voz, al cantar los salmos del sábado, confortaba simbólicamente a los piadosos habitantes del barrio. Pero, sobre todo, era un auténtico jefe, experto en el arte de manipular las armas y los explosivos. Sus compañeros afirmaban que poseía «manos de mago».

En tal atmósfera era sorprendente la presencia de una joven inglesa de veintidós años. Hija de una familia judía practicante, Esther Cailingold sufrió el *blitz* de Londres al lado de su padre, voluntario en una brigada de bomberos. Trastornada por el descubrimiento de las atrocidades cometidas en los campos de la muerte nazis, marchó a Palestina en 1946 para dedicarse a la enseñanza. Se convirtió rápidamente en miembro de la «Haganah». Durante todo el invierno de 1948 la obsesionó el deseo de batirse por el corazón mismo de la nación dispersa que deseaba ayudar a revivir. Justamente después de Pascua realizó su deseo. Disfrazada de enfermera, Esther Cailingold logró penetrar en la ciudad vieja.

Con su laberinto de estrechas callejuelas, separadas por bóvedas, escaleras y curvas; con sus fachadas gibosas, irregulares, extrañas; con sus tejados en solideo, como el de los rabinos, el barrio era el marco ideal para la guerrilla y el heroísmo individual. Las puertas se abrían sobre estrechos pasillos o sobre escaleras que descendían al fondo de pequeños patios interiores. Las casas parecían como hundidas en el suelo, pero el terreno presentaba tales desniveles, que determinados patios desembocaban a menudo a la altura de una callejuela en pendiente. Aquella confusión ocultaba numerosas sinagogas, tapiadas o enterradas, porque está escrito: «Clamo hacia Ti desde las profundidades, ¡oh Señor!». La de Nissan Bek dominaba todo el barrio desde su alta cúpula. Su situación la convertía en una de las principales posiciones defensivas. Sostenida por tres arcos, una galería interior se extendía al pie de la cúpula. No ha mucho reservado a las mujeres, el deambulatorio ofrecía un puesto privilegiado a los francotiradores de la «Haganah». Por encima de ellos, oscuros e irreales, unos admirables frescos representaban la destrucción del Templo, cuya explanada se hallaba a algunos centenares de metros de allí.

La otra posición estaba situada en el extremo de una callejuela en escalera. Se hallaba constituida por un grupo de edificios de tres pisos, llamado «Inmueble de Varsovia», porque había sido edificado con los fondos enviados por los judíos polacos. Formando un cuadrado en torno a un patio, el conjunto comprendía una sinagoga, salas de estudio y residencias para los eruditos que acudían allí a trabajar. Había sido completamente evacuado y transformado en punto de apoyo para la «Haganah». Más allá de su fachada norte comenzaba el barrio árabe.

Para mantener esas posiciones y defender el perímetro de ese minúsculo ghetto, los ciento cincuenta soldados de la «Haganah» y los cincuenta miembros del «Irgún» y del grupo «Stern» disponían de un armamento irrisorio: tres ametralladoras ligeras, un mortero de dos pulgadas, cuarenta y tres metralletas, tres lanzagranadas y una colección heterogénea y poco segura de fusiles y pistolas. Para paliar esta penuria una maestra llamada Leah Wultz, fundó un pequeño taller, donde lograba fabricar un centenar de granadas diarias. Sus escolares recorrían las calles en busca de cajetillas de cigarrillos tiradas por los soldados británicos, y ella las llenaba de explosivos, mientras su marido confeccionaba detonadores con ayuda de una sierra de metales. Leah Wultz sabía que sólo unas manos experimentadas podían realizar tan peligroso trabajo. Las de su marido le habían parecido adecuadas. Hacía veinte años, aquellas manos habían manejado un violín.

Durante las últimas semanas del Mandato, los defensores del viejo barrio se preparaban a ser, como Dan —el jefe del Génesis—, «una serpiente en el camino que muerde al caballo y hace caer al jinete boca arriba». Su operación «Serpiente» preveía la ocupación instantánea de todos los puntos de apoyo británicos en torno al barrio, tan pronto como fueran abandonados. Los hombres de Russnak ocuparían a

continuación un determinado número de posiciones en el vecino barrio armenio, a fin de proteger la parte oeste de su perímetro. Esperaba así poder atrincherarse sólidamente en su viejo islote, en la espera de recibir masivos socorros exteriores.

Un pequeño convoy que circulaba bajo la protección de los soldados ingleses había aportado, hasta entonces, dos veces por semana, el aprovisionamiento indispensable para la supervivencia de los sitiados. Este último lazo era de tal importancia, que los hombres de Shaltiel habían utilizado todos los escondites imaginables —entre ellos bidones de petróleo trucados—, para burlar la vigilancia británica y hacer pasar algunas armas y municiones.

A principios de mayo, los sitiados supieron, llenos de consternación, que en la ciudad nueva no quedaba ni una gota de petróleo para enviarles. Sin embargo, no podían verse privados de las armas que traían aquellos bidones, cuando la marcha de los ingleses iba a aislarlos irremisiblemente del exterior. «¡Llénenlos con agua si es preciso —suplicaron—, pero continúen enviándonos los bidones!». El siguiente convoy trajo, de nuevo, los preciosos barriles.

Gershon Finger, un oficial de la «Haganah», se trasladó al puesto de control británico de la puerta de Sión para inspeccionar su descarga. Vio a un mayor inglés hundir su bastón en tres barriles elegidos al azar. Una vez efectuada esta verificación, el inglés hizo abrir la puerta, y los barriles judíos rodaron hacia el barrio viejo entre un doble cordón de soldados británicos. Finger se percató entonces, con angustia, de que un reguero de agua se desprendía de uno de los barriles. En vez de dejar el rastro grasiento del petróleo, el agua se evaporaba instantáneamente sobre el asfalto. Finger estaba seguro de que aquel accidente descubriría la superchería, y que el barrio viejo se vería privado para siempre de sus convoyes. Pero ningún británico pareció reparar en el extraño fenómeno. Cuando el barril desapareció tras la primera casa del barrio, el joven oficial oyó a un venerable rabino sacar la filosofía de este incidente.

—Observe a esos ingleses —se burló el anciano—. ¿Cuántas guerras han librado, cuántos hombres han matado, cuántos soldados han perdido para construir un imperio del petróleo? ¡Y no son capaces de distinguir entre el petróleo y el agua!

El árabe que iba a someter al barrio judío al terror de las explosiones recorría los *suks* de Damasco con la satisfacción de un ama de casa que efectúa su compra. Los escaparates rebosaban de detonadores, balas, cápsulas, mechas y de todo el material necesario para sus proyectos. Tras su atentado contra el *Palestina Post*, la calle Ben Yehudá y la «Agencia Judía», Fawzi el Kutub, el antiguo alumno de los cursos de sabotaje de los SS, se lanzó a una cruzada personal. Se había jurado no dejar piedra sobre piedra del barrio judío de Jerusalén. Tarea a su medida, ya que conocía el laberinto de sus callejuelas. Aquellas calles habían cobijado los juegos de su infancia, y allá fue donde arrojó su primera granada.

Enormes fajos de billetes llenaban los bolsillos de El Kutub. Hadj Amin le había

entregado quince mil libras sirias para poner en marcha su operación. El Mufti le había provisto también de una carta autorizándole a formar un comando de destrucción de veinticinco voluntarios: el «Tadmir», cuyo Cuartel General sería instalado en un baño turco cerca de la mezquita de Omar. Aquellos dinamiteros deberían colocar las cargas explosivas en los objetivos que él eligiera.

Cuando se hubo desprendido de su última libra, Fawzi el Kutub había reunido el suficiente material como para llenar un camión. Contempló sus compras con satisfacción diabólica y enfiló la carretera de Jerusalén, donde le esperaba un nuevo episodio de su violento destino.

Los judíos desfilaban, al fin, sobre una tierra que las suelas extranjeras habían pisado durante siglos. Por primera vez, el ejército de las sombras se asomaban a la luz. Gallardos y marciales, balanceando los brazos a la manera de los ocupantes ingleses, los hombres y mujeres pasaban, en medio de las ovaciones de sus compatriotas, ante la tribuna de honor levantada en el patio de la «Institución Evelyne de Rothschild». Desafiando abiertamente a la autoridad británica, la «Haganah» había organizado, en pleno corazón de Jerusalén, el primer desfile de su historia.

Era una columna heterogénea, donde se mezclaban todas las clases de uniformes: hombres con delantales de trabajo y chándal caqui, muchachas con *shorts*, con pantalones o con falda. Los tocados iban desde el gorro verde oliva de los excedentes americanos, hasta el casco inglés en forma de plato, pasando por el sombrero de paja australiano y el solideo negro o bordado de los judíos ortodoxos. Más heterogéneo aún era su armamento.

En el centro de la tribuna, David Shaltiel saludaba. Había querido ofrecer a los hambrientos judíos aquel alimento espiritual, mensaje de esperanza que mitigaría el temor que experimentaban por su futuro y el de su ciudad. Aquella demostración era reveladora del carácter del antiguo suboficial de la Legión Extranjera. Shaltiel se había hecho incluso confeccionar un uniforme nuevo para aquella circunstancia. Reunió a sus oficiales después del desfile y, con la ceremoniosa cortesía de un general francés una tarde del 14 de julio, levantó su vaso y los invitó a brindar por el éxito de sus armas.

Los hombres y las mujeres a los que acababa de ofrecer el brindis representaban casi la totalidad de las fuerzas con las que podría contar en los días venideros. Todo el ejército bajo su mando comprendía sólo tres batallones regulares, algunas unidades de guardias territoriales y media docena de compañías de jóvenes reclutas del «Gadna». Independientemente de su autoridad, un batallón de la «Brigada Harel» del «Palmach», dos comandos del «Irgún» y del grupo «Stern» operaban también en Jerusalén; pero sus efectivos habían sufrido grandes pérdidas durante los combates del invierno.

El estado de su armamento apenas era más satisfactorio. Según los criterios a los

que los recientes conflictos habían acostumbrado al mundo, el arsenal de sus tropas era insignificante. Tres años después de Hiroshima, la batalla de Jerusalén iba a depender de algunas ametralladoras. En la víspera del 14 de mayo, el armamento colectivo de los judíos sólo comprendía tres ametralladoras pesadas austríacas, setenta ametralladoras ligeras, seis morteros de tres pulgadas, tres «Davidka» y una docena de vehículos blindados. Las barricadas, fuertemente defendidas por los árabes de Emile Ghory, en el desfiladero de Bab el Ued, prohibían, por el momento, toda esperanza de refuerzos.

Por irrisoria que pareciese, aquella fuerza judía superaba, no obstante, a la del adversario. Durante cuatro días, la Historia iba ofrecer a David Shaltiel la misma suerte que a Godofredo de Bouillon y Saladino. Con tal de que supiese maniobrar, podría conquistar Jerusalén. Aunque Ben Gurion lo instó a «atacar, atacar aún, atacar siempre», él había preferido avanzar con cautela antes que arriesgarse a un asalto general, sabedor de que una vez quebrantadas sus fuerzas en caso de un ataque fallido, la ciudad quedaría abierta a los árabes. Con tal idea concibió una operación de corte clásico, la «Operación Horca», que debía pisar los talones al último soldado británico y asegurar a los judíos un frente continuo de Norte a Sur de la ciudad. Reanudando los objetivos de la reciente «Operación Jebussi», consistía en una triple ofensiva hacia Sheij Jerrah y el monte Scopus, al Norte; luego, hacia toda la zona de edificios públicos de Bevingrad, en el centro, y, finalmente, hacia los barrios árabes, más allá de Katamon, al Sur. Una vez conquistados estos barrios, Shaltiel podría lanzarse al asalto de las murallas de la ciudad vieja.

Esta batalla decisiva comportaba una gran incógnita: el tiempo que transcurriría entre la marcha de los ingleses y la llegada, a las cimas de Jerusalén, de los autocañones color de arena de la Legión Árabe.

Los adversarios árabes de David Shaltiel habían instalado su Cuartel General en una escuela de la ciudad vieja que se levantaba en uno de los reductos más legendarios de la ciudad: la enorme fortaleza Antonia, edificada por Herodes para afianzar su poder en el centro de la Jerusalén conquistada por sus legiones. El Hijo de Dios partió de aquí para su última prueba. Veinte siglos, después del paso de Jesús, las losas de la Vía Dolorosa conservaban aún las señales de los juegos de coxcojilla que habían divertido a los legionarios de Roma.

La escuela de la Raudah era una de las instituciones árabes más famosas de Jerusalén. En sus bancos fue donde los primeros chispazos del nacionalismo árabe habían tocado a la mayoría de los jefes de bandas que hoy la ocupaban. Pero si el Cuartel General de David Shaltiel se parecía bastante a un verdadero puesto de mando, el de la «Raudah» evocaba más bien un bazar. Un baratillo de piezas de mortero, cargadores y cartucheras cubría los patios y pasillos. Los fusiles se amontonaban en los rincones. Las pistolas descansaban sobre los pupitres y bancos de

las aulas, decoradas con versículos del Corán. Cuidadosamente guardadas, todas las estanterías ocultaban cajas de granadas o de balas. Los hombres entraban, salían y se atropellaban. Una perpetua algazara de avistadores y de «¡*balek, balek*!» abría paso, en la inclinada callejuela, a los taxis y asnos que vertían la continua oleada de voluntarios.

Porque no eran los hombres, y ni siquiera las armas, lo que constituía el defecto más grave para el mando árabe de Jerusalén, sino la trágica ausencia de verdaderos jefes. El único que habría podido acallar las rivalidades y reunir las bandas dispersas yacía a menos de doscientos metros de las ventanas de la «Raudah», más allá de un bosque de grandes mimosas, bajo la majestuosa cúpula de la mezquita de Omar.

Jaled Husseini, sucesor de Abdel Kader, sólo suscitaba indiferencia entre sus partisanos. En cuanto a los demás jefes, una desconfianza mutua imperaba en sus relaciones. El más poderoso de ellos, el iraquí Fadel Rachid, despertaba también una viva suspicacia, en razón de su desmesurado gusto por los tapices persas y los objetos de lujo. Convencido de que su Cuartel General no albergaba más que un «montón de vividores, de cobardes y de agentes británicos», Fawzi el Kutub, uno de los pocos guerreros auténticos, nunca se dejaba ver por allí. Prefería preparar su solitaria campaña de terror contra el barrio judío de la ciudad vieja. Desde las tumultuosas aulas de la «Raudah», cada uno dirigía su pequeña guerra personal, y Jerusalén no era más que un mosaico de feudos. En vísperas del enfrentamiento general, nadie consintió en encuadrarse bajo un mando único capaz de dirigir el conjunto de las operaciones.

Pero esta dispersión de la autoridad no quedaba compensada tampoco por la importancia de los efectivos. Menos de tres mil árabes combatían en Jerusalén. Los dos tercios eran partisanos del Mufti; el resto se componía de seiscientos iraquíes y antiguos policías a las órdenes del inspector, de origen libanés, Munir Abu Fadel.

En una llamada de alarma lanzada en Damasco cinco días antes del fin del Mandato, el general Ismail Safuat, que mandaba todas las tropas enviadas por la Liga Árabe para combatir en Palestina, evaluaba, con desacostumbrado realismo, la capacidad ofensiva de las fuerzas que operaban en Jerusalén. «Están en una situación desesperada —anunció—. Han sufrido enormes pérdidas, tanto en hombres como en armamentos. La ciudad debe ser protegida a toda costa, aunque sea preciso abandonar otros territorios».

La mayoría de los dirigentes árabes eran tan conscientes como los judíos de la necesidad de ocupar las zonas vitales del centro de la aglomeración urbana. El Inspector de Policía Munir Abu Fadel indicó, en un gran mapa de Jerusalén, los ciento treinta y ocho objetivos que se habían de ocupar a la marcha de los ingleses. Pero los árabes no habían establecido ningún plan concertado para realizar este proyecto. Mientras que el Estado Mayor de David Shaltiel había preparado la misma

operación en sus menores detalles, las responsabilidades eran dejadas aquí a la anarquía de las iniciativas individuales.

Entre la muchedumbre con *keffieh*, ropa de campaña, *jodhpurs* y botas de montar que se agolpaba en el patio de la escuela de la «Raudah», pasaba frecuentemente una sotana negra, sombra insólita y misteriosa. Esta presencia no tenía nada que ver con la defensa de los lugares santos del Islam. El padre Iraim Hedjaz, hijo de un modesto árabe cristiano de Belén que pasó su vida fabricando cuentas de rosario de madera de olivo, se entregó a la causa árabe con la misma pasión que ponía en servir a la Iglesia cristiana. En los despachos de la Custodia de Tierra Santa —el gran edificio «Casa Nova» donde generaciones de eclesiásticos montaron una guardia vigilante en torno a los santuarios del cristianismo— fue donde perfeccionó su don de negociador. Gracias a la complicidad de un religioso italiano, aquel día llevaba, entre los pliegues de su sotana, una carta del cónsul de Italia y una llave: dos «sésamos» que abrirían a los árabes la puerta de uno de los edificios vitales de Jerusalén: el enorme hospital italiano.

Más extraña aún era la considerable posición ocupada en la «Raudah» por Nimra Tannus, una joven árabe, también cristiana. Su ronca voz era tan familiar a los operadores de los centros de escucha de la «Haganah» como a los miembros del Cuartel General árabe. Con gran desesperación de sus colegas judíos de la central telefónica de la ciudad, la joven telefonista árabe, durante los seis últimos meses, no cesó de recordar, a sus compatriotas demasiado charlatanes, que podían escucharlos oídos enemigos. Aunque su madre hubiera ya perdido veintidós hijos al traerlos al mundo, un astrólogo vaticinó que Nimra viviría si se le daba el nombre de un animal feroz. Y Nimra —*la Tigresa*— vivió. Fue una de las primeras mujeres árabes en manipular las clavijas de una central telefónica, aportando así a la causa árabe la misma contribución que sus colegas judíos daban a la «Haganah». Pieza a pieza, robó pacientemente de la Central todo el material necesario para la instalación de una red telefónica con destino a los combatientes de la ciudad vieja. Desde hacía quince días, con un gatito acurrucado sobre sus rodillas y una pistola en su mesita, respondía al 25 290, el número de teléfono del C. G. árabe de Jerusalén.

Como en la «Agencia Judía», las llamadas más urgentes concernían a pedidos de armas, y las respuestas que suscitaban no eran apenas más estimulantes que las de los judíos. La llegada más importante de aquellos últimos días consistió en un regalo personal del rey Faruk. Con dos cañones de 27 mm, siete morteros de dos pulgadas y quince ametralladoras, doblaba, sin embargo, el armamento pesado de los defensores árabes de Jerusalén.

La mayoría de los notables consideraban con cierta inquietud el desorden que reinaba en el C. G. de la «Raudah». Pero las promesas belicosas de las emisoras de radio de Damasco, El Cairo y Beirut, disipaban sus temores. Esta intoxicación verbal

dio sus frutos, y los árabes de Palestina acabaron por creer que los ejércitos de sus hermanos estaban verdaderamente dispuestos, y que se aproximaba la hora de «dejar hablar al alfanje».

Con su aparato de radio en una mano y la jaula de sus canarios en la otra, el funcionario árabe Sami Hadawi abandonó su casa. Se negó a creer, la noche del Reparto, en la marcha de los ingleses. Se equivocó. Los ingleses se iban. Y él también. Dirigió una última mirada sobre los arriates de flores de su jardín y el montón de arena donde reposaban aún los juguetes de sus hijos. Luego, sin volver la vista, se dirigió, con pasos rápidos, hacia la ciudad vieja, donde lo esperaban los suyos.

En aquellos últimos días de ocupación británica, todos los barrios árabes del exterior de las murallas fueron escenario de acciones análogas. No las provocaba el espectro del hambre o la sed, ya que los abastecimientos de la población árabe no estaban en peligro, sino una amenaza aún más terrible: la certeza, adquirida desde la conquista de Katamon por la «Haganah», de que sólo el temor de un contraataque británico retenía a los judíos en su avance.

Esta oleada de deserciones era un nuevo episodio del éxodo ininterrumpido que, desde Navidad, vaciaba lentamente los barrios árabes y conducía a sus habitantes hacia Damasco, Beirut y Ammán. Algunas familias partieron inmediatamente después de haber recibido una llamada telefónica anónima o de haber escuchado una explosión terrorista en el vecindario. Otras huyeron para aguardar a cubierto el final de la tempestad que se preparaba. Con raras excepciones, únicamente los más acomodados habían podido irse. Desafiando las órdenes del Mufti, casi todos los cuadros políticos de su organización se refugiaron en las vecinas capitales árabes. Sin embargo, por la radio continuaban proclamando su intención de rechazar a los judíos hasta el mar. El Alto Comité Árabe contaba en Jerusalén sólo con dos delegados, dos septuagenarios animosos, pero impotentes.

En el interior de los muros de la ciudad vieja, un pequeño grupo de notables, bajo la dirección del representante de una de las más antiguas familias, el abogado Anuar Nusseibi, intentaba adaptar las estructuras municipales a las exigencias de la situación. Pero sus esfuerzos se perdían en la inmensidad de la tarea y en la penuria del personal cualificado. El clima de duda, de confusión y de creciente temor que surgía por doquier, dio un nuevo impulso al éxodo. Poca gente, como Sami Hadawi, tenía la suerte de encontrar un cobijo en la proximidad de su casa. La gran mayoría debía buscar refugio en el extranjero.

Un sorprendente ir y venir de camiones y carruajes precedió a esta emigración. La mayoría de las mercancías que transportaban partían para las instituciones que, naturalmente, abundaban en Jerusalén: los conventos y hosterías de las innumerables Ordenes religiosas. Tanto a los musulmanes como a los cristianos, ningún refugio les

parecía tan seguro como esas comunidades. Las austeras celdas y las salas comunes de aquellos que habían renunciado al mundo se vieron invadidas de objetos preciosos, tapices, vajillas y artículos de plata. Emile Kashram, comerciante de artículos para señora en la avenida Mamillah, eligió el convento de las Hermanitas de la Caridad. En menos de una hora, las humildes religiosas vieron amontonarse en su Casa cajas de medias de nilón, de lencería fina, de perfumes y cosméticos.

Tras una terrorífica noche de disparos, un empleado del Colegio Árabe, Brahim Abu Hawa, decidió abandonar Jerusalén. Corrió hasta el cuartel Allenby para sobornar a un soldado inglés a fin de obtener un bidón de gasolina, suplemento indispensable del precio de un viaje en taxi. Instaló a sus seis hijos en el vehículo y llamó a su mujer. Antes de bajar, ésta guardó sus chucherías y recubrió todos sus muebles con sábanas. Luego sacó los ahorros de su escondite y deslizó algunos billetes en su sostén. Antes de cerrar la puerta, cogió sus dos objetos preferidos: su aparato de radio y su máquina de coser. Pero su marido se negó a que se las llevara. Como tantos otros, estaba convencido de que su exilio sólo iba a durar el tiempo que necesitaran los ejércitos árabes en restaurar el orden y la paz en su ciudad. Dentro de ocho días —prometió a su mujer y a sus seis incrédulos hijos—, habrían regresado todos a Jerusalén.

Jamal Tukan, antiguo funcionario catastral, no tardaría en perder esta ilusión. Desde su refugio de la ciudad vieja, donde se había cobijado con una sola maleta, marcó, dos días después, el número de teléfono de su apartamento.

—*Shalom* —le respondió una voz desconocida.

Con los ojos llenos de lágrimas, Ambara Jalidy cerró uno a uno los postigos de su biblioteca donde tradujo la *Ilíada* al árabe. Los inestimables pergaminos que otrora llenaran las vitrinas, habían desaparecido. Reposaban, dentro de unas cajas, en un convento de la ciudad vieja. Tras la última mirada a la estancia, Ambara se dirigió a la cocina para abrazar a Arisa, la criada.

—Estaremos de regreso cuando comiencen las clases —aseguró.

Luego abrió la puerta. Era un día gris. Unas planchas obstruían las ventanas del colegio de su marido, y guardias armados recorrían el césped donde, no hacía mucho, gustaban de reunirse sus estudiantes. A la izquierda se extendía el flamante pabellón, con sus laboratorios y dormitorios nuevos, listos para recibir a los alumnos en la próxima reapertura escolar. Sami Jalidy ambicionaba hacer de su Colegio Árabe un verdadero rival de la Universidad hebrea.

Los seis miembros de su familia subieron al taxi que les aguardaba. Ambara se volvió para ver alejarse su casa. «¡Cuan feliz he sido ahí!», pensó. Su marido sólo miraba la carretera, negándose a echar una última mirada a la institución a la que consagró su vida. Su hija apretaba una muñeca contra sus rodillas, y su hija más pequeña, Tarif, jugaba con un oso de peluche.

Cuando el taxi dejó atrás el último ciprés del largo paseo, Ambara no pudo contener sus sollozos. Sus hijos la consolaron:

—*La tibki mama, ha nerjaa badén*. (No llores, mamá; volveremos).

No volverían. Víctimas de un nuevo éxodo, eran los primeros actores de la tragedia que iba a pesar sobre la conciencia de Israel y del mundo: la de los refugiados palestinos. Gracias a sus capacidades y a su energía, los Jalidy escaparon a las calamidades del éxodo, encontraron en el Líbano la ocasión de contribuir a la formación de los hijos de otra sociedad árabe. Más para centenares de miles de sus compatriotas, la carretera que se alejaba de Palestina sólo conducía a la incertidumbre sin fin de un campo de Palestina.

La decisión judía de apoderarse de un determinado número de objetivos antes que los ejércitos árabes regulares, fue lo que arrojó a tantas poblaciones árabes a las carreteras durante las últimas semanas del mandato británico. Esos objetivos estaban, en su mayor parte, situados en las zonas atribuidas al Estado judío por el plan de reparto; pero importantes comunidades árabes vivían aún allí, esperando angustiosamente la intervención militar prometida por los países árabes.

Tiberíades cayó la primera: el 18 de abril. Recién controlada por la «Haganah», esta antigua capital de los emperadores romanos conseguirían una victoria de alcance infinitamente más considerable. Tras veinticuatro horas de violentos combates, el ejército judío se apoderó del puerto de Haifa. Safed, la antigua ciudad de la Cábala, fue conquistada el 10 de mayo, y decenas de pequeñas ciudades y pueblos de Galilea cayeron en manos de los judíos.

El Ejército británico intervino sólo una vez para detener esta ofensiva en Jafa, hermana gemela de Tel-Aviv. Irritado por las protestas árabes respecto a la pasividad británica, Ernest Bevin dirigió al comandante en jefe, general Mac Millan, «una orden directa y sin equívoco para que enviara tropas y devolviera, con la máxima rapidez, Jafa a los árabes». Mac Millan la cumplió a regañadientes. Pero sus soldados apenas encontraron árabes a los que devolver la ciudad. A principios de mayo habían huido sesenta y cinco mil habitantes de un total de setenta mil.

En toda Palestina se repetía esta dramática situación, a menudo provocada deliberadamente por el ejército judío. Yigal Alon, uno de los jefes del «Palmach», decidió utilizar la guerra psicológica para limpiar la Alta Galilea de toda su población árabe antes de la invasión del Ejército sirio, aunque sin comprometer a sus agotadas fuerzas. «Reuní a todos —contará más tarde en *Historias del "Palmach"*—, y les dije que hicieran correr el rumor de que importantes contingentes de fuerzas judías acababan de llegar a Galilea con la intención de incendiar todos los pueblos de la región del lago Huía. Debían sugerir a los árabes que huyeran mientras estuvieran a tiempo». La estratagema —subrayó— «alcanzó completamente su objetivo. Huyeron a millares».

El éxodo de numerosos cuadros de las clases medias y dirigente contribuyó a acelerar los abandonos en todas partes. Al igual que sus hermanos de Jerusalén, los árabes del resto le Palestina estaban convencidos de que su ausencia sería temporal, y de que iban a regresar muy pronto tras la estela de los ejércitos árabes victoriosos.

A veces, las autoridades judías intentaban persuadir a la población de que se quedara. Para animarla a ello, el representante de la «Haganah» en Haifa, Tuvia Arazi, solicitó del Gran Rabino la autorización excepcional, para los panaderos judíos, de violar la tregua de la Pascua a fin de hacer el pan para los árabes. Pese a tal gesto, los árabes se precipitaron a millares hacia el puerto para embarcar en el primer cascarón capaz de flotar, y huir hacia el Líbano.

El miedo y el pánico eran irreprimibles. De la misma forma que éstos hicieron presa en las poblaciones civiles de Bélgica y Francia ocho años antes, se apoderaron ahora, con mayor motivo, de las masas árabes de Palestina, infinitamente menos desarrolladas, y las impulsaron a las carreteras. Y tal como los franceses y belgas difundieron por los caminos de su éxodo los relatos de violaciones y matanzas, los árabes aumentaron su desastre por el recuerdo de las atrocidades de Deir Yassin.

Así se vaciaron ciudades, pueblos y barrios enteros. Miserables y enloquecidos, llevándose sus escasos bienes en renqueantes autocares que crujían bajo el peso de los bultos y paquetes; en taxi, a pie, en bicicleta o a lomos de asnos, los árabes palestinos cruzaron las fronteras, creyendo que hallarían, contrariamente a sus vecinos judíos, un lugar que los acogiera. Se equivocaban. Como se equivocaron los hijos de Ambara Jalidy al prometer a su madre que volverían.

29

«¡ID, PUES, A TIRAR VUESTRAS PIEDRAS!»

Pese al secreto que envolvía, el martes 11 de mayo de 1948, aquella sesión extraordinaria, grupos de policías rodeaban el imponente edificio del Parlamento egipcio. Este despliegue de fuerzas atestiguaba el éxito obtenido por la campaña de Prensa emprendida el mes anterior para despertar el ardor guerrero de la población. Los resultados superaron todas las esperanzas, y las autoridades temían que la secta extremista de los Hermanos Musulmanes lanzara a las excitadas masas a las calles de El Cairo.

El mismo rey Faruk contribuyó a dar a El Cairo un clima de guerra al pavonearse por los cabarets con uniforme de mariscal. A fin de que toda su corte se comportase al unísono, decretó obligatorio el uso del uniforme y otorgó grados militares a sus hermanas y a sus cortesanos.

En las bóvedas del Parlamento real la atmósfera era lúgubre. Con la mirada grave, asiendo nerviosamente las hojas del discurso que pasó la mañana redactando, Mahmud Nukrachy Pachá se levantó. Desde lo alto de la tribuna, contempló largamente el hemiciclo aplastado por el silencio. Eran las seis de la tarde. Había llegado el momento que tanto quiso evitar el Primer Ministro. Con calma y firmeza, rogó a la asamblea que votara la declaración de guerra al futuro Estado judío de Palestina.

Sólo una voz se elevó para protestar.

—¿Está listo el Ejército? —preguntó su predecesor, Ahmed Sidki Pachá.

—Lo estará. Me comprometo a ello —respondió, sin más explicaciones, Nukrachy, imperturbable entre los murmullos y gritos que habían acogido la pregunta.

En dos horas, todo había terminado. Los representantes del pueblo egipcio doblegaron al Primer Ministro. Votaron la guerra, el estado de sitio, y para su Ejército, un crédito suplementario equivalente a tres mil millones de francos.

De los cuarenta mil hombres que integraban este Ejército, quince mil formaban ya una especie de cuerpo expedicionario reunido en torno al puerto de El Arish, en el Sinaí. Si ahora disponían de mapas de carreteras de Palestina, no habían recibido, sin embargo, ni una sola cocina de campaña, únicamente cuatro batallones estaban listos para combatir. El comandante adjunto de las tropas, un coronel sudanés llamado Mohamed Neguib, informó a sus superiores precisando que se encaminaban al

desastre.

—¡Absurdo! —respondió el general en jefe, Ahmed Alí el Muawi—. Nuestras tropas no encontrarán verdadera oposición y, de todas formas, el deber del Ejército es cumplir las órdenes, no discutirlas.

Quinientos kilómetros al Norte, ochocientos hombres que acababan de reforzar las huestes de los ejércitos árabes desembarcaron en el puerto libanés de Sidón. Con albornoces de lana color crema colgando sobre sus hombros y un pequeño ejemplar del Corán oculto en una bolsita de cuero pendiente del cuello, aquellos voluntarios marroquíes aportaban la contribución de África del Norte a la futura *djihad*. Con gesto solemne, el presidente del Líbano, Riad Solh, los puso en la carretera de Jerusalén. Luego, satisfecho, el hombre que convenció a Faruk a que entrase en guerra, regresó a su capital para efectuar otro gesto, que revelaría de forma punzante la naturaleza fratricida del conflicto. Encargó a un destacamento de su minúsculo Ejército que asegurase la protección del viejo barrio judío de Beirut.

Fiel a su vocación histórica, la capital de los califas omeyas era, de todas las ciudades árabes, la que más mostraba su bélico ardor. Los carros blindados de la brigada siria desfilaban cada día por las calles de Damasco entre las frenéticas ovaciones de miles de habitantes. Respondiendo a la llamada del presidente del Consejo, Jamil Mardam, el Parlamento sirio votó, a su vez, la declaración de guerra al futuro Estado judío y decretó el cierre de las fronteras, a toda circulación, dos horas antes de la expiración del mandato británico en Palestina. A fin de instruir a cinco mil nuevos reclutas, el Parlamento votó un crédito de seis millones de libras sirias. Paradoja significativa, esta suma procedía del impuesto satisfecho por los jóvenes sirios deseosos de escapar al servicio militar.

En el «Hotel Orient Palace», santuario de la intriga en Damasco, Hadj Amin circulaba de salón en salón protegido por su inseparable chaleco blindado. El Mufti esperaba otro desenlace. Sus combatientes de la guerra santa no habían sido capaces de arrojar a los judíos al mar. Apenas podían defender los territorios que ocupaban. El destino de Palestina reposaba ahora en otras manos: las que conducían a los ejércitos árabes regulares y, sobre todo, las de su rival, el monarca de Ammán.

Durante una sesión secreta del Consejo de Guerra árabe, Abdullah consiguió, tras dos días de agrias discusiones, contrarrestar el proyecto favorito de Hadj Amin: proclamar, a la marcha de los ingleses, un Estado árabe en Palestina bajo la égida de su Alto Comité. El Consejo decidió que fuese confiada a la Liga la administración de todos los territorios de Palestina que iban a pasar bajo control árabe.

Pero Hadj Amin no se daba por vencido. Tras haber felicitado a su protector, Faruk, por su entrada en la guerra, envió un mensaje secreto al Cuartel General del Ejército egipcio en El Arish para recomendar que las tropas no fuesen dirigidas hacia Tel-Aviv, sino hacia Jerusalén. Tras doce años de exilio, Hadj Amin seguía siendo el

Gran Mufti de la ciudad Santa. Solamente desde sus murallas podría volver a tomar el control de Palestina, y su esperanza más segura se cifraba en el Ejército egipcio. Pero sabía demasiado bien que sus oportunidades de regresar a Jerusalén serían muy escasas, tanto en el caso de una victoria de Abdullah como de los judíos.

La vieja escollera se adentraba en el agua resplandeciente de sol. Sus gastados pilares habían sido plantados en el fondo del golfo de Aqaba, treinta y un años antes, para recibir las armas que permitieron a T. E. Lawrence conquistar Damasco. Ahora se descargaban las municiones de una nueva campaña. Constituían una parte importante del material de guerra comprado por John Bagot Glubb gracias a los millones de libras esterlinas que sus compatriotas ofrecieron a la Liga Árabe, con ocasión de su visita a Londres, en febrero.

Este dinero permitió también reclutar al joven teniente, enamorado de la aventura, que aseguraba el destino de las armas. Nigel Brommage requisó veintisiete camiones, todos los que pudo hallar al sur de Transjordania, para transportar esos millones de balas a través del desierto hasta Ma'an, punto de partida del ferrocarril. Cuarenta y ocho horas después llegaría otro cargamento, más importante aún: seis mil obuses para la artillería de la Legión Árabe.

Estos dos cargamentos constituían la primera etapa de los preparativos del ejército del rey Abdullah. Cediendo a sus instancias, el Gobierno británico aceptó entregar oficialmente a los transjordanos las municiones necesarias para una guerra total de treinta días. De hecho, la Legión Árabe había obtenido mucho más. Antes de su salida de Palestina, los británicos arrojaban cada noche al mar Muerto sus reservas de municiones. Gracias a sus relaciones, Glubb desvió una gran parte de éstas hacia los camiones de sus tropas. Además los subsidios de Gran Bretaña, permitieron a la Legión Árabe aumentar sus efectivos. Contaba entonces con siete mil hombres, de los que cuatro mil quinientos estaban repartidos en cuatro regimientos motorizados. A los ojos de los transjordanos, ningún tocado era más prestigioso que el *keffieh* a cuadros blancos y rojos, de los legionarios, y ningún honor tan ansiado por los beduinos de las tribus Bani Sakr y Howeitat como el de llevarlo. Todos voluntarios, perfectamente disciplinados y entrenados, los legionarios de Glubb formaban la única fuerza militar que atemorizaba a los soldados de la «Haganah».

Su armamento pesado británico había probado ya su valor contra el Afrikakorps. Los cañones anticarros del 55, los grandes cañones del 88 de campaña, los morteros de tres pulgadas y el enjambre de cincuenta autocañones «Marmon Harrigton» color de arena, constituían los florones de su fuerza blindada. Con un motor de ocho cilindros y cuatro marchas, un cañón del 37, reforzado con una ametralladora pesada, sesenta obuses y mil quinientas balas en cada torreta, aquellos autocañones eran la punta de lanza de la Legión Árabe. Finalmente, Glubb seleccionó con cuidado, para mandarlo, un pequeño grupo de oficiales de carrera, ingleses, que habían combatido

en Birmania, Creta, El-Alamein y el Rin.

Pese al potente equipo con que había dotado a su Legión Árabe, Glubb Pachá no tenía intención de enviarla sobre Tel-Aviv. Los límites que asignó a sus fogosos blindados seguían las fronteras votadas por las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947. Tal como reveló la misión secreta del coronel Goldie cerca de la «Haganah», Glubb tenía como principal preocupación respetar el acuerdo territorial concluido entre Ernest Bevin y el Primer Ministro transjordano, Abu Huda. Ordenó formalmente a sus oficiales británicos mantener sus unidades en el interior de las zonas otorgadas al Estado árabe.

La conferencia militar de Ammán atribuyó a la Legión Árabe el frente que se extendía desde Jerusalén hasta Nablus, y a los egipcios, el del Sur, hasta Belén. En cuanto a los sirios e iraquíes, debían —ironizaba Glubb— «entrar en Galilea como lobos en un rebaño».

Glubb había analizado muchas veces el aspecto estratégico de la situación. Sabía que desde el este de Haifa hasta Berseba, al Sur, una larga cadena de colinas obstaculizaba el acceso al corazón de Palestina a todo ejército procedente de la costa. Como quiera que sólo consideró «librar un simulacro de guerra», se propuso que su ejército montara guardia a lo largo de aquella cadena montañosa, listo para contrarrestar toda intentona judía de infiltración.

El plan comportaba un solo imponderable: Jerusalén. El general inglés no experimentaba ningún sentimiento particular por la ciudad. Sus árabes y él vivían en el desierto. Por razones tanto militares como políticas, estaba decidido a mantener la Legión fuera de la Ciudad Santa. La superior potencia de fuego de sus beduinos sería derrochada en un combate callejero para el que estarían menos entrenados que sus adversarios. Calculó que la conquista de Jerusalén necesitaría más de dos mil hombres, o sea, casi la mitad de sus fuerzas. El privilegiado estatuto de la ciudad le obligaba, además, a una extrema circunspección, y, por otra parte, existía la esperanza de internacionalización, que propugnaba aún Gran Bretaña, a la que, ante todo, había hecho juramento de fidelidad. Ninguna de las órdenes de Glubb a sus oficiales fue, pues, más perentoria que la que concernía a Jerusalén. La pesadilla que angustiaba a David Shaltiel parecía injustificada. Si John Glubb podía decidir por sí solo, jamás los autocañones de la Legión Árabe aparecerían en las colinas de Jerusalén.

Pero otras voces iban bien pronto a oponerse a la decisión del general inglés de no ofrecer a sus legionarios más que un «simulacro de guerra». Subyugados por la misma oleada de propaganda y gloriosas promesas que las de Damasco, Bagdad y El Cairo, las masas populares de Ammán preveían una verdadera guerra. Durante todo el día las multitudes desfilaron a través de las polvorientas calles de la ciudad, celebrando de antemano los éxitos de su ejército en los campos de batalla de la guerra santa. Los relatos de los árabes que huyeron de Palestina y la ininterrumpida marea

de aquellos que acudían en busca de armas, mantenían a la población jordana en una permanente excitación. Una delegación de notables árabes de Jerusalén participaba en ese incesante ir y venir. Los partidarios del Mufti no dudaron en comerse su orgullo y en pedir armas a su enemigo Abdullah, subrayando, con inagotables argumentos, el golpe que significaría para la causa árabe la pérdida de Jerusalén.

El monarca apreciaba sus demostraciones con una satisfacción muy particular. No era necesario que se le recordase la importancia de Jerusalén. La ciudad figuraba en el primer plano de sus ambiciones. Sin embargo, no podía disimular el desprecio que le inspiraban sus interlocutores.

—Después de haber reunido, durante toda su vida, fondos para pagar a los asesinos al servicio del Mufti, ¿osan ustedes venir a pedirme dinero? —espetó al tesorero del Alto Comité Árabe.

Pero sus visitantes no parecieron sorprendidos.

—Nuestras municiones están casi agotadas —suplicaron—, y pronto tendremos que defender Jerusalén con piedras.

—Bien —replicó fríamente el rey—, ¡id, pues, a tirar vuestras piedras y a morir!

Aquella misma noche, un vehículo se deslizó discretamente ante la entrada de servicio de la residencia de Sir Alec Kirkbride. Iba a recoger al embajador británico en Ammán para conducirlo al otro extremo de la ciudad, donde le aguardaban el secretario general de la Liga Árabe. Varios días antes, Azzam Pachá ya se había entrevistado con el Alto Comisario británico en Palestina para solicitar una prolongación de la ocupación inglesa en Jerusalén. Kirkbride halló al árabe «preocupado, como inquieto por embarcarse en la guerra».

Ignorando las garantías que el embajador de Gran Bretaña en El Cairo dio al Primer Ministro egipcio Nukrachy Pachá, Azzam Pachá reclamó, a su vez, la seguridad de que el Ejército inglés no perturbaría las comunicaciones árabes en la zona del Canal de Suez en caso de conflicto. Kirkbride respondió que esta eventualidad le parecía improbable, teniendo en cuenta la política seguida en la región por el Gobierno de Su Majestad. Sin embargo, le dijo que consultaría a Londres al respecto, aun haciendo observar que, si estaba proyectada una intervención británica, tal intención no sería revelada. De todas formas, la respuesta sería negativa.

Estos propósitos no parecieron calmar los temores del dirigente árabe. Sin embargo, reflejaban exactamente la actitud de Gran Bretaña: al Foreign Office no le desagradaba en realidad que los árabes entraran en guerra. Aparte el comportamiento, más bien decepcionante, de las tropas de Hadj Amin, los acontecimientos casi se habían desarrollado como había previsto la diplomacia británica. Los expertos de Whitehall estimaban que el conflicto sería «de una duración relativamente corta, y que una decisión de las Naciones Unidas podría, eventualmente, poner fin al mismo».

El propio Bevin aconsejó oficiosamente, a un amigo árabe palestino: «Sea cual fuere la acción que ustedes emprendan, han de estar seguros de triunfar en quince días. Nosotros podremos, quizás, ayudarles durante dos semanas. Después, sólo podremos actuar en el plano diplomático».

Bevin y sus colaboradores preveían «fulminantes éxitos árabes en esta batalla». Su adjunto, Sir Harold Beeley, recordaría más tarde: «Teníamos, en particular, grandes dudas en cuanto a la suerte de la Jerusalén judía. La situación de los judíos parecía tan precaria, que creímos que no podrían aguantar. No intentamos disuadir a los árabes de comprometerse en la guerra, pero éramos prudentes. Sería más correcto decir que si no animábamos a los Estados árabes a entrar en Palestina, tampoco los desanimábamos».

El análisis del representante de Gran Bretaña en Ammán sería infinitamente más sincero. Veinte años después, Sir Alec Kirkbride notaría con ironía: «Simplemente, dábamos la leña verde a los árabes».[19]

A casi ciento veinte kilómetros al noroeste de Ammán, un vehículo se detuvo ante un puesto de control de la Legión Árabe. El centinela entrevió a la gruesa matrona con velo negro, arrellanada en el asiento posterior. A su lado se hallaba un hombre rechoncho, tocado con un gorro de astracán. El conductor se inclinó hacia el soldado y murmuró:

—Zurbati.

No era una contraseña, sino su nombre, el de un iraquí kurdo analfabeto que se había convertido en el hombre de confianza del rey Abdullah. El soldado se puso respetuosamente en posición de firme, saludó e hizo señal al vehículo para que continuase.

Diez veces seguidas, durante las tres horas que duró el trayecto el nombre de Zurbati fue un sésamo infalible. En el asiento, sus dos pasajeros guardaban silencio. Tras su velo, la mujer observaba con terror los carros blindados de la Legión Árabe que se cruzaban con ellos descendiendo hacia el Jordán. Llegado a Ammán, el misterioso conductor los llevó ante la escalinata de una mansión de piedra situada al otro lado de un arroyo, que la separaba del palacio real. Allí fueron introducidos en un salón circular, de color verde, adornado con una monumental chimenea de tejas negras. Bebían la ritual taza de té con menta cuando la pálida silueta de su anfitrión apareció en el umbral. La mujer vestida de árabe se levantó y saludó al rey de Transjordania con un amable *shalom*.

Golda Meir arriesgó su vida en aquella noche del 10 de mayo de 1948 para buscar por última vez cerca del soberano beduino el favor que significan a la vez el *shalom* hebreo y el *salam* árabe: la paz. David Ben Gurion la envió para recoger un bien más preciado que todos los fondos sionistas del mundo: la seguridad de que la Legión Árabe se mantendría fuera del inminente enfrentamiento.

Teniendo en cuenta las primeras intenciones de Abdullah y de la reciente gestión de Glubb cerca de los judíos, esta empresa podía parecer fácil. Sin embargo, la situación se había deteriorado considerablemente desde la entrevista del coronel Goldie con el representante de la «Haganah». Golda Meir encontró al ley «cansado y nervioso». Los llamamientos a la guerra procedentes de los *suks* de su capital habían quebrantado su resolución. Los jefes de los demás países árabes lo habían cogido entre sus redes y privado de su libertad de maniobra. Si aún esperaba sus ambiciosos designios —anexionarse la Palestina árabe—. Las circunstancias le habían obligado a cambiar la táctica. En principio, intentó disuadir a sus compañeros de los proyectos de invasión. Con tal objeto, encargó a su médico, el doctor El Saty, que solicitara de los dirigentes judíos ciertas concesiones territoriales, a fin de poder convencer a sus aliados de las ventajas que suponía buscar la paz en vez de comprometerse en un conflicto armado.

Este mensaje fue el que puso en marcha a Golda Meir. Envuelta en una manta, rodó desde Jerusalén en una avioneta abierta a todos los vientos. En Haifa, una modista le hizo a toda prisa el vestido árabe con el que se disfrazó para su insólita visita.

Cara a cara por segunda vez, los representantes de las dos ramas de la raza semita —un rey beduino cuyos antepasados poblaban la península de Arabia desde hacía siglos, y la hija de un carpintero de Kiev, a la que un lazo histórico y religioso, aún más antiguo, unía a aquella tierra— emprendieron un último esfuerzo por evitar el enfrentamiento de sus dos pueblos.

El rey enumeró las transacciones que su médico-embajador había ya sugerido a los representantes de la «Agencia Judía»: rechazar la proclamación del Estado judío y conservar la unidad de Palestina, respetando siempre la autonomía de los judíos en sus sectores, y luego determinar su destino por la elección de un Parlamento constituido, a partes iguales, entre los miembros de las dos comunidades. Deseaba la paz —aseguraba—, pero si los judíos rechazaban sus proposiciones, temía que la guerra fuese inevitable.

Golda Meir respondió al monarca que sus condiciones no eran aceptables. Los judíos de Palestina deseaban sinceramente la paz con sus vecinos árabes, pero no al precio de renunciar a su aspiración esencial: una tierra para ellos. No obstante, si seguía estando dispuesto, como lo había demostrado en su entrevista de noviembre, a contentarse con la anexión de la parte árabe de Palestina, entonces podrían llegar a un acuerdo. La «Agencia Judía» accedía a respetar las fronteras establecidas por las Naciones Unidas mientras reinara la paz. Si estallaba la guerra —anunció Golda Meir pausadamente—, su pueblo se batiría por doquier pudiese y mientras tuvieran fuerzas. Precisó que estas fuerzas habían aumentado sensiblemente durante los últimos meses.

Abdullah reconoció que los judíos «deberían rechazar toda agresión». Pero la situación había cambiado radicalmente desde su primera entrevista. Deir Yassin había inflamado a las masas árabes.

—Entonces, yo estaba solo —explicó—. En estos momentos represento a un país entre otros cinco, y he descubierto que no puedo tomar ninguna decisión por mi cuenta.

Golda Meir y Ezra Danin —el brillante orientalista que la acompañaba—, recordaron al rey Abdullah que los judíos eran sus únicos amigos verdaderos.

—Lo sé muy bien —suspiró—. No me hago ninguna ilusión. Creo de todo corazón que es la Divina Providencia la que los ha conducido hasta aquí, y la que ha devuelto a ustedes —pueblo semita exiliado en Europa, a cuyo progreso tanto han contribuido— al Oriente semita, que tiene necesidad de sus conocimientos y de su espíritu de iniciativa. Pero las condiciones son difíciles. Tengan paciencia.

Golda Meir subrayó que el pueblo judío había tenido paciencia durante dos mil años. La hora de su soberanía había sonado ya y no podía ser diferida por más tiempo. Si no podían discutirse los términos de un acuerdo sobre otras bases, y si Su Majestad prefería la guerra —declaró— «entonces me temo que haya verdaderamente guerra». Su país la ganaría, y quizá se volvieran a encontrar de nuevo tras el conflicto, en calidad de representantes de dos Estados soberanos.

La conversación alcanzó su momento critico. Aún hubiera sido posible un acuerdo si el rey hubiera confirmado sus verdaderas intenciones. Pero se abstuvo, y se llevaría a la tumba las razones de su silencio. Los historiadores formularon más tarde una hipótesis: quizá la anexión de la Palestina árabe le pareciese un propósito tan peligroso, que sólo lo conocieran aquellos que tenían la responsabilidad de realizarlo: Sir John Glubb y sus oficiales británicos de la Legión Árabe.

—Estoy afligido —dijo a sus visitantes—. Deploro por adelantado los derramamientos de sangre y las futuras destrucciones. Sí, esperemos que nos volvamos a encontrar de nuevo y que no se hayan roto nuestras relaciones.

Había terminado la entrevista que habría podido evitar el conflicto entre árabes y judíos. Antes de emprender aquel viaje Golda Meir confió a Ezra Danin que «iría hasta el infierno» para salvar la vida de un solo combatiente judío. Se levantó, tristemente consciente de no haber salvado aquella noche la menor vida.

En el umbral, Ezra Danin se volvió hacia el soberano. Se conocían desde hacía años.

—Sire —aconsejó—, tenga cuidado cuando vaya a rezar a la mezquita y cuando deje a su gente acercarse para besar su ropa. Un día, alguien intentará matarle.

—Amigo mío —respondió el rey—, soy un hombre libre y un beduino. No pienso romper con las tradiciones de mis padres y convertirme en prisionero de mis guardias. Nuestro destino está en manos de Alá.

Se estrecharon la mano. La última imagen que Golda Meir se llevó del monarca árabe fue la de un hombrecillo vestido de blanco que le dirigía, desde lo alto de la escalera, «suave y tristemente, una señal de adiós».

30

POR UN SOLO VOTO

Las melancólicas notas de un acordeón flotaba en la noche de Kfar Etzion. A la vez nostálgico y provocativo, el poeta vienes Zvi Ben Josef cantaba su última obra ante el grupo de jóvenes judíos reunidos en torno a él. «Si caigo, amigo, toma mi fusil y véngame», cantaban a coro los chicos y chicas de la «Haganah». Mejor que cualquier otra cosa, aquel verso traducía el estado de ánimo de los quinientos cuarenta y cinco colonos que acechaban, en aquella noche del 11 de mayo, la oleada final sobre sus infortunadas colinas.

Los acontecimientos se precipitaron desde la emboscada al convoy en Nebi Daniel, seis semanas antes. El 12 de abril, la colonia recibió la misión que justificaba, en parte, su existencia: hostigar la circulación árabe entre Hebrón y Jerusalén. Luego, el 30 de abril, para aliviar a los combatientes de Katamon, los colonos recibieron la orden que iba a sellar un destino. Los guardianes del bastión que protegía Jerusalén por el Sur debían interceptar la carretera para impedir la llegada de refuerzos árabes desde Hebrón.

Con el semblante arrugado por los años pasados en los campos de concentración nazis, el comandante de Kfar Etzion, Moshe Silberschmidt, arengó a sus hombres recordándoles su divisa: *Netsah Yerushalayim*. (Por la eternidad de Jerusalén). Construyendo barricadas, cortando las comunicaciones telefónicas, tendiendo emboscadas, destruyendo los puentes, estaban tan perfectamente impuestos de su misión, que los árabes no podían ignorar el reto que se les lanzaba. La madrugada del 4 de mayo se produjo lo inevitable. Aquel día, por primera vez en Palestina, los combatientes judíos descubrieron la guerra tal como David Ben Gurion la había profetizado desde hacía tanto tiempo: una guerra de tropas regulares con uniforme, marchando al asalto tras una pantalla de carros blindados.

Decidida a aniquilar, antes de la salida de los ingleses, aquella posición estratégica, la Legión Árabe atacó. Dos pelotones de autocañones abrieron fuego ante el puesto avanzado de los colonos, un pequeño monasterio ortodoxo ruso abandonado, al borde de la carretera de Jerusalén. Luego, reforzada por centenares de campesinos, la infantería beduina entró en acción. No pudiendo detener a los carros blindados, los defensores del monasterio se vieron obligados a replegarse hacia el centro de la colonia, de donde los asaltantes sólo estaban a quinientos metros. Un mensaje garrapateado de prisa salvaría a la colonia aquel día. Preocupado sólo de

reabrir la carretera de Hebrón, pero no de comprometerse a una batalla de importancia, Glubb Pachá ordenó al oficial que dirigía el ataque que interrumpiera el combate y regresara con sus fuerzas a sus posiciones de partida. Privado de una victoria que creía conseguida, el comandante Abdullah Tell juró a los campesinos:

—¡Volveremos!

Al día siguiente, ante la fosa común excavada bajo los frutales floridos de la colonia, Moshe Silberschmidt pronunció el elogio fúnebre de las doce nuevas víctimas de Kfar Etzion.

—¿Qué valen nuestras vidas? —preguntó a sus soldados—. Nada, en comparación con nuestra misión. Recordad: lo que nosotros defendemos aquí son las murallas de Jerusalén.

Aquella noche, un colono registró en su Diario: «Tenemos la sensación de estar comprometidos en una carrera contra el tiempo». En efecto, aquellos últimos días y noches, como los topos, los habitantes de Kfar Etzion cavaron nuevas trincheras y reforzaron sus posiciones contra aquel nuevo y devastador peligro: la artillería.

Aquellos hombres y mujeres, que juraron no darse ningún reposo antes de haber cubierto de frutos aquellas ingratas colinas, iban ahora a afrontar la perspectiva de vivir —como había prometido su jefe— «una nueva epopeya de la Masada», aquella histórica guarida donde los últimos celotes judíos resistieron a los romanos antes de perecer en un suicidio colectivo. «Al menos —escribió uno de ellos en una última carta— podemos alegrarnos de estar en condiciones de llevar a cabo lo que no pudo hacer la juventud de los ghettos de Europa: sublevarnos contra el enemigo con las armas en la mano».

Sin embargo, cuando la noche del 11 de mayo, calló el acordeón de Zvi Ben Josef en Neveh Ovadia, estallidos de risa resonaron de nuevo a través de la colonia. Durante algunas horas, entre un turno de guardia y un breve sueño, los jóvenes defensores de Kfar Etzion encontraron el medio de olvidar.

Esta tregua sería breve. Al dejar a la joven enfermera a la que había acompañado al hospital, Jacob Edelstein tuvo un presentimiento. En los bosques de su Polonia natal se batió con los partisanos contra los soldados de la Wehrmacht, y reconoció instintivamente la amenaza que pesaba sobre Kfar Etzion.

—Escucha —dijo Edelstein a su amiga—, estoy seguro de que están a punto de regresar. Tengo miedo de que no nos veamos más.

Tenía razón. La Legión Árabe regresaba. Al mando de su general británico, decenas de soldados subían a sus autocañones y half-tracks. En Hebrón y en los pueblos circundantes, los partisanos también se ponían en marcha. Todos se dirigían hacia Kfar Etzion.

El ataque se inició a las cuatro de la madrugada del miércoles 12 de mayo. Sacado de su cama por las primeras explosiones de obús, Jacob Edelstein se puso un

albornoz sobre el pijama y corrió hasta su puesto. Al saltar a la trinchera distinguió los primeros resplandores grises de la aurora a través del halo de bruma que coronaba las colinas. No se había equivocado. Comenzaba la última batalla de Kfar Etzion.

Abdullah Tell, el comandante de la Legión Árabe, era fiel a su juramento. Convencido de que la colonia era «un puñal clavado en nuestra espalda, que se había de extirpar antes de que los judíos pudieran consolidar su posición», recurrió a una astucia para justificar su ataque ante Glubb Pachá: encargó a uno de sus subordinados, el capitán Hikmet Muhair, que anunciara por radio al jefe de la Legión que uno de sus convoyes había caído en una emboscada judía. Para estar seguro de que su asalto acabaría por exterminar completamente a la colonia había ordenado, además, a Muhair, que pidiera refuerzos durante todo el día, con el pretexto de que los violentos contraataques judíos ponían en dificultades a sus tropas.

Muhair se lanzó con una compañía de infantería, un pelotón de autocañones y centenares de partisanos. Su asalto seguía dos ejes. Un pelotón debía apoderarse de una prominencia llamada «El Sillón del *mujtar*» y abrirse camino hasta el bosquecillo de pinos y cipreses que se encontraban al sur de los edificios del kibbutz principal. El grueso de sus fuerzas adoptaba la táctica ya utilizada para el ataque del 4 de mayo. Tras un bombardeo intensivo los legionarios se apoderaron del monasterio ruso, desde donde podrían profundizar hacia el corazón de Kfar Etzion. Luego, sus autocañones y una banda de partisanos presionarían hacia el Norte, hasta un cerro llamado el «Árbol solitario» a causa del enorme roble que se levantaba en él. Cuando sus fuerzas de asalto alcanzaran esta posición, el kibbutz central de Kfar Etzion quedaría aislado de sus tres satélites: Massuot, Revadim y Ein Tsurim, situados a algunos centenares de metros, al Norte y al Oeste. Muhair lanzaría entonces sus autocañones hacia el kibbutz principal, antes de liquidar las demás colonias una a una.

El ataque al monasterio fue breve y mortífero. Con sus posiciones pulverizadas por los cañones, sus trincheras destrozadas y sus refugios deshechos, los defensores del edificio debieron retirarse, abandonando tras ellos numerosos heridos. Acosados por los obuses y la ráfagas de una ametralladora pesada, los supervivientes se abrieron paso hacia el kibbutz, saltando a los agujeros abiertos por los obuses. Zvi Ben Josef, el poeta cuyas canciones habían animado la última velada en Neveh Ovadia, fue mortalmente herido. Vivió lo suficiente para ver que el estribillo de su canción se convertía en realidad; un compañero se apoderó de su metralleta y siguió disparando sobre los árabes que se acercaban. Varios minutos después, otra bala puso fin a la feroz voluntad de Moshe Silberschmidt de renovar la epopeya de la Masada. El superviviente de cuatro años pasados en los campos de concentración hitlerianos cayó a escasos metros de su amigo poeta.

Una vez conquistado el monasterio, Muhair y sus árabes se lanzaron hacia otro

punto de apoyo que les obstruía el camino del «Árbol solitario». Situada sobre una loma, esta posición estaba ocupada por dieciocho judíos armados con una ametralladora «Spandau» y con el único mortero de la colonia. Al cabo de una hora, con su jefe muerto, su ametralladora estropeada y el percutor de su mortero roto, los defensores debieron replegarse, a su vez, hacia Kfar Etzion.

Abriéndose paso protegidos por un cañoneo devastador, los árabes se dirigieron entonces hacia el «Árbol solitario», donde les aguardaba el único fusil anticarro de Kfar Etzion: un viejo bazooka inglés. Los diez proyectiles aproximadamente que disparó no causaron efecto alguno al avance de los autocañones, por lo que sus servidores se replegaron llevándose su preciosa arma. Los árabes escalaron entonces una pequeña colina jalonada de piedras blancas, donde se encontraba la central telefónica. Cuando hubieron agotado todas sus municiones, los operadores destrozaron sus aparatos a hachazos y se retiraron. En adelante las comunicaciones telefónicas estarían cortadas entre los cuatro kibbutz, como lo estarían también, cuatro días después, las comunicaciones terrestres.

Pese a las graves pérdidas, el capitán Muhair había alcanzado el primer objetivo de su plan. A las diez horas treinta minutos, había dividido Kfar Etzion en cuatro islotes. Sólo le restaba aniquilarlos uno a uno.

En el pequeño despacho de su casa de Tel-Aviv, donde había tomado la mayor parte de las grandes decisiones de su vida, David Ben Gurion se aprestaba a dirigirse a la reunión más importante en la que jamás hubiera participado. Dentro de algunas horas, los miembros del «Consejo Nacional de los Trece» —el organismo que había sido creado para remplazar a la «Agencia Judía» y constituir un Gobierno provisional — iban a proclamar o a aplazar el nacimiento del Estado judío. La seria advertencia del Secretario de Estado, Marshall, y la amenazante presencia de los ejércitos árabes en las fronteras de Palestina encontraron tal eco entre sus miembros, que el resultado del escrutinio parecía indeciso. Ben Gurion no dudó en enviar una avioneta a Jerusalén para traer a un anciano rabino ultraortodoxo, con cuyo voto sabía que podía contar.

La elección de Ben Gurion estaba hecha desde hacía tiempo. Se hallaba perfectamente de acuerdo con el anciano sabio, al que tan a menudo había disputado la dirección del movimiento sionista. Era necesario proclamar el Estado judío: ahora o nunca. Si el pueblo judío se volvía atrás en aquel día decisivo, su duda podía serle fatal y privarlo para siempre de una soberanía por la que tanto había luchado. Ya que, al invitar a los judíos a diferir la proclamación de su Estado y a aceptar la tregua, los Estados Unidos dejaban entender que ese plazo serviría para un nuevo examen de la cuestión palestina. Todo nuevo proyecto obligaría fatalmente a los judíos a hacer determinadas concesiones a los árabes, disminuyendo así los beneficios políticos adquiridos después de tres años por el movimiento sionista. Si renunciaban a

proclamar inmediatamente su Estado y crear una situación irreversible en Palestina, los judíos se verían bien pronto obligados, por el concierto de las naciones, a abandonar su sueño en provecho de alguna otra solución al drama palestino.

Además, y pese a la estima que se sentía por Marshall, Ben Gurion no creía que se impidiera la invasión árabe difiriendo la creación del Estado. Sólo los atributos de la soberanía nacional permitían a los judíos organizar su defensa y asegurar su supervivencia. Podrían, como los árabes, comprar abiertamente las armas, que su propia flota llevaría a Palestina. Y sólo un Estado daría a su pueblo la identidad nacional que sostendría su fe en las pruebas venideras.

Sus adversarios en el seno del Consejo Nacional veían en la tregua, ante todo, una ocasión de ganar tiempo. Temían que una excesiva precipitación lanzara a los árabes a un asalto general y comprometiera definitivamente la creación del Estado por el que el pueblo judío había luchado durante tantos años. Seis millones de los suyos desaparecieron en el holocausto nazi. ¿Tenían derecho ellos, jefes del pueblo judío, a correr los riesgos de otra matanza y ver destruir el único crisol en el que pudiera forjarse la resurrección nacional judía? Además, no se les ocultaba que determinadas divisiones intestinas —parecidas a las que minaban a los ejércitos árabes— roían también su ejército.

Este problema existía ya en la naturaleza misma de la «Haganah». En la hipótesis de la proclamación del Estado y del conflicto que seguiría, la «Haganah» debería convertirse en un auténtico ejército. Y el ejército que Ben Gurion proponía como modelo a sus soldados era el que se preparaba a abandonar Palestina: el Ejército británico. Estimaba que la mayoría de los jefes de la «Haganah», formados en la clandestinidad, no habían sabido siempre «lo que eran verdaderamente un Estado y una guerra». Estaban acostumbrados a defender las colonias agrícolas, cuando lo que deberían librar era una verdadera guerra.

—En caso de guerra, si usted toma a un habitante de Tel-Aviv —le gustaba repetir — y lo pone ante Berseba, deberá estar dispuesto a dar su vida no por Berseba, sino por el Estado.

A fin de preparar la «Haganah» para esta adaptación, Ben Gurion, instintivamente, confiaba en los oficiales que habían participado en la Guerra Mundial en el Ejército británico, no en los que habían vivido en Palestina.

Esta actitud provocó el resentimiento de los cinco mil doscientos combatientes que formaban la élite de las fuerzas judías: el «Palmach». Una camaradería especial unía entre sí a todos aquellos hombres, tanto a los oficiales como a los soldados. Sin dar importancia a las señales externas de la disciplina militar, ponían su fuerza en una solidaridad y una confianza mutuas, que se expresaban en el combate por una especie de pasión, que se traducía en una extrema flexibilidad de acción. Experimentaban un vivo sentimiento de superioridad, que los llevaba a despreciar a las demás unidades y

a replicar e incluso a no cumplir las órdenes dadas por los oficiales de la «Haganah». No dudaban en completar su armamento entregándose a audaces incursiones en los depósitos de abastecimientos de la «Haganah». Sobre el terreno, su táctica se reveló extremadamente eficaz durante todo el período del Mandato. Pero en la nueva situación, Ben Gurion temía que sólo condujese al desastre. Además, la mayoría de los dirigentes del «Palmach» procedían de los kibbutz de sus rivales políticos del partido «Mapam», una formación socialista aún más de izquierdas que su propio partido «Mapai», y también que el «Palmach» se convirtiese algún día en el instrumento de un golpe de Estado izquierdista. El «Palmach» había tenido siempre un mando distinto, técnicamente subordinado al Estado Mayor de la «Haganah», desde luego, pero independiente de él. Una fuerza armada autónoma y politizada hasta tal punto constituía, a los ojos de Ben Gurion, un peligro que no podía tolerar el nuevo Estado. Así, ya había tomado disposiciones para someter al «Palmach» a un control más estrecho. Comenzó por suprimir el puesto de Israel Galili, su representante en el seno del Alto Mando de la «Haganah». Las protestas suscitadas por esta medida obligaron a Ben Gurion a hacer marcha atrás en su decisión y reponer a Galili en su puesto; pero el incidente indicaba que los días del «Palmach», como fuerza autónoma, estaban contados.

Sobre el papel, la situación de los judíos no era tan desesperada como parecía. La «Haganah» podía apoyarse en un efectivo de sesenta mil hombres militarmente instruidos. Un tercio de estos soldados-ciudadanos, adquirieron su experiencia en la «Brigada Judía» o en alguna otra fuerza armada durante la Segunda Guerra Mundial. Veintiocho mil emigrantes, la mayoría de edad militar, aguardaban, en los campos de internamiento ingleses de Chipre, que los barcos los transportasen a Palestina al final del Mandato. Otros estaban ya en camino, a bordo de navíos abarrotados procedentes de Europa.

Pero aquel 12 de mayo, las unidades de choque del ejército judío no contaban ni siquiera con veinte mil hombres en total. Se componían de seis brigadas de la «Haganah» y dos brigadas del «Palmach». Dos de ellas se hallaban estacionadas en el Norte para defender Galilea y la faja costera al norte de Haifa; dos más protegían las vías de acceso al sur de Tel-Aviv; otras dos estaban en el Negev; una defendía Jerusalén, y la última combatía en el desfiladero de Bab el Ued. Estas fuerzas se hallaban diseminadas en un espacio muy vasto y, en la mayor parte de los casos, los árabes tenían la ventaja del terreno. En Tulkarem, donde se hallaban a menos de quince kilómetros del mar, podían, mediante un simple empujón, cortar el país en dos. En Lydda y Ramleh estaban a las puertas de Tel-Aviv. El Negev parecía abierto de par en par a los carros blindados egipcios. Jerusalén, sobre todo, permanecía completamente aislado. Acababa de fracasar un nuevo esfuerzo para abrir la carretera.

Sin embargo, estos problemas eran mínimos comparados con el verdadero drama de la «Haganah»: el de las armas. Si estaban movilizados sólo veinte mil de los sesenta mil judíos militarmente instruidos, ello se debía simplemente a la falta de armas. A los diez mil fusiles que constituían el armamento, se habían venido a añadir, recientemente, los cuatro mil quinientos fusiles comprados por Ehud Avriel en Checoslovaquia y las siete mil metralletas fabricadas en los talleres secretos de Chaim Slavin. Pese a su escasez, ese armamento ligero representaba un tesoro al lado de la escasez de armas pesadas. La artillería local y algunos morteros de tres pulgadas comprados o robados. No existía un solo avión de combate en todo el país. Los talleres de Josef Avidar cubrieron de planchas de blindaje casi seiscientos vehículos de toda índole; pero si ofrecían una protección real contra las balas de las emboscadas, sólo serían blancos rodantes ante los autocañones de Glubb o los carros blindados egipcios.

Sobre la mesa de despacho de Ben Gurion, dos carpetas contenían los únicos motivos para creer obstinadamente en la victoria, y quizá los principales argumentos que convencerían a sus compañeros para proclamar el Estado. En tales carpetas figuraba, quizá, la lista de los armamentos comprados en el extranjero por Ehud Avriel y Yehudá Arazi. Depositados en Europa en espera de que la soberanía del Estado judío les permitiese emprender legalmente el camino de Palestina, esas armas podían cambiar el curso del conflicto. En alguna parte ante las ventanas de Ben Gurion, el primer cargamento aguardaba en los límites de las aguas territoriales de Palestina. Las bodegas del *Borea* contenían las primeras piezas de artillería de campaña, cinco cañones de montaña de 65 mm y cuarenta y ocho mil obuses. Ben Gurion iba, pues, a intentar barrer las dudas de sus compañeros proponiéndoles decidirse por la resistencia de sus fuerzas hasta el día en que llegase la flota cargada de armas, cuya avanzadilla era el *Borea*. Tomó los documentos de los que iba a depender el nacimiento o el aborto del Estado judío, y se puso en camino para su reunión en la sede del «Fondo Nacional Judío», en Tel-Aviv.

—La argolla se cierra. Pidamos urgentemente que intervenga la aviación.

En el puesto de mando del kibbutz central de Kfar Etzion, Elisa Feuchtwanger, la joven operadora polaca, lanzaba una nueva llamada de socorro. Los hombres que la rodeaban esperaban el asalto definitivo. El bombardeo de los autocañones de la Legión Árabe había ya arrasado la mayor parte de las construcciones del kibbutz. El techo de la Nevah Ovadia estaba medio hundido. El comedor, la cocina, la biblioteca, la enfermería y los dormitorios se hallaban en ruinas.

Sólo estaba intacto el puesto de mando instalado en el sólido edificio de piedra de los benedictinos alemanes, a los que había sido comprada una parte de Kfar Etzion. La sala principal estaba llena de heridos, de hombres y mujeres embrutecidos por la fatiga. El estruendo de las explosiones; la acre humareda procedente de los

barracones que ardían, los rostros cansados; las llamadas incesantes pidiendo municiones o ayuda, creaban en la estancia una atmósfera de histeria y angustia. Herido, Abras Tamir, el joven de cabellos negros que remplazó a Moshe Silberschmidt, daba órdenes tumbado en unas angarillas.

Poco después de mediodía, Elisa lanzó un nuevo SOS.

—¡Nuestra situación es trágica! ¡Aún no viene ningún avión! ¡Alerten a la Cruz Roja y envíen ayuda!

Al otro lado de la línea de fuego, el capitán Muhair también envió un mensaje. Tal como convino con Tell dio cuenta por radio de su dramática situación y pidió refuerzos. Dos pelotones suplementarios le fueron enviados rápidamente.

Hacia el final de la tarde, el bombardeo se reanudó con creciente furor. Luego se produjo una nueva acometida. Desde el «Cerro pedregoso», último bastión antes del kibbutz, un mortero de dos pulgadas convertido en bazooka y dos ametralladoras ligeras dirigieron una cortina de fuego sobre el grupo blindado.

—Estado de los hombres, armas y municiones, desesperado. Vengan esta noche en nuestra ayuda. No podemos ocuparnos ya de los heridos —decía, al caer la noche, un nuevo SOS.

Al crepúsculo, algunos espectros atontados llegaron al puerto de mando. Eran los supervivientes de las últimas posiciones que defendían la principal línea de resistencia del kibbutz. Además de su metralleta, Jacob Edelstein, que seguía con pijama y albornoz, apretaba entre sus manos el fusil, con la culata destrozada, de un camarada desaparecido. Estaba decidido a utilizarlo para disparar una última ráfaga en memoria de su amigo. Al observar a los defensores un colono herido murmuró a su vecino:

—Míralos a los ojos y verás el valor que es preciso para ocultar su desesperación.

Pese a todas las posiciones capturadas y destruidas por los árabes, el kibbutz de Kfar Etzion iba a ser salvado aquella noche del 12 de mayo. Cuando las primeras sombras de la noche inundaron las colinas de una benéfica languidez, la batalla cesó bruscamente. El heroísmo de los combatientes del «Cerro pedregoso» había logrado detener la embestida de los autocañones de la Legión Árabe. Con sus neumáticos perforados, la mayor parte hubieron de dar media vuelta. Al dispersar a sus carros blindados en un frente muy amplio, el capitán Muhair había dado a sus adversarios, sin quererlo, una oportunidad para tomar aliento.

David Ben Gurion penetró en la sala del «Fondo Nacional Judío» y examinó atentamente a los nueve hombres que ya se encontraban allá. Con la ausencia de tres compañeros, a los que las circunstancias les impedían participar en aquella reunión, diez miembros de la instancia suprema del movimiento sionista —el Consejo Nacional— iban a decidir en breves instantes, con su voto, si el pueblo judío debía o no constituir un Estado soberano. Tres de ellos eran venerables rabinos;

representaban la conciencia religiosa de un pueblo que manifestó su apego a aquella tierra, manteniendo con ella, de Era en Era, sus místicos lazos. Otros, como Golda Meir, Eliezer Kaplan y Moshe Sharett, habían desempeñado durante muchos años un papel considerable en el ejecutivo de la «Agencia Judía», a la que había sucedido el nuevo Consejo. Los demás representaban las principales corrientes políticas y sociales del país.

La expresión de incertidumbre, e incluso de angustia, que Ben Gurion podía leer en la mayoría de las caras, era de mal augurio para la votación que se avecinaba. Al revelar los detalles de su última entrevista con el Secretario de Estado americano Marshall, Moshe Sharett hizo estremecer a casi un tercio de los representantes del «Mapai», su propio partido. El informe de Golda Meir sobre su visita al rey Abdullah acrecentó aún más los temores.

A petición general, Yigael Yadin presentó, como prólogo del debate, el punto de vista militar. Si los judíos podían sacar provecho de la tregua propuesta por el general Marshall para hacer entrar armas en el país y completar sus preparativos militares —declaró—, entonces era preciso aceptar esa tregua. Si, por el contrario, la tregua era rechazada y estallaba inmediatamente la guerra, la «Haganah» sufriría un golpe muy duro. Gracias a sus espías, el Estado Mayor conocía bastante bien los planes de los sirios; en cambio, eran un misterio los de los iraquíes, egipcios y los de la Legión Árabe.

—En el mejor de los casos —anunció a sus oyentes—, estimo en un cincuenta por ciento las probabilidades de victoria.

Ben Gurion hizo una mueca al oír el suspiro de desaliento que siguió a las palabras de Yadin. Decidió intervenir pronto y conducir él mismo el debate. No trató, en modo alguno, de minimizar los peligros, y destacó, ya de entrada, los temores que sentía respecto a «la moral del país».

—Hasta el momento —explicó—, el país ha tenido suerte. El enemigo ha fracasado en todos sus intentos de apoderarse de las ciudades. No cabe duda de que serían de lamentar, pero si sobrevinieran ahora grandes pérdidas en vidas humanas o en abandonos de territorio, temo se asestara un golpe fatal al ánimo de la población. Y todo hace creer que el futuro conflicto causará, a la vez, pérdidas en hombres y en territorios.

Se interrumpió para abrir las dos carpetas que llevaba consigo y reveló lo que Marshall ignoraba cuando hizo su advertencia ante Sharett. El país había comprado las armas que podían dar la vuelta a la situación.

Lentamente, se puso a leer los informes que contenían sus carpetas, deteniéndose en cada cifra para acentuar su efecto.

—Avriel —dijo— ha comprado veinticinco mil fusiles, cinco mil ametralladoras, cincuenta y ocho millones de balas, ciento sesenta y cinco obuses y treinta aviones de

combate. Arazi, por su parte, ha logrado procurarse diez carros, treinta y cinco cañones antiaéreos, doce morteros de 120 mm, cincuenta y cinco cañones de 65 mm, cinco mil fusiles, doscientas ametralladoras pesadas, noventa y siete mil obuses de diferentes calibres y nueve millones de balas.

Tal como esperaba Ben Gurion, aquellas cifras relajaron a la asamblea. Incluso vio renacer un aire de confianza en algunos semblantes.

—Si estas armas —continuó— hubieran podido encontrarse en Palestina, la situación habría sido menos angustiosa. Pero no están, y el tiempo que se necesitaría para hacerlas llegar sería determinante no sólo para el rumbo de la guerra, sino también para su duración y para el número de víctimas que comportaría. El ataque de los ejércitos árabes comenzará probablemente, antes de la llegada de importantes reservas; es preciso, pues, esperar graves pérdidas.

Pero el anuncio de este próximo refuerzo le permitía lanzar un desafío a sus propios expertos militares.

—¡Me atrevo a creer en la victoria! —gritó—. ¡Triunfaremos!

Transfigurados por el magnetismo de su jefe, los líderes de la nación judía guardaban silencio. Ben Gurion pidió una votación. La cuestión era saber si convenía aceptar o rechazar el llamamiento de Marshall en favor de una tregua y del aplazamiento de la proclamación del Estado. Una votación contra la tregua significaría la proclamación del Estado.

El pueblo judío corrió el riesgo de no tener jamás tal Estado, pese a toda la potencia del alegato final de Ben Gurion. Cuando pidió a los partidarios de la tregua que se pronunciaran, David Ben Gurion vio alzarse cuatro brazos. Se impuso la decisión de crear un Estado judío por un solo voto de diferencia.

La asamblea consideró entonces las modalidades de la proclamación. Alguien emitió la idea de que la declaración de independencia debería indicar el trazado de las fronteras del nuevo Estado, y que dicho trazado debería ser el fijado por el plan de reparto de las Naciones Unidas.

Ben Gurion rechazó esta propuesta.

—Los americanos —declaró— no indicaron las fronteras de su Estado en su Declaración de Independencia.

Recordó que, pese a considerables reservas, en particular sobre Jerusalén, los judíos habían decidido aceptar la resolución del Reparto. Los árabes no habían hecho lo mismo, y su actitud les quitaba todo derecho sobre el plan del reparto. Las fronteras serían las que resultaran del próximo conflicto.

—Tenemos una oportunidad de dar a nuestro Estado unas fronteras viables —dijo —. El Estado que proclamamos no resulta de una decisión de las Naciones Unidas, sino de una situación de hecho.

Luego la asamblea decidió dar un nombre al nuevo país. Fueron pronunciados los

nombres de «Sión» e «Israel». Lo decidió una votación. El Estado judío se llamaría «Israel», y su dominación oficial sería la de «Estado de Israel».

Les quedaba aún por tomar una última decisión. ¿A qué hora exacta iban a anunciar al mundo la noticia que el pueblo judío había estado esperando durante casi dos milenios? Normalmente, el nuevo Estado debía nacer el viernes 14 de mayo a medianoche. Pero esa fecha y hora coincidirían con el sábado, y ninguno de los miembros ortodoxos del Consejo podría circular en vehículo ni estampar una firma sobre un documento. Ni siquiera sobre el que proclamaría el renacimiento de Israel. Alguien se sacó del bolsillo el pequeño calendario que lleva consigo todo judío preocupado por observar escrupulosamente la práctica de su religión.

Tras haberlo consultado, anunció que, a fin de que terminara antes del ocaso, la ceremonia del nacimiento de una nueva nación judía debería comenzar a las dieciséis horas en punto del viernes 14 de mayo de 1948, quinto día del mes de Iyar, en el año 5708 del calendario judío.[20]

En las silenciosas colinas de Kfar Etzion, los defensores escrutaban el estrellado cielo con la loca esperanza de que la aviación pudiera venir en su ayuda. Pero los escasos y pequeños aparatos que la «Haganah» pudo hacer volar aquella noche, no tenían ninguna probabilidad de salvar a toda una colonia. La mayor parte de las cargas de municiones y medicamentos que intentaron enviar a los colonos con paracaídas, cayeron más allá de sus líneas.

Aprovechando las tinieblas, un equipo de zapadores trepó hasta las posiciones árabes para colocar, en los caminos de acceso al kibbutz, todas las minas que les quedaban. Abras Tamir —que desde sus angarillas seguía mandando la resistencia— decidió evacuar a los treinta y cinco heridos hacia otro kibbutz. Unos voluntarios llevaban a los que no podían caminar. Conducida por el doctor Aaron Windsberg —un antiguo cirujano del Ejército Rojo—, una lastimosa procesión de lisiados se perdió por entre los guijarros y zarzales de un sendero de cabras. Alcanzó a tientas —sin más ruido que los gemidos de los moribundos— un nuevo refugio.

Hacia medianoche, un obús incendió el granero del establo. Y no había agua para extinguir el fuego. El ballet de llamas en la noche evocó, para algunos colonos, el incendio del Santuario. El polaco Eliezer Sternberg revivió, durante unos siniestros instantes, una tragedia más reciente: el fin del ghetto de Varsovia.

Esporádicos hacecillos de balas señalizadoras rasgaban la noche. «Era una maravillosa noche de primavera», recuerda Jacob Edelstein. Los únicos sonidos que llegaban de la oscuridad eran los chirridos de las cigarras y las voces guturales de los árabes que los rodeaban. Agotados, algunos hombres se durmieron. Otros rezaron. Rezaron para que no acabase nunca la noche que los envolvía.

En un campamento próximo a Jericó, el débil tintineo de un teléfono de campaña despertó a un soldado. Al oír a su ordenanza gritar «¡*Ah yah Pachá*!», el comandante

Abdullah Tell saltó de su cama y arrancó el aparato de manos del soldado. Sólo había un Pachá en la Legión y en la vida de Abdullah Tell.

Aguardaba la llamada de Glubb. Con su monótona voz y en su árabe de beduino, el inglés ordenó al jefe del 6.º Regimiento que reuniera sus fuerzas y se lanzara sobre Kfar Etzion. El capitán Muhair —anunció Glubb— encuentra graves dificultades.

Tell sonrió. La estratagema había resultado. Ordenó a sus hombres, ya en estado de alerta, que se preparasen para partir. Luego echó mano a su talismán, un delgado bastón con empuñadura de plata cincelada, y tomó asiento en el jeep de mando, a la cabeza de su columna. Ardiendo en deseos de estar presente en la primera conquista de la Legión Árabe en Palestina, hizo señal a la columna para que lo siguiera. Atravesando Jerusalén, contempló, con el halo de sus faros, las altivas murallas que habían descubierto cuatro años antes, con ocasión de su viaje de boda, y pensó, con amargura, que la Legión no había preparado ningún plan para proteger los tesoros sagrados y a los habitantes de la ciudad que ellos rodeaban.

Ninguna ambición era excesiva para aquel oficial de treinta años que marchaba, a la cabeza de sus hombres, hacia los kibbutz sitiados de Kfar Etzion. Tell encarnaba a la maravilla la vieja civilización árabe de aquel país. Con la perfecta regularidad de sus facciones, su bigote negro, sus ojos negros, su ancha sonrisa deslumbrante de blancura y su *keffieh* de cuadros rojos y blancos, elegantemente ajustado por el doble cordón negro, evocaba al conquistador de algún drama oriental visto por Hollywood. Casi tenía la edad del reino al que servía. Su madre explicaba a menudo que, después de su nacimiento, lo llevó a la ventana para que viera con sus propios ojos un acontecimiento que señalaría un hito en la historia de su pueblo: la retirada de los soldados turcos a través de las calles de Irbid. Como muchos jóvenes de su generación, Tell conoció la prisión ya a la edad de dieciocho años, por haberse manifestado contra Gran Bretaña, la potencia extranjera que sucedió a los turcos en Palestina. Sin embargo, siete años después decidió vestir el prestigioso uniforme británico y el *keffieh* rojo y blanco del ejército fundado por los herederos de Lawrence. Pero ni la guerra contra los rebeldes iraquíes —aliados de Alemania—, ni las lejanas operaciones de Policía en los confines del desierto, acapararon tanto su energía como la obsesión de «parecerse lo más posible a un oficial británico» y ser amado por sus hombres «como lo era Glubb por sus beduinos». No obstante, el 30 de noviembre de 1947, al oír anunciar por radio la votación del reparto de Palestina, en medio de una reunión de oficiales británicos, Tell midió los límites de tal semejanza. La noticia no pareció emocionar a ninguno de los ingleses presentes. Años más tarde no había podido olvidar aún el violento *shock* que experimentó al descubrir que, en aquella reunión, tal acontecimiento sólo tenía importancia para él.

Nada podía orientar con más seguridad el futuro comportamiento del joven oficial que aquel doloroso despertar. Comprendió que los árabes debían tomar su destino en

sus propias manos. Y para él, aquella noble ambición sólo podía realizarse con aquella unidad selecta de la que era uno de sus oficiales más prometedores. Su tenacidad por conseguir que Glubb Pachá decidiera apoderarse de Kfar Etzion era sólo una manifestación de su resolución. Deseaba, apasionadamente, «borrar la injusticia del Reparto».

31

EL ULTIMO PÓQUER

Cada mañana, durante veinticinco años, la jornada de trabajo del árabe Fuad Tannus comenzaba con el mismo ritual: una taza de café turco, un vistazo al periódico y algunos chistes sobre las noticias del día, con sus colegas del laboratorio de análisis de Jerusalén. Aquella mañana del jueves 13 de mayo serían sólo dos los que compartirían por última vez sus costumbres. Los tres hombres se sentaron y se miraron. No tenían nada más que hacer, nada más que decir.

Pero, fiel funcionario de una administración británica a la que consagró su vida, Tannus permanecería en su puesto hasta última hora. Pocos minutos antes del fin, se trasladó al despacho del director del hospital gubernamental para retirar su certificado de buenos y leales servicios.

—Aquí está —dijo, simplemente, el inglés, alargándole la hoja de papel.

Ningún agradecimiento, ningún adiós, ni siquiera un apretón de manos. Así tocaban a su fin veintiocho años de servicio al Imperio británico.

Fuad Tannus regresó a su laboratorio para proceder al cierre. De ordinario, cerraba cuidadosamente la vitrina que contenía la reserva de productos químicos y farmacéuticos. Esta vez deslizó la llave en la cerradura y la dejó. «¡Qué importa! —pensó—. De todas formas, los judíos se apoderarán de ellos. Tomarán los medicamentos. Tomarán el edificio. Tomarán todo el país».

A algunos centenares de metros de allá, en la alcaldía situada en el extremo de la avenida de Jafa, una breve ceremonia puso fin a la entidad administrativa de Jerusalén. El tesorero británico de la ciudad dividió el saldo de la cuenta bancaria de la municipalidad entre los representantes de las comunidades árabes y judía. Envió un cheque a cada uno de ellos. El árabe Antoine Safieh creyó sofocarse al descubrir la suma escrita en el suyo. Veintisiete mil quinientas libras: era más de lo que ganaría en toda una vida. Agobiado por la aplastante responsabilidad que de repente se abatía sobre él, corrió a depositar aquel tesoro en el lugar más seguro que conocía: la caja fuerte de la alcaldía. Luego se dedicó a una tarea más prosaica. Ayudado por dos amigos, trasladó trece vehículos municipales, la mayor parte camiones de recogida de basuras, que dejó justamente detrás de la puerta de Jafa, en el interior de las murallas.

Pero el funcionario municipal que mostró aquella mañana la mayor sangre fría fue Emile, el hermano de Safieh. Animado por ese meticuloso sentido del interés público heredado de la tradición británica, decidió poner en lugar seguro los

expedientes en los que había trabajado toda su vida. Safieh sabía bien que ningún Estado, ninguna provincia ni ninguna ciudad, por pequeñas que fuesen, podían existir sin unos documentos como aquellos. En cierto sentido constituían el más bello regalo de bautizo que él podía ofrecer a la nueva municipalidad árabe de Jerusalén. Eran los expedientes completos de todos sus contribuyentes.

Como cada día, el inglés Richard Stubbs, portavoz del Alto Comisario, recibió en su despacho, aquel jueves por la mañana, a los periodistas de Jerusalén. Declaró que la Administración civil británica cesaría en sus funciones en Jerusalén el día 15 de mayo, pero que una gran parte del Ejército inglés permanecería todavía una semana, como mínimo, en la ciudad.

Era una burda mentira. Deseosos de abandonar rápidamente la ciudad a fin de que su retaguardia no cayese en los combates que inevitablemente seguirían a su marcha, el general Jones decidió comenzar su evacuación, ya desde medianoche. Si todo se desarrollaba como estaba previsto, no habría ni un soldado ni oficial británico en Jerusalén cuando los periodistas entraran al día siguiente en el vacío despacho de Stubbs para su diaria conferencia de Prensa.

Se trataba de tranquilizar a los habitantes de Jerusalén, persuadiéndolos de que las fuerzas británicas seguirían ocupando la ciudad durante todavía algún tiempo. Pero esto no se limitaba sólo a apaciguar a la población. Sir Henry Gurney, secretario del Gobierno, afirmó el mismo día al delegado de las Naciones Unidas, Pablo de Azcárate, qué no pasaría «absolutamente nada antes de varios días». Así tranquilizado, el diplomático partió para un breve viaje a Ammán, seguro de estar de vuelta en Jerusalén antes de la salida de los ingleses.

Desde el tejado de la Casa Roja, cuartel general de la «Haganah», dos hombres seguían ansiosamente, con los prismáticos, la progresión del pequeño y ventrudo mercante que maniobraba en el mar en dirección al puerto de Tel-Aviv. Se trataba del *Borea*, primera unidad de la flota que, como prometió David Ben Gurion a sus colegas, debía traer pronto las armas destinadas a salvaguardar al Estado judío.

Los cinco cañones y los cuarenta y ocho mil obuses que contenían sus bodegas eran esperados de tal forma, que el Estado Mayor corrió un riesgo: hizo entrar al barco en el puerto cuarenta y ocho horas antes del fin del Mandato.

De repente, uno de los dos hombres lanzó una exclamación. Josef Avidar acababa de reparar en la silueta de un destructor británico que seguía la estela del *Borea*. Avidar pudo seguir por radio el drama que se produjo entonces. Inspectores de aduanas británicos subieron a bordo del navío y exigieron ver el manifiesto de la carga. Pero las decenas de toneladas de jugo de tomate, patatas y la inevitable carga de cebollas que declaró, no satisficieron su curiosidad. Ordenaron al capitán del *Borea* que condujera su navío a Haifa para una meticulosa inspección de sus bodegas.

Por radio, Avidar ordenó al capitán que saboteara una pieza vital de sus máquinas, para inmovilizar el barco donde estaba. Pero nada podría obstaculizar la determinación de las autoridades británicas. Aunque sólo quedaran unas horas para el término del Mandato, sus aduaneros querían velar hasta el último momento por la aplicación de los reglamentos adoptados para impedir a los judíos recibir armas. Un segundo destructor apareció en los prismáticos de Avidar para remolcar al *Borea*. Los jefes de la «Haganah» vieron con desesperación cómo se perdía lentamente, a lo largo de la costa palestina, en dirección a Haifa, el pequeño mercante y sus cinco cañones.

Con los ojos llenos de sueño por la guardia y los miembros entumecidos por la fatiga, otro grupo de soldados de la «Haganah» vio llegar las armas que pronto iban a abalanzarse al asalto de sus defensas. La lenta aproximación de los carros blindados de Abdullah Tell aniquilaba la última esperanza de los ciento cincuenta supervivientes del kibbutz central de Kfar Etzion.

El comandante del 6.º Regimiento de la Legión Árabe halló la situación mucho menos favorable de lo que suponía. El capitán Muhair había diseminado sus autocañones en un espacio tan vasto, que perdieron mucha de su eficacia. Mezclados con los partisanos, sus legionarios habían sido ganados por su pasión hacia el pillaje. Muhair había rodeado tan completamente el kibbutz central, que a veces sus hombres se disparaban unos contra unos.

Tell volvió a tomar de nuevo la operación en sus manos. Separó su infantería de los partisanos y reagrupó sus autocañones en torno al «Árbol solitario», para concentrar su potencia de fuego. Desde aquella prominencia podrían pulverizar al puñado de hombres que la víspera habían detenido la carga de los carros blindados sobre el «Centro pedregoso». A las once treinta horas lanzó su asalto. Como reconocería más tarde, «los judíos se batieron con una increíble bravura». Dejaban que las sucesivas oleadas subieran hasta el pie de sus posiciones, para disparar entonces a quemarropa. Desplazando de puesto en puesto su única ametralladora pesada, desarrollaron una carrera infernal para rechazar acá y allá las hordas con *keffieh*. Era una lucha a muerte, a semejanza del combate bíblico que, dos mil quinientos años antes, opusieron en aquellas mismas colinas los guerreros asmoneos a los invasores sirios. Separados del kibbutz central, los supervivientes de los puestos de vanguardia resistían valientemente en medio de los cuerpos de sus camaradas. Los heridos se suicidaban con su última bala.

Aplastados por los obuses, los defensores del «Cerro pedregoso» se batieron hasta que agotaron sus municiones. Luego destruyeron sus armas y evacuaron el lugar. Acababa de caer el último reducto que protegía el acceso al kibbutz.

Desde la puerta principal, Nahum Ben Sira vio a los autocañones descender del «Árbol solitario». En las manos del joven rescatado de Mauthausen, llegado a Kfar

Etzion con los supervivientes de su familia, se hallaba el único bazooka del kibbutz, una especie de tubo de estufa montado sobre un primitivo escudo. Ni Ben Sira ni su camarada Abraham Gessner lo habían utilizado aún. Con el dedo crispado en la empuñadura y el corazón latiéndole violentamente, Ben Sira siguió el avance del primer autocañón. Cuando éste estuvo a cincuenta metros, apretó el gatillo. No sucedió nada. Los dos hombres sacudieron su ingenio, pero el bazooka de Kfar Etzion permanecía obstinadamente mudo. Ben Sira se arrastró entonces hasta el contacto de una mina colocada justamente ante la barricada que obstruía la entrada. Cuando el autocañón alcanzó el obstáculo, bajó el puño. Pero, al igual que el bazooka, la mina no quiso funcionar. Habían caído tantos obuses, que el hilo de ignición de la mina quedó cortado.

El carro blindado pulverizó la barricada e hizo irrupción en el interior del kibbutz. Dos cócteles Molotov bien lanzados detuvieron, finalmente, su carrera. La desgracia de Ben Sira y de Gessner tocó a su fin. Pero su victoria iba a ser de corta duración. Tras la espesa nube de humo que envolvía al vehículo en llamas llegaba el enjambre atronador de otros autocañones, y, siguiendo su estela, las aullantes hordas de los partisanos.

En el puesto de mando, Elisa estableció contacto por radio con Jerusalén.

—Los árabes están en el kibbutz. ¡Adiós!

Al oír estas palabras, David Shaltiel, el judío que tanto había reclamado la evacuación de Kfar Etzion, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. La joven polaca aún añadió algunas palabras.

—Los árabes están por todas partes —dijo—. Son millares. Ensombrecen las colinas.

Algunos minutos después apareció sobre el tejado del puesto de mando, agitando un trapo manchado de sangre, que ató a la antena de la radio. Como los tiradores de los puestos situados bajo el kibbutz no podían distinguir aquel triste emblema, unos mensajeros se arrastraron hasta ellos para anunciarles la rendición. Los puestos capitularon uno a uno, y sus defensores, aturdidos por la fatiga, subieron hacia el puesto de mando. Algunos parecían aliviados por aquella decisión. Otros, como Zipora Rosenfeld, una bonita polaca rescatada de Auschwitz, lloraba. Otros aún, como Jacob Edelstein, entregaban sus armas con muda desesperación.

Cincuenta supervivientes se reunieron en la pequeña explanada ante el puesto de mando. Entre ellos se hallaba Elisa Feuchtwanger, aquella cuyos mensajes iban pronto a convertirse en legendarios en Palestina. Jacob Edelstein buscó con la mirada a la enfermera que acompañó dos días antes. Temía no volverla a ver. Estaba muerta. Isaac Ben Sira escrutó las caras para ver si encontraba a los cinco hermanos y hermanas que había llevado desde los campos de la muerte europeos hasta Kfar Etzion. Sólo uno, Nahum, estaba aún vivo. Zipora Rosenfeld se apretó contra su

marido, al que se había negado a abandonar cuando las mujeres de la colonia fueron evacuadas.

Pensaba en Yosi, su hijo, nacido hacía sólo algunas semanas y que la esperaba en Jerusalén.

A los gritos vengadores de «Deir Yassin», los partisanos acudieron a centenares. Los judíos levantaron los brazos. Edelstein vio a un árabe aproximarse y, con un «clic» de su cámara fotográfica, inmortalizar el espectáculo más triste de la historia del pueblo sionista en las colinas de Kfar Etzion.

Bruscamente, tableteó una ametralladora. Edelstein vio caer cuerpos junto a él. «Es el fin —pensó fugazmente—; pero mi muerte forma parte del destino del pueblo judío». El horror de una bayoneta clavada en el pecho de un camarada lo arrancó de su estupor. Saltó por encima de los cadáveres y se lanzó a una huida desatinada. Movidos por el mismo impulso, media docena de sus compañeros lo imitaron. Era una carrera salvaje e instintiva. «No se podía ir a ninguna parte —diría Edelstein—, porque los árabes estaban por doquier». Agotado, Nahum Ben Sira se derrumbó en una pequeña viña en el extremo del kibbutz, a escasos pasos de un camino por el que llegaban los árabes en busca de pillaje, y allí permaneció oculto hasta la noche, oyendo el grito fatídico de «¡*Yahud*!», que precedía a los disparos. Edelstein logró franquear el parapeto del kibbutz y alcanzar el bosquecillo al que los colonos habían dado el nombre «Cantar de los Cantares», ya que era el santuario favorito de los enamorados. Allí se le reunió Isaac Ben Sira. Los dos fugitivos se enterraron bajo las hojas con la esperanza de que la sombra de los árboles que tantas citas habían albergado, salvara ahora sus vidas. Pero un ruido de hojas advirtió a Edelstein que habían sido descubiertos y pronto vio ante él la cara desdentada y arrugada de un anciano árabe. Llevando la mano al pecho en señal de amistad, éste les tranquilizó:

—No tengan ningún temor —murmuró.

En el mismo instante, un grupo de partisanos irrumpieron en escena y cayeron sobre Edelstein e Isaac Ben Sira. Pero el anciano árabe se interpuso y les ofreció un escudo con su pobre cuerpo.

—¡Ya habéis matado suficiente! —gritó.

—¡Silencio —gritó uno de los partisanos—, o también morirás tú!

—¡No os acerquéis! —replicó el anciano abrazando a los dos judíos—. Están bajo mi protección.

Dos legionarios aparecieron entonces y pusieron fin a la discusión. Mientras se los llevaban, los dos judíos oyeron dos disparos resonar en el bosque de los enamorados. Los partisanos habían encontrado y abatido a otros dos fugitivos.

Elisa se arrojó a la trinchera excavada tras la escuela, con media docena de supervivientes. Los árabes se abalanzaron sobre ellos y empezaron a vaciar sus metralletas. El delirante grito que lanzó la joven detuvo la matanza el tiempo justo

para permitir a uno de los árabes sacarla fuera de la trinchera. Pronto, otros hombres acudieron a disputar a su involuntario salvador el privilegio de violarla. Dos árabes acabaron por llevarla hasta un bosquecillo a través de las ruinas humeantes del kibbutz. La arrojaron al suelo y empezaron a arrancarle las vestiduras.

Se oyeron dos disparos. Estupefacta, Elisa vio a los dos hombres caer muertos a sus pies. Se levantó y se encontró ante un oficial de la Legión, con la metralleta, aún humeante, en sus manos. El teniente Nauaf el Hamud cogió un pedazo de pan de su bolsillo y se lo alargó.

—Cómase esto —le dijo.

Aguardó a que hubiera acabado hasta la última migaja.

—Ahora está usted bajo mi protección —declaró.

La escoltó hasta su autocañón.

Cuando se alejaron, en el kibbutz se oían los gritos de los saqueadores que se batían entre las ruinas. Elisa era la única superviviente del grupo del «Palmach» encargado de la defensa del kibbutz central. De los ochenta y ocho colonos presentes cuando comenzó el ataque de Tell, sólo se había salvado: Nahum e Isaac Ben Sira y Jacob Edelstein.

Se había cumplido la sombría profecía de Moshe Silberschmidt. Ciento cuarenta y ocho personas habían derramado su sangre en la tierra que habían jurado cubrir de frutos, ofreciendo con este sacrificio, a una nueva generación, la leyenda de una Masada moderna: el kibbutz de Kfar Etzion.[21]

Un remolino de polvo cubría con una fina película gris los vehículos de la columna en marcha. En los suburbios de Ammán; en los pueblos; en los tejados y ventanas, desde las tiendas de piel de cabra de los beduinos, la delirante multitud aclamaba a los soldados. La Legión Árabe partía para la guerra. Los hombres y los carros blindados del ejército que acababa de aniquilar Kfar Etzion abandonaron sus bases de Mafraq y Zerqa, en el corazón de Transjordania, para descender de los montes Moab y reunirse, al borde del Jordán, con vistas a su entrada en Palestina.

En una longitud de cinco kilómetros, sus fuerzas cubrían con una columna ininterrumpida las carreteras de Jordania. Había más de quinientos vehículos: camiones, jeeps, radios, cocinas, *half-tracks*, autocañones, tractores de artillería, transportes de municiones, remolques-taller. Por doquier, aquel despliegue de fuerzas despertaba a su paso el entusiasmo de las poblaciones. Bajo sus velos negros, las mujeres lanzaban sus estridentes *yu yu*, el grito de guerra que acompañó la partida de todos los guerreros musulmanes desde la acometida, mil doscientos años antes, de los soldados del Profeta fuera de los desiertos de Arabia. Los hombres aplaudían y animaban a los soldados. Los niños les arrojaban flores y se lanzaban, en alegres persecuciones, tras los vehículos. En los campos, jinetes a caballo o a lomos de camello acompañaban a la columna, y sus frenéticas galopadas iban punteadas por

disparos al aire.

Inflamados por el mismo entusiasmo y la misma pasión, las tropas respondían a la multitud con vibrantes saludos. Los camiones iban adornados con ramos de laurel y ramas de palmera. La exaltación popular había contagiado a los soldados. Al contemplar a aquella gente, ebria de orgullo y alegría, el teniente Alí Abu Nuwar, jefe de Estado Mayor del 2.º Regimiento, pensó: «Han puesto todas sus esperanzas en nosotros». Embriagado por la idea de ir «a liberar a sus hermanos de Palestina», el jefe de pelotón Yussef Jeries tenía la impresión de que «todo el Ejército se dirigía a una boda».

Para Sir John Glubb, que iba entre sus tropas, aquella marcha «parecía más un desfile de carnaval que el movimiento de un ejército camino de la guerra». Para un hombre que tan bien conocía a los árabes, aquélla era una forma sorprendentemente inexacta de interpretar el estado de ánimo de sus soldados. Los beduinos de la Legión estaban convencidos de que iban a batirse, a marchar sobre Tel-Aviv, a conducir sus carros blindados hasta las orillas del Mediterráneo. Ese humor bélico concordaba difícilmente con «el simulacro de guerra» que los planes del general inglés se proponían ofrecerles.

Una atmósfera infinitamente menos eufórica reinaba en el centro de enlace de los ejércitos árabes instalado en el campamento de Zerqa, que una parte de las fuerzas de Glubb acababa apenas de abandonar. «En el lugar —comprobó Azzam Pachá— reinaba la mayor desorganización». El general que los egipcios habían enviado como oficial de enlace parecía estar en la más completa ignorancia respecto al movimiento de su ejército. En cuanto a los iraquíes, aún no habían hecho acto de presencia.

Para colmo de esta situación, ya lamentable de por sí, un telegrama del general Safuat Pachá llegó de Damasco el 13 de mayo a mediodía. «Firmemente convencido de que la ausencia de un acuerdo sobre un plan de operaciones preciso sólo puede conducirnos al desastre —anunció—, presento mi dimisión». Azzam Pachá lo remplazó por otro iraquí, un kurdo que tenía, por lo menos, el honor de llevar el nombre de un general de Saladino; Nurreidin Mahmud. En la confusión, el secretario general de la Liga Árabe sólo encontró un voto para confirmarlo. Con paciencia y convicción, el oficial de enlace británico perteneciente a la Legión Árabe repetía sin cesar que era preciso desterrar todo temor.

—Vamos a batirlos en toda la línea —afirmó.

Para los demás británicos, que hacían sus equipajes ante su marcha, fijada para el día siguiente, terminaba al fin la guerra. Muchos de ellos jamás habían dejado prácticamente de luchar, desde 1939, en uno u otro rincón del mundo. En Jerusalén, los *suks* de la ciudad vieja hervían de soldados ingleses en busca de un último *souvenir* de su estancia en Palestina. El coronel Jack Churchill, el oficial que intentó

salvar a las víctimas del convoy de la «Hadassah», estaba deseoso, desde hacía tiempo, de adquirir dos lápices. Este veterano de Oriente Medio conocía bien el arte del regateo. Pero aquel día era inútil recurrir a ello. Depositó cuatro billetes de diez libras en la mano del mercader que reclamaba cien libras.

—Conténtese usted con esto —le aconsejó—, ya que mañana los judíos estarán aquí y se quedarán con todos sus tapices por nada.

La partida colocó a un pequeño grupo de militares ante una alternativa tan vieja como los hombres y la guerra: abandonar a la mujer amada o desertar por ella e intentar comenzar una nueva vida en el exilio. Mike Scott no tuvo ninguna duda. Durante meses, cada semana se trasladaba al cine para deslizar en las manos de su novia judía, aprovechando la oscuridad, los documentos que había sustraído en su servicio de contraespionaje. Cuando recibió su hoja de ruta, se entrevistó con el antiguo oficial de los «Guards», Vivian Herzog, para anunciarle que se ponía al servicio de la «Haganah». Solamente dijo que si podía acompañar con algún regalo su alistamiento. Con un humor que sus años en el Ejército británico le permitieron cultivar, Herzog le sugirió que no vendría nada mal un cañón.

Así, la tarde del 13 de mayo, el mayor Mike Scott penetró en el depósito de artillería de Haifa con una grúa, un camión y tres soldados. Anunció al general responsable que el mando de Jerusalén acababa de perder un cañón de 88 mm en un accidente de carretera, en las cercanías de Ramallah, y que deseaba remplazarlo inmediatamente por si se producían incidentes durante la evacuación.

—Cójalo usted mismo —respondió el general mostrando su parque de artillería.

Algunos minutos después, en un garaje del monte Carmelo, el ejército al que el celo de un oficial de Marina británico había desposeído de sus preciosos cañones, se vengaba de la incautación del *Borea*. La «Haganah» se apoderaba de su primera pieza de artillería pesada.

Más para la mayoría de los ingleses que se quedaron en Palestina no fue el amor hacia una mujer lo que los impulsó a ello. Convertidos en policías imparciales, encontraron, finalmente, una causa, llena de pasiones, y tomaron partido en sus divisiones. Desertores por ideal, aquel día se pasaron a uno u otro bandos. Así, cargados con sus armas y tres cajas de municiones, tres soldados, vestidos de paisano, llamaron a la puerta de Antoine Sabella, un jefe árabe que vivía cerca de la estación, y le ofrecieron sus servicios.

En el barrio judío de la ciudad vieja, un cabo inglés se apoderó bruscamente de un fusil ametrallador y corrió a arrojarlo a las manos del primer agente de la «Haganah» que encontró. Le ofreció también una información más preciosa que todas las armas: la hora en que las fuerzas británicas evacuarían el barrio. Así, la «Haganah» estaba dispuesta en el instante en que un oficial inglés entregaba al viejo rabino Mordechai Weingarten la llave de la puerta de Sión, mientras se iba el último destacamento de

ocupantes detrás de las cornamusas. Apartando a puntapiés las botellas de cerveza y de whisky vacías y las viejas cajetillas de cigarrillos, los judíos ocuparon los puntos de apoyo a medida que los abandonaban los británicos. A la caída de la noche, la «Operación Serpiente» alcanzó sus objetivos. La «Haganah» controlaba todos los puestos militares del barrio viejo, así como la puerta de Sión y una posición clave situada en los límites con el barrio armenio: la alta cúpula de la iglesia de Santiago, que dominaba su línea de defensa al Oeste. El primer episodio del combate por Jerusalén fue una indiscutible victoria judía.

Oculto detrás de una pila de cajas en el patio del «Orfelinato Schneller», el judío Josef Nevo, uno de los jóvenes conquistadores de Katamon, vigilaba, con indecible felicidad, la marcha de la única personalidad británica cuya partida deseaba realmente: su suegra. Para obtener ese resultado desplegó todos los recursos de su energía. Con un elegante vestido gris y un gran sombrero de flores, la augusta dama era el único pasajero civil de un convoy del «Palmach» que intentaría forzar el bloqueo árabe para alcanzar Tel-Aviv. Cuando desapareció el convoy, Nevo y su esposa Naomi cayeron uno en brazos del otro.

—A partir de esta noche me instalo en tu casa —anunció el joven marido.

—¡No! —dijo ella—. Aguardaremos una noche más. Te veré mañana por la mañana, a las diez, en el café «Atara».

Un silencio de muerte envolvía las colinas de Kfar Etzion. La caída del kibbutz central privaba de su principal punto de apoyo a las colonias satélites de Massuot, Ein Tsurim y Revadim. Aislados, menos protegidos y menos bien armados, no eran más que náufragos que iban a ser a su vez, engullidos.

Pero no serían los hombres de Abdullah Tell quienes asestarían el golpe final. Convencido de haber aniquilado toda posibilidad de resistencia, Abdullah Tell, presionado a regresar a Transjordania antes de la expiración del Mandato, envió sus fuerzas a Jericó y dejó a los partisanos la tarea de reducir los kibbutz satélites. Antes de emprender dicho trabajo, los millares de campesinos que se abatieron sobre los escombros de Kfar Etzion tenían una necesidad menos peligrosa que cumplir. Hacia el final de la tarde, los habitantes del kibbutz de Massuot vieron una columna de camiones y carruajes irrumpir en la colonia vencida. Cuando volvió a salir, registraron con la vista los vehículos para descubrir en ellos a sus compañeros prisioneros. Sólo vieron los restos del kibbutz. Repleta de botín, la columna ocupaba kilómetros. A un judío le pareció que los árabes «se llevaban de Kfar Etzion hasta el último tornillo». Había camas, colchones, utensilios de cocina, muebles, arados, vacas, mulas, balas de paja e incluso las tejas de las casas. Hasta los Torá de la Neveh Ovadia en ruinas se iban para decorar algún pueblo de los alrededores.

En cuanto hubo terminado el formidable desmantelamiento, Abdul Halim Shalaf, el principal representante de Hadj Amin en la Zona de Hebrón, reunió a sus

partisanos para el exterminio final de los tres satélites. Decidido a no caer en sus manos, el kibbutz de Ein Tsurim informó, al C. G. de Shaltiel, que sus habitantes pensaban intentar una retirada general, amparándose en la noche, para llegar a Jerusalén a pie. Convencido de que esta acción no podía conducir más que a una nueva matanza, Shaltiel rogó a los colonos que permanecieran en su sitio. Por su parte, entabló una auténtica carrera contra la muerte para intentar salvarlos mediante la intervención de la Cruz Roja y de los cónsules de Francia, Bélgica y Estados Unidos.

Los carillones del campanario romano del Santo Sepulcro entonaban las notas del *Ángelus* anunciando el crepúsculo. La voz plañidera de los almuédanos se insinuaba en lo más profundo de las callejuelas, para llamar a los fieles del Islam a la oración de la tarde. En sus cuarteles y residencias, los soldados y funcionarios británicos oían por última vez aquellos sonidos. Treinta años, cinco meses y cuatro días, desde la llegada del general Edmund Allenby a la puerta de Jafa, acompañaban el fin de la presencia británica en Jerusalén.

Cada inglés iba a vivir a su manera aquellas horas. En una pensión del barrio de Rehavia, un grupo de oficiales cenaban en casa del judío que, antiguamente, sirvió en sus filas. Para Vivian Herzog, esta reunión era la ocasión de testimoniar su agradecimiento a los responsables de varios de los principales edificios del centro de Jerusalén. En efecto, cada uno de ellos, de una forma u otra, habían ayudado a la «Haganah» a preparar su ocupación en escasas horas. Esta velada sería para Herzog la de la «última cena». Era una cena muy frugal. Si el whisky corría en abundancia, el contenido de los platos reflejaba la dramática situación alimentaria de la ciudad. Todo lo que el oficial judío pudo ofrecer fue unos huevos revueltos. En la mesa de oficiales del «Highland Light Infantry», instalada en el enorme edificio de la «Hostería de Notre-Dame de France», los oficiales del regimiento, vestidos con su *kilt* y su uniforme de gala, se aprestaban a celebrar una última cena de ceremonia regada con su tradicional bebida: el *Athol Brose* (una mezcla de whisky, miel, copos de avena y crema).

Los gritos lanzados por los participantes en una gigantesca partida de póquer señalaban, a la entrada del barrio de Yemin Moshe, la última velada del «Press Club». Su triste y diminuto bar se había convertido en el único lugar donde algunos árabes, judíos e ingleses alternaban aún. Fue el escenario de monumentales borracheras durante aquellas últimas semanas, y desde lo alto de sus taburetes, Gaby Sifroni —decano de los periodistas judíos— y su colega árabe Abu Said Abu Reech concluyeron numerosos acuerdos para acudir en ayuda de algún pariente o amigo de los colegas amenazados por los francotiradores del Mufti o por los del «Irgún» y del grupo «Stern».

La voz de la radio apagaba ahora el griterío de las despedidas y de la última

partida de póquer. Entre dos marchas militares, la emisora «Radio Palestina» —en manos de los árabes— pidió a sus oyentes que no abandonaran la escucha, en previsión de una importante comunicación británica, prevista para las veintiuna horas. Los ingleses —ironizaron cínicamente algunos periodistas— quieren anunciar que finalmente, han decidido quedarse.

Otra cena, íntima y refinada, reunía, en el «Hotel Rey David», a algunos altos funcionarios: el secretario general del Gobierno, el Procurador general y el Chief Justice, Sir William Fitzgerald. Ofrecida por el director suizo del establecimiento, fue —recuerda Fitzgerald— «una cena triste y silenciosa». Cuando tocó a su fin, el pequeño grupo se adelantó hasta los ventanales. Allá, desplegado a sus pies, con sus cúpulas y campanarios centelleando bajo la luna, se hallaba uno de los más fascinantes panoramas del mundo: los tejados de Jerusalén. Instintivamente, todos levantaron su copa y brindaron en silencio por la Vieja Ciudad.

Para *Assad V*, el magnífico perro danés, blanco y negro, del arquitecto Dan Ben Dor, era también la noche de la última cena. Su amo iba a ser recompensado por haberlo llevado cada día hasta el hospital italiano, donde le preparaban una sustanciosa comida, con la cual quedaría bien satisfecho su estómago vacío.

Tras haber abierto una nueva lata de carne, el sargento de cocina fue a buscar una caja, que ofreció al arquitecto.

—Aquí tiene —dijo—, llévese esto. Es la última vez que puedo alimentar a su perro. Nos vamos esta noche.

—¡Oh! ¿De veras? —replicó Ben Dor, intentando ocultar su interés—. ¿A qué hora?

—A las doce y media.

Media hora después, una unidad de la «Haganah» tomaba posiciones en las calles adyacentes al hospital.

En la suntuosa sala de banquetes de la «Government House», los candelabros iluminaban la cena de despedida de Sir Alan Cunningham. Vestidos con sus uniformes de gala, ornados con todas sus condecoraciones, los oficiales superiores del Estado Mayor charlaban tranquilamente a los alegres sones de la banda del regimiento «Highland Light Infantry».

Poco antes de las nueve, un «Rolls Royce» negro, escoltado por dos autoametralladoras, se detuvo ante el estudio de «Radio Palestina». Echando una ojeada por la ventana de su despacho, el árabe Raji Sayhun, redactor jefe de la emisora, supo que había llegado el personaje que debía hacer la «importante comunicación» anunciada por él a sus oyentes.

Con aspecto sombrío, Sir Alan Cunningham descendió del vehículo. Raji Sayhun lo acompañó hasta el estudio A, una diminuta sala de grabación equipada con un micrófono, una silla y una mesita redonda. A las nueve en punto, el árabe interrumpió

la marcha militar que difundía la radio y anunció «una declaración de Su Excelencia el Alto Comisario». El técnico presionó un botón… y, con una señal de la mano, Sayhun indicó a Sir Alan que estaba «en el aire».

Mientras le llegaban las primeras palabras, el periodista sintió un nudo de emoción en su garganta. El Alto Comisario decía adiós a Palestina. Su alocución fue breve y punzante. Cuando terminó, Sayhun pidió respetuosamente a Sir Alan si deseaba añadir algunas palabras en árabe antes de reanudar el curso normal de las emisiones.

—No —respondió tranquilamente el inglés—. Ponga simplemente el *God Save the King*, por favor. Ésta será, quizá, la última vez que tenga ocasión de hacerlo.

En su pequeño despacho de Tel-Aviv, David Ben Gurion velaba. Ante él se encontraba el texto que, dentro de escasas horas, iba a anunciar al mundo que la sede del poder dejada vacante por Sir Alan Cunningham y la nación que representaba, había sido ocupada por una nueva autoridad. Era el borrador de la proclamación oficial del Estado judío.

CUARTA PARTE

BATALLA POR LA CIUDAD SANTA

14 de mayo-16 de julio de 1948

32

EL 5 IYAR DE 5708

Dos sombras cuchicheantes recorrían la calle jalonada de rollos de alambradas. Las primeras luces del alba perfilaban ya los contornos del grupo de edificios situados en el centro de Jerusalén y que los judíos llaman «Bevingrad». El mayor británico responsable de tales edificios daba las últimas indicaciones a Ariyeh Schurr, oficial de la «Haganah» encargado de apoderarse de ellos tan pronto como saliera el último inglés.

—Ahora, ¡buena suerte! —concluyó el mayor marchándose.

Pero Schurr lo retuvo.

—Aguarde —le dijo—. Desearía ofrecerle un testimonio de nuestro agradecimiento. Quizá nos haya ayudado usted a salvar de una matanza a los judíos de Jerusalén.

Schurr metió la mano en su bolsillo y sacó el regalo más lujoso que pudo encontrar en la ciudad sitiada: un reloj de oro en cuya caja estaban grabados el nombre del inglés, la fecha y una pequeña leyenda destinada a recordarle el *souvenir* del ejército que se lo había ofrecido: «Con el reconocimiento de la H».

Gracias al material telefónico robado en las oficinas de la Administración británica, Schurr montó *in situ* una red autónoma de comunicaciones. Este dispositivo lo unía con los veinticuatro puestos de observación que había colocado en los tejados adyacentes al centro de la ciudad, así como con las unidades ocultas en las casas lindantes a Bevingrad. Provistos de teléfonos móviles, operadores de la P.T.T. estaban listos para seguir a las tropas y advertir a Schurr de su progresión, casi metro a metro. El propio Schurr descubrió varios centenares de cizallas que procedían de los excedentes del Ejército inglés. Compradas a dos chelines la unidad, esos útiles permitirían a sus soldados judíos abrirse rápidamente camino a través de la jungla de alambradas de espino que defendía Bevingrad por el lado Oeste.

Una luz se iluminó en el tablero de control. Llamaba un observador para prevenir que los primeros militares ingleses comenzaban a abandonar la Gran Central. Schurr miró el reloj.

El oficial británico no había mentido.

Eran exactamente las cuatro horas.

En la «Hostería de Notre-Dame de France»; en toda la zona de Bevingrad; en los cuarteles Allenby y El-Alamein; en la colina del Mal Consejo y en el vestíbulo del

«Hotel Rey David»; en todos los edificios de Jerusalén que aún los albergaban, los ingleses estaban de pie desde el amanecer. Los soldados cargaban sus bultos en los camiones, y los civiles cerraban sus maletas. Un poco por doquier se oía el ronroneo de los motores. Los vehículos se formaban en columnas, y los hombres se dirigían hacia los puntos de reunión.

Para el general Jones, la última maniobra del Ejército británico en Jerusalén era sólo «una simple operación de transporte». Para designarla por un nombre en clave, el oficial de transmisiones no supo hallar ningún recuerdo bíblico, ninguna relación histórica a la medida del prestigio y de la gloria de la Ciudad Santa. Se contentó con un nombre de pez. Aquel 14 de mayo de 1948, Jerusalén fue «el Bacalao».

A las siete horas, las primeras columnas estaban dispuestas a partir. Tras su banderín de seda amarilla, que, en el siglo último, ondeó frente a los maoríes de Nueva Zelanda, los hombres del «Suffolk Regiment» descendieron por las laderas del Monte Sión para alcanzar sus camiones. Detrás de sus cornamusas, los del «Highland Light Infantry» salían solemnemente de «Notre-Dame de France». El capitán Naylor Leyland, el oficial de los «Lifeguards» que recogió a los últimos supervivientes del convoy de la «Hadassah» hizo franquear a sus carros blindados las alambradas de espino que separaban la zona británica, de los habitantes de Jerusalén. A medida que recorrían las calles, comprobaba amargamente que casi nadie asistía a su marcha.

Las últimas imágenes que muchos soldados ingleses se llevaban de Jerusalén se mezclaban con el alivio de abandonar un lugar donde sólo habían sido —como diría uno de ellos— «un balón de fútbol entre dos campos».

Para algunos, la última impresión de la Ciudad Santa sería religiosa. Para otros —como el teniente Robert Ross—, sería el recuerdo del insólito lugar donde oyó silbar su primera bala: el huerto de Getsemaní. Para el cabo jefe Gerard O'Neill, de Glasgow, sería el honor de ser el último soldado británico en abandonar Jerusalén; para el comandante Naylor Leyland, la sangre de uno de sus hombres, que manchaba aún la torreta donde fue muerto unos días antes; para el teniente coronel Alec Brodic, veterano de una docena de campañas, la frenética búsqueda de un cordel para atar sus maletas.

Para el comandante Dan Bonar, aquella marcha representaba el último acto de una carrera militar, que había comenzado treinta años antes, otra mañana de mayo. Él fue quien izó la Union Jack en Adinfen, tras la batalla del Somme. Sus años de servicio lo condujeron desde Arjangelsk, a Irlanda; desde Egipto, a Dunkerque; desde Normandía, al Ruhr y, finalmente, a Palestina. El rizo estaba rizado. Arrió la última bandera británica que aún ondeaba en el cielo de Jerusalén.

Para el capitán James Crawford, la última imagen sería el saludo militar de un viejo jeque en posición de firme, «testimonio de respeto —diría— hacia los camaradas que dejaba detrás de mí y que habían dado su vida por una causa que no

era en realidad la suya».

Para el general Jones sería una última inspección a través de los desiertos pasillos del «Government House». Todas las estancias estaban limpias y ordenadas. Con su despacho desnudo y su sillón vacío, la estancia de Sir Alan daba la impresión de «no haber estado ocupada jamás».

El *Chief Justice*, Sir William Fitzgerald, se llevaría con él una visión tan vieja como Palestina: la de un fellah a lomos de un asno que caminaba tranquilamente hacia Belén y que ni siquiera levantó la cabeza para observar el paso del convoy. Al verlo por la ventana del autocar, Sir William se preguntó de repente: «¿Hemos cambiado en realidad algo durante nuestros treinta años en Palestina?».

—Una Era nueva comienza hoy para Palestina. ¡Larga vida a una Palestina libre e independiente! —gritó el árabe Raji Sayhun ante el micrófono en el que, unas horas antes, Sir Alan Cunningham pronunciara su mensaje de despedida.

Luego, el periodista abandonó el estudio, situado en zona judía, y subió a un vehículo para dirigirse a Ramallah, adonde se había replegado el puesto árabe. Al salir de la ciudad, se volvió para abarcar con la vista el panorama que abandonaba. El objeto sobre el que sus ojos se detuvieron no constituía un presagio favorable para la nueva Era que acababa de anunciar. El emblema azul y blanco del sionismo ondeaba sobre el edificio de «Radio Palestina».

Delimitado por la estrecha avenida de la Reina Melisenda, la avenida de Jafa y la calle San Pablo, el triángulo que los soldados de la «Haganah» acababan de ocupar se hallaba en el centro de la nueva Jerusalén. Su extremo llegaba hasta el ángulo noroeste de las murallas. La mayor parte de los objetivos de que debían apoderarse se hallaban en el interior de ese espacio, que correspondía, aproximadamente, a la zona británica de Bevingrad. Comprendían la Jefatura de Policía, la alcaldía, la prisión, los tribunales, el hospital gubernamental, la Central de Correos y la Central Telefónica.

Sólo un objetivo se encontraba fuera de ese triángulo estratégico: la enorme hostería, en forma de E, de «Notre-Dame de France». Construida frente a las murallas, dominaba toda la ciudad.

Para cumplir su misión, el judío Ariyeh Schurr disponía de cuatrocientos soldados y seiscientos voluntarios de la milicia territorial. Desde las ocho de la mañana, precedidos por equipos que cortaban las alambradas, los primeros grupos judíos se infiltraron en el interior de la zona de Bevingrad. Una desagradable sorpresa les aguardaba: los ingleses habían colocado en el interior una segunda red de alambradas. No obstante, gracias a las escaleras que llevaban pudieron subir a los muros y ventanas y apoderarse de los primeros edificios incluso antes de que todas las tropas británicas abandonaran la zona por el otro extremo del triángulo. En la avenida de Jafa, los cuarenta hombres de la «Brigada Players» ocuparon la Central de Correos y la Central Telefónica en el instante mismo en que los evacuaban los británicos. La

Telefónica se convirtió bien pronto en un arma psicológica considerable. Los judíos telefoneaban a los árabes de los inmuebles que constituían sus próximos blancos, para intentar provocar su huida aterrorizándolos.

En menos de una hora, Schurr ocupó la mitad de los objetivos que le fueron asignados. Solamente le preocupaban dos sectores: uno, cerca de la prisión central, donde los árabes consiguieron poner pie, y el otro, en «Notre-Dame de France», donde sus adversarios pudieron expulsar a los soldados de la «Haganah», que habían sido los primeros en entrar.

Las demás fases de la «Operación Horca», lanzada por David Shaltiel para conquistar un frente continuo de norte a sur de la ciudad, se presentaban con favorables auspicios.

Responsable del sector norte de la población, Isaac Levi, desde el tejado del inmueble de los sindicatos, había acechado la marcha de los ingleses. Cuando hubieron desaparecido tras la cima del monte Scopus, ordenó a los hombres que tenía apostados en la calle del Profeta Samuel, contigua al barrio de Mea Shearim, que pasaran a la acción. Su avance fue tan rápido, que se apoderaron, casi sin disparar un tiro, de los edificios de la escuela de Policía y de todo el barrio de Sheij Jerrah, de donde habían sido expulsadas las fuerzas judías diecisiete días antes por un ultimátum inglés. A media mañana, Levi consiguió restablecer las comunicaciones con la Universidad asediada y el hospital del monte Scopus.

Al Sur, Abraham Uzieli debía apoderarse del cuartel Allenby, cuya captura aislaría el barrio de Bekaa y las colonias alemana y griega, del resto de la población árabe. La «Haganah» podría así mantener al Sur una línea continua, desde la estación, a los barrios judíos de Mekor Hayim y Talpiot, e incluso hasta el kibbutz de Ramat Rachel, situado en la extremidad sur de la ciudad. Para cumplir su misión, Uzieli disponía de dos secciones, un «Davidka», tres obuses y muy poco tiempo. Una banda de iraquíes que entraron antes que él en el cuartel hicieron fracasar su ataque.

Sin embargo, esta reacción árabe constituía una excepción. Casi por todas partes, los árabes fueron cogidos a contrapié, tanto por la rapidez de la partida de los ingleses como por la puesta en marcha de los soldados judíos. Cuando el padre Ibrahim Ayad se presentó en un vehículo, que enarbolaba el pabellón pontificio, para tomar posesión del hospital italiano en nombre del Mufti, chocó con los judíos, enviados por el arquitecto Dan Ben Dor, que lo ocupaban ya.

El ex inspector de Policía Munir Abu Fadel, uno de los jefes árabes de la ciudad vieja, paseando su alano *Wolf* a lo largo de las murallas de la ciudad vieja, vio pasar dos convoyes: sólo entonces comprendió que se iban los ingleses. Su adjunto, Anuar Jatib, distinguió la limusina de Sir Alan Cunningham desde el cementerio de Mamillah, donde se había refugiado para escapar a los tiradores judíos. Pensó entonces en la impaciencia con la que había aguardado el instante en que se marchara

aquel vehículo, y se asombró de la incertidumbre que sentía por el futuro, al verlo partir.

A su regreso al C. G. de la escuela de la Raudah, Jatib no encontró en el edificio «ninguna coordinación, ninguna autoridad responsable; nada, salvo un grupo de personas que se peleaban». Los grupos de partisanos recibieron la orden de ocupar las posiciones indicadas en el plan de Abu Fadel, pero no se había decidido ninguna acción concertada. La mayoría de ellos no había emprendido nada, y los que estaban decididos a intentar una operación, como en «Notre-Dame de France», se veían impotentes para explotar su ventaja.

Jatib se percató, con tristeza, de que «la "Raudah" no era, en realidad, más que un amasijo de personajes medio histéricos, incapaces de entenderse para ejecutar la menor acción de conjunto». Mientras Fadel Rachid, jefe de los voluntarios iraquíes, y Jaled Husseini, jefe de los partisanos del Mufti, se negaban obstinadamente a abandonar su C. G. los esfuerzos de Munir Abu Fadel por organizar, como mínimo, la defensa de la ciudad vieja, eran contrarrestados, una y otra vez, por un jefe de banda, de veinticinco años de edad, hijo de un zapatero llamado Hafez Barakat, al que sus partisanos llamaban *le General*.

En cuanto a Emile Ghory, previo tomar el mando de seiscientos árabes y conducirlos al sector de Sheij Jerrah, que las fuerzas judías acababan de ocupar. Su plan entrañaba sólo un error. Al creer que los ingleses no partían hasta el 15 de mayo, sus hombres no habían aún llegado a Jerusalén.

El único barrio donde los árabes ofrecieron una auténtica resistencia fue la colonia americana, un pequeño suburbio de jardines y lujosas villas, que se extendía desde la puerta de Damasco hasta Sheij Jerrah. Allá, el maestro Baghet Abu Garbieh, al frente de un grupo compuesto por Hermanos Musulmanes sirios, iraquíes y libaneses, mantenía a raya a las tropas de asalto de David Shaltiel.

Si la mañana fue desastrosa para los árabes de Jerusalén, a quince kilómetros de allá, otros árabes conseguían una victoria cuyas repercusiones iban a ensombrecer ese día de gloria para el pueblo judío. Los tres últimos kibbutz de Kfar Etzion estaban a punto de rendirse.

Poco después de medianoche, un mensaje de radio, apenas audible, informó a sus habitantes que habían terminado las negociaciones emprendidas para salvarlos del fin trágico de sus camaradas del kibbutz central. Pero sería grande el precio que iban a pagar por haber querido redimir la esterilidad de sus colinas con los frutos de sus huertos. Iban a renovar una de las más tristes tradiciones del pueblo judío. Prisioneros, partirían para Ammán, al exilio.

Desde el tejado de la enfermería del kibbutz de Massuot, Uriel Ofek, poeta miembro del «Palmach», vigilaba desde hacía horas a los árabes, que se movían por todas partes. Eran tan numerosos que le parecía como si todos los pueblos, desde

Jerusalén a Hebrón, se hubiesen vaciado de habitantes. «Afluían a millares —diría—, y nada podía detenerlos, ni siquiera la explosión de las minas aún diseminadas por los caminos que conducían a Kfar Etzion».

Un frágil alto el fuego impuesto por la Cruz Roja estaba en vigor desde las cuatro de la madrugada. Pero al ver la victoria a su alcance, los árabes estaban impacientes por arrasar las tres colonias. La delegación de la Cruz Roja encargada de organizar la rendición fue engullida por una aullante oleada antes de poder llegar al primer kibbutz. Cuando lo consiguió, al fin, los responsables judíos les hicieron saber que, debido a la matanza de sus camaradas del kibbutz central por los partisanos, se rendirían sólo a la Legión Árabe. Un emisario fue enviado a Hebrón, donde, contrariamente a las órdenes de Glubb Pachá, aún se hallaba un destacamento de legionarios. Dentro de algunas horas, los colonos bendecirían este acto de indisciplina.

Hacia mediodía llegaron, al fin, los soldados beduinos con sus camiones, y empezaron las operaciones de rendición. En cada kibbutz, los oficiales de la «Haganah» se negaron a deponer sus armas antes de que las mujeres y los heridos hubiesen sido subidos a las ambulancias y sus hombres estuviesen seguros en los camiones de la Legión Árabe. En Ein Tsurim, un colono regresó hasta el refectorio, ya invadido por los árabes, para descolgar de la pared el *Sefer Torah*, el rollo sagrado de la Ley. En Massuot, un rabino empezó a recitar las oraciones del sábado.

—El Señor es Todo Justicia. Él es nuestra Roca y nuestro Bien —respondían los hombres, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Luego, el operador de radio envió un último mensaje:

—Esta noche ya no estaremos allá —anunció. Así acabó el último capítulo de Kfar Etzion.

Apretujados en los camiones que descendían por las colinas, los prisioneros dirigieron una última mirada a los barracones donde tan duramente habían vivido. Los vieron desaparecer entre las llamas. Luego, la muchedumbre de árabes se abatió como un huracán sobre los viñedos y huertas. Como si quisieran borrar para siempre las últimas huellas de la intrusión extranjera en sus viejas colinas, arrancaron uno a uno los árboles cargados con los frutos de la primera cosecha.

A doscientos kilómetros de allí, dos sólidas amarras consumaban, en el puerto de Haifa, otro revés judío. Desde que el *Borea*, cuyas bodegas contenían cañones y obuses para la «Haganah», fue inmovilizado en el muelle, un destacamento de soldados ingleses tomó posición en torno al navío. Una cuarentena por causa del cólera no habría sido más estricta. El oficial británico informó, simplemente, al capitán, que ningún miembro de su tripulación podría abandonar el barco hasta nueva orden.

Una gran tristeza, mezclada de alivio, se apoderó de David Shaltiel cuando supo que todo había acabado en Kfar Etzion.

Sin embargo, ni el comandante de Jerusalén ni sus hombres tuvieron tiempo de conmoverse por aquella tragedia. Continuaba su progresión a través de Jerusalén. Los soldados de Ariyeh Schurr expulsaban del triángulo de Bevingrad a los escasos árabes que consiguieron infiltrarse. Tras ellos, equipos especiales exploraban metódicamente todos los edificios capturados. Cada uno de ellos era para los soldados de Jerusalén, tan mal equipados, una verdadera Isla del Tesoro. En efecto, pese a su meticulosa organización, los ingleses dejaron tras de sí una sorprendente cantidad de riquezas. Descubrieron cuarenta mil pares de borceguíes en un solo edificio, o sea, dos pares para cada combatiente del ejército judío. Un edificio vecino albergaba tal cantidad de linternas eléctricas, que un soldado judío se dijo que «toda la ciudad se podría iluminar aquella noche». En la Jefatura de Policía, Natanael Lorch halló un soberbio sable, cincelado a mano, que pronto sería utilizado para la ceremonia de la entrada en funciones del primer Presidente del Estado judío. Asimismo, Lorch descubrió varias cajas con papeles timbrados a nombre de Sir Henry Gurney, el último secretario general del Gobierno de Palestina. Aquel elegante papel haría la alegría de sus corresponsales durante los meses futuros. El soldado Murray Hellner, que había sido encargado de subir al tejado del edificio de «Radio Palestina» para bajar la antena, recibió una estupenda recompensa por su escalada. En el armario de un estudio encontró las dos grandes banderas inglesas que servían para cubrir los ataúdes de los soldados muertos en Jerusalén. Decidió en seguida utilizarlas como sábanas para su cama de campaña.

Ante el hospital gubernamental, un miembro del «Irgún» se encontró con una verdadera ganga: un rebaño de carneros. Hassib Bulos, el cirujano árabe del hospital, corría desesperadamente en torno a ellos para impedirles huir. Gracias a ellos, esperaba asegurar la supervivencia de su personal durante las duras jornadas venideras. Enseñando al soldado del «Irgún» su brazalete de la Cruz Roja, le pidió que le ayudara a reagruparlos.

—¿También tienen su brazalete los carneros? —preguntó, irónicamente, el judío.

Ante el aturdido silencio del médico árabe, el judío añadió:

—Entonces no hay remedio. Son míos.

El periodista británico Eric Downtown, que acompañaba a otro soldado del «Irgún», asistió a una escena extraordinaria. El judío derribó una puerta en la Comisaría de Policía, y los dos hombres se encontraron de repente ante una horrorosa visión. Ante ellos se elevaba una horca. En el extremo de la cuerda colgaba un nudo corredizo; debajo, el escotillón estaba listo para abrirse. El estupor paralizó un instante al del «Irgún». Luego se volvió hacia el inglés.

—Aquí colgaban sus compatriotas a mis amigos —dijo simplemente.

De todos los árabes sorprendidos aquella mañana por el avance de las fuerzas de la «Haganah», el más anonadado quizá fuera Antoine Safieh. Cuando se abría un camino bajo los disparos de los fusiles se enteró de una noticia que lo llenó de consternación. «El lugar más seguro de Jerusalén», la alcaldía, en cuya caja fuerte depositó su cheque de veintisiete mil quinientas libras, acababa de caer en manos de los judíos. Desesperado, Safieh partió en busca de sus colegas de la ciudad vieja para informarlos de una triste noticia. Su municipio estaba arruinado.

Desde el sur de la ciudad, otros árabes lanzaron una noticia más terrorífica aún. Al haber ocupado la Central Telefónica, los judíos pudieron interceptar una llamada procedente de los iraquíes que defendían el cuartel Allenby.

—¡Socorro! —gritaba una voz—. ¡Los judíos nos bombardean con una especie de bomba atómica!

Si no estalló el primer obús del «Davidka» de Uzieli, el segundo parecía, sólo por el ruido, haber aterrorizado a los defensores. Uzieli se apresuró a enviar su tercer y último proyectil. A mediodía, sus hombres penetraban, al fin, en el cuartel. Estaba vacío. Abandonando tras ellos cajas de cigarrillos y de conservas británicas, todos los iraquíes huyeron.

Mientras, en el Norte, Isaac consolidaba sus conquistas de la mañana y acababa de ocupar el barrio de Sheij Jerrah. Sin embargo, decidido a impedir la renovación de la tragedia de Kfar Etzion en su sector, no dudó en infringir la orden formal de Ben Gurion de no abandonar ninguna colonia judía. Autorizó a los colonos de Neveh Yaacov —un kibbutz rodeado de árabes, entre Jerusalén y Ramallah— a replegarse tras sus líneas.

Hacia el mediodía, los únicos lugares donde sus fuerzas no habían conseguido aún nada definitivo eran los barrios de la colonia americana y de Musrara, donde Baghet Abu Garbieh seguía oponiendo una feroz resistencia. El profesor árabe repartió a sus setenta hombres en tres grupos. Los sirios estaban emboscados en una escuela; los iraquíes, en el «Hotel Ragadan», y los libaneses, a lo largo de la calle San Pablo, detrás de «Notre-Dame de France». Apostó su única ametralladora en dirección a una casa que pronto se convertiría en el símbolo de la Jerusalén dividida. Pertenecía a un judío, un rico comerciante en ropas y tejidos llamado Mandelbaum.

Al final de la tarde, cuando la batalla perdía virulencia, Shaltiel envió un mensaje por radio a Tel-Aviv para anunciar que la mayor parte de sus objetivos habían sido alcanzados y que la «defensa del enemigo se había mostrado muy débil». Casi en el mismo instante, otro mensaje salió de Jerusalén confirmando el informe del jefe de la «Haganah». Enviado por el comandante árabe de Jerusalén a Hadj Amin, declaraba: «La situación es crítica. Los judíos han llegado casi a las puertas de la ciudad vieja».

El judío más dichoso de Jerusalén subía silbando por la calle Ben Yehudá, en

dirección al «Café Atara», Josef Nevo iba a aprovechar las dos horas de permiso que obtuvo, para celebrar dos comienzos felices: el de su vida de hombre casado y el de la nueva Era que comenzaba para la Jerusalén judía. Pero cuando vio la lívida expresión de su esposa, Nevo comprendió que había sobreestimado las ocasiones de alegría que le reservaba aquella mañana. Las primeras palabras de Naomi confirmaron sus temores.

—Mamá ha regresado —suspiró—. El convoy no ha podido pasar.

Un descubrimiento casi tan desagradable aguardaba aquella mañana a Pablo de Azcárate a su regreso de Ammán. Tras haber mostrado tanto desdén por su misión al servicio de las Naciones Unidas, la Administración británica se había desprendido de él con una mentira. Pese a las seguridades dadas por Sir Henry Gurney, los ingleses se habían marchado sin más explicaciones. «Ha llegado el momento —subrayó amargamente en su Diario— de lanzarse a lo desconocido».

En Nueva York, la Organización que envió a Azcárate a Palestina resolvió aportar la única respuesta que pudo hallar para hacer frente al caos que reinaba en el país. Si las Naciones Unidas no podían dar un Mesías a Palestina, iban, al menos, a proponerle un mediador, pero aquel gesto de esperanza no haría más que añadir un nombre más a la larga lista de mártires caídos por Jerusalén: el del conde Folke Bernadotte.

El largo y doloroso camino que siguió el pueblo hebreo desde Caldea, pasando por el Egipto de los faraones. Babilonia y todos los ghettos de la Tierra, terminaba en el centro de Tel-Aviv, ante un sencillo edificio de piedra de la avenida Rothschild. Allá, aquella tarde de mayo, los dirigentes del movimiento sionista se aprestaban a llevar a cabo la acción quizá más importante de su historia desde que un oscuro rey-guerrero llamado David, «entre clamores y trompetas», devolvió el Arca de la Alianza a Jerusalén.

Aquel edificio, que había pertenecido al primer alcalde de Tel-Aviv, era ahora un museo. Sin embargo, sus muros no ofrecían ningún fragmento de cerámica ningún vaso religioso ni ningún otro recuerdo de la antigua civilización judía. Por el contrario, exponían los frutos más audaces del arte moderno de la civilización que iba a nacer precisamente en su recinto. Afuera, un destacamento de policías militares verificaban cuidadosamente las identidades de las doscientas personas que tendrían el privilegio de ser testigos de la ceremonia que iba a desarrollarse allí. El pasado de aquellos hombres y mujeres era tan diverso como sus orígenes. Algunos habían casi muerto de malaria al desecar los pantanos de Galilea. Otros habían sobrevivido a los pogroms de la Rusia zarista o a los campos de exterminio nazis. Procedían de Minsk, Cracovia, Colonia, Inglaterra, Canadá, África del Sur, Irak y Egipto. Estaban unidos por una fe común —el sionismo—, por una herencia común —la historia judía— y por la común experiencia de las persecuciones.

Parecía contemplarlos el gran retrato del periodista vienes de negra barba que fundó su movimiento. Apenas habían transcurrido cincuenta y tres años desde aquel día de invierno en que Theodor Herzl fue testigo de la humillación pública de Alfred Dreyfus. Aquellos años habían sido particularmente negros para su pueblo, que, además, acababa de sufrir una tragedia apocalíptica, verdadero desafío a toda imaginación. Años triunfales también, ya que la extraordinaria vitalidad del movimiento sionista había hecho de él uno de los grandes fenómenos políticos de la primera mitad del siglo XX. Y como predijo Herzl, sólo porque el pueblo judío lo deseó obstinadamente, ahora estaba a punto de crear un Estado.

A las cuatro en punto, David Ben Gurion se levantó. Todos los asistentes, de pie, entonaron espontáneamente la *Hatikvah*. Cogida de improviso, la orquesta filarmónica, arracimada en el balcón, se unió al cántico al cabo de varias estrofas. Vestido con traje negro, camisa blanca y —dada la solemnidad de la ocasión— corbata, el líder judío cogió un rollo de pergamino. La ceremonia fue preparada con tal prisa, que el artista encargado de decorarlo sólo tuvo tiempo de hacer la iluminación. El texto que David Ben Gurion iba a leer estaba escrito a máquina en una hoja de papel prendida al pergamino.

—El país de Israel —comenzó— es el lugar donde nació el pueblo judío. Allí se formó su carácter espiritual, religioso y nacional. Allí adquirió su independencia y creó una importante civilización, a la vez nacional y universal. Allí escribió el Libro de los Libros para regalarlo al mundo.

Se interrumpió un instante para subrayar la importancia de sus palabras. Insensible a la exaltación del momento, no se apartó de su realismo habitual. «Lo mismo que el 29 de noviembre, mi corazón estaba cerrado a la felicidad», anotaría, algunas horas después, en su Diario. Ni siquiera al leer las palabras de esta proclamación —diría— «había ninguna alegría en el corazón. Sólo pensaba en una cosa: en la guerra que tendríamos que librar».

Reanudó su lectura:

—Exiliado de Tierra Santa, el pueblo judío le permaneció fiel en todos los países de la dispersión, rezando sin cesar por acordarse de él y esperando siempre, a través de los siglos, regresar al país de sus antepasados y reconstruir su Estado. Durante estos últimos decenios regresaron en masa. Roturaron el desierto, hicieron renacer su lengua, edificaron ciudades y pueblos y fundaron una vigorosa comunidad en continua expansión, con vida económica y cultural propias. Buscaban la paz, pero estaban dispuestos a defenderse. Trajeron los beneficios del progreso a todos los habitantes.

Tras recordar que la declaración Balfour acordó «un reconocimiento internacional formal de los lazos del pueblo judío con Palestina y con su derecho a constituir en ella un Hogar Nacional», prosiguió:

—La hecatombe nazi, que aniquiló a millones de judíos en Europa, demostró de nuevo la urgencia de la restauración del Estado judío, único capaz de resolver el problema del judaísmo apátrida, al abrir sus puertas a todos los judíos y conferir a su pueblo la igualdad en el seno de la familia de naciones. Los supervivientes de la catástrofe europea, así como los judíos de otros países, reivindicaron su derecho a una vida de dignidad, de libertad y de trabajo, y, sin dejarse vencer por los riesgos ni los obstáculos, buscaron sin descanso penetrar en Palestina. Durante la Segunda Guerra Mundial, el pueblo judío de Palestina contribuyó plenamente a la lucha de las naciones ansiosas de libertad contra el azote nazi. Los sacrificios de esos soldados y los esfuerzos de sus trabajadores lo calificaron para estar entre los pueblos que fundaron las Naciones Unidas.

Invocando entonces la decisión tomada por las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947, Ben Gurion exclamó, finalmente:

—En virtud del derecho natural e histórico del pueblo judío, proclamamos la fundación del Estado judío en Tierra Santa. Este Estado llevará el nombre de Israel.

Luego enunció los principios que guiarían a la nueva nación:

—El Estado de Israel —declaró— estará abierto a la inmigración de los judíos de todos los países en que estén dispersados. Desarrollará el país en beneficio de todos sus habitantes. Estará basado en los principios de libertad, justicia y paz, tal como fueron concebidos por los profetas de Israel. Respetará la completa igualdad social y política de todos sus ciudadanos, sin distinción de religión, raza o secta. Garantizará la libertad de religión, de conciencia, de educación y de cultura. Protegerá los Santos Lugares de todas las creencias. Aplicará lealmente los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Los técnicos de la radiodifusión, que se agolpaban en los lavabos del museo —único estudio que pudieron encontrar para transmitir al mundo esta histórica proclamación— sentían su garganta trabada por la emoción. Sólo la fatigosa respiración de algunos venerables ancianos turbaba el silencio que acompañaba aquel momento. Algunos verían más tarde, en la intensidad de aquel silencio, una especie de homenaje colectivo a los seis millones de mártires a los que se había impedido celebrar aquel día.

—Rogamos encarecidamente a las Naciones Unidas —continuó Ben Gurion— que ayuden al pueblo judío a edificar su Estado y a admitir a Israel en el seno de la familia de naciones.

Luego, dirigiéndose a los millones de árabes con los que los judíos de Israel deberían compartir su frágil existencia, añadió:

—Invitamos a los habitantes árabes del Estado de Israel a preservar los caminos de la paz y a desempeñar su papel en el desarrollo del Estado, sobre la base de una completa e igual ciudadanía y una justa representación en las instituciones,

provisionales o permanentes. Tendemos la mano en un deseo de paz y buena vecindad a todos los Estados que nos rodean; los invitamos a cooperar con la nación judía independiente, para el bien común de todos. El Estado de Israel está dispuesto a contribuir al progreso del conjunto del Oriente Medio.

Finalmente, dirigiendo una llamada a los judíos del mundo entero, solicitó su ayuda «en nuestras tareas de inmigración y desarrollo» y que estén «a nuestro lado en la gran lucha que sostenemos, a fin de realizar el sueño de generaciones: la redención de Israel».

—Depositando nuestra confianza en el Eterno Todopoderoso —concluyó—, firmamos esta declaración sobre el suelo de la Patria, en esta ciudad de Tel-Aviv y en esta sesión de la Asamblea provisional reunida la víspera del sábado, 5 Iyar de 5708, o sea, el 14 de mayo de 1948.

Luego, levantando la cabeza, añadió:

—Levantémonos para adoptar la carta con que se crea el Estado judío.

Los asistentes se levantaron. Era el instante de gloria. Con la voz trémula de emoción, un rabino recitó una plegaria implorando la bendición de «Aquel que nos ha sostenido hasta ahora». Le respondió un «Amén» lleno de fervor.

Volviendo a tomar la palabra, Ben Gurion anunció que quedaban derogadas todas las restricciones sobre la inmigración y compra de tierras impuestas por el Libro Blanco británico de 1939, pero que todas las demás leyes del Mandato permanecían temporalmente en vigor.

Uno a uno, los miembros del Consejo Nacional estamparon su firma en el rollo de pergamino. Luego, sobrecogida por un religioso silencio, la asistencia escuchó las notas de la *Hatikvah*. Las lágrimas bañaban muchas mejillas.

Eran las 4,37. La ceremonia sólo había durado una media hora. David Ben Gurion golpeó una vez más sobre la mesa y declaró:

—Ha nacido el Estado de Israel. Se levanta la sesión.

Otra ceremonia se desarrollaba aquel día a orillas del Nilo. También terminó con la lectura de un pergamino: el diploma que la Escuela de Estado Mayor del Ejército real egipcio concedía a cada miembro de su nueva promoción de oficiales. Pocos hombres quedaron tan afectados por la proclamación que acababa de hacerse en Tel-Aviv como uno de aquellos oficiales, de treinta años de edad. Llegaría un día en que las fuerzas así desencadenadas lo impulsarían al primer plano de la política mundial, en que los pueblos árabes lo aclamarían como a un nuevo Saladino. Por el momento, una alegría más simple llenaba el corazón del joven capitán. Acababa de recibir una importante misión. Debía presentarse en el 6.º Batallón dentro de cuarenta y ocho horas para ejercer las funciones de jefe de Estado Mayor. El batallón de Gamal Abdel Nasser marcharía sobre Tel-Aviv para destruir el Estado que Ben Gurion acababa de proclamar.

Caía el crepúsculo. Lejos, hacia el Sur, prisioneras entre los montes de Moab y los de Judea, las inmóviles aguas del mar Muerto reflejaban los últimos rayos de sol. Cerca de los juncos y rododendros del verde valle del arroyo Shueib estaba el lugar elegido por Glubb para reunir a la Legión Árabe. Al Este, a menos de ocho kilómetros, se hallaban el Jordán y el puente Allenby. En la otra orilla, Glubb distinguía los tejados de las casas de Jericó y, más allá, la alta muralla de los montes de Palestina.

Justamente detrás de Jericó, entre el Monte de la Tentación y el arroyo de Keritk, donde los cuervos alimentaron al profeta Elías, una pista trepaba a lo largo de las pendientes. Ningún mapa registraba la existencia de aquel paso, que henchía de orgullo al general inglés. Había distribuido cuatro mil libras a los habitantes de los pueblos en torno a Jericó para que lo transformaran secretamente en un camino utilizable para sus autocañones. A medianoche, sus cuatro mil quinientos legionarios emprendían la marcha hacia Palestina. Por aquel sendero, veinticinco siglos antes, Josué condujo a los hijos de Israel hacia la Tierra Prometida.

Glubb contemplaba con orgullo la imponente masa del ejército reunido ante él. Pero estaba preocupado. Conocía a varios de sus soldados desde que sus padres se los confiaron, cuando aún eran niños. Quería apasionadamente a su Legión, y con la muerte en el alma la veía partir para un conflicto donde iba a correr graves peligros. Contaba con que su intervención se limitaría a un simulacro de guerra. Pero ahora dudaba cada vez más de ello. Las capitales árabes estaban presas de un ardor bélico. La situación —lo veía aquella noche— se hacía «confusa y sin esperanza». No tenía la menor idea de lo que iban a hacer los sirios y egipcios. Ni siquiera había llegado aún a Aqaba el precioso cargamento de obuses que esperaba para sus nuevos cañones.

Una limusina negra, con un banderín en el guardabarros, se detuvo ante él. Había llegado el hombre en cuyo honor reuniera sus tropas. Vestido con uniforme del Ejército británico, el rey Abdullah se dirigió hacia un pequeño estrado de madera. Lejos, hacia el Sur, un remolino se elevaba en el cielo, prenuncio de una tempestad de arena. La banda tocó el himno transjordano, y el rey saludó a aquellas tropas que quizás iban a arrancarle de la prisión de arena donde lo habían encerrado los ingleses, de aquel desierto que exaltaba el himno nacional. Tal vez tanto como el más rudo de sus beduinos, estaba impresionado por aquel grandioso despliegue de fuerzas y por la ocasión solemne que lo había motivado. De repente, surgida quién sabe de dónde, se presentó la tempestad de arena. La visibilidad se redujo en algunos segundos a menos de veinticinco metros. Azotados por los remolinos, los hombres se taparon la cara con su *keffieh*. El comandante Abdullah Tell sólo oyó las tres primeras palabras de la arenga del rey: «Mis queridos hijos…». El resto se perdió en el viento. Meses más tarde, Tell se diría que aquella tempestad fue una «protesta de Dios contra la

conspiración que nos enviaba a Palestina, no para batirnos, sino para añadir tierras al reino de Abdullah».

Renunciando, finalmente, a hacerse oír, el rey sacó un revólver y disparó al aire. Luego, transportado, sin duda, por la exaltación del momento, lanzó el grito de guerra mágico mediante el cual tantos conquistadores inflamaron el ardor de sus tropas. Las más estrictas órdenes prohibían a sus soldados la entrada en la Ciudad Santa. No obstante, Abdullah les gritó:

—¡Adelante, hacia Jerusalén!

Gracias a la emisora instalada en el lavabo del museo de Tel-Aviv, toda la población judía conocía ya las palabras que habían proclamado la resurrección del Estado judío. Los hombres que acechaban la invasión de los ejércitos árabes las escucharon en sus kibbutz del Negev o de Galilea. En Tel-Aviv, millares de personas acudieron hacia el museo, rompieron los cordones de protección y arrastraron a los policías en alegres torbellinos. En la radio de su puesto de mando de Jerusalén, David Shaltiel y sus oficiales escucharon la lejana y casi inaudible voz de Ben Gurion. «Sabíamos lo que significaba un Estado —diría más tarde uno de ellos—: seguir derramando sangre. Y ya habíamos vertido demasiada en Kfar Etzion».

En el Consulado de Francia, donde representaba a la «Agencia Judía» en las negociaciones sobre el alto el fuego, Vivian Herzog anunció solemnemente, a las cuatro horas, que, en adelante, sería «el enviado de un Estado judío independiente». Mientras sus colegas se adelantaron para felicitarle, una extraordinaria escena llamó su atención. Deslizándose de rodillas, por temor a las balas perdidas que pudiesen atravesar las ventanas del salón, la señora Neuville traía una bandeja llena de copas de champaña para celebrar el acontecimiento.

En la ciudad vieja, el hijo del rabino Ornstein abandonó su puesto de guardia para correr a anunciar la noticia a su padre. El santo hombre recitó en seguida un *Sheheiyanu*, una plegaria de acción de gracias para agradecer a Dios el «habernos permitido ver este día». Pero el rabino no sobreviviría mucho tiempo al acontecimiento del Estado que celebraba.

Además —como recordaría un joven de la «Haganah»—, «no se tenía tiempo para celebraciones; había muertos y heridos». Esta reacción era característica del efecto que causó la proclamación del Estado en la mayoría de la población. Consciente de que tal Estado iba a ser atacado en las horas que seguirían, raramente la población se abandonó a las delirantes explosiones de alegría que recibieron la votación del Reparto.

Casi en el centro de Jerusalén, en la encrucijada, que bien pronto llevaría el nombre de puerta de Mandelbaum, un grupo de jóvenes se reunió en una casa abandonada. Miembros de una compañía religiosa del «Gadna» que defendía el sector observaban el rito tradicional de la llegada del sábado. Faltos de las velas

rituales, se postraron en la penumbra. Sólo tenían dos mantos de oración y dos o tres libros de salmos, que pasaban de mano en mano. Ésta sería, por su misma pobreza, la ceremonia más memorable de la vida de su jefe: Jacob Ben Ur. Con sus fusiles contra la puerta y en sus oídos resonando aún las palabras de Ben Gurion, Ben Ur y sus jóvenes compañeros ahogaron con sus voces el eco de los disparos, para cantar la antigua plegaria: «Bendito seáis, Señor, por la protección de esa Vuestra paz que habéis extendido sobre nosotros, sobre nuestro pueblo, sobre Israel y sobre Jerusalén».

Para los trescientos cincuenta y nueve supervivientes de Kfar Etzion, el inicio del sábado que señalaba el renacimiento de su país, quedaría como un horrendo recuerdo. En medio de insultos, salivazos y, a veces, incluso de golpes, atravesaban las calles de Hebrón entre la multitud desencadenada que pedía sus cabezas. Sólo la vigilancia de sus guardianes de la Legión Árabe impidió que una matanza enlutase aquella tarde del sábado. Para aquellos hombres y mujeres —muchos de los cuales llevaban aún los números de Auschwitz, Dachau o Buchenwald—, el interminable corredor de odio no conducía a la libertad que habían venido a buscar aquí, sino a las alambradas de un nuevo campo.

Rodando en dirección opuesta, un autocar conducía hacia Jerusalén a los heridos judíos más graves. Abras Tamir, que desde sus angarillas estuvo al mando de la colonia, vio a un sargento de la Legión Árabe saltar al borde del vehículo. Era la entrada en Belén. Medio inconsciente, Tamir oyó al militar gritar en árabe:

—Vuestro Ben Gurion acaba de proclamar un Estado judío, pero en ocho horas lo habremos liquidado.

Tamir no sabía aún nada de la creación del Estado. Intentó incorporarse para gritar de alegría; pero, demasiado débil, cayó agotado. Notó entonces cómo llenaban sus ojos lágrimas de orgullo y felicidad.

Solemne en su inmaculado uniforme, un oficial de Marina británico subió al puente del *Borea* amarrado en el puerto de Haifa y saludó cortésmente a su capitán.

—Ahora son las veintidós horas —anunció echando una mirada a su reloj—. Dentro de dos horas exactamente, el mandato del Gobierno de Su Majestad en Palestina llegará a su fin. Estoy encargado de informarle que entonces cesará toda vigilancia. Su barco y su cargamento le serán devueltos.

Mientras el capitán del *Borea* intentaba sobreponerse a su estupefacción y entender el sentido de aquel último gesto de una Administración moribunda, el oficial saludó de nuevo.

—Buena suerte —dijo antes de abandonar el puente.

Sobre el rocoso promontorio que se adentraba en la bahía de Haifa, a la sombra

del monte Carmelo, una solitaria figura contemplaba las olas. Una noche de invierno de 1917, desde lo alto de una de las colinas, el inglés James Pollock asistió al levantamiento del telón del drama de Gran Bretaña en Palestina. Aquella noche de primavera de 1948, para ser testigo del acto final del régimen al que había dedicado toda su vida, el último prefecto de Jerusalén se trasladó a aquel promontorio.

Los marinos del *Euryalus* largaron amarras, y el crucero se separó lentamente del muelle. Desde lo alto de la pasarela, Sir Alan Cunningham vio cómo la proa del navío que lo llevaba se deslizaba hacia la rada, donde estaban alineados, como para una revista naval, un portaaviones y media docena de destructores. En sus puentes, vestidas de blanco, las tripulaciones estaban en posición de firme. De repente, todos los proyectores dirigieron sus haces hacia el solitario hombre que se hallaba en la pasarela del *Euryalus*. Tomando velocidad, el crucero se deslizó ante la majestuosa fila de buques. Cuando pasó al lado del portaaviones, una banda interpretó el *God Save the King*.

«El espectáculo ha terminado», pensó Cunningham al oír las notas del himno ascender en la noche y el ruido del agua sobre la roda del navío. Profundamente impresionado, no conseguía separar los ojos de la magnífica masa, anegada de sombras, del monte Carmelo, que se alejaba suavemente. Para rendir homenaje a los orígenes escoceses de Cunningham, la banda interpretó entonces la *Highland Lament*. El último Alto Comisario de Palestina sintió un nudo en la garganta. «¡Ah, cuan agradable es marcharse acompañado por las notas de ese himno!», se dijo.

«¡Todo había comenzado tan bien y todo había acabado tal mal!», pensó.

¡Cuántas esperanzas derrochadas entre la soberbia gesta de Lord Allenby al descender del caballo en la puerta de Jafa para recorrer a pie las piedras sobre las que el Salvador llevó su cruz, y su propia salida de Jerusalén aquella mañana, a hurtadillas! ¡Cuántos esfuerzos habían quedado enterrados en aquella tierra! ¡Cuántos ingleses murieron por conquistarla y gobernarla en nombre de una increíble sucesión de promesas contradictorias! Y ahora, «tras todas esas decepciones, todos esos años, el fracaso estaba allí, total. Partimos, y lo que seguirá será sólo la guerra y la miseria».

Cuando alcanzó el límite de las aguas territoriales, el crucero de Sir Alan Cunningham se detuvo. Una última ceremonia debía señalar oficialmente el fin del mandato británico en Palestina. De un extremo a otro del navío, un gigantesco castillo de fuegos artificiales abrasó el cielo mediterráneo, iluminando la noche con llamas anaranjadas, rojas y amarillas. Cuando la última chispa cayó al mar, Sir Alan pensó: «Esta vez, todo ha terminado».

Miró su reloj. Eran las veintitrés horas. El mandato británico en Palestina no pudo acabar sin un error final. Terminó una hora antes. El capitán del navío olvidó tener en cuenta la diferencia entre la hora de verano de Greenwich y la palestina.

33

«RESISTIRÁN»

Un rabioso silbido atravesó la estación de El Cairo, y la larga cadena de vagones se sacudió jadeante. A todo lo largo del anden, mujeres, parientes, amigos y niños aclamaban a los soldados. Inclinados en las ventanillas, los hombres del 6.º Batallón de Infantería reían y hacían amplios ademanes. Partían para la guerra, pero su humor era tan alegre como el de la multitud que invadía la estación Abassaya de El Cairo. El teniente Mohamed Rafat, de veintiséis años, oficial de información del batallón, estaba convencido de que iban «de paseo». Aseguró a sus camaradas que estarían de regreso en un mes, y que la recepción que les aguardaría entonces sería aún más delirante que la de su marcha.

Otros preparativos de guerra se desarrollaban en toda la capital egipcia. A medianoche, tras haber interpretado la marcha de Aida —el himno nacional egipcio —. «Radio El Cairo» anunció la promulgación de la ley marcial, mientras el jeque de la gran mezquita de Al Azhar proclamaba:

—¡Ha sonado la hora de la guerra santa!

Declaró que todos los combatientes árabes debían considerar la lucha por Palestina como un deber religioso. El Primer Ministro, Nukrachy Pachá, dijo que el país invadiría Palestina «para salvarla del sionismo y devolver la paz al interior de sus fronteras». Varios minutos después, un telegrama oficial del ministro egipcio de Asuntos Exteriores informó al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que, en razón del fin del mandato británico, «las fuerzas armadas egipcias comenzaban a penetrar en Palestina». En el aeropuerto de Al Mazah, las dotaciones llenaban los pañoles de la única escuadrilla egipcia de bombarderos, en previsión de las primeras incursiones aéreas.

Una imagen de guerra —bastante insólita— perturbó hasta la tranquila atmósfera de música suave del «Hotel Semíramis», a orillas del Nilo. En un rincón de la terraza, algunos personajes con uniforme estaban reunidos en torno a una mesa. Con una bella muchacha a su lado y un mapa desplegado ante él, el rey Faruk, vestido de mariscal, estudiaba, con su Estado Mayor, los primeros movimientos de la marcha triunfal de su ejército sobre Tel-Aviv.

Cuando «Radio El Cairo» acabó de difundir sus proclamas guerreras, una vibrante voz femenina se apoderó de las ondas. Ningún discurso, ningún himno militar ni ningún poema heroico podían como aquella voz emocionar a las masas del

mundo árabe. Era la de una corpulenta cantante llamada Om Kahltsum. Todos los aparatos de radio de Oriente se conectaron la madrugada de aquel 15 de mayo para oírla cantar. El largo lamento que eligió exaltaba un lugar de atracción tan universal para su auditorio como la voz que la expresaba: Jerusalén.

En Beirut, el Primer Ministro libanés, Riad Solh, penetró en la habitación de sus hijas y las despertó para hacerlas oír las temblorosas notas que transmitía la radio. Cuando Om Kahltsum acabó de cantar a la Roca sagrada desde la que el Profeta subió al cielo, la joven Alia vio resbalar lágrimas por las mejillas de su padre. Ferviente patriota, Riad Solh estaba trastornado.

—¡Dios mío, Dios mío —murmuró—, haz que esa Roca permanezca siempre en nuestras manos!

En Damasco, el Gobierno sirio anunció el cierre de las fronteras, proclamó el estado de emergencia e hizo difundir por radio un torrente de marchas militares. En Bagdad, Nuri Said, cuyos generales juraron apoderarse de Haifa en dos semanas, sólo envió —hasta el presente— dos mil hombres a Palestina. Su jefe era —según Sir Alec Kirkbride— «un idiota incapaz de mandar una sección de infantería». Sin embargo, Nuri Said afirmaba que de dos a tres mil beduinos iraquíes estaban dispuestos a caer sobre Palestina. Incluso Azzam Pachá, que confesaba sus temores en privado, parecía transportado por el entusiasmo del momento.

—Será una guerra de exterminio y una matanza tan memorable como las de Mongolia y las Cruzadas —predijo, en una fórmula que lo obsesionaría durante años.

Ahmed Shukairy, portavoz de Hadj Amin, declaró, más prosaicamente, que el objetivo de los árabes era «la eliminación del Estado judío». Incluso la Prensa internacional quedó hechizada. Desde El Cairo, la «Agencia Reuter» aludió a un ejército egipcio de doscientos mil hombres. Desde Damasco, el enviado especial del *New York Times* describía «la acometida de una brigada siria hacia Galilea tras una fulgurante acción diversiva en dirección al Mediterráneo».

Exactamente, a las doce y cinco minutos de la noche, la vanguardia de la Legión Árabe abandonó el área de reunión donde una tempestad de arena —varías horas antes— silenció la arenga del rey Abdullah. En un jeep, al frente de la columna, se hallaba el capitán Mahmud Russan, segundo oficial del 4.º Regimiento. Casi no había luna, y la columna avanzaba con todas las luces encendidas. El único ruido que percibía Russan era el sordo ronroneo de los motores. A la entrada del puente Allenby, los policías militares le hicieron una señal al joven capitán. El camino estaba libre hacia la otra orilla del Jordán. «Fue —recordará— el momento más emocionante de mi vida». Estaba seguro de «repasar aquel puente dentro de quince días con un ejército victorioso que habría reparado el error del Reparto».

El 14 de mayo, David Ben Gurion se acostó temprano, a fin de economizar sus fuerzas con vistas a las pruebas que le aguardaban. Pero fue despertado poco después

de la una de la madrugada por una llamada telefónica, la cual le informaba que los Estados Unidos acababan de reconocer oficialmente al nuevo Estado. Experimentó «una enorme satisfacción». Pese a las restringidas consecuencias prácticas que aquel gesto podía significar, Ben Gurion sabía el «inmenso aliento moral» que representaba para su pueblo.

Esta noticia era el fruto de cinco días de intensa actividad en Washington para modificar la decisión americana, tomada el 9 de mayo, de no reconocer al nuevo Estado judío. El general Marshall aceptó, finalmente, reconsiderar su posición y aconsejó al Presidente que hiciera otro tanto. Aliviado, Truman ordenó inmediatamente a su consejero, Clark Clifford, que tomara las disposiciones necesarias en vistas a un reconocimiento inmediato. Cuando empezaba en el museo de Tel-Aviv la ceremonia de la proclamación, Clifford llamaba a Elie Elath, representante de la «Agencia Judía» en Washington.

—Harían ustedes bien en escribirnos una carta solicitándonos ser reconocidos —le aconsejó.

Elath pensó que habían transcurrido cerca de dos mil años desde que un diplomático escribiera una carta oficial en nombre de la nación judía. Este trabajo sólo presentaba una dificultad: ignoraba aún el nombre del Estado para el que solicitaba el reconocimiento. Tras eludir el problema llamándolo simplemente «el Estado judío», Elath envió su carta a la Casa Blanca. Apenas el mensajero que la llevaba subía a un taxi, la radio reveló el nombre del nuevo Estado. El diplomático envió urgentemente un segundo mensajero en persecución del primero. La carta fue alcanzada en la misma puerta de la Casa Blanca. Exactamente doce minutos después de la expiración del Mandato, el presidente Truman anunció que los Estados Unidos reconocían al Estado de Israel.

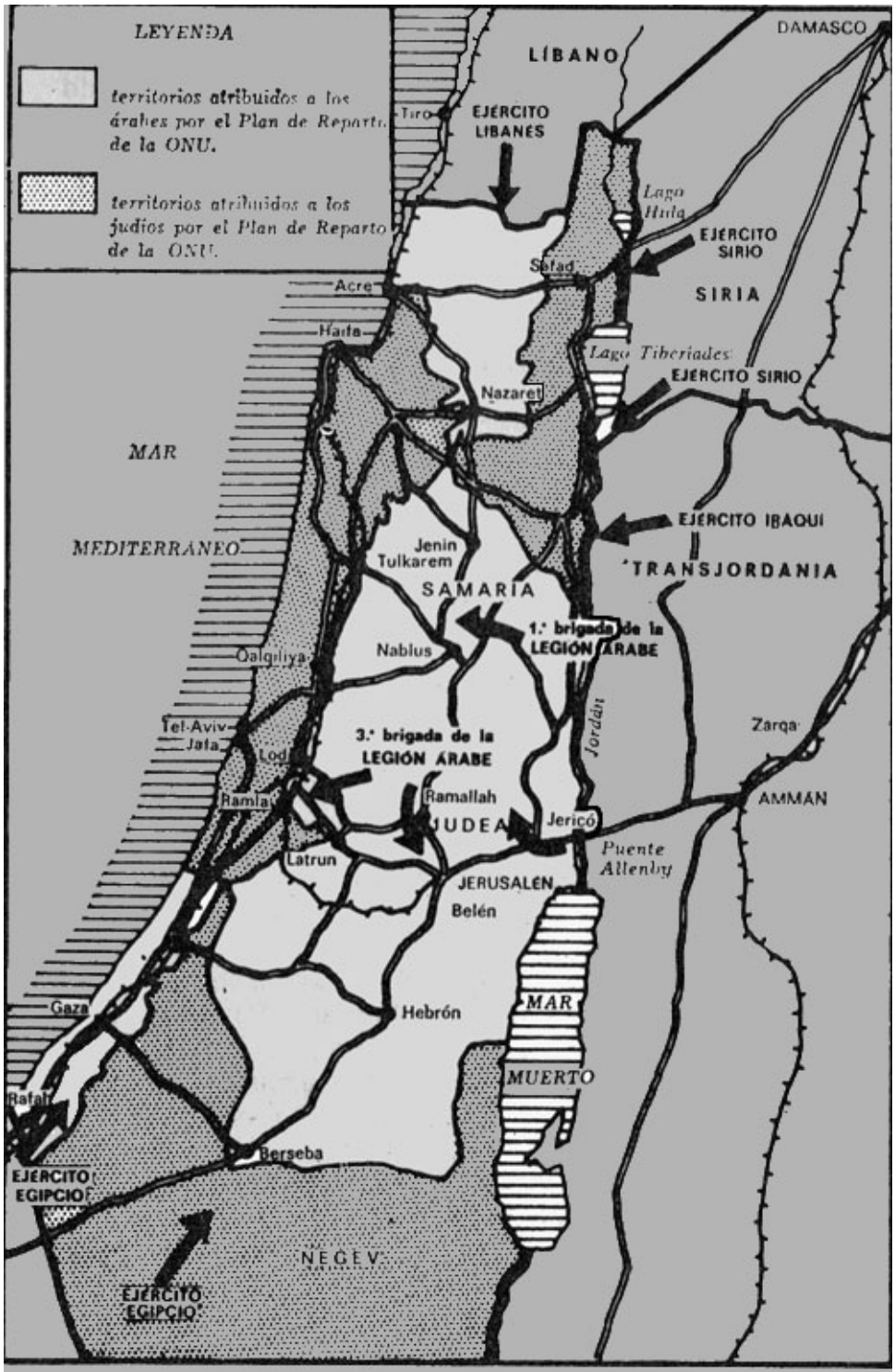
Esta noticia no sería la única en turbar aquella noche el sueño de Ben Gurion. Tres horas después, Jacob Yani, jefe de transmisiones de la «Haganah», pese a las furiosas protestas de Paula Ben Gurion, irrumpía en la habitación del viejo líder para pedirle que difundiera por radio una declaración dirigida a los Estados Unidos. Con los ojos entornados de sueño, David Ben Gurion se bajó de la cama y se echó un manto sobre su pijama, mientras Paula le daba los calcetines y las zapatillas.

Apenas habían empezado a hablar por el micrófono de una emisora de la «Haganah», cuando los bombarderos cargados varias horas antes en El Cairo sobrevolaban Tel-Aviv. Las explosiones de sus primeras bombas estremecieron las paredes del estudio, y su eco resonó hasta en el micrófono.

—El ruido que oyen —anunció Ben Gurion a sus radioyentes con voz dramática — es el de las primeras bombas de la guerra por la independencia del novel Estado.

Cuando terminó la emisión, se trasladó a los lugares bombardeados para comprobar personalmente los daños. Durante el trayecto escrutó atentamente los

rostros de sus compatriotas, tal como antes había escrutado los de los londinenses bajo las bombas alemanas. ¿Tienen miedo?, se preguntó. Pero lo que vio, lo tranquilizó. Había ansiedad en las miradas, pero ninguna señal de pánico. De regreso a su casa, Ben Gurion escribió en su Diario las dos palabras que resumían su impresión aquella noche: «*Eleh Yaamdu*». (Resistirán).



ISRAEL ACABA DE NACER
LOS EJÉRCITOS DE CINCO ESTADOS ÁRABES ATACAN
(14 de mayo de 1948)

Un ejército árabe tomaba una dirección opuesta a la de todos los demás.

Abandonaba Palestina. No se había previsto ningún papel, en la próxima ofensiva, para Fawzi el Kaukji, el general que juró apoderarse de Tel-Aviv o morir al frente de sus tropas. Esta campaña habría debido hacer de él un general a la prusiana; partía sin laureles, dejando tras sí las ruinas de algunas casas de Jerusalén bombardeadas por sus cañones. De acuerdo con las órdenes recibidas de Damasco, se preparaba a trasladar su ejército más allá del Jordán, donde una dispersión sin gloria pondría fin a su carrera. Poco antes del alba, sus tropas se cruzaron con una columna blindada de la Legión Árabe en las adormecidas calles de Ramallah. El Kaukji estaba seguro de que iban a ocupar las posiciones sobre las cimas de Latrun, de las que él acababa de retirarse.

Sostenidas ahora sólo por doscientos partisanos, mandados por Harun Ben Jazzi, tales posiciones dominaban la encrucijada más importante de Palestina. A sus pies, en los trigales y viñedos del valle de Ayalón, las principales carreteras del Norte, del Oeste y del Sur se unían para dirigirse hacia Jerusalén por el desfiladero de Bab el Ued. Desde los tiempos bíblicos, el destino de Jerusalén se decidió alrededor de las crestas de Latrun.

Allí fue donde, durante una sangrienta batalla, Josué suplicó al Sol que se detuviera para darle tiempo a acabar su victoria sobre los cananeos; allí fue por donde, en el tiempo de los Jueces, los filisteos fueron a sembrar el terror entre los hebreos. Judas Macabeo —Judas *el Martillo*— aplastó a sus enemigos para liberar a su pueblo; Herodes venció a los judíos sobre aquellas colinas, y Vespasiano instaló a sus legiones en sus cimas. En una de las más altas, Ricardo *Corazón de León* edificó «una ciudadela vigilante en la ruta de los califas». Saladino la destruyó, antes de dirigirse, a su vez, sobre Jerusalén. Nueve siglos después, en 1917, los prusianos y turcos intentaron detener allí a los soldados del general Allenby. Un mes antes, sólo porque esa línea de prominencias estaba ocupada por el Ejército británico y no por los árabes, los judíos de la «Operación Nachshon» —en su intento de abrir la carretera de Jerusalén— no la pudieron conquistar.

Ahora, mientras el sol de Josué se levantaba sobre el valle de Ayalón en aquella primera mañana de la existencia de un nuevo Estado judío, la retirada de las fuerzas de Fawzi el Kaukji ofrecía a los soldados de Israel una inesperada ocasión de apoderarse de aquellas posiciones que cerraban la carretera de Jerusalén.

Acuclillado sobre su alfombra de oración, en la penumbra del amanecer, el rey Abdullah acariciaba suavemente a su gato tuerto.

—Por supuesto —declaró en tono severo al periodista que había recibido en su palacio de Ammán— que los países árabes han decidido entrar en guerra, y nosotros debemos, naturalmente, estar a su lado. Pero cometemos un error que pagaremos caro. Un día lamentaremos no haber llegado espontáneamente a un acuerdo con los

judíos respecto a la creación de un Estado que satisficiera sus demandas. Hemos tomado un mal camino, y seguimos por él.

El rey se interrumpió. Luego, esbozando una sonrisa, añadió:

—Si usted publica esas palabras, las desmentiré públicamente y lo trataré de embustero.

La preocupación principal de la «Haganah» de Jerusalén, aquel primer día de independencia nacional, procedía de la encarnizada resistencia que aún ofrecía el maestro árabe Baghet Abu Garbieh en el barrio de Musrara. A las siete de la mañana, un comando judío logró desalojar a los árabes de «Notre-Dame de France» y ocupar el enorme edificio que dominaba todo el barrio. Desde sus ventanas, los altavoces interpelaron a los hombres de Abu Garbieh:

—¡Regresad a la ciudad vieja o, de lo contrario, moriréis todos!

Este ultimátum se oyó hasta en la escuela de la Raudah, y el maestro recibió la orden de replegarse al interior de las murallas. Pero se negó valerosamente y prosiguió el combate, decidido a morir, si era preciso, para defender aquel barrio en el que había nacido.

Al Sur, en los barrios árabes de las colonias griega y alemana de Bekaa, aislados en adelante del resto de la ciudad árabe por la conquista del cuartel Allenby, la jornada estuvo esencialmente marcada por la antigua calamidad que siempre había acompañado a los ejércitos victoriosos de la Ciudad Santa: el pillaje. Para Naim Halaby, como para los escasos árabes que aún habitaban en aquellos arrabales burgueses, el recuerdo de aquel 15 de mayo se confundiría con el espectáculo al que asistió desde su ventana. Ante todo, vio llevar a algunos judíos, a los que el hambre impulsó a ir sólo a mendigar un poco de comida. Luego comenzó «una verdadera orgía de pillaje». Halaby vio a unos judíos detenerse con un caballo y una carreta. En el extremo de la calle, otros saqueadores se marchaban con neumáticos, muebles, bidones de petróleo y montañas de ropa. Pero cuando experimentó el mayor *shock* fue al ver pasar bajo su ventana un vehículo «Willys» verde. Era el suyo. Lo había dejado en el garaje de un amigo, convencido de que nadie lo tocaría, ya que había tomado la precaución de desmontarle el carburador. Los judíos lo encontraron y lo volvieron a montar.

El padre de Hassib Bulos, el cirujano árabe al que un soldado del «Irgún» le quitó sus carneros, asistió como espectador impotente al desarrollo de otra oleada de pillaje que desmantelaron toda su casa, incluidas sus ropas. «Si lo hubiese sabido —se lamentaría— me habría puesto al menos, aquella mañana, mi traje más bonito». El tendero Daud Dajani oyó un ruido y se precipitó a su ventana. Distinguió a un judío que intentaba forzar su puerta. Le interpeló. Espantado, el judío se arrojó a sus pies. Era un conductor yemení que, durante años, fue cliente de su tienda. Avanzada la tarde, Emile Hurani oyó a dos ancianas, que estaban a punto de desvalijar la casa

vecina, lamentarse amargamente:

—Los ricos —decían— se han llevado lo mejor que tenían y no nos han dejado nada.

La «Haganah» estaba tan ocupada aquel día en sus tareas militares, que sus esfuerzos por evitar tales robos serían simbólicos. El sistemático pillaje al que se entregaron las organizaciones disidentes complicaba aún más la situación. Un árabe, dueño de un garaje, entregó a un oficial de la «Haganah» un pedazo de papel en el que los hombres que acababan de requisar en su establecimiento ciento ochenta neumáticos nuevos, habían escrito algunas palabras en hebreo.

—Es del «Irgún» —replicó el oficial—. No podemos hacer nada por usted.

Los estridentes ruidos de las sirenas de las ambulancias, que ahogaban en todo momento el crepitar da los disparos, atestiguaban que Jerusalén resucitaba otra tradición de su historia. Por todos lados, sus habitantes —tanto árabes como judíos— pagaban la vinculación a su ciudad derramando su sangre por ella. Los puestos de socorro y los centros quirúrgicos judíos, instalados en la ciudad nueva por el «Escudo de David», estaban ya atestados. Privados de las comodidades del hospital del monte Scopus, los servicios médicos judíos convirtieron los establecimientos de los diferentes barrios en hospitales militares de urgencia. Alquilaron incluso las aulas del convento de San José para instalar en ellas quirófanos suplementarios.

Reservas de medicamentos, de plasma, antibióticos y dos mil frascos de sangre fueron repartidos entre aquellos centros de socorro. Pero era tan escasa el agua por doquier, que la que había servido para lavar las heridas se utilizaba a continuación para fregar los suelos. Al no poder lavar las sábanas, se daban las de los muertos a los heridos que llegaban. La penuria de electricidad obligaba a menudo a los cirujanos a operar a la luz de lámparas de petróleo. Prácticamente no había suero antitetánico ni morfina.

Para las enfermeras del convento de San José, la desgracia que afligía a un joven soldado de la «Haganah» representaba para él solo los sufrimientos que se abatían sobre su ciudad. Su hermano, herido, estaba en una cama vecina. Su padre había muerto unas horas antes, durante el repliegue del kibbutz de Neveh Yaacov. Y él iba a perder las dos piernas. Para anestesiarlo sólo había una inyección de morfina y los cubitos de hielo que su madre le colocó alrededor de sus miembros mutilados.

Los judíos de Jerusalén poseían, sin embargo, un recurso inestimable: la ciencia de los cirujanos que sobrevivieron a la emboscada de la «Hadassah». Entre ellos se encontraba el profesor Edward Joseph, director del hospital de la calle de los Profetas. Dos veces, en 1929 y 1936, este agregado de la Facultad de Edimburgo atendió a sus conciudadanos heridos en la defensa de su ciudad. Agotado por la fatiga, silencioso, reparaba ahora los destrozados cuerpos de los soldados de la «Haganah», con aquellas manos que habían hecho de él uno de los grandes

especialistas mundiales de cirugía abdominal.

A algunos centenares de metros, un cirujano árabe intentaba desesperadamente realizar el mismo trabajo. El doctor Ibrahim Tleel, de veintinueve años, jamás había intervenido un abdomen. No tenía ningún ayudante a su alrededor, y su única enfermera estaba ocupada en otra parte. Como en tantos otros terrenos, la confusión y el desorden que reinaban en su improvisado hospital era el precio que los árabes debían pagar por su incapacidad de organización. Fueron necesarias numerosas advertencias del Servicio de Sanidad británico y de la Cruz Roja Internacional para que instalaran un centro de socorro en el «Hospicio austríaco», junto a la Vía Dolorosa, en el mismo lugar en que cayera Jesús por primera vez camino del Calvario. Faltaba casi todo. No había agua, ni electricidad, ni medicamentos, ni sangre, ni anestésicos, ni apósitos, ni alimentos. Unos voluntarios debían ir de puerta en puerta de la ciudad vieja para mendigar un poco de petróleo, algunos trozos de azúcar, una sábana. Tres días antes, el joven cirujano llevó a toda prisa cuanto pudo procurarse: un viejo esterilizador, una antigua mesa de operaciones, un poco de plasma, penicilina y morfina. Aislados ahora del hospital gubernamental y de otros establecimientos hospitalarios de la ciudad nueva, los árabes apenas podían ofrecer a sus heridos más que una antesala hacia el cementerio.

Los hombres con los que contaban estaban ausentes. El doctor Hassib Bulos habría podido realizar la operación que obsesionaba al doctor Tleel; pero estaba bloqueado en su hospital de Bevingrad, ocupado por los judíos, de igual forma que el médico jefe del «Hospital Francés», el doctor René Bauer, cuyo establecimiento era el blanco del fuego cruzado de los adversarios.

El joven palestino eligió la única salida que le quedaba. Subió de cuatro en cuatro las escaleras que conducían a su habitación y cogió uno de los seis enormes volúmenes apilados en su mesita de noche. Tleel se los había hecho enviar desde Londres por seis guineas. Frenéticamente, se sumergió en las páginas de *Cirugía de urgencia*, de Love y Bailly, en busca de los consejos que le permitieran salvar al hombre que agonizaba en su mesa de operaciones.[22]

Entre los voluntarios que acudieron en ayuda del doctor Tleel se encontraba Assiya Halaby, la joven árabe que fue a saludar a sus colegas británicos en el «Hotel Rey David» y que abandonó su casa llevándose un ejemplar del *Despertar árabe*. Su primer herido fue un sirio. Alguien había hundido un trapo en la herida abierta que tenía en la cabeza. Pidió unas tijeras para cortar la tela y limpiar la herida. No las había en ninguna parte. Se dirigió a los *suks*, corriendo de tienda en tienda y acabó por encontrar unas. Atado alrededor de su cuello con una cinta negra, aquel instrumento se convirtió en una especie de arma, el símbolo de su participación en el combate que desgarraba su ciudad.

Sir John Glubb estuvo impaciente todo el día, en espera del navío que debía

desembarcar en Aqaba millares de obuses para su artillería. Avanzada la tarde, uno de sus viejos amigos le telefoneó desde Suez para explicarle aquel retraso.

—Me parece, amigo —anunció el comandante en jefe de las fuerzas británicas en Oriente Medio—, que tus aliados están a punto de birlarte tus municiones.

El general reveló entonces que los egipcios habían ordenado al barco regresar al muelle, y que estaban a punto de descargarlo. Los obuses que albergaban sus bodegas iban a servir para los cañones del rey de Egipto, no para los del reyecillo beduino, al que tanto despreciaba Faruk.

En aquel primer día de vida del Estado de Israel, el acontecimiento más notable sería un simple descubrimiento. Tras disparar algunos obuses de mortero sobre las prominencias de Latrun, una unidad de la brigada judía «Givati» comprobó, con sorpresa, que no recibía ninguna respuesta. Los soldados judíos avanzaron prudentemente por las colinas abandonadas la noche anterior por Fawzi el Kaukji: no hallaron la menor oposición. En breves minutos se encontraron en el recinto fortificado del antiguo puesto de Policía inglés que dominaba aquella carretera de Jerusalén por la que habían realizado tantos sacrificios seis semanas antes.

Desde el puesto de Policía se dirigieron hacia el bosque de olivos y cipreses, que tejía una corona de verdor en torno a la abadía trapense de Latrun, a fin de explorar la cima situada detrás del monasterio. Cuando la alcanzaron, fueron súbitamente objeto de un feroz ataque, más no de sus enemigos árabes, sino de millares de furiosas abejas, por aquella intrusión en el país de la leche y la miel.

Con las caras hinchadas los conquistadores de Latrun se replegaron al puesto de Policía. Saboreando, sin embargo, su éxito, anunciaron a Tel-Aviv que la carretera de Jerusalén estaba libre y que las colinas de Latrun habían sido abandonadas por los árabes. El Kaukji se equivocó. La ocupación de Latrun no figuraba, por el momento, en la estrategia del comandante de la Legión Árabe.

Por una extraordinaria coincidencia, tampoco figuraba en la estrategia de la «Haganah». En vez de la interminable columna de camiones judíos que esperaban ver rodar por la carretera que, al fin, dominaban, los soldados judíos sólo vieron pasar una camioneta que la leyenda israelí llamaría un día «el convoy huérfano». Más inexplicable aún les pareció la orden que los obligaba, varias horas después, a evacuar aquellas posiciones inesperadas.

Para el jefe de operaciones del ejército de Israel, el novel Estado parecía, aquel 15 de mayo de 1948, «una mujer desnuda que sólo tiene un pañuelo para cubrirse». De igual forma que la joven debe elegir lo que desea esconder, Yigael Yadin decidió qué lugar de su país, amenazado en todas partes por los ejércitos árabes, debía defender con prioridad. El joven arqueólogo estaba convencido de que el peligro más serio no era —aquel 15 de mayo— la situación en Jerusalén, sino el fulgurante avance de los carros blindados egipcios por el Sur.

Rechazando la súplica de Isaac Rabin —que deseaba ocupar Latrun a toda costa —, ordenó a la brigada «Givati» que saliera al encuentro de las fuerzas de Faruk. Así, abandonadas a la vez por árabes y judíos, las alturas vitales de Latrun iban a permanecer vacías durante varias horas. Esto no duraría mucho. El destino obligaría pronto a los dos ejércitos que evitaron Latrun, a encontrarse allí de nuevo en la más sangrienta serie de combates que un ejército israelí librara jamás con sus enemigos árabes.

A miles de kilómetros del nuevo Estado de Israel, en un apartamento del «Hotel Waldorf Astoria», de Nueva York, un pequeño grupo de amigos rodeaba la cama de Chaim Weizmann. El gran combate del más prestigioso portavoz del sionismo acababa con un honor que nadie merecía más que él. Levantando su copa de champaña hacia el anciano sabio enfermo, su secretario, Joseph Linton, propuso un brindis:

—Por primera vez en dos mil años, ¡a la salud del presidente del Estado judío!

34

«ES EL MES DE MARÍA EL MÁS HERMOSO»

En el edificio en que se había refugiado, cerca del «Hospicio austríaco», un funcionario árabe —en paro forzoso— manipulaba pacientemente los botones de su aparato de radio con pilas. El 14 de mayo, Aladin Namari se auto nombró «Ministro árabe de Información en Jerusalén». Después de dos días de ejercer tal función, sus conciudadanos sólo habían tenido fracasos en el plano militar. Pero, en medio de su infortunio, tuvieron un gran consuelo: las animosas voces de las capitales árabes. Namari captaba y transcribía escrupulosamente las informaciones que proporcionaba cada emisora, añadiéndoles comentarios entusiastas. Luego se precipitaba a su máquina de escribir para redactar el boletín que sería, a continuación, ciclostilado con destino a los árabes de Jerusalén. En aquel domingo, 16 de mayo, sabrían —por medio de aquel periódico improvisado— que «Radio Palestina» anunció desde Ramallah, que «los ejércitos árabes avanzaban en todos los frentes, consiguiendo victoria tras victoria». Bagdad declaraba que «las fuerzas iraquíes habían tomado la central eléctrica de Rutenberg, que suministraba a la mayor parte de Palestina». El Cairo informaba que «el ejército egipcio había alcanzado Gaza por Jan Yunis y continuaba su victorioso avance». Beirut proclamaba que el ejército libanés «continuaba su progresión triunfal, tras haber aniquilado las fortificaciones de todas las colonias judías a lo largo de su camino». Namari añadió sólo una información local a esta lista de triunfos. El hospital de urgencia instalado en el «Hospicio austríaco» se hallaba en un trágico abandono y pedía provisiones y ropa blanca.

Ésta era la única noticia exacta del boletín de aquella mañana. La central de Rutenberg «tomada» por los iraquíes era una instalación situada en el interior mismo de Transjordania, y sólo poblaciones árabes habían ocupado siempre Jan Yunis y Gaza.

La lectura del boletín y el anuncio de «victorias» egipcias en Berseba, Hebrón y Belén, indignaron al palestino Georges Deeb. «¿No son capaces de leer los mapas que les he enviado? —se preguntaba—. Todas sus famosas conquistas están situadas en territorio árabe».

Si estos grandiosos éxitos eran sólo imaginarios, la situación del Estado judío no era menos extremadamente precaria. En su Diario, David Ben Gurion confirmaría, al menos, el espíritu de las noticias dadas por Namari aquel día. «Uno de nuestros batallones ha perdido ciento cincuenta hombres de quinientos —escribió—. La

situación en la Alta Galilea es terrible. La moral es muy baja en numerosas unidades. Ataques egipcios se han registrado en Nirin y Kfar Darim, y las fuerzas judías temen no poder resistir. Según determinadas noticias, las columnas egipcias progresan a lo largo de la costa, y todo el Sur está abierto».

En una de esas columnas se encontraba el teniente Mohamed Rafat, el joven oficial del 6.º Batallón que, varios días antes, manifestó tanta alegría en el andén de la estación de El Cairo. Ahora estaba inmerso en la más extraña perplejidad. Acababa de recibir la orden de tomar Dangor, una colonia judía que no figuraba ni siquiera en su mapa. Privados de toda información, mandados por un coronel que jamás había dado órdenes en un campo de batalla, Rafal y sus hombres partieron a la búsqueda de aquel misterioso objetivo. Tras errar dos horas por el desierto, cayeron sobre él por casualidad. Dangor no tenía nada en común con aquellos pueblos judíos sin defensa que encontraron camino de Tel-Aviv. La colonia estaba protegida por una triple red de alambradas de espino y fortines. Un diluvio de metralla volatilizó bien pronto las últimas ilusiones de Rafat y sus soldados. Cercados en la ardiente arena, debieron aguardar la noche para batirse en retirada. De regreso a su campamento, les esperaba una última y cruel sorpresa. No había ni una sola gota más de agua. Extenuado, sediento, el joven egipcio comprendió que allá se detenía su «paseo» hasta Tel-Aviv.

La batalla de Jerusalén trastornaba particularmente la existencia de determinada categoría de sus habitantes; aquellos —hombres y mujeres— que habían abrazado las vocación divina de la ciudad. Tras las mercancías de todas clases que desbordaban ya sus sótanos, los religiosos de la vieja ciudad vieron afluir familias enteras de refugiados árabes. Otras, que escogieron desligarse de las cosas de este tiempo, se hallaron brutalmente enfrentadas con los aspectos más feroces de la crisis que turbaba a la ciudad en aquel domingo de Pentecostés.

Sofocado en su cuello duro, el pastor anglicano de la «Christ Church» corría de una puerta a otra para impedir que los combatientes penetraran en su catedral. De cuando en cuando, un obús de «Davidka» erraba su objetivo y aterrizaba en su patio. Exasperado por el ruido ensordecedor y la humareda, que transformaba «la obligación de respirar en un trabajo particularmente desagradable», el santo varón debió, al fin, refugiarse en una escuela vecina para celebrar en ella el oficio dominical. No lejos de allí, una providencial genuflexión separó al reverendo Eugene Hoade, un franciscano irlandés, de la trayectoria de una bala, que se empotró en la puerta del tabernáculo, a cuyo pie comenzaba a decir la misa ante una asamblea de religiosos de clausura. De la misma forma que una gallina reúne a sus polluelos, el patriarca armenio recogió a cinco mil miembros de su comunidad detrás del imponente edificio de su patriarcado. Acumuló enormes reservas de provisiones para ellos, de las cuales dos mil sacos de trigo fueron suministrados por el mayor comerciante en granos de Jerusalén: un armenio. El proveedor eclesiástico hizo

incluso venir a un equipo médico del Líbano. En «Notre-Dame de France», dos asuncionistas franceses, el padre Pascal y el padre Mammert, intentaban desesperadamente impedir a los adversarios que invadieran su monumental hostería. Auténtico cancerbero, tocado con un eterno casco colonial, ya perforado por una bala, el padre Pascal sabía hacerse temer tanto por los árabes como por los judíos. Veterano de la Gran Guerra, identificaba el origen y dirección de los disparos como un verdadero combatiente de Verdún. Sin embargo, no pudo impedir que una bala perdida matara a su viejo compañero, al que enterró en el jardín de «Notre-Dame».

No obstante, una comunidad de veintinueve religiosas fue la que sufrió mayores trastornos. Tuvieron el inmenso infortunio de estar enclaustradas en el edificio más expuesto de Jerusalén. Construido a caballo sobre la porción de muralla situada entre la Puerta Nueva y el ángulo norte de la ciudad vieja, su convento constituía una especie de moderna heliópolis.

La comunidad francesa de las Hermanas Reparadoras de María vivía tan totalmente retirada del mundo, que su capellán tal vez fuese el único hombre que la mayoría de ellas vieron desde hacía medio siglo. Jamás se habían aventurado por las calles de Jerusalén después de su entrada en el convento, que sólo debían abandonar, una vez muertas, para ir a reposar en el cementerio de Getsemaní. Toda su Ciudad Santa estaba en la capilla, donde se postraban en adoración perpetua del Salvador que fue crucificado a algunos centenares de metros de su altar. Pero su oasis de paz se convirtió de pronto en un objeto de disputa en la batalla que se desencadenaba. Decenas de combatientes, árabes por un lado y judíos por otro, intentaban abrirse paso en las líneas enemigas a través del convento. Durante los combates de las primeras cuarenta y ocho horas, la posición estratégica que constituía el tejado del edificio fue, en principio, ocupada por los árabes, luego por la «Haganah», de nuevo por los árabes. A cada intrusión, la madre superiora y su ayudante hacían protestas de su neutralidad —enérgica, pero inútilmente— y se esforzaban por expulsar a los invasores, amenazándoles con los rayos del infierno.

Aquel domingo de Pentecostés, informada de que la «Haganah» montaba una operación de envergadura para recuperar el bastión, la madre superiora decidió, finalmente, dejar en suspenso las reglas de su pequeña comunidad. La guerra iba a entrar en el mundo de las Hermanas Reparadoras de María, justamente a tiempo de alcanzar el refugio del patriarca latino vecino. Instaladas en la sala de recepción de los obispos, las religiosas alinearon contra las paredes los grandes butacones de terciopelo rojo, intentando reconstruir así las humildes celdas de su asolado convento. En la oración de la tarde, sus alegres voces hicieron resonar las estrofas de una antigua canción francesa propia de mayo, mes dedicado a la Virgen Santa:

«Es el mes de mayo,

el mes de María
el más hermoso…».

Fawzi el Kutub estaba dispuesto a desencadenar su cruzada personal contra el barrio judío, de la ciudad vieja. Para ello disponía de las armas que confeccionó especialmente en el baño turco que le servía de puesto de mando. Los detonadores y los rollos de cable «Bickford» comprados en Damasco podían desencadenar sus veinticinco máquinas infernales. El Kutub iba a abrir su camino en el viejo barrio, volando sus edificios uno a uno.

Su primer objetivo fue el punto de apoyo de la «Haganah» instalado en la manzana de los Edificios de Varsovia a menos de cien metros del lugar donde había nacido. Para dar ejemplo a los veinticinco voluntarios de su grupo de dinamiteros, *Tadmir*, encendió un cigarrillo y se precipitó con su primera carga explosiva. Corriendo, hizo volar un ingenio explosivo, cuyas esquirlas le cortaron la cara. Depositó el bidón ante su objetivo, encendió la mecha y corrió a refugiarse. Con la cara llena de sangre, poseído por un frenesí destructor. El Kutub cogió un segundo bidón y arrastró con él al tunecino aficionado al whisky que otrora condujera su camión atiborrado de explosivos bajo las ventanas del Consulado de Francia. Aterrorizado, el infeliz colocó la máquina infernal sobre su cabeza con las precauciones de un portador de agua que regresa de los pozos, y corrió a arrojarla. Insaciable, El Kutub lo obligó a ir a buscar otro. Tres veces seguidas, la amenaza de un revólver hizo olvidar al tunecino su falta de entusiasmo. Acabó por caer de rodillas a los pies de El Kutub.

—¡Mátame si quieres —gimió—, pero no volveré!

El Kutub llamó entonces a otro voluntario, un sirio de catorce años llamado Sabah Ghani. Exaltado por el espectáculo de un desfile de voluntarios a través de las calles de Damasco, el joven árabe se marchó de su casa para reunirse con su padre y su hermano, que combatían ya en Jerusalén. Temblándole las rodillas, empezó a correr hacia las posiciones judías, con un bidón de explosivos bajo el brazo. Un anciano apareció bruscamente ante él, se lo arrebató y corrió en su lugar, dando gritos de «¡*Allah Akbar*!». Dos soldados de la «Haganah», que salían por un túnel, cortaron su impulso con una ráfaga de metralleta y obligaron a replegarse a los demás dinamiteros.

La tregua iba a durar poco. Los partisanos árabes hostigaban por todas partes a los habitantes del viejo barrio. En el límite oeste, allá donde se unían los barrio judíos y armenio, la situación era cada vez más precaria. Los árabes ocuparon el campanario cruciforme de la iglesia de Santiago. Cogidos bajo el fuego cruzado dirigido desde el campanario y el monte Sión, los combatientes judíos debieron abandonar su posición de la puerta de Sión. Los árabes pudieron entonces descender por la calle de los

Judíos, donde vivía el rabino Weingarten, y dirigirse hacia el centro del viejo barrio. Un violento combate estalló de calle en calle, de casa en casa. Emmanuel Medav, el joven judío de las «manos de mago», e Isaac, un kurdo analfabeto apodado *el Ametrallador*, desplazaban de tejado en tejado las dos únicas armas pesadas del barrio: un fusil ametrallador y una ametralladora «Lewis».

Yendo de una posición a otra con la misma calma que si recorriese las calles de su Londres natal, Esther Cailingold distribuía municiones, alimentos y palabras de ánimo. Al descubrir una bandeja de bocadillos cubiertos de polvo, sermoneó tranquilamente a los soldados por esa negligencia: en Inglaterra, durante los bombardeos, los habitantes aprendieron a no malgastar nada. Durante una de sus misiones, una bala rebotó en una pared y la hirió en la cadera. Al ser demasiado preciosa la presencia de sus camaradas en los puestos de combate, se negó a dejarse trasladar hasta el hospital. Con la cara crispada por el sufrimiento, se fue ella sola.

De las pérdidas sufridas aquel día, ninguna afectó tanto a la moral de los defensores judíos como la que sobrevino, poco después del mediodía, en un edificio abandonado en el camino de la ofensiva árabe. Para detener el asalto, Emmanuel Medav se deslizó en el edificio a fin de colocar una trampa explosiva fabricada por un compañero del «Irgún». Pero un defecto en el mecanismo del artefacto provocó una explosión prematura. El cuerpo destrozado del muchacho fue transportado al hospital.

Allá lo encontró, una hora más tarde, la joven Rika Menache. El doctor Abraham Laufer, el cirujano de la ciudad vieja, la condujo al lado de la camilla donde yacía su novio, con la cara envuelta en vendajes.

—¿Vivirá? —murmuró.

El cirujano sólo pudo levantar los brazos al cielo. La muchacha se arrodilló y acarició el cuerpo herido del muchacho, que conoció enérgico y lleno de vida y que ahora apenas respiraba. Una de sus «manos de mago» había sido amputada, y la otra sólo era un muñón. Emmanuel Medav ya no vería nunca más: la explosión le arrancó los ojos.

Pese a la resistencia encarnizada de la «Haganah», los árabes, prosiguiendo en su avance, pronto amenazaron las posiciones judías de la calle de los Judíos. El golpe fue duro. En una sola jornada lograron controlar casi un cuarto de la superficie del barrio. Aterrorizados, sus habitantes corrieron a refugiarse en la sinagoga de Estambul. Sus relaciones con la «Haganah» estaba considerablemente deterioradas desde la salida de los ingleses. El sábado 15 de mayo, algunos, incluso rechazaron cruzar las fortificaciones, gritando: «¡*Shabbos*!». (¡Sábado!). El pánico se apoderó de la mayoría. Se agruparon para recitar salmos, mientras que las enloquecidas mujeres buscaban por todas partes a los hijos que habían perdido.

—¡Rendíos! ¡Izad una bandera blanca! ¡Salvadnos! —gritaron.

Llegaron incluso a hablar aparte a los soldados:

—Vivíamos en paz con los árabes —se sublevaron—. Si nos rendimos, podremos de nuevo vivir en paz con ellos.

Por orden de David Shaltiel, los judíos fueron evacuados al otro extremo del barrio e instalados en Batei Machse, un grupo de casas situadas cerca de las murallas que habitaban los estudiantes de las *yeshivas* y algunas familias pobres. Viéndoles alejarse, un soldado de la «Haganah» manifestó su aversión por ellos y se dijo que aquél era uno de los espectáculos más lastimosos que jamás había visto. Cada una llevaba a la espalda una gran mochila con cosas cuidadosamente empaquetadas. Las mujeres apretaban a sus pequeños en sus brazos. Aturdidos y tropezando, los ancianos parecían aferrarse a la única realidad de su existencia: los salmos que murmuraban en un desesperado coro.

Esos llamamientos a la rendición y la amplitud de las conquistas árabes en aquella sola jornada pusieron a prueba la moral de los jefes de la «Haganah» del viejo barrio. Ni Moshe Russnak, el joven comandante checo, ni sus adjuntos, tenían la experiencia o el entrenamiento necesarios para afrontar tales acontecimientos. Sus mensajes al Cuartel General de la ciudad nueva fueron cada vez más apremiantes. «La situación es trágica, los árabes irrumpen por todas partes», afirmaban. «Envíen inmediatamente refuerzos, vamos a ser arrollados», suplicó otro llamamiento por la tarde.

En esa atmósfera de pánico, los rabinos Weingarten, Mintzberg y Hazan acudieron a exhortar al jefe militar del barrio a comprometerse en negociaciones con los árabes.

—Es inútil resistir más —suplicó Weingarten en nombre de sus colegas—. Sólo una rendición puede evitar, ahora, una matanza de civiles inocentes.

Desanimado por lo que él juzgaba una falta de comprensión y de apoyo por parte de sus superiores de la ciudad nueva, Russnak no soportó la idea de ser responsable de tal carnicería y acabó por aceptar.

—De acuerdo —respondió a los rabinos—. Vayan.

Algunos momentos después, en la Custodia de Tierra Santa, el padre Alberto Gori recibía una llamada telefónica de los rabinos y se trasladaba a la escuela de la Raudah para enterarse de las condiciones árabes. El eclesiástico tuvo la impresión de que su requerimiento caía «como un soplo en un brasero de débiles ascuas». Pese a sus éxitos, los árabes no dominaban verdaderamente la situación. Faltos de disciplina, los partisanos malgastaron sus municiones a un ritmo desconsiderado. Ninguna de sus llamadas cambió la determinación de Glubb Pachá, que mantenía obstinadamente a sus beduinos fuera de Jerusalén. Exceptuando las incursiones contra el barrio judío de la ciudad vieja y el ataque al convento de las Reparadoras de María, la única acción árabe de ese domingo de Pentecostés se debió a varios artilleros que Fawzi el Kaukji no trasladó aún a la otra orilla del Jordán. Desde lo alto de la colina de Nebi Samuel,

bombardearon al azar la Jerusalén judía para mantener la moral de sus hermanos.

Entusiasmados ahora con la idea de conseguir su primera auténtica victoria desde la salida de los ingleses, los jefes de la «Raudah» declararon que estaban dispuestos a autorizar la evacuación de la población civil, bajo el control de la Cruz Roja, pero que todos los combatientes serían hechos prisioneros. Al descubrir quién dictaba esas condiciones, Weingarten se hundió. En su espíritu, era a la Legión Árabe a la que ofrecía la rendición del barrio judío, no a los partisanos. Como la mayoría de sus conciudadanos, estaba obsesionado por la matanza de los prisioneros de Kfar Etzion.

—¿Dónde está, pues, la Legión Árabe? —preguntó con angustia.

Sin embargo, alguien, en Jerusalén, se alegraba de esta ausencia. Cada hora que transcurría sin que apareciesen los autocañones color de arena permitía a David Shaltiel avanzar un paso más en la conquista de la ciudad. Casi había cesado la «Operación Horca», que debía entregarle las llaves para esa conquista tras la marcha de los ingleses, y estaba a punto de lanzar las fuerzas judías al asalto de la ciudad vieja.

El primer objetivo que escogió parecía, sin embargo, el más «intomable» de todos. Era la puerta de Jafa, que flanqueaban las tres torres fortificadas de la ciudadela de Solimán. Pero Shaltiel disponía de una táctica secreta para apoderarse de esa ciudadela. Le fue sugerida por una arqueólogo, esposa de un oficial de su Estado Mayor, que le advirtió de la existencia, al pie de las murallas de la ciudadela de una reja que cerraba un pasadizo secreto que conducía al interior del edificio. El plan de Shaltiel era simple. Lanzaría toda su fuerza blindada —dos autoametralladoras y un vehículo de reconocimiento mandados por Josef Nevo— para atraer el fuego de los árabes, mientras un equipo de zapadores haría saltar la reja. Su infantería podría entonces precipitarse en el túnel y caer por sorpresa sobre los árabes de la ciudadela.

Toda la jornada, recibió de la ciudad vieja mensajes casi histéricos, que lo decidieron a recurrir a esta estratagema antes que intentar un cerco general. En uno de esos mensajes, los asediados anunciaban que no podrían aguantar «un cuarto de hora más». Ignorando las negociaciones de rendición emprendidas por los rabinos, el comandante de la «Haganah» estaba convencido de librar una carrera contra reloj «para salvar al barrio del aniquilamiento». Una vez en la ciudadela, sus hombres podrían infiltrarse en el barrio armenio y acudir en ayuda de los asediados. Para impedir a los árabes concentrar sus fuerzas en torno a la puerta de Jafa, previo dos diversiones: una, a su izquierda, efectuada por comandos del «Irgún» y del grupo «Stern» en la puerta Nueva; la segunda, a su derecha, en el monte Sión, confiada a una unidad del «Palmach».

Desde el principio, ese plan encontró obstáculos. Tanto las organizaciones disidentes como los oficiales del «Palmach» sospechaban que Shaltiel les atribuía un papel subalterno, para reservar a sus propias tropas la gloria de conquistar la ciudad

vieja. De todas formas, Isaac Rabin y Joseph Tabenkin, los dos responsables del «Palmach», no creían en el éxito del plan. Atacar la puerta de Jafa —pensaba Rabin — era «darse de cabeza contra un muro de piedra». Suplicaron a Shaltiel que reagrupara lo antes posible a todas sus fuerzas en un asalto común contra el ángulo noroeste de las murallas, operación que permitiría cortar las principales vías de acceso árabes hacia la ciudad vieja.

—No les pido su consejo sobre la forma de llevar esta guerra —les respondió secamente Shaltiel—. Todo lo que quiero saber es si están o no dispuestos a realizar una maniobra de diversión.

Incluso los miembros de su Estado Mayor dudaban del plan de David Shaltiel. Isaac Levi puntualizó que una sola ametralladora emboscada en la torre de David, que flanqueaba la ciudadela, bastaría para hacer fracasar el ataque. Zelman Mart, el primer oficial designado por Shaltiel para dirigir la operación, rechazó toda responsabilidad, pretextando que aquélla no tenía ninguna probabilidad de éxito.

Ninguna crítica consiguió, sin embargo, quebrantar la resolución de David Shaltiel. Tenía tal confianza en el éxito de su proyecto, que ya había pensado en celebrar convenientemente su victoria. Preparó la bandera del nuevo Estado judío que tenía intención de colocar en lo alto de la torre de David. Igualmente previo renovar una de las tradiciones de la antigua civilización judía de Jerusalén. En una habitación de su Cuartel General de la «Agencia Judía» había encerrado un cordero. El destino que aguardaba al animal era mucho peor del que su pastor árabe vislumbró para él. El comandante judío iba a sacrificarlo al pie de la torre de David cuando hubiera rendido a los judíos las murallas de Jerusalén.

35

«¿EN QUÉ RELOJ MIRA USTED LA HORA?»

La noche era negra y tranquila. En alguna parte, en el silencio de un edificio ubicado en una de las siete colinas de Ammán, un hombre se levantó del colchón, tendido en el suelo sobre el que estaba acostado, y desplegó su alfombrilla de oración. Eran las cuatro de la mañana del 17 de mayo. El rey de Transjordania comenzaba una nueva jornada renovando su solitario diálogo con el Dios del que uno de sus lejanos antepasados fue el profeta.

Fue bruscamente interrumpido por la irrupción de su ayudante de campo, Hazza el Majali, trastornado por la llamada telefónica que acababa de recibir de Jerusalén. Al otro extremo del hilo, la voz, sacudida por sollozos, de Ahmed Hilmi Pachá, un miembro del Alto Comité Árabe residente en la ciudad, suplicó: «¡En nombre de Dios, que Abdullah acuda en nuestra ayuda para salvar a Jerusalén de un seguro aniquilamiento!».

Era la segunda llamada que el ayudante de campo recibía de Hilmi aquella noche. Coronaba el torrente de súplicas que se abatió sobre Ammán durante las últimas veinticuatro horas.

—Si no envía usted tropas, la bandera judía ondeará sobre la tumba de su padre —dijo incluso al rey un habitante de Jerusalén.

Abdullah no permanecía insensible a tales advertencias. Si estaba resignado al reparto de Palestina, la internacionalización de Jerusalén le causó una pena tan viva como a Ben Gurion. Sólo las constantes presiones de Gran Bretaña, cuyos subsidios y apoyo eran indispensables para el mantenimiento de su trono, le retuvieron, hasta el momento, de enviar a sus beduinos en socorro de la Ciudad Santa. Pero la pérdida de la ciudad acarrearía un terrible golpe a su persona y a su prestigio. «¿Para qué poseer el mejor ejército del Oriente Medio —se preguntaba— si mis soldados no pueden defender uno de los lugares más sagrados del Islam?».

E1 palacio de Abdullah no era el único lugar donde aquella noche se discutía la suerte de Jerusalén. En los alrededores de Ammán, en el campamento militar de Zerqa, donde pasaban la noche, los principales dirigentes de los países árabes fueron despertados por otra llamada de socorro. Un mensajero acababa de llegar de Jerusalén para anunciar que la ciudad iba a caer si no intervenía la Legión Árabe. Se escaseaba trágicamente de municiones, y la pérdida de casi todos los barrios árabes de la ciudad nueva dañó terriblemente la moral. Si los judíos desencadenaban un solo gran ataque,

«toda Jerusalén sería de ellos».

En el salón de su villa, Azzam Pachá intentaba determinar un plan de acción con sus colegas, en pijama y pantuflas. Una extrema tensión, subrayada por numerosas voces, animaba su reunión. Azzam se dirigió, finalmente, hacia Abdul Illah, príncipe regente de Irak y sobrino de Abdullah.

—Si no va usted inmediatamente a convencer a su tío para que envíe sus fuerzas a Jerusalén —amenazó—, y si Jerusalén cae por falta de su intervención, haré saber al mundo entero que los hachemitas son unos traidores, aunque yo deba acabar por eso en el extremo de una cuerda.

Todos se vistieron y subieron a los vehículos para acudir a Ammán a obligar al rey a intervenir.

En el mismo instante, una bombilla se iluminaba en una pequeña casa de la capital de Transjordania. El Primer Ministro, Tewfic Abu Huda, se levantó, se puso un batín y se creyó víctima de una alucinación. Estaba acostumbrado a los gestos imprevisibles de su soberano, pero no estaba preparado para verlo surgir en plena noche en su habitación. Reuniendo sus ideas, el estadista respondió a su jefe, venido a hacerle partícipe de sus temores, de que toda intervención en Jerusalén sólo podría violar el acuerdo concluido con los ingleses. La entrada de la Legión Árabe en Jerusalén provocaría, además, un verdadero tumulto en las Naciones Unidas.

Estas palabras dejaron perplejo al rey. Tenía a bien ser el descendiente del Profeta, su ejército estaba mandado por un inglés y, por impaciente que estuviese en acudir en ayuda de Jerusalén, Abdullah no estaba aún listo para desafiar abiertamente a la única nación que tenía por aliada.

De regreso a su palacio, taciturno, encontró a sus colegas de la Liga Árabe. Azzam Pachá no dudó en repetir la amenaza que acababa de dirigir al regente de Irak. Pero como era a Abdullah a quien se dirigía el egipcio, añadió:

—Si la Legión Árabe salva Jerusalén, no haré ninguna objeción en que sea usted proclamado rey de Jerusalén, y yo mismo colocaré la corona en su cabeza, haciendo esto contra la voluntad de mi soberano.

El reyecito saltó de su butaca y lo abrazó.

—No quedará usted decepcionado —prometió.

En Jerusalén, el oficial Natanael Lorch miraba sospechosamente los cinco cigarrillos «Four Squares» colocados ante él. Al ser la ración diaria sólo de tres cigarrillos, el joven se dijo que debería pagar el precio de ese favor. No había expelido una sola bocanada cuando fue llamado al Cuartel General de Shaltiel. Allá, en compañía de otros oficiales, descubrió el papel que le aguardaba en el asalto contra la puerta de Jafa, que permitiría a las fuerzas judías conquistar la ciudad vieja.

Fue una conferencia «muy solemne y ceremoniosa», contaría Lorch. Fresco y embutido en su uniforme cuidadosamente planchado, Shaltiel escuchaba a Efraim

Levi —el hombre al que, finalmente, eligió para dirigir su ataque— explicar la operación sobre un plano de la ciudad vieja. Levi dijo en principio que «era una locura querer entrar a la fuerza en la ciudad vieja por un pequeño orificio que conducía a un túnel que nadie sabía exactamente si existía». Luego, reflexionando, quedó, finalmente, convencido de que, pese a las grandes pérdidas que sufrirían, acabarían por pasar de una forma u otra.

Mientras el «Irgún» y el grupo «Stern» atacarían la puerta Nueva, y el «Palmach» el monte Sión, dos secciones de la «Haganah» aguardarían ocultas en el inmueble Tannus, frente a la puerta de Jafa. Cuando los zapadores hubieran volado con un torpedo *bengalore* la reja al pie de la ciudadela, se lanzarían hacia el túnel bajo la protección de los tres blindados de Josef Nevo. Una vez en el interior, la primera sección se apoderaría de la torre noroeste que controlaba la puerta de Jafa, mientras que la segunda —la de Lorch— ocuparía la del sudeste y, luego, la comisaría de Policía, situada justamente detrás.

Cuando acabó el joven oficial, David Amiran, el marido de la arqueólogo que reveló a Shaltiel la existencia del túnel, hizo una exposición sobre la arquitectura de la ciudadela. Escuchándole, Lorch pensó que jamás había experimentado tanto interés por el estudio de los monumentos antiguos. Luego, Shaltiel presentó a los jóvenes oficiales una bandera de su nuevo Estado:

—Mañana por la mañana —les prometió—, los colores de Sión ondearán en la cima de la torre de David.

Sir John Glubb leyó atentamente el mensaje que figuraba en una de las hojas de papel rojo utilizadas por la Legión Árabe para sus comunicaciones urgentes. «Su Majestad el rey ordena a sus tropas trasladarse en dirección a Jerusalén —decía—. Pretende así intimidar a los judíos e incitarlos a aceptar una tregua en Jerusalén».

Media hora más tarde, a mediodía, Glubb recibía un segundo cablegrama. Más claramente aún, el rey expresaba sus intenciones y mostraba que osaba ir muy lejos: «Extremadamente inquieto —deseaba hacer una demostración de fuerza— por aliviar la presión sobre los árabes y obligar a los judíos a aceptar una tregua en Jerusalén, Su Majestad espera una rápida acción —concluía el mensaje—. Haga saber sin demora que la operación ha comenzado».

Desde hacía cuarenta y ocho horas, Glubb se oponía tanto al rey como a la mayoría de sus ministros. La idea de marchar sobre la ciudad le inspiraba una repugnancia «a la vez militar y política». Aparte que ese hombre del desierto experimentaba un instintivo desprecio por los árabes de las ciudades, consideraba a los jefes militares árabes de Jerusalén como un amasijo de incapaces medio histéricos, más aptos para aumentar las fuerzas del adversario que para utilizar bien las suyas. En todas partes, en el resto del frente, su deseo se hacía realidad: sólo dirigía un «simulacro de guerra». Su Legión se encontraba en Palestina desde hacía

dos días y no había tenido que empeñarse en una sola acción de importancia. La mayoría de sus regimientos no habían disparado un solo cartucho.

Era preciso, sin embargo, pagar el precio de esta feliz inacción, un precio que se elevaba de hora en hora.

—Y nuestras victorias, ¿dónde están? —comenzaba a gritar el pueblo de Ammán, excitado por los boletines de victoria de todas las radios árabes.

Los legionarios a los que el mismo rey gritó: «¡Adelante, hacia Jerusalén!», unían sus voces a las de la multitud. Los orgullosos beduinos que atravesaron Transjordania transportados por las aclamaciones populares, veían ahora sus campamentos invadidos por mujeres que los trataban de cobardes y hombres que se burlaban de ellos. Algunos oficiales hicieron huelgas de hambre. El número de deserciones hacia las filas de los partisanos se acentuaba de manera inquietante. Una unidad amenazaba con amotinarse, y en todas las demás, las relaciones entre oficiales árabes e ingleses eran tirantes en extremo. Cuando el coronel Ashton cometió la torpeza de invocar el ejemplo de la India en una discusión con sus subordinados, obtuvo una respuesta que resumía bien los sentimientos que comenzaban a experimentar la mayoría de oficiales árabes.

—La India no era su país, y éste es el nuestro —le replicó agriamente su adjunto, el teniente Ali Abu Nuwar.

Pese a esas presiones, Glubb permaneció firmemente decidido a guardar sus fuerzas fuera de Jerusalén. Se aferraba a la esperanza de que la comisión consular podría aún imponer un alto el fuego y salvar de la quiebra el plan de internacionalización. Más que nunca, estaba obsesionado por el temor de comprometer a sus preciosas tropas en una batalla callejera. Pero no podía descuidar completamente las instrucciones del rey. También decidió recordar a los judíos de Jerusalén la potencia del ejército acampado en las colinas de Judea, cerca de sus murallas. Ordenó la inmediata puesta en batería de uno de los cañones del 88 comprados con los subsidios suplementarios que obtuvo en Londres. Quizá —como esperaba Abdullah— algunos obuses de esta pieza mayor lograrían calmar la agresividad de los dirigentes judíos de la ciudad y evitarle hacer entrar a su ejército en Jerusalén.

Natanael Lorch estaba emocionado. Las buenas madres judías de Jerusalén, comenzando por la suya, sacrificaron sus menguadas raciones a fin de preparar centenares de bocadillos para sus famélicos conciudadanos del barrio judío de la ciudad vieja. Además del peso de las municiones, del agua y de los medicamentos, que ya los aplastaban, Lorch recibió la orden de hacer transportar un morral lleno de bocadillos por cada uno de sus hombres.

El ataque que permitiría entregarlos a sus destinatarios no se presentaba con los mejores auspicios. Mientras alcanzaba sus posiciones de salida, la sección de Lorch

fue cogida bajo el fuego de una ametralladora árabe.

—¡El Cuartel General aseguró que los árabes no tenían armas automáticas! —gritó un soldado.

—¡El Cuartel General no puede equivocarse! —replicó irónicamente uno de sus camaradas—. ¡Eso no es una ametralladora, sino diez árabes que disparan uno detrás de otro!

Los hombres saltaron de los autobuses y atravesaron las desvastadas callejuelas del Centro Comercial para alcanzar el edificio Tannus, frente a la puerta de Jafa. Una bala alcanzó a un soldado en plena cabeza. Inquieto por el efecto que esta muerte pudiera producir en la moral de sus jóvenes reclutas, Lorch se apresuró a depositar el cuerpo en un rincón de la casa, asegurando que sólo estaba desmayado.

Contemplando la ciudad desde lo alto de la colina Nebi Samuel, el árabe Mohamed Ma'ayteh sintió que lo invadía una extraordinaria emoción. El oficial de artillería de la Legión Árabe sólo vino a Jerusalén una vez, cuando, sobre su blanco caballo *Sebha*, desfiló por las calles, donde el pueblo aclamaba la victoria británica de El-Alamein. Ahora, por orden de Glubb, iba a abrir fuego sobre la ciudad, comprometiendo así a la Legión Árabe en la guerra por Jerusalén.

Desde hacía tres días, gruñendo cerca de sus cañones, sus hombres aguardaban la hora de batirse. Al gritar «¡fuego!», Ma'ayteh experimentó una tremenda sensación. «Soy el primer legionario en combatir por Jerusalén» pensó. Enervado por ese pensamiento, envió ocho disparos sobre la ciudad —dos veces el número de obuses autorizados— antes de que apareciese un capitán británico, que le ordenó el cese del fuego.

Mientras los primeros obuses rugían en el cielo de Jerusalén, otro oficial de la Legión Árabe se personaba en la emisora de «Radio Palestina» en Ramallah. Alargó una hoja de papel a Raji Sayhun, su redactor jefe. Era el primer comunicado de guerra de la Legión: «La artillería de la Legión Árabe acaba de bombardear las posiciones judías de Jerusalén —decía—. Este bombardeo no cesará hasta que la bandera cuatricolor de la Palestina árabe ondee sobre toda la ciudad».

Contrariamente a las esperanzas de Glubb y de Abdullah, se necesitarían más de ocho obuses para quebrantar la resolución de la «Haganah». De todas formas, David Shaltiel tenía aquel día preocupaciones mucho más importantes que un simple bombardeo de artillería. Esperaba liberar la próxima noche el barrio judío asediado. Informados de que los judíos del viejo barrio sólo se rendirían a las fuerzas regulares de la Legión Árabe, los partisanos reemprendieron sus ataques con renovada energía. Los diferentes Consulados intervinieron cerca de la «Agencia Judía», con la esperanza de que ésta pudiera doblegar la obstinación de los asediados. Esta revelación causó una viva sorpresa en el Estado Mayor de Shaltiel, donde se ignoraba

todo sobre las negociaciones de rendición iniciadas por los responsables del barrio, que se preparaban a liberar atacando la puerta de Jafa.

El barrio sólo conoció durante esta nueva jornada, según las palabras de uno de sus defensores, una «sucesión de desastres». Los dinamiteros de Fawzi el Kutub se apoderaron de una primera sinagoga en la zona noroeste. Uno de ellos, en lo alto de la cúpula, llamó a sus compatriotas para que acudieran a contemplar su conquista. Una bala lo abatió como un bolo. Para vengarlo, El Kutub atiborró la sinagoga de explosivos y la redujo a polvo. Incapaces de desencadenar un ataque concertado, los árabes saqueaban e incendiaban los edificios que tomaban, lo que les impedía penetrar a la fuerza en el centro del barrio. Pese a su agotamiento, los judíos continuaban ofreciendo una feroz resistencia, cediendo el terreno sólo metro a metro. Su jefe, Moshe Russnak, se había recuperado ante la firme actitud de sus subordinados. Sin embargo, las promesas recibidas de la ciudad nueva en respuesta a las llamadas de angustia, no elevaban apenas la moral de los combatientes. Determinadas promesas anunciaban de hora en hora la llegada de refuerzos, y uno de los mensajes aseguraba incluso que en una hora y media los asediados serían liberados. Pero ninguna de esas palabras de esperanza se cumplió. Al final de la tarde, los defensores informaron secamente a Shaltiel que, pronto, todo socorro sería inútil. «Ahora es cuando lo necesitamos —decía el mensaje—. Hace treinta y seis horas que usted nos promete liberarnos en una hora y media. ¿En qué reloj mira usted la hora?».

En el patio del «Orfelinato Schneller», Bobby Reisman, el antiguo paracaidista americano al que el amor por una judía de Jerusalén abocó a una nueva guerra, conversaba tranquilamente con su amigo Moshe Salamon ante la puerta de un autobús blindado. Dentro de pocos minutos, uno de los dos subiría al autobús para conducir a sus hombres hacia el punto que prometía ser el más expuesto en el ataque a la puerta de Jafa: la entrada del túnel al pie de la ciudadela. Ni Reisman ni Salamon creían mucho en la suerte de la operación.

—Supón, incluso, que lleguemos a entrar —dijo Salamon—. ¿Qué haremos entonces? No aguantaremos ni diez minutos.

Salamon sacó un chelín de su bolsillo y dijo:

—Cara, voy yo. Cruz, tú.

Lanzó la moneda. El paracaidista al que la guerra en Europa sació de heroísmo, lanzó un suspiro de alivio. Él no lucharía aquella vez. Salamon ordenó a los soldados que subieran al autobús, y él lo hizo a su vez.

—¡*Mazel Tov*! —gritó el americano cuando el autobús se llevaba a su amigo.

En la sinagoga de Yemin Moshe, los soldados del «Palmach» que debían efectuar la maniobra de diversión en el monte Sión, aguardaban la orden de alcanzar su posición de salida. A su frente se hallaba Uzi Narkis, el oficial que tomara Castel seis semanas antes. Sus cuatro secciones no estaban ni siquiera completas. Representaban

todo lo que quedaba del 4.º batallón de la «Brigada Harel» tras un mes y medio de incesantes combates.

Justamente antes de la salida, Narkis recibió una llamada de Shaltiel:

—¿Tiene usted una bandera? —preguntó el comandante de la «Haganah».

—¿Una bandera? —se sorprendió Narkis—. ¿Para qué?

—Para plantarla en la cima del monte Sión.

Efraim Levi se había atado la suya en torno a la cintura. Sabía que antes del fin de la noche la haría ondear sobre la torre de David, cuyos contornos almenados se perfilaban en la oscuridad. Desde una ventana del edificio Tannus, contemplaba, en compañía de Josef Nevo, la sombría masa de las murallas hacia las que iba a lanzar el primer ataque de un ejército judío desde hacía, casi dos mil años. Era una noche sin luna. Nada se movía. Tenían de su parte las tinieblas y el efecto de la sorpresa. Los tres blindados de Nevo y el autocar de Moshe Salamon estaban camuflados en la calle de enfrente. Levi echó una ojeada a su reloj. Iba a ser medianoche. Dio una palmadita sobre la espalda de su amigo, y Nevo se levantó para dirigirse a sus blindados.

Un grito tan viejo como Jerusalén se extendió por las tortuosas callejuelas de la Ciudad Santa:

—¡A las murallas!

Vestido solamente con un pantalón, el árabe Kamal Irekat se precipitó, seguido por sus dos ayudantes, que corrían descalzos. En el preciso instante en que alcanzaba la puerta de Jafa, alguien gritó:

—¡Llegan los judíos!

Irekat se estremeció de angustia al distinguir los escasos sacos terreros colocados a través del paso. Luego descubrió, a lo largo del muro de la ciudadela, los trece camiones de la basura de la antigua municipalidad, conducidos allá por Antoine Safieh. Irekat vio inmediatamente el partido que podía sacar de ese providencial regalo. Llamó a sus hombres y se apresuró a hacerles colocar los camiones ante la brecha, improvisando así una sólida barricada.

Encima, las murallas se animaron con una extraordinaria agitación. Hombres medio desnudos llegaban de todas partes, escalaban los parapetos, corrían hacia las almenas. Tal como sus antepasados habían lanzado aceite hirviendo sobre los cruzados de Godofredo de Bouillon, los soldados de Irekat lanzaron, desde sus barbacanas, bolas de papel inflamadas para iluminar la noche y ver a los asaltantes. Su arma principal era una provisión de granadas fabricadas por El Kutub en el puesto de mando de su baño turco. Hechas con cartuchos de dinamita, cada una de ellas estaba provista de una cuerda que, girando como un molinete, permitía lanzarlas a gran distancia. Desde el baño turco a las murallas, una cadena de mujeres y niños se formó pronto para encaminar las nuevas granadas a medida que las preparaba El

Kutub.

Agazapado detrás de una ventana del edificio Tannus, Efraim Levi distinguía la silueta del vehículo blindado de Nevo, que avanzaba hacia la puerta de Jafa. Cuando entró en el círculo luminoso de las bolas de fuego lanzadas desde las murallas, un tiroteo infernal se abatió sobre él. Nevo intentó maniobrar para permanecer fuera del alcance de las granadas; pero ignorando su peculiar forma de lanzamiento, cayó en el centro de las explosiones. Mientras sus dos autoametralladoras disparaban hacia las murallas sus veintiún obuses, oyó silbar un proyectil de bazooka encima de él. Luego, percatándose de que su propio fusil ametrallador cesó de crepitar, se volvió y vio a su servidor, que yacía en el fondo del vehículo. A su vez, el radio fue sacudido por un brusco sobresalto y se desplomó. El conductor, entonces, echó el cerrojo a la ventanilla de su parabrisas y se contrajo sobre el volante, aterrorizado. Nevo descubrió en ese instante que la autoametralladora de cabeza se había detenido mucho antes de haber alcanzado su objetivo. Bloqueaba toda la columna. Si no podía volver a ponerse en marcha, Moshe Salamon y sus zapadores se verían obligados a salir de sus autobuses blindados y alcanzar la reja del túnel al descubierto, bajo un diluvio de metralla. Ninguno de ellos llegaría vivo.

Encima, acurrucado detrás de una almena, el estudiante árabe Pierre Saleh contemplaba la columna inmovilizada en las confusas luces de la batalla. En torno a él, el desorden era completo. Las explosiones y los gritos producían un increíble estruendo. El antiguo camino de ronda estaba jalonado de muertos y heridos. Los tiradores árabes descargaban sus armas frenéticamente hasta agotar sus cartuchos. Pronto, algunos debieron dejar descansar sus fusiles con el cañón ardiendo, esperando nuevas municiones. Fue improvisada urgentemente una rampa para permitir a un jeep subir cajas llenas de municiones hasta el pie mismo de las murallas. Más lejos, con los pliegues de su túnica, recogidos como una mujer que transporta manzanas en su regazo, un anciano corría de tirador en tirador para distribuir los cartuchos. Algunos defensores estaban armados con viejos fusiles italianos, que lanzaban una llamarada a cada disparo, lo que permitía a los judíos replicar con una andanada bien ajustada. De repente, la explosión de un cóctel Molotov arrojó una gran luz. Los árabes de las murallas lanzaron gritos de alegría cuando sus llamas comenzaron a inflamar el inmovilizado autobús de Moshe Salamon.

Reinaba la más viva desorganización en el interior de la escuela de la Raudah. Se gritaba, se corría, se daban órdenes en una agitación y una confusión jamás alcanzadas aún. Soldados andrajosos llegaban corriendo para reclamar balas y refuerzos. Convencidos de que los judíos estaban a punto de franquear las murallas, la telefonista, Nimra Tannus, no dudó en llamar al palacio real de Ammán. Con gran sorpresa por su parte, consiguió hablar con el rey en persona.

—Señor —dijo—, los judíos están a nuestras puertas. Dentro de algunos minutos,

Jerusalén les pertenecerá.

Cierto; los judíos estaban a las puertas de las murallas, pero en peligro. Habiendo logrado desembarazarse de su vehículo Nevo se colocó contra la ametralladora de cabeza y descubrió por qué no avanzaba más. Su torreta estaba torcida; tres de sus neumáticos, reventados, y no llegaba del interior ningún signo de vida. Llamó, esforzándose por elevar su voz sobre el estrépito de los disparos, pero no obtuvo respuesta.

Tras él, las balas árabes atravesaban el delgado blindaje del autobús de los zapadores y causaban grandes pérdidas. De pronto, Moshe Salamon se estremeció.

—Me han tocado —gimió antes de rodar al suelo.

En las murallas, la situación también era dramática. Decenas de muertos y heridos jalonaban los alrededores de la ciudadela y de la puerta de Jafa. El voluntario que ocupaba la posición de tiro al lado de Pierre Saleh había muerto. Contemplando el pequeño mar de sangre que enrojecía el suelo en torno a ese hombre, el estudiante pensó, con sorpresa, que apenas había intercambiado con él un par de palabras. Estaba muerto cerca de él, allá, en las murallas de la Ciudad Santa, sin que supiera de dónde venía ni quién era.

Una especie de desesperación comenzaba a flotar en las murallas. «Esta vez —pensó Pierre Saleh—, los judíos quieren entrar». Irekat corrió de almena en almena suplicando a los tiradores que economizaran sus cartuchos, pero sus ruegos quedaron sin efecto. Poco habituados a las batallas ordenadas, sus hombres vaciaban sus cargadores frenéticamente, «como si sus propias balas debieran detener las de sus adversarios».

Viendo a los zapadores saltar de su autobús y huir hacia el edificio Tannus, Josef Nevo comprendió que el ataque judío había fracasado. Efraim Levi llegó a la misma conclusión. Igual preocupación animaba, en adelante, a los dos oficiales judíos: devolver a toda prisa a sus líneas a los heridos y las autoametralladoras.

En todo este caos, únicamente la maniobra de diversión del «Palmach» parecía desarrollarse conforme a las previsiones. Los hombres de Uzi Narkis treparon rápidamente las pendientes de la colina de Sión, que durante dos mil años simbolizaron Jerusalén para el pueblo judío disperso. Allá, en el cementerio armenio, al pie de la torre cónica de la iglesia de la Dormición, que se alzaba en el lugar donde María se quedó dormida para su último sueño, a algunos metros del lugar donde el rey David reposaba en su tumba, adornada con las veintidós coronas de su linaje, los soldados del «Palmach» intercambiaban granadas con los árabes atrincherados tras las murallas. Estallando en las piedras inclinadas, los ingenios de El Kutub arrojaban en la noche resplandores semejantes a fuegos fatuos.

—Jerusalén está a punto de caer. ¿Dónde está el hijo del Profeta? —gritó un grupo de árabes enloquecidos irrumpiendo en la pequeña estancia de la comisaría de

Policía de Jericó, donde dormía el comandante Abdullah Tell.

El árabe que aniquilara Kfar Etzion, saltó de su cama. Uno de sus visitantes estaba llorando; otro, sacudido por sollozos. Describieron la azarosa situación que reinaba en la ciudad, el agotamiento de los partisanos, la escasez de las municiones, el pánico que, poco a poco, invadía a la población. Tell hizo preparar café, y luego recomendó a sus visitantes que trasladaran inmediatamente esas noticias al soberano. Descolgando su teléfono, previno, al palacio, de su llegada.

Angustiado por no recibir ningún apoyo, pese a sus suplicantes llamadas, el iraquí Fadel Rachid acabó por lanzar un SOS a Fawzi el Kaukji, el general que jurara arrojar a los judíos al mar o morir a la cabeza de sus tropas. «La situación es desesperada —decía—; venga en nuestra ayuda, o será nuestro fin. Digo bien: nuestro fin». Aunque recibiera la orden de retirar su ejército de Palestina, El Kaukji no dudó en responder: «¡Resistan, ya llego! Llego a tus órdenes, divina mezquita».

Ante la puerta de Jafa, un ruido terrorífico llenaba ahora la oscuridad. Tocada por un cóctel Molotov, que mató a su tripulación, una de las autoametralladoras de Josef Nevo yacía contra las murallas. De su dislocado capó salía sólo el siniestro aullido de su claxon bloqueado, lúgubre bocina de angustia que crispaba los nervios de los habitantes judíos y árabes.

Natanael Lorch y tres hombres se adelantaron a tientas hacia los restos del autobús donde yacía Moshe Salamon. Solamente los débiles gemidos del oficial guiaban a los salvadores a través de la oscuridad, la humareda y la confusión. Cuando hubieron llevado al moribundo hasta el inmueble Tannus, Lorch acudió en ayuda del radio del vehículo blindado de Josef Nevo. Evitando encender su linterna para no atraer el fuego de los árabes, palpó el cuerpo hasta que encontró la cabeza. Sintiendo la sangre filtrarse por sus dedos, se dedicó a curarle lo mejor que pudo. Luego habló al herido. Al no obtener respuesta, lo zarandeó. Finalmente, le tomó el pulso. Entonces comprendió Lorch que acababa de curar a un muerto. Encendió un segundo la linterna sobre su rostro. Se sobresaltó. Era su primo.

Eran las dos en punto de la madrugada cuando el teléfono sonó en el puesto de mando de Abdullah Tell. Su ordenanza le alargó, temblando, el aparato.

—Es nuestro amo —dijo.

El rey Abdullah tomó su decisión. La emoción que suscitaba en él la suerte de Jerusalén, lo sobrepuso a la razón de Estado y al respeto de su acuerdo con los ingleses. Ahora estaba verdaderamente persuadido de que la ciudad caería y de que la bandera del nuevo Estado de Israel estaba a punto de ondear en la mezquita donde yacía su padre. Su ejército no debía contentarse con amenazar a la ciudad; debía conquistarla. Olvidándose deliberadamente de la vía jerárquica, resolvió dar la orden no al general inglés, que aún planteaba alguna prudente objeción, sino al árabe que, con una pasión idéntica a la suya, actuaría en el momento.

—Hijo mío —le dijo a Abdullah Tell—, he visto a los jefes palestinos que me ha enviado usted. No podemos esperar más tiempo. Vaya a salvar Jerusalén.

La súbita calma producida en las murallas no reanimó la moral de los árabes. Detrás de su almena, Pierre Saleh aguardaba el asalto final que hundiría a la ciudad vieja. Al otro extremo de la ciudad, centenares de civiles aterrorizados se habían congregado en la puerta de San Esteban y, para huir, sólo aguardaban el grito anunciador de que los judíos habían penetrado. Desde lo alto del monte Scopus, los vigías de la «Haganah» distinguían a otros habitantes trepar ya por las laderas del monte de los Olivos.

En el mismo instante, una viva discusión oponía a David Shaltiel con los responsables de su malogrado ataque. Aunque ninguno de los zapadores hubiera podido alcanzar la reja al pie de la ciudadela, Shaltiel presionaba a Efraim Levi para intentar un nuevo asalto. Pero Levi apenas tenía entusiasmo. Pese al derroche de sus municiones, los partisanos árabes ganarían esta batalla y privarían a sus adversarios de la posesión de la ciudad vieja de Jerusalén. Los judíos recibieron tal lluvia de metralla, que no podían sospechar hasta qué punto los árabes se hallaban en las últimas.

—Un nuevo ataque —declaró Levi— causaría pérdidas irreparables.

Finalmente, Shaltiel estuvo de acuerdo. Transcurrirían veinte años hasta que una bandera israelí ondeara sobre la torre de David.

Una llamada de Ammán llegó varios momentos después a la escuela de la Raudah para anunciar que la Legión Árabe se había puesto en camino. Ante esta noticia, una extraordinaria agitación sucedió al abatimiento que imperaba en el recinto escolar. Mensajeros partieron corriendo hacia las murallas, portadores de noticias para los defensores.

—Aguantad a toda costa. Nos llega ayuda. Nuestros hermanos árabes están en camino —anunciaron.

Frente a la puerta de Jafa, el judío Natanael Lorch y sus compañeros recibieron la orden de obstruir con sacos terreros las ventanas del edificio Tannus. Lorch no encontró ni un grano de arena en el edificio, y era demasiado peligroso ir a buscarla al exterior Desanimado, decidió llenar los sacos con el material más raro que se podía hallar en una ciudad tan famélica como Jerusalén. Ordenó a sus hombres que los llenaran con los bocadillos que sus madres les prepararon a costa de tantos sacrificios. En pocos días estarían lo suficientemente duros como para detener una bala de fusil.

36

UN REMORDIMIENTO PARA UNA GENERACIÓN

Desde lo alto del monte de los Olivos, el comandante árabe Abdullah Tell escrutaba las tinieblas. De vez en cuando, el resplandor de una explosión descubría la ciudad: «la primera ciudad del mundo», murmuró, emocionado. La suerte de Jerusalén se acababa de poner nuevamente en sus manos.

Gran aficionado a la Historia, Abdullah Tell sabía que en aquella colina el califa Omar —hijo de un esclavo negro convertido en el sucesor de Mahoma—, recibió, en el año 636, las llaves de la ciudad, antes de someterla a la dominación del Islam. «¡Cuánta sangre han derramado los siglos sobre esas piedras!», se dijo, sabiendo bien que él iba ahora a derramar aún más.

Desde aquella prominencia, alcanzaba la víspera al atardecer, la vanguardia del joven comandante siguió angustiosamente los furiosos combates de la puerta de Jafa. Por impaciente que estuviese en ayudar a la ciudad en peligro, Tell decidió aguardar al grueso de sus fuerzas para intervenir. Pero el desfile de habitantes que clamaban su angustia a todas horas, y la exasperación de sus soldados, obsesionados con batirse, lo obligaban a cambiar sus planes.

Ordenó al capitán Mahmud Mussa escoger cincuenta hombres de su compañía y enviarlos a la ciudad vieja. Esperaba que su aparición animaría a los defensores hasta la llegada del regimiento completo. Los dos oficiales contemplaron las indistintas sombras de los soldados descender la ladera del monte de los Olivos, en dirección al Huerto de Getsemaní y a la puerta de San Esteban. Cuarenta minutos más tarde, a las tres cuarenta de la madrugada del martes 18 de mayo, un cohete verde dibujó un gracioso arabesco en el oscuro cielo de la Ciudad Santa. Aunque Sir John Glubb no supiera aún nada, las primeras fuerzas del ejército que tanto quería tener apartadas de Jerusalén, habían tomado posición en sus murallas.

Casi en el mismo instante, un lacónico mensaje llegaba al C. G. de David Shaltiel.

—Tenemos la cumbre del monte Sión —anunció el judío Uzi Narkis.

Si el asalto de la «Haganah» contra la puerta de Jafa había fracasado, la maniobra de diversión del «Palmach» fue un éxito, proporcionando a los judíos un trampolín ideal para llevar socorros al viejo barrio. Uzi Narkis y sus hombres se hallaban a una decena de metros de las murallas.

Al escuchar las suplicantes llamadas de sus camaradas, ya a gritos, Narkis resolvió constituir un comando para intentar una penetración en el barrio judío. Pero

el agotamiento de sus fuerzas y la destrucción —por un obús árabe— del «Davidka» que reclamara, le obligaron a aplazar el intento para la noche siguiente. Su comando intentaría abrir a la fuerza un pasillo hacia la calle de los Judíos, a lo largo del barrio armenio. Shaltiel sólo tendría entonces que enviar refuerzos para ocupar los contornos de la puerta de Sión y mantener la vía de acceso al viejo barrio. A media mañana, Narkis pudo confirmar a sus soldados que todo estaba dispuesto: aquella tarde, Shaltiel enviaría las tropas necesarias para explotar su penetración. Esta vez estaba seguro: iban a liberar el barrio judío.

Al otro lado de las murallas, en el mismo momento, el capitán árabe Mahmud Mussa hacía un asombroso descubrimiento: estaba abandonada la torre almenada que coronaba la puerta que el comando del «Palmach» debía franquear la misma tarde. Los partisanos que la defendían desertaron tras la toma del monte Sión por los judíos. Mussa la hizo ocupar a sus beduinos, así como los principales edificios del vecino barrio armenio.

Entreabierta un instante, la puerta de la ciudad vieja se había vuelto a cerrar.

El maestro judío Joseph Atiyeh se preparaba a regresar a su casa para comer cuando recibió la orden —como sus camaradas de la guardia territorial— de presentarse en el «Orfelinato Schneller». Transcurriría casi un año antes de que Atiyeh pudiera regresar a su casa para comer. En el patio se hallaban los ochenta nuevos reclutas con los que sería preciso «salvar la ciudad vieja».

Ninguno de aquellos judíos sabía realmente utilizar un fusil o lanzar una granada, pero representaban la única fuerza que pudo reunir Shaltiel para explotar la penetración que Uzi Narkis proyectaba realizar hacia el barrio judío de la ciudad vieja. El conquistador de Castel, que los mandaba (Motke Gazit), se horrorizó a la vista de aquel lastimoso rebaño de civiles reunidos en una ciudad sin mandos ni disciplina. Ascendió al grado de sargento mayor al que le pareció más marcial de entre ellos. Elección particularmente desgraciada: el hombre desertaría varias horas más tarde.

Shaltiel intentó compensar la falta de experiencia de los combatientes dándoles el mejor armamento posible. Cada hombre recibió un fusil checo nuevo, ochenta cartuchos y cuatro granadas. Gazit se dio cuenta, durante la distribución, de que muchos de ellos veían por primera vez en su vida una bala de fusil. A guisa de uniformes se les entregaron los efectos abandonados por los ingleses en Bevingrad, y, para la cabeza, cascos de artillería de la Marina americana. Concebidos para albergar audífonos, los cascos les bailaban en las cabezas como soperas, dándoles el aire grotesco de arcabuceros de la Edad Media. Desde la salida, la misión exacta de esos soldados fue objeto de un malentendido total. Mientras su jefe creía, sencillamente, que debían ir a echar una mano a las fuerzas del monte Sión, Uzi Narkis contaba con ellos para ocupar, desde su penetración, la puerta de Sión y, desde ella, proteger el

paso hasta el barrio judío. Los propios interesados estaban convencidos de que iban a servir para abastecer al barrio judío, y que regresarían a su casa al amanecer.

Mientras esta extraña tropa se reunía en el patio del «Orfelinato Schneller», otros dos judíos se inclinaban perplejos sobre el rompecabezas de trozos de metal esparcidos por el suelo de un aula vecina. Se trataba de las piezas de dos ametralladoras checas que acababan de llegar a Jerusalén a bordo de una avioneta «piper-cub».

Reisman, el ex paracaidista americano que había vuelto a la guerra por el amor de una judía de Jerusalén, reclutó a su compatriota Carmi Charny, hijo del rabino neoyorquino, para servir una de las ametralladoras. Pero ninguno de ellos sabía cómo montar aquellas armas. Sobreponiéndose a su amor propio, se dirigieron al único experto capaz de solucionarles su rompecabezas: un ex sargento del Ejército Rojo.

Los más refinados *gourmets* de Jerusalén se habían agolpado, no hacía mucho, en los lujosos jardines del gran hotel árabe de Ramallah. Si la animación renacía en ellos aquel atardecer del martes 18 de mayo, ello no tenía nada que ver con su cuscús marroquí ni su pollo *musaghan* con cebollas. Los visitantes vestían uniforme: aquellas paredes ocre albergarían el cuartel general de las operaciones de la Legión Árabe en Palestina.

El rey de Transjordania puso a Glubb Pachá ante el hecho consumado: uno de sus regimientos intervenía en Jerusalén. Glubb meditó largamente sobre las consecuencias de aquella acción. No pudiendo ir en contra de las órdenes del soberano, debía actuar, al menos, de manera que sus beduinos, inferiores en número, no se encaminasen al desastre. Envió, pues, al atardecer, un mensaje urgente a su principal adjunto, al general Norman Lash: «He decidido intervenir con mis fuerzas en Jerusalén».

Los dados estaban hechados.

Con un vaso de whisky y sifón en la mano, Lash anunció a sus oficiales que una potente columna de carros blindados y tres compañías de infantería debían caer sobre Jerusalén para apoyar al regimiento de Abdullah Tell. Avanzando al amanecer detrás de una cortina de artillería, esa agrupación debería expulsar a los judíos de las posiciones que ocupaban en el barrio árabe de Sheij Jerrah, al norte de la ciudad, y progresar a continuación hasta la puerta de Damasco, para reunirse con las tropas árabes que se encontraban ya allí.

Momentos después, el coronel Bill Newman, el australiano que mandaba el tercer regimiento de la Legión Árabe, y el mayor Bob Slade, el escocés que debía conducir esas tropas a Jerusalén, reunieron a sus oficiales árabes en un huerto próximo al pueblo de Kalandia. Allá, bajo las olorosas flores de un albaricoquero, Newman desplegó sus mapas bajo el haz de una lámpara de campaña.

—He aquí cuál es su destino —declaró poniendo su dedo sobre la extensa señal

irregular que representaba Jerusalén—. El enemigo está a punto de asaltar la ciudad.

Un estallido de gritos triunfales y de felicidad acogió sus palabras. Newman parecía consternado. El teniente beduino Fendi Omeish descubrió incluso desesperación en los ojos del australiano.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó.

—¡Oh, no! —le respondió tristemente Newman—. Es un combate para el que no están preparados mis legionarios.

La noticia de la misión del regimiento no tardó en extenderse por la tropa. Los soldados árabes se pusieron entonces a cantar, a bailar la *dabké*, a rezar en torno a sus blindados o sus tiendas. Los campesinos que, hacía horas, se habían burlado de su inactividad, acudían portando frutas, flores y golosinas a aquellos hombres escogidos por Alá para defender la Ciudad Santa, de donde su Profeta había ascendido al cielo.

En menos de veinticuatro horas, más de un millar de ellos estarían en la ciudad con sus autocañones y su artillería. El asalto que un grupo de *palmachniks* agotados se preparaban a lanzar antes de su llegada, contra la puerta de Sión, sería la última probabilidad ofrecida a David Shaltiel para conquistar Jerusalén. A la noche siguiente se desvanecería la última esperanza de apoderarse de las viejas murallas. El curso de la batalla daría un vuelco. Con sus reservas de municiones que escaseaban y una población amenazada por el hambre, le llegaría a David Shaltiel el turno de aferrarse desesperadamente a las piedras de Jerusalén hasta la llegada de refuerzos.

Con grave ademán y un mapa de Palestina enrollado bajo el brazo, como si fuese un bastón, Sir John Glubb penetró en la morada de Sir Alec Kirkbride, embajador de Gran Bretaña en Ammán. Una íntima amistad unía a los dos hombres. Desafiando a sus detractores, que aseguraban que iba a recibir órdenes del Gobierno británico, Glubb realizaba frecuentes visitas al diplomático, del que apreciaba la sabiduría y la experiencia.

Aquella noche tenía necesidad, sobre todo, de aliento y estímulo. Con precaución, desplegó sobre la mesa del comedor el mapa meticulosamente preparado por el Ejército británico.

Pasando de largo sobre Jerusalén, un grueso trazo, un arco de circunferencia, unía las ciudades de Belén, Ramallah y Nablus. Era el frente que Glubb asignó a sus fuerzas en Palestina. Todos sus objetivos estaban situados profundamente en el interior de la zona que el plan de reparto asignara al Estado árabe. Como lo hizo saber secretamente a la «Haganah» dieciséis días antes, en esas posiciones era donde esperaba alcanzar la conclusión de un acuerdo diplomático entre los dos adversarios. Pero el desencadenamiento de la batalla de Jerusalén, precipitando los acontecimientos, le colocó ante una nueva situación. Ahora que había enviado a sus soldados, Glubb estaría obligado a luchar por Jerusalén. Pero donde se produciría, verdaderamente, la confrontación decisiva, sería fuera de la ciudad. Como había

demostrado la campaña de guerrilla árabe, la llave de Jerusalén se encontraba en la carretera que había cortado Abdel Kader. Kirkbride se inclinó sobre el mapa.

—Bien —dijo tras una breve reflexión—, ya que estáis en Jerusalén, me parece que será a Latrun adonde deberéis dirigiros ahora. Allá se decidirá la suerte de la batalla.

Glubb estaba perplejo. Enviar la Legión Árabe a aquellas colinas que él, como Yigael Yadin, dejaron vacías tres días antes, era un desafío que el ejército judío estaría obligado a recoger. Debería apartarla de esas alturas, so pena de perder Jerusalén.

—Tienes razón —concedió—, pero comprende que si yo voy a Latrun, tendremos que afrontar una verdadera guerra.

El extraño y tranquilo repiqueteo de un carillón resonaba en las ensombrecidas colinas. Como cada noche, la campana de la abadía de los Siete Dolores, de Latrun, llamaba a los cuarenta monjes de la comunidad a celebrar el nacimiento de un nuevo día. Con sus manos, y con las de sus predecesores, estos monjes construyeron el imponente grupo de edificios cuyas ventanas ojivales dominaban la estratégica encrucijada de Latrun. Apenas a cinco kilómetros de su monasterio, al salir de las doscientas setenta hectáreas de su dominio, la carretera de Jerusalén entraba en el peligroso desfiladero de Bab el Ued. Los árabes de El Kaukji ocuparon la cima que dominaba sobre sus tejados; y a través de sus trigales y viñedos pasaron varios días antes los soldados judíos de la «Brigada Givati» del «Palmach» para su breve conquista del puesto de Policía británico abandonado.

Desde el 31 de octubre de 1890, cuando diecisiete monjes franceses llegaron a esta colina, sobre el valle de Ayalón, para fundar una abadía, el sueño de los trapenses de Latrun era regularmente interrumpido por aquella llamada nocturna a la oración. Señalaba el comienzo ritual de cada jornada de toda una vida consagrada al silencio, a la meditación y al cultivo de la tierra. Tras medio siglo de duro trabajo, los monjes de Latrun hicieron de su dominio una empresa agrícola tan floreciente como los más prósperos kibbutz de Palestina. Sus veinte vacas holandesas y sus abejas —aquellas cuya cólera se abatió sobre los hombres del «Palmach»— les ayudaron a devolver al valle su vocación bíblica de tierra donde manaba leche y miel. Los monjes de Latrun fabricaban, en el secreto de sus barracones, un «Port-Salut» tan sabroso, que la exposición agrícola de Tel-Aviv le concedió en 1935 la medalla de oro.

Pero, sobre todo, la abadía debía su renombre a otro producto: un producto buscado por todos los conocedores del Oriente Próximo. Hinchados por el sol que detuvo Josué en esta llanura, los racimos de Latrun se convertían en exquisitos vinos e incluso en coñac. El alquimista que procedía a esta transformación era un teólogo belga que tenía dos pasiones: el dogma de la Encarnación y los misterios de la Enología. Las bodegas del padre Martin Godart se extendían sobre decenas de metros

cuadrados, bajo la intersección de carreteras que hacía de Latrun la posición más vital de Palestina. En aquellos turbulentos días de mayo de 1948, cuando el valle de Ayalón iba a regresar a su antigua vocación de campo de batalla, las bodegas del padre Godart albergaban el único tesoro capaz de reconciliar a todos los que reivindicaban esa encrucijada: setenta y ocho mil litros de vino, veintiséis mil litros de coñac y doce mil litros de vermut, curaçao y crema de menta.

En la colina de Sión, a escasos metros de las murallas de Jerusalén, el judío Uzi Narkis se aprestaba a lanzar su comando al asalto de la ciudad vieja para abrir un pasillo hacia el barrio judío. Sólo esperaba los refuerzos prometidos por David Shaltiel para sostener las posiciones que conquistara. Viendo llegar, jadeante bajo su carga de municiones y provisiones, a los ochenta civiles de todas las edades, Narkis sintió cómo le invadía la cólera. Esa lamentable tropa, ¿representaba realmente los refuerzos prometidos por el comandante de Jerusalén para explotar su penetración? Rebosante de rabia, telefoneó a Shaltiel. Pero éste sólo pudo explicarle que esos hombres eran los únicos combatientes que le quedaban.

Esos «combatientes» eran incapaces de asumir su misión. Narkis se resignó a asignarles otro papel.

—Sus hombres irán a engrosar las filas de los defensores del viejo barrio —dijo a su jefe Motke Gazit.

Pero éste se rebeló. Sus civiles no sabían combatir, y sólo serían una carga suplementaria para los asediados. Además, se les prometió que no estarían ausentes de sus casas más de veinticuatro horas.

Narkis levantó los brazos al cielo: tanto peor para ellos; irían de todos formas.

Narkis preparó su asalto. Sólo le quedaban cuarenta hombres, únicos supervivientes de los cuatrocientos *palmachniks* que se pusieron en camino hacia Jerusalén a comienzos de la «Operación Nachshon», seis semanas antes. Encargado de dirigir el ataque, David Eleazar, el joven oficial que tan duramente combatió por la conquista del monasterio de Katamon, se vio obligado a designar de oficio a los veintidós miembros de su comando: veinte muchachos y dos muchachas. Por primera vez no hubo voluntarios. Como casi todos los defensores de Jerusalén, sólo se mantenían en pie a base de píldoras estimulantes, pero su agotamiento era tal, que la novadrina apenas les hacía el mismo efecto que la aspirina.

A las 2:20 horas de la madrugada, un «Davidka» y tres morteros de dos pulgadas abrieron fuego sobre la puerta de Sión. Uno de los obuses cayó demasiado cerca y mató a dos hombres del comando. Dos zapadores se arrastraron hasta la puerta y depositaron contra sus batientes de hierro una carga explosiva de ochenta kilos. La puerta se desintegró, en medio de un estruendo de piedras y metal pulverizados.

—¡Seguidme! —gritó entonces Eleazar corriendo con la cabeza baja.

Comprendiendo de repente que no le seguía nadie, se detuvo. Sus hombres

estaban alineados contra la pared del cementerio armenio. Regresando atrás, el oficial oyó entonces un sonido extraño: los ronquidos de sus combatientes. Agobiados por la fatiga, se habían dormido. Los despertó a puntapiés. Seguido, al fin, por una cohorte titubeante de sueño, se dirigió otra vez al asalto de la puerta de Sión.

Desde una ventana del convento armenio, ocupado por una cincuentena de legionarios árabes, el teniente Nauaf el Hamud tuvo un sobresalto de desesperación cuando vio a sus beduinos replegarse en desorden de la torre de la puerta de Sión.

—¡La torre! —gritó—. ¡No abandonéis la torre!

Era demasiado tarde. Eleazar y su tropa de sonámbulos ya estaban allí. Dieciocho muchachos y dos chicas acababan de lograr lo que ningún soldado judío pudo realizar desde Judas Macabeo: forzar las murallas de Jerusalén. La puerta de Sión estaba, de nuevo, en manos judías. Lo que la había abierto no era la vieja llave oxidada entregada por un oficial británico al rabino Weingarten; era una máquina infernal fabricada en los sótanos de la nueva Jerusalén. Por grupos de tres, los hombres de Eleazar progresaron de casa en casa a lo largo de las tiendas del barrio armenio hasta la calle de los Judíos. Acababan de dar las tres de la madrugada cuando Elie Ranana, uno de los jefes del grupo de asalto, conectó por radio con Narkis.

—¡Ya está! ¡Nos hallamos en el interior!

Por parte árabe, el teniente Nauaf el Hamud se preguntaba si debía lanzar un contraataque. Ligeramente herido, su jefe, el capitán Mussa, acababa de ser evacuado y esta marcha dejaba al joven oficial beduino perplejo ante sus nuevas responsabilidades. Finalmente, decidió no emprender nada y aguardar el regreso de su superior. El paso hacia el barrio judío estaba abierto.

Los habitantes del barrio se lanzaron a las callejuelas para aclamar a sus libertadores. Los centenares de refugiados apiñados en las sinagogas salieron de sus cobijos para abrazarlos llorando. Convencidos de que venían a relevarlos, numerosos defensores empezaron a empaquetar sus cosas.

La llegada de esa ayuda provocó una emoción aún más intensa en el hospital. Emmanuel Medav, el joven combatiente de «manos de mago», ahora mutilado y ciego, seguía luchando contra la muerte. Extenuada, su novia, Rika Menache, se había dormido al pie de su camilla. No lo abandonó un solo instante, humedeciendo sus labios, secando sin cesar el sudor de su cuerpo enfebrecido. La despertó una enfermera. Abriendo los ojos, la muchacha descubrió a un joven *palmachnik* sucio y barbudo.

—Se lo he traído para que sepan que han penetrado —le dijo la enfermera—. Estamos salvados.

Desbordante de esperanza, la muchacha abrazó el cuerpo destrozado de su novio para hacerlo partícipe de su alegría.

Más para Emmanuel Medav, el socorro llegaba demasiado tarde. Acababa de

morir.

Con la vía libre, Motke Gazit recibió la orden de hacer entrar en el viejo barrio a sus ochenta civiles. Tuvo su trabajo para reagruparlos. También ellos se habían dormido, y Gazit debió buscarlos uno a uno entre las losas de las sepulturas del cementerio armenio. Inclinados bajo sus pesos, grotescamente tocados con sus cascos de *marines*, se pusieron en camino hacia la parcela de tierra más sagrada y amenazada de Israel. Al llegar a la puerta de Sión, algunos se negaron a ir más lejos, pretextando que eran hijos únicos y, por tanto, exentos del servicio en el frente. Una ráfaga de metralleta por encima de sus cabezas los persuadió a continuar.

Cuando Moshe Russnak, el jefe de los defensores del viejo barrio, vio entrar a Motke Gazit en su puesto de mando, le dijo:

—¡Al fin está usted aquí! ¡Ahora puedo ir a dormir!

Era un lujo que no conocía desde hacía cinco días. Su ayudante hizo otro tanto. Los dos hombres se durmieron tan profundamente, que Gazit fue incapaz de despertarlos cuando llegó la peor noticia de aquella animada madrugada. El comando del «Palmach» abandonaba ya el viejo barrio, para replegarse a la ciudad nueva.

Uzi Narkis resolvió tomar esta decisión tras una dramática lucha con su conciencia. Temía que sus hombres, agotados por aquella noche de esfuerzos, no fuesen ya capaces de aguantar el menor contraataque de los legionarios. Ya sólo mantener la puerta de Sión equivalía a la posibilidad de «muchos reproches y muchos muertos». Culpaba a Shaltiel de no haber sabido —o querido— enviarle auténticos soldados para defender aquella abertura hacia el viejo barrio.

Jerusalén iba a pagar la falta de coordinación y las rivalidades entre sus defensores: el «Palmach» y la «Haganah».

Titubeantes, huraños, los *palmachniks* se retiraron con las primeras luces del alba. Una vez más el barrio judío se hallaba en estado de sitio. Tendrían que transcurrir casi veinte años antes de que un soldado judío pudiera de nuevo franquear esas murallas, «sintiendo remordimiento por toda una generación», como diría David Eleazar, uno de los hombres que las atravesaron aquella noche.[23]

37

«NAOMI, ¡TU MARIDO HA SALVADO A JERUSALÉN!»

—¡*Efta el Nar*! (¡Fuego!).

El estruendo de la artillería árabe quebró el silencio de las colinas de Judea. Los cañones del capitán Ma'ayteh se desataban de nuevo sobre Jerusalén, esta vez para abrir a la Legión Árabe el camino hacia la ciudad. Con los motores en marcha, una columna de autocañones aguardaba en la oscuridad. Detrás, en sus camiones y *half-tracks,* los infantes del teniente Whalid Salam aguardaban impacientemente la orden de marcha. Salam, un beduino originario de Irak, solicitó el honor de que su compañía atacara en cabeza. Era el momento más memorable de la vida del joven Oficial. Iba a entrar por primera vez en la Ciudad Santa de Jerusalén.

Aplicando al pié de la letra las lecciones de sus instructores británicos, Ma'ayteh alargó progresivamente el tiro. Los obuses de sus cañones pronto cayeron sobre Mea Shearim, el barrio de los judíos piadosos y practicantes estrictos. Los morteros de 75 mm añadieron sus rugidos a continuación, y las calles se llenaron de gente aterrorizada. Sacados de sus camas por el cañoneo, corrían desesperadamente a la búsqueda de un refugio, o huían hacia el centro de la ciudad. Un terrible rumor corría ya de calle en calle: «Llega la Legión Árabe». Los habitantes del barrio no eran los únicos en ser presas del pánico. Sobrecogidos por el bombardeo, los soldados del «Irgún» que defendían los edificios de la Escuela de Policía, a la entrada de Sheij Jerrah, huyeron también.

El machaqueo del capitán Ma'ayteh se detuvo a las cuatro y medio de la mañana. Era el momento en que el último *palmachnik* abandonaba el barrio judío de la ciudad vieja. El mayor Bob Slade lanzó entonces a sus beduinos hacia Jerusalén. Desde el tejado de «Radio Palestina», desde donde había disparado toda la noche con su ametralladora checa, el hijo del rabino neoyorquino Carmi Charny los vio aparecer en la penumbra del amanecer. Tuvo un estremecimiento. Los autocañones rodaban majestuosamente hacia el corazón de Jerusalén «como si desfilaran».

Desde el tejado de Tipat Chalav, la lechería de Mea Shearim donde instaló su puesto de mando, Isaac Levi —el judío que cinco días antes expulsara a los árabes de Sheij Jerrah— también seguía la progresión de los blindados árabes. Una escena infinitamente más angustiosa atrajo su atención: dos autocañones bombardeaban la Escuela de Policía, provocando el desconcierto de los últimos hombres del «Irgún» que la defendían.

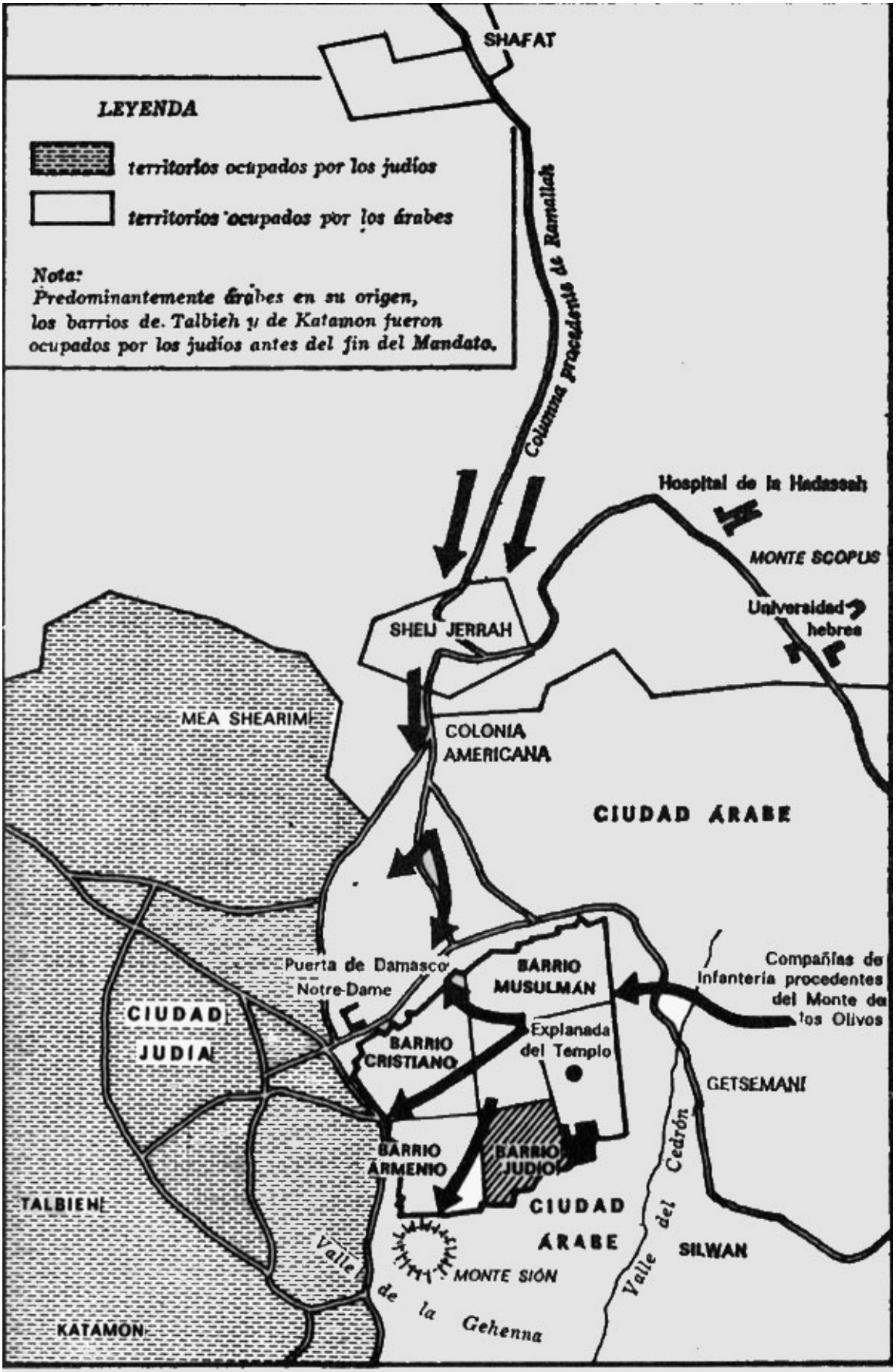
Sabiendo que esta deserción dejaba repentinamente sin defensa todo el norte de la ciudad, Levi desenfundó su revólver y se precipitó sobre los fugitivos. Bajo su amenaza, algunos regresaron a su puesto. Luego pidió a Shaltiel que le enviara urgentemente a Josef Nevo y su fuerza blindada.

Todavía mutilados por la batalla de la puerta de Jafa, los artefactos surcaron las calles de Mea Shearim en una estruendosa cabalgata. El joven esposo más desgraciado de Jerusalén acababa de hacer pintar a toda prisa en sus blindados la estrella de seis puntas del nuevo ejército de Israel. Esperaba que su aparición volvería a tranquilizar a los habitantes. A su vez, subió al tejado de Tipat Chalav para ver la progresión de los autocañones de la Legión Árabe. Observando su avance con sus prismáticos, sintió acelerarse los latidos de su corazón. «Si continúan avanzando como ahora —pensó—, estarán en Sión en menos de una hora». En los límites del barrio no había nada para detenerlos, exceptuando una frágil línea de postes mineros. Los autocañones caerían en la ciudad judía «como un cuchillo en una pastilla de mantequilla». La Legión Árabe gozaba de tal reputación entre los judíos, que una penetración tan rápida sólo podría confirmar los peores temores de la población y provocar una verdadera psicosis de derrota. Un detalle atrajo, sin embargo, la atención de Josef Nevo. Le pareció que la fuerza enemiga violaba una de las reglas esenciales de la táctica militar británica. Contrariamente a lo que él mismo aprendió en el Ejército inglés, la infantería seguía a los blindados en vez de precederles. Eso sólo podía significar dos cosas, pensó: o los oficiales británicos de la Legión Árabe temían exponer a los infantes beduinos, o bien creían que la «Haganah» no poseía armas anticarro.

Pero Josef Nevo estaba convencido de que la suerte de Jerusalén iba, en realidad, a depender de la observancia de otro principio de la táctica británica: el que decía que las tropas consolidasen sus primeras conquistas antes de proseguir su avance. Si los legionarios lo respetaban y aseguraban sus posiciones en Sheij Jerrah antes de ir más lejos, la «Haganah» dispondría de varias horas para organizar una prematura defensa y salvar, posiblemente, a Jerusalén. En caso contrario, Nevo no podría detenerles, y toda la nueva Jerusalén les estaría abierta. El joven oficial telefoneó a Shaltiel para informarle de sus conclusiones. La respuesta del comandante en jefe fue inmediata. Le nombró jefe del sector.

—Detenga a la Legión —le ordenó.

Nevo escogió por ayudante, entre los desamparados oficiales del puesto de mando, al que le pareció más enérgico, y envió a los demás a sus puestos de combate. Luego recorrió el barrio para hacer balance de las escasas fuerzas con las que debía impedir un desastre.



ENTRADA DE LA LEGIÓN ÁRABE EN JERUSALÉN
(18-20 de mayo de 1948)

A trescientos metros de Mea Shearim, en el jardín de un seminario americano

donde estaba emboscado, el profesor Baghet Abu Garbieh, el jefe árabe cuya resistencia inquietó realmente a la «Haganah» en ese sector, se preguntaba de qué bando procedían los obuses que caían en torno a él. Descubrió entonces la imponente columna de blindados árabes que se dirigía hacia la ciudad. Lanzó un grito de satisfacción. Luego, sus ojos, pesados de fatiga, repararon en una rosa. El feroz guerrero árabe la recogió y la colocó con precaución en el cañón de su metralleta. El destino de Jerusalén, pensó con alivio, reposaba ahora en manos mejor armadas que las suyas.

Descubriendo los tejados de Jerusalén, el teniente beduino Whalid Salam se arrodilló y besó tres veces la tierra, dando las gracias fervorosamente a su Dios único y misericordioso. Idéntica corriente mística atravesó a sus hombres. La Ciudad Santa les atraía como un imán. Conducida por el mayor Slade, toda la columna aceleró. Se detuvo solamente dos veces, el tiempo necesario para que la artillería volara dos barricadas anticarro.

Tranquilizado por la desbandada de los defensores de la Escuela de Policía, Slade estaba confiado. «Estamos a punto de tener una hermosa batallita», pensó placenteramente. En la primera curva en Sheij Jerrah encontró, sin embargo, una gran barricada de piedras, maderos y alambradas. El inglés saltó a tierra para ayudar a sus beduinos a desmantelarla. Una explosión pareció entonces abrir el suelo bajo sus pies. Un obús de uno de sus morteros cayó demasiado cerca. Con la espalda acribillada por la metralla, Slade se desvaneció. Tras él, el cuerpo vuelto hacia Jerusalén, otro oficial yacía muerto. El teniente Whalid Salam no conocería la ciudad que enardeció sus sueños de niño en los desiertos del Irak.

Desde un tejado de Mea Shearim, Josef Nevo vio con estupefacción cómo se inmovilizaba la columna árabe para después regresar hacia las colinas de donde había venido, tal como si se hubiera desorganizado súbitamente. La brutal desaparición de dos de sus principales oficiales detenía de golpe el impetuoso, ataque de la Legión Árabe. Esa retirada inesperada daba a Josef Nevo la oportunidad que no creía tener: tiempo.

En la calle de los Judíos en la ciudad vieja, un soldado de la «Haganah» levantó prudentemente la cabeza por encima de su trinchera para observar la puerta de Sión. Creyó distinguir dos *keffiehs* rojos y blancos en las almenas de la torre.

—¡Eh, muchachos! —se asombró mostrando la torre a sus camaradas—, ¿están los árabes allá arriba?

Como la mayoría de los defensores del viejo barrio, el soldado Pinchas *el Fuerte* ignoraba que el comando del «Palmach» procedente del exterior hubiera partido tras su penetración. El silbido de una bala por encima de su cabeza le llevó la respuesta. Eran árabes. Curada su herida, el capitán Mahmud Mussa regresó al amanecer a la ciudad vieja con el resto de su compañía. Ordenó, en principio, a sus legionarios que

volvieran a ocupar la puerta de Sión y que acentuaran su presión sobre todo el barrio. Pinchas el Fuerte y sus compañeros pronto debieron replegarse tras una barricada de sacos terreros que obstruía la calle de los Judíos. Refuerzos llamados a toda prisa se apostaron en los porches, tiendas, en los tejados, para intentar detener el avance de los legionarios. Corriendo como gatos por entre los disparos, los niños judíos acudían con montones de granadas fabricadas por Leah Wultz, la esposa del violinista que confeccionaba los detonadores. Desde los tejados y terrazas, otros niños indicaban a los tiradores los blancos enemigos. Sus agudas voces estriaban el crepitar de las balas como los gritos de las gaviotas en el estruendo del oleaje.

Motke Gazit, al que la retira a precipitada del «Palmach» dejó en el barrio con su tropa de civiles, corrió también hasta la calle de los Judíos. Sorprendidos por esa feroz resistencia, los legionarios se vieron obligados a aflojar su presión y retrocedieron. Deseando observar su repliegue, Gazit se encaramó al tejado de un Talmud Torá: una de las innumerables escuelas religiosas del barrio. Cuando alcanzaba el tejado, oyó gritar a una mujer:

—¡Atención!

Demasiado tarde. Una bala le hirió en pleno pecho. Vio manar un chorro de sangre y se derrumbó. Antes de perder el conocimiento, un pensamiento muy sencillo le inundó el espíritu: ¿era ése el último instante de su vida, o iba a despertar en la cama de un hospital?

Al otro lado de las murallas, en una habitación de la ciudad nueva, las mil piezas de una ametralladora checa estaban esparcidas sobre una cama. Como soldado disciplinado, el hijo del rabino neoyorquino Carmi Charny la desmontó tras una noche de disparos. Se aprestaba a limpiarla cuando le llamó una voz.

—Lleva rápidamente tu ametralladora a Mea Shearim; la Legión Árabe va a atacar —le gritaron.

Charny intentó, en vano, encontrar los gestos del especialista que le ayudó a montar el artefacto la tarde anterior. A cada instante, los golpes a su puerta le apremiaban a apresurarse. Confesando su fracaso, acabó por abrir su puerta y reclamó, una nueva vez, la ayuda del antiguo armero del Ejército Rojo.

Josef Nevo sabía que no disponía de los efectivos necesarios para mantener un frente continuo en torno a Mea Shearim, y esa ametralladora le era indispensable. El joven oficial lo arriesgó todo en una hipótesis. Apostó a que la Legión Árabe atacaría aún por el mismo orden: los blindados primero, y, a continuación, la infantería. Preparó, por consiguiente, a sus fuerzas para el asalto de los autocañones. Los vehículos sólo disponían de dos ejes de posible penetración. Uno pasaba ante la Escuela de Policía, al norte de Mea Shearim. Era el camino más corto para descender a continuación hacia el centro de la Jerusalén judía. El otro, tras la travesía de Sheij Jerrah, torcía en dirección a Mea Shearim por una larga avenida que franqueaba la

encrucijada de la casa Mandelbaum. Por allá, creía Nevo, llevaría la Legión Árabe el esfuerzo principal de sus blindados. En consecuencia, repartió sus fuerzas en esos dos ejes, agrupando todas sus armas anticarro frente a la casa Mandelbaum. Dejaba el centro virtualmente sin protección.

La encrucijada Mandelbaum estaba sostenida por los jóvenes soldados del «Gadna», que celebraron el último sábado, entre los disparos, en su punto de apoyo transformado en sinagoga improvisada. Su jefe, Jacob Ben Ur, les apostó ante todas las aberturas del segundo piso con sus provisiones de cócteles Molotov. Cuando cayera la noche, Nevo emboscaría a su alrededor a lo mejor de sus deshechas fuerzas: sus dos autoametralladoras, dos bazookas y su único «David-ka». Hizo minar los edificios a fin de interceptar la avenida con sus escombros y cortar toda retirada a los primeros autocañones.

Sólo le quedaban dos autoametralladoras para guardar la otra vía de acceso. Caso de que los blindados la eligieran, sus servidores deberían «salir del apuro aguantando solos». Guardaba en reserva a Carmi Charny y su ametralladora checa —montada al fin—, y los utilizaría una vez revelados los objetivos de la Legión Árabe.

Hacia medianoche, terminados sus preparativos, Josef Nevo reunió a sus hombres a la luz de las velas en el sótano de su puesto de mando y les expuso sus planes para la batalla del día siguiente. Se abstuvo, sin embargo, de confiarles sus temores: si la Legión Árabe lanzaba su infantería por el centro de su dispositivo, o si atacaba al mismo tiempo sobre los dos ejes, no podría detenerla. Escuchándole dar sus últimas instrucciones, Charny se maravilló de la calma y tranquilidad del joven oficial. Pese a ello, recuerda que «aquella noche reinaba allá una atmósfera de angustia». Se dijo que el aire tranquilo de Nevo debía ser «la calma de la desesperación».

Los morteros del capitán Ma'ayteh volvieron a machacar sistemáticamente Mea Shearim mucho antes de las primeras luces del alba. Los habitantes, que regresaron a sus casas la víspera, tras la tranquilizadora aparición de las dos autoametralladoras judías, fueron de nuevo presas del pánico. Algunos huyeron sin esperar siquiera al día. En el sótano de su puesto de mando, donde intentó dormir algunas horas, Nevo fue despertado por la primera explosión. La tregua que le ofreció la Legión Árabe había terminado.

En las alturas que dominaban Mea Shearim, el mayor John Buchanan, que sustituyó a Slade tras ser herido éste, reunía a sus beduinos para lanzarles una vez más sobre la ciudad. En el autocañón de cabeza, el teniente Mohamed Neguib hervía de impaciencia. Observador de artillería, era esperado urgentemente en el centro de la ciudad para regular los tiros árabes. Su conductor, Mohamed Abdullah, compartía su impaciencia. Aunque jamás había estado en Jerusalén, estaba seguro de encontrar el camino. Tras la curva cerrada de Sheij Jerrah, sabía que debía enfilar derecho hacia la puerta de Damasco y las murallas.

Josef Nevo contemplaba los autocañones que descendían tranquilamente hacia Sheij Jerrah, «como si quisieran tomar todo su tiempo». «Intentan darnos miedo —pensó—. Se creen invencibles».

Auténtico terror fue lo que sintieron los treinta soldados dejados en reserva en su puesto de mando ante la aproximación de los blindados árabes. Algunos temblaban de tal forma, que ni siquiera podían levantarse. Todos se negaron a abandonar su refugio.

Nevo desenfundó su revólver.

—¡Salid de aquí antes de que cuente tres, o disparo! —dijo apuntando su arma contra el primero de ellos.

Cuando todos estuvieron fuera, Nevo los puso firmes y les arengó. Como para darse ánimos, entonaron la *Hatikvah*. Temblorosas al principio, las voces pronto fueron confiadas y Nevo pudo conducir a su pequeña tropa hacia las posiciones de combate.

Instantes después, estaba de regreso.

—¡Ahora te toca a ti! —le dijo a Charny.

El joven americano sintió encogerse los músculos. Con su pesada ametralladora a la espalda, el hijo del rabino neoyorquino seguía a su jefe. Detrás de él, dos compañeros llevaban las cintas de balas. Nevo sabía ahora que la Legión Árabe no atacaría en el eje donde tan sólo apostara dos ametralladoras. Quería, sin embargo, intentar interceptar los blindados antes de que se empeñaran en el otro eje. Condujo a Carmi Charny y a sus dos sirvientes a un terreno colindante al camino por donde desembocarían los autocañones color de arena.

—Arrastraos tan lejos como podáis y tumbaos —les dijo—. Cuando lleguen, disparad como locos. Es necesario que imaginen que tenéis todas las municiones del mundo.

Charny intentó no pensar. Tenía miedo, y cada uno de sus movimientos le exigía un inmenso esfuerzo de voluntad. Se detuvo para reponer el aliento en el cercado de alambradas que señalaba la entrada a la parte más expuesta del terreno.

—¡Adelante de nuevo! —gritó Nevo.

Charny continuó arrastrándose. Puso, al fin, el cañón de su arma sobre una piedra. Gruesas gotas de sudor le recorrían la espalda e inundaban las palmas de sus manos. Su respiración era jadeante. Todos sus sueños de niño judío se confundían en la enorme pesadilla que era la sensación de encontrarse bruscamente en una especie de tierra de nadie entre la vida y la nada. Las balas silbaban por encima de su cabeza y oyó un gemido detrás de él. Se volvió. Uno de sus compañeros estaba tumbado sobre la espalda, con la boca abierta y la cabeza hendida como por el cuchillo de un carnicero.

Esta muerte tuvo un efecto inesperado sobre el irreprimible miedo del joven judío

americano. «Eso es —pensó— lo peor que puede llegar». De repente, se sintió tranquilo y relajado. Ya no tenía miedo.

Entonces, aparecieron dos autocañones árabes. Estaban tan próximos y su marcha era tan lenta, que Charny distinguía la marca de fábrica escrita en los neumáticos. Tal como le había ordenado Nevo, disparó una larga ráfaga. «Con una lucidez total y fanática», veía sus balas estrellarse contra el blindaje y los neumáticos.

Otros judíos veían, en el mismo instante, perfilarse los autocañones. En el segundo piso de la casa Mandelbaum, uno de los muchachos del «Gadna» gritó:

—¡Allá están!

Los jóvenes combatientes que rezaron seis días antes para que la paz descendiera sobre Jerusalén, empuñaron sus cócteles Molotov. Su jefe, Jacob Ben Ur, contaba uno a uno los blindados. Con terror creciente, los muchachos repetían cada cifra.

—¿Cuántos proyectiles hay para el bazooka de la planta baja? —preguntó uno de ellos cuando la cuenta sobrepasó los diez.

—Tres —respondió alguien.

—¡No, siete! —rectificó otro.

Sólo hubo un breve suspiro de alivio: Ben Ur reveló que había, al menos, diecisiete autocañones en la carretera de Sheij Jerrah.

Justo en la esquina de la casa Mandelbaum, Mishka Rabinovich, un judío ruso que sirvió en el Ejército británico, estaba agazapado con un bazooka detrás de un montón de piedras frente a la avenida San Jorge. Disponía de siete proyectiles, pero la «Haganah» carecía, aquella mañana, de uno de sus principales triunfos: la precisión de tiro de su mejor artillero. Varios días antes, la prematura explosión de un obús de «Davidka» arrancó una parte de la mano derecha de Rabinovich. Debió huir del hospital para acudir a la llamada de Nevo.

Privado de poder maniobrar él mismo el bazooka, intentaría, al menos, dirigir el tiro. Ordenó al joven polaco que dispararía en su lugar, que lo apuntara hacia un indicador que señalaba: «Jerusalén, 1 kilómetro». Luego precisó:

—Cuando el primer autocañón te oculte el indicador, dispara.

Desde el tejado de su puesto de mando, Nevo observaba la «lenta y majestuosa columna, tan segura de su poderío». Un autocañón apareció en la bifurcación en el extremo de la avenida San Jorge. Pareció dudar. En vez de continuar recto hacia la puerta de Damasco, torció finalmente hacia la derecha, a la avenida. Nevo sintió un nudo en su garganta. El blindado se dirigía hacia su trampa. En su prisa por penetrar en la Ciudad Santa, el conductor de Mohamed Neguib, el observador de artillería árabe, acababa de equivocarse de camino. Su error tendría graves consecuencias.

La potente columna de blindados árabes no conquistaría, en efecto, aquella mañana la menor parcela de la Jerusalén judía. El mayor Buchanan ordenó a sus soldados beduinos alcanzar solamente la puerta de Damasco para establecer su unión

con las fuerzas de Abdullah Tell que ocupaban las murallas de la ciudad vieja.

Viendo aproximarse al autocañón, Rabinovich tuvo una sensación de euforia. «Soy un portero de fútbol el día de un campeonato del mundo», se dijo. Contuvo su respiración. A su lado, el joven polaco presionó el gatillo. El proyectil salió. Alcanzado como por un latigazo, el autocañón rué proyectado contra la cuneta de la avenida. «Aquello fue entonces el infierno», recuerda Nevo. El error de itinerario del conductor desencadenó la acción que esperaba el oficial judío, pero que no entraba en los planes árabes. Media docena de blindados aparecieron en ayuda del autocañón tocado. El teniente Neguib yacía, muerto, en el fondo de la torreta. Su conductor iba también a pagar su error. Desde la ventana de un hotel vecino, el periodista inglés Eric Downtown lo vio izarse fuera de su escotilla, grotesco enano con las piernas reducidas a jirones sanguinolentos, para expirar instantes después sobre los adoquines de la avenida.

Desde su autoametralladora «Daimler» robada a los ocupantes británicos, el judío Reuven Tamir también vio llegar la jauría. Sólo después de haber disparado su tercer obús pudo lanzar un rugido de alegría. Las llamas envolvían, finalmente, la torreta del segundo blindado árabe.

Una batalla encarnizada estalló en torno a la casa Mandelbaum. La infantería árabe se lanzó hacia delante. Cuando los *keffiehs* blancos y rojos llegaron al pie de su edificio, los jóvenes del «Gadna» tiraron los cócteles Molotov que les quedaban. Por una de las ventanas, su jefe, Jacob Ben Ur, descargó su único fusil ametrallador. Apostada detrás de otra abertura, su novia, Sarah Milstein, hija de una de las familias más religiosas del barrio, vio aparecer a un legionario en el punto de mira de su fusil. Jamás había utilizado un arma: era enfermera. «No puedo matarle», se dijo. Apuntó su fusil a la acera, a los pies del legionario. El árabe dio media vuelta. Aliviada, dejó su fusil.

Sorprendidos por la aspereza de la resistencia, los beduinos aflojaron pronto su presión. Se retiraron para reagruparse y proseguir su avance hacia su objetivo real: la puerta de Damasco. Cuando los autocañones rescatados comenzaron a dar media vuelta, salieron gritos de alegría de todas las ventanas de la casa Mandelbaum.

Aunque las minas que debieron hacer saltar las casas y encerrar en la trampa a los asaltantes no hubiesen funcionado, Josef Nevo vio también partir con alivio al enemigo. La potente fuerza blindada de Glubb Pachá dejaba tres restos tras de sí.

El anuncio de esta victoria se extendió en escasos minutos por toda la Jerusalén judía. Su importancia psicológica era incalculable. Un puñado de muchachos hizo desandar el camino al enemigo más temido por los judíos: los blindados de la Legión Árabe. Ese éxito reanimaba los desfallecientes ánimos y devolvía a los judíos una confianza que sería preciosa durante las jornadas sucesivas. Nada podía describir mejor su impacto como la forma en que lo supo la joven esposa de Josef Nevo. Una

de sus amigas corrió a su casa llorando de alegría.

—¡Naomi, Naomi —gritó arrojándose en sus brazos—, tu marido ha salvado a Jerusalén!

38

«UN TESTIGO SONORO Y COLOSAL»

Las explosiones se multiplicaban. Olvidando el fracaso de sus blindados, la Legión Árabe machacaba el centro de la Jerusalén judía. Sus obuses se acercaban ahora al imponente edificio de la «Agencia Judía», donde Dov Joseph reunió a sus colaboradores.

Indiferente al estruendo que estremecía los cristales y paredes, el responsable del aprovisionamiento de Jerusalén proseguía tranquilamente su exposición.

—La ociosidad engendra fatalmente la desmoralización —declaró—. Debemos absolutamente inducir a la población a llevar una vida lo más normal posible.

Era preciso que los habitantes continuasen yendo a sus despachos, a sus asuntos, a sus ocupaciones habituales.

Aunque Jerusalén fuese, en adelante, sometida a un cotidiano bombardeo y nadie tuviera nada más que vender, Dov Joseph decretó que los supermercados debían permanecer abiertos todos los días hasta las dieciséis horas. Asimismo, decidió la publicación de un boletín diario, que informaría a la población de los acontecimientos esenciales. Se llamaba *La voz del defensor*.

El mismo Dov Joseph era el ejemplo más convincente de la posibilidad de llevar una existencia aparentemente normal. Elegantes gemelos seguían ornando sus camisas, sus zapatos estaban relucientes, y su nudo de corbata tan cuidadosamente ajustado como antes. Únicamente el pobre aspecto de su camisa traicionaba la terrible falta de agua que afligía a los judíos de Jerusalén.

Exigente, tenaz, duro en ocasiones, apasionadamente entregado a su tarea, Dov Joseph sabía, en aquellas horas dramáticas, inspirar confianza y respeto. «Era un hombre que ponía a Jerusalén por encima de todo», diría uno de sus colaboradores.

Nada se le escapaba. Si un conductor de camión reclamaba quince litros de gasolina, quería saber por qué. Si en una hornada de panadería faltaban diez panecillos, ordenaba una encuesta. Cada mañana, a las cuatro, telefoneaba a Jacob Picker, su comisario de abastecimientos, para saber qué estragos había causado la artillería árabe y hacerse comunicar la lista de víveres a distribuir en el día. Llegaba a su despacho antes que todo su equipo, por lo demás, de lo más restringido —un asistente y dos secretarias—. Era «terriblemente difícil seguirle», recordaría una de ellas. Jamás mostraba el menor signo de fatiga y no la toleraba en ninguno de sus colaboradores. Agotada, una de sus secretarias se derrumbó un día mientras él le

dictaba un informe.

—Señor Joseph —suplicó—, siento que me voy a desmayar si no me deja usted descansar un poco.

—Si le ocurre eso, la rociaré con agua fría y continuaremos —respondió.

Media hora después de la distribución diaria de las provisiones, recibía una serie de cifras, que él mismo transcribía en sus gráficos. Guardaba el estado de las reservas de provisiones de Jerusalén en una carpeta con tapas de color naranja encerrada en una cajón de su despacho. Para desalentar las indiscreciones, aquélla no llevaba ninguna mención aparente, y Dov Joseph montó toda la organización de forma que él era el único que conocía el estado real de la situación en conjunto. Se imponía un régimen tan estricto como el de sus colaboradores: dos rebanadas de pan con una pizca de confitura o de *halvah* y una sola taza de la bebida que la cantina de la «Agencia Judía» se obstinaba en llamar té. Su jornada de trabajo proseguía hasta medianoche, a la luz de una linterna.

La diversidad de sus tareas no le impedía entregarse a una ocupación que juzgaba esencial para la moral de la población. Regularmente, recorría a paso largo las calles de la ciudad para repetir a los angustiados habitantes: «*Yihyé Tov*: Todo irá bien». Donde, sin embargo, Dov Joseph mantenía las apariencias de una vida normal, era en el rito cotidiano de las comidas. Pero en los platos que les podía colocar ante ellos tres veces por día, los habitantes de Jerusalén —en aquel final de mayo de 1948— sólo hallaban una famélica ración: novecientas calorías por día, o sea, apenas doscientas calorías más que las que recibían los moribundos del campo de deportación nazi de Bergen-Belsen durante la Segunda Guerra Mundial.

Los bombardeos de la artillería árabe y la caza de provisiones constituían preocupaciones obsesivas. Con sus calles casi desiertas, la ciudad tenía, durante el día, aspecto de ciudad fantasma. La ausencia de fluido eléctrico convertía en siniestros los atardeceres. Para reducir a la vez los riesgos de los bombardeos y la evaporación, las distribuciones de agua se efectuaban en plena noche. Pese a esas precauciones, seis conductores de cisternas morirían alcanzados por obuses durante el asedio.

El mercado negro y el cambalache eran florecientes. Se encontraba de todo, incluso agua mineral a un precio astronómico, equivalente a doce francos franceses[24] el litro. El «Café Viena» cobijaba la principal bolsa de cambio en pleno centro de la ciudad. Los cigarrillos eran particularmente buscados. Sólo por uno de ellos era necesario, algunos días, dar medio panecillo o una lata de arenques.

En aquel mundo de hambre, los niños pudieron, sin embargo, satisfacer su gula. Habiéndose apoderado de un remanente de glucosa, Dov Joseph intentó hacerles olvidar la guerra distribuyendo bombones.

Carmi Charny, el hijo del rabino neoyorquino que disparara con su ametralladora

sobre los autocañones de la Legión Árabe, consideraba con satisfacción el espesor de los muros del edificio donde recibió la orden de emboscarse con los dos servidores de la ametralladora. Aquí, al menos, estaría a cubierto de los obuses.

Agotados por dos días de combates prácticamente ininterrumpidos, se tumbaron en el suelo para dormir un poco. Cuando se adormecía, Charny notó un olor extraño y delicioso insinuarse en sus narices, dándole un fuerte deseo de un dulzor que casi había olvidado que existía. Se abalanzó a la habitación vecina con sus camaradas. Asombrados, descubrieron que se hallaban en una fábrica de chocolate abandonada. Los tres muchachos se pusieron a rastrear los rincones más pequeños, pero sólo hallaron una decena de pedazos, tan duros y rancios, que ni siquiera las ratas se habían dignado tocarlos.

A varios centenares de metros de allá, otros tres miembros de la «Haganah» trepaban en la oscuridad persiguiendo otro tesoro, más real éste. Con los codos y rodillas ensangrentados, Josef Nevo, Mishka Rabinovich y Jacob Ben Ur, se acercaban a las tres masas sombrías inmovilizadas en medio de la avenida San Jorge. Con sus torretas repletas de municiones, sus cañones y sus aparatos de radio, los tres autocañones abandonados por la Legión Árabe representaban, para la «Haganah», una ganga inestimable, Nevo decidió remolcarlos hasta sus líneas. Reparados, doblarían de golpe toda su fuerza blindada.

Desde una ventana de la casa Mandelbaum, Sarah Milstein cubría al trío con el fusil ametrallador de su novio. Con la obsesión de los tiradores árabes, Rabinovich tenía ya la impresión de oír estallar su cráneo. Se arrastró hasta ponerse al abrigo de un montón de basuras. Su terror aún fue mayor: descubrió ante él, apuntando hacia el cielo, como un tronco de árbol en un bosque devastado por el fuego, la pierna de un cadáver. Eran los restos de uno de los legionarios caídos bajo los cócteles Molotov de los jóvenes del «Gadna». Recuperado de su estupor, pero convencido de que el yeso que mantenía su brazo herido le traicionaría bajo los reflejos de la luna, Rabinovich lo cubrió con cenizas antes de volver a ponerse en marcha. Ayudó entonces a Jacob Ben Ur a fijar una cuerda al eje del primer vehículo, y luego se deslizó por la escotilla del piloto para poner el cambio de marchas en punto muerto. Nevo hizo avanzar una de sus auto-ametralladoras para remolcar al autocañón árabe. El ingenio se desplazó suavemente hasta la casa Mandelbaum.

Varios minutos después, los tres hombres repitieron la operación con el segundo vehículo. En el mismo instante en que tiraban de él hacia sus líneas, el último autocañón codiciado se ponía en marcha en dirección opuesta. Mientras Josef Nevo y sus camaradas recuperaban en la noche los restos del adversario, a varias decenas de metros de ellos, el teniente Zaal Errhavel, de la Legión Árabe, intentaba —también él — salvar sus aparatos.

A tres mil kilómetros de Jerusalén, el destino del primer cazabombardero de la

aviación del Estado de Israel preocupaba aquella noche al judío Ehud Avriel.

Los alrededores de la pequeña ciudad checa de Zatec, en la región de los Sudetes —recientemente liberada de la ocupación alemana—, cobijaban su última hazaña. Pudo convencer a sus amigos checos de poner a su disposición un aeródromo completo para que los hombres, aviones y material de la fuerza aérea que debía salvar Israel pudieran partir en el tiempo deseado. Mientras Estados Unidos y la URSS se enzarzaban en la guerra fría, toda una base aérea, ampliamente controlada por pilotos judíos americanos, nacía detrás del telón de acero.

El jueves 20 de mayo señalaba, de cierta forma, la transformación oficial de la base checa de Zatec en aeródromo israelí. Desde hacía tres días, Ben Gurion presionaba a Avriel para que enviara a Israel los cazas «Messerschmitt». Los cielos del nuevo Estado judío pertenecían aún exclusivamente a la aviación egipcia, que bombardeaba Tel-Aviv todas las noches sin hallar la menor oposición. Dos días antes, una bomba alcanzó el depósito de autobuses, matando a cuarenta y una personas.

Llamados a toda prisa a París, los propietarios-pilotos del único aparato de la compañía de transporte «Ocean Trade Airways» observaban con inquietud los esfuerzos de los hombres de Avriel. Todo un equipo intentaba hacer pasar por la puerta de su «DC 4» el flete más insólito de su carrera: un fuselaje entero de «Messerschmitt 109». Seis semanas después de haber entregado a la «Haganah» su primer cargamento de armas checas, la tripulación de la «Ocean Trade Airways» iba a transportar el primer caza de la aviación israelí. Sin embargo, aquella misión estaba cerca de fracasar sobre la pista checa. Por cualquier lado que se le volviese, el «Messerschmitt» acababa siempre por encallarse en la puerta del «DC 4».

Torturado por la idea de que el precioso avión corría el riesgo de detenerse *in situ*, Avriel seguía angustiosamente las operaciones de carga. Maniobrando los gatos y las grúas con habilidad de artesanos, sus hombres entraron, sacaron, subieron y bajaron el fuselaje, hasta que, finalmente, penetró en el vientre del «DC 4», sin que nadie supiese exactamente cómo. Israelíes, checos y americanos, todos lanzaron idéntico grito de victoria. Luego llenaron el «DC 4» de bombas y balas de ametralladora, a fin de que el caza pudiera entrar en acción a partir de su llegada. Ezer Weizmann y Mordechai Hod subieron a burdo. Eran los primeros pilotos de caza de la aviación israelí. Dos mecánicos checos les acompañaban para montar el avión una vez estuvieran en Palestina. Avriel les vio, emocionadamente, desaparecer hacia el Sur.

Chispeantes en una mirada enérgica, los ojos del comandante Jacques Lafont escudriñaban el cielo a la búsqueda del «DC 4». Desde hacía cuatro meses, el aeródromo de Ajaccio, del cual era el director, servía de escala clandestina al tráfico aéreo judío. Tras haber repostado, el «DC 4» partió, tan discretamente como llegó, para la etapa final, tres mil kilómetros, sin otras posibles paradas que las prisiones griegas o las horcas árabes.

Ocho horas después, un recibimiento imprevisto le aguardaba por encima de la costa israelí. Disparada por los cañones «Hispano-Suiza» de «don José»[25] Arazi, una salva de obuses trazadores rodeó al aparato. Como Egipto era dueño, completamente, del cielo de Tel-Aviv, ningún artillero judío podía imaginar que el gran cuatrimotor que llegaba pudiese ser otra cosa más que árabe.

Zigzagueando entre las explosiones, el piloto picó hacia Akir, un antiguo terreno de la RAF próximo a la pista donde se posara la noche del 31 de marzo. Su suspiro de alivio a la vista del parpadeo de las balizas no tuvo, sin embargo, nada que ver con la alegría de haber escapado a los obuses judíos. Nadie estaba más impaciente por aterrizar que el piloto americano. Indiferente, por el momento, al papel que acababa de desempeñar trayendo a Israel las armas necesarias para su supervivencia, su espíritu estaba acaparado por el doloroso recuerdo que le había dejado una alegre parisiense. A los israelíes delirantes de alegría que se precipitaban para felicitarlo, les dirigió una súplica que ningún tratado de Historia consignaría:

—¡Rápido, vayan a buscar un médico! ¡Me hace falta una inyección de penicilina!

Los estibadores del puerto de Haifa miraban con sorpresa el montón que tomaba cuerpo en el muelle, y se preguntaban para qué podrían servir todos los cuévanos que acababan de descargar. El *Isgo*, fletado por Xiel Federman, acababa de atracar. Las dos docenas de *half-tracks* y los centenares de cuévanos que había traído constituían, con otros dos cargamentos de equipos y el «Messerschmitt» de Avriel, todo lo que la «Haganah» había recibido del exterior durante la primera semana de soberanía de Israel. Era menos de lo que había previsto David Ben Gurion en sus momentos más pesimistas. Hacer atravesar el Mediterráneo a importantes cantidades de armas se revelaba mucho más difícil de lo que había pensado. El conflicto que hacía estragos en aquella parte del mundo, desanimaba a armadores, aseguradores y capitanes de navío. Algunos países, como Estados Unidos, aplicaban, además, un embargo muy estricto sobre todas las entregas de armas a los beligerantes, lo que obligaba a los representantes de la «Haganah» a largos y arriesgados transbordos. Pese a los despachos cada vez más exigentes de Ben Gurion, todas esas dificultades se traducían en inquietantes retrasos en la entrega.

Los judíos, sin embargo, tenían la más urgente necesidad de esas armas. Pese a la tenacidad de su resistencia, el fiel de la balanza se inclinaba, inexorablemente, del lado árabe, superior por la potencia de fuego. Si la ofensiva de los ejércitos árabes no se asemejaba al «paseo» previsto hasta Tel-Aviv, éstos avanzaban por todos los frentes, y cada día de combate consumía a todo un batallón completo de las preciosas fuerzas judías.

Al Sur, donde sus efectivos eran demasiado poco numerosos en relación con el territorio a defender, los israelíes hacían frente a la situación más alarmante. De las

veintisiete colonias judías de aquella zona, solamente cinco poseían más de treinta defensores. La «Brigada del Negev», desplegada por encima de Berseba, sólo contaba con ochocientos hombres y, como única artillería, dos cañones de 20 mm y dos «Davidkas» con diez obuses.

Las fuerzas de invasión egipcias alineaban, por su parte, diez mil hombres, apoyados por una escuadrilla de cazabombarderos, un regimiento de carros pesados y otro de artillería, equipado con cañones de 88 mm.

Las columnas egipcias progresaban en dos ejes. La primera, esencialmente compuesta por voluntarios de la secta de los Hermanos Musulmanes y mandada por el coronel Abdel Aziz, se dirigían directamente sobre Jerusalén. Su vanguardia sobrepasó Hebrón el 21 de mayo. Al estar ahora en manos árabes los kibbutz de Kfar Etzion, no quedaba ni un solo combatiente judío antes de la colonia de Ramat Rachel, situada únicamente a tres kilómetros del centro de la nueva Jerusalén.

El general Muawi, comandante en jefe egipcio, conducía una segunda columna a lo largo de la costa. Tras el fracaso del teniente Mohamed Rafal ante el kibbutz que no figuraba en su mapa, decidió cambiar de táctica. En lugar de aniquilar una a una las colonias judías que encontrara, rodearía a la mayoría. Para detener la ofensiva egipcia en ese sector, los judíos sólo contaban con los dos mil setecientos hombres de la «Brigada Givati» del «Palmach», desprovistos de toda arma anticarro.

Al Norte, la situación de los judíos era igualmente preocupante. El ejército sirio se había apoderado de tres kibbutz y se preparaba a dar el asalto a otras dos colonias de una importancia estratégica extrema: Degania «A» y Degania «B». Aquella amenaza hizo atravesar a David Ben Gurion uno de los momentos más angustiosos de su existencia. El jefe de Degania «B», uno de sus más viejos amigos, fue hasta Tel-Aviv a suplicarle que le diera, al menos, un cañón para rechazar a los blindados sirios.

—No tenemos cañones —le respondió Ben Gurion, abrumado de tristeza—. Si tuviera uno, te lo daría. Quizá tenga uno mañana. Pero por ahora, es preciso que luchéis con lo que tengáis.

Ben Gurion sabía que, sin cañón, los colonos de Degania «B» estaban condenados a morir en un combate sin esperanza. Viendo partir a su amigo, fue presa de un terrible sentimiento de impotencia. Por primera vez en su vida de hombre, sintió que le caían lágrimas de desesperación.

En Jerusalén, si el éxito de los soldados judíos ante Mea Shearim salvó provisionalmente a la ciudad judía, nuevas amenazas asaltaban ya a sus defensores. Al Sur, los blindados egipcios alcanzaban Belén. Antesala de la tempestad que se preparaba, la artillería egipcia comenzaba a martillar, la tarde del viernes 21 de mayo, el kibbutz de Ramat Rachel, a las mismas puertas de la ciudad.

El segundo punto crítico seguía siendo el barrio judío de la ciudad vieja. Las

tropas beduinas del comandante Abdullah Tell estaban sólidamente establecidas en el interior de las murallas. Una banda de irregulares, reclutados y financiados por un comerciante transjordano, se reunió con ellos, así como un grupo de cincuenta guerrilleros, encuadrados por una decena de mercenarios alemanes, ingleses y yugoslavos, mandados por un ex teniente SS, llamado Robert Brandenburg. Además, Abdullah Tell podía contar con los dinamiteros de Fawzi el Kutub y varias decenas de partidarios de Hadj Amin.

Desde su llegada a la ciudad vieja, el joven comandante de la Legión Árabe se instaló en el puesto de mando de la escuela de la Raudah, de donde —cortés, pero firmemente— expulsó a los irregulares. En la pared del aula que le servía de despacho, Tell hizo colgar un gigantesco plano de la ciudad vieja, en el cual figuraban todos los edificios. Una hilera de alfileres de cabeza roja —indicadora de las posiciones de sus hombres— rodeaba el barrio judío. Decidió sustituir los asaltos desordenados de los irregulares por una presión metódica y continua de sus fuerzas sobre todo el perímetro, hasta que todo el barrio sólo fuese «una almendra en las tenazas de un cascanueces». A medida que caían los puntos de apoyo judíos, ordenaba la destrucción de los mismos, impidiendo así al adversario regresar a ellos y reduciendo progresivamente su territorio. No tenía, en modo alguno, la intención de apresurarse. Su estrategia revelaba una primordial consideración: proteger, la vida de sus beduinos.

Moshe Russnak, el joven comandante judío del barrio, comprendió rápidamente la nueva táctica árabe. Lenta, pero inexorablemente, se vio rechazado cada vez más profundamente al centro de la zona que aún ocupaba. Los refuerzos que le enviara Shaltiel, tras la penetración del comando del «Palmach» se confirmaron como mezquinos combatientes. Algunos se refugiaron en las sinagogas con la población civil, y otros se negaron simplemente a combatir. Russnak debió rendirse a la evidencia. No había recibido ochenta soldados, sino ochenta bocas más que alimentar.

El tercer objetivo de las fuerzas árabes era el edificio más imponente de Jerusalén: los tres pisos de la enorme hostería de «Notre-Dame de France». Con sus quinientas cuarenta y seis celdas, ostentando cada una el nombre de un santo de Francia y el de un generoso donante francés, «Notre-Dame» era una verdadera colmena, una especie de «Hilton» para peregrinos, en pleno centro de Jerusalén. Más aún, sus grandes y graníticas alas recordaban soberbiamente que, si la Europa del siglo XIX estuvo ligada a la Ciudad Santa, la política y el interés no le eran enteramente extrañas.

La realización del edificio comenzó por una colecta organizada en el vapor que llevaba a los miembros de un «peregrinaje de la penitencia», llevado a cabo por los católicos franceses después de la guerra de 1870. «No se trata solamente de construir

un apeadero para nuestros peregrinos de Francia —subrayó el primer llamamiento—, sino de oponer a nuestros rivales un monumento nacional, muy vasto de proporciones y grandioso por su arquitectura, testimonio sonoro y colosal de nuestros afanes por Jerusalén y por todos los derechos seculares que allí poseemos». En cada parroquia de Francia, los católicos fueron exhortados a «dar un franco, a sacrificar un napoleón» para que Francia, en Jerusalén, «no sea ya más un nómada acampado bajo la tienda…, sino que esté, al igual que sus rivales, en un palacio suyo, y que posea intereses no solamente morales, sino también materiales».

La Virgen ofreciendo su hijo al cielo de Jerusalén, estatua de veintiséis toneladas, coronaba el edificio, masa de piedra única y majestuosa que dominaba los tres bulbos de la vecina iglesia rusa. A fin de que nadie se equivocara sobre la significación real de aquel edificio, el cónsul de Francia proclamó, sesenta años antes, en su discurso de inauguración: «He aquí un grandioso monumento a la gloria de la Francia católica, edificado allá donde Rusia nos ha aplastado bajo sus millones y sus construcciones». «Notre-Dame» iba a pagar toda aquella gloria en cada una de sus piedras.

Tras un furioso combate, la «Haganah» volvió a recuperar el edificio en la noche del 19 de mayo. Desde entonces estaba defendido por un pequeño contingente de jóvenes del «Gadna», apoyados por un equipo de la guardia territorial compuesto por médicos, abogados y comerciantes, muchos de los cuales debían iniciarse en el manejo de un fusil cerca de sus jóvenes camaradas de diecisiete años.

Para Sir John Glubb, «Notre-Dame de France» era el móvil principal en torno al cual gravitaba Jerusalén. Estaba convencido de que sus árabes no podrían penetrar en la ciudad nueva mientras el edificio estuviese en manos de los judíos. Los blindados que cayeron por error en la encerrona del edificio Mandelbaum habrían debido, precisamente, dirigirse al asalto de sus muros.

La toma de «Notre-Dame de France» permitiría al general inglés evaluar realmente sus probabilidades de conquistar la Jerusalén judía. Si sus beduinos conseguían apoderarse de él sin demasiadas pérdidas, podría lanzarles entonces a un combate callejero que le entregaría la ciudad nueva. Si no lo conseguía, debería encontrar otros medios para someter a la Jerusalén judía.

Al otro lado de la calle Solimán, casi frente a «Notre-Dame de France», otra institución francesa soportaba ya la prueba que John Glubb destinaba a la gran hostería. Sabiendo que los combatientes de ambos bandos habían abandonado su convento, cinco religiosas de la comunidad de las Hermanas Reparadoras de María, que huyeron en plena batalla el domingo de Pentecostés, regresaron a toda prisa con la esperanza de preservar su convento de nuevas destrucciones. Piadosa ilusión: distinguiendo siluetas en las habitaciones que creían vacías, los tiradores judíos y árabes creyeron que el edificio había sido tomado nuevamente por el adversario. Abrieron fuego.

Cogidas entré dos fuegos, las religiosas se refugiaron bajo las bóvedas de su capilla para rogar al Señor, que tanto había predicado la paz en aquellos lugares, que protegiera su santa casa, amenazada por la locura de los hombres. La superiora, madre Emerance, tuvo una inspiración: corrió a buscar una gran bandera pontificia amarilla y blanca y la desplegó en la fachada. Pero en vez de salvar su convento, esta iniciativa no hizo más que añadir confusiones. Ignorando la pacífica realidad que recubría aquel emblema, judíos y árabes quedaron convencidos que estaba destinada a reunir las tropas enemigas. Los disparos se intensificaron por ambas partes. Una ráfaga de balas incendiarias pronto comenzó a inflamar un ala del edificio. Amenazadas con ser presas del fuego, las religiosas intentaron entonces llamar la atención del personal del hospital francés, situado justo al otro lado de la calle. El director del establecimiento acabó por recibir sus llamadas de socorro. Desde hacía catorce años, el doctor René Bauer, alsaciano, aliviaba los sufrimientos de las habitantes de Jerusalén con tal devoción y competencia, que suscitaban el reconocimiento de las dos comunidades. Corrió a abrir la puerta de su establecimiento, y las religiosas pudieron precipitarse en su nuevo refugio. Pero sus sufrimientos no habían acabado. Desde una ventana del hospital, la madre Emerance vio, al día siguiente, que los soldados judíos se afanaban en tender un cable en el interior de su convento.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó, perpleja, la religiosa.

El doctor Bauer alzó los brazos al cielo.

—Quizás establecen un enlace telefónico con su puesto avanzado.

Desprovista de armas anticarro y de artillería, la «Haganah» intentaba obstruir la entrada de la Jerusalén judía a los blindados árabes. Bajo los ojos horrorizados de la madre Emerance, una terrorífica explosión hizo saltar una parte del convento de su piadosa comunidad, taponando la calle Solimán con un formidable alud de polvo y piedras.

David Ben Gurion veía con angustia la pila de telegramas que se amontonaban sobre la chapa de vidrio de su despacho. Durante todo el día había recibido apremiantes llamadas del frente que, para él, tenía todas las preferencias. El aprovisionamiento y las municiones de Jerusalén se agotaban, y la ciudad estaba amenazada por la Legión Árabe al Norte, y por los egipcios al Sur. David Shaltiel y Dov Joseph anunciaban que un desastre era inevitable si no se hallaba un medio de socorrer a la ciudad.

Ben Gurion estaba decidido a encontrar uno. «Sabía —diría más tarde— que si el pueblo de nuestro país veía caer a Jerusalén, perdería la confianza». Hasta entonces no había intervenido en un problema de estrategia militar. Sin embargo, aquella tarde, lo resolvió. Pese a la hora tardía, convocó a Yigael Yadin y a los principales responsables de la «Haganah».

Tres semanas antes, a la cabeza del convoy especial de Pascua, el viejo líder tuvo la ocasión de estudiar la naturaleza exacta del problema. Al igual que Glubb Pachá y Sir Alec Kirkbride, David Ben Gurion sabía que la llave de Jerusalén se encontraba en la encrucijada de Latrun. Desde que apareció el más temido de los ejércitos árabes, el peligro se agravó considerablemente. Ignoraba que los hombres del «Palmach» conquistaron, durante varias horas, aquellas alturas. Con un tono que no dejaba ninguna duda sobre la firmeza de su decisión, declaró a Yigael Yadin:

—Quiero que usted ocupe Latrun y que abra la carretera de Jerusalén.

El joven arqueólogo se irguió. Otros frentes tenían prioridad, aquella noche, sobre Jerusalén para el responsable de todas las operaciones del ejército judío. Si el kibbutz de Yad Mordechai caía en manos del enemigo, el avance egipcio amenazaría Tel-Aviv. Por otra parte, toda la Galilea parecía abierta a los sirios. «Si ejecutamos esta orden —pensó Yadin—, salvaremos nuestra capital, pero perderemos nuestro Estado». Estaba convencido de que Jerusalén podría aguantar. Antes de enviarle refuerzos era preciso, en primer lugar, frenar la progresión de egipcios y sirios.

—De todas formas —precisó para ganar tiempo—, es imposible apoderarse de Latrun mediante un ataque frontal. Necesitamos un período de preparación para atacar en tenaza, por los flancos.

El Estado Mayor —explicó— tiene en sus carpetas un plan de esta clase. Consistía en atacar hacia Ramallah, al Norte, y hacia Ramleh, al Sur. Latrun caería entonces como una fruta madura.

Ben Gurion insistió. Los plazos de tiempo reclamados por Yadin no correspondían al calendario de sus preocupaciones. Un violento enfrentamiento opuso a los dos hombres.

—Jerusalén no puede aguantar —repitió Ben Gurion—. Cuando hayamos tomado Latrun según su plan, ya no habrá Jerusalén que salvar.

Ben Gurion vio el rostro de su joven colaborador palidecer de cólera. Yadin abatió su puño con tal fuerza contra la mesa, que pulverizó la chapa de vidrio. Se limpió los cortes de su mano y miró fijamente al viejo líder. Era la primera vez que un oficial osaba hacer frente al hombre que, durante tantos años, fue el artífice de tantas de sus victorias.

—Escúcheme bien —dijo Yadin con una voz glacial que disimulaba mal su pasión—. Yo nací en Jerusalén. Mi esposa está en Jerusalén. Mis padres están allá. Todo lo que a usted le concierne de Jerusalén, a mí me liga mucho más aún. Debería estar de acuerdo con usted y enviar allí todas mis fuerzas. Pero esta noche no lo haré, porque estoy convencido de que pueden resistir con lo que se les ha dado, y porque necesitamos todos nuestros recursos para hacer frente a peligros mucho mayores aún.

Sorprendido por esa explosión inesperada, Ben Gurion se encogió de hombros, signo infalible de su inquebrantable determinación. Apartó los restos de vidrio de su

mesa, se apoltronó sólidamente en su butaca y miró tranquilamente a Yadin. Luego le repitió su orden, clara y sin apelación:

—¡Usted tomará Latrun!

39

NECESITAMOS A CADA UNO DE ELLOS

El cumplimiento de la orden de Ben Gurion fue confiado al flemático veterano de la «Haganah» a quien, dieciséis días antes, un enviado secreto de Glubb Pachá dejó entender que el jefe de la Legión Árabe deseaba una repartición pacífica de Palestina. Shlomo Shamir iba ahora a tomar la cabeza de la primera gran unidad constituida por el nuevo Estado de Israel, y conduciría al combate contra el ejército árabe del general inglés.

De treinta y tres años y de origen ruso, Shamir fue almacenero, impresor, dibujante, electricista y trotamundos, antes de dedicarse enteramente a la «Haganah». No era, pues, su experiencia en las filas del ejército clandestino judío, sino sus años de servicio en el Ejército británico, lo que impulsó a Ben Gurion a nombrarle comandante de una nueva brigada: la 7.ª Brigada de Israel.

Antes de probar sus capacidades contra los ejércitos árabes, Shamir debía cumplir una promesa que movilizaría todos sus recursos de astucia y de energía. Debía reclutar a los mil hombres de su brigada. La mitad de sus efectivos procederían de unidades ya existentes. El resto debería buscarse en los depósitos, servicios administrativos o, simplemente, como diría, «en las aceras de Tel-Aviv». Esta tarea le pareció tan ardua, y tan insuficientes las cuarenta y ocho horas de que disponía, que se preguntó si la puesta en pie de aquella 7.ª brigada no sería una empresa casi tan aventurada como la de «Moisés haciendo atravesar el mar Rojo a los hebreos».

Shamir comenzó por alquilar tres habitaciones en el «Hotel Bristol», en el centro de Tel-Aviv, para instalar allí una especie de cuartel general con los irrisorios subsidios que le otorgó el tesorero de la «Haganah». Luego envió ojeadores a través de todo el país y telefoneó él mismo a todas partes para intentar reunir algunos oficiales. La mayoría estaban ya ocupados, y debió buscar en lo más profundo de su memoria para encontrar los nombres de sus camaradas que tanto estimara durante la guerra.

El primero que le vino a la memoria fue el de un antiguo oficial de los «Guards» cuya tarea había terminado ya en Jerusalén. Llamado urgentemente a Tel-Aviv, Vivian Herzog acudió en «piper-cub» y se convirtió en jefe de operaciones. La atmósfera que descubrió Herzog en las habitaciones del «Hotel Bristol» se parecía bien poco a la que había conocido en las del C. G. británico. «Imperaba, a la vez, un aire de vacaciones y de caos —contaría—, donde muchachos sin graduación se

agolpaban para conseguir en dos días lo que los ingleses tardaron nueve meses en realizar».

Shamir consiguió, asimismo, echar mano de dos rusos para dirigir dos de sus batallones. Apasionado, discípulo de Clausevitz, que soñaba con poner en práctica sus teorías, Chaim Laskov, de veintinueve años, era un ex capitán de la «Brigada Judía». Coleccionando —cuando era niño— los botones de los uniformes de los soldados de Napoleón hallados en los lindes del Beresina, sintió su vocación militar. Especialista en blindados, protegió —seis semanas antes— el avance de los soldados empeñados en la «Operación Nachshon» desplegando sus autoametralladoras ante las prominencias de Latrun.

Hoy tomaba el mando de un antiguo batallón del «Palmach», cuyos cuadros desaparecieron todos para ir a sostener a sus camaradas que operaban en el Sur. Sus blindados sólo eran un amasijo heteróclito de una veintena de vehículos recubiertos a toda prisa con planchas de hierro, y una docena de *half-tracks* procedentes de los excedentes de guerra americanos que acababan de ser desembarcados del *Isgo*. En opinión de Laskov, ese «79.º Batallón Motorizado» no era más que una caricatura de unidad blindada. Los vehículos estaban desprovistos de ametralladora, municiones y radio. En cuanto a los conductores, no sabían conducir sin faros, y menos aún con las ventanillas cerradas. Algunos incluso ignoraban la presión del hinchado de sus neumáticos.

Más difícil aún parecía la tarea de Zvi Hurevitz, de veintinueve años, antiguo miembro de las escuadras especiales creadas para la guerrilla nocturna. El joven oficial descubrió que su batallón sólo existía, prácticamente, en la imaginación de sus inventores. Shamir le prometió, para formar el núcleo de su unidad, un centenar de cadetes de los diferentes pelotones a los que la «Haganah» se apresuraba a concluir su instrucción. Acompañado por un sargento, Hurevitz se dirigió a Tal Hashomer, un hospital de las afueras de Tel-Aviv, transformado en depósito de incorporación, para intentar recoger los mejores elementos. El lugar evocaba, recordaría, «un verdadero bazar oriental. Los jefes de brigada se arrancaban a los soldados como pedazos de pan, y era preciso luchar para que no quedara otra cosa más que las migajas».

Cuando hubo reunido un primer contingente, Hurevitz preguntó al comandante de la 7.ª Brigada de dónde procederían los demás.

—No tengo la menor idea —le respondió Shamir—. Quizá lo sepamos mañana.

En Jerusalén, la ofensiva de la Legión Árabe contra el barrio judío de la ciudad vieja se intensificaba. Para apoyarla, el comandante Abdulláh Tell dispuso a sus blindados y cañones anticarro en el monte de los Olivos. Más de doscientos obuses caían cada día sobre los tejados y callejuelas del barrio asediado. Una feroz batalla se desarrollaba de una casa a otra.

La sinagoga Nissan Bek fue el primer punto de apoyo importante atacado por los

legionarios. Desempeñaba un papel esencial en el dispositivo judío, y su pequeña guarnición se defendía con el encarnizamiento de la desesperación. Únicamente la visión de una escena desconcertante en aquel caos relajó por un instante el ardor de los combatientes: con el turbante en la cabeza, el cobrador árabe de alquileres recorría imperturbablemente las callejuelas judías para cobrar el alquiler de las casas pertenecientes a sus compatriotas.

Para contener el asalto, Moshe Russnak, el jefe judío del barrio, envió urgentemente hacia la sinagoga los refuerzos deducidos de las demás posiciones, ya tan débilmente sostenidas. La joven inglesa Esther Cailingold se deslizaba de puesto en puesto, a través de las balas, para llevar municiones, animar a los combatientes y cuidar a los heridos. Una muchacha de dieciséis años, Judith Jaharan, cambió su caja de apósitos por un fusil, para defender la esquina de la calle donde había nacido, cerca de la sinagoga.

Con su equipo de dinamiteros, Fawzi el Kutub acudió en ayuda de los soldados árabes, pero cada vez que uno de sus hombres se acercaba a la sinagoga, era abatido, y triunfales gritos brotaron de todas las casas judías del vecindario. Los muros del edificio eran tan espesos, que el bidón de veinticinco kilos de TNT que el mismo El Kutub consiguió colocar contra una de las paredes, sólo produjo grietas. Tras otras varias intentonas infructuosas, consiguió finalmente abrir un pasadizo en la fachada noroeste del edificio. Un grupo de legionarios pudo, amparándose en la nube de polvo y humo de la explosión, introducirse bajo la cúpula destrozada por los obuses. Una horda de irregulares se precipitó tras ellos, y todo Nissan Bek estuvo pronto en manos de los árabes. El Kutub sabía que los judíos no podían resignarse a perder su sinagoga. Antes que pudieran contraatacar con fuerza, resolvió destruirla. Corrió a buscar un barril lleno con cien kilos de TNT y lo colocó en medio de la nave, encendió la mecha y puso en lugar seguro a los legionarios e irregulares. Cinco minutos después, un terrorífico estruendo sacudió toda la ciudad vieja, y el noble edificio se desintegró en un alud estrepitoso. Cuando se disipó el humo. El Kutub creyó oír, en los vecinos puestos judíos, un murmullo doloroso. Pero pronto gritos de victoria, celebrando el asombroso valor de los soldados judíos, sucedieron a las lamentaciones. Detrás de la joven enfermera Judith Jaharan, contraatacaron y consiguieron arrebatar a los árabes las humeantes piedras de Nissan Bek. Encontraron entre las ruinas los cadáveres de varios irregulares, con los hombros cubiertos por mantos de oración, pergaminos de la Torá bajo su camisa y objetos de culto en los bolsillos.

La reconquista de la sinagoga no fue, sin embargo, más que un acto de heroísmo gratuito. Aquella misma tarde, los legionarios se apoderaron definitivamente del montón de escombros donde antes se alzara la gran construcción.

Les era necesario a los judíos algo más que valor para salvar su barrio. Por dos

veces, los defensores intentaron una penetración hacia la puerta de Sión. El fracaso los hundió en una especie de fatalismo. Aquella noche, dos de los más venerables rabinos del barrio dirigieron un llamamiento desesperado a sus cofrades de la ciudad nueva.

—Nuestra comunidad está a punto de perecer en una matanza. ¡Socorro! ¡Alertad a las más altas instituciones y al mundo entero! Que se venga a salvarnos.

Otro grito de angustia se extendió aquella misma noche a través de las calles de Beit Hakarem, pueblo natal de San Juan Bautista, al sudoeste de la ciudad nueva. Los centinelas que vigilaban los contornos de ese poblado judío se precipitaron de casa en casa para anunciar que el kibbutz de Ramat Rachel acababa de caer. Los egipcios estaban a seis kilómetros de Jerusalén.

En su camino, el coronel egipcio Abdel Aziz ocupó muchas localidades, pero se trataba de poblados que siempre habían sido árabes. Ramat Rachel era el primer objetivo realmente judío que conquistó. Tras veinte horas de un martilleo casi ininterrumpido, sus tropas se abatieron sobre las ruinas de la colonia, a la caída de la noche. Los rumores decían que ahora se dirigían hacia Beit Hakerem y al centro de Jerusalén.

Los jóvenes judíos llamaron a todos aquellos que tenían «dos brazos y dos piernas» para que acudieran urgentemente a construir barricadas. Mujeres con peinador y rizadores, hombres con pijama o con un pantalón puesto a toda prisa, y niños con camiseta y sandalias, todo Beit Hakerem estuvo pronto en la calle. Los ancianos apilaban bloques de piedra. Los niños de doce años se esforzaban por trasladar hasta las barricadas carretillas de materiales. Las mujeres fueron a rastrear la tierra de los campos para traer nuevas piedras en sus sacos de trabajo. Si Beit Hakerem debía afrontar un ejército árabe, sus habitantes decidieron dar ejemplo al resto de Jerusalén. Los árabes de Abdel Aziz iban a pagar allí cara la conquista de cada casa judía.

Lentamente, como un anciano resoplando, el viejo pesquero rescatado de un cementerio de restos de Brooklyn entraba en la majestuosa bahía. Construido hacía lustros para transportar ochocientos pasajeros de primera clase, los puentes y las crujías del *Kalanit* albergaban hoy dos mil hombres contemplando en un estupor silencioso el puerto de Haifa, y, al fondo, las laderas verdes del monte Carmelo. Era la coronación de numerosos años de sueños y el fin de un viaje, comenzado en alguna parte de la Europa central, siete, ocho o nueve años antes, en la estela de la invasión hitleriana. Algunos consiguieron refugiarse en los bosques donde, hasta la hora de la victoria, combatieron como bestias acorraladas junto a los partisanos. Otros, deportados a los campos de la muerte de la Alemania nazi, esperaron su liberación a las puertas de las cámaras de gas, donde perecieron seis millones de sus hermanos.

La victoria aliada, que tanto habían deseado, les hizo pasar de las alambradas de un campo a las de otro, y en los centros de reunión de personas desplazadas, la «Haganah» halló a la mayoría. Sionistas o no, ateos o creyentes, proletarios o burgueses, estaban animados por un mismo deseo de reunirse con sus hermanos emigrados, lejos de aquella Europa que los había entregado a sus verdugos nazis y que hoy los expulsaban como a parías.

La «Haganah» les ofreció esta posibilidad, pero no les prometió conducirles a Palestina más que para batirse. Tomados a cargo de las redes de emigración clandestinas, fueron conducidos secretamente a los centros de reunión, donde algunos recibieron una vaga instrucción militar. Luego fueron conducidos a los puertos de embarque. El más importante de los puntos de salida era el puerto francés de Sète. Varios de los hombres que aquella mañana se hallaban a bordo del *Kalanit*, habían ya partido varios meses antes en otro bajel igualmente repleto. Pero la proa del *Exodus* jamás hendió las aguas que bañaban el monte Carmelo. Su desgraciada carga humana fue rechazada hacia Europa, para ser de nuevo dispersada en los campos.

El 14 de mayo, aún en alta mar, los emigrantes del *Kalanit* lanzaron gritos triunfales al saber que el país, hacia el cual les transportaba su viejo paquebote había conquistado el derecho de recibirles abiertamente. No obstante, ninguna marcha militar, ningún discurso, ninguna alegre muchacha con un ramo de flores en el brazo les recibió en el puerto de Haifa. Desde lo alto de su navío, sólo distinguieron la hilera de autobuses amarillos que les aguardaban.

Matti Meged, el joven oficial de la «Haganah» que les acompañó desde Alemania o Rumanía, vio un vehículo remontar el muelle y oyó a alguien llamarle. Dos horas después, era introducido en un despacho de un edificio rosa frente al mar de Tel-Aviv. En un extremo de la habitación llena de gente reconoció, detrás de una mesa, la maraña de cabellos blancos inclinados sobre un papel que contenía la lista de pasajeros del *Kalanit*. Sin levantar la cabeza, Ben Gurion dijo:

—¿Cuántos son?

Una retahíla de preguntas cortas y precisas sobre los inmigrantes que él había conducido desde Europa se abatió sobre Meged, estupefacto. Ben Gurion quería saberlo todo: quiénes eran, de dónde venían, su edad y el entrenamiento militar que habían tenido. Luego, el anciano jefe levantó de repente la cabeza y miró fijamente a los ojos de Meged.

—¿Sabe usted por qué están aquí? —preguntó—. Porque les necesitamos.

—Pero ¿ahora mismo? —preguntó con inquietud el joven oficial.

Un poco asombrado por la cuestión, el dirigente judío miró fijamente a Meged.

—¡Eso no es asunto suyo! —le respondió.

Comprendiendo de repente que los hombres que él condujo a Israel deberían pagar su entrada en su nueva patria participando en una guerra para la que no habían

sido preparados, Meged suplicó a Ben Gurion que le concediera un plazo.

—No puede usted juzgar —le interrumpió Ben Gurion—. Usted ignora la gravedad de la situación.

Luego, tristemente, añadió:

—Necesitamos a cada uno de ellos.

Tal como predijo Shlomo Shamir, el día siguiente aportó al jefe de batallón Zvi Hurevitz los efectivos que le faltaban. A medida que descendían de los autobuses amarillos, el oficial judío examinaba los cuatrocientos cincuenta emigrantes del *Kalanit* que fueron conducidos directamente desde los muelles de Haifa al depósito de Tal Hashomer. Todos eran muy jóvenes. Los más bronceados eran los que habían pasado algún tiempo en los campos de detención británicos de Chipre. Los demás estaban pálidos o cenicientos. Apretaban en sus brazos todo lo que poseían: un saco de tela y una miserable maleta. Había polacos con ojos azules, húngaros, rumanos, checos, yugoslavos, búlgaros sombríos, rusos de rubios cabellos como la paja. Eran todos de una extrema delgadez, y un brillo furtivo en su mirada traicionaba un pasado de sufrimientos.

Hurevitz les alineó en el patio del hospital y decidió señalar su llegada a aquel nuevo campo con una atención a la que raramente tuvieron derecho en los precedentes. Les dio la bienvenida. Pero desde que comenzó su discurso, leyó en sus caras que su batallón era una torre de Babel, donde el hebreo parecía la única lengua desconocida.

Envió a buscar al sargento polaco que le servía de secretario e hizo traducir sus palabras en yiddish y en polaco.

—Sed bienvenidos a las filas del ejército de Israel —comenzó Hurevitz—. Aguardábamos vuestra llegada con impaciencia. El tiempo apremia y Jerusalén está en peligro. Vamos en su ayuda.

Cuando eran traducidas estas últimas palabras, Hurevitz sintió que le invadía un escalofrío de emoción. Los tristes rostros de aquellos rescatados de un pueblo condenado volvían de repente a la vida. De cada pecho brotaba un grito de alegría.

Repartió a los hombres en cuatro compañías y les hizo distribuir una especie de uniforme y un fusil. Aunque un tercio de ellos tuvieran ya algunas nociones rudimentarias de instrucción militar, jamás ninguno había utilizado el fusil «Lee Enfield» británico. Se dividieron las compañías en secciones y escuadras, reagrupando en todo lo posible a cuantos hablaban la misma lengua. Como nadie se conocía, y como no había ningún medio para distinguir a los suboficiales de los oficiales o los soldados, Hurevitz ordenó a los sargentos y a los cabos que cosieran una cinta roja sobre los hombros de su camisa.

Quedaba el problema de la lengua. Los jefes de secciones y de escuadras sólo hablaban el hebreo, y Hurevitz se preguntó cómo podrían conducir al combate a

hombres incapaces de comprender sus órdenes. Reunió a sus subordinados para discutir el tema.

—El tiempo apremia de tal forma —acabó por decirles—, que debemos proceder como lo haríamos con niños. Enséñenles solo algunas palabras sencillas, las que deben conocer para combatir.

Pronto, un extraño murmullo ascendió de la explanada de Tal Hashomer: el murmullo de centenares de voces que articulaban una sucesión de sílabas. En la lengua de los Jueces y de los Profetas, los reclutas de la 7.ª Brigada intentaban aprender las escasas palabras necesarias para la salvación de Jerusalén.

Izados a duras penas sobre las murallas de la ciudad vieja, dos cañones de 55 mm de la artillería de Sir John Glubb apuntaban sus bocas entre las almenas construidas cuatro siglos antes, por los arquitectos de Solimán *el Magnífico*, para los arqueros. Más abajo, cerca de la puerta de Damasco, estaban apostadas dos ametralladoras «Vickers». Y, sobre el terraplén situado debajo, una batería de ocho morteros de dos pulgadas aguardaba. Delante de la puerta de Heredes, protegida por un repliegue del terreno, se hallaba la más importante de todas las piezas: un cañón de 88 mm. Era mediodía del domingo 23 de mayo. Todas las bocas de ese despliegue de artillería estaban orientadas hacia un mismo blanco. Construida por los Peregrinos de la Penitencia, «Notre-Dame de France» iba a ser víctima de las grandiosas ambiciones de sus arquitectos.

El teniente beduino Fendi Omeish lanzó una última mirada en la mirilla de tiro del cañón del 88. El alza estaba orientada al centro justo de la fachada de «Notre-Dame», sobre la estatua de la Virgen con el Niño. Desplazó su mirada ligeramente hacia la izquierda.

—Procura no darle a Míriam —dijo a los servidores musulmanes, que también sentían cierta veneración por la Virgen.

El enorme edificio desapareció entre una nube de polvareda y humo. Más la experiencia de John Glubb no tardó mucho en discernir que aquel bombardeo «apenas causaba más efecto que una honda» sobre la sólida mampostería de «Notre-Dame». «Aparentemente —observó, desairado—, la santa Iglesia católica ha sido construida para la eternidad».

Sin embargo, las salvas de la artillería árabe estaban lejos de causar el efecto de una simple honda, en los que se hallaban en el interior del edificio. Una lluvia de piedras, maderas y yeso cayó sobre los defensores judíos. El polvo y la humareda asfixiaban a los jóvenes del «Gadna» y a sus aliados de la guardia territorial. Algunos de ellos estaban completamente aturdidos por el estruendo de las explosiones. El cañoneo duró dos horas, a razón de media docena de obuses por minuto, hasta que la orgullosa fachada de «Notre-Dame» pareció más un pedazo de queso de gruyere que un monumento erigido a las glorias de Francia.

Mientras se acallaba el estruendo del bombardeo, un ruido más terrorífico aún llegó a oídos de los defensores. Era el ronroneo de los motores de los cuatro autocañones del teniente beduino Zaal Errhavel, que subían por la avenida de Solimán, en dirección a «Notre-Dame». Mishka Rabinovich les vio avanzar lentamente, por el periscopio que se fabricó con dos trozos de tubo y un espejo roto. Hasta entonces, los muros de «Notre-Dame» protegieron a Rabinovich y al único bazooka de los judíos. Como ante la casa Mandelbaum, Rabinovich, con su brazo siempre enyesado, apuntó el arma mediante el joven artillero del «Gadna» que iba a disparar en su lugar.

Tumbados en el suelo, los judíos percibían el zumbido regular de los autocañones que se acercaban y los tableteos de las ametralladoras. Cada uno en el edificio aguardaba el primer disparo de bazooka, preguntándose si podrían disparar un segundo una vez hubiesen descubierto la posición del artefacto. Zelman Mart, uno de los adjuntos de Shaltiel, observaba al joven compañero de Rabinovich en posición de disparo detrás de una brecha en la fachada. «Ese niño no conseguirá jamás —pensó— conservar la suficiente calma para aguardar y no disparar hasta que esté seguro de su blanco». El muchacho del «Gadna» retuvo, no obstante, pacientemente su disparo hasta que los vehículos no estuvieron más que a un centenar de metros. Muy seguro de sí, presionó entonces el gatillo. El autocañón de cabeza dio entonces una súbita guiñada. Un nuevo proyectil fue introducido en el bazooka. El segundo disparo salió, y otro blindado se inmovilizó. «¡Dios mío —se dijo Mart—, si ese niño puede conseguir eso, todo el mundo en este ejército puede hacerlo también!».

Los tiradores árabes de los dos últimos autocañones se apercibieron entonces de que no podían, a tan escasa distancia, levantar sus cañones lo bastante alto para apuntar al tercer piso y reducir al bazooka al silencio. El teniente Errhavel dio la orden a los dos blindados tocados de intentar replegarse, e hizo retroceder a los otros dos para ponerlos fuera de alcance.

Mientras tanto, la infantería árabe, mandada por el teniente Ghazi el Harbi, veterano curtido en las guerras tribales de su Arabia natal, desencadenó el asalto. Sus legionarios alcanzaron el parque de la hostería, lo franquearon y se dirigieron hacia el edificio. En decenas de celdas con nombres de santos cayó una poco caritativa lluvia de granadas. Pese a la intensidad de la respuesta, algunos árabes consiguieron penetrar en la planta baja. Fue una sucesión de combates con granadas y bayonetas, de un salvajismo inaudito. Finalmente, los muchachos del «Gadna» —algunos de los cuales no tenían ni dieciséis años y para los que éste era el primer combate— lograron detener el avance de los legionarios.

Al entrar en una habitación del segundo piso, Mishka Rabinovich encontró a un joven francés de diecisiete años, Jacques, ex maquis, que ya se había labrado una extraordinaria reputación en Jerusalén. «Estaba continuamente a punto de luchar o

saquear», recordará uno de sus jefes. Recubierto con una película de polvo rosa, evocaba mucho más a un payaso que a un combatiente.

El objetivo al que apuntaba Jacques no se prestaba, sin embargo, a la risa. Se trataba de un autocañón árabe que maniobraba justo debajo de su ventana. El teniente Fendi Omeish acababa de saltar hacia la Puerta Nueva, enfrente mismo, para ayudar a uno de sus beduinos árabes, cuando vio un cóctel Molotov trazar una graciosa curva antes de estrellarse en la calzada, al pie de su vehículo. Al hacer la calle una ligera pendiente, el líquido inflamado dibujó sobre el asfalto un río de fuego, que se deslizó bajo el aparato. Desde su ventana, Rabinovich y Jacques observaban maravillados cómo las llamas envolvían al blindado. La torreta repleta de municiones estalló en una lluvia de metal incandescente y de caucho quemado. «He aquí cómo se van mis cosas —pensó el teniente Omeish viendo consumirse su autocañón—. Mis mantas, mi cepillo de dientes, mi jabón y la foto de mi mujer».

El conductor del blindado también se iba. Justo antes de la explosión, Ali consiguió salir de su escotilla y refugiarse tras la Puerta Nueva. Hastiado de una guerra que comenzaba tan mal, apretó a correr. Su carrera se detuvo sólo cuando llegó a su Arabia natal.

Las fuerzas de David Shaltiel consiguieron aquel día otro éxito al sur de la ciudad. Aprovechando el desperdigamiento de las tropas del coronel egipcio Abdel Aziz, ocupadas en el pillaje, un comando judío reconquistó el kibbutz de Ramat Rachel. Aquellas ruinas humeantes a las puertas de Jerusalén iban aún a cambiar de mano varias veces. Al amanecer, los habitantes del barrio de Beit Hakerem distinguieron los colores judíos ondear de nuevo sobre la chimenea del comedor destruido de Ramat Rachel.

Aquella mañana, los beduinos de la Legión Árabe reanudaron su asalto contra «Notre-Dame de France». Pero también aquella vez, los muchachos del «Gadna» les contuvieron mediante una furiosa barrera de balas y granadas.

Desde su observatorio de la ciudad vieja, Sir John Glubb seguía los esfuerzos de sus hombres con un creciente temor. Por la tarde, el australiano Bill Newman, que mandaba su 3.º Regimiento, le comunicó una grave noticia. La mitad de los doscientos hombres que atacaron la víspera «Notre-Dame» estaban muertos o heridos. Los temores del inglés fueron confirmados. «Lo nuestro es la guerra en campo abierto —pensó una vez más—, y no roer una ciudad casa por casa». Dio al teniente El Harbi la orden de replegar a sus infantes. El oficial beduino suplicó al general inglés que le dejara atacar por última vez. Perú éste se mostró inflexible. Su fracaso ante los muros de «Notre-Dame» señalaba para él un giro decisivo en la estrategia árabe de la batalla de Jerusalén. Estaba definitivamente convencido de que no disponía de los efectivos suficientes, ni lo bastante preparados, para conquistar la

nueva Jerusalén calle por calle, casa por casa.

Pero sabía que existía otro medio de provocar la caída de la ciudad judía: el asedio, preocupación de Ben Gurion. Sabía también que la llave de aquel asedio se hallaba en aquella vital encrucijada que examinara en su mapa Sir Alec Kirkbride varias noches antes. Allá, en la llanura que se extendía ante Latrun, los beduinos de su Legión podrían, al fin, volver a encontrar a sus enemigos en un campo de batalla a su medida.

40

«EL PRIMERO QUE SALGA CON UNA BANDERA BLANCA, SERA FUSILADO»

El teniente coronel Habes Majelli, comandante del 4.º Regimiento de la Legión Árabe, pasaba el vasto panorama por la criba de sus prismáticos. Una vez más, intentaba descubrir las intenciones del enemigo. Ningún repliegue del terreno, ningún bosquecillo y ningún caserío escapaba a su atención. Desde el lugar donde se hallaba, varios de los más ilustres generales de la Historia habían, antes que él, vigilado las cercanías de las colinas de Latrun que dominaban la carretera de Jerusalén. Ibn Jebel, uno de los lugartenientes del califa Omar, eligió incluso reposar sobre aquella cresta perfumada con fragancias salvajes. El montón de piedras sobre el que se había subido el coronel árabe eran también las ruinas de un castillo fortificado construido por Ricardo *Corazón de León* y luego arrasado por Saladino.

Majelli no tenía, de hecho, ninguna duda sobre la naturaleza de las intenciones de los judíos. Tal como lo predijo Glubb Pachá, la presencia de la Legión Árabe en Latrun conduciría a una verdadera guerra. Para abrir un pasillo hacia Jerusalén y llevar socorros a sus cien mil habitantes judíos, la «Haganah» debería, obligatoriamente, hacer saltar las posiciones árabes. A mediados de aquella tarde, le parecía a Majelli que era inminente el ataque judío.

Sus soldados beduinos se preparaban para ello desde hacía varios días. Habían llenado de nidos de ametralladoras las colinas que tan precipitadamente abandonara Fawzi el Kaukji. Limpiaron, ampliaron y reocuparon las antiguas trincheras en las cuales los turcos habían, treinta años antes, intentado rechazar los asaltos del ejército inglés de Allenby. Minas y rollos de alambradas cubrían sus laderas. Las piezas anticarro dominaban los principales ejes de paso. Tres ametralladoras «Vickers» habían sido colocadas en batería sobre el tejado del antiguo puesto de Policía británico, al oeste de la abadía de los trapenses franceses, y podían mantener toda la llanura bajo su fuego. Al Este, por encima de la entrada a los desfiladeros de Bab el Ued, Majelli camufló sus morteros de tres pulgadas, en torno al poblado de Yalu, el Ayalón de los Jueces.

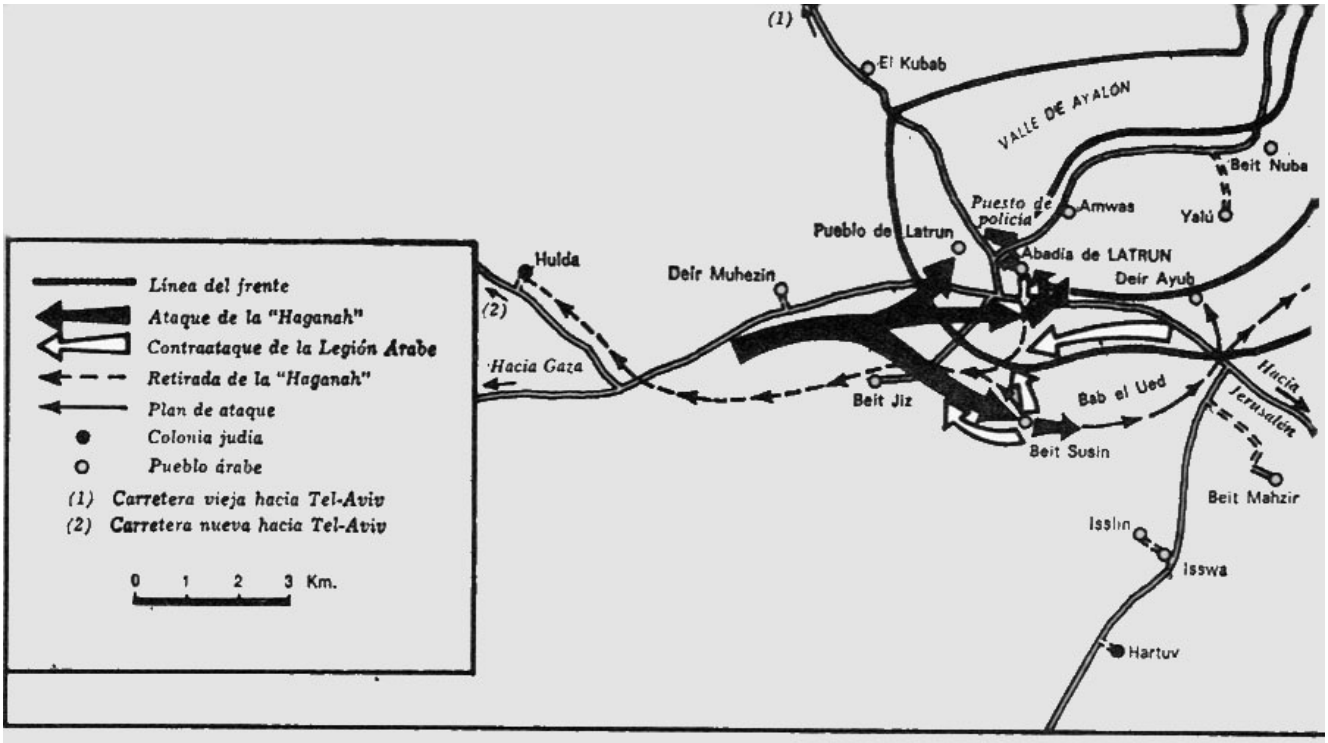
Cada noche, su adjunto, el capitán Mahmud Russan, enviaba patrullas a lo lejos, a la llanura, para descubrir las posiciones de la «Haganah». Instaló incluso a uno de sus destacamentos en el puesto de Policía de Hartuv, un poblado situado a cinco kilómetros más allá de su vanguardia. En aquella tarde del 24 de mayo, una patrulla

debía volar el único puente de la carretera que conducía a aquel poblado. Así, Russan contaba con privar a los judíos de aquella vía de acceso a la carretera de Jerusalén.

Para aumentar sus efectivos, Majelli reorganizó en unidades auxiliares a los irregulares y a las milicias de los pueblos. Nadie estaba mejor dispuesto para aquella tarea que aquel hijo de una de las más poderosas tribus beduinas de Transjordania, aquel árabe que, el primero entre los suyos, recibió un honor hasta entonces reservado únicamente a los oficiales británicos: mandar un regimiento de la Legión Árabe. Dando sus órdenes en la lengua, llena de imágenes, del desierto, bautizó a cada unidad con el nombre de un animal cuya ferocidad debía igualar la combatividad. Equipados con nuevos fusiles, los Leones, Tigres, Lobos y los Halcones de Majelli fueron adheridos a sus compañías regulares.

El coronel beduino camufló el florón de sus fuerzas bajo redes, en un bosque de olivos cerca del caserío de Beit Nuba. Desde aquella altura, sus seis cañones del 88 dominaban todas las carreteras que convergían hacia la única cinta asfaltada que ascendía hacia Jerusalén. Se lo confió a uno de sus oficiales que, como él, pertenecía a una de las más famosas tribus beduinas de Transjordania. Mahmud Ma'ayteh, cuyo hermano Mohamed fue el primero en abrir fuego sobre Jerusalén, había iniciado a sus beduinos analfabetos en los misterios de la geometría y de la balística con un viejo cañón francés del 75 capturado en Siria durante la guerra contra las fuerzas de Vichy. Se convirtieron en tan hábiles, que dos obuses fumígenos les bastaron para regular sus piezas sobre cada uno de los blancos que les indicara Ma'ayteh en torno a Latrun. El oficial beduino no experimentó ninguna duda en su elección, al ser el tema de sus últimas maniobras antes de la guerra precisamente la conquista de aquella posición estratégica.

Desde lo alto de su observatorio, la mirada del coronel Majelli seguía al oleaje de los trigos maduros en la llanura; luego, al Noroeste, el minarete rectangular de Ramleh y, más lejos, los tejados de Tel-Aviv y de Jafa que se recortaban en el horizonte. Mientras sus prismáticos descendían hacia la verde llanura de Shaaron, en dirección al valle del Soreq, patria de Dalila, un ayudante de campo le llevó un mensaje de radio. Procedía del C. G. de la Brigada, y le informaba de que tres compañías del 2.º Regimiento, provistas de artillería, se dirigían hacia Latrun, a fin de reforzar sus posiciones. Satisfecho, Majelli volvió a escudriñar el panorama. Aquella vez, sus prismáticos se detuvieron en un bosque de pinos y cipreses, a una decena de kilómetros de distancia. Detrás de los árboles distinguió una sucesión de tejados rojos. Su mapa le confirmó que se trataba de una colonia enemiga: el kibbutz de Hulda, último bastión judío en la carretera de Jerusalén.



PRIMER ATAQUE JUDÍO CONTRA EL REDUCTO ÁRABE DE LATRUN, PARA ABRIR LA CARRETERA DE JERUSALEN
(25 de mayo de 1948)

Dov Joseph observaba en silencio al grupo de rabinos ultraortodoxos reunidos en Jerusalén, en el domicilio del Gran Rabino Isaac Herzog, aguardaba a que uno de ellos se decidiese a hablar.

—Usted quería ver, señor Joseph —acabó por exclamar el Gran Rabino—. Bien, allá está; explíquele lo que tenga que decirle.

El portavoz del grupo, un venerable anciano, emprendió con dolor un discurso sobre los preceptos morales y el valor que la fe judaica ligada a la salvaguardia del alma humana. Su barrio de Mea Shearim fue probado duramente por el bombardeo de la Legión Árabe, declaró. Muchas mujeres y niños habían muerto. Sin duda, no se puede esperar que la «Haganah» abandone la lucha contra los árabes. Más, quizá, los rabinos podrían, en aquel barrio, negociar algún acuerdo gracias al cual su comunidad quedaría fuera de los combates.

Dov Joseph comprendió bien pronto lo que iba a pedir el viejo rabino: una especie de capitulación local. También sabía que no podía aceptarla. Podría extenderse una ola de pánico que contaminaría a toda la ciudad.

El anciano se dirigió, con pena, hacia su conclusión. Aquel plan, destacó, ahorraría al menos otros sufrimientos a las mujeres y a los niños y salvaría muchas almas inocentes. ¿Qué pensaba el señor Joseph de esta proposición?

El severo y bigotudo jurista fijó en su interlocutor una mirada glacial.

—Haga lo que crea usted mejor —declaró—, y yo haré, por mi parte, lo que crea que es lo mejor.

Se produjo un largo silencio. Luego, el rabino preguntó qué es lo que el señor

Joseph estimaba «ser lo mejor».

—Haré fusilar al primer hombre que salga con una bandera blanca —respondió simplemente Dov Joseph.

Las tropas que intentaba localizar el coronel Majelli estaban en fase de concentración en el kibbutz de Hulda. La hora H del ataque judío contra Latrun fue fijada para medianoche, aquel lunes 24 de mayo y, según su costumbre, los oficiales de la «Haganah» buscaron en la Biblia el nombre de su operación. Se llamaría «Ben Nun», en honor de Josué, que detuviera al sol en aquel valle de Ayalón para retrasar la llegada de la noche y acabar a plena luz la destrucción de los enemigos de Israel.

A los jefes de la «Haganah» les hubiera gustado prohibir que aquel sol se levantara. Necesitaban el amparo de la noche para tener buen éxito en su operación.

Preparado en la anarquía y la confusión, aquel ataque judío se presentaba mal. Fijado, en principio, para el 23 de mayo, a medianoche, hubo de ser aplazado veinticuatro horas, ya que los efectivos y el armamento de la 7.ª Brigada no pudieron ser concentrados en el tiempo deseado en Hulda. El 23 de mayo, a las seis de la tarde, la fuerza principal prevista para el asalto, un batallón de infantería prestado por la «Brigada Alexandroni», del «Palmach», no estaba aún allí. Aquellos agricultores de la llanura de Shaaron eran los únicos que, realmente, poseían una experiencia militar, y Shamir les reservó un papel capital: la toma del puesto de Policía, al oeste de la abadía de Latrun. En cuanto a las autoametralladoras y a los *half-tracks* de Laskov, no tenían aún ni ametralladoras, ni municiones, ni emisoras de radio. Los inmigrantes de Zvi Hurevitz llegaron bien a Hulda en los autobuses requisados de la línea 5 de Tel-Aviv, pero no tenían aún cascos, cantimploras ni equipo. Los oficiales del batallón no siempre conocían a sus hombres, ni los hombres a sus armas. Los inmigrantes continuaban salmodiando las escasas palabras de hebreo que pudieron aprender y de las que su supervivencia dependería, quizá, pronto. Ante una situación tan catastrófica, Shamir hizo saber a Yadin que difería el ataque veinticuatro horas.

Cuando el ausente batallón del «Palmach» llegó, finalmente, al día siguiente a mediodía, Shamir y sus oficiales les recibieron con alivio. Pero su alegría se transformó en estupefacción a medida que los hombres descendían de los autobuses. El ejército del nuevo Estado de Israel no había podido ser aún reorganizado. Fundamentalmente concebido para un combate clandestino, continuaba siendo un mosaico de feudos cuyos jefes tenían la costumbre de calibrar ellos mismos la situación y de interpretar las consiguientes órdenes. Antes de dejar partir a sus hombres para Hulda, los oficiales de la «Brigada Alexandroni» les despojaron, sistemáticamente, de sus armas y equipo. A media jornada de su enfrentamiento con la Legión Árabe, llegaron sin un fusil: «un batallón de vagabundos», recuerda, amargamente. Vivian Herzog.

Nadie estaba más horrorizado por la deplorable falta de preparación de la 7.ª

Brigada como el que violentamente se opusiera a Ben Gurion a propósito de aquel ataque. Llegado en avioneta «piper-cub» para inspeccionar las fuerzas de asalto, Yigael Yadin se aterrorizó por lo que descubrió. Los batallones no eran más que un amasijo de compañías desprovistas de reservas, unidades de apoyo y enlaces. La artillería se componía, toda ella y para todo, de dos viejos cañones de montaña franceses llamados «Napoleonchiks», del cañón del 88 ofrecido a la «Haganah» por Mike Scott, con quince obuses perforadores como parque de municiones, cuatro morteros de tres pulgadas sin sistema de fijación y un «Davidka» que nadie sabía utilizar. Yadin observó, igualmente, con espanto, que no se había podido organizar ningún servicio de sanidad digno de tal nombre; la Brigada no tenía ni médicos, ambulancias y ni siquiera suficientes camillas.

Pese a los prodigiosos esfuerzos de los compradores de armas y del apoyo de los judíos del mundo entero, el Estado de Israel estaba superado por la amplitud y el número de tareas. Sólo tenía diez días de existencia. La facultad de improvisación y la increíble ingeniosidad de sus ciudadanos, que tantos milagros realizaron en el pasado, eran, en la actualidad, impotentes.

Presintiendo una tragedia, Yadin emprendió una nueva gestión para modificar la decisión del único hombre que podía detener aquel ataque suicida. La respuesta a su llamada no se hizo esperar. Era un «no» sin equívoco. Deseando intentarlo todo para obtener, al menos, algunos días de plazo a fin de concluir la preparación de las tropas, Yadin decidió confrontar a David Ben Gurion con el oficial que debía conducir el ataque. Antes de la entrevista, sermoneó enérgicamente a Shamir:

—Todo dependerá de lo que usted le diga. Esta ofensiva le pone en una especie de inquietud. Ni siquiera me escucha. No duda absolutamente de que Jerusalén caerá si no atacamos, y hada de lo que yo le diga puede disuadirle.

Antes incluso de que Shamir pudiera concluir la enumeración de las dificultades que paralizaban su Brigada, Ben Gurion se lanzó a una descripción apasionada del drama de Jerusalén. No se debía perder ni un solo día, ni una hora, para abrir la carretera hacia la ciudad —repitió—. Cuando hubo terminado. Shamir, exaltado por aquella elocuencia, respondió simplemente:

—Su voluntad será la mía. Ejecutaré todas sus órdenes.

Fuera, Yadin estalló.

—¿Quién le ha pedido que le diga que ejecutaría usted sus órdenes? ¡Seguro que lo hará! ¡Pero, en nombre de Dios, lo que hacía falta era que le diera su opinión!

La hora de las lamentaciones había pasado. Los dos hombres regresaron a Hulda. A su regreso, supieron que los *half-tracks* habían, al fin, recibido sus ametralladoras, pero que se necesitarían horas para limpiarlas de su capa de grasa y poner los cartuchos en las cintas. Aquellas tareas, y numerosas más parecidas, acapararon de tal forma los esfuerzos de los oficiales de la 7.ª Brigada en las últimas cuarenta y ocho

horas, que no habían tenido tiempo de enviar patrullas para investigar las defensas del enemigo. Aunque, de todas formas, los hubieran tenido, no poseían los efectivos necesarios.

Angustiado, Yadin permaneció toda la tarde en Hulda para vigilar los preparativos. Antes de irse, dirigió una última súplica a Ben Gurion, para que concediera un plazo de veinticuatro horas. Luego, con la muerte en el alma, convencido de que la Brigada se encaminaba a una tragedia, regresó a Tel-Aviv.

Eran las siete de la tarde cuando Shamir reunió a sus oficiales ante un mapa, a escala 1:200 000, del sector de Latrun. Comenzó ceremoniosamente su último *briefing*, según el método de los estados mayores británicos. Tenía en la mano la primera orden operacional del ejército de Israel, respondiendo a las cuatro cuestiones clásicas: objetivo del ataque, forma de alcanzarlo, estado de sus fuerzas de asalto y estado de las del enemigo.

El objetivo estaba claro: ocupar, entre Latrun y Bab el Ued, un trozo de cinco kilómetros de la carretera de Jerusalén, y hacer progresar bien pronto el enorme convoy de provisiones que aguardaba entre Rehovot y el campamento de Kfar Bilu.

Shamir comunicó a continuación a sus hombres el informe de su servicio de espionaje sobre el estado de las fuerzas enemigas. Era desesperadamente escueto: «El enemigo controla, en el sector de Latí un, un número indeterminado de prominencias. Dispone, *quizá*, de algunos elementos de artillería. La zona de Bab el Ued está, *probablemente*, sostenida por bandas de irregulares». Eso era todo. El servicio de información judío que tan brillantemente desempeñó misiones clandestinas contra el ocupante inglés, no había tenido tiempo de adaptarse a las exigencias del espionaje militar en una guerra moderna.

Shamir se dedicó entonces al plan de ataque. En el momento en que comenzaba el análisis, le interrumpió un correo para entregarle un mensaje de Tel-Aviv. Era una comunicación urgente de Yadin, marcado con la hora 19:30. «Fuerza enemiga de ciento veinte vehículos, comprendiendo numerosos blindados y transportes de artillería, ha abandonado Ramallah, probablemente en dirección a Latrun. Franquea, en este momento, el punto de intersección 154-141 del mapa». Una avioneta «piper-cub» de observación divisó a la columna árabe. Shamir examinó el mapa: dentro de una hora —estimaba— llegarían a Latrun. Era preciso, pues atacar, antes que esas nuevas tropas alcanzasen sus posiciones.

—Señores —dijo—, estamos obligados a adelantar la hora H en dos horas. Atacaremos a las veintidós horas.

Shamir reanudó su exposición. La línea de salida estaba situada en la carretera Hulda-Latrun, cuatro kilómetros antes de la encrucijada donde se unía con la de Jerusalén. Desde allá, los dos batallones avanzarían en dos ejes. El cedido por la «Brigada Alexandroni» abriría la marcha ante él y se apoderaría del caserío de

Latrun, del puesto de Policía y del poblado de Amwas, a fin de rechazar la llegada de nuevos refuerzos árabes. Una vez alcanzados sus objetivos, se apostarían sólidamente para proteger el paso del convoy de provisiones de Jerusalén.

Shamir iba a asignar su misión al batallón de inmigrantes de Zvi Hurevitz, cuando otro correo trajo un nuevo mensaje de Yadin. «La situación en Jerusalén es crítica —decía—. Debe usted forzar el paso esta noche». Por tercera vez en tres días, las fuerzas egipcias del coronel Abdel Aziz habían, en efecto, vuelto a tomar el kibbutz de Ramat Rachel, a las puertas de la ciudad. Ahora, una bandera egipcia ondeaba en la chimenea del comedor en ruinas de la colonia. Señal más amenazante todavía era que los elementos de la Legión Árabe habían ayudado a las tropas egipcias.

Shamir hizo encender lámparas de petróleo y continuó dando sus instrucciones. El batallón de inmigrantes efectuaría un largo movimiento hacia el Este, justo hasta el reducto donde la carretera de Jerusalén entra en el desfiladero de Bab el Ued. Atravesaría la carretera y treparía por las laderas opuestas para conquistar las cimas por encima del desfiladero, así como los pueblos de Deir Ayub, Beit Nuba y Yalu. También se parapetaría en el mismo lugar para cubrir el paso del convoy hacia Jerusalén. La fuerza blindada del capitán Laskov apoyaría su ataque. Un apoyo limitado, precisó Laskov. Solamente tres de sus autoametralladoras y dos de sus *half-tracks* estaban dispuestos a entrar en acción.

Shamir concluyó anunciando que el batallón de inmigrantes y los blindados de Laskov ascenderían hacia Jerusalén detrás del convoy. Si este ataque se desarrollaba tal como estaba previsto —destacó—, los conductores de cabeza vislumbrarían los tejados de Jerusalén con las primeras luces del alba.

Mientras acababa su exposición, entró un sargento para revelar el primero de los imponderables con los que siempre topa un plan militar. Al replegarse diez días antes, los soldados que fueron picados por las abejas de Latrun edificaron una gran barricada en la carretera que debía tomar aquella noche la Brigada. Era necesario desmantelarla para abrir un pasillo a los autobuses. Sin bulldozer, Shamir sabía que aquello llevaría varias horas, comportando así un dramático retraso al desencadenamiento de la operación. No tenía elección. Fijó de nuevo la hora H para medianoche, esperando siempre que, entretanto, surgiera algún incidente mayor que le obligara a anular pura y simplemente el ataque.

En lugar de ese milagroso impedimento, el jefe de la 7.ª Brigada recibió, a las 20:30, un tercer telegrama de Yadin. Era la respuesta de Ben Gurion a su última súplica, que él transmitía a quien más le concerniera.

Shamir contaría más tarde que, al leer aquel mensaje, comprendió de repente que la verdadera batalla que se le exigía librar sobrepasaba, largamente, lo que se arriesgaba en las prominencias, de Latrun. Se trataba de la de todos los judíos de Israel por la supervivencia de su pueblo, ya que su apuesta no era sino Jerusalén.

—¡Ataque a toda costa! —ordenaba Ben Gurion.

41

«OJOS MANCHADOS DE ROJO»

Únicamente el concierto metálico de las cigarras y, a veces, el ladrido de un perro, turbaban la quietud de la noche. Desde El Kubab, al Oeste, hasta las primeras estribaciones de los montes de Judea, al Este, ninguna brisa de aire movía las espigas de trigo o los cipreses de Latrun. Era una noche pesada y sofocante, pero de engañosa calma. Los trapenses de la abadía acababan de comenzar a cantar el oficio de vísperas cuando los soldados de Shlomo Shamir se lanzaron a la conquista de la carretera de Jerusalén.

Ya llevaban tres horas de retraso. Y, para colmo, sólo eran cuatrocientos. Ben Gurion había contado con una fuerza mucho más potente para apoderarse de la encrucijada más importante de Palestina. Además, el jefe del mejor batallón se había desplomado dos horas antes del ataque, y Shamir debió remplazado por Chaim Laskov.

Bajo la luna llena, Laskov y las tres compañías, de las que no conocía a ninguno de sus oficiales, se deslizaron a través de la llanura para ir a conquistar las posiciones clave: la fortaleza del antiguo puesto de Policía británico y la línea de colinas por encima de la abadía.

A la derecha del dispositivo, Zvi Hurevitz y sus inmigrantes se dirigieron hacia la pequeña carretera que, desde Bab el Ued al pueblo de Hartuv, pasaba al pie de los montes de Judea. Cuando la alcanzaran, torcerían hacia el Norte, superarían la entrada del desfiladero de Bab el Ued y ascenderían al asalto de las colinas y de los pueblos que lo dominaban.

El teniente árabe Quassem el Ayed, del 4.º Regimiento de Infantería de la Legión Árabe, se hallaba, justamente aquella noche, en aquella pequeña carretera. El oficial maldecía el atolondramiento de sus árabes, que olvidaron traer los detonadores destinados a volar su único puente. Debió detenerse aguardando el regreso de los dos legionarios enviados de nuevo a su base para recoger los ingenios que faltaban.

Los judíos que habían desembarcado hacía menos de setenta y dos horas antes en su nueva patria, iban a pagar caro ese contratiempo. Cuando ya habría debido regresar a sus líneas, el teniente árabe distinguió de repente una serie de sombras sospechosas desplazándose por la llanura. Escrutando intensamente la oscuridad, distinguió la larga columna de inmigrantes que avanzaba hacia Bab el Ued. Alertó inmediatamente al C. G. de su regimiento.

Aquel descubrimiento accidental privaba a los israelíes de su triunfo más precioso: la sorpresa. Eran las cuatro de la madrugada del martes 25 de mayo. La primera gran batalla que debía abrir la carretera de Jerusalén acababa de empezar.

Despertado de repente, el teniente árabe Mahmud Ma'ayteh trepó al observatorio desde donde el coronel Majelli estudiara —la víspera— largamente el paisaje. No pudo creer a sus ojos. Bajo la grisácea luz del amanecer, decenas y decenas de soldados enemigos avanzaban por los campos de trigo de Latrun.

Cañones, morteros, todos los fusiles y todas las ametralladoras de los que la colina estaba repleta…, un fuego devastador se abatió sobre las fuerzas judías sorprendidas por los primeros rayos de un sol que se levantaba inexorablemente. El tiroteo árabe fulminó sus filas antes de que pudiera ser alcanzado ni un solo objetivo, ni siquiera acercarse. En el centro del sector de Laskov, la compañía de cabeza ni siquiera había llegado hasta la carretera de Latrun a Bab el Ued. Los hombres se tumbaron bajo las tomateras y las cañas cruzadas de las judías de los monjes, esperando un apaciguamiento. A su izquierda, otra compañía estaba apostada en las cercanías del caserío de Latrun, más allá del puesto de Policía. En el otro extremo del campo de batalla, cerca del desfiladero de Bab el Ued, los beduinos del teniente Ayed, apoyados por numerosos campesinos, cayeron sobre los descubiertos flancos de los emigrantes de Hurevitz, que debieron retroceder.

En su puesto de mando, Shamir escuchaba las patéticas llamadas que reclamaban la intervención de la artillería judía para acallar las baterías árabes. Varios minutos después una serie de violentas explosiones obligaba al padre Martin Godart, el experto vinícola de la abadía de Latrun, a interrumpir su curso sobre el dogma de la Encarnación. Los dos viejos cañones de montaña franceses, el 88 de Mike Scott, los morteros de tres pulgadas sin sistema de fijación y varios otros morteros ligeros hicieron lo que mejor pudieron para reducir al silencio las piezas árabes.

Su disparo fue un rápido fuego artificial sin efecto auténtico. Escasos de municiones, los artilleros judíos debieron detenerse pronto, dejando a sus camaradas infantes afrontar solos las ametralladoras y los cañones de la Legión Árabe. La mayoría de los aparatos de radio habían sido destruidos por el tiroteo árabe, aislando a las compañías en el pequeño espacio en que se agazapaban.

Un pálido sol en un cielo plomizo anunció la llegada del enemigo más cruel que abatiría a los soldados judíos aquella mañana. Se trataba del *jamsin*, el cálido y seco viento que, procedente de las entrañas del desierto de Arabia, envolvía a Palestina en un manto de fuego. Con él venían nubes de pequeñas moscas negras llamadas *barkaches*. Invadían las narices de los soldados, las bocas, los ojos, cada porción de su piel, condenándoles al suplicio de sus atroces picaduras. Observando a sus hombres con los prismáticos, Shlomo Shamir comprendió que había perdido su primera batalla de oficial israelí incluso antes de haberla, realmente, comenzado. Sus

fuerzas eran incapaces de apoderarse de Latrun mediante un ataque frontal en pleno día. Sólo le restaba ahorrar pérdidas y sufrimientos inútiles organizando un repliegue rápido y ordenado. Incluso antes de haber recibido la orden, el jefe de la compañía de cabeza se desplegó con sus hombres. Viendo a sus camaradas replegarse, las demás unidades, desprovistas de todo enlace por radio, también abandonaron sus posiciones.

Una lenta y escalofriante retirada comenzó a animar toda la llanura. Para evitar un desastre, Laskov ordenó a la compañía atrincherada en el huerto de los monjes que se trasladara a un cerro rocoso justo frente a las alturas de Latrun: la cota 314. Esperaba, de esta forma, cubrir la retirada de los inmigrantes. Pero cuando los soldados judíos salieron del huerto, el fuego árabe los envolvió de nuevo. Los campos de trigo, incendiados antiguamente por las colas en llamas de los trescientos zorros de Sansón, se abrasaron bajo los obuses de fósforo del teniente Ma'ayteh.

Rodeados por haces de balas, estallidos, calor sofocante y la espesa humareda de los campos ardiendo; torturados por la sed y por las crueles *barkaches*, los hombres se desplomaron y se arrastraron tirando de sus heridos o saltaron de una roca a otra. Los supervivientes que consiguieron abrirse camino hasta la cola 314 sólo descubrieron allí un desierto de piedras. Al no tener ni picos ni palas, debieron cavar con las manos el emplazamiento de sus armas. Consiguieron, sin embargo, impedir que los árabes aniquilaran a sus camaradas en retirada. Al término de una hora y media de frenético tiroteo, su ametralladora se encasquilló. El soldado Ezra Ayalon vio entonces a su jefe apoderarse de una metralleta y correr a parapetarse detrás de un árbol para contener el avance árabe, mientras sus hombres se replegaban. Durante media hora, Ayalon oyó tabletear la metralleta. Luego, silencio.

Los oficiales árabes seguían la batalla a simple vista desde su puesto de observación. «¡Dios mío —pensaba el capitán Russan—, es preciso que la “Haganah” desee mucho a Latrun para lanzarse así contra nuestros cañones!». Estaba particularmente emocionado por la obstinación de los israelitas en llevarse a sus heridos y a sus muertos. Seis veces seguidas, vio a un grupo de judíos descender de la cota 314 para recuperar los cuerpos de sus camaradas. «Cada intentona —recordaría el oficial árabe— les costaba dos muertos más». La retirada parecía efectuarse sin ningún plan, «como la desbandada de un rebaño sin pastor».

El coronel árabe Majelli hizo concentrar el tiro de sus morteros sobre el cerro, mientras sus gruesas piezas de campaña roturaban el sendero que descendía por detrás. Por ahí justamente, Zvi Hurevitz intentaba conducir a los inmigrantes hacia Hulda.

Para muchos de sus hombres, el camino que les separó de los ghettos y de los campos de la muerte de Europa acababa allá, en el horno de la llanura de Latrun. Muchachos polacos, rusos y húngaros, sólo conocerían de la Tierra Prometida un corto y fatal enfrentamiento con su despiadado sol, las picaduras feroces de sus

moscas, la tortura de la sed y el mortífero huracán de los cañones árabes. Armados con puñales, los campesinos árabes les perseguían, abalanzándose sobre los heridos o sobre los que se derrumbaban agotados por el calor.

En el terror del cañoneo, muchos inmigrantes olvidaron las escasas palabras de hebreo aprendidas a toda prisa al descender del barco. Incapaces de comprender las órdenes que les gritaban sus jefes extenuados, caían, víctimas de su ignorancia. Matti Meged, que suplicara a Ben Gurion les diera tiempo para aprender a luchar, intentó llevar a varios hacia Hulda. «Eran como animales asustados —recordaría—. No sabían ni siquiera correr bajo las balas. Algunos ignoraban aún el funcionamiento de los fusiles que se les puso entre las manos varias horas antes. Sus jefes de sección debían correr de uno a otro para enseñarles cómo liberar el pestillo de seguridad». Otros, que sabían disparar, no sabían apuntar. Hurevitz recogió a uno que gemía en yiddish: «Lo veía, lo veía, pero no llegué a tocarle».

Meged reconoció la mirada familiar de un muchacho de diecisiete años que hizo el viaje con él en el *Kalanit*. Tumbado en una zanja, agonizante, murmuró:

—¡Cómo les hemos debido de decepcionar!

Los rescatados de la compañía de cabeza de Laskov y los restos del batallón de Hurevitz se hallaron pronto reunidos en las laderas de la cota 314. A las once horas, con todas sus municiones agotadas, recibieron la autorización de replegarse hacia el Sur, en dirección al caserío árabe de Beit Jiz, ocupado, se les aseguró, por fuerzas amigas. Allá, finalmente, encontrarían un bien tan precioso como la vida misma: agua.

Por todas partes, los supervivientes se pusieron en marcha. Para protegerles, Laskov optó por atraer sobre sí el fuego de los cañones árabes lanzando a sus blindados en una loca carrera a través de la llanura. Abatidos por el *jamsin*, muriendo literalmente de sed, los soldados judíos se desvanecían unos tras otros sobre la tierra desecada. Hasta el indómito Laskov se sentía ganado por el vértigo de la sed y del agotamiento. Le reanimó un espectáculo: un comandante de compañía empujaba, revólver en mano, a un grupo de inmigrantes hacia la salvación.

Los hombres corrían, caían, se levantaban, saltaban sobre los cuerpos de los muertos y moribundos, se volvían para disparar algunas balas y se desplomaban. Una mortal atmósfera de lasitud comenzó a extenderse. Los heridos pedían a los vivos que los rematasen. El soldado Chaim Inav tropezó con el cuerpo de un hombre al que creía muerto. Lo sacudió. Como si ese gesto le hubiera resucitado, el «muerto» se irguió sobre sus pies y echó a correr a través de la llanura. Otros se negaron a continuar. El sargento Asher Levi halló a dos soldados tumbados juntos, con el terror pintado en los ojos.

—Déjenos tranquilos —gimió uno de ellos—. Queremos permanecer aquí.

Nada pudo decidirles a moverse, ni el fantasma de los cuchillos de los

campesinos árabes que se acercaban, ni los obuses que caían, ni el recuerdo de sus familias. Levi debió llenarles de puntapiés y garrotazos hasta que acabaron por ponerse en pie.

Otros no podían levantarse ya. Oyendo una débil voz llamarle, Hurevitz halló en una zanja a un joven inmigrante, llegado también en el *Kalanit*, con el pecho abierto por una explosión de obús.

—No podré volver a ver a mi madre, que está aquí —murmuró en ruso el herido —, pero ve a verla y dile que he muerto aquí.

En el paraíso prometido de Beit Jiz no había ni agua, ni medios de transporte, ni «Haganah» para recibir a la lastimosa tropa de hombres vacilantes. Sólo había allí otros fusiles árabes. Los irregulares habían ocupado el caserío, y sus disparos causaron las últimas víctimas de aquella retirada de pesadilla.

A las dos de la tarde, los primeros supervivientes alcanzaron, al fin, la carretera y los autobuses que abandonaran doce horas antes. Durante toda la jornada, Laskov y sus *half-tracks* jugaron al escondite con los obuses árabes para recorrer la calcinada llanura con la esperanza de hallar algunos supervivientes. En su puesto de mando de Latrun, el capitán Mahmud Russan exhibía las decenas de tarjetas de identidad recogidas de los cadáveres judíos por la patrulla del teniente Ayed. «Pertenecían a judíos de todos los rincones del mundo —se asombró Russan—, que vinieron a luchar por el país de la leche y de la miel».

El recuerdo de las miradas de los vivos y de los muertos de aquella terrible batalla asedió a Chaim Laskov el resto de su vida. El espectáculo de sus pupilas dilatadas por el horror y el sufrimiento de aquella jornada se grabaría para siempre en su memoria con las palabras de un poema escrito durante la guerra de España por un anónimo voluntario de las Brigadas Internacionales:

Ojos de hombres que corren, caen, chillan,
Ojos de hombres que gritan, sudan, sangran,
Ojos de los heridos manchados de rojo,
Ojos de los moribundos y de los muertos.[26]

42

UN BANQUETE DE CONDENADOS

El centro de Ammán estaba lleno de gente. Cantando, gritando y batiendo palmas cadenciosamente, una exultante multitud aclamaba el éxito de su ejército. Aquel concierto templó agradablemente a los hombres que conferenciaban en el salón del hotel cuyas ventanas daban al soberbio anfiteatro de la antigua Filadelfia romana. La victoria de la Legión Árabe en Latrun no era la única hazaña militar que el comité político de la Liga Árabe celebró. El mismo día, el ejército egipcio se apoderó del kibbutz de Yad Mordechai, posición clave en la carretera de Tel-Aviv. El único frente en el que un ejército árabe sufrió algún revés fue en el del Norte. Allá, los sirios habían sido contenidos, y luego desalojados de Galilea.

Los dirigentes árabes reunidos en Ammán estaban convencidos de que el triunfo no tardaría, y que sería completo. Dudaban de ello tan poco, que no hicieron mucho caso a un documento que Azzam Pachá, el secretario general de su organización, sometió a su atención. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas exigía un alto el fuego en treinta y seis horas. Aquel llamamiento coronaba los esfuerzos emprendidos por la organización internacional para restablecer la paz en un territorio que creyó apaciguar, seis meses antes, decidiendo dividirlo. Desde el 14 de mayo, los Estados Unidos no cesaban de reclamar al Consejo de Seguridad un alto en las hostilidades, lleno de sanciones para las partes que no lo aceptaran y, si era necesario, la creación de una fuerza de Policía de las Naciones Unidas en Oriente Próximo.

Gran Bretaña no cesó de poner trabas a esos esfuerzos. Apostando visiblemente por el éxito de los ejércitos árabes, los ingleses no experimentaban ninguna necesidad de apresurar el fin de los combates. «Es preciso dejar madurar la situación», recomendaba un consejero del Foreign Office a los representantes de Washington. Para la mayoría, los miembros del Consejo de Seguridad seguían el ejemplo británico. En aquel asunto, los Estados Unidos sólo tenían un aliado —muy paradójico en aquel inicio de la guerra fría—: la URSS. Sin embargo, Washington ejerció sobre Londres discretas pero vigorosas presiones diplomáticas, pidiendo que Gran Bretaña interrumpiese sus entregas de armas a los países árabes y reclamase a sus oficiales que servían en la Legión Árabe. El presidente Truman incluso dio a entender que, en caso de negativa, América podría suspender su propio embargo, particularmente con respecto a Israel.

Finalmente, el 22 de mayo, el Consejo de Seguridad condescendía a las

voluntades conjugadas de los Estados Unidos y la URSS. Votaba una resolución para un alto el fuego, aunque sin imponer el ultimátum ni las amenazas de sanciones a las que Londres se había opuesto. Por mutilada que fuese, la resolución podía entenderse, y restaba alguna esperanza de ver a los beligerantes conformarse con un acuerdo común. El Secretario de Estado, Marshall, pidió personalmente a los embajadores de los países árabes que se esforzaran por convencer a sus Gobiernos.

En Tel-Aviv, David Ben Gurion interrogó al Estado Mayor sobre la oportunidad de aceptar un alto en los combates. El armamento de las fuerzas israelíes mejoró considerablemente. Cinco nuevos «Messerschmitt» habían llegado, y el primer cargamento importante de armas acababa de ser desembarcado en Haifa. Sin embargo, el gabinete de Ben Gurion era unánime: una pausa era altamente deseable.

Los dirigentes árabes reunidos en Ammán no estaban inclinados a la misma prudencia. Seguros de conseguir incesantemente victorias decisivas y, por encima de todo, conquistar toda la ciudad de Jerusalén, rechazaron categóricamente hacer callar sus armas. Incluso respondieron a las Naciones Unidas mediante una auténtica advertencia. Dieron a la organización internacional un plazo de cuarenta y ocho horas para hallar una nueva solución que excluyera la existencia de un Estado judío. Les importaba bien poco, a decir verdad, que la ONU aceptase o se negase. Estaban seguros de conseguir aquella nueva solución por sus propios medios.

En el barrio judío de la ciudad vieja de Jerusalén, los rabinos suplicaban nuevamente al jefe de la «Haganah». Sólo había una oportunidad de salvación: capitular. Por lo demás, la voluntad de Dios no ofrecía ninguna duda.

—¡No hemos cesado de recitar salmos y, no obstante, la batalla continúa! —se lamentaba tristemente uno de ellos dirigiéndose a Moshe Russnak.

Las posiciones de los defensores judíos caían unas tras otras. El viejo barrio, ya tan exiguo, era una zapa que se encogía de hora en hora. Los depósitos de agua estaban casi vacíos. No había ya electricidad. Las cloacas habían reventado y las inmundicias se amontonaban. En el sofocante calor de aquel inicio de verano, las callejuelas exhalaban pestilentes efluvios de excrementos en descomposición. Más repulsivo aún era el hedor a carne podrida emanado por las piedras de las casas próximas al hospital. Ya que no se podía enterrar a los muertos, los médicos ordenaron que se les envolviese en sábanas viejas antes de amontonarles en el patio. El rabino Ornstein y su esposa estaban entre ellos. Mientras su hijo y su hija de quince años luchaban por su barrio, una bomba cayó sobre la casa del rabino, que celebraba el advenimiento de Israel con una vibrante oración de acción de gracias. Su joven hijo no pudo abandonar su puesto más que el tiempo justo de recitar el *kaddish* —oración por los muertos— sobre los restos de sus padres.

Faltos de hielo para conservarlos, se debió tirar los últimos frascos de sangre del hospital. No había más anestésicos, y las operaciones se efectuaban a la luz de

linternas eléctricas. En las viejas salas abovedadas, demasiado repletas, se amontonaban más de ciento cincuenta heridos, combatientes y civiles alcanzados por el cañoneo árabe. Esther Cailingold, la joven inglesa que tanto deseó participar en la defensa de la ciudad vieja, yacía sobre una camilla, con la espalda destrozada por una explosión de mortero.

Expulsados de las casas por el avance de los árabes, o porque la vida se había convertido en insostenible bajo los bombardeos, la mayoría de los mil setecientos habitantes del barrio se habían reagrupado en tres sinagogas, justo detrás de los primeros puestos de la «Haganah». Tumbados juntos sobre inmundos jergones llenos de piojos, rezaban, lloraban o se evadían mentalmente lejos del mundo que les rodeaba.

Russnak veía todo lo trágico de la situación, pero rechazó obstinadamente las súplicas de los rabinos. La ciudad nueva acababa, en efecto, de enviarle garantías formales: después de tantas esperanzas frustradas, la ayuda les iba a llegar la próxima noche.

En vez de los refuerzos que aquella tarde no debían llegar aún al barrio judío, les sobrevino una sorpresa por parte árabe. Poco satisfecho de los resultados obtenidos por su artillería desde el monte de los Olivos, el comandante Abdullah Tell decidió transportar sus cañones al mismo centro de Jerusalén, a fin de aplastar a bocajarro la resistencia judía. Remontando la Vía Dolorosa, dos potentes autocañones se sumergieron en el laberinto de callejuelas que sólo habían visto siempre carros con asnos, para ir a apostarse en las lindes del barrio judío.

Aquella maniobra causó estragos en las filas de los extenuados defensores. «No sabíamos quién nos martillaba», recordó el soldado Yehudá Choresh. El barrio no poseía la menor arma anticarro. Choresh y sus camaradas se refugiaron en los tejados y lanzaron sobre los aparatos los escasos cócteles Molotov de que disponían aún, con la esperanza de que el dédalo de estrechas callejuelas invadidas de detritos consiguiera mejor que ellos detener los blindados.

Treinta y tres días después de Pascua, la fiesta judía de Lag Ba'Omer conmemora a la vez el milagroso cese de la peste que asolara Judea durante la guerra contra los romanos, y el último combate que condujo, en aquella época, a conseguir su independencia al pueblo judío. Mientras nacía el alba de aquel día de fiesta, privado por la guerra de sus alegrías tradicionales, todos —tanto los piadosos habitantes de la ciudad vieja como sus defensores— veían claramente que sólo un nuevo milagro podría salvarles.

De los doscientos soldados que componían sus fuerzas al comenzar la batalla, Moshe Russnak sólo disponía —aquel jueves 27 de mayo— de treinta y cinco hombres útiles. Cada uno de ellos sólo poseía una decena de balas, y su único fusil ametrallador no tenía más municiones. Leah Wultz convirtió en granadas las últimas

cajetillas de cigarrillos y botes de conserva del barrio. Tan sólo se guardó una, que ocultó cuidadosamente, para poder suicidarse cuando sobreviniera el fin.

El lastimoso territorio que defendían los supervivientes comprendía el hospital, el puesto de mando y las tres viejas sinagogas cuyos sótanos albergaban a los refugiados. Solamente una sinagoga importante estaba aún en manos de los judíos: la de Hurva —principal templo de los asjenazos—, considerada como la más bella de Jerusalén, si no de toda Palestina. Al igual que la cúpula de San Pedro domina el paisaje de Roma, su graciosa cúpula se elevaba por encima de los tejados de la vieja Jerusalén. Preocupado por conquistar intacto tan venerable y majestuoso edificio, Abdullah Tell previno a la Cruz Roja Internacional de que se vería obligado a atacarla si la «Haganah» no evacuaba las posiciones que ocupaba en ella.

El jefe de la defensa judía no podía someterse a tal exigencia. La sinagoga Hurva constituía el último bastión del pedazo de barrio que aún controlaba. Caído aquél, los árabes estarían tan sólo a una quincena de metros de los tres refugios donde se amontonaban los mil setecientos civiles a los que debía asegurar la protección. Lucharía, pues, por Hurva hasta el límite de sus fuerzas. Aquel edificio llevaba en su mismo nombre el triste destino al que le condenaba aquella tenacidad. Sus constructores la llamaron «Hurva» —la Ruina—, ya que había sido construida sobre los escombros de la primera sinagoga asjenaza de Jerusalén.

Con la más profunda desesperación y desánimo que anegaba el barrio, los acontecimientos de la vida cotidiana que el rabino Weingarten hubo, tan regularmente, consignado en su memoria, continuaban desarrollándose. Así, la señora Agi dio a luz una niña, a la que llamó «Tegboret» —Refuerzos—, en memoria de la obsesión que ocupaba los pensamientos. El médico del hospital le encontró una cama, pero sólo para el período de alumbramiento. Con su recién nacido en brazos, la señora Agi regresó pronto a su lugar en la sinagoga, donde se había refugiado toda su familia.

Como cada mañana, el enfermero Jacob Rangye cosía etiquetas con sus nombres en los sudarios de los muertos por la noche. Luego se puso la propia camisa, que tan cuidadosamente guardara para la ocasión, y corrió hasta el sótano de la Yeshiva de las Puertas del Cielo, a fin de asistir a una ceremonia mediante la cual se perpetuaba la vida en aquel barrio en ruinas. Iba a casarse. Su futura esposa acababa de llegar del puesto que defendía en primera línea. Había tenido justo el tiempo de cambiar su uniforme de combate por un vestido. A la luz de una vela que el estruendo de las explosiones hacía vacilar, los dos jóvenes intercambiaron sus votos y rezaron, según el ritual del matrimonio judío, para que «pronto las ciudades de Judea y las calles de Jerusalén resuenen con el eco de la alegría y la felicidad».

Aquella mañana, en el informe cotidiano del C. G. de la Legión Árabe de la ciudad vieja, los comandantes de compañía de Abdullah Tell eran unánimes; bastaba

con un último asalto para hacer caer el barrio judío. El objetivo contra el que debían dirigir aquel último esfuerzo no ofrecía ninguna duda. La caída de la sinagoga Hurva provocaría el derrumbamiento de la resistencia judía. Como su llamamiento a la Cruz Roja Internacional había quedado sin respuesta, Abdullah Tell no tenía otra posibilidad.

—La sinagoga debe ser nuestra antes de mediodía —ordenó a sus oficiales.

—Si lo conseguimos —pidió el capitán Mussa—, ¡prométanos venir a tomar allí el té esta tarde!

—¡*Inch Allah*! —respondió el comandante del 6.º Regimiento de la Legión Árabe.

Fawzi el Kutub fue encargado de abrir un pasillo a los legionarios. Aquella misión debía constituir la apoteosis de la violenta carrera del palestino. Para hacer volar el muro del recinto de la sinagoga, ató a una escalera un barril de doscientos litros repleto de explosivos. Asiéndola por cada extremo como si se tratara de una camilla, cuatro hombres se deslizaron a través de un patio para depositar su máquina infernal al pie del muro. Nadi Dai'es, el muchacho que descubriera el cuerpo de Abdel Kader en Castel, era uno de los portadores. Revólver en mano, El Kutub apremió a sus portadores bajo las admirativas miradas de los legionarios que aguardaban poder penetrar a través de la brecha.

Cuando el barril fue colocado contra la espesa mampostería, El Kutub encendió tranquilamente la mecha con la colilla que ardía en sus labios e hizo una seña a sus hombres para que se pusieran a cubierto. Una formidable explosión abrió un boquete a los legionarios. Durante tres cuartos de hora, una decena de tiradores judíos apostados consiguieron, desde las casas vecinas, contenerles bajo un diluvio de granadas y balas. Luego, el tiroteo cesó. Los soldados beduinos hallaron en las posiciones abandonadas un botín desacostumbrado: cinco fusiles. Por primera vez, el barrio judío poseía más armas que combatientes.

Los legionarios se introdujeron en la sinagoga e intentaron subir hasta lo alto de la cúpula para colocar allí los cañones árabes. Tres de ellos fueron abatidos, pero un cuarto lo consiguió. Visible en todas partes, la bandera se desplegó en el cielo de Jerusalén, anunciando la victoria de la Legión Árabe. No era la bandera azul y blanca que David Shaltiel esperaba izar por encima de los tejados de la ciudad vieja, sino el emblema verde, rojo y negro del reino de Transjordania.

Sólo la presencia de numerosas tiendas en torno a la sinagoga impidió que aquella tarde el barrio fuese totalmente aniquilado. En efecto, las tropas árabes aflojaron su presión para dedicarse al pillaje del territorio conquistado. Aprovechando esa tregua, el jefe de la defensa judía intentó reorganizar su línea de defensa. Su única esperanza de retrasar una marejada árabe se cifraba en la reconquista de un pequeño edificio que flanqueaba la sinagoga y desde donde los escasos combatientes que le quedaban

podrían quizás impedir, con sus últimos cartuchos, que los legionarios se dirigieran hacia el centro del barrio.

El hombre más capaz de conseguirlo era el kurdo analfabeto que había formado parte de todos los ataques, llamado Isaac *el Ametrallador*. Pero incluso aquel indómito combatiente estaba desmoralizado.

—Ahora es inútil —respondió con dejadez a la muchacha que le comunicó la orden—. El fin está próximo y acabaremos de todas maneras por rendirnos.

—Isaac —suplicó la muchacha—, es necesario absolutamente volver a tomar esa posición. Los árabes sólo están a quince metros de las sinagogas llenas de mujeres y niños.

Resignado, el joven kurdo se levantó, tomó su metralleta, llamó a cinco hombres y se fue para allá. Un instante después estaba muerto. El último intento de los defensores había fracasado.

Entonces, una gigantesca explosión sacudió a toda la ciudad. Del centro de la ciudad vieja se elevaba un enorme hongo de polvo y humo que oscureció el cielo y recubrió todos los tejados de una película blancuzca. Cuando sobrevino el silencio, centenares de voces angustiadas entonaron en los sótanos de las tres sinagogas la oración más sagrada del judaísmo: la *Shema Yisrael*. El cielo de Jerusalén había perdido uno de sus más bellos monumentos, Fawzi el Kutub, en vez de Abdullah Tell, había ido a tomar el té en Hurva.

Como si la destrucción de aquel santo edificio aportase la prueba definitiva del destino al que ellos mismos se habían condenado, los habitantes amontonados en sus refugios tuvieron una extraña reacción. Desenterraron los tesoros que habían ocultado para acompañar los últimos instantes de sus pobres existencias. Sombríos y rezumando humedad, los fétidos sótanos de las tres sinagogas se convirtieron en escenario de una extraña bacanal. Aquellos a los que tantas privaciones y sufrimientos habían reducido al estado de espectros, se dedicaron a intercambiar chocolate, pasteles, cigarrillos, lentejas, arroz e incluso vino. Bruscamente vueltos a la vida, aquellos lugares albergaron un gigantesco banquete de condenados.

Moshe Russnak lanzó una última llamada al C. G. de la ciudad nueva: todo estaría consumado —prevenía— si las ayudas no llegan esta noche. Pero aquella noche el único socorro que pudo franquear las murallas se hallaba en un obús de «Davidka» al que se le había extraído la pólvora. Dos *palmachniks* la sustituyeron por la única cosa que podía ayudar a sus camaradas asediados, con los que no podían reunirse: balas. Encima depositaron un mensaje. «Valor, estamos con vosotros», decía. El proyectil cayó en las líneas árabes.

Poco después de las nueve de la mañana del viernes 28 de mayo, el timbre del teléfono resonó en el puesto de mando árabe de Abdullah Tell, en la escuela de la Raudah.

—Dos rabinos —anunciaba el capitán Mussa— salen del barrio con una bandera blanca.

Tell tomó su bastón y partió a reunirse inmediatamente con Mussa. Atravesando a toda prisa la ciudad vieja, el oficial árabe pensó en el primer conquistador musulmán en Jerusalén, el califa Omar, y en el respeto que la Historia vinculaba a su nombre por la generosidad de que diera prueba hacia los que había vencido. La leyenda hizo de él una especie de símbolo del carácter caballeresco de los árabes. Abdullah Tell deseaba que nada, aquel día, pudiera mancillar aquella leyenda.

Al entrar en la escuela armenia de los Traductores de las Sagradas Escrituras, donde Mussa había instalado su puesto de mando, Abdullah Tell se halló de improviso, frente a los primeros judíos con los que se encontrara personalmente en su vida: los rabinos Reuven Hazan, de setenta años, y Zeev Mintzberg, de ochenta y tres años. Tal como el alcalde árabe de Jerusalén lo hizo treinta y un años antes entregando la ciudad a los soldados británicos, los rabinos se presentaron con una sábana para ofrecer a la Legión Árabe la rendición de su barrio.

Dos horas de un severo enfrentamiento precedieron a aquel gesto. Para interrumpir una primera tentativa de rendición, el jefe de la «Haganah» del barrio no dudó en disparar sobre los venerables ancianos. La bala que recibió en el brazo no quebrantó, sin embargo, la determinación del rabino Hazan ni la de su colega.

—Sería necesario que nos matara —declaró a Moshe Russnak— para impedirnos ir a devolver a los árabes las llaves del barrio. Y poco importa que sean para unos o para otros. La situación no tiene esperanzas.

Derrumbado, Russnak convocó a sus adjuntos. La situación no tenía, en efecto, esperanzas; los legionarios estaban a seis metros de la primera de las sinagogas que cobijaba a los habitantes del barrio. El hospital ya no tenía ningún medicamento. Incluso los apósitos y el alcohol estaban agotados. A los últimos defensores sólo les quedaban algunos cartuchos, con los que podían resistir aún una media hora. Después, mil setecientos civiles estarían a merced de los árabes. Russnak decidió intentar ganar tiempo. Autorizó a los rabinos a pedir un simple alto el fuego, el tiempo de recoger a los muertos y heridos.

Abdullah Tell se abstuvo de dejarse engañar por aquella astucia. Cortés, pero firmemente, rogó a los dos rabinos que fueran a buscar un representante de la «Haganah».

Russnak difirió su respuesta todo el tiempo que pudo y, finalmente, ordenó a uno de sus adjuntos que hablaba árabe, Shaul Tawil, que se reuniera con el jefe árabe. Éste había invitado a un representante de la Cruz Roja Internacional, al médico suizo Otto Lehner, y al enviado de las Naciones Unidas, Pablo de Azcárate, a que asistieran personalmente a la rendición. Azcárate recordó que las negociaciones se desarrollaron con una perfecta y emocionante corrección. «El oficial árabe no

pronunció una palabra ni hizo un gesto que pudiera humillar u ofender de alguna manera a los representantes judíos vencidos». Por su parte, el oficial judío Shaul Tawil, tranquilo y digno, «no mostró el menor resentimiento ni el más pequeño signo de servidumbre». Abdullah Tell no estaba, sin embargo, dispuesto a entablar una discusión cualquiera. Sus condiciones eran sencillas y correctas. Todos los hombres útiles serían hechos prisioneros. Las mujeres, niños y ancianos serían repatriados a la ciudad nueva. Los heridos serían hechos prisioneros o evacuados, según la gravedad de su caso. Aunque sabía que numerosas mujeres combatían en las filas de la «Haganah», Tell no quiso hacer ninguna prisionera.

Mientras árabes y judíos parlamentaban, tenía lugar una escena extraordinaria. Sabiendo que una delegación había ido a ofrecer la rendición del barrio, los habitantes refugiados en el sótano de una de las sinagogas se pusieron a lanzar gritos de alegría y a recitar salmos de acción de gracias. Luego, empujando a los soldados colocados por la «Haganah» para protegerles, se precipitaron fuera. En pocos minutos, los árabes y los judíos, que se mataban entre sí pocas horas antes, se arrojaban unos en brazos de otros. Se volvieron a encontrar viejos amigos con lágrimas de alivio. Los legionarios abandonaron sus posiciones y acudieron a mezclarse con los soldados de la «Haganah». Los tenderos judíos volvieron a abrir sus tiendas. No sin amargura, Russnak vio a algunos que, a menudo, aceptaron dar a regañadientes un simple vaso de agua a sus hombres, sacar café y golosinas y dárselos a los árabes. Viendo a las dos comunidades ya totalmente mezcladas una con la otra, Russnak comprendió que todo estaba, verdaderamente, consumado. La rendición oficial no sería más que una simple formalidad. Fumó tristemente un último cigarrillo y llamó a sus oficiales. Excepto el representante del «Irgún», todos dieron su asentimiento a la capitulación. Russnak se vistió entonces un *battle-dress* australiano, se tocó con una boina, fijó una «Parabellum» a su cintura y se puso en camino para entregar a los árabes la parcela de tierra judía más vieja del mundo.

Con sus zapatos lustrados y sus uniformes cuidadosamente abotonados, los apenas treinta soldados de la «Haganah» que habían sobrevivido a la batalla se alineaban, en una perfecta formación, en un rincón del patio escogido para la rendición. Por otra parte, los habitantes del barrio empezaron a reunir a sus hijos, sus líos de ropa y los escasos enseres que pudieron arrancar de sus casas.

Contemplando la miserable tropa reunida por Russnak, Abdullah Tell sacudió la cabeza.

—Si hubiera sabido que eran ustedes tan poco numerosos —le dijo al comandante de la defensa judía—, les habríamos atacado con palos y no con cañones.

El oficial árabe se acercó a continuación al grupo de civiles. A la vista de la angustia que crispaba la mayoría de los rostros, comprendió lo que aterrorizaba a aquella lastimosa multitud: la perspectiva de una matanza. Pasando lentamente por

las filas, intentaba, con una palabra o un ademán, tranquilizar a unos y otros. En los pasillos y salas repletas del hospital, uno de sus oficiales leyó en la mirada de los heridos «la terrible certeza de que todos iban a ser matados». El periodista árabe Sam Suki, corresponsal de la agencia *United Press*, se abría paso en medio de aquel universo de miseria sobre el que flotaba un olor a muerte, cuando oyó una voz que le llamaba. Se volvió y reconoció al conductor del taxi judío cuyos servicios utilizaba habitualmente. Convencido de que los soldados árabes iban a degollarle a la salida, el pobre hombre temblaba por todos sus miembros. Suki le ofreció un cigarrillo, asegurándole que no tenía que temer nada.

El comandante Abdullah Tell iba a mostrarse tan caballeresco como el califa Omar. Las únicas víctimas de los legionarios aquella tarde no fueron judíos, sino árabes: algunos saqueadores llegados demasiado tarde al pillaje.

El más corto y triste exilio de toda la historia judía moderna comenzó poco antes del ocaso del sol. De dos en dos, los mil setecientos habitantes del barrio judío se pusieron en marcha para recorrer los quinientos metros que separaban la puerta de Sión de la ciudad nueva. Esa marcha señalaba el fin de dos mil años de presencia judía casi ininterrumpida en el interior de las viejas murallas de Jerusalén. Los últimos habitantes dejaban tras ellos los enormes bloques de piedra de los que fueron, tras otras tantas generaciones, piadosos centinelas. Tal como habían sido arrancados los tiernos árboles de los huertos de Kfar Etzion para que desapareciese para siempre toda señal de presencia judía, temían que aquel muro, alisado por las frentes de sus antepasados, fuera también desmantelado, así como todos los demás vestigios que poblaban aquel sagrado lugar del judaísmo. Ahora, mientras los primeros exiliados franqueaban la puerta de Sión, los hogares incendiados por los saqueadores y los irregulares comenzaban a consumir sus casas.

Los legionarios les formaron un cordón con sus cuerpos a todo lo largo de la travesía de estrechas callejuelas que fueron el sombrío y ferviente decorado de su existencia. Ayudaban a los ancianos, sostenían a los inválidos, llevaban en brazos a los bebés de las mujeres agobiadas por el peso de sus paquetes. Rechazaban a culatazos a la excitada multitud, detenían a los que arrojaban piedras y no dudaban en disparar por encima de las cabezas cuando algún peligro amenazaba a la miserable procesión.

Muchas de las familias que abandonaban aquel día su casa, jamás habían salido de las murallas de la ciudad vieja. Un anciano de cien años de edad sólo las había franqueado una vez, noventa años antes, para ir a ver construir las primeras casas de la ciudad nueva.

Los ancianos eran quienes ofrecían el espectáculo más desconsolador. Encorvados, con la barba sucia y el solideo luciente, dejaban tras ellos toda una vida de estudio. Aquellos que por casualidad pasaban ante su casa, se separaban de la

columna para ir a besar en el umbral la *mezuza*, el pequeño estuche que contiene el fragmento de pergamino implorando la bendición divina sobre todo hogar judío.

Llegando a la puerta de Sión, un viejo rabino salió de repente de las filas y fue a depositar un enorme paquete en los brazos del árabe Antoine Albina.

—Es un objeto sagrado de la sinagoga —declaró—. Se lo confío. Será su protección.

Era una vieja Torá de setecientos años, caligrafiada en un rollo de pergamino de piel de gacela, de una longitud de treinta y tres metros.[27]

Mientras, la ciudad nueva preparaba febrilmente el recibimiento de los refugiados. Dov Joseph decidió albergarles en las casas de Katamon abandonadas por los árabes. Encargó a su adjunto, Chaim Haller, que requisara sábanas y mantas. En la casa de una familia católica, Haller encontró gran cantidad de velas. Sabedor de que la santa comunidad del viejo barrio judío intentaría hacerse con cirios para celebrar su primer sábado de exilio, Haller se llevó todas las existencias, decidido a no revelar a sus destinatarios la naturaleza impía de sus orígenes.

El triste cortejo desfiló toda la tarde por la puerta de Sión, mientras las hogueras se multiplicaban en el barrio abandonado. Viendo desaparecer entre las llamas sus casas y calles, Masha Weingarten, la hija del rabino, pensó: «Esto es el fin de mi vida». Pese a su avanzada edad, su padre solicitó la autorización para acompañar a los prisioneros a Ammán, llevando consigo la llave de la puerta de Sión que un oficial británico le entregara catorce días antes.

El joven Abraham Ornstein y su hermana Sarah pudieron efectuar una última visita a la casa donde perecieron sus padres. «Estaba llena de libros y recuerdos de nuestra infancia», recordó Abraham. Deseó llevarse alguna cosa, pero no consiguió elegir nada. Sarah cogió el primer objeto que tuvo a mano y lo deslizó en su bolsillo. Luego se separaron. Ella tomó el camino de la ciudad nueva, y su hermano, el de un campamento de prisioneros, en compañía de doscientos noventa y tres hombres útiles.

Desde una esquina de la calle cerca de la puerta de Sión, el árabe que condujo su cruzada destructora contra aquel barrio, observaba partir a los últimos refugiados. Toda su vida, Fawzi el Kutub flanqueó a los judíos en aquella ciudad vieja de Jerusalén donde naciera. Comprendió de repente que les veía por última vez. Su patética procesión consagraba la victoria de la despiadada carrera que inaugurara, doce años antes, al arrojar una granada sobre un autocar judío.

Entre los últimos en franquear la puerta se hallaba Leah Wultz. La brutal irrupción de legionarios en su pequeño laboratorio no le dio tiempo a utilizar la granada que había separado para suicidarse. Viendo cómo el incendio devoraba el barrio, pensó «en los judíos de España abandonando sus ghettos en llamas». Llena de amargura, gritó frente a los primeros judíos que distinguió en la ciudad nueva:

—¡Judíos! ¡Vosotros os quedáis aquí, y nosotros hemos debido rendirnos!

Caía la noche y sólo quedaban en el viejo barrio los ciento cincuenta y tres heridos, que se amontonaban, en un concierto de quejidos, bajo las bóvedas del hospital. Una comisión médica debía venir para organizar su transporte. Pero el incendio que consumía el barrio amenazó pronto el edificio. Viendo llegar a los legionarios, los heridos creyeron que iban a ser asesinados. Pero los árabes acudían, al contrario, a intentar poner a sus adversarios a cubierto del incendio. Los transportaron al recinto del patriarcado armenio.

En el mismo instante, Abdullah Tell recibía una llamada telefónica que culminaba, para él, aquella terrible jornada. Con voz triunfante, el rey de Transjordania felicitó calurosamente al joven oficial al que, diez días antes, envió en ayuda de Jerusalén.

En cada casa de la ciudad nueva donde habían sido conducidos, los refugiados encontraron a judíos para ayudarles a acostumbrarse al brusco cambio de su existencia. Chaim Haller corría de estancia en estancia para reconfortar a aquellos que la suerte le envió. «Parecían completamente desamparados», recuerda. Pero, con gran sorpresa suya, comprendió lo que angustiaba a los desgraciados. No era el haber rozado la muerte y haber perdido todo lo que poseían. Era, al trasladarse de la puerta de Sión al barrio de Katamon aquel viernes por la noche, el haber profanado, por primera vez en su vida, el sábado.

Haller hizo entonces lo único que pudo atenuar su desesperación. Puso en manos de cada hombre y mujer una de las velas bendecidas por las plegarias de otra religión, para la que Jerusalén también era la Ciudad Santa. Mientras se encendían una a una, Haller vio los rostros en torno a él iluminarse de alegría, inmersos en la felicidad de haber respetado uno, al menos, de los mandamientos del sábado, tras haber violado tantos otros.

En el monasterio armenio, extendida sobre una camilla, la joven inglesa Esther Cailingold agonizaba. Ya no había más morfina para calmar sus atroces sufrimientos. El herido que yacía a su lado vio a un anciano inclinarse sobre ella y ofrecerle el único calmante que poseía: un cigarrillo. Esther levantó suavemente la mano para cogerlo, y luego dejó caer el brazo.

—No —murmuró—, es sábado.

Esas fueron sus últimas palabras. Minutos después, entraba en coma. Bajo su almohada se hallaba una carta que escribió cinco días antes a sus padres, caso de que le sucediera algo durante la batalla del viejo barrio. Era el testamento que dejaba la joven inglesa.

Queridos papá y mamá:
Os escribo para suplicaros que aceptéis todo lo que me pueda ocurrir, con

la serenidad que deseo. Libramos un difícil combate. He saboreado el infierno, pero ha valido la pena, porque estoy convencida de que el fin de esta batalla verá la realización de nuestras esperanzas. He vivido plenamente mi vida, y me ha sido muy dulce vivir aquí, en nuestra tierra.

Espero que un día, pronto, vengáis todos y gocéis de los frutos de nuestra lucha. Sed felices y acordaos de mí sólo en la alegría.

Shalom,

ESTHER

El gigante de barba rosada que yacía al lado de la muchacha se puso a sollozar mientras se espaciaba poco a poco el aliento de su respiración. Fuera, las llamas que devoraban el barrio por el que había muerto, teñían de rojo la noche, iluminando las tinieblas con ramilletes de chispas. Tumbado en la oscuridad, Yeshuv Cohen pensaba en un versículo de la Biblia que a menudo había recitado cuando era niño. Se puso a cantarlo, suavemente al principio, y luego cada vez más fuerte, hasta que brotó de su camilla toda la potencia de su voz baja y profunda. Los demás heridos acostados en la oscuridad en torno a él, repitieron a coro las palabras. Un canto de orgullo, un canto de desafío resonó bien pronto bajo las altas bóvedas:

—Judea será destruida por la sangre y por las llamas y renacerá por la sangre y por las llamas.

43

«BUENAS TARDES Y BUENAS NOCHES DESDE JERUSALÉN»

Sobre una prominencia, a cinco kilómetros de Jerusalén, un teniente estudiaba atentamente el mapa, a escala 1:25 000, desplegado ante él. El árabe Emile Jumean, de veinticuatro años, del 1.º Regimiento de Artillería de la Legión Árabe, dio un nombre cifrado a cada uno de sus objetivos. «Notre-Dame de France» era *Whisky*, en recuerdo de la bebida favorita de sus ex ocupantes escoceses; la «Agencia Judía», *Flor*; y el «Orfelinato Schneller», transformado en base de la «Haganah», *Diamante*. El joven oficial árabe maridaba la fuerza que constituía, en aquel momento, la amenaza militar más inmediata que pesaba sobre la ciudad nueva de Jerusalén: doce cañones del 88.

Una vez en su poder la ciudad vieja, el comandante Abdullah Tell esperaba que sus beduinos se lanzaran al asalto de la ciudad judía. Pero Glubb, escarmentado por su fracaso ante los muros de «Notre-Dame de France», rechazó categóricamente aquella sugerencia. Lleno de amargura, Abdullah Tell se dirigió, pues, a sus compañeros de la artillería, para que intentaran arrancarle la decisión que le hubiera gustado obtener él. Un metódico martilleo de la ciudad acabaría —pensaba— por hacer insoportable toda vida en los barrios judíos, y forzaría a sus habitantes a capitular.

El teniente Jumean colocó sus piezas sobre tres prominencias estratégicas. Además, sobre un tejado de Sheij Jerrah, en el minarete de la mezquita de Nebi Samuel y en una casa del monte de los Olivos, tres oficiales de observación estaban apostados, dispuestos a dirigir su tiro sobre cualquier blanco. Incluso con la restringida dotación fijada por Glubb —diez obuses diarios por pieza, más algunos proyectiles obtenidos secretamente—, el teniente Jumean podía sumergir a la ciudad en un verdadero infierno.

Contra aquella amenaza, los judíos estaban indefensos. Las piezas árabes disparaban desde demasiado lejos para que la «Haganah» pudiera organizar una incursión contra ellas. Finalmente, fue una ordenanza británica de 1920 lo que —ironía de la Historia— salvaría a la ciudad de una completa destrucción. A fin de preservar el tradicional carácter de Jerusalén, obligaba a los arquitectos a construir todas las casas con grandes piedras. En contrapartida, no había ninguna ordenanza para salvar la vida de sus habitantes. Día tras día, mientras las bombas árabes rugían por encima de los tejados, aumentaba la lista de víctimas. Al final de la batalla,

Jerusalén perdería —proporcionalmente— cinco veces más habitantes que Londres en el peor momento de los bombardeos nazis.

Contra aquella terrible ofensiva, la «Haganah» solamente podía contestar de forma irrisoria. En una cervecería abandonada del arrabal de Givat Shaul, Elie Sochaczewer —el judío que, una noche del invierno precedente, utilizara los dos viejos cañones del club «Menorah» para convertirlos en «Davidka»— fabricaba a toda prisa explosivos para las granadas, minas y obuses, que desesperadamente necesitaban los soldados de Jerusalén. Poseía un verdadero tesoro: un almacén de insecticida a base de clorato de potasa. Gracias a una complicada química, consiguió elaborar una especie de *cheddita*, el potente explosivo al que la pequeña ciudad francesa de Chedde —que lo fabricaba— diera su nombre.[28] Tal respeto rodeaba a sus trabajos, que una mañana un rabino irrumpió en su laboratorio para abrazar y bendecir cada obús de «Davidka» que se hallaba allí.

Los proyectiles eran tan preciosos, que David Shaltiel los economizaba con terrible parsimonia. Nadie tenía derecho a disparar un solo obús de mortero o de «Davidka» sin su autorización personal. Cuando una unidad reclamaba apoyo de artillería, llegaba incluso a aguardar la caída de un obús árabe en el vecindario y reivindicar en presencia de sus hombres la paternidad de aquel disparo para sostener su moral. Pero, pese a todas esas precauciones, las reservas descendieron hasta un nivel crítico, y el aprovisionamiento en municiones individuales no era mejor. Estaba estrictamente prohibido, salvo permiso especial del Estado Mayor, disparar con ametralladora o con fusil ametrallador si no era tiro a tiro. Los defensores de «Notre-Dame de France» no debían abrir fuego sobre ningún blanco a más de cien metros. Incluso llegó una noche en que los fusiles de «Notre-Dame» tuvieron solamente cinco o seis cartuchos cada uno. A fin de no revelar al enemigo esta trágica situación, instrucciones formales prohibían toda conversación por teléfono o por radio concerniente a las armas y municiones. Las escasas cajas de cartuchos que llegaban por avioneta, eran recogidas inmediatamente por el responsable del armamento, un grueso fabricante de quesos de origen yemení, llamado Yaffe. Éste los distribuía en escondites, conocidos solamente por él y por el comandante de Jerusalén. Aquellas «raciones de chatarra», como los judíos denominaron el puñado de cartuchos y los escasos obuses que distribuía el yemení, eran tan irrisorias como las de Dov Joseph para sus estómagos. La última ración, la que no sería repartida más que en el último momento, estaba guardada en un sótano de la «Agencia Judía». Al atardecer del 29 de mayo, al día siguiente de la rendición del viejo barrio, Isaac Levi descubrió que aquel instante bien hubiera podido llegar varias horas antes. Aquella mañana sólo les quedaban a las unidades que defendían la ciudad ocho obuses de mortero de tres pulgadas y cuarenta cartuchos por fusil.

Pero el hambre y la sed dominaban todas las demás preocupaciones. Dando a

Jerusalén el nombre en clave de «Bacalao» el día de su salida, los militares británicos rindieron un involuntario homenaje al único artículo que aún contenían los depósitos de Dov Joseph. Gracias a una vieja provisión maloliente de pescado seco, los habitantes no morían, literalmente, de hambre. Muchos soldados caían de inanición. Algunos polcaban por un pedazo de salchicha o un mendrugo de pan. Para galvanizar las energías de los defensores de vientre vacío, Shaltiel debió lanzar una proclama: «¡Soldados —decía—, acordaos de que los ancianos, mujeres y niños de Jerusalén tienen tanta hambre como vosotros!».

Los habitantes desplegaban, para sobrevivir, todos los recursos de su imaginación. Cuando la sequía hubo agostado los últimos manojos de *jubeiza*, las mujeres de Jerusalén recogieron las viñas locas de los jardines, cuyas hojas, una vez hervidas, ofrecían una vaga semblanza con las espinacas. Fragmentos de pan ácimo humedecido con algunas gotas de aceite constituían el alimento principal. Irónicamente bautizada como «grasa de mono», la pasta obtenida se extendía sobre otra galleta. La enfermera Ruth Erlik plantó rábanos en el reborde de su ventana. Los regaba con las últimas gotas de su ración de agua, cuando ésta acababa su ciclo completo de variadas utilizaciones. Por toda bebida, la señora de David Rivlin no ofrecía a sus invitados más que una taza de agua hervida en su viejo samovar, con la secreta esperanza de que el augusto recipiente comunicara a su brebaje un poco del sabor de los centenares de litros de té que allí hirvieron. Pronto, las consecuencias de aquellas privaciones se convirtieron en alarmantes. Subalimentados, los niños estaban expuestos a todas las enfermedades. Ya llenos de heridos, los hospitales no podían acogerles.

Dov Joseph suplicó a Ben Gurion que organizara lo antes posible lanzamientos masivos de alimentos en paracaídas. Tras haber consultado a expertos en aviación, Ben Gurion le anunció que se intentaría lo imposible para lanzar en paracaídas, semanalmente, casi tres toneladas. Aquella cifra hizo brincar a Dov Joseph. «Las necesidades vitales mínimas para una sola semana se elevan a ciento cuarenta toneladas de harina, tres de polvo de huevos, diez de leche en polvo, diez de pescado seco y diez de queso —cablegrafió a Ben Gurion—. Sus tres toneladas no resolverán nada en absoluto».

No teniendo el menor medio de poner en marcha tales cantidades, Ben Gurion no pudo más que dirigir un mensaje de ánimo a la población. «Valor —decía—. Pronto el ejército liberará y salvará nuestra capital».

La penuria general atañía a todos los sectores. Faltos de carburante, los camiones ya no se llevaban las basuras, que se amontonaban, exhalando pestilentes olores. El aflujo de heridos convertía las condiciones de los hospitales en más dramáticas cada día. Por falta de antibióticos y aparatos de esterilización, la gangrena causó terribles estragos. Luchando perpetuamente contra el vértigo del hambre, el profesor Edward

Joseph realizaba con su equipo una media de veintiuna operaciones diarias. Llegó a trabajar veinticuatro horas de un tirón.

Los cigarrillos desaparecieron por completo. Ni siquiera tenía nada el fumador empedernido que era David Shaltiel. Una noche, su adjunto, Yeshurun Schiff, descubrió tres colillas aplastadas en la calle. Corrió a llevárselas a su jefe y, como escolares, los dos hombres se apresuraron a saborear todas las delicias de aquella ganga.

Pese al sombrío cuadro que ofrecía la ciudad, subsistían, sin embargo, algunos signos de vida normal. Uno de los más apreciados era «*Kol Yerushalayim*: La Voz de Jerusalén», una emisora de radio improvisada. Los miembros más populares de su equipo eran los treinta músicos de su orquesta. Como quiera que no había fluido eléctrico para permitir a los aparatos de radio captar sus conciertos, éstos tenían lugar, en plena calle, cada martes, interpretando su repertorio ante los que tenían el suficiente valor como para desafiar el bombardeo árabe. Cuando éste llegaba a extremos verdaderamente violentos, los músicos se refugiaban en su estudio improvisado, donde continuaban, imperturbables, la ejecución de sus fragmentos.

Cada tarde, no obstante, se restablecía la corriente eléctrica durante algunos minutos, a fin de permitir a la población escuchar el boletín de información difundido en hebreo, árabe, inglés y francés. La sala de redacción de aquel diario hablado estaba instalado en un lugar donde otrora casi se apretujaban los noctámbulos de la ciudad: el «Café Rehavia», cerrado a causa de la escasez.

Jugando al escondite con los estallidos de los obuses, los periodistas de *La Voz de Jerusalén* pasaban su jornada en una perpetua carrera entre el campo de batalla, el café y su micrófono. Un eminente arqueólogo, llamado Robert Pireau, escribía y leía, con pluma y voz igual de cálidas, los boletines en lengua francesa.

Aquellas noticias volvían a dar constantemente a los habitantes de Jerusalén la convicción de que podían resistir. Muchos de ellos no olvidarían jamás aquellas noches pasadas en el fondo de un oscuro sótano oyendo, bajo los bombardeos, la tranquila voz del locutor, que repetía las palabras de consuelo: «Buenas tardes y buenas noches desde Jerusalén».

Los rigores de la batalla no perdonaban a la población árabe, aunque no soportase idénticos males. Preludio de una tragedia que debía prolongarse indefinidamente, el principal problema era el de los refugiados. Alrededor de treinta mil personas huyeron de los barrios de la ciudad nueva, conquistados el 14 y 15 de mayo por la «Haganah», y se amontonaron en la ciudad vieja, o acamparon en Sheij Jerrah. Aquellos aflujos de población acrecentaban la densidad humana en tales proporciones, que únicamente la penuria de municiones que sufría la artillería judía evitó por aquel tiempo una escalofriante matanza.

Las condiciones sanitarias, en aquellos núcleos de casas, eran lastimosas. Nubes

de moscas y hordas de ratas poblaban las callejuelas llenas de basuras y detritos. El improvisado hospital instalado en el «Hospicio austríaco» carecía de todo. Los cementerios estaban bajo el fuego de los tiradores de la «Haganah», y era preciso enterrar a los muertos en los jardines o patios traseros. El padre Eugene Hoade, franciscano irlandés, debió incinerar, en el huerto de Getsemaní, los cuerpos de dos de sus compatriotas que habían desertado del Ejército británico para luchar al lado de los árabes.

La central eléctrica municipal, al estar ocupada por los judíos, obligaba a la ciudad vieja a vivir en una oscuridad casi completa. Incluso el agua faltó, al ser la ciudad árabe alimentada también en parte por las conducciones que los saboteadores del Mufti volaron para hacer perecer de sed a la población judía. Pero a catorce kilómetros de la ciudad, se consiguió reactivar el antiguo manantial de Ein Fara, y los grifos de la ciudad vieja volvieron a chorrear.

Georges Deeb, el hombre que enviara al ejército egipcio los mapas de carreteras de su «paseo» hasta Tel-Aviv, realizaba otra hazaña. Hizo venir, por camión, diez mil toneladas de provisiones de los depósitos del mayor almacenista de Beirut, lo cual alejaba para los árabes de Jerusalén el espectro del hambre. Deeb aún lo hizo mejor. Cargó sobre la venta de todas las mercancías un impuesto del diez por ciento en provecho de la municipalidad, consiguiendo así llenar las arcas que la pérdida del cheque de Antoine Safieh vaciara súbitamente.

Con gesto brusco, el Primer Ministro de Transjordania, Tewfic Abu Huda, tomó una hoja de papel de su despacho y la alargó a Sir John Glubb. Se trataba de un despacho del War Office, de Londres, que acababa de llegar a Ammán. El Gobierno británico, decía, teniendo conocimiento de los combates que se desarrollan en Palestina, experimentaría el más vivo embarazo caso de que fuese hecho prisionero algún individuo británico. En consecuencia, todos los oficiales británicos que sirven en las unidades de la Legión Árabe, deben ser retirados inmediatamente del campo de batalla.

—¿Ésta es la clase de aliada que tenemos en Gran Bretaña? —preguntó Abu Huda con sorna.

Aquella orden constituía una verdadera bomba diplomática. Significaba una vuelta casi completa de la posición británica. «Tras haber dejado durante semanas luz verde a los árabes, les cortamos de improviso el camino», diría más tarde amargamente el embajador de Gran Bretaña en Ammán, Sir Alec Kirkbride. De un raquetazo, Londres privaba a Glubb de los oficiales que hacían de la Legión Árabe una fuerza excepcional. Para el general inglés, aquella breve entrevista con el Primer Ministro transjordano, quedaría para siempre como uno «de los más penosos y humillantes» momentos de su vida.

La decisión británica era, de hecho, una alineación con las posiciones de

Washington respecto al Oriente Próximo. Para conseguirlo, Estados Unidos llegó hasta amenazar a Londres con privar a la economía británica de la ayuda vital que le aportaban para recuperarse de la guerra.

El trozo de papel que Tewfic Abu Huda acababa de presentar a John Glubb no era, además, el único mensaje que Londres enviaba aquel día a Ammán. Varias horas después llegaba una noticia aún más importante. Gran Bretaña imponía un embargo sobre todas sus entregas de armas al Oriente Medio. Incluso el importe de las subvenciones atribuidas a la Legión Árabe podía ser revisado, hacía saber el Foreign Office, si Transjordania desafiaba a las Naciones Unidas. Para John Glubb, tales decisiones eran «absolutamente catastróficas».

La misma noche convocó a uno de los oficiales afectados directamente por aquel brusco cambio de actitud: el coronel Hugh Blackenden. Le encargó trasladarse inmediatamente a Londres para suplicar que el War Office no aplicase un embargo absoluto; además, abriría una oficina de reclutamiento para remplazar los oficiales retirados.

—Debemos intentar salvaguardar todo lo que aún no se ha perdido en este desastre —explicó—, a fin de colocar aquí, en Palestina, los fundamentos de un Estado árabe viable, gobernado por Abdullah, y cuyo interés sea el de conservar los lazos con Inglaterra.

Si se privaba a la Legión Árabe de sus oficiales y municiones —pensaba—, le quedarían dos caminos por elegir: encaminarse a un desastre militar, o abandonar a su suerte el territorio que tenía por misión defender.

Treinta y seis horas después, el coronel Blackenden abría en Londres, en el número 6 de Upper Fillimore Gardens, una oficina de reclutamiento para la Legión Árabe.

El primer ciudadano en cruzar el umbral presentaba, con su rostro escarlata y su «aliento capaz de cortar la leche», todos los indicios «de una monumental resaca». Pero el peso de todas las condecoraciones que llevaba el capitán Geoffrey Lockett era capaz de convencer a cualquier hombre.

Tres horas más tarde, un avión trasladaba hacia Ammán al primer recluta de Glubb Pachá.

Las infidelidades de su aliada no impidieron que el rey Abdullah se mostrara, hacia los súbditos, como el más cortés de los soberanos. El mismo día en que Londres reclamaba a los oficiales que servían en la Legión Árabe, el monarca se apuntó un tanto a su favor al visitar a los dos británicos que fueron heridos a su servicio. Tras haber estrechado ceremoniosamente la mano del mayor John Buchanan, el rey depositó en sus brazos un enorme ramo de flores.

44

«HEMOS ATRAVESADO EL MAR ROJO, ¿NO?»

El hombrecillo calvo y cincelado que irrumpió en el asilo infantil del kibbutz de Hulda, donde Shlomo Shamir instaló el puesto de mando de su 7.ª Brigada, no era israelí. Ex alumno de West Point, veterano del desembarco de Normandía y de la campaña de Europa y titular de una colección de condecoraciones americanas y británicas, el judío americano David Marcus abandonó sus funciones de coronel en el Pentágono para luchar en un ejército fantasma. Su llegada a Hulda era fruto de una de las empresas más secretas de David Ben Gurion. La nueva guerra exigía no sólo un armamento moderno, sino que también reclamaba estrategas. Encargó, pues, a sus agentes en los Estados Unidos, que reclutaran a un determinado número de jefes militares, con los cuales constituiría un Alto Estado Mayor de la «Haganah».

El general Walter Bedell Smith, antiguo jefe de Estado Mayor de Eisenhower, se hallaba entre los que aceptaron poner su experiencia al servicio del nuevo Estado. Pero un veto formal del Departamento americano de Defensa hizo fracasar aquella empresa. Únicamente el coronel Marcus desafió aquella prohibición, que redujo a la nada el proyecto de Ben Gurion.

Preocupado siempre por la situación de Jerusalén, el anciano líder dio a Marcus la misma misión que a Yadin: tomar Latrun y abrir la carretera de Jerusalén.

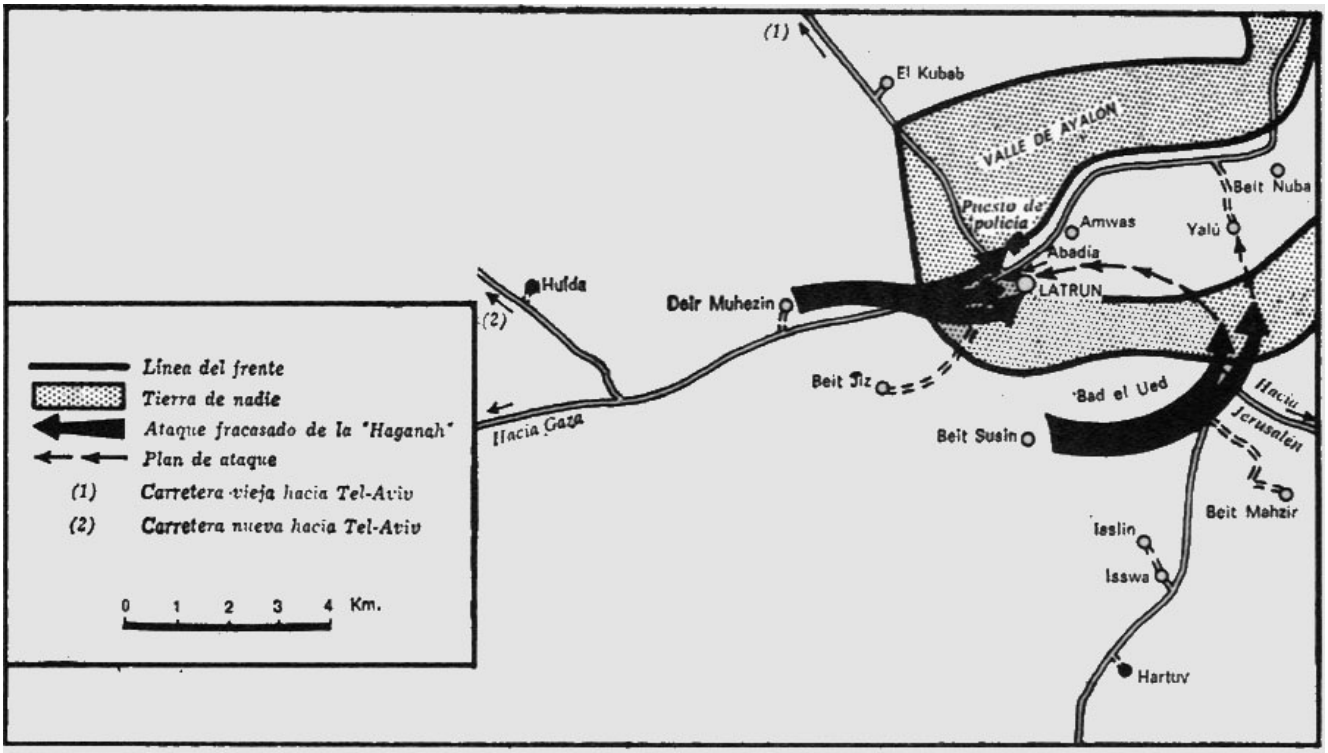
El coronel americano traía en el bolsillo de su *battle-dress* una orden que hacía de él, aquel 28 de mayo, el comandante en jefe de todo el frente de Jerusalén, desde Latrun hasta la ciudad. Ben Gurion dio al jefe de aquellas fuerzas el nuevo grado de *Aluf*, haciendo así de David Marcus el primer general del ejército judío desde Judas Macabeo.

Marcus llegaba a Hulda para organizar un nuevo ataque con Shlomo Shamir. Los dos hombres convinieron en mantener, en líneas generales, la misma táctica: un asalto frontal contra los dos flancos del dispositivo enemigo. Pero les fue preciso tener en cuenta las razones del fracaso precedente; y, con una precisión de relojeros, decidieron conducir, aquella vez, su asalto.

Comenzaron por limpiar la zona desde donde se lanzarían sus fuerzas, ocupando los dos caseríos árabes de Beit Jiz y Beit Susin. Luego obligaron a sus oficiales a reconocer minuciosamente el terreno y a enviar numerosas patrullas, a fin de obtener lo que tan cruelmente fracasó la primera vez: informaciones sobre las defensas árabes. Remplazaron los restos del batallón prestado por la «Brigada Alexandroni»,

por otro de la «Brigada Givati». A esta unidad, mandada por Jacob Prulov, veterano del «Palmach», le correspondió la tarea esencial del ataque: conquistar las prominencias de Bab el Ued, ocupar los pueblos árabes de Deir Ayub, Yalu y Beit Nuba, rodear las posiciones de la Legión Árabe, dirigiéndose a continuación sobre Latrun. Contra las mismas prominencias de Latrun, Marcus y Shamir lanzarían el primer ataque blindado del ejército de Israel.

Comparados con los ejércitos de carros que se enfrentaron en el desierto de Libia durante la Segunda Guerra Mundial, los trece *half-tracks* comprados por Xiel Federman en Amberes el día de Navidad y las veintidós autoametralladoras de fabricación local, parecían ridículos. Más para el judío que reunió los recuerdos de los ejércitos de Napoleón a orillas del Beresina, eran el orgullo de Israel. En tres días de frenéticos esfuerzos, Chaim Laskov consiguió formar tres grupos de asalto, cuya acción concertada debía concentrar a todas las fuerzas árabes ante ellos y permitir a Prulov rodear el dispositivo enemigo sin hallar oposición. El grupo de la izquierda debía conquistar el caserío de Latrun; el de la derecha, el nudo de carreteras de Ramallah, Tel-Aviv y Jerusalén. El grupo más poderoso, situado en el centro, tenía la misión más dura: apoderarse de la principal posición enemiga, el antiguo puesto de Policía británico. La conquista de este último objetivo se anunciaba tan difícil, que Laskov la repitió con una minuciosidad de director de escena. En un campo próximo al kibbutz reconstruyó con cajas, arena y piedras, todo el decorado de las alturas: las ruinas del castillo cruzado en la colina; la abadía trapense, con su bosquecillo de árboles; la pequeña carretera de Ramallah y, justo enfrente, el vasto cuadrilátero, lleno de aspilleras, del puesto de Policía. Una providencial coincidencia quiso que Laskov conociese incluso la disposición interior del edificio. Un año antes, empleado en la «Palestina Electric Co.», instaló una línea de alta tensión en aquel sector y halló a sus ocupantes británicos, que le invitaron a visitar sus instalaciones. Una importante puerta blindada dominaba la entrada del puesto, y una torre fortificada protegía los flancos. Laskov previó volar aquella puerta con una carga de doscientos cincuenta kilogramos de TNT. En cuanto a la torre, pensaba neutralizarla con las armas más terroríficas con que contaba, armas de las que ya se había servido contra los soldados de la Wehrmacht, cerca de Roma: lanzallamas. Fabricados en los talleres de la «Haganah» según sus instrucciones, aquellos lanzallamas serían montados en los *half-tracks*. Podían proyectar a veinticinco metros un chorro de napalm que una bala de revólver inflamaría justo delante del vehículo. Laskov estaba convencido de que los legionarios de la torre, aterrorizados por la idea de quemarse como teas, huirían cuando se acercasen. Sin embargo, era un arma delicada, cuyo uso presentaba también inconvenientes. Por no haberlo previsto, un desastre iba a abatirse sobre los blindados de Israel.



SEGUNDO ATAQUE Y SEGUNDO FRACASO JUDÍOS ANTE EL REDUCTO ÁRABE DE LATRUN

(30 de mayo de 1948)

Contrariamente al ataque anterior, la «Operación Ben Nun II» comenzó a la hora prevista. A las diez de la noche exactamente, el domingo 30 de mayo, los morteros y «Napoleonchiks» de Shlomo Shamir comenzaron a martillar las posiciones árabes de Latrun, mientras Prulov se dirigía hacia Bab el Ued.

Sacado de su jergón por las primeras explosiones que sacudieron la abadía, el padre Martin Godart se puso su hábito y sus sandalias y se precipitó fuera de su celda. Si el eminente teólogo del dogma de la Encarnación corría a gran velocidad, no era porque temiese por su vida o por los objetos consagrados en la capilla. Pasando como un rayo a través de los pasillos ya sembrados de vidrios rotos, se dirigió hacia el lugar donde yacía el tesoro más preciado de la abadía: los instrumentos que le permitieron hacer famosas las mejores mesas de Oriente Próximo. Con los suaves ademanes de un conservador de museo trasladando las reliquias de una civilización desaparecida, el trapense destilador fue a ocultar sus retortas y alambiques en el sótano más profundo de la abadía.

El claustro que los monjes acababan de adornar con flores y ramas de olivo, a fin —como escribió uno de ellos— de «que Jesús no supiese que Palestina estaba en guerra», se cubría con un colchón de tejas destrozadas, estatuas decapitadas y vidrieras rotas. Los obuses caían cada vez más cerca. Un sofocante olor de polvo y pólvora resecó la garganta de los miembros de la comunidad que se habían cobijado allí.

Finalmente, con una vela en una mano y su camastro en la otra, los monjes descendieron al sótano del padre Godart para buscar refugio cerca de los toneles de

exquisitos vinos.

Encaramado en la cresta que dominaba la abadía, el coronel Habes Majelli, al mando de la defensa árabe, escrutaba con sus oficiales la noche henchida por los relampagueos de las explosiones. Mientras se calmaba la barrera de artillería, un Chirrido de orugas ascendió de la llanura, allá abajo. Los judíos atacaban. Majelli se volvió hacia un hombrecillo vestido con una larga túnica.

—Ruegue a Alá para que nos conceda una nueva victoria —ordenó al imán del regimiento.

Laskov también escuchaba el ruido tranquilizante de sus *half-tracks* que avanzaban a través de la noche en dirección de Latrun. Observó su reloj. Era medianoche.

En el tercer blindado, con unos auriculares en la cabeza, una polaca rubia de diecinueve años veía aproximarse la oscura línea de las colinas. Hadassah Limpel atravesó medio mundo para obtener el privilegio de lanzarse en un *half-track* hacia las posiciones que obstruían el camino de Jerusalén. Nueve años antes, los «Panzers» de la Alemania nazi pusieron fin a su infancia arrojándola a las carreteras de Polonia y de Rusia. Desde Siberia, entre un miserable tropel de mil quinientos niños polacos, a los cuales nadie quería, fue enviada a Irán y luego a Karachi. Desde allá, un viaje en inmundas barquichuelas la condujo a Bombay, Adén y Port Said y, finalmente, a un muelle de la Tierra Prometida.

No conocía a nadie en aquel muelle, entre los centenares de familias congregadas con la esperanza de volver a encontrar un hijo o un pariente perdido en el caos de la guerra. Enviada a un kibbutz, Hadassah Limpel se encargó de reunir a todas las jóvenes con las que, en adelante, iba a compartir su vida. Para conseguirlo, se enroló en las filas del movimiento juvenil del «Palmach». Durante toda la cruel primavera de 1948, armada con una metralleta y dos granadas, la pequeña polaca escoltó, con sus camaradas, los convoyes que los guerrilleros de Abdel Kader intentaba detener. Bloqueada en Tel-Aviv por el corte de la carretera, se presentó voluntaria para aprender a manipular los aparatos de radio comprados por Xiel Federman. Esperaba, mediante aquel compromiso, consagrar su pertenencia al ejército del nuevo Estado. «Estoy segura que no sentirás vergüenza de lo que yo he hecho aquí —escribió a su madre, que se había quedado en Polonia—, y que cuando vengas, te encontrarás con un país libre».

Con todos sus sentidos al acecho, el capitán árabe Izzat Hassan se esforzaba por seguir el ruido de las orugas que avanzaban a través de la llanura de Latrun. Jefe de la compañía de apoyo del regimiento de la Legión Árabe, era responsable de los cañones anticarro y de los morteros que debían detener el ataque. Con los ojos pegados a las mirillas de tiro, sus artilleros horadaban la oscuridad para distinguir en ella cualquier blanco móvil. Toda la atención del oficial árabe se centraba, entonces,

en un relieve qué formaba la carretera al pie del puesto de Policía y sobre el cual reguló el alza de sus cañones. Si conseguía descubrir el paso de los *half-tracks* judíos en aquel lugar, estaba seguro de destruirlos todos.

En el tejado del puesto de Policía, detrás de su ametralladora «Vickers», el sargento ruso Yussef Saab vigilaba también aquel relieve. En torno a él, agazapados detrás de sacos terreros, otros legionarios aguardaban, granada en mano. Justamente debajo, en el fortín que guardaba la puerta del edificio, Mahmud Ali Russan, primo del comandante segundo del regimiento, tenía apretado contra su hombro el tubo de su bazooka. Todos iban a experimentar una súbita sorpresa.

Protegidos por la humareda de sus granadas fumígenas y por la oscuridad de la noche sin luna, los *half-tracks* judíos franquearon el relieve sin recibir ni un solo obús. Procedente del vehículo de mando que llevaba el nombre cifrado de «Yora», Laskov oyó la voz suave y tranquila de la joven Hadassah anunciar:

—Franqueamos sus alambradas.

En el mismo instante, su atención fue atraída por la trayectoria de una luz verde que subía al cielo. Acogió aquel haz luminoso con una sonrisa de satisfacción. Prulov hizo saber así que acababa de conquistar su primer objetivo: el pueblo de Deir Ayub, encima de Bab el Ued. Laskov estaba tranquilo: Prulov desembocaría bien pronto sobre la retaguardia de las posiciones árabes que atacaban sus blindados. Varios minutos después, Laskov oyó una serie de violentos disparos procedentes de la misma dirección que el cohete. «Prulov acaba de caer en un núcleo de resistencia», pensó.

En Latrun, el ataque se desarrollaba exactamente como había previsto.

—El *half-track* número uno está a cincuenta metros de la puerta —anunció Hadassah Limpel.

Por una extraordinaria casualidad, la ráfaga de ametralladora que disparó el blindado halló el proyectil que acababa de lanzar el bazooka árabe situado ante la entrada principal e hizo desviar su trayectoria. El servidor árabe del bazooka fue muerto. Bajo la lluvia de granadas de los legionarios apostados en el tejado, los judíos del *half-track* de cabeza corrieron a depositar su carga explosiva ante la puerta. Era inútil. Los árabes habían olvidado cerrarla. A trescientos metros de allá, el capitán Hassan seguía la batalla con inquietud. No conseguía distinguir en aquellas tinieblas el emplazamiento exacto de los *half-tracks* judíos, y temía que sus obuses hirieran también a los defensores árabes.

—Lanzallamas en posición —anunció la voz de Hadassah Limpel desde el blindado de mando «Yora».

Una fantástica riada de luz desgarró de repente la noche, iluminando como en pleno día la fachada del puesto de Policía. Ante aquel alucinante espectáculo, el capitán Russan pensó «que los judíos iban a cortar la puerta con una batería de

sopletes». Cuando la carga explosiva desintegró la puerta en una nube de metal incandescente, un comando judío saltó del segundo *half-track* y se dirigió al interior del puesto. Pronto, un salvaje combate cuerpo a cuerpo con granadas, metralleta y, finalmente, con cuchillos, cubrió la planta baja del edificio con un horrible montón de moribundos. Legionarios e irregulares se lanzaban juntos a la lucha invocando el nombre de Alá. Pero la suerte de la batalla iba a decidirse afuera. Los haces de fuego de los lanzallamas con los cuales contó Laskov para hacer huir a los defensores de la torre y del tejado, incendiaron la fachada. Entonces, las llamas iluminaban toda la zona de ataque como los proyectores de un escenario teatral. Blancos perfectos, el capitán Hassan vio, de súbito, perfilarse los *half-tracks* israelíes. La luz era tan viva, que el capitán Russan distinguió incluso «una cabellera rubia tocada con unos auriculares de radio».

Con su voz tranquila, Hadassah Limpel continuó describiendo el ataque a Laskov: Yaaki, el jefe del grupo de asalto, acababa de abandonar su *half-track* para ir a ver lo que pasaba en el interior del puesto. Apenas dio algunos saltos cuando una lluvia de balas trazadoras, procedentes del tejado, le atrapó en su luminoso camino. Su adjunto, un joven inmigrante que combatiera en el Ejército Rojo, quiso recoger al comandante, pero, nadie en aquel infierno, comprendía sus órdenes. Sólo hablaba en ruso. Entonces, los cañones anticarro de la Legión Árabe se desencadenaron sobre los blindados judíos. Uno tras otro, los *half-tracks* fueron reducidos a restos ardientes. Laskov oyó aún en sus auriculares un sordo chapoteo; luego, silencio.

—¡Yora, Yora! —llamó.

No le llegó ninguna respuesta del *half-track* de mando. Todos sus ocupantes estaban muertos. El largo viaje de Hadassah Limpel tocó a su fin.

Dos sombras vacilantes, hurañas, salieron entonces de la oscuridad, aportando a Laskov la noticia de otro desastre. Los zapadores que habían minado la carretera en cuya trampa caerían los autobuses en los que iba su infantería, habían amontonado las minas en la cuneta sin quitarles el cebo. Descendiendo del autobús, el primer soldado desencadenó una escalofriante explosión. Una veintena de sus compañeros murieron, y todos los demás huyeron.

Varios minutos después, Laskov recibió un mensaje por radio de Shamir, anunciándole un tercer desastre.

—Tu sección ha desaparecido —le anunció simplemente.

Laskov comprendió que Prulov y los hombres con los cuales, contaba para tomar por la retaguardia los cañones árabes, se habían desvanecido en la noche. Poco después de lanzar su cohete, Prulov cayó sobre una ametralladora árabe, que mató a tres de sus soldados. Juzgando esas pérdidas suficientes, interrumpió el combate por su propia iniciativa. El segundo asalto de la 7.ª Brigada contra Latrun había fracasado definitivamente.

Ante el puesto de Policía, los lanzallamas que habían transformado en catástrofe la esperada victoria, estaban apagados; los *half-tracks*, dislocados; los miembros de sus tripulaciones, casi todos muertos. Ninguno de los hombres del grupo de asalto que había penetrado en el interior del puesto logró salir con vida. Aprovechando otra vez la oscuridad, los supervivientes de los vehículos intentaron replegarse bajo la lluvia de fuego que caía del tejado del edificio. Raros fueron los que consiguieron escapar de aquel infierno y regresar a sus líneas.

Tampoco esta vez consiguió la «Haganah» hacer saltar el cerrojo de la Legión Árabe sobre la carretera de Jerusalén. Habían transcurrido cinco días entre los dos ataques, cinco días durante los cuales, en Jerusalén, los depósitos de Dov Joseph se habían vaciado con la regularidad de un reloj de arena que dejaba pasar sus granitos. Y el ejército judío no estaba más cerca de liberar la ciudad que la noche en que David Ben Gurion ordenara a Yigael Yadin tomar Latrun. Era imposible, para David Marcus y Shlomo Shamir, lanzar —por tercera vez— a sus batallones diezmados contra los cañones de la Legión Árabe. Sus dos fracasos establecían claramente que no era con la conquista de Latrun como podría salvarse Jerusalén.

El jeep saltaba, rebotaba, se ladeaba y derrapaba en una absurda protesta mecánica. Dos de los judíos que transportaba descendieron para aligerarlo y guiarlo de piedra en piedra. En tres mil kilómetros de guerra en Europa, ni David Marcus ni Vivian Herzog jamás vieron un vehículo sometido a semejante tortura. Aferrado al volante, Amos Chorev, joven oficial del «Palmach», maniobraba como si se tratase de un kayak en el rápido de un río. Desde el fondo de un barranco, comenzaron a remontar la otra ladera, metro a metro, llenando el frescor de la noche con un aroma de caucho y aceite quemados. Acabaron su terrorífica escalada izando literalmente su vehículo hasta la cima.

A menos de cuatro kilómetros, distinguieron entonces, a la luz de la luna, las verdes alturas contra las que lanzaron —en vano— sus fuerzas la noche precedente. Distinguían, al pie de las construcciones de la abadía de Latrun, la cinta plateada de la carretera de Jerusalén, que atravesaba el dominio de los trapenses en dirección a Bab el Ued.

El paso infernal, a lo largo del cual acababan de pasar con su jeep, corría paralelo a la carretera. Tras haber superado el caserío árabe abandonado de Beit Susin, se sumergía entre los barrancos y abruptas pendientes de las colinas de Judea. Camino bíblico de corderos y cabras, aquel sendero bordeaba por entre tomillos, artanitas y matorrales silvestres realzando los caprichos del relieve. Tomando aliento, Amos Chorev observó la oscura silueta de las colinas.

—Si se pudiera pasar por allá —suspiró—, tendríamos un camino de «repuesto» para Jerusalén.

—¿Crees que será posible? —preguntó Vivian Herzog.

Marcus lanzó un gruñido.

—¿Por qué no? Hemos atravesado el mar Rojo, ¿no? Varias horas más tarde, un ruido de motor despertó bruscamente a los tres hombres que descansaban un poco mientras aguardaban continuar su exploración al amanecer. Cogieron sus metralletas y se parapetaron detrás de un bosquecillo de olivos silvestres. Distinguieron entonces, trepando por la vertiente opuesta, una silueta que guiaba la ascensión de un jeep hacia la cima de su colina. Chorev se adelantó prudentemente. De pronto, lanzando un grito de alegría, se levantó y descendió por la pendiente. Reconoció al conductor del jeep y a su guía. Eran dos camaradas de la «Brigada Harel», del «Palmach». Llegaban de Jerusalén.

Aquel encuentro accidental de los dos jeeps judíos en el desolado escenario de las colinas de Judea iba a tener consecuencias incalculables. Los dos vehículos habían recorrido la mitad del camino que separaba la Jerusalén judía de su liberación. Si el camino que utilizaron podía ser transformado en un paso utilizable por camiones y hombres, Jerusalén podría, quizá, ser salvada.

David Ben Gurion parecía sacudido por una serie de descargas eléctricas al escuchar a los tres personajes, sucios y barbudos, que acababan de entrar en su despacho. David Marcus, Vivian Herzog y Amos Chorev se presentaron ante él a su regreso a Tel-Aviv para proporcionarle el primer relato de su desatino. Cuando terminaron, Ben Gurion saltó de su sillón. Comprendió en seguida. Quizás habían conjurado, al fin, el espectro que preocupaba a todos desde diciembre: el aislamiento de Jerusalén. Pero Ben Gurion sabía que un camino por el que consiguieran hacer pasar algunos jeeps cada noche no podría salvar a una ciudad de cien mil habitantes hambrientos. Necesitaba una carretera, una verdadera carretera de «repuesto» hasta Jerusalén. Volviéndose hacia el antiguo oficial de un ejército que, en una sola guerra, trazó a través del mundo más kilómetros de caminos varios que todos los demás ejércitos desde Alejandro Magno, Ben Gurion declaró:

—Marcus, es preciso construir una carretera, una auténtica carretera.

Luego, sabedor del consuelo moral que un solo jeep procedente de Tel-Aviv podría aportar a la población de la asediada Jerusalén, ordenó a Amos Chorev renovar su hazaña la noche siguiente.

—Esta vez —precisó—, su jeep deberá llegar hasta la meta, hasta Jerusalén.

El informe que escuchaba aquella mañana de junio Isaac Levi era «la más sombría sucesión de noticias» que jamás oiría.

Se trataba, casi bala por bala, del estado de las reservas de municiones que aún poseían los defensores judíos de Jerusalén. Un rápido cálculo permitió estimar a Isaac Levi que permitirían, en el mejor de los casos, aguantar una sola jornada de intensos combates. Pero aquél no era el único cuadro siniestro de la mañana. Minutos después,

en el despacho de Dov Joseph, se enteró de que los depósitos de la ciudad sólo contenían harina para fabricar, durante siete días, las flacas raciones de pan de la población. «Es preciso, a toda costa, que seamos aprovisionados —se dijo—; si no todo se derrumbará».

Mientras Levi examinaba aquellas lúgubres estadísticas, llegaba a Jerusalén el primer jeep que franqueó el sendero de cabras descubierto la noche anterior. Amos Chorev realizó la simbólica hazaña exigida por Ben Gurion: salido de Tel-Aviv, su jeep consiguió alcanzar la capital. Sabedor de que un equipo del «Palmach» intentaría, la siguiente noche, aquella proeza en sentido opuesto, Levi decidió unirse a él para alertar a Ben Gurion sobre el estado realmente catastrófico de las reservas de Jerusalén.

Abandonó la ciudad a las diez de la noche a bordo del único vehículo, entre los que disponía la «Haganah» de Jerusalén, capaz de afrontar las torturas de las colinas de Judea. Era de color crema, y su anterior propietario había muerto con ocasión de una desesperada tentativa por interceptar aquella misma carretera que el oficial judío deseaba intentar abrir. Era el jeep de Abdel Kader, capturado a raíz de los combates del 14 de mayo.

A las cinco de la madrugada, tras siete horas de suplicio, Levi alcanzaba las afueras de Tel-Aviv. Agotado, se detuvo en un tabernucho de Rehovot para tomar una taza de café.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó el dueño.

—De Jerusalén.

—¿De Jerusalén?

Al oír aquellas palabras, todos los clientes se precipitaron hacia el aturdido Levi para abrazarle, apretarlo entre sus brazos y felicitarle como si acabase de conquistar el Everest.

El hambriento viajero vio entonces que se acercaba a él el dueño con un extraordinario regalo de bienvenida: una enorme bandeja de fresas con nata.

Cuando les hubo hecho los honores, Levi se dirigió a casa de Ben Gurion. Éste le recibió con una brusca pregunta.

—¿Podremos resistir en Jerusalén?

La respuesta fue también brusca.

—La ciudad tiene hambre. La gente no se muere todavía de hambre, pero no está lejos el día en que ocurra esto. Pero ahora la suerte de Jerusalén no depende del aprovisionamiento de su población, sino de las municiones.

Dio cuenta del estado de las reservas, tal como le fue comunicado la víspera.

—Si los árabes desencadenan un solo ataque serio —afirmó—, no tendremos nada que poner en nuestros fusiles.

Miró un instante al hombre agobiado por tantas responsabilidades que tenía

enfrente, y añadió con gravedad:

—Seremos aplastados.

Ben Gurion convocó rápidamente a Joseph Avidar, el hijo del molinero ucraniano responsable de los aprovisionamientos de la «Haganah». Si un jeep podía franquear aquellas colinas, podrían hacerlo también otros veinte. Sus cargamentos sólo serian, ciertamente, una gota de agua en el océano de las necesidades de Jerusalén, pero, al menos, proporcionarían a los defensores la certeza de que se intentaba todo lo humanamente posible para ayudarles. Ben Gurion ordenó a Avidar que requisara todos los jeeps que pudiera encontrar en Tel-Aviv, que los llenara con armas y municiones y los confiara a Levi para que éste los condujera, desde aquella noche, a través de las colinas.

Policías militares se dirigieron a los principales cruces de Tel-Aviv para interceptar los preciosos vehículos. Pero la noticia de aquella requisa no tardó mucho tiempo en extenderse a través de la ciudad, y los jeeps desaparecieron como por encanto. Toda una jornada de requisas sólo permitió recoger un botín irrisorio: un solo jeep, y aun en estado lastimoso. Descorazonado, Ben Gurion miró tristemente a Levi y suspiró:

—Al menos, tome el mío.

Luego, añadió:

—Dígale a Shaltiel que resista a toda costa. Vamos a abrir una nueva carretera para salvar a Jerusalén.

Una hora después, el oficial cuyos soldados sólo tenían un puñado de cartuchos, descubrió, bajo los hangares del kibbutz de Hulda, un tesoro que le dejó perplejo: «¡Dios mío —pensó Levi al contemplar una montaña de cajas de municiones—, qué diferencia hubiera habido si hubiésemos tenido todo esto en Jerusalén!».

Como un niño en una pastelería, no sabía qué escoger. Finalmente, cargó treinta ametralladoras checas en su jeep, y un centenar de obuses de mortero en el de Ben Gurion, y regresó a Jerusalén.

Al principio débil y lejano, el ronroneo comenzaba a llenar todo el cielo de Ammán. Ningún avión de línea sobrevolaba, sin embargo, la capital beduina a aquella tardía hora. Los dos pequeños aparatos que desembocaron en la noche tachonada de estrellas no pertenecían a ninguna línea comercial: eran dos cazabombarderos «Messerschmitt 109» de la fuerza aérea de Israel.

Su presencia sobre Ammán era la consecuencia de una orden dada aquel día por David Ben Gurion. Media docena de los «Messerschmitt» comprados por Ehud Avriel en Checoslovaquia habían llegado, por fin. El primero de aquellos aparatos se estrelló al despegar; el segundo fue derribado; pero, un tercero consiguió abatir dos bombarderos egipcios, probando así que Israel esperaba, en adelante, disputar a los árabes el control de su cielo.

Tras haber bloqueado el ataque de una columna blindada egipcia, aquellos aparatos iban a ofrecer aquella noche a los habitantes de Ammán una réplica de las noches que vivieron los de Tel-Aviv desde el 14 de mayo. Bajo las alas de los «Messerschmitt» judíos, las luces del palacio Ragdan brillaban como si el rey diese una fiesta. Abdullah ofrecía un gran banquete en honor de los dirigentes árabes. Siempre se había negado a plegarse a toda consigna de *black-out*, afirmando que «jamás se dirá que yo, un hachemita, he debido apagar mis luces a causa de una amenaza sionista». Aquella noche, el pequeño soberano quiso incluso ofrecer su respuesta personal a la incursión aérea de Ben Gurion. Bajo las estupefactas miradas de sus invitados, se apoderó del revólver de su guardaespaldas, salió afuera y comenzó a disparar alegremente hacia el cielo.

En Tel-Aviv, frente al mar, en una habitación de la «Casa Roja», dos hombres presidían una conferencia única en los anales de la «Haganah». Un ruso, Joseph Avidar, y un americano, David Marcus, iban a obligar al pueblo que atravesó a pie el mar Rojo y franqueó los desiertos del éxodo, a embarcarse en una nueva aventura. Iban a intentar realizar, a fuerza de sudor, ingenio técnico y audacia, lo que no pudieron conseguir por las armas; abrir una carretera hacia Jerusalén.

Teniendo en cuenta la escasez de los medios materiales que poseían, la suya era una empresa colosal. Se trataba de cortar, en el relieve caótico de los montes de Judea, un camino viario, bordeando todo el trazado de la carretera principal de Jerusalén, controlado por la Legión Árabe. Y no debería ser un vago camino para jeeps, sino una verdadera carretera capaz de soportar convoyes de pesados camiones. Era preciso, además, construirla rápidamente y bajo la constante amenaza de los cañones árabes de Latrun y los ataques de los legionarios.

Por una vez, los jefes de la «Haganah» no buscarían en la Biblia el nombre de aquella empresa. La operación llevaría el nombre de la fantástica hazaña que —a escala infinitamente más vasta— socorrió a millones de chinos. En recuerdo de los mil ciento sesenta y ocho kilómetros de carretera construidos por los ingenieros americanos y por los culíes chinos durante la Segunda Guerra Mundial, a través de las junglas y montañas de Birmania, decidieron bautizar la carretera, con la que esperaban salvar a Jerusalén, con el nombre de la «Ruta de Birmania».

45

«EL PUEBLO ÁRABE NO OS PERDONARA JAMAS»

Como el ineluctable flujo de la marea, el azote del hambre comenzaba a cubrir la Jerusalén judía. Atenazados por el hambre, los jóvenes del «Gadna» apostados en «Notre-Dame de France» apuntaban sus gemelos sobre los patios de las casas árabes abandonadas, con la esperanza de descubrir en ellos algún pollo extraviado. Cuando caía la noche, aquellos adolescentes de vientre vacío arriesgaban su vida buscando tesoros entrevistos. Constituían éstas peligrosas expediciones. Regresando de una de ellas, con un saco de arroz y una alfombra persa en la espalda, uno de los jóvenes combatientes murió al estallar un mortero árabe. Era Jacques, el joven maquis francés que días antes destruyera un autocañón de la Legión Árabe.

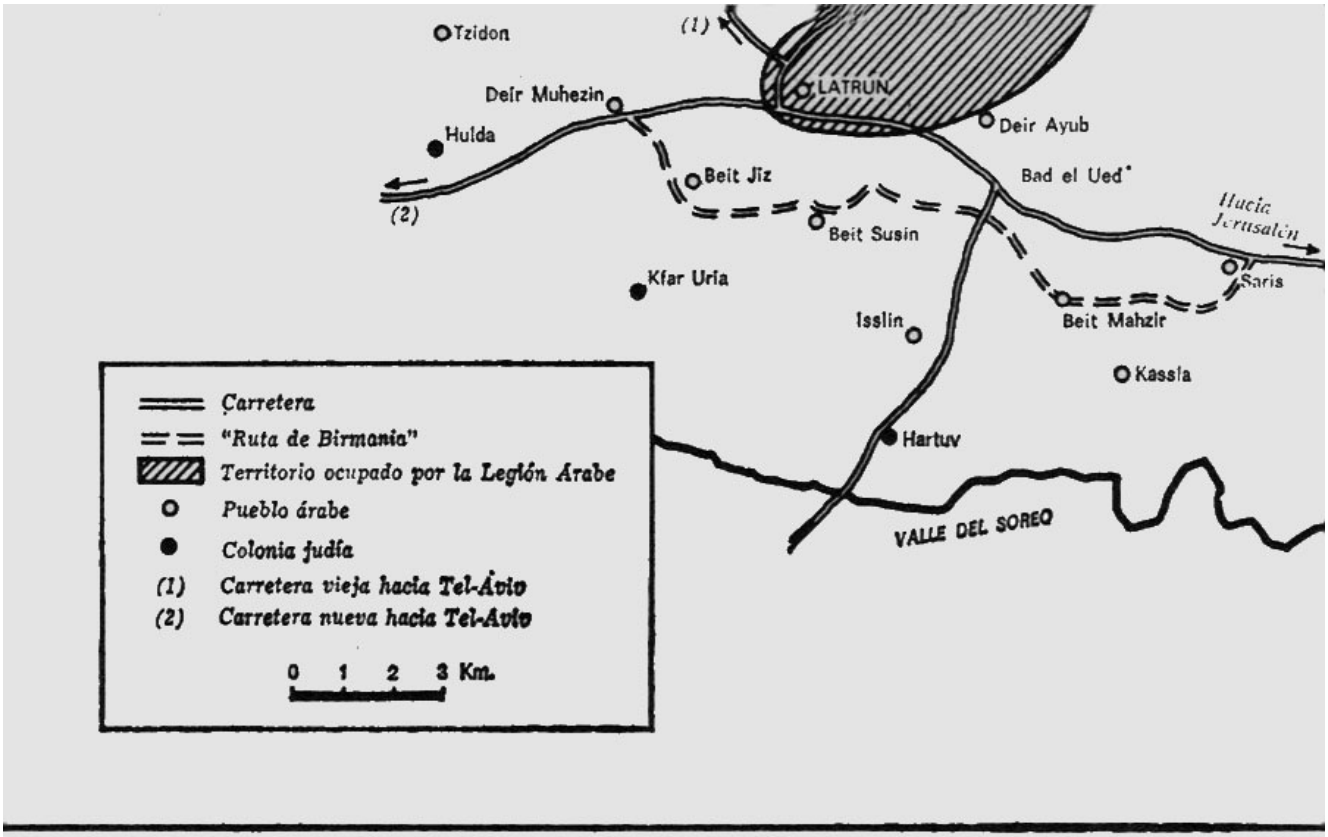
Aquellos *raids* tenían a veces extrañas consecuencias. Tras haber vaciado todas las botellas de una bebida gaseosa requisada a un tendero armenio, varios miembros del «Gadna» fueron presa de violento malestar. «Envíen rápidamente a un médico; los árabes nos han envenenado», suplicaron, momentos después, al C. G. de Shaltiel. En ausencia de un médico, el oficial Shalom Dror acudió en ayuda de los jóvenes, a los que halló en un lastimoso estado. Descubrió que estaban ebrios. Por primera vez en su vida habían bebido champaña.

En medio de los cien mil hambrientos de Jerusalén, había cuarenta y uno a los que el cielo protegía. Aquella comunidad se defendía bien, bajo los fuegos cruzados de árabes y judíos, gracias a una fuente privilegiada de abastecimiento. Por las vías tortuosas que atravesaban el campo de batalla, un Hermano asuncionista consiguió hacerles llegar los productos de la pequeña granja que explotaba en torno a la iglesia de la Negación de San Pedro, en la ladera del monte Sión, la misma donde san Pedro se arrepintió de haber negado a Jesús. Aquella comida iba a parar a los franceses del Consulado de Francia.

El hermano François quiso un día ofrecer a sus compatriotas las vituallas más refinadas que poseía. Puso tres cerditos en un saco y tomó el camino de la colina del Mal Consejo, donde debería aguardarle un enviado del Consulado. Pero la fuga de uno de los cerdos desencadenó contra el desgraciado eclesiástico la cólera de la población árabe, ultrajada por la aparición de aquel animal impuro. Más accidentada aún fue la llegada del religioso a la colina del Mal Consejo. Como no encontrara al enviado del Consulado, se dirigió al kibbutz vecino. Dos centinelas de la «Haganah» se arrojaron sobre él, metralleta en mano. En su precipitación, el santo varón olvidó

sencillamente quitarse el *keffieh* con que se había cubierto la cabeza para atravesar el sector árabe. Mejor que sus protestas en francés, los cerdos convencieron, sin embargo, a los soldados israelíes de su neutralidad. Aquellos animales eran, en efecto, más impuros aún para los judíos que para los árabes. Los miembros del Consulado de Francia les hicieron, momentos más tarde, un recibimiento triunfal.

Aquel viernes 4 de junio, las reservas de harina alcanzaron un nivel tan bajo, que Dov Joseph debió decidirse a reducir a ciento cincuenta gramos la flaca ración de pan de los habitantes. Luego envió a Ben Gurion la más sombría advertencia que jamás le dirigiera. «No podemos contar con un milagro. Le pedimos que haga llegar harina no importa por qué medio. Como mínimo, diecisiete toneladas diarias. Pruebe con jeeps o camellos».



LA «RUTA DE BIRMANIA», PARA ABASTECER JERUSALÉN, A TRAVÉS DE LAS COLINAS DE JUDEA

No obstante, Jerusalén debería contar con un milagro. Y el instrumento que aguardaba el judío David Marcus para realizarlo acababa de llegar. Se trataba de un pequeño bulldozer de la empresa de construcción «Solel Boneh». La «Haganah» no era el ejército americano, y aquel único ingenio constituía toda la armada de niveladoras, excavadoras y palas hidráulicas que Marcus esperaba ver afluir hacia el caserío de Beit Jiz, inicio de su «Ruta de Birmania». El coronel americano indicó al conductor el atormentado panorama de las colinas de Judea.

—Por allá es preciso que pase usted —le dijo.

El caserío árabe abandonado se convirtió en pocas horas en una febril cantera de construcción. Metro a metro, el bulldozer comenzó a devorar la primera colina. Lenta, inexorablemente, cavó, desmontó, igualó y arrancó los matojos.

Faltos de máquinas, se llamó a los hombres. Sudando y sofocándose en medio de las nubes de polvo rojizo levantadas por el bulldozer, todo un ejército de jornaleros y canteros lo seguía para tapar agujeros, nivelar la tierra, ensanchar con picos la vía abierta por la lámina de acero. Llegados de Tel-Aviv y de los kibbutz de todo el país, aportaban sudor y esfuerzo en una especie de ofrenda colectiva a la supervivencia de Jerusalén.

Trabajaban día y noche. Una columna de polvo indicaba durante el día su avance en las colinas; por la noche era el martilleo de los picos y los ronquidos del bulldozer, cuyo eco se extendía, de cresta en cresta, hasta Latrun.

Convencido de que el ruido y el polvo acabarían por atraer la atención de la Legión Árabe y la incitarían a intervenir en el sector, Marcus instaló puestos de guardia y tendió emboscadas a todo alrededor de la cantera. Un segundo bulldozer llegó pronto. Pero el relieve era tan accidentado, que era preciso cortar cada colina en una interminable sucesión de veredas. Aquellos titánicos esfuerzos no impedían que Marcus se desesperase. Su milagro exigiría demasiado tiempo. Antes de que pudiera trazar una carretera capaz de hacer atravesar las colinas de Judea a un solo camión, Jerusalén sería reducida, aniquilada quizá.

El huracán de los cañones del beduino Emile Jumean y las piezas del egipcio Abdel Aziz devastaban la ciudad judía, causando sin cesar más muertos y heridos. Los artilleros árabes parecían conocer el horario de las distribuciones de pan y agua, ya que éstas eran regularmente seguidas por una masiva entrada de víctimas en los hospitales. Todos los centros de socorro estaban repletos. Se instalaba, a los recién llegados en los pasillos, patios, escaleras. Atraídas por el calor y la podredumbre, las moscas aparecieron a millares, aumentando los riesgos de epidemia. Pacientes y enfermeras recibían tres rebanadas de pan por día con un poco de confitura o margarina.

La intensidad de los bombardeos rompió el sueño de Dov Joseph de mantener las apariencias de una vida normal. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, y las calles de Jerusalén, casi tan vacías durante el día como por la noche. Más que nunca, la muerte era entonces una lotería. El hecho de que los artilleros árabes tiraran, muy a menudo, al azar, estaba lejos de tranquilizar a la población. Cada uno podía ser alcanzado en todo momento. La gente pasaba las noches en los patios o en las plantas bajas de las casas. Muy rápidamente fueron capaces de prever, sólo por el silbido, el punto de caída de las bombas. El corresponsal del *New York Times*, Dana Adams Schmidt, encontraba aquel incesante martilleo más terrorífico que todo lo que él había vivido en cuatro años de reportero en los campos de batalla de la Segunda

Guerra Mundial.

Como es normal en esta clase de situaciones, el que estaba mejor ayudaba al más pobre. Si algunos aprovechaban las circunstancias para enriquecerse gracias al mercado negro, otros daban pruebas de mayor heroísmo. Los jóvenes del «Gadna» eran de éstos. Indiferentes a los obuses que estallaban por todas partes, llevaban los mensajes de puesto en puesto, aprovisionaban a los combatientes con municiones, defendían numerosas posiciones. Corriendo con toda la fuerza de sus piernas, una muchacha morena, llamada Tova Goldberg, esperaba seguramente escapar a los artilleros árabes. No obstante, una mañana su carrera no fue lo suficientemente rápida: la alcanzó un obús. Descubrió en la calzada su mano derecha, arrancada limpiamente, que aún retenía el mensaje que debía transmitir. La recogió preguntándose «quién podría nunca amar a una muchacha con una sola mano», y luego, titubeante, entró en el puesto de la «Haganah».

—He aquí un mensaje —dijo alargando su mano cortada—. Ahora encuéntrenme un médico, por favor.

La diferencia casi total que manifestaron las comunidades cristianas del mundo occidental fue una cruel revelación para la población judía de la ciudad. Ni el Vaticano, ni la Iglesia de Inglaterra, ni los Consejos de la Ortodoxia, ni ninguno de los Gobiernos de las naciones que apoyaron el proyecto de internacionalización, consideraron oportuno emitir la menor protesta contra el martirio que soportaba la nueva Jerusalén. Le parecía a su población que el mundo estaba más afanado en salvar las piedras de la Jerusalén cristiana que las vidas judías. Y, no obstante, los muros y los postes telegráficos se llenaban cada vez más de octavillas, orladas en negro, anunciando la desaparición de hombres y mujeres que habían hallado la muerte defendiendo la capital de su nuevo Estado.

En una de ellas apareció un día el retrato de una muchacha caída en un kibbutz del Sur. Al día siguiente, su padre se trasladó, como de costumbre, a su despacho. Para Dov Joseph, como para sus conciudadanos, era preciso que la vida continuase.

Aquel lunes 7 de junio, se presentó el hambre. Sólo quedaban tres días de reservas para las insignificantes raciones aún no distribuidas. Dov Joseph se sentía abrumado de impotencia. «Responsable de la supervivencia de cien mil personas —diría más tarde—, debía prepararme mentalmente para el terrible día en que hallara ante mi puerta a las mujeres de Jerusalén implorando comida para sus hijos, y a las que sólo podría mostrarles mis depósitos vacíos».

Ante la inminencia de la catástrofe, envió un nuevo telegrama a David Ben Gurion. «Si no recibimos harina antes del viernes, habrá hambre en Jerusalén».

El plazo que imponía aquel ultimátum era tan corto, que la ciudad hubiera sucumbido verdaderamente antes de que el primer camión de abastecimiento hubiera

podido llegar por la «Ruta de Birmania», Cinco kilómetros de pendientes infranqueables quedaban aún por cortar en las colinas. La supervivencia de los cien mil judíos iba, pues, a depender del medio de transporte más antiguo del mundo.

Ben Gurion y su equipo estimaron que si reunían seiscientos hombres capaces de recorrer cada noche esos cinco kilómetros con veinte kilogramos de alimentos a la espalda, podrían transportar suficientes víveres para permitir a la ciudad sostenerse hasta la llegada masiva de socorros.

Menos de dos horas después, Pinhas Bracker, inspector de contadores de la «Palestina Electric Co.», recibió, como varios centenares de habitantes de Tel-Aviv, la orden de presentarse urgentemente en la sede de, la Confederación de Sindicatos. Miembro, desde 1940, de la guardia territorial, estaba acostumbrado a aquella clase de convocatorias, y prometió a su mujer regresar para la cena.

Una fila de autobuses aguardaba a Bracker y a sus compañeros. Se los invitó a subir a los vehículos para una misión «muy breve, pero muy especial». Había toda clase de gente: empleados de Banca, funcionarios, obreros, comerciantes. Incluso Mordechai Zeira, el célebre intérprete de canciones folclóricas, estaba entre ellos. La mayoría de aquellos hombres presentaba dos rasgos comunes: se aproximaban todos a la edad del retiro, y, como ciudadanos, no estaban acostumbrados a caminar.

Los autobuses les condujeron a Kfar Bilu, el antiguo campamento del Ejército británico desde donde partieron los convoyes de la «Operación Nachshon». Reinaba allí una prodigiosa actividad. Mujeres llegadas de los vecinos kibbutz llenaban con frenesí sacos de harina, arroz, azúcar, legumbres secas, leche en polvo. El peso de los sacos fue calculado de manera que cada uno de los hombres pudiera transportar una carga compatible con sus fuerzas.

Josef Avidar reunió a los porteadores para darles algunas rápidas explicaciones. A medida que avanzaba en su discurso, veía cómo el miedo crispaba la mayoría de rostros. Con la voz estrangulada de emoción, el hijo del molinero ucraniano que perdiera una mano fabricando granadas para la «Haganah», reveló entonces a los hombres de Tel-Aviv que sus hermanos de Jerusalén sólo habían recibido aquel día cuatro rebanadas de pan por toda alimentación. Señalando el montón de sacos que les aguardaban, gritó:

—Cada uno de vosotros llevará sobre su espalda lo necesario para mantener en vida, a cien judíos un día más.

Como si aquella perspectiva les insuflase de repente nuevas energías, se disputaron el honor de llevar los sacos más pesados. Avidar les reservaba aún una sorpresa. Los trescientos capazos que Xiel Federman comprara a un franco la unidad en Amberes, el día de Navidad, habían, finalmente, encontrado su utilidad.

Avidar los distribuyó a los porteadores y les hizo regresar a los autobuses. Precisaban entonces escalar las altas colinas de Judea para salvar a su capital del

hambre.

Existía, quizás, otro medio para salvar Jerusalén, y Ben Gurion estaba resuelto a usarlo si tenía la posibilidad. Era un alto el fuego. Tras la negativa de los árabes al primer llamamiento de las Naciones Unidas para un alto en las hostilidades, Gran Bretaña sometió el 27 de mayo, al Consejo de Seguridad, una resolución que preveía una tregua de cuatro semanas. Tel-Aviv, sin embargo, acogió mal dos de las condiciones que imponía: el embargo total sobre las expediciones de armas y sobre la emigración a Israel de los judíos en edad de combatir. Para acelerar la realización de aquellos dos objetivos, David Ben Gurion deseaba, por encima de todo, un alto provisional de los combates.

Al no mostrar los árabes, por su parte, ningún apresuramiento en aceptar aquella proposición, las Naciones Unidas encomendaron a un mediador la tarea de conciliar los puntos de vista. El conde Bernadotte se trasladó a toda prisa a El Cairo, Beirut, Ammán y Tel-Aviv. Bernadotte proponía aquel lunes por la mañana, 7 de junio, un nuevo plan que hacía una importante concesión al Gobierno israelí. Los judíos en edad militar podrían penetrar en el país a condición de no ser enrolados antes de la entrada en vigor de la tregua en unidades constituidas.

Decidido a violar por todos los medios las prohibiciones que imponía aquel alto el fuego, Ben Gurion resolvió aceptar la proposición de Bernadotte. «Estábamos a la cuarta pregunta —explicaría más tarde—. Casi todas nuestras reservas estaban agotadas». La «Haganah» fracasó dos veces ante Latrun, perdió la ciudad vieja y sufrió, en Jenin, un desastre que podría haber tenido graves consecuencias si el enemigo hubiese explotado su ventaja. Los egipcios sólo se hallaban a treinta y cinco kilómetros de Tel-Aviv. Sus únicos éxitos los consiguió el ejército judío en el Norte, donde se apoderó de Acre, llegó a la frontera libanesa y expulsó a los sirios de Galilea. Pero todas sus unidades necesitaban reagruparse, reorganizarse y volver a equiparse.

El mayor problema permanecía, sin embargo, en Jerusalén. Pese a los heroicos esfuerzos de los bautizadores de la «Ruta de Birmania», Ben Gurion temía cada vez más que los árabes «acabasen por apoderarse de la ciudad». Se apresuró a telegrafiar su consentimiento, esperando que sus enemigos hicieran lo mismo.

Precisamente, los dirigentes árabes estaban reunidos en Ammán para discutir aquella cuestión. No tenían, a primera vista, ninguna razón para poner fin a la guerra. Si sus victorias se habían revelado menos espectaculares de lo que prometieron en sus enardecidos discursos, sus ejércitos obligaban por doquier a los israelíes a defenderse. Pero la situación no era, en realidad, tan tranquilizante como las apariencias podían dejar creer. El ejército egipcio había, efectivamente, devorado enormes extensiones de territorio, pero sólo había conquistado un pequeño número de colonias judías.

Numerosos kibbutz amenazaban por todas partes sus retaguardias y sus líneas de comunicación. La encarnizada resistencia que habían ofrecido por doquier los defensores judíos, pese a su inferioridad numérica, indicaba el elevado precio que era preciso pagar para conquistarlas. Un vigoroso contraataque judío acababa, además, de interrumpir el avance egipcio al sur de Tel-Aviv. Además, la campaña había sacado a la luz la mala organización del Ejército y las malversaciones de sus proveedores. Medicamentos, víveres, agua, carburantes y municiones escaseaban casi por todas partes. Los fusiles se encasquillaban, y muchas granadas estallaban en las manos de los soldados. La mayor parte de los oficiales superiores preferían permanecer a cubierto en su tienda antes que afrontar los peligros del combate y el calor del desierto al lado de sus hombres. La moral dejaba que desear. Los Oficiales jóvenes sentían amargamente que se les hubiera lanzado a una guerra para la que no estaban ni preparados ni equipados, mientras que los gobernantes de El Cairo continuaban llevando una existencia de lujo y comodidad. El ejército iraquí decepcionó cruelmente; el ejército libanés no se había manifestado prácticamente, y el ejército sirio no supo conservar ninguna de sus conquistas iniciales. Ni siquiera la Legión Árabe, pese a sus considerables victorias en Latrun, explotó sus éxitos en la ciudad vieja para apoderarse de toda la ciudad.

Pero, sobre todo, el viraje diplomático de su principal apoyo internacional fue lo que modificó, repentinamente, la situación de los árabes. Iraquíes, transjordanos y egipcios, todos dependían de la Gran Bretaña para sus aprovisionamientos militares. Pero, después de no haber hecho nada por impedir que se desatara la guerra, Londres aconsejaba ahora a sus amigos del Oriente Próximo que aceptaran el alto el fuego.

Los dirigentes árabes estaban divididos sobre la oportunidad de oír aquel llamamiento a la razón. Únicamente, los dos países que menos participaban en la guerra —Líbano y Siria— eran los que más deseaban proseguirla. El enviado de Hadj Amin también se oponía encarnizadamente a toda tregua. El Mufti temía, en efecto, que rompiese el impulso árabe y redujese a la nada la frágil coalición de los países árabes en el campo de batalla. Azzam Pachá, secretario general de la Liga Árabe, compartía aquella convicción. Él, que jamás había aprobado la entrada en guerra de los árabes, estimaba que un alto provisional de los combates daría toda la ventaja al enemigo.

—Vista la coyuntura internacional —explicó—, los árabes tendrían muchas dificultades en aprovechar la tregua para armarse mejor, mientras que los israelíes lo conseguirían sin duda.

Pero aquella vez la balanza se inclinaba resueltamente en favor de un alto el fuego. Abdullah era «personalmente favorable», ya que Glubb le recomendó que se apartara. La interrupción de los combates solamente podía alegrar al jefe de la Legión Árabe. Salvo en Jerusalén, sus fuerzas no habían sufrido las pérdidas que temía y —

diría— «habíamos realizado más de lo que yo había esperado al entrar en guerra en circunstancias tan desfavorables».

Nukrachy Pachá, Primer Ministro egipcio, acababa de hacer oír la voz decisiva de la principal potencia comprometida en aquel conflicto. Obligado por Faruk, el 11 de mayo, a obtener del Parlamento egipcio una declaración de guerra al futuro Estado de Israel, aquel profesor de Historia deseaba ardientemente retirar a Egipto de la coalición.

—Jamás debíamos haber emprendido esta guerra —declaró—. Es absolutamente preciso aceptar ese alto el fuego y utilizar las cuatro semanas en reorganizar nuestras fuerzas. Así, quizá, lleguemos a ganar la guerra.

—¡Tonterías! —estalló Azzam Pachá—. Su ejército está a treinta y cinco kilómetros de Tel-Aviv. ¡No ha sufrido usted un solo revés y quiere recobrar el aliento! ¿Qué cree usted que harán los judíos durante el alto el fuego? ¿Nada? Lo utilizarán también, y les encontrará rápidamente dos veces más fuertes que antes.

—Mi querido Azzam —respondió imperturbable Nukrachy—, mi actitud se basa en las recomendaciones de mi jefe de Estado Mayor. La opinión de un soldado tiene más valor que la suya.

—No cuando se trata del hombre más incompetente de Egipto en materia militar —cortó Azzam.

El secretario general de la Liga Árabe no ignoraba que libraba un inútil combate. Sabía que, tras haber decidido declarar la guerra al Estado de Israel, Faruk se había desinteresado del conflicto, y que los mejores políticos egipcios deseaban, como Nukrachy, detener los gastos. Solamente el temor a la reacción del pueblo al que cada día prometían la victoria para el siguiente, impidió hasta entonces a los dirigentes egipcios retirar definitivamente a su país del conflicto.

Cuando la victoria de los partidarios de la tregua pareció asegurada, Azzam Pachá cogió un trozo de papel, garabateó en él algunas palabras y, luego, lo arrojó al centro de la mesa. Después se levantó y salió, dejando su dimisión como pasto para sus colegas.

Trastornado, Nukrachy le alcanzó en el pasillo.

—¡Azzam —gimió tirándole de la manga—, no sabe usted lo que está a punto de hacer! Me condena usted a muerte. Si llevo a El Cairo su dimisión y un alto el fuego, el pueblo me matará. ¡Regrese!

El secretario general de la Liga Árabe pareció conmoverse. Sabía que Nukrachy decía la verdad. Pese a sus diferencias políticas, eran amigos, y juntos habían atravesado numerosas crisis.

—Bien —respondió—, de acuerdo. Pero debe usted darse cuenta de que los pueblos árabes jamás le perdonarán lo que se apresta usted a hacer.

El judío Pinhas Bracker sabía entonces que no estaría de regreso para cenar. Tras

haber atravesado Hulda, el autobús tomó la dirección de Latrun. Tres kilómetros antes del cruce que la 7.ª Brigada intentó, por dos veces, arrancar a la Legión Árabe, el autobús torció hacia el Este, por el camino que conducía al caserío de Beit Jiz.

Era medianoche cuando los primeros autobuses llegaron al pie de las colinas de Judea. Una brisa helada descendía de las alturas, haciendo estremecer a los hombres, la mayoría venidos en mangas de camisa y *shorts* de las cálidas y húmedas calles de Tel-Aviv. Ante ellos las luces de los cohetes verdes y rojos estriaban por instantes el oscuro cielo, y se preguntaban si aquellas señales no prevenían de su llegada a las fuerzas árabes. Los obuses silbaron, y los porteadores se encogieron en sus asientos. El convoy pasó por Beit Jiz y se dirigió a través de las artanitas y espliegos silvestres, hasta el caserío vecino de Beit Susin, el punto más avanzado de la «Ruta de Birmania».

Bronislav Bar Shemer, el oficial que requisó los camiones de Tel-Aviv para la «Operación Nachshon», hizo alinear a los hombres en una sola hilera. Cada porteador recibió la orden de sujetar el faldón de la camisa del que les precedía, a fin de no extraviarse en la oscuridad. Luego, con Bar Shemer a la cabeza, se sumergieron en la noche.

Viéndoles desaparecer, Vivian Herzog se estremeció por un detalle extraño: «el silencio total de aquellos hombres que pertenecían al pueblo más hablador del mundo». Para David Marcus, aquella columna que se desvanecía en las tinieblas evocó «las caravanas de la Antigüedad en las carreteras del rey Salomón».

La larga fila superó a los bulldozers y a los jornaleros que se esforzaban, aquella noche, como las demás, en abrir la carretera. Los obreros estaban ya a punto de colocar las tuberías de una canalización que llevaría pronto, por encima de la colina, el agua destinada a llenar los camiones-cisternas enviados de Jerusalén. La tubería que debía calmar la sed de los cien mil judíos, como primer destino tuvo que aportar agua a la población de otra capital. Remplazó, durante la Segunda Guerra Mundial, la conducción de agua de Londres, destruida por las bombas nazis.

Tras un corto descenso, el camino atacaba la abrupta pendiente que ascendía hacia la primera cresta. Allá comenzó el martirio de los porteadores. En una total oscuridad, los hombres tropezaban, resbalaban, caían y volvían a caminar. Atenazado por una crisis cardíaca, uno de ellos cayó al vacío. Los que marchaban detrás debieron acelerar para formar otra vez la cadena. Pronto ascendió por toda la colina el rumor entrecortado de las respiraciones y el caer de las piedras. Los hombres más vigorosos llegaban hasta la cima, dejaban su carga y volvían a bajar para ayudar a los demás. Para olvidar la tortura de su lenta escalada. Pinhas Bracker se esforzó en rememorar un alegre *picnic* que realizó en aquellas mismas colinas cuando era recién casado. Aquellos hombres que no tenían edad para la guerra, rezaban también para que no les matara ningún obús. Otros, aún pensaban en las palabras de Avidar y en

todas las mujeres y niños a quienes les llevaban la supervivencia sobre sus doloridas espaldas. Todos pensaban en el lugar donde ponían los pies. La pendiente era tan escarpada, que debieron agarrarse a las matas de una especie de fresal silvestre con flores rojas, que los soldados de la «Haganah» llamaban con un nombre especial. Aferrándose a la «sangre de los Macabeos», los agotados judíos se dirigían hacia Jerusalén.

Sin una palabra, sin un grito, la columna escaló su calvario durante tres horas. Bar Shemer distinguió, al fin, en la grisácea oscuridad, las siluetas de los camiones. Eran los de Jerusalén.

Viendo emerger de la noche la larga caravana agobiada bajo las cargas, el periodista Harry Levin se dijo que se trataba del testimonio de «una escena del purgatorio». El llamamiento desesperado de Dov Joseph había sido escuchado. Los esfuerzos de trescientos habitantes de Tel-Aviv iban a permitir a treinta mil judíos de Jerusalén alimentarse un día más.

Desde el amanecer, el responsable de los depósitos de provisiones de Jerusalén, Ariel Belkind, se dirigió a su depósito principal, instalado en la escuela «Rothschild». Sólo quedaban, aquel lunes 7 de junio, algunas cajas de bizcochos. Al verlo, Belkind no pudo más que pensar en la «inminente tragedia». En el patio descubrió, súbitamente, una pirámide de sacos. Metió la mano en el primero. Incrédulo, observó el fino polvo blanco que se deslizaba entre sus dedos. Era harina. Lleno de emoción, se puso a sollozar.

—¡*Yah Habes*! —exclamó el visitante—. Los judíos construyen un camino secreto hacia Jerusalén.

La insólita presencia de los porteadores de Tel-Aviv en las inhóspitas colinas de Judea no pasó completamente inadvertida. El campesino que acababa de penetrar en la tienda del coronel Habes Majelli, comandante de la defensa árabe de Latrun, era el cuarto que le daba la misma noticia aquella mañana.

El oficial beduino experimentaba ya ciertas sospechas sobre la naturaleza de las actividades a las que se dedicaban los judíos detrás de las alturas frente a sus líneas. El ruido de los aparatos mecánicos, las nubes de polvo ascendiendo por las cimas, la multiplicación de patrullas judías, todo concurría a nutrir las sospechas que confirmaban ahora las informaciones de los campesinos.

El coronel no estaba inquieto. Dondequiera que se hallasen detrás de las colinas, los judíos se encontraban al alcance de sus cañones del 88 y sus baterías de morteros. Sólo tenía que decir una palabra para obtener lo que angustiaba a David Marcus desde hacía cuatro días: una espantosa matanza. E iba a dar aquella orden. Antes de desencadenar sus piezas y aniquilar las últimas esperanzas que tenía Ben Gurion de salvar a Jerusalén, Majelli debía, no obstante, avisar a la escala superior y obtener una importante asignación de municiones suplementarias. Envió a su adjunto, el capitán

Mahmud Russan, cerca del coronel inglés T. L. Ashton, comandante de la Brigada. Russan reveló al británico que los judíos, según informaciones fidedignas, construían una carretera hacia Jerusalén que bordeaba Latrun. Ashton alzó los hombros.

—El terreno es demasiado duro —dijo—, demasiado accidentado. Jamás podrán hacer pasar por ahí una carretera.

Despachó al joven oficial con una orden escrita a la atención del coronel Majelli. «No debe usted, bajo ningún pretexto, malgastar sus municiones en el sector de Beit Jiz-Beit Susin».

46

UN BRINDIS POR LOS VIVOS

—Aquí Mahmud Russan. Los judíos acaban de apoderarse del puesto de Policía. Concentren el fuego de todos sus cañones sobre el edificio. ¡Destrúyanlo!

Al oír aquella voz que acababa de usurpar su nombre en la longitud de onda de la defensa árabe de Latrun, el capitán Mahmud Russan se sobresaltó. Agarrando su micrófono, gritó:

—Aquí el verdadero Mahmud Russan. Los judíos intentan engañarles. Prohíbo disparar sobre el puesto de Policía. Nuestros hombres aún están dentro.

El éxito de aquella artimaña iba a reportar a las fuerzas judías la victoria que casi habían conseguido en la noche de aquel 9 de junio. Por tercera vez el ejército de Israel había intentado arrebatar a la Legión Árabe las alturas de Latrun para volver a abrir la carretera de Jerusalén y alejar la amenaza que pesaba sobre la «Ruta de Birmania» antes de que un alto el fuego no consagrase en aquellos lugares la presencia árabe. Una Brigada entera fue conducida desde Galilea para remplazar a las compañías diezmadas de la 7.ª Brigada. Debía intentar tomar las posiciones árabes por la retaguardia, mientras un sencillo comando fijaría una vez más la atención de los legionarios ante el puesto de Policía. Mientras que el grueso de las fuerzas estaba estacionado en las colinas, era, contra todo pronóstico, aquel ataque de diversión, el que debería tener éxito.

Los miembros del comando llegaron hasta el puesto de mando del coronel Habes Majelli, en la cima detrás de la abadía. Pero como no tenían apoyo, no pudieron asegurar aquella extraordinaria conquista.

Al amanecer, reunidas por los gritos de ¡*Allah Akbar*!, lanzados por el imán del regimiento, las tropas árabes contraatacaron victoriosamente. Las cimas de Latrun iban a permanecer en manos de la Legión Árabe durante diecinueve años.

Cuando llegó a Jerusalén la noticia del tercer fracaso de la «Haganah» en Latrun, una especie de fúnebre atmósfera cubrió la ciudad. A León Ángel, uno de los dos panaderos aún autorizados a trabajar, le pareció que, en aquella mañana del jueves 10 de junio, «la muerte acorralaba la ciudad». Las ventanas estaban cerradas, todo estaba silencioso. Agotados por las privaciones, los habitantes se encerraron en sus casas para no malgastar sus últimas fuerzas. Aquella vez, el panadero no tenía ni un solo gramo de harina en su horno, y, para terminar su hornada, debió barrer el suelo. Todo el heroísmo de los porteadores en las colinas de Judea no era bastante para salvar a

Jerusalén. Sus sacos de harina sólo habían sido un consuelo. No podían llenar ni los estómagos ni los depósitos, a los que únicamente les quedaba una lastimosa ración de harina: la justa para dar aún a cada habitante la tercera parte de un panecillo.

Inquieto por prolongar la resistencia de los soldados judíos hasta el límite extremo, Dov Joseph y David Shaltiel decidieron atribuirles, en prioridad, aquellas últimas raciones. Aquel jueves por la mañana, los hombres acantonados en el «Orfelinato Schneller» recibieron, cada uno de ellos, una rebanada de pan y seis aceitunas. En la mayoría de familias, las reservas preciosamente guardadas para los días más sombríos estaban agotadas. Falto de mercancía, incluso el mercado negro cesó. El hambre aquejaba, en adelante, a todos los habitantes con igual rigor. Pero no todos los judíos de Jerusalén aceptaban aquella prueba con idéntico estoicismo. Los de las comunidades orientales, por ejemplo, comenzaron a dar muestras de pánico, lo cual inquietó a las autoridades. Una revuelta por hambre podía tener catastróficas consecuencias. Podía alcanzar a toda la ciudad y, sobre todo —temían los dirigentes —, desvelar a los árabes la trágica situación de la zona judía.

Para apaciguarlos, el arquitecto Dan Ben Dor sugirió favorecer a los judíos orientales. Los judíos de Europa —explicó— habían ya sufrido tanto, que soportaban mejor las nuevas desgracias que sus hermanos de Oriente.

—¿Qué? —se indignó Dov Joseph—. ¿Recompensarles por su debilidad? ¡Jamás!

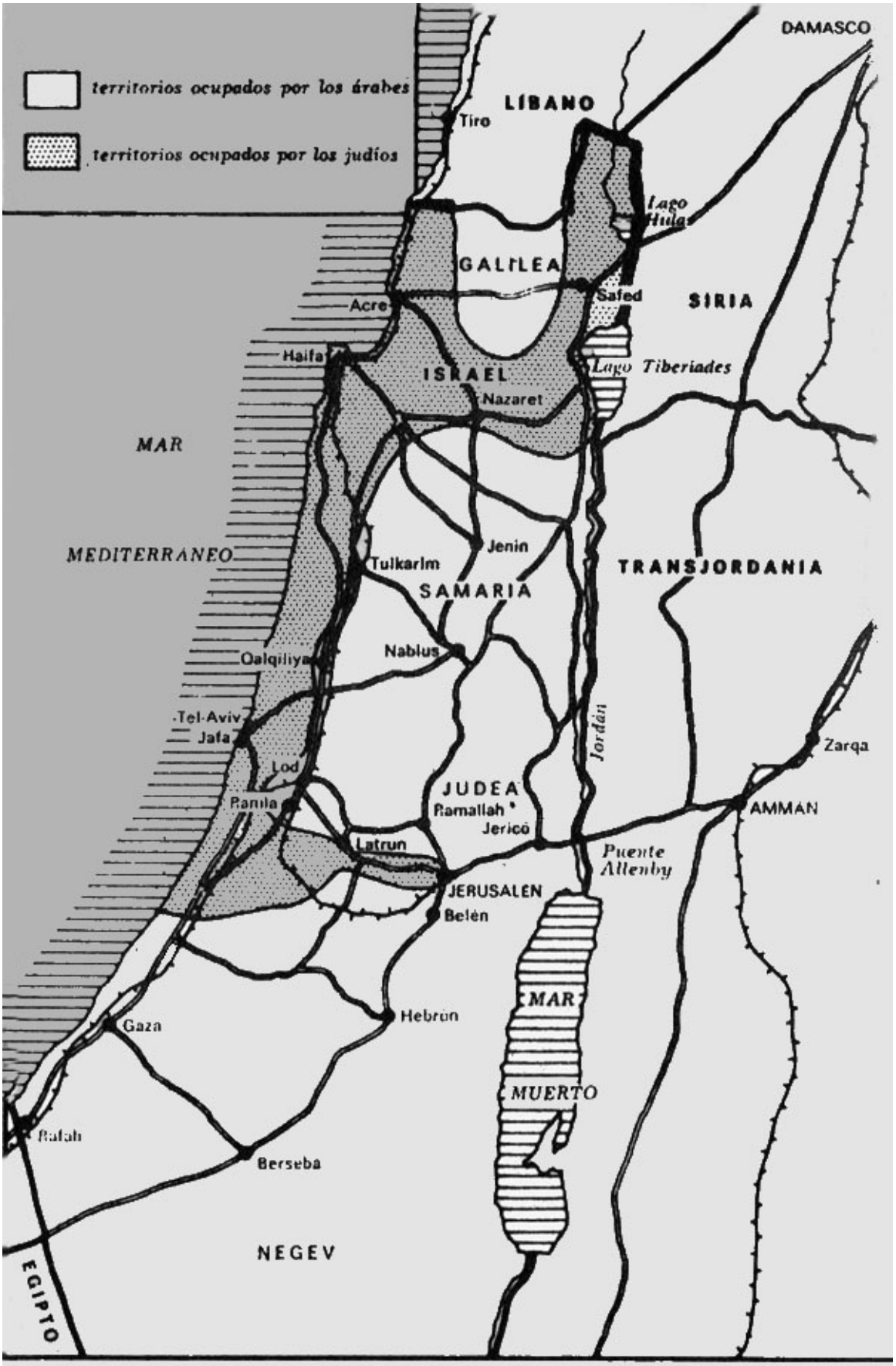
Durante veintisiete días consecutivos, en el cielo de Jerusalén resonó, desde el amanecer, el tronar del cañoneo árabe, prueba cotidiana más terrible aún que el hambre. Solamente en las últimas cuarenta y ocho horas, las piezas del teniente árabe Emile Jumean arrojaron seiscientos setenta obuses sobre los tejados y calles de la Jerusalén judía.

Los morteros y «Davidkas» de David Shaltiel no tenían más municiones que enviar sobre la ciudad vieja árabe. Gracias a sus propios cañones, el teniente Jumean iba a remediar maquiavélicamente aquella insuficiencia. Para provocar la indignación del mundo entero contra los israelíes, envió dos obuses del 88 sobre los dos altos lugares de la cristiandad y del Islam situados en la ciudad vieja. El primero reventó la cúpula de la basílica del Santo Sepulcro, y el otro, la cúpula de la mezquita de Omar.

En medio de aquel caos de muerte, hambre y desesperación, recorrió las calles de Jerusalén una noticia que, desde hacía varios días, circulaba como un rumor. Los llamamientos del conde Bernadotte, mediador de las Naciones Unidas, habían sido escuchados. El diplomático acababa de anunciar oficialmente la conclusión de un alto el fuego por un período de treinta días. En Jerusalén, la lucha debería detenerse al día siguiente, viernes 11 de junio, a las diez de la mañana. Cosa extraña, aquella noticia no desencadenó en la ciudad judía ninguna manifestación particular de entusiasmo, tal como si la agotada población no tuviese fuerzas para alegrarse. Numerosos habitantes la acogieron, incluso, con escepticismo, acordándose de que, dos veces ya,

las Naciones Unidas fijaron una fecha para altos el fuego que jamás fueron concluidos. Para Dov Joseph, aquella noticia significaba que los cien mil judíos de Jerusalén iban a ser salvados. Con la misma calma que había mostrado durante las semanas precedentes, el austero jurista canadiense se encerró aquella noche en su despacho con sus colaboradores.

Iba a dedicar aquella última noche de combate a una tarea capital: determinar, artículo por artículo, el enorme tonelaje de provisiones que le era preciso hacer fluir hacia sus depósitos a partir del mismo minuto del alto el fuego.



EL ESTADO DE ISRAEL Y LA PALESTINA ARABE TRAS 29 DIAS DE COMBATES
(Primera tregua del 11 de junio de 1948)

A treinta kilómetros del despacho de Dov Joseph, dos hombres sometían un jeep a

la tortura del camino por el que deberían llegar aquellas toneladas de víveres. La presencia, a escasas horas de la tregua, de dos periodistas americanos en el camino trazado por los bulldozers y por los jornaleros de David Marcus, consagraba oficialmente la apertura de la «Ruta de Birmania». Se trataba de una manifestación sin relación con el estado real de la carretera, pero los israelíes deseaban alcanzar, antes de la entrada en vigor del alto el fuego, un objetivo de una importancia incalculable para el futuro: hacer saber al mundo que una nueva carretera unía a la Jerusalén judía con el resto del país. Estableciendo que aquella carretera funcionaba antes de la tregua, negarían a los enviados de las Naciones Unidas el derecho a controlar su tráfico.

Varios kilómetros ante el jeep de los dos americanos, cerca de la iglesia del poblado árabe cristiano de Abu Gosh, una metralleta tableteó en la noche. El centinela judío del puesto de mando de las fuerzas de la «Haganah» de operaciones en el sector, se precipitó hacia la silueta vestida de blanco que acababa de abatir. David Marcus no asistiría a la inauguración de la carretera a la que había dedicado tantos esfuerzos. Confundido, en la oscuridad, con un árabe, el primer general judío desde Judas Macabeo había muerto, víctima de una trágica equivocación.

Eran un poco más de las ocho de la mañana del viernes 11 de junio, cuando un periodista árabe entró en el puesto de mando de Abdullah Tell. Incluso antes de que Said Abu Reech dirigiera una sola pregunta al comandante de la Legión Árabe en Jerusalén, resonó el timbre del teléfono.

—Sí, señor —respondió Tell palideciendo.

Sabiendo que el jefe del regimiento que había enviado en ayuda de Jerusalén experimentaba las mayores dificultades para imponer el respeto al alto el fuego en sus tropas y en los partidarios del Mufti, el rey Abdullah tomó la precaución de llamarle personalmente.

—Pero, señor —protestó Tell con indignación—, ¡cómo quiere usted que detenga a mis hombres! Sienten, realmente, la victoria a su alcance.

El periodista árabe Abu Reech oía la voz del soberano resonar en el auricular.

—Usted es un soldado, y es una orden la que le doy. Debe usted detener el fuego a las diez.

Luego, como para dar más peso a sus palabras, el rey anunció que había decidido ir a Jerusalén para la oración de mediodía en la mezquita.

Con el corazón roto, Abdullah Tell colgó. Enjugó sus ojos en el pliegue de su *keffieh* y pasó, sin decirle una palabra, ante el periodista y salió.

Durante las dos horas que siguieron, un recrudecimiento de los disparos y explosiones sacudió a Jerusalén, como si los adversarios deseasen, a toda costa, quemar sus últimos cartuchos antes del alto en los combates. En el mismo instante en

que los relojes de Jerusalén señalaban las diez horas, aún seguían el cañoneo y las ráfagas. Luego, como las últimas gotas de una tempestad, el tiroteo se acalló. Detrás de las almenas de las murallas de la ciudad vieja, una palabra corría de boca a oreja entre los beduinos de la Legión Árabe: «*Hudna*: Tregua». En la encrucijada Mandelbaum, detrás de las ventanas de «Notre-Dame de France», en el monte Sión, los soldados de David Shaltiel bajaron sus armas cuando los aullidos de las sirenas anunciaron el fin de los combates. A las diez y cuatro minutos, un silencio irreal, opresivo, cayó sobre la ciudad.

En los barrios árabes se produjo primero una especie de incredulidad, y luego, rápidamente, la indignación y la cólera. La gente se arremolinó para gritar su descontento con la dirección de los políticos, que les privaban de su victoria. Los partidarios del Mufti abrieron, incluso, fuego, con la esperanza de reanimar la batalla. Los legionarios de Abdullah Tell les redujeron al silencio, pero ellos mismos eran presa de un sombrío descontento, que expresaron ejecutando en las calles la danza fúnebre de los beduinos.

Su jefe ascendió a la cima de la torre sobre la que David Shaltiel había esperado plantar la bandera israelí, a fin de observar las reacciones que provocaba, por parte judía, la detención del combate. La primera silueta que distinguió en aquella ciudad donde había cesado el cañoneo, fue la de «una mujer judía que corría con la cabeza agachada y una cesta en la mano». Viéndola alejarse, pensó de repente que con aquella figura se desvanecía su victoria, y que jamás podría estar tan cerca de conquistar Jerusalén como lo había estado aquella mañana.

Aturdidos y asombrados por el silencio, los habitantes de la Jerusalén judía salían lentamente de sus sótanos y de sus refugios, costándoles creer, tras tantas decepcionantes esperanzas, que el tiroteo y el bombardeo habían, realmente, cesado. Las calles estaban llenas de vidrios rotos, escombros y basuras. Las piedras de las casas de Jerusalén resistieron valientemente, pero un tejado horadado y una fachada abierta atestiguaban en cada esquina la violencia de los enfrentamientos.

Dov Joseph no tuvo tiempo de saborear aquel instante. Telegrafió a Ben Gurion para reclamar el envío, con toda urgencia, de un convoy de abastecimiento limitado, en lo inmediato, a los artículos más necesarios. En aquellas últimas horas creyó realmente en una revuelta del hambre. «¡Cuan cerca hemos estado de sucumbir!», se dijo.

En la sede de la «Agencia Judía», David Shaltiel reunió en su despacho a los principales oficiales de su Estado Mayor. Sacó de un cajón una botella de champaña descubierta en una casa árabe durante el ataque del 14 de mayo, y sirvió una copa a cada uno. Luego propuso dedicar un brindis a los soldados cuyas vidas habían sido preservadas por el alto el fuego.

—Pero esta tregua —indicó— sólo durará cuatro semanas. Será preciso

aprovechar cada día de plazo para prepararse a la reanudación de las hostilidades. La próxima manga será para ellos.

Tal como lo había anunciado, el rey Abdullah llegó a Jerusalén para la oración del mediodía. Al salir de la mezquita, el soberano fue conducido a un aula de la escuela de la Raudah, donde las personalidades civiles y militares de la ciudad habían organizado, en su honor, un banquete beduino. De acuerdo con la tradición, todo un cordero sobre una montaña de arroz fue servido al monarca, que una leyenda particular acompañaba en aquella clase de festividades. Al convidado que encontraba demasiado hablador, el rey le ofrecía la lengua del animal; a los invitados enojosos, o a aquellos cuyas ideas le desagradaban, les presentaba los sesos. Aquel día sólo tenía honores que distribuir, y el primero en recibirlos fue el comandante Abdullah Tell. Anunció al joven oficial que salvó en su nombre a Jerusalén, su ascenso al grado de coronel. Cuando el soberano se despidió de sus anfitriones, cada uno desfiló ante él para besarle la mano, que él tenía por costumbre presentar deferentemente, para expresar su humor. Confirmó de la manera más calurosa su soberana gratitud al joven coronel. Le ofreció, para que la besara, la palma de su mano.

En aquel 11 de junio, triunfaba otro joven oficial que también había salvado a Jerusalén. Tocada con un sombrero de flores, una dama de cierta edad se había aposentado en la banqueta trasera de un jeep que formaba parte del primer convoy que abandonaba la ciudad asediada. El judío Josef Nevo debió recurrir a todas sus relaciones para conseguir que aquella encopetada pasajera fuese aceptada por el conductor del jeep. La marcha de su suegra le permitiría celebrar, finalmente, aquella noche, un acontecimiento que aguardaba desde hacía cinco semanas: su noche de bodas.

Al pie de las colinas de Judea, en una prominencia que dominaba el cruce donde tantos hombres habían muerto, los trapenses de la abadía de Latrun cantaron la misa de San Bernardo con un fervor muy particular. Luego, en el refectorio, repleto de escombros, celebraron la paz devuelta añadiendo a su comida —habitual-mente frugal— un exquisito borgoña de las bodegas del padre Godart.

Para David Ben Gurion, los treinta días de tregua que el alto el fuego ofrecía a su asediado país, le parecían un «sueño dorado». Pero aquella noche, como la de la votación del Reparto, como la del día de la proclamación del Estado de Israel, no tenía ánimos ni tiempo para alegrarse. Un informe enviado desde Checoslovaquia por Ehud Avriel le aguardaba en su despacho. Anunciaba que un tercer cargamento de armas estaba a punto de ser enviado desde un puerto yugoslavo. Avriel había comprado morteros de 100 mm en Francia, y los checos habían aceptado entrenar a pilotos, paracaidistas y tripulaciones de carros de combate. Los aviones, que podían efectuar sin escalas el trayecto Praga-Tel-Aviv, acababan de llegar, incluso, al aeródromo checo de Zatec.

Ben Gurion supo entonces que su país entraba en una nueva fase de su Historia, y que sus adversarios, al aceptar el alto el fuego, habían cometido «un error, un error fatal».

47

«COMO EL ROCÍO DEL CIELO»

Fue, sin duda, una casualidad. Pero el lugar escogido para la primera entrevista de los dos hombres que se habían enfrentado durante un mes por la conquista de Jerusalén parecía comunicarles un singular valor. El árabe y el israelí se encontraban en medio de una calle que llevaba el nombre del guerrero Godofredo de Bouillon, quien, muchos siglos antes, realizara su sueño: conquistar Jerusalén.

David Shaltiel —el judío de Hamburgo— y Abdullah Tell —el árabe del desierto — se detuvieron uno frente a otro y se miraron en silencio. Luego se saludaron y se estrecharon la mano. Los dos adversarios debían determinar la línea de alto el fuego sobre una parte del territorio de la Ciudad Santa: el barrio árabe de Musrara. La víspera, un último ataque judío había hecho retroceder allí, a doscientos metros a los defensores árabes, y era ante aquellas nuevas posiciones por donde exigía Shaltiel que pasase la línea de demarcación.

—Si esas posiciones son suyas —subrayó Tell—, ¿dónde están, pues, sus fortificaciones?

—Nuestras fortificaciones son nuestras camisas manchadas de sangre —replicó Shaltiel.

Aquellas palabras parecieron impresionar al árabe.

—Perfecto —respondió—; confío en su palabra de oficial y de caballero.

Lentamente, la Jerusalén judía volvía a la vida. Los almacenes abrieron de nuevo sus puertas y las calles fueron limpiadas. El *Palestina Post* reapareció, e incluso se vio circular de nuevo a varios autobuses. Pero, principalmente, la detención de los combates alejaba la angustia del hambre que atenazaba a toda la población. A medida que llegaban los primeros convoyes, Jerusalén, comenzaba de nuevo a alimentarse. La visita de un amigo de Tel-Aviv señaló, para la enfermera Ruth Erlik, el inicio de aquella renovación. «Si el profeta Elías en persona se hubiera encontrado de repente ante mí —diría—, no le habría reservado mejor recibimiento. Llegaba con los brazos llenos de chocolate y conservas». Una sorpresa parecida aguardaba a David Shaltiel una noche que regresaba a su habitación de la pensión «Greta Asher». Su mujer, a la que abandonara cuatro meses antes en el andén de la terminal de autobuses de Tel-Aviv, estaba allí. Judith Shaltiel trajo para su marido una golosina que le apasionaba: queso de Camembert. Pero éste se había fundido al sol de la «Ruta de Birmania», y de él quedaba sólo una triste pasta amarillenta.

La primera preocupación de Dov Joseph fue establecer un enlace permanente con el mediador de las Naciones Unidas. La idea que el conde Folke Bernadotte se hacía de su misión no era de naturaleza que facilitara sus relaciones. Para el diplomático sueco, el alto el fuego no debía, en ningún caso, modificar las respectivas situaciones de los adversarios. Igual que para las armas y las municiones pretendía vigilar con el mayor rigor que los depósitos de provisiones se encontrasen, en el último día de la tregua, al mismo nivel que el primero, es decir, vacíos.

Dov Joseph no podía, naturalmente, plegarse a tal exigencia. Iba, al contrario, a poner toda la carne en el asador para impedir que no se renovara la pesadilla de las últimas semanas. Durante aquellos treinta días de tregua, pensaba introducir clandestinamente por la «Ruta de Birmania» todos los víveres que pudiese hallar.

—De todas formas —declaró al mediador, que pretendía también controlar aquella carretera—, ¡no va usted a ponerse a racionarnos a su vez!

David Shaltiel tenía la intención de utilizar la misma vía para frustrar la vigilancia de los enviados de la ONU y encaminar secretamente las armas y municiones que le permitirían pasar a la ofensiva cuando se reanudasen los combates. Esta vez pensaba conquistar a toda Jerusalén.

El anciano que había guiado a su pueblo a través de los peligros de aquella primera tempestad, se preparaba. Aquel domingo 12 de junio, David Ben Gurion reunió a todos los jefes militares del ejército judío. La terrible batalla que acababan de librar había puesto duramente a prueba su resistencia física y moral, pero ninguno de sus sacrificios había sido en vano. Pese a su agotamiento, tenían de qué alegrarse aquella cálida mañana de primavera. Habían sobrevivido, y eso era, en sí, una hazaña. Las poblaciones de las colonias aisladas, incluso las que habían caído, habían opuesto una feroz resistencia. Todas habían dado muestras de una voluntad que sus adversarios no siempre habían demostrado: resistir o morir sobre la tierra que defendían.

Sin embargo, el precio de aquel éxito era grande, y Moshe Carmel, el comandante del frente Norte, sabía que resumía los sentimientos de todos sus camaradas al comprobar aquella mañana:

—La tregua ha llegado como el rocío del cielo.

Las pérdidas judías habían superado las previsiones más sombrías. Unidades enteras habían sido diezmadas, y la batalla había sacado a la luz toda clase de deficiencias en la organización del ejército de Israel. Era preciso corregirlas. Por todas partes, las armas y municiones habían escaseado, mientras que cajas enteras habían permanecido en los muelles de Haifa, donde fueron almacenadas, a falta de un sistema de distribución satisfactorio. La total ausencia de armas anticarro tuvo, en determinados sectores, consecuencias catastróficas. Además, los hombres debieron batirse con los pies descalzos, o descubiertos bajo el ardiente sol del desierto.

Ben Gurion escuchó todas las recriminaciones sin manifestar la menor impaciencia. Luego tomó la palabra.

—Tenemos treinta días ante nosotros —declaró—. Debemos utilizar cada segundo para prepararnos. Treinta días bastan para entrenar a un soldado judío.

Pese a las restricciones que imponía el alto el fuego, utilizaría aquella tregua para hacer venir de Europa tantas armas como pudiese, así como a todos los nombres que aguardaban en Chipre. Pero el problema crucial —creía— no era el de la falta de cascos o calzado. Se trataba de un problema de mando y disciplina. Los oficiales que durante tantos años habían conducido una guerra clandestina, debían adaptarse a las condiciones de un conflicto moderno. Más precisamente, el ejército judío debía cesar de ser un mosaico de feudos. ¿Cuántas posiciones —se preguntó— se habían perdido porque cada uno de ellos podía, a su gusto, discutir las órdenes superiores? Haciendo alusión, finalmente, al espíritu constante de independencia que animaba al cuerpo del «Palmach», declaró:

—Si tenemos un solo Ejército en vez de varios, y si conseguimos ejecutar un plan coordinado, nuestros esfuerzos darán todavía más frutos. Es hora —continuó— de poner término a tal situación.

Tras un silencio, concluyó gravemente:

—Si se reanuda la batalla, y debemos prever que así será, será la última.

En su Cuartel General de Ammán, Sir John Glubb alardeaba aquella mañana de la más perfecta serenidad. No vislumbraba que aquella batalla pudiese reanudarse. Incluso estimaba «altamente improbable» la eventualidad de nuevos combates. Y tenía buenas razones para suponerlo. En el mismo instante en que Ben Gurion reunía en Tel-Aviv a los jefes de su ejército, el Primer Ministro, Tewfic Abu Huda, afirmaba al comandante de la Legión Árabe que las hostilidades no se reanudarían: El Primer Ministro egipcio, Nukrachy, y él mismo, estaban decididos a impedir que la guerra estallase de nuevo.

Nada podía convenir mejor al general inglés. La batalla que acababa de terminar le hizo comprender en qué desventura se comprometían los árabes abocándose a un conflicto con el Estado judío. Su comportamiento frente a los judíos le recordaba «el de los judíos durante sus revoluciones contra los romanos. Como ellos, los árabes no resolvían dividir sus fuerzas, nadie aceptaba las órdenes de nadie, y cuando cualquier cosa iba mal, siempre era necesario hallar al traidor, sin el cual no existía explicación posible».

Además, era difícil —subrayaba Glubb Pachá con amargura— «que un país sostuviera la guerra bajo la constante presión de las sediciones de su propio pueblo». Le parecía claro, en todo caso, que aquél era un conflicto desigual entre dos sociedades que se hallaban en dos estadios completamente distintos de su desarrollo. Mientras los árabes no tuvieran sistemas, economías y pueblos más maduros, no

podrían —pensaba— rivalizar eficazmente con sus vecinos judíos, y mejor harían en evitar toda confrontación.

En la «Ruta de Birmania», el trabajo se reanudó con una energía duplicada. Se reclutó a decenas de trabajadores suplementarios, y dos potentes tractores agrícolas fueron requisados para arrastrar los camiones en las pendientes más abruptas. La carretera estuvo terminada el 19 de junio, menos de tres semanas después del inicio de los trabajos. Aquel día, ciento cuarenta camiones, transportando cada uno tres toneladas de mercancías, llegaron a Jerusalén por la vía cuya posibilidad había negado un coronel británico de la Legión Árabe.

Llevaban cincuenta toneladas de dinamita, centenares de fusiles, metralletas, ametralladoras checas, cajas de granadas y de municiones. Más tarde llegaron morteros de dos, tres y seis pulgadas. Los combatientes judíos podrían, aquella vez, responder a los cañones de la Legión Árabe con unas armas que no fueran ya sólo algunos «Davidkas» de dudosa eficacia de tiro. Viendo llegar las primeras piezas de artillería, David Shaltiel se extasiaba como un niño el día de Navidad. «¡Dios mío! ¡Oh! ¡Dios mío!», le oyó repetir incansablemente su adjunto, Yeshurun Schiff.

Otros convoyes llegaron también para llenar los depósitos de Dov Joseph. Durante la primera semana llegaron a la ciudad, dos mil doscientas toneladas de víveres, lo suficiente como para resistir durante cuatro meses. Aquel gigantesco esfuerzo por expulsar para siempre de Jerusalén el fantasma del hambre fue prolongado hasta en América. David Ben Gurion cablegrafió a Teddy Kollek, uno de sus agentes en los Estados Unidos, para que fletara un avión entero, repleto de leche condensada y polvo de huevo. Lujo simbólico, el 22 de junio llegó una columna de camiones cargados de naranjas.

A todo lo largo de la «Ruta de Birmania», ciento cincuenta obreros, repartidos en cuatro equipos, acabaron de colocar los tubos de una conducción de dieciséis kilómetros, que llevaría a los habitantes de Jerusalén otro elemento indispensable para su supervivencia: agua. Dirigido por Moshe Rachel, joven ingeniero de origen polaco que construyó los oleoductos para la «Iraq Petroleum Co.», trabajaban catorce horas diarias, colocando los tubos al aire libre y soldándolos con sopletes improvisados. Al cabo de dieciocho días solamente, fue unido el último tramo a las canalizaciones de la ciudad. Rachel se dirigió entonces a Jerusalén para contemplar el espectáculo más alegre de su vida: el de las primeras gotas de agua que manaban de los grifos de Jerusalén. La hazaña era tan espectacular, que se le pidió la anunciara oficialmente en una conferencia de Prensa. Se negó a ello.

—No hay nada que decir —declaró—. Está hecho. Eso es todo.

Las armas y municiones que entraban clandestinamente en la capital judía sólo constituían la parte saliente de un iceberg. Las que prometió David Ben Gurion a sus

colegas la víspera de la fundación de Israel comenzaban, al fin, a afluir en masa a las puertas del país, en flagrante violación de las cláusulas del alto el fuego. El 15 de junio, uno de los buques fletados por Yehudá Arazi trajo diez cañones de 75 mm, diez carros de combate «Hotchkiss», diecinueve cañones de 65 mm, cuatro piezas de D.C.A. y cuarenta y cinco mil obuses. Un segundo barco entregó ciento diez toneladas de TNT y doscientos mil detonadores. El *Kefalos*, un mercante griego comprado con su tripulación por los israelíes, trajo desde México treinta y seis cañones de 75 mm, quinientas ametralladoras, diecisiete mil obuses, siete millones de cartuchos y carburante para aviones. Encima de todo había mil cuatrocientas toneladas de azúcar, disimulando la verdadera carga, caso que de la Royal Navy intentara interceptar al navío en el estrecho de Gibraltar. La organización americana «Material for Palestina» envió dos mercantes llenos de jeeps, camiones, *half-tracks*, instrumentos de puntería para los bombarderos, productos químicos para la preparación de explosivos, un radar e incluso máquinas para fabricar bazookas. Desde Italia, el infatigable Yehudá Arazi consiguió enviar treinta carros de combate «Sherman» de treinta toneladas cada uno. Como quiera que ningún puerto de Israel poseía una grúa capaz de descargar ingenios de tal peso, se apresuró a comprar el más potente aparato para levantar pesos que halló en Italia: una grúa de cincuenta toneladas.

Ehud Avriel era, desde siempre, el mejor cliente de las fábricas de armamento checoslovacas. Solamente durante el mes de junio, compró ocho millones de cartuchos, veintidós carros de combate ligeros y cuatrocientas ametralladoras. Formada a partir de varias avionetas de aeroclub, la aviación judía se había convertido, en menos de seis meses, en la fuerza aérea más potente de Oriente Medio. Contaba entonces con quince «C 46», tres fortalezas volantes «B 17», tres «Constellation», cinco cazas «Mustang P 51», cuatro bombarderos «Boston A 20», dos «DC 4», diez «DC 3», veinte «Messerschmitt», siete bombarderos «Anson» y cuatro «Beaufighter». Voluntarios o mercenarios, los pilotos continuaban llegando del mundo entero a Zatec, la base aérea israelí en Checoslovaquia.

Las setenta y cinco mil piezas de la cadena de fabricación de armamento, comprada clandestinamente en los Estados Unidos, tres años antes, por Chaim Slavin, fueron sacadas de sus escondrijos y montadas una a una. Las máquinas fabricaban casi novecientos obuses de mortero ligero por día. De todos los centros de reclutamiento para los judíos, diseminados a través de Europa, llegaban, a su vez, los hombres que se servirían de aquellas armas. Como predijo Ben Gurion semanas antes, el viento comenzó a cambiar.

El viento cambiaba también para los árabes. Pero en sentido contrario. Privados, por el embargo británico, de su principal fuente de aprovisionamiento, no pudieron, durante aquellas cuatro semanas, aumentar su armamento más que en proporciones

despreciables. Glubb se trasladó a Suez para suplicar a su viejo amigo, el comandante de las fuerzas británicas en Oriente Medio, que le suministrara secretamente algunas municiones para remplazar a las que había utilizado. «Estaba de acuerdo conmigo —diría más tarde—, pero había recibido órdenes estrictas y sin equívoco. Ni un solo cartucho debía llegar a los ejércitos árabes».

El Ejército egipcio fue el primero en padecer sus consecuencias. Las incursiones nocturnas a los depósitos británicos de la zona del Canal, organizadas con la complicidad de sus guardianes, debieron cesar. «El Cairo nos enviaba chocolate, bizcochos y té —se lamentaba un oficial egipcio, combatiente en, el Negev—, pero ni un solo cartucho».

Como antiguamente los judíos, los árabes se esforzaron por paliar aquella penuria improvisando una industria de armamento. Un coronel británico de la Legión Árabe que perdió un ojo en Birmania, transformó un laboratorio de la Universidad Americana de Beirut en un centro clandestino de fabricación de explosivos. Su químico principal era un alemán ferozmente antisemita. En Zerqa, Transjordania, el ingenioso coronel disponía, asimismo, de un equipo de estañadores árabes que fabricaban las minas antipersonas con bombas de bicicleta repletas de TNT y chatarra.

No obstante, los árabes podían felicitarse de un éxito. Al puerto de Bari, donde los israelíes hundieron el *Lino* y su cargamento de armas checas, el Gobierno sirio envió precipitadamente al coronel Fuad Mardam. Bajo su vigilancia, hombres-rana italianos sacaron de las bodegas una parte de los fusiles empapados. Se los limpió pacientemente, se los engrasó, fueron puestos en cajas y colocados, bajo buena vigilancia, en un depósito de Bari. Mardam buscaba un nuevo buque. El solícito propietario del hotel donde se alojaba le procuró el nombre de una agencia marítima, de Roma, que quizá podría ayudarle.

Dos días después, tras haberse asegurado de que no fue seguido, el coronel sirio se deslizaba discretamente en las oficinas de la agencia marítima «Menara», en la Via del Corso, en Roma. Por un millón de liras pudo fletar un barco de cabotaje de doscientas cincuenta toneladas: el *Argiro*. Aliviado, al fin, por expedir sus fusiles, Fuad Mardam telegrafió la buena nueva a su Gobierno y regresó a Damasco.

La noticia no era, en realidad, tan buena como parecía. Las armas árabes estaban, en efecto, en camino, pero no hacia Alejandría. Se dirigían entonces a Tel-Aviv. El complaciente hotelero olvidó, sencillamente, informar al coronel sirio de un importante detalle: el *Argiro* pertenecía a la Marina israelí.

David Ben Gurion tenía confianza: estaba a punto de ganar su «batalla cotidiana». Cada día de alto el fuego reforzaba el poderío militar de Israel y aumentaba sus probabilidades de supervivencia. Pero el optimismo del viejo líder era prematuro. Más dolorosa que la invasión de cinco ejércitos árabes, una vieja maldición se abatió

de repente sobre el Estado de Israel, y era preciso destruirla, tal como ella había destruido a la antigua nación judía. El fantasma de la guerra civil estalló como un trueno en el cielo de Israel.

El mundo, y particularmente el mundo árabe, descubriría con estupefacción que el pueblo israelí, que aparecía como una comunidad orgánica, indivisible en su voluntad de resistencia, también estaba carcomido por luchas intestinas. La organización terrorista del «Irgún» que ya había intentado, mediante la toma del pueblo de Deir Yassin, hacerse reconocer en Jerusalén como fuerza militar y política, iba, de improviso, a poner en peligro la existencia del nuevo Estado.

El detonador de aquel increíble conflicto que vería a los judíos quebrantar el alto el fuego para batirse, no contra los árabes, sino contra los judíos, fue la llegada de un mercante fletado por el «Irgún», el *Altalena*, que transportaba cinco mil fusiles, trescientos fusiles ametralladores, cinco *half-tracks* y doscientos hombres. El desembarco de aquel cargamento y aquella tropa destinados a la organización terrorista era un evidente desafío. El Gobierno acababa, en efecto, de fundir a todas las fuerzas armadas del país en un solo cuerpo: el Ejército Nacional de Israel. Invitó a los miembros del «Irgún» y del grupo «Stern» a unirse a sus filas. Pero el «Irgún», cuyo dirigente Menachem Begin denunció el alto el fuego como «una capitulación vergonzosa», continuó actuando por su propia cuenta. Aquello constituía un atentado a la autoridad del nuevo Estado, que Ben Gurion no podía tolerar. Ordenó, pues, que el cargamento del *Altalena* fuese colocado en los depósitos gubernamentales y utilizado para el común esfuerzo.

Menachem Begin rehusó someterse. El 20 de junio, los comandos del «Irgún» invadieron la playa de Kfar Vitkin y se dedicaron a descargar el *Altalena*. Seiscientos hombres de la «Brigada Alexandroni» les rodearon. El tiroteo pronto estalló, y el *Altalena* debió adentrarse en el mar. Escapando a los pequeños barcos enviados para interceptarle, puso proa hacia el Sur y, varias horas después, su capitán intentó varar en la playa de Tel-Aviv. Pero, atrapado por los restos de un naufragio, el navío encalló a cien metros de la orilla. La presencia de aquel navío rebelde bajo los muros de la primera ciudad de Israel iba a desencadenar la prueba de fuerza. El «Irgún» movilizó a todas sus tropas para «derribar al Gobierno». Angustiado, Ben Gurion convocó urgentemente a sus ministros.

—El Estado está en peligro —les dijo.

Luego encargó a Yigal Alon, jefe del «Palmach», que aplastara el levantamiento en la ciudad.

—Esta tarea es, quizá, la más penosa que haya de realizar usted —le dijo—. Esta vez deberá usted, sin duda, matar a judíos.

Eso fue lo que debió hacer Alon. En una sola jornada hubo ochenta y tres muertos y heridos. Durante varias horas, Tel-Aviv estuvo prácticamente en manos del «Irgún».

Alon hizo bombardear el *Altalena*, y el navío se incendió. Luego volvió a tomar metódicamente el control de la ciudad. La organización terrorista no se recuperaría de aquel fracaso. Golpeando fuerte, Ben Gurion salvaguardó la integridad de la nación. «El cañón que hundió al *Altalena* —declararía más tarde— merece un lugar en el museo de la guerra de Israel».

Con una ardiente sonrisa en los labios, el rey Abdullah subió a bordo de un «Vickers Viking». Partía para Ryad, capital de la Arabia Saudí, donde iba a hacer la paz con el soberano que, otrora, expulsara a su familia de las ciudades santas de La Meca y Medina. En la carlinga se amontonaban los regalos que acompañarían su gesto: un puñal de oro, un servicio de té de porcelana y un plato de plata especialmente cincelado en Londres por un orfebre judío.

Si las divisiones intestinas de los árabes parecían entonces menos evidentes que las que agobiaban a Israel, no permanecían menos vivas. Aquel viaje lo atestiguaba. Abdullah estaba convencido de que toda reanudación de las hostilidades con los israelíes sería una locura, y razones personales reforzaban aún más aquella convicción. El conde Bernadotte estaba presto a poner a punto un plan de paz que cumplía las ambiciones del rey. Le atribuía Jerusalén y el Negev, así como un puerto franco en Haifa y un aeródromo en Lydda. A cambio, los judíos recibirían toda la Galilea. A fin de obtener el apoyo de Ibn Saud para aquellas proposiciones, Abdullah se reunía con su viejo enemigo. Para conseguir aquello estaba dispuesto a realizar un extraordinario gesto de conciliación. Iba a renunciar a las pretensiones de su familia hacia la tierra de que habían sido expulsados por los guerreros de Ibn Saud.

Pero mientras los dos monarcas reconciliados se abrazaban llorando, los Primeros Ministros de los países de la Liga Árabe se encontraban, el 27 de junio, en El Cairo para rechazar, pura y simplemente, el plan de paz propuesto por el conde Bernadotte. Aquel proyecto —declararían en un memorándum de tres páginas— no era, en realidad, más que una reforma del plan de reparto, y manteniendo una cláusula inaceptable: la existencia de un Estado judío.

La intransigente actitud de sus dirigentes y el creciente enardecimiento de las masas, soliviantadas por la propaganda, arrojaban a los árabes a sus errores pasados. Un nuevo eslogan circulaba ya por las calles de Jerusalén. «Aguardad al 9 de julio y veréis», prometía, asegurando, con aquellas palabras, que la reanudación de los combates vería la victoria de los árabes. En toda Palestina, la población comenzaba a despreciar a los soldados de la Legión Árabe por observar la tregua. En Belén, los Hermanos Musulmanes se manifestaron en las calles para reclamar la inmediata reanudación de la guerra santa.

Sin embargo, en ninguna parte como en El Cairo, se sintió la presión de las masas. Si la multitud no pudo impedir a Nukrachy que firmara el alto el fuego, podía, al menos, exigir la reanudación de la lucha. Sensible a su presión y a las amenazas de

los Hermanos Musulmanes, el Primer Ministro egipcio cambió completamente su posición. Mientras deseaba, tres semanas antes, retirar a Egipto del conflicto, anunció que estaba dispuesto a reanudar las hostilidades.

Aquella vez, no obstante, el país que dejó que los árabes se embarcaran en la guerra, intentó detenerlos. Los enviados de la Gran Bretaña al Oriente Próximo aconsejaron firmemente a los dirigentes árabes que no reanudaran el combate, y les recordaron que no recibirían más armas ni municiones.

Antes de que saliera para la reunión de El Cairo, el mismo Glubb presionó a Tewfic Abu Huda, Primer Ministro de Transjordania, para que mantuviese su postura inicial.

—¡Por amor de Dios —suplicó—, no se deje usted, en ningún caso, arrastrar a denunciar el alto el fuego! No tenemos suficientes municiones.

Pero el temor a verse aislado condujo, finalmente, a Abu Huda a cambiar de actitud. Se pronunció, al igual que sus colegas, por una reanudación de las hostilidades, el 9 de julio, si el mediador de la ONU no conseguía, mientras tanto, elaborar un plan de paz satisfactorio.

Al regreso de Abu Huda a Ammán, Glubb estalló:

—¡*Good Lord*! —le gritó—. ¿Por qué ha aceptado usted? ¿Con qué vamos a luchar?

Tras un momento de reflexión, el Primer Ministro respondió:

—No dispare usted antes de que los judíos se le echen encima.

Con los arsenales repletos, el «Irgún» aplastado, el «Palmach» amordazado y el plan de la futura campaña elaborado, sólo le quedaba a David Ben Gurion un único proyecto de mayor preocupación: Jerusalén. Nadie, aquella vez, podría hacer pasar hambre a la ciudad. Pese a las prohibiciones de la ONU, siete mil quinientas toneladas de alimentos y dos mil ochocientas toneladas de combustible fueron acumuladas en los depósitos, gracias a la tregua. Era suficiente para resistir casi un año. Sin embargo, Ben Gurion sabía que, a largo plazo, los habitantes de Jerusalén debían ser capaces no sólo de sobrevivir indefinidamente, sino incluso de vivir.

—Para instalar su capital el rey David eligió uno de los lugares más inaccesibles del país —ironizó ante sus ministros.

Después se lamentó de que ellos mismos no hubieran sido capaces de resolver el problema de las comunicaciones entre Jerusalén y el exterior. A la reanudación de los combates, su objetivo debería ser, pues, apoderarse de toda la ciudad, ocupar un largo pasillo entre la costa y Jerusalén y conquistar, en torno a la ciudad, un territorio lo bastante vasto como para permitir que se abasteciera ella misma en el plano agrícola.

—Debemos reparar con esta guerra —dijo con insistencia— lo que hemos olvidado en tiempo de paz.

La negativa árabe a las proposiciones de paz sometidas por Bernadotte permitieron a los israelíes no ser los primeros en rechazar un plan de las Naciones Unidas que era, a la vez, inaceptable para los dos adversarios. El 6 de julio, Moshe Sharett, ministro israelí de Asuntos Exteriores, comunicó al diplomático sueco la negativa oficial de su Gobierno, enviando así aquel plan a reunirse, en el almacén de accesorios, con todas las precedentes tentativas de solución del embrollo de Palestina.

Al día siguiente, en un último intento de salvar la paz, Bernadotte pidió una simple prolongación del alto el fuego. Israel no tenía, por aquel entonces, ninguna razón para aceptarlo. Los dos adversarios habían violado de innumerables maneras las cláusulas de la tregua, pero los esfuerzos de los israelíes habían sido más fructíferos que los de los árabes. Exceptuando los casi diez mil hombres con que Irak y Egipto pudieron incrementar sus cuerpos expedicionarios, la situación militar de los árabes no se había, fundamentalmente, modificado. Los israelíes, por el contrario, podían, en adelante, alinear sesenta mil soldados en el campo de batalla. Por primera vez, superaban a los árabes en número y en armamento.

«Sabía que habíamos ganado —diría Ben Gurion—. No podrían vencernos». No obstante, sentía que la vocación humanitaria y los ideales de su pueblo le imponían una decisión contra la cual se rebelaba todo su ser. Aceptó la propuesta de Bernadotte. Provisionalmente, Israel no tomaría de nuevo las armas. «Sólo temía una cosa —recordaría veinte años después—, y era que los árabes aceptasen también prolongar el alto el fuego».

David Ben Gurion no tenía razón alguna para inquietarse. Aquella vez, como, tan a menudo, en el pasado, los dirigentes árabes iban a seguir el juego a los judíos y responder a los deseos del anciano líder. En una última tentativa por salvaguardar la paz, el rey Abdullah invitó a sus colegas a su palacio de Ammán. Como en mayo, el monarca no quería ser el único en desear la paz. Le convenía convencer a sus compañeros.

Pacientemente, se dedicó a recordarles que habían aceptado unánimemente la tregua, muy a pesar suyo, ya que sus ejércitos estaban a punto de quedarse sin municiones. Pero las informaciones indicaban que sus adversarios habían recibido enormes cantidades de armas durante las cuatro últimas semanas, y la Legión Árabe no podía reponer las provisiones de sus depósitos. Insidiosamente, sugirió a sus colegas llegar a conocer qué nuevas municiones habían podido procurarse sus ejércitos, cantidad cuya importancia justificaría que se reanudase la guerra contra un enemigo que se había convertido en mucho más poderoso, mientras que ellos no habían sido capaces de vencerles cuando eran muy superiores.

Riad Solh estalló. Debían reanudar el combate, bramó. Todos se habían puesto de acuerdo al respecto. Sus pueblos lo querían. El orgullo, el honor y la dignidad de los

árabes lo exigía.

—Y si no tenemos granadas —declaró el hombre de Estado libanés—, cogeremos naranjas y se las tiraremos a los judíos para luchar y salvar nuestro honor.

Un embarazoso silencio siguió al discurso. Abdullah suspiró.

—Le agradezco, Riad bey —dijo, finalmente—, la nobleza de sus sentimientos y la alta expresión de su patriotismo. Debo, sin embargo, recordarle una cosa que parece haber olvidado. Estamos ahora en el mes de julio. Ya no habrá más naranjas en los árboles de Palestina antes de septiembre.

48

UNA FRONTERA EN LA CIUDAD

Los pedazos de metal retorcido aún estaban calientes. Abdullah Tell sopesó el mayor de ellos y lo examinó como un joyero evalúa un brillante. Comprendió que aquellos estallidos de mortero de seis pulgadas señalaban un hito decisivo en la historia de Jerusalén. «Para los árabes, toda esperanza de apoderarse de la ciudad judía acababa de desvanecerse», diría más tarde. La artillería árabe no era la única en retumbar en el cielo de Jerusalén.

Desde la reanudación de los combates, la población árabe conoció, a su vez, el infierno. Los heridos se agolpaban, entonces, en el «Hospicio austríaco». El árabe Aladin Namari, que se autonombró ministro de Información al transcribir para sus ciudadanos los boletines de victoria de las radios árabes, tuvo bajo sus ojos un escalofriante espectáculo. Con el vientre reventado por una explosión, una mujer gemía y llamaba a su hijo. En una camilla cercana se encontraba un amasijo de carne sanguinolenta: era lo que quedaba de su familia.

El cañoneo judío no cesó por la noche. Embrutecida, aterrorizada, la población árabe comprendió en la madrugada lo que Abdullah Tell supo desde el primer instante. Aquel día, 9 de julio, que con tanta impaciencia aguardó la población árabe, marcaba el inicio de una era de desgracias y no de victorias.

El ejército de Israel atacaba en todos los frentes: al Sur, contra los egipcios y, al Norte, contra los sirios. Ocupó Nazaret, en Galilea, pero su principal victoria fue la toma de Lod y Ramleh, dos importantes ciudades árabes situados entre Tel-Aviv y Latrun.

Desencadenado la noche de la expiración del alto el fuego, el ataque fue llevado a cabo por los grupos de asalto de un joven oficial tuerto, cuyo rostro iba a encarnar la audacia militar de su país: Moshe Dayan. Aquella fulgurante victoria judía arrojó a los caminos del éxodo a un nuevo contingente de árabes presos de pánico. Eran decenas de millares. Sabedor de las ventajas que ofrecía la conquista de un territorio abandonado por su población, los israelíes instrumentaron cuidadosamente aquel formidable desastre. Camiones equipados con altavoces recorrieron las calles para incitar a la huida a sus habitantes. Fueron convocadas las personalidades árabes y puestas sobreaviso para que se fueran. En Lydda, familias enteras fueron expulsadas y conducidas a la fuerza a la carretera de Ramallah.

La caída de Lod y de Ramleh provocó alborotos en todo el mundo árabe. En

Ammán, millares de jóvenes marcharon hacia el palacio real, gritando: «¡Traición!». Separándose de sus guardaespaldas, el frágil soberano afrontó solitario a la multitud y se dirigió hacia uno de los cabecillas, al que pegó una sonora bofetada.

En el sorprendente silencio que siguió, el rey Abdullah miró fijamente al adolescente.

—Si quieres luchar contra los judíos —le gritó—, ve a enrolarte en la Legión Árabe. ¡Si no, quédate en tu casa y cállate!

La fortaleza volante «B 17» que sobrevolaba el Mediterráneo en aquella mañana de julio, enarbolaba la enseña de las Fuerzas Aéreas de Panamá. Comprado en los Estados Unidos, aquel aparato burló la vigilancia del FBI, desafió el embargo americano, atravesó secretamente el Atlántico y, finalmente, llegó a la base israelí de Zatec, en Checoslovaquia. Era el primer bombardero pesado en reunirse con la Fuerza Aérea a la que pertenecía: la aviación israelí. El piloto Roy Kurz —ex agente de Policía de Brooklyn—, conocía especialmente bien la región, por haberla recorrido durante dos años como mecánico de la «TWA». La fortaleza volante judía se dirigía hacia Tel-Aviv, pero su tripulación decidió efectuar un corto desvío por El Cairo, para demostrar a los súbditos del rey Faruk que el nuevo espíritu ofensivo de la nación judía no era privilegio exclusivo de sus fuerzas terrestres.

A las 21'35 horas, Roy Kurz sintonizó su radio en la frecuencia de Almaza, el aeropuerto internacional de El Cairo.

—Torre de control de El Cairo —llamó—. Aquí el vuelo 924 de la «TWA». ¿Pueden iluminar la pista, por favor?

Una doble hilera luminosa apareció pronto en la noche.

—«TWA» 924 —respondió El Cairo—, puede usted aterrizar en la pista número cuatro.

Johnny Adin, el bombardero de la tripulación, escrutaba el aeródromo en su visor. Mientras el piloto picaba directo hacia la pista que tan a menudo había utilizado, Adin descargó su pañol de bombas.

Virando en dirección a Israel, Kurz no pudo impedir tomar de nuevo contacto con El Cairo para un mensaje de despedida.

—Torre de control de El Cairo —preguntó—, ¿de veras desea usted que aterrice en la pista número cuatro?

En aquella noche del 14 de julio, una insólita actividad arrancaba a la pequeña estación estival libanesa de Aleih de su sopor habitual. El Presidente del Consejo, Riad Solh, recibía a los dirigentes árabes convocados para acordar la respuesta que se había de dar al ultimátum de las Naciones Unidas. Alarmado por la agravación de la situación en Oriente Próximo, el Consejo de Seguridad acababa de ordenar un alto inmediato y definitivo de los combates. Aquella vez, los dirigentes árabes tenían

todos los motivos para aceptarlo. Tal como predijo el rey Abdullah, los treinta días de tregua habían trastornado el equilibrio de fuerzas en el campo de batalla. Desde la reanudación de las operaciones, los ejércitos árabes retrocedían en todos los frentes y sufrían grandes pérdidas.

Las discusiones prosiguieron toda la jornada «en una atmósfera tan fúnebre como si enterrasen a un viejo amigo», recordaría Whalid el Dali, secretario personal de Azzam Pachá. Se decidió, finalmente, aceptar la detención de los combates. Incluso los belicosos sirios se asociaron a aquella pacífica resolución. Por razones particulares, era cierto. Chukri el Kuwatly, presidente de la República Siria, reveló a sus colegas que su país estaría próximamente en condiciones de tomar la cabeza en una nueva guerra santa. Poseía una bomba atómica de fabricación local, construida por un herrero armenio de Damasco.

Poco antes de medianoche, el joven secretario de Azzam Pachá entró corriendo en el despacho de Telégrafos de la Central de Correos de Beirut, que permanecía abierto por una orden especial de Riad Solh. Whalid el Dali sacudió al empleado que dormitaba y le entregó un corto despacho. Destinado al Secretario General de las Naciones Unidas, hacía saber que los árabes renunciaban, provisionalmente, a la conquista de Palestina y que aceptaban el alto el fuego.

La rapidez de la respuesta árabe privaba al oficial judío que se preparaba a la conquista de Jerusalén, de un triunfo mayor: tiempo. El 15 de julio, por la mañana, David Shaltiel supo que tan sólo tendría cuarenta y ocho horas para realizar su proyecto, mientras que él pensaba disponer de un mes. El inicio de la nueva tregua fue fijada para dentro de dos días, el sábado 17 de julio, a las cinco horas.

Shaltiel convocó a sus oficiales.

—Esta tregua —les dijo— significa el fin de la guerra y, por consiguiente, renunciar —durante años o quizá siglos— a lo que no haya podido ser conquistado antes de su entrada en vigor.

El comandante de Jerusalén recordó la importancia que la conquista de la ciudad vieja representaba para el Estado de Israel y para el pueblo judío.

—¡Qué gloria sería para nosotros —declaró— ofrecer Jerusalén a nuestra generación y a las futuras!

Su plan inicial preveía rodear la ciudad vieja mediante un gran movimiento en tenaza, y luego, un bombardeo de artillería, breve pero intenso, que debía provocar la huida de los habitantes árabes. La ciudad caería entonces «como una fruta madura» en manos de los soldados judíos. Aquel plan comportaba, sin embargo, un obstáculo: su ejecución exigiría mucho más tiempo que las escasas horas que quedaban antes del alto el fuego. Shaltiel impuso entonces otra operación, que sus oficiales juzgaron particularmente arriesgada: el ataque frontal a las murallas. Para Yeshurun Schiff, su adjunto, ello representaba un auténtico póquer: todo se ganaría o perdería en una sola

baza.

Como todo buen jugador, el comandante judío poseía un triunfo. Él también tenía su «bomba atómica». Su inventor era uno de los sabios más eminentes del mundo: el físico Joel Racah. Bautizado con el nombre de «Conus», por su forma de cono, aquel ingenio era un obús de trescientos cincuenta kilogramos, cuya explosión liberaría una carga hueca animada por un prodigioso poder perforante. El físico afirmaba que si era posible transportarla hasta las murallas, aquel obús podría abrir una brecha suficiente como para permitir a los batallones de David Shaltiel introducirse en la ciudad vieja.

El ataque debía tener lugar el viernes 16 de julio, poco antes de medianoche. Como aquella fecha coincidía con el dos mil quinientos aniversario del asalto a las murallas de Jerusalén por Nabucodonosor, los judíos le dieron el nombre de Kedem (Antigüedad). Gracias a la invención de un físico del siglo XX, *Kedem* debía, aquella noche, perforar las murallas de Jerusalén y devolverlas a las manos de los judíos por primera vez en dos mil años.

Mientras sus tropas se apresuraban en sus preparativos, David Shaltiel daba los últimos toques al plan que debía dar un Gobierno judío a la ciudad vieja. Convencido del éxito de su ofensiva, previó la ocupación del territorio conquistado hasta en sus menores detalles. Hizo, incluso, imprimir una moneda provisional de ocupación. Redactadas en hebreo, árabe e inglés, octavillas anunciando sus órdenes aguardaban ser pegadas a los muros.

Para el puesto de gobernador militar designó a David Amiran, profesor de química y aficionado a la arqueología. Este último reunió, en pocas horas, un equipo para aplicar sus primeras decisiones. Comenzaría por imponer un toque de queda. Luego, de acuerdo con las instrucciones formales de Ben Gurion —«que los soldados judíos se porten como santos»— haría proteger los Santos Lugares por policías. Las tropas de la Legión Árabe y los irregulares serían, a continuación, invitados a deponer las armas. Entonces podrían establecerse las condiciones para una vida normal. Cada miembro de su equipo recibió un brazalete azul y blanco, que algunos se apresuraron a colocarse. Amiran escogió la Oficina de Correos como emplazamiento de su futuro C. G. Después, en previsión de las responsabilidades que pronto asumiría, fue a acostarse para estar en pie al amanecer.

A la caída de la noche, David Shaltiel desenterró de sus escondrijos los dos instrumentos que debían consagrar oficialmente su victoria: la bandera judía —que izaría en la torre de David— y el cordero que inmolaría en la explanada del Templo. Luego leyó a sus colaboradores el discurso que pronunciaría desde lo alto de la torre de David para hacer saber al mundo su conquista de la ciudad vieja. Comenzaba con estas palabras:

—Tengo el supremo honor de anunciar que las tropas de Jerusalén han liberado la ciudad entera y que la devolveremos, orgullosamente, al pueblo judío.

El árabe que debía impedir a David Shaltiel mantener su promesa, recorría nerviosamente el patio de su puesto de mando de la escuela de la Raudah. También para Abdullah Tell, aquella noche sería decisiva Sabía que sus adversarios desencadenarían —antes del alto el fuego— el ataque que aguardaba desde hacía varios días. Poco después de las diez de la noche, un primer obús de mortero rugió por encima de los tejados de la ciudad vieja. En pocos minutos, un terrorífico concierto de explosiones sacudió a los viejos barrios.

Un lazo tan carnal como el del comandante judío unía a aquel árabe con Jerusalén. En previsión de aquella última batalla, también él preparó una orden del día. La hizo transmitir, por radio, a todas sus unidades. «¡Qué cada verdadero creyente luche o muera! —ordenó—. Defenderemos la Ciudad Santa hasta el último hombre y el último cartucho. ¡Esta noche nadie retrocederá!».

Durante las tres horas siguientes, un diluvio de casi quinientos obuses se abatió sobre la ciudad árabe. El «Hospicio austríaco» conoció una noche infernal. Los heridos útiles se refugiaron en los sótanos, mientras las camillas de los demás se amontonaban en los corredores. Uno de los primeros obuses pulverizó la única ambulancia del hospital; otro incendió los árboles del patio. Los camilleros no podían salir. «Las mujeres chillaban de terror —recuerda el doctor Hassib Bulos—. Vivos, muertos y moribundos estaban mezclados por toda la ciudad, y no había medio alguno de ir a socorrerles».

En un edificio de la nueva Jerusalén, situado frente al cinematógrafo «Sión», el oficial judío Zvi Sinaí —que debía conducir las tropas de asalto—, estaba dispuesto. El plan judío preveía penetrar en las murallas por tres lugares diferentes, que recibieron, cada uno de ellos, un nombre en clave. Ciento cincuenta hombres del «Irgún» se dirigirían desde «Notre-Dame de France» hacia *París* —la puerta Nueva —; una unidad del grupo «Stern» confluiría hacia *Moscú* —la puerta de Jafa—.[29] El grueso de las tropas, quinientos hombres de un batallón creado recientemente, descendería del monte Sión hacia *Berlín*, la brecha abierta en el muro por el «Conus».

Mishka Rabinovich, el artillero herido en el brazo que, dos meses antes, detuviera a los blindados de la Legión Árabe con su bazooka, mandaba una de las compañías de asalto. Daba sus instrucciones cuando uno de sus hombres, un judío ortodoxo, preguntó:

—¿Qué tendremos que hacer cuando lleguemos ante la mezquita de Omar?

—¡Quitaros los zapatos y continuar luchando!

Los hombres del grupo «Stern» reunidos delante del «Banco Barclay's» reservaban, sin embargo, distinta suerte a los monumentos de la explanada del Templo. Rechazando las órdenes de David Ben Gurion, tenían la intención de volar las mezquitas de Omar y El Aqsa, a fin de allanar la explanada para la reconstrucción del tercer Templo.

Mientras las tropas judías se reunían en sus posiciones, se planteó, de repente, un problema dramático a los organizadores del ataque. En su apresuramiento por fabricar el ingenio que debía permitirles alcanzar el corazón de Jerusalén, los judíos lo habían previsto todo, salvo el medio para transportarlo. Sus trescientos cincuenta kilogramos de peso fueron, finalmente, colocados sobre barras de hierro y llevados por hombres. Al llegar al pie del monte Sión, los porteadores distinguieron, con terror, que la trinchera que ascendía hacia la cima era demasiado estrecha para que la pudieran pasar. Consiguientemente, debieron emprender a descubierto aquella penosa ascensión. Rabinovich y sus hombres les cubrían. Agotados bajo el peso de su carga mortal, con los pies y las manos sangrando, los porteadores ascendieron la pendiente metro a metro. A medida que pasaban los minutos, y pronto las horas, y se acercaba la del alto el fuego, la angustia se apoderaba de Shaltiel y de sus oficiales. Se necesitaron cuatro horas para subir el «Conus» hasta la cima del monte Sión.

Eran más de las dos de la madrugada cuando se inició el ataque, con el asalto del «Irgún» a la puerta Nueva. Pocos minutos después llegó un mensaje triunfal al puesto de mando de Zvi Sinaí. *París* estaba en manos de los judíos. Sinaí ordenó a las fuerzas del monte Sión que actuaran cuando el «Conus» hubiera abierto las murallas. Luego salió al balcón y aguardó la explosión. Desde una trinchera del barrio de Yemin Moshe, David Shaltiel también tenía los ojos fijos en el lugar donde debía producirse el choque del que dependían todas sus esperanzas.

Desde lo alto de las murallas, el capitán árabe Mahmud Mussa distinguió en la oscuridad un espectáculo asombroso. En el cementerio armenio, en la ladera del monte Sión, un grupo de figuras «empujaban a través de las tumbas una especie de vehículo de las cuatro estaciones». Sus legionarios lanzaron granadas. Una de ellas incendió un matorral de cardos, «y los judíos aparecieron como en pleno día». El porteador Menachem Adlers se horrorizó ante la idea de que una granada pudiera hacer estallar el «Conus». «Estábamos rodeados de llamas —recordaría—, y ciento setenta y cinco kilos de dinamita podían, en cualquier momento, convertirse en polvo». No obstante, el comando consiguió llegar a la base de las murallas y colocar correctamente el aparato frente a las piedras. Tras haber conectado los tres sistemas de ignición, los judíos huyeron.

—¡Atención! ¡«Conus» a punto! —gritó Rabinovich refugiándose detrás de la pared del cementerio—. ¡Estad atentos!

Una formidable explosión sacudió a toda la ciudad, mientras un resplandor envolvía la noche. Desde el balcón de su puesto de mando, Zvi Sinaí lanzó un grito de alegría:

—¡Las murallas están perforadas! Entran en la ciudad vieja.

Trastornado, David Shaltiel saltó de su trinchera y se puso a correr hacia el monte Sión para seguir a las tropas de asalto. Emboscado en la cima con los soldados de una

de las compañías de ataque, el oficial Abraham Uzieli se dijo «que era exactamente como en Jericó: las murallas caen ante nuestras trompetas».

—¡A la carga! —rugió un vigía desde una posición próxima a las murallas.

A aquel grito, Abraham Zorea, comandante del batallón, se dirigió hacia los hombres de su compañía de cabeza.

—¡Penetrad! Os sigo con los demás.

Momentos después, Zorea vio regresar, lívido, a uno de sus soldados.

—Todo ese ruido, y ni el menor agujero —gimió—. Apenas ha hecho algunas grietas.

No habría milagro para los soldados del nuevo ejército de Israel en aquella madrugada de julio. Sus trompetas no derribaron las murallas. La máquina infernal en la que depositaron todas sus esperanzas se había mostrado como un miserable petardo.

Cuando un mensajero le comunicó la noticia, David Shaltiel pareció «envejecer diez años», recordaría su adjunto, Yeshurun Schiff. Eran casi las cinco de la madrugada, y el alto el fuego comenzaría en breves instantes. Tal confianza tenían todos en su famoso ingenio, que no tenían ningún plan de ataque en reserva.

—No tenemos elección —declaró Shaltiel hundido—. Ahora es preciso aceptar la detención de los combates.

Zvi Sinaí le suplicó que le dejara intentar una última operación. Podía retirar al batallón del monte Sión y lanzarlo por la brecha que abriera el «Irgún» en la puerta Nueva. Aquello significaba, seguramente, una violación del alto el fuego durante varias horas, pero ¿acaso el riesgo no valía la pena? Shaltiel puso una mano en el hombro del joven oficial. Su decepción era tan profunda como la suya —dijo—, pero las órdenes eran claras. Debían obedecer. Aniquilado «por un espantoso sentimiento de fracaso», Sinaí tomó su teléfono y ordenó a sus unidades cesar de disparar a la hora prevista.

Se fue a despertar al hombre que debería, a aquella hora, convertirse en gobernador militar de la vieja Jerusalén. Cruelmente decepcionado, David Amiran entró en el despacho donde se amontonaba el material que le habría sido necesario: billetes de la moneda de ocupación, octavillas, folletos, brazaletes de la primera ocupación judía de toda la vieja Jerusalén desde hacía dos mil años. Separó dos ejemplares de cada documento para los archivos del ejército israelí. Luego, con irónica amargura, arrojó el resto a la papelera.

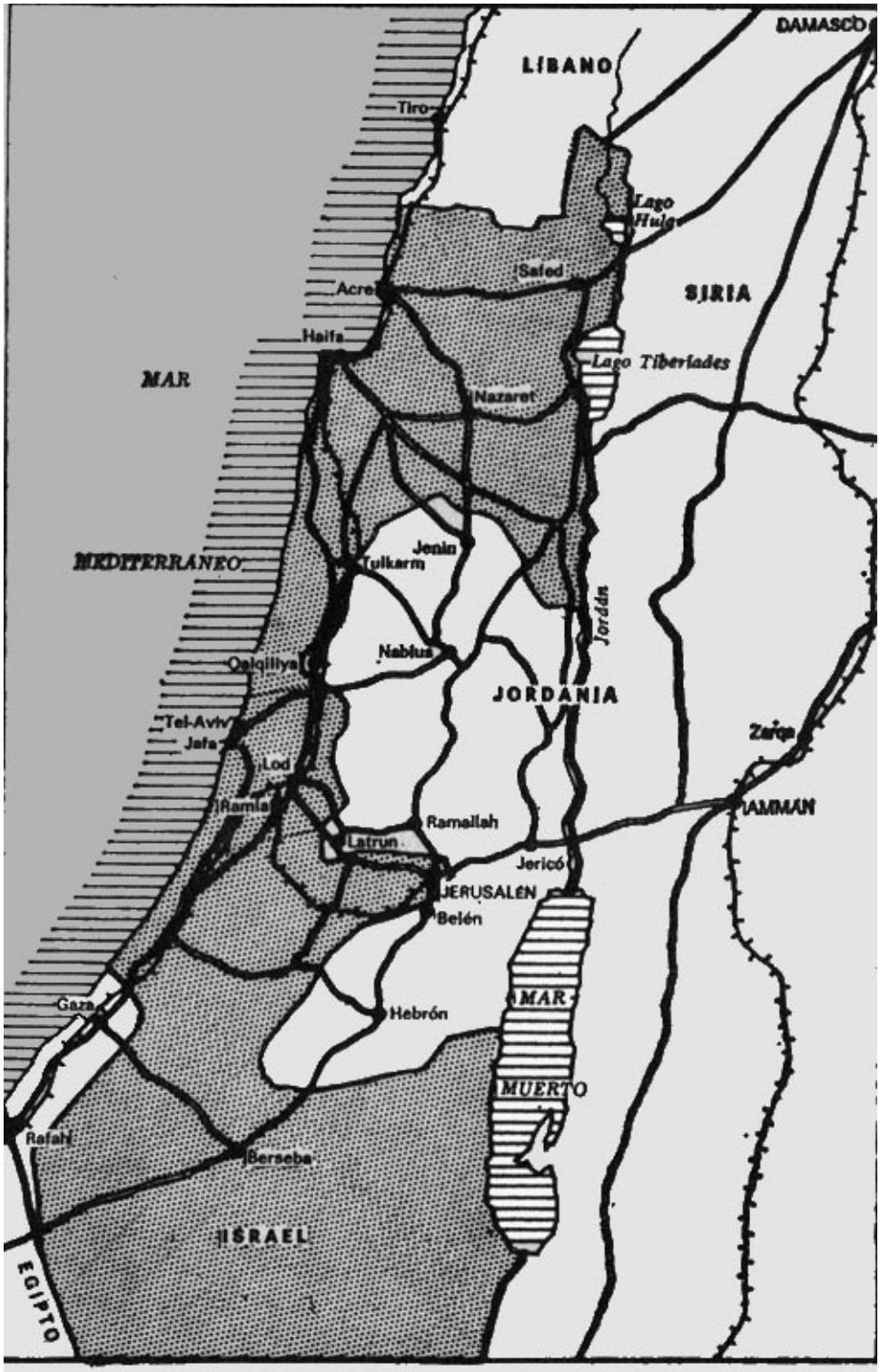
Fuera, el cielo se teñía de gris. El cañoneo se calmaba. Una incierta paz se instauró de nuevo sobre Jerusalén. Escuchando desvanecerse el ruido de los disparos, David Shaltiel murmuró:

—Nadie morirá hoy. Pero no hemos tomado la ciudad vieja.

Detrás de las murallas, Abdullah Tell recorría los corredores del «Hospicio

austríaco», donde sufrían tantos de sus legionarios. La alegría de haber podido retener los muros de la ciudad vieja se entremezclaba, en el oficial árabe, con una extraña compasión por sus adversarios. «¡Dios mío —se dijo—, todas esas vidas perdidas por nada!».

Los últimos disparos fueron efectuados por los soldados del «Irgún» que consiguieron franquear la puerta Nueva, ante «Notre-Dame de France». Contenidos por los legionarios y sin esperanza de refuerzos, acabaron por separarse, abandonando las murallas de la ciudad vieja a la Legión Árabe. Desde Sheij Jerrah, al Norte, hasta el kibbutz de Ramat Rachel, al Sur, aquel repliegue dejaba a Jerusalén dividida en dos. La antigua profecía de Isaías se había realizado. Los niños de Jerusalén «yacían en las encrucijadas de sus calles, aturdidos por la cólera del Eterno». Una frontera dividía a Jerusalén.



EL ESTADO DE ISRAEL Y LA PALESTINA ÁRABE AL FINAL DEL CONFLICTO
(Armisticio de Rodas, 1949)

EPÍLOGO

La paz que descendió sobre Jerusalén aquella mañana de julio de 1948 debía revelarse precaria. La ciudad permanecía dividida. Otras dos batallas se desarrollarían aún: una en el Negev, y la otra en Galilea. Tan sólo a inicios de 1949, las Naciones Unidas consiguieron que Egipto, Líbano, Jordania y Siria firmasen un armisticio con Israel. Si aquellos acuerdos consagraban la detención de las hostilidades, no pusieron fin al estado de guerra. Los Estados árabes proclamaron insistente y resueltamente su voluntad de suprimir un Estado al que se negaban a aceptar y reconocer.

Así terminó, no obstante, el conflicto que los israelíes llamaron su guerra de la Independencia. La joven nación pagó cara su supervivencia. Casi seis mil de sus miembros cayeron durante los combates. Proporcionalmente, aquello representaba más pérdidas que las que sufriera Francia durante toda la Segunda Guerra Mundial. Los israelíes se encontraron dueños de un territorio de mil trescientos kilómetros cuadrados y de ciento doce poblaciones inicialmente atribuidas al Estado árabe por el plan de reparto de Palestina.

Los árabes sólo conservaban trescientos treinta kilómetros cuadrados y catorce localidades pertenecientes al Estado judío.

De todas las desgracias engendradas por aquella guerra, ninguna dejó un fermento de desacuerdo más duradero que el de la tragedia de los refugiados árabes, comenzado por el éxodo de las primeras familias de Jerusalén. El número de árabes expulsados de Palestina jamás fue establecido con precisión. Si los Estados árabes aseguran que fue cerca de un millón, las Naciones Unidas estimaron su número entre quinientos y setecientos mil.

David Ben Gurion determinó la posición de su país respecto a aquel problema desde el mes de junio de 1948. Ordenó que «las localidades abandonadas fuesen inmediatamente ocupadas por familias judías». Hizo saber que Israel aceptaría, en el marco de eventuales negociaciones de paz, el regreso de cien mil refugiados. Una mayor proporción de ciudadanos árabes podría alterar la naturaleza fundamental del Estado judío y ponerlo en peligro, motivando que los distintos Gobiernos israelíes rechazaran, a continuación, sobrepasar aquella proporción.

Los Estados árabes no mostraron, por su parte, ninguna prisa en acudir en ayuda de sus hermanos exiliados. Aunque ricas y poco pobladas, Siria e Irak les cerraron sus puertas. Para no modificar su delicado equilibrio confesional, Líbano aceptó solamente a un número limitado. Egipto los colocó en la estrecha franja de Gaza. Únicamente Jordania, el más pobre de todos los Estados árabes, llevó a cabo un

esfuerzo real para acogerles.

Pasto a la vez de la propaganda árabe y de la mala disposición de Israel, los refugiados palestinos fueron amontonados en campos sórdidos, donde sobrevivieron gracias a la caridad de las Naciones Unidas. Pero si el mundo entero los abocó al olvido, ellos no olvidaron, y señalaron como culpable de su desgracia al mundo entero. En la miseria de aquellos campos nació y creció toda una generación, alimentada con los sueños de una venganza y de un regreso a la tierra perdida que jamás conoció. Después de la Guerra de los Seis Días, aquellos palestinos hicieron su entrada en el escenario del Oriente Próximo con el nombre de *feddayin*, recordando a la opinión internacional que también tenían que decir su palabra en el drama de aquella región.

El conflicto nacido la tarde en que treinta y tres naciones decidieron dividir Palestina, produciría otras víctimas y suscitaría muchos trastornos. El conde Bernadotte, mediador de las Naciones Unidas, que esperó devolver la paz a la Tierra Santa desgarrada, cayó en Jerusalén, el 16 de setiembre de 1948, bajo las balas de los terroristas del grupo «Stern». Dos meses después, Mahmud Nukrachy Pachá, el egipcio que deseó mantener a su país apartado de la guerra, pero que no osó yugular sus ambiciones, no pudo evitar la cita que tenía con un verdugo. Fue asesinado en El Cairo por un miembro de la secta de los Hermanos Musulmanes. El libanés Riad Solh fue, a su vez, abatido durante el verano de 1951.

Una tarde de aquel mismo verano, el rey Abdullah asistía a una recepción en Jerusalén. Contemplando los tejados de la ciudad vieja sobre la que reinaba entonces, el soberano beduino estaba melancólico.

—Si algo me sucediese, él debe ser colocado a la cabeza de la casa de los hachemitas —dijo a su Primer Ministro señalando a su nieto, Hussein.

Al día siguiente, 20 de julio de 1951, a mediodía, se cumplía la predicción del judío Ezra Danin, que fue a visitar al rey en compañía de Golda Meir. Abdullah fue asesinado cuando penetraba en la mezquita de Omar para la oración del viernes.

El iraquí Nuri Said cayó a su vez, víctima de las fuerzas desencadenadas por el conflicto de Palestina. Más sordo que nunca a todas las advertencias, aquel al que una nueva generación de revolucionarios consideraba como el agente del colonialismo británico en Oriente Próximo, fue derrocado por un golpe de Estado, en julio de 1958. Fue asesinado cuando intentaba huir, disfrazado de mujer, y un jeep arrastró su cuerpo a través de las calles de Bagdad.

Siempre alerta, Hadj Amin Husseini vive, en una de las colinas de Beirut, entre sus guardaespaldas y el último signo de sus perpetuos esfuerzos por reforzar su seguridad: un refugio atómico. Si ya no desempeña un papel activo en la resistencia palestina, profesa siempre el mismo odio a los ingleses y a los judíos y está convencido de que un día podrá, con la gracia de Alá, volver a encontrar su feudo de

Jerusalén.

Tal como había conducido el combate de su pueblo para la independencia, David Ben Gurion presidió la transformación de su Estado en una entidad económica viable. Primer Ministro desde 1948 a 1963, con una interrupción de dos años, ha visto duplicarse la escasa población de su país; a sus inmigrantes, conquistar nuevas tierras en las arenas del Negev —que, a costa de tantas luchas, anexionó al Estado—; a sus ingenieros, dotar a Israel de una sólida infraestructura industrial. Lleva, en la actualidad, en el kibbutz de Sde Boker, a orillas del Negev, una vida sencilla y tranquila. Retirado del mundo, pero atento a todos sus ruidos, trabaja en sus Memorias, esquila la lana de los corderos y acude cada día a recogerse sobre la tumba de su esposa. Paula.

Primer embajador de Israel en la Rusia Soviética, la hija del carpintero de la Rusia de los zares regresó a su tierra en 1949. Golda Meir fue a continuación, y durante años —en Jerusalén y luego en las Naciones Unidas—, la artífice de la diplomacia israelí. Cuando se retiró, por motivos de salud, fue llamada, en 1969, a convertirse en Primer Ministro, función que aún desempeña en la actualidad.

En Jerusalén, el edificio Mandelbaum, donde Jacob Ben Ur y sus compañeros del «Gadna» detuvieron los autocañones de la Legión Árabe, se convirtió en el símbolo internacional de la división que separaba la ciudad más deseada del mundo. Destacándose sobre un paisaje de ruinas y alambradas, una puerta se convirtió, en aquel lugar, en el único punto de encuentro entre los mundos judío y árabe.

Los accesorios de la guerra formaron, poco a poco, el decorado permanente de la Ciudad de la Paz. Fortificaciones y barreras de alambradas se alzaron en pleno corazón de la aglomeración, mientras que una extensa «tierra de nadie», sembrada de ruinas y minas, trazaba en su seno una dolorosa cicatriz. Durante casi veinte años, el resto oxidado de la autoametralladora judía destruida durante los combates de la puerta de Jafa permaneció al pie de las murallas. Los judíos ortodoxos fueron cada atardecer del sábado a aquellas fortificaciones a contemplar soñando, por encima de los tejados, las piedras ocultas de su muro perdido. Otros, con ocasión del aniversario de la muerte de una esposa o de un hijo, trepan a las terrazas de Mea Shearim para dirigir interminablemente sus miradas hacia las blancas piedras del cementerio del monte de los Olivos, adonde ya no podían ir. Mordechai Weingarten, el rabino a quien un oficial británico le entregara, el 14 de mayo de 1948, la llave de la puerta de Sión, era uno de aquellos fieles. Desde la caída del barrio judío de la ciudad vieja, y hasta su muerte, el viejo rabino reguló su vida según los rígidos principios del duelo judío. Fue su forma de expresar su aflicción por la pérdida del antiguo barrio que gobernara durante tantos años.

Al otro lado de la ciudad, los árabes también trepaban a las murallas para ver los tejados de sus casas perdidas, en adelante ocupadas por inmigrantes judíos. Tampoco

faltaban los musulmanes que dirigían una mirada emocionada hacia su cementerio, en la actualidad enclavado en pleno corazón de una ciudad judía, al que no podrían ya ir.

En 1949, el Gobierno de Israel hizo de Jerusalén su capital, contra la voluntad de las Naciones Unidas y de América, que aún albergaban la esperanza de dar a la ciudad su estatuto internacional.

Prohibidas a sus fieles, las antiguas piedras del Muro de las Lamentaciones sólo vieron pasar a escasos turistas o a los niños árabes que jugaban en la estrecha callejuela que lo rodeaba. Despojadas de todo objeto de valor, las ruinas del barrio judío se tostaban al sol como las dislocadas piedras de un cementerio profanado, prueba evidente, para los árabes, de la marcha definitiva de los judíos de los que, durante tantos siglos, fueron vecinos.

En junio de 1967, tras haber, por dos veces, pedido al rey de Jordania que detuviera el cañoneo sobre la nueva Jerusalén, Israel entró en guerra con Jordania. Los paracaidistas de Uzi Narkis, el oficial que, una noche de mayo de, 1948, ordenara a sus agotadas fuerzas que abandonaran las murallas, se apoderaron de la ciudad vieja tras cuarenta y ocho horas de combates. Tras la secuela de aquella victoria, una trastornada multitud se precipitó hacia el Muro. Paracaidistas, viejos rabinos extasiados, ministros, mujeres y niños de todos los barrios de la ciudad nueva, se entremezclaron en una plegaria común de acción de gracias. Fue un instante de emoción cuando un pueblo muy antiguo descubría de nuevo el lugar más sagrado de su historia. Entre los primeros en contemplar aquellas piedras se hallaban los dos hombres que esperaron apoderarse de ellas en 1948: Dov Joseph y David Shaltiel.

Los primeros días que siguieron a la guerra de junio de 1967 dieron lugar, en las calles de Jerusalén, a extraordinarias escenas de fraternidad. Árabes y judíos renovaban viejas amistades, volvían a encontrar los lugares, ruidos, olores y paisajes de su antigua vida, en común. Durante aquellas breves horas, las fortificaciones y las torres de vigilancia fueron desmanteladas, arrancadas las alambradas, la «tierra de nadie» borrada, y la ciudad, reunificada.

Pero la gracia de aquella unidad reencontrada debía pronto turbarse, y la euforia de las primeras horas quedaría barrida. Respetando siempre escrupulosamente los Santos Lugares y la libertad de culto, el Estado de Israel, ansioso por consolidar sus nuevas conquistas, anexionó oficialmente la ciudad vieja. Las autoridades animaron a nuevos inmigrantes a instalarse en Jerusalén, y luego elaboraron un plan destinado a unir más íntimamente la ciudad al resto del país, mediante la construcción de nuevos arrabales. El Gobierno hizo, en fin, saber que la cuestión de Jerusalén no podría ser objeto de ninguna transacción con vistas a una negociación de paz, salvo en lo que concernía a los Santos Lugares, para los que podría acordarse un estatuto especial.

Juzgando que la política israelí tendía a reducir su presencia y su función, los árabes de Jerusalén se encerraron en una súbita hostilidad. La aparición de los

feddayin en las fronteras de la Palestina ocupada resonó pronto a través de las calles de la ciudad. Como en 1948, bombas terroristas la desfiguraron, derramando sangre en la plaza de un mercado, en un refectorio de la Universidad y en un almacén abarrotado en una víspera de sábado.

Las fortificaciones y alambradas que dividían la ciudad han desaparecido, pero queda una frontera en el corazón de sus habitantes. Para que la antigua oración del pueblo judío «Si alguna vez te olvidase, Jerusalén…» no se convierta en el grito de reunión de otro pueblo semita, judíos y árabes deberán, ante todo, eliminar esta frontera. No es descabellado pensar que las piedras que fueron ya el escenario de tantos milagros, atestiguaran un día éste. Escrita por el gran rey hebreo que hizo de Jerusalén su capital, la invocación del salmo de David es tan necesaria para los niños de la Jerusalén de hoy como para los de la Jerusalén de ayer.

Impetrad la paz sobre Jerusalén:
¡Qué la paz reine en sus murallas
y la prosperidad en sus palacios!

HITOS CRONOLÓGICOS

70 Conquista de Jerusalén por Tito y destrucción del Templo judío.

636 Conquista de Jerusalén por el califa Omar e inicio de la ocupación musulmana.

1099 Conquista de Jerusalén por los cruzados e inicio de la ocupación cristiana.

1187 Reconquista de Jerusalén por los árabes.

1517 Conquista de Jerusalén por los turcos.

1895 Theodor Herzl publica *El Estado judío*.

1916 Promesa del británico Sir Henry McMahon a los árabes.

1917 Promesa del británico Lord Arthur James Balfour a los judíos. Conquista de Jerusalén por los ingleses.

1947

29 de noviembre: Las Naciones Unidas votan el Reparto de Palestina en un Estado árabe y un Estado judío.

1948

4 de enero: Destrucción, por la «Haganah», del «Hotel Semíramis», en Jerusalén.

22 de febrero: Atentado terrorista árabe en la calle Ben Yehudá, de Jerusalén.

24 de marzo: Primer día de asedio de la Jerusalén judía: un convoy judío no puede llegar a la ciudad.

27 de marzo: Emboscada árabe contra el convoy de aprovisionamiento judío del

kibbutz de Kfar Etzion.

9 de abril: Matanza del pueblo árabe de Deir Yassin.

13 de abril: Matanza del convoy judío del hospital de la Hadassah.

14 de mayo: Fin del mandato británico en Palestina.
— Nacimiento del Estado de Israel.
— Invasión de Palestina por los Ejércitos árabes.
— Caída del kibbutz de Kfar Etzion.

16-17 de mayo: La «Haganah» intenta, sin éxito, apoderarse de la ciudad vieja de Jerusalén.

18 de mayo: La Legión Árabe entra en Jerusalén.

25 de mayo: Primer ataque del Ejército israelí contra las posiciones árabes de Latrun para volver a abrir la carretera de Jerusalén.

28 de mayo: Capitulación del barrio judío de la ciudad vieja.

1 de junio: El primer jeep judío llega a Jerusalén a través de las colinas de Judea.
— Inicio de los trabajos de la «Ruta de Birmania».

11 de junio: Primer alto el fuego.

9 de julio: Fin del primer alto el fuego y reanudación de los combates.
17 de julio: Segundo alto el fuego, que divide Jerusalén durante diecinueve años.

LO QUE FUE DE ESTOS PERSONAJES EN 1971

ÁRABES

ABU GARBIEH, BAGHET: El defensor del barrio de Musrara desempeñaba un activo papel en el movimiento de la resistencia palestina.

ABUSSUAN, Dr. SAMY: El superviviente de la explosión del «Hotel

Semíramis» era dentista en Beirut.

ANTONIOUS, KATY: Regresó a la ciudad de la que fuera una de las huéspedes y allí vivió hasta la Guerra de los Seis Días. Luego, se refugió en Beirut.

AZZAM, PACHÁ ABDUL RAHMAN: El secretario general de la Liga Árabe se retiró en 1956.

DEEB, GEORGES: El hombre que suministró los mapas de carreteras de Palestina al Ejército egipcio, era comerciante en Ammán.

GENNO, ABUJALlL: El hombre que encendió la mecha de la bomba que voló el *Palestina Post* era un próspero hombre de negocios de Jerusalén, cuyas empresas trabajaban, a la vez, para árabes e israelíes.

GHORY, EMILE: Miembro del Parlamento jordano, permaneció en estrechas relaciones con Hadj Amin y sirvió de intermediario entre el Gobierno jordano y los *feddayin*.

HALABY, ASSIYA: La joven funcionaría que acudió a saludar a sus colegas británicos la mañana de su salida, vivía en Jerusalén. Fue encarcelada dos veces durante los últimos años por haber protestado contra el yugo de la ciudad de Israel.

IREKAT, KAMAL: El organizador de la emboscada al convoy de Nebi Daniel, fue el portavoz del Parlamento jordano.

JALIDY, AMBARA: La familia Jalidy se refugió en Beirut. Incapaz de reponerse del *shock* que le produjo su marcha de Jerusalén, Samy Jalidy murió al poco tiempo de su exilio.

JUMEAN, EMILE: El artillero que bombardeó Jerusalén era el secretario privado del hermano del rey Hussein, el príncipe Mohamed.

KAUKJI, FAWZI EL: Con ochenta años, el comandante del Ejército de Liberación vive retirado en las afueras de Beirut.

KUTUB, FAWZI EL: El especialista en explosivos era un empleadillo en Damasco. En sus ratos libres, ponía sus talentos al servicio de los *feddayin* palestinos.

MAJAJ, HAMEH: El empleado de Correos que perdió a su mujer en el atentado de la puerta de Jafa, jamás se volvió a casar, y lleva una vida tranquila en Ammán, junto a sus dos hijos.

MAJELLI, PACHÁ HABES: El comandante de la Legión Árabe en Latrun fue comandante en jefe del Ejército jordano.

MARDAM, FUAD: El coronel sirio que hallara un barco para enviar las armas idas a pique en Bari, vivía en Beirut. El barco que fletó por un millón de liras fue detenido en alta mar por los israelíes y su cargamento capturado. Mardam fue acusado por sus compatriotas de haber vendido las armas sirias a los judíos, y fue condenado a muerte. Escapó a su ejecución cuando los israelíes, revelando los secretos del caso, indultaron a su desgraciado adversario.

PULLI, ANTONIO: Respetado por el golpe de Estado de Nasser, el infatigable organizador de los placeres nocturnos de Faruk dirigía una pastelería en las afueras de El Cairo.

RUSSAN, MAHMUD: El comandante adjunto de la defensa de Latrun era miembro del Parlamento jordano.

TANNUS, NIMRA: *La Tigresa*, que dirigía la centralita telefónica del C. G. árabe de la escuela de la Raudah, vivía en Ammán desempeñando un activo papel en el Ministerio de Refugiados.

TELL, ABDULLAH: El comandante de la Legión Árabe en Jerusalén, se exilió voluntariamente en El Cairo en 1950 tras haber presentado su dimisión como gobernador militar de Jerusalén. Condenado a muerte en rebeldía por el papel que siempre negó desempeñar en el asesinato del rey Abdullah, permaneció en El Cairo hasta 1967, fecha en la que el rey Hussein le permitió regresar a Jordania.

TELL, WASFI: El oficial cuyas advertencias, en 1948, jamás fueron tomadas en consideración, era Primer Ministro de Jordania.

BRITÁNICOS

BEELEY, SIR HAROLD: El adjunto de Ernest Bevin en 1948, se retiró en 1969 tras una larga y brillante carrera en la diplomacia, especialmente como embajador en Moscú y El Cairo.

CUNNINGHAM, General Sir ALAN: El último Alto Comisario en Palestina, se retiró, y vive en las afueras de Londres.

CHURCHILL, Coronel JACK: El oficial que intentó socorrer al convoy de la Hadassah, se retiró y vive en las afueras de Londres.

GLUBB, General Sir JOHN BAGOT: El general comandante de la Legión Árabe en 1948, fue bruscamente despedido en 1956 por el rey Hussein. Al regresar a Gran Bretaña, continuó llevando una vida activa, escribiendo y dando conferencias sobre un tema que pocos hombres conocían mejor que él: el mundo árabe.

JONES, General C. P.: El último comandante militar británico en Jerusalén, era director del «Pensionners Hospital», de Londres.

KIRKBRIDE, Sir ALEC: El embajador de Gran Bretaña en Ammán, era director de la Banca Británica del Oriente Medio.

MAC MILLAN, General Sir GORDON: Retirado del servicio activo, el último comandante en jefe del Ejército británico en Palestina, vivía en Escocia.

ISRAELÍES

ALÓN, YIGAL: El jefe del «Palmach» en 1948 realizó una importante carrera política y se convirtió en adjunto del Primer Ministro. Junto con Moshe Dayan, está considerado como uno de los presuntos herederos de Golda Meir.

AVIDAR, JOSEF: El responsable de los aprovisionamientos, en 1948, de la «Haganah», era uno de los dirigentes de la «Histadruth», la confederación de los sindicatos judíos.

AVRIEL, EHUD: El hombre que compró en Checoslovaquia las armas que permitieron sobrevivir a Israel, regresó a su kibbutz de Galilea. Continuó desempeñando un importante papel. Es uno de los grandes dirigentes del sionismo mundial.

COHEN, URI: El terrorista que arrojaba bambas por el «Irgún», era piloto de «El Al».

CHARNY, CARMI: El hijo del rabino neoyorquino, que contribuyó a detener los blindados de la Legión Árabe, permaneció en Jerusalén, donde se ha convertido en uno de los más célebres poetas hebreos.

CHOREV, AMOS: El joven oficial del «Palmach» que participó en el descubrimiento de la «Ruta de Birmania», era general del Ejército israelí.

ELEAZAR, DAVID: El oficial que conquistó tan duramente el monasterio de Katamon, era uno de los más brillantes generales del Ejército israelí.

FEDERMAN, XIEL: El Papá Noel de la «Haganah», era propietario de una cadena de hoteles de lujo en Israel.

GAZIT, MOTKE: El oficial que entró en la ciudad vieja con su tropa de civiles, se ocupaba de la instalación de los nuevos inmigrantes en Israel.

HERZOG, VIVIAN: El ex oficial de los «Guards» era un brillante hombre de negocios. Sus crónicas en la Radio en el momento de la Guerra de los Seis Días le hicieron tan célebre que vino a ser una especie de oráculo del Estado de Israel.

HOD, MORDECHAI: Uno de los primeros pilotos de los «Messerschmitt», era comandante en jefe de la aviación israelí.

JOSEPH, DOV: El responsable del aprovisionamiento de Jerusalén, tras una brillante carrera volvió a su primera profesión: jurista. Vivió siempre en Jerusalén.

LASKOV, CHAIM: El comandante de la primera fuerza blindada israelí, dirigía un negocio de electrónica.

LEVI, ISAAC: El oficial que atravesó las colinas de Judea para suplicar que Ben Gurion enviara municiones a Jerusalén, dirigía su propia editorial en esta ciudad.

LORCH, NATANAEL: El joven oficial que llenó con bocadillos los sacos terreros, era miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores.

NARKIS, UZI: El oficial que replegó a sus agotados hombres de las murallas, conquistó Jerusalén en 1967, y, en la actualidad, se ocupa de los nuevos inmigrantes.

NEVO, JOSEF: El oficial que tanto deseó ver partir a su suegra, era consejero militar.

RABIN, ISAAC: El comandante de la brigada que participó en la «Operación Nachshon» se distinguió brillantemente durante la guerra de los Seis Días. Era embajador de Israel en los Estados Unidos.

RUSSNAK, MOSHE: El comandante de los defensores del barrio judío de la ciudad vieja, vivía tranquilamente en Jerusalén.

SHALTIEL, DAVID: El comandante de la «Haganah» de Jerusalén, murió en 1969, tras una importante carrera diplomática en Europa y América del Sur.

SHAMIR, SHLOMO: Después de una larga y brillante carrera militar, el jefe de

la 7.ª Brigada vivía en Tel-Aviv.

SINAÍ, ZVI: El comandante de la «Operación Kedem» permaneció en el Ejército. Se convirtió en especialista en Historia militar.

SLAVIN, CHAIM: El ingeniero que compró en los Estadas Unidos una completa industria de armamento en piezas sueltas, dirigía una fábrica de casas prefabricadas.

WEIZMANN, EZER: Uno de los dos primeros pilotos de los «Messerschmitt», fue uno de los principales artífices de la victoria israelí durante la guerra de los Seis Días. Tras haber sido ministro, dirigía un partido político.

YADIN, YIGAEL: El jefe de operaciones de la «Haganah» realizó una brillante carrera militar antes de volver a sus primeras ocupaciones: la arqueología.

LOS DEMÁS

AZCÁRATE, PABLO DE: El primer enviado de las Naciones Unidas a Jerusalén, tomó su retiro en Ginebra.

REYNIER, JACQUES DE: El enviado de la Cruz Roja Internacional en Jerusalén, vivía cerca de Lausana.

TESTIMONIO DE GRATITUD

Deseamos agradecer, en primer lugar, a Dominique Conchon, nuestra inapreciable colaboradora y amiga, los tres años de trabajo que exigió la preparación de nuestro libro. Con un cuidado, una inteligencia y una fe constante en nuestra empresa, organizó la clasificación de innumerables documentos acumulados durante nuestra encuesta. Durante los largos y difíciles meses de la redacción de este libro, ha sido una infatigable asistente: preparó nuestra documentación con tal minuciosidad, que nos ahorró muchos esfuerzos, ordenó nuestros apuntes, corrigió con infatigable paciencia las mil quinientas páginas del manuscrito francés y dirigió nuestro secretariado.

Nuestro agradecimiento, igualmente, a nuestro equipo de investigadores: Lilly Rivlin, por sus pacientes indagaciones a través de Israel y por el entusiasmo que mostró en recoger los relatos de combates de una guerra que no conoció; a Suleiman Mussa, historiador, por los testimonios que recogió cerca de los veteranos de la Legión Árabe; a nuestra amiga palestina Diana, que nos ofreció toda su ayuda y los emocionantes testimonios de tantos compatriotas suyos.

Para nuestro amigo René Clair, que aceptó dedicar tantas horas de su precioso tiempo a leer la versión francesa de nuestro manuscrito, y por animarnos con sus consejos, tenemos una deuda muy especial de gratitud. Nuestro reconocimiento también a nuestro amigo Pierre Nora, cuyo conocimiento histórico de nuestro asunto nos proporcionó alientos y consejos particularmente preciosos; al profesor Louis Evrad, cuya inagotable cultura nos permitió evitar muchos errores históricos; a nuestro amigo Pierre Peuchmaurd y a su encantadora esposa, Fanny, por todo el tiempo que han dedicado a la corrección de nuestro texto; al rabino señor Charles Touati, por la amable supervisión que tuvo ti bien hacer de todos los pasajes concernientes a la religión judía; a Colette Modiano, autora de una destacada obra —por aparecer— sobre Oriente Medio, por su ayuda tan apreciable.

Entre los que han sido nuestros fieles compañeros de trabajo, nuestro agradecimiento también a Hélène Fillion, Nicole Littée, Christine Soler, Marianne Morange, Catherine Guyon, Marielle Carré, Jacqueline de la Cruz y a nuestras amigas Jeanne Conchon y Josette Wallet, por ayudarnos a franquear las últimas horas de la redacción de este libro.

Finalmente, dirigimos un pensamiento de gratitud a Catherine y Marius Rocchia, Alexandre y Paulette Isart, Rene y Ginette Dabrowski, cuyos atentos cuidados han sostenido nuestra moral durante nuestros largos meses de trabajo.

La preparación de *Oh, Jerusalén* exigió dos años de pacientes y difíciles esfuerzos a través de Oriente Medio, Europa y los Estados Unidos. Más de dos mil personas han colaborado directa o indirectamente en esta información. Si nos es imposible citarlas a todas, que nos perdonen, pero que sepan cuan agradecidos les estamos.

Entre las personalidades israelíes que tan generosamente nos han concedido su precioso tiempo, damos las gracias, muy especialmente, al señor David Ben Gurion, el cual, durante dos largas entrevistas, reconstituyó para nosotros las horas cruciales de 1948 y nos ofreció el privilegio especial de consultar numerosos pasajes inéditos de su Diario personal; a la señora Golda Meir, que tuvo a bien segregar, de su agobiador programa, las horas que nos permitieron revivir —en su compañía— cada minuto de su viaje a los Estados Unidos en enero de 1948 y su entrevista secreta con el rey Abdullah cuatro días antes del estallido de la guerra; a Ehud Avriel, que tanta paciencia mostró en narrarnos las peripecias de sus misiones en Checoslovaquia cuando, simulando ser un representante del Negus, compró las armas para Israel; a la señora de David Shaltiel y al embajador señor Levavi, que pusieron a nuestra disposición los archivos y papeles personales del comandante de la «Haganah» en Jerusalén; a Josef Avidar, que desenterró para nosotros sus informes de la época y nos ayudó a reconstituir, casi fusil por fusil, la aventura clandestina del armamento judío; al embajador Jacob Tsur, cuyo excepcional conocimiento de Jerusalén nos fue tan precioso para conocer los mil aspectos de la ciudad y de sus habitantes; a Vivian Herzog y a su esposa Aura, que con tanta paciencia nos ayudaron a vivir, mentalmente, las miserias y alegrías de Jerusalén. Vivian Herzog y Shlomo Shamir nos presentaron además, una ayuda inapreciable en la reconstitución de las batallas de Latrun. A todos ellos, nuestro agradecimiento. Al señor y señora Boulton y a Miles y Guita Sherover, cuyo apoyo y aliento fueron una ayuda tan preciosa, les dirigimos nuestro reconocimiento.

Agradecemos también al teniente coronel Elie Bar Lev, del Departamento de información del Ministerio de Defensa de Israel, y a Gershon Rivlin, redactor jefe de la revista militar *Ma'arachot*, el haber tenido a bien orientar nuestras investigaciones y poner a nuestra disposición numerosos documentos.

Por parte árabe, la ayuda excepcional que hemos recibido nos permitió llevar una investigación que jamás pudo ser realizada antes. Entre las innumerables personas con las que estamos particularmente en deuda, agradecemos a S.M. el rey Hussein de Jordania el que nos permitiera tener acceso a los archivos de la Legión Árabe; al coronel Abdullah Tell, el cual, durante casi tres semanas de entrevistas, reconstruyó para nosotros cada minuto de la batalla de Jerusalén por parte árabe; a Mahmud Russan, cuyo Diario personal tan útil nos ha sido para nuestros capítulos sobre las batallas de Latrun; a Ali Abu Nuwar, en la actualidad embajador de Jordania en París,

que nos ayudó a encontrar la exultante atmósfera de la marcha de la Legión Árabe hacia Palestina; a Emile Ghory y a Baghet Abu Garbieh, que recrearon para nosotros, a través de sus experiencias personales, el papel de los defensores árabes de Jerusalén en 1948; al presidente Camille Chamun y al doctor Charles Malik, que tan importante papel desempeñaron con ocasión del debate, en la ONU, de noviembre de 1947, como representantes del Líbano; a Mohamed Hassan el Heikal, que nos confió sus experiencias de joven periodista en la Palestina en guerra de aquella época; a la señora de Abdel Kader Husseini, viuda del jefe árabe muerto en la batalla de Castel, que nos confió la correspondencia de su marido; y, finalmente, a Antonio Pulli, que nos permitió penetrar, gracias a sus recuerdos, en la intimidad del rey Faruk.

Entre las decenas de personas que hemos entrevistado en Gran Bretaña, que nos sea permitido agradecer muy especialmente a Sir John Bagot Glubb, a Sir Alec Kirkbride, a Sir Alan Cunningham, a Sir Gordon Mac Millan y a Sir Harold Beeley, los consejos y la cálida ayuda que nos aportaron.

En los Estados Unidos, donde tantas personas nos ofrecieron su concurso, agradecemos muy particularmente a Clark Clifford el habernos permitido consultar sus papeles personales, así como a la dirección de la biblioteca Truman de Independence, Missouri.

En Francia, debernos agradecer especialmente a la señora de René Neuville, viuda del cónsul general de Francia en Jerusalén, el que sus recuerdos nos ayudaran a reconstruir la vida de Jerusalén en 1948, así como al doctor René Bauer, médico jefe del Hospital Francés de Jerusalén, cuyo Diario personal tan precioso nos fue para relatar los combates en torno a «Notre-Dame de France». Asimismo, expresamos nuestra gratitud a los monjes de la abadía trapense de los Siete Dolores de Latrun, así como a Jacques de Reynier, representante de la Cruz Roja Internacional, que nos ayudó a reconstruir el drama de Deir Yassin.

Finalmente, sin los alientos y el apoyo de nuestros editores y de nuestros amigos del *Reader's Digest*, no hubiéramos podido jamás escribir *Oh, Jerusalén*. Que nuestros amigos Robert Laffont, Jacques Peuchmaurd y Claude Anceau, en París; Peter Schwed, Mike Korda y Dan Green, en Nueva York; Fulton Oursler, en Pleasantville, así como Irving Lazar, en Los Ángeles, y Nicholas Thompson, en Londres, reciban nuestras más efusivas gracias por su fe inquebrantable en nuestro proyecto.

Les Bignoles
La Biche Niche
Ramatuelle
23 de mayo de 1971

FIN

FOTOGRAFÍAS



Cristianos, judíos y musulmanes se reparten las piedras de la ciudad que alberga los lugares más sagrados de sus religiones. Para los cristianos es la Basílica del Santo Sepulcro, al final de la Vía Dolorosa, recorrida por Jesús camino del Calvario. Millones de peregrinos, desde las Cruzadas, no han cesado de llegar y rezar aquí. Para los judíos es el Muro de las Lamentaciones, vestigio de los cimientos del templo edificado por Salomón. Durante dos mil años, los judíos de todo el mundo se volvieron hacia él para llorar su dispersión. (*Foto George Rodger-Magnum*).



Para los musulmanes, la Cúpula de La Roca hace de Jerusalén, con Medina y La Meca, una de las tres ciudades santas del Islam. Guarda la roca desde la que partió Mahoma sobre su yegua blanca para su ascensión al cielo. (*Foto Simonprieti-Gamma*).



TREINTA AÑOS DE FRACASOS PARA INGLATERRA EN PALESTINA

Desde el 6 de diciembre de 1917, cuando el general Allenby entró a pie en Jerusalén, hasta el 14 de mayo de 1948, en el que el general Cunningham, último Alto Comisario, abandonó Haifa, Gran Bretaña había reinado como dueña y señora en Palestina. Aquel territorio constituía para ella un puente de unión indispensable entre el petróleo de Irak y el Canal de Suez. Pero su reinado fue un fracaso. Al verse impotente para mantener la paz entre judíos y árabes, renunció a su mandato. Después de abandonar el territorio, estalló una sangrienta guerra. (*Foto Imperial War Museum*).



LA PRESENCIA DE 100 000 SOLDADOS BRITÁNICOS NO PODÍA SALVAGUARDAR LA PAZ EN TIERRA SANTA

En aquella primavera de 1948, Jerusalén y Palestina eran los últimos lugares del mundo donde los soldados ingleses morían aún por su rey y su patria. Llegados para asumir un papel de policías imparciales en un conflicto que no les concernía, se convirtieron, según la expresión de uno de ellos, «en una pelota de fútbol entre dos campos». Aunque la política del Gobierno británico fuese favorable a los árabes, los combatientes de las dos comunidades les profesaban idéntica hostilidad. Escaramuzas, atentados y sangrientas batallas se sucedían en Jerusalén durante las últimas semanas de la presencia británica. Mientras los hombres de la «Military Police» registraban a los civiles árabes en busca de armas y granadas, soldados del «Sulfok Regiment» atrancaban la puerta de Sión para impedir que los judíos ayudaran a sus hermanos sitiados en el barrio judío de la ciudad vieja. (*Foto G. D. Kumlien*).



Pero, como en todos los frentes del mundo, el deporte no perdía sus derechos. Entre dos patrullas, el equipo de natación del regimiento «Highland Light Infantry» recibió, de manos del coronel, el trofeo de la victoria. Varios soldados británicos permanecieron en Jerusalén tras la marcha de sus camaradas. Por ideal o por amor, se inclinaron hacia uno u otro bando para compartir las nuevas desgracias de Tierra Santa. (*Colección de los autores*).



EL POLÍTICO Y EL GUERRERO: LOS JEFES DE LA PALESTINA ÁRABE

Hadj Amin Husseini, Gran Mufti de Jerusalén, dirigía la cruzada de los árabes de Palestina contra el regreso de los judíos a la Tierra Prometida. Soñaba con imponer su poder sobre todo el país. Si sus partidarios eran numerosos, sus enemigos no lo eran menos. Jamás se movía sin un ejército de guardaespaldas, y siempre llevaba puesto un chaleco blindado, regalo personal de Hitler. (*Foto Associated Press*).



El Gran Mufti de Jerusalén nombró a su sobrino, Abdel Kader, comandante en jefe de sus fuerzas militares en Palestina. Abdel Kader era un auténtico combatiente, tan venerado por sus hombres como estimado por sus adversarios judíos. En 1934, fue expulsado del país por los ingleses. Regresó secretamente a Palestina a comienzos de 1948. Convencido, como la «Haganah», de que la guerra se ganaría o perdería en Jerusalén, asedió la ciudad. (*Foto Colección de los autores*).



Abdel Kader resultó muerto, en plena batalla, el 6 de abril de 1948. Mientras sus fieles acompañaban su cuerpo a la mezquita de Omar, donde reposaría, toda la Palestina árabe vistió de luto. (*Foto Colección de los autores*).



EL PEQUEÑO SOBERANO DE TRANSJORDANIA ACARICIABA EL SUEÑO DE SER REY DE JERUSALÉN

Para abandonar la «jaula en un desierto», donde le encerraron los ingleses, el rey Abdullah proyectaba secretamente entenderse con los judíos y anexionar a su reino la parte árabe de Palestina. Para realizar aquel audaz plan disponía de una magnifica baza: su Legión Árabe, mandada por un discípulo de Lawrence; el general inglés Glubb Pachá, verdadera eminencia gris del reino. Convirtiéndose en dueño de Jerusalén podría —según pensaba — volver a dar a su familia el prestigio que perdió y honrar al mejor de su linaje: el profeta Mahoma. (*Foto Keystone*).



El 18 de mayo de 1948, los soldados beduinos entraron en Jerusalén para defender los barrios árabes contra los asaltos judíos y, luego, conquistar toda la ciudad. Acompañado por los dirigentes de otros países árabes, Abdullah acudió personalmente a animarlos. (*Foto G. D. Kumlien*).



LA ATROZ GUERRA DE LAS BOMBAS EN LAS CALLES DE JERUSALÉN

Judíos y árabes se entregaron, durante todo el invierno y la primavera de 1948, a la salvaje guerra del terrorismo. Mientras los comandos judíos volaban casas árabes y arrojaban bombas a la multitud, los dinamiteros árabes perpetraron varios espectaculares y mortíferos atentados en la Jerusalén judía. Mandados por un árabe palestino de treinta años, llamado Fawzi el Kutub —que se preparó como saboteador en el ejército alemán—, los terroristas árabes introdujeron vehículos atiborrados de explosivos en los barrios judíos para sembrar el terror y a obligar a sus habitantes a rendirse. (*Foto Colección de los autores*).



El 11 de marzo volaba el C. G. de la «Agencia Judía», (13 muertos y 86 heridos). (*Foto Associated Press*).



LA FANTÁSTICA EPOPEYA DE LOS CONVOYES PARA ABASTECER A LA JERUSALÉN SITIADA

Jerusalén conoció un nuevo sitio. Los guerrilleros árabes ocuparon la única carretera por la cual se abastecía la parte judía de la ciudad, condenando al hambre a sus 100 000 habitantes. Los convoyes intentaron desesperadamente franquear el bloqueo árabe, pero muchos cayeron en las emboscadas. (*Foto Keystone*).



Sus restos atestiguan los furiosos combates que se libraron en aquella carretera. Para salvar a los habitantes, los judíos debieron abrir con *bulldozers*, un camino secreto a través de las colinas de Judea. Al estar cortadas las conducciones de agua, la sed amenazó, a su vez, la ciudad. (*Foto Gabinete de Prensa, Estado de Israel*).



APUESTA ENCARNIZADA DE LOS ADVERSARIOS: LA CASA DE PEREGRINOS DE FRANCIA

Con sus 546 celdas, todas las cuales llevaban el nombre de un santo de Francia y el de un generoso donante francés, «Notre-Dame de France» era una verdadera fortaleza, que dominaba toda la ciudad. Construida para «ser un testigo sonoro y colosal» de la presencia francesa en Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



«Notre-Dame» pagó caros los sueños de gloria de sus arquitectos. Tomada una y otra vez por judíos y árabes durante las críticas jornadas de mayo de 1948, el edificio recibió más de 300 obuses. (*Foto Colección de los autores*).



EL NACIMIENTO DE ISRAEL HIZO REALIDAD EL SUEÑO DEL PUEBLO JUDÍO, PERO DESENCADENÓ UNA GUERRA SIN FIN

Mientras los ejércitos de cinco estados árabes y las fuerzas de los guerrilleros palestinos le declaraban la guerra, los beduinos de la Legión Árabe se apoderaban del kibbutz de Kfar Etzion, avanzadilla de Jerusalén. El nacimiento del nuevo Estado iba acompañado de su primera derrota. (*Foto AFP*).



El 14 de mayo de 1948, a las 4 de la tarde, en una sala del museo de Tel-Aviv, David Ben Gurion (de pie bajo el retrato de Theodor Herzl) proclamó el nacimiento del Estado de Israel. La lectura del documento que restauraba un Estado judío tras casi dos mil años de interrupción, duró exactamente treinta minutos. Sobrecogidos por un religioso silencio, los asistentes escucharon los acordes de la *Hatikvah* (la Esperanza) el himno nacional que, en el balcón, interpretaba la orquesta filarmónica. Las lágrimas corrieron por muchas mejillas. (*Foto Embajada de Israel, París*).



Detrás del capitán árabe Hikmet Muhair y del comandante Abdullah Tell, dos de los cuatro supervivientes del kibbutz, Nahum Ben Sira y Jacob Edelstein, parten para el exilio. (*Foto Colección de los autores*).



JUDÍOS Y ÁRABES MOSTRARON IDÉNTICO VALOR PARA DEFENDER, PIEDRA A PIEDRA, SU VIEJA CIUDAD

Durante 34 días y 34 noches, los judíos y los árabes de Jerusalén se enfrentaron en una salvaje batalla. Mientras las fuerzas de la «Haganah» se apoderaban de la mayor parte de los barrios árabes situados fuera de las murallas, el barrio judío —en el interior de la ciudad vieja— sufría un despiadado asedio. Sus 1700 habitantes se refugiaron en los sótanos de las sinagogas y los soldados intentaron detener el avance de los legionarios árabes defendiéndose casa por casa y calle por calle. (*Foto G. D. Kumlien*).



El 28 de mayo, tras 14 días de heroica resistencia, el viejo barrio judío sucumbió y capituló. Durante 19 años no habría más judíos en la ciudad vieja de Jerusalén, el lugar más sagrado del judaísmo. (*Foto Colección de los autores*).

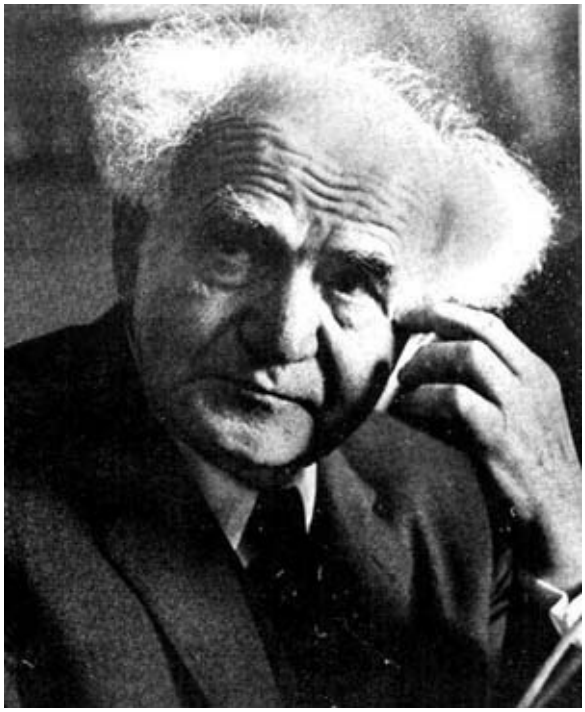


CALLARON LOS FUSILES, PERO COMENZÓ UNA NUEVA TRAGEDIA: LOS REFUGIADOS

Por iniciativa de las Naciones Unidas, un acuerdo de armisticio puso fin a los combates. Moshe Dayan y el comandante Abdullah Tell delimitaron la linea de alto el fuego que dividiría la ciudad. Pero si acabo la terrible batalla, para millares de familias árabes y judías comenzaba la tragedia del éxodo. (*Foto Colección de los autores*).



Una familia de judíos ortodoxos es obligada a abandonar el barrio de la ciudad vieja, donde vivieron cerca de dos mil años sus antepasados. Pronto, un millón doscientos mil árabes de Palestina conocieron la desesperación de un campo de refugiados. Sus hijos se convertirían en los *feddayin*. (*Foto G. D. Kumlien*).



EL INDÓMITO ARTÍFICE DEL ESTADO JUDÍO

Su nombre significa «hijo de león». Es indudable que David Ben Gurion mostró toda la energía de un león para conducir al pueblo judío a su mayor victoria después de dos mil años: la de aquel Estado de Israel, que proclamó el 14 de mayo de 1948. Gracias a la inflexible obstinación de su jefe, Israel sobrevivió a las primeras horas críticas de su historia. (*Foto Archivo Plaza-Janés S.A.*).



RECORRIERON EL MUNDO EN BUSCA DE LAS ARMAS QUE SALVARAN DEL ANIQUILAMIENTO AL ESTADO JUDÍO

EHUD AVRIEL, treinta y un años, uno de los principales artífices de la supervivencia del Estado judío en las cruciales horas que siguieron a su nacimiento. Simulando ser un enviado del Negus, consiguió comprar en Checoslovaquia 25 000 fusiles, 3000 ametralladoras, más de 100 millones de cartuchos, e incluso 30 cazas «Messerschmitt». Organizó, a través de Europa, una red clandestina de bases judías y estableció un verdadero puente aéreo para transportar, secretamente, las armas de la victoria a los soldados de la «Haganah». (*Foto Colección de los autores*).



GOLDA MEIR, cincuenta años, hija de un carpintero de Kiev emigrado a los Estados Unidos; militó, desde los dieciséis años en el movimiento sionista. Convertida en uno de los principales dirigentes de la comunidad judía de Palestina, encontró las fabulosas sumas necesarias para comprar las armas de la supervivencia. Durante una sola visita a América, en enero de 1948, recaudó 50 millones de dólares. Aquella proeza fue tan extraordinaria que, al recibirla, a su regreso a Palestina, Ben Gurion declaro: «Se dirá un día que fue una mujer la que permitió ver su día al Estado judío». (*Foto U.P.I.*).



CHAIM SLAVIN, cuarenta y un años, realizó una fantástica hazaña. Haciéndose pasar por sordomudo, para no llamar la atención —ya que hablaba mal el inglés—, recorrió los Estados Unidos durante tres años antes del nacimiento de Israel, a fin de comprar, a precio de chatarra, una colección de máquinas que permitirían instalar en Palestina una industria clandestina de armamento. Desmontadas, disimuladas y transportadas pieza por pieza, tales máquinas fueron ocultadas en los kibbutz. Cuando nació Israel, producían ya varios centenares de metralletas diarias. (*Foto Colección de los autores*).



YEHUDÁ ARAZI, cuarenta y un años, fue uno de los pioneros de la aventura de la compra de armas. A partir de 1936 envió secretamente, desde Polonia, los primeros fusiles que la «Haganah» recibió del exterior. Para disimular sus expediciones se convirtió en exportador de máquinas agrícolas y calderas, las cuales rellenaba con armas. Habiendo logrado, después de la guerra, ser nombrado embajador extraordinario de Nicaragua, puedo negociar la compra de las primeras piezas de la artillería judía: 5 viejos cañones de montaña franceses, llamados «Napoleonchiks» para los combatientes de la «Haganah». (*Foto Colección de los autores*).



DAVID SHALTIEL, era el comandante en jefe de las fuerzas judías en Jerusalén. Tras haber ejercido oficios tan diversos como rebuscador de tabaco y empleado de hotel, ingresó en la «Haganah», la cual le enviaría, en 1937, a una misión en Europa. Detenido en Alemania por la Gestapo, fue uno de los primeros judíos en conocer los campos de la muerte. Pero fue en las filas de uno de los ejércitos más duros del mundo donde aprendió el oficio de las armas: fue sargento de la Legión francesa. (*Foto Colección de los autores*).



VIVIAN HERZOG, veintinueve años, oficial del ejército británico. Gran especialista en espionaje, permitió a las fuerzas judías apoderarse, sin tener ni una baja, de toda una parte de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



YIGAEL YADIN, treinta y dos años, arqueólogo. Jefe de la «Haganah». Sobre sus hombros recaía la agobiadora tarea de rechazar la invasión de los ejércitos árabes e impedir la caída de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



TEDDY KOLLEK, treinta y siete años, pescador en el lago de Tiberíades, convertido en miembro de los servicios secretos de la «Haganah». Dirigía a los que, clandestinamente, a través de América, compraban armas para los soldados de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



HADASSAH LIMPEL, diecinueve años, una polaca que atravesó medio mundo para combatir en Israel. Operadora de radio en un *half-track* lanzallamas, resultó muerta en la batalla para abrir la carretera de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



SHLOMO SHAMIR, treinta y tres años, jefe de una nueva brigada creada para liberar Jerusalén. Durante dos sangrientas batallas intentó volar el reducto árabe de Latrun, que cerraba la carretera hacia la hambrienta ciudad. (*Foto Colección de los autores*).



ELIE SOCHACZEWER, treinta y tres años, uno de los fundadores de la industria clandestina que permitió a los judíos fabricar armas en Palestina para los soldados de Jerusalén, en previsión del conflicto con los árabes. (*Foto Colección de los autores*).



ABU DAYIEH, veinticuatro años, pastor de Hebrón, reclutó una pequeña banda y acudió a defender la Ciudad Santa contra los judíos. Su valor era legendario. Aunque gravemente herido, siguió combatiendo postrado en una silla. (*Foto Colección de los autores*).



EMILE GHORY, cuarenta años, antiguo alumno de la Universidad de Cincinnati (EE.UU.), era el brazo derecho en Jerusalén, del Gran Mufti. La noche del reparto hizo sacar de sus escondrijos los fusiles para armar a los árabes de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



NIMRA TANNUS, veinticuatro años, apodada *La tigresa*. Operadora árabe en la central telefónica de Jerusalén, fiscalizaba las comunicaciones judías y cortaba aquellas en que sus compatriotas se mostraban demasiado locuaces. (*Foto Colección de los autores*).



SAMY ABUSSUAN, veintinueve años, odontólogo y violinista. El 5 de enero de 1948, dinamiteros judíos volaron el hotel de Jerusalén donde se había refugiado con los suyos. En el atentado perdió a casi toda su familia. (*Foto Colección de los autores*).



ISMAIL SAFUAT, cincuenta y dos años, iraquí. Comandante en jefe del ejército de voluntarios árabes enviados a Palestina para hacer fracasar el reparto y rechazar a los judíos hasta al mar. (*Foto Colección de los autores*).



ASSIYA HALABY, treinta y cinco años; fue la primera mujer árabe de Palestina que obtuvo el permiso de conducir. Desde que estalló la batalla, acudió a la ciudad vieja para cuidar a los heridos árabes que defendían las murallas de Jerusalén. (*Foto Colección de los autores*).



DOMINIQUE LAPIERRE. (La Rochelle, Francia, 30 de julio de 1931) es un escritor francés, autor de los best-seller *La ciudad de la alegría, Mil soles, Esta noche la libertad, Era medianoche en Bhopal* y de *Más grandes que el amor*, varios con la colaboración de Larry Collins.

Con trece años, viajó con su padre, que era diplomático a Estados Unidos, y tras sus estudios secundarios, emprendió una vida viajera y aventurera por el país, apasionado por los automóviles; ejerció los más variados trabajos y con dieciocho años escribió su primer libro, que resultó ser un éxito internacional. Mediante una beca, se licenció en Economía Política en el Lafayette College de Easton, en Pennsylvania, casándose con veintiún años, y continuando su vida aventurera.

A su regreso a París, fue reclutado por el ejército, y casualmente conoció a Larry Collins, con quien entabló una fuerte amistad que desembocaría en una fructífera colaboración literaria. Durante varios años fue reportero de *París Match* continuando con su incansable vida viajera.



JOHN LAWRENCE COLLINS JR. Conocido ampliamente como Larry Collins, es un escritor y periodista estadounidense, nacido el 14 de septiembre de 1929 en West Hartford, Connecticut, EE.UU. y fallecido el 20 de junio de 2005 en Frejus, Francia.

Cursó brillantemente su estudios en la Universidad de Yale, para instalarse después en Europa en 1954, donde dirigió la agencia United Press International en Roma, Beirut y París. Entre 1961 y 1965 dirigió la corresponsalía parisiense del semanario *Newsweek* y fue entonces cuando comenzó su colaboración con Dominique Lapierre, con quien escribió *¿Arde París?* (1964).

Su encuentro y amistad con Dominique Lapierre al que conoció durante el servicio militar en el cuartel de las fuerzas aliadas en Europa (Shape, Francia), les llevaría a fundar una fructífera sociedad literaria que les dio fama y dinero, con lo que se apartó provisionalmente del periodismo para lanzarse a grandes investigaciones que desembocarían en algunos de los mayores éxitos literarios de los últimos cuarenta años.

Notas

[1] Los árabes de religión cristiana son, en Jerusalén, casi tan numerosos como los de religión musulmana. <<

[2] Doce años más tarde, el diario *París-Presse* reveló que, a cambio de su evasión, el Mufti había prometido considerar favorablemente la posición y el papel de Francia en África del Norte. <<

[3] Sólo una de estas expediciones no llegó a su destino, por lo menos, en la fecha prevista. Advertidos de que el «Intelligence Service» se preparaba a interceptar un cargamento de máquinas y utillajes concebidos para la fabricación de cartuchos, los judíos decidieron dirigir el navío hacia otro puerto más inhospitalario aún que Haifa: Beirut. Milagrosamente, las cajas almacenadas en un cobertizo no fueron abiertas por los aduaneros libaneses y pudieron ser recuperadas finalmente por los judíos en 1941. Escondidas en varios kibbutz, estas máquinas fueron reunidas, en 1945, en un taller clandestino, donde sirvieron para fabricar los primeros cartuchos producidos por la misma Palestina. <<

[4] Estos funcionarios de aduanas figuraron entre los únicos beneficiarios de esta trastornada época. Rudolph Sonnenborn dijo a uno de los autores de este libro que casi doscientos cincuenta mil dólares habían sido distribuidos por su Instituto en cuentas suizas pertenecientes a funcionarios británicos, en pago a su «cooperación» con motivo de la llegada a Palestina de determinadas mercancías consideradas como vitales. <<

[5] Desde 1946 hasta lebrero de 1943, según un informe sometido al Ministerio de la Guerra por Sir Gordon Mac Millan, último comandante en jefe de las fuerzas británicas en Palestina, los ingleses interceptaron cuarenta y siete barcos de emigrantes clandestinos e internaron a 65 307 personas en los campos de concentración de la isla de Chipre. <<

[6] La «Haganah» desaprobó enérgicamente este acto. Llamado al día siguiente al despacho de Golda Meir, se le comunicó a Rabinovich que su misión era «el combate, no el asesinato». <<

[7] Poco después de la explosión, la furgoneta del comando chocó contra una acera, mientras Uri Cohen se aprestaba a lanzar la segunda bomba. Cohen y sus compañeros abandonaron el vehículo y, bajo el fuego de una patrulla británica, intentaron atravesar el cementerio de Mamillah y regresar al sector judío. Tres de ellos, resultaron muertos. El otro se escapó, pero fue abatido poco después, en otra incursión del «Irgún». Cohen fue herido y trasladado a un hospital, del que lo liberaría el «Irgún» algunos días más tarde. Quedó con una pierna cinco centímetros más corta que la otra. La explosión mató a diecisiete personas. <<

[8] Había algunas importantes excepciones. Cuando se proponían la campaña para obtener el envío de una tuerza de Policía, la «Agencia Judía» encontró un aliado inesperado en el Alto Comisario, Sir Alan Cunningham. Habiendo perdido la esperanza de hacer reinar el orden en el resto de Palestina, Cunningham esperaba, al menos, preservar a Jerusalén. Escribió a todos los arzobispos cuyos nombres le eran conocidos, para incitarles a reclamar la creación de una fuerza de Policía de tres mil hombres. Estos refuerzos no tuvieron más éxito que los de la «Agencia Judía». El arzobispo de Canterbury se limitó a contestar dirigiendo una carta al *Times*, reacción que, según el Alto Comisario, «no despertó el interés absolutamente de nadie». El cardenal Francis Spellman, arzobispo de Nueva York, tampoco respondió. Sin embargo, su afecto por Jerusalén condujo a Cunningham a tomar una decisión de capital importancia para el futuro de los judíos de la ciudad. A finales de enero, el Ejército le presionó para que evacuara completamente Jerusalén y administrara el final del Mandato desde el puerto de Haifa. Cunningham se negó a ello y amenazó con presentar su dimisión si Londres le obligaba a hacerlo. Teniendo en cuenta el estado de las fuerzas judías en aquel momento, su aceptación habría acarreado probablemente la toma de toda la ciudad por los árabes. <<

[9] Como muchos militares ingleses en Oriente Medio, Clayton tenía tendencia a sobreestimar a los árabes y subestimar a los judíos. Era un error muy natural. Inglaterra, que había formado los principales Ejércitos, difícilmente podía poner en duda el valor de su enseñanza. <<

[10] El dirigente sionista americano Stephan Wise reunió tantos fondos, que su nombre se había convertido en sinónimo de un millón de dólares. <<

[11] La salvación vendrá del cielo. <<

[12] El culto israelita se compone de dos ritos. Los judíos sefardíes son originarios de los países mediterráneos. Los asjenazos provienen de la Europa Central. <<

[13] Desobedeciendo a sus maestros, varios centenares de estudiantes se alistaron voluntarios para combatir en la «Haganah». El examen médico que la organización practicaba a sus reclutas aportó una triste revelación Un sorprendente número de alumnos de las escuelas talmúdicas estaban aquejados de tuberculosis. <<

[14] Se trata solamente, para esta familia, de: Mahmud Zeidan, Abdi Hassan, Mustafá Zeidan, Hudeh Mustafá, Jadra Zeidan, Tamman Alí, Musleh Alí Musleh, Yusreh Mussa, Mustafá Alí, Shafiq Alí, Miyasseh Musleh, Mohamed Musleh y Azizi Musleh. <<

[15] La mayor parte de los testimonios de los habitantes de Deir Yassin relatados aquí, y en particular los concernientes a las atrocidades y violaciones, proceden de los interrogatorios de los supervivientes, realizados por la Policía británica, casi inmediatamente después de la tragedia del 9 de abril de 1948. En un informe «secreto y urgente», con el número 179/110/17/65, Sir R. C. Catling, director adjunto del «Criminal Investigation Department», transmitió el 15 de abril de 1948 al general Cunningham, los atestados de tales interrogatorios, así como el informe de uno de los oficiales de Policía que había interrogado a los supervivientes. Éste declaraba principalmente: «La mayoría de las numerosas mujeres que he interrogado en vistas de reunir informaciones sobre las atrocidades cometidas en Deir Yassin, se han mostrado muy reticentes en relatar su experiencia, en especial por lo que se refiere a las violencias sexuales. Sin embargo, no hay duda alguna de que se han cometido numerosas atrocidades sexuales por los atacantes. Varias jóvenes escolares fueron violadas y luego asesinadas, así como ancianas. Todos hablan de una niña que fue, literalmente, partida en dos. Numerosos recién nacidos fueron descuartizados con cuchillos de carnicero… La mayoría de estas personas se halla en tal estado de *shock*, que son incapaces de comprender qué es lo que realmente sucedió». <<

[16] El dinar equivale a una libra esterlina. <<

[17] Analizando las intenciones árabes, el embajador de Gran Bretaña en Ammán, Sir Alec Kirkbride, puntualizó: «Estaban resueltos a atacar a los judíos, pese a todas las advertencias. Si usted les decía que corrían el riesgo de un desastre o que los judíos eran poderosos, lo acusaban de ser un agente sionista que perseguía minar su moral. Toda su actitud se resumía en esto: Ustedes, los ingleses, no tardarán en marcharse y nos dejarán arreglar la cuestión con los judíos; eso será mejor». <<

[18] Estos tres países habían sido designados por el Consejo de Seguridad para formar parte de un comité de tregua para Palestina. <<

[19] Puede ser interesante subrayar cuan erróneas eran determinadas consideraciones que inspiraban la política de Gran Bretaña en aquella época. «Los siglos de clarividencia diplomática británica han conseguido mantener a los rusos fuera del Cercano Oriente Próximo —subrayaba, a últimos de marzo de 1948, el boletín mensual del servicio de información del Ejército británico—. La demagogia americana —ciega para todo, salvo para las consideraciones de política electoral— está a punto de abrirles la puerta. Los griegos y los turcos han advertido en vano a los Estados Unidos de la futilidad que representa querer utilizar sus territorios para contener una agresión rusa, mientras les dejen ampliamente abierta la puerta de Palestina. *Una vez hayan salido las tropas británicas, no habrá nadie para controlar o impedir la ilimitada emigración los judíos comunistas de Rusia*». <<

[20] Los judíos hacen comenzar el calendario el día de la Creación, fijado según la tradición, en el 3760 antes de la Era cristiana. <<

[21] Entre las víctimas se encontraban la bella polaca Zipora Rosenfeld y su marido, al que no había querido abandonar. Diecinueve años más tarde, después de la Guerra de los Seis Días, un Rosenfeld regresaría a las lúgubres colinas de Kfar Etzion a realizar la tarea por la que habían muerto sus padres, a los que no conoció. Yosi Rosenfeld es, en la actualidad, electricista en el resucitado kibbutz de Kfar Etzion. <<

[22] El herido, que sufría una perforación de colon, se salvó. En los días que siguieron, el joven cirujano encontró a menudo casos que superaban su experiencia. Se felicitó repetidas veces de su adquisición. Gracias a las indicaciones de aquella obra pudo, principalmente, salvar a varios heridos de los pulmones y a otro alcanzado en la cabeza. <<

[23] Uzi Narkis señaló a Shaltiel como responsable del fracaso de este intento. Le incriminó el no haber creído en el éxito de la penetración del «Palmach» y de no haberle enviado ninguna fuerza capaz de aprovecharla. Por su parte, Shaltiel acusó a Narkis de replegarse sin advertírselo y de haber intentado salvar a sus hombres sin preocuparse de las consecuencias de ese abandono. <<

[24] 144 pesetas. N. del T. <<

[25] En castellano en el original. N. del T. <<

[26] Nadie sabrá jamás cuántos inmigrantes pagaron —aquel día— con su vida el derecho a entrar en su nuevo país. En la confusión que precedió al ataque, no se estableció ni siquiera la lista exacta y completa de los efectivos de sus compañías. La «Haganah» reconoció oficialmente setenta y cinco muertos. Sin embargo, sus historiadores admitieron, años más tarde, que la cifra de pérdidas fue considerablemente más elevada. La Legión Árabe declaró que abatió ochocientos asaltantes —cifra largamente exagerada—, pero capturó doscientos fusiles. Sus propias pérdidas fueron insignificantes. Fuere cual fuere el número exacto de hombres que perecieron aquel día, los inmigrantes de la 7.ª Brigada de Shlomo Shamir, asaltados por la respuesta de un ejército entrenado, por el *jamsin* y por las *barkaches*, sufrieron el más sangriento desastre que un ejército israelí conociera en tres guerras con los árabes. <<

[27] Albina lo guardó durante once años, hasta el día que le fue posible devolverlo al primer rabino que pudo visitar la Jerusalén árabe. Este, el doctor Elmer Berger, distinguido sabio, célebre por sus convicciones antisionistas, la entregó, a su vez, a una sinagoga de Nueva York. <<

[28] Durante un viaje por Francia, en 1949, Sochaczewer se trasladó a Chedde con una muestra del producto que realizara durante la batalla de Jerusalén. Los ingenieros franceses se quedaron estupefactos: era más puro que el suyo. <<

[29] Aplastado como fuerza política tras el asunto del carguero *Altalena*, el «Irgún» permaneció —militarmente— activo en Jerusalén. <<